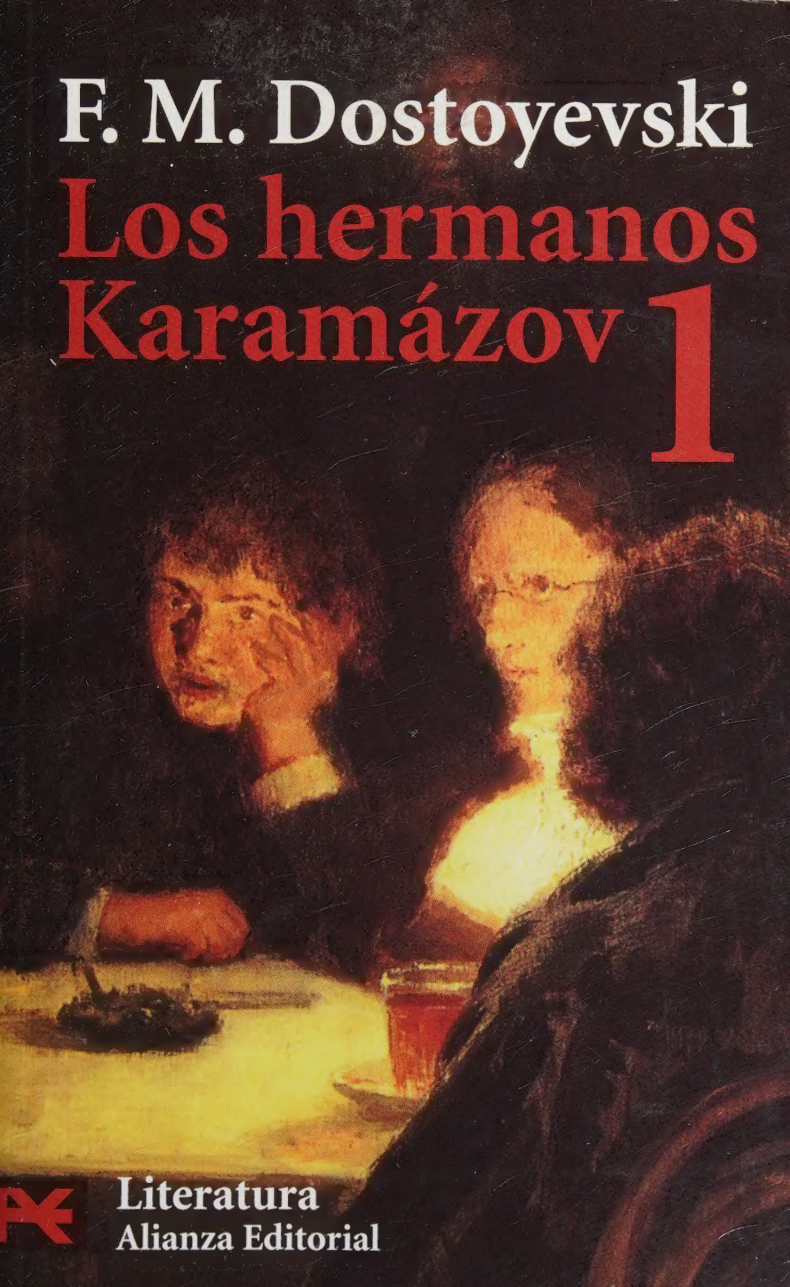
F. M. Dostoyevski

Los hermanos Karamázov 1



Literatura
Alianza Editorial

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/loshermanoskaram0001dost_r2u1

Los hermanos Karamázov, 1

Literatura

F. M. Dostoyevski

Los hermanos Karamázov, 1

Traducción de Augusto Vidal

El libro de bolsillo
Literatura
Alianza Editorial

TÍTULO ORIGINAL: *Bratia Karamázovi*

Diseño de cubierta: Ángel Uriarte
Ilustración: I. E. Repin, *La reunión de los terroristas*, 1883 (fragmento)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y notas: Herederos de Augusto Vidal
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 84-206-6063-9
Depósito legal: M. 33.401-2006
Fotocomposición e impresión: EFCA, S. A.
Parque Industrial «Las Monjas»
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

A Anna Grigórievna Dostoyevski

En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto.

Evangelio de San Juan, XII, 24

Prólogo del autor

Al dar comienzo a la biografía de mi héroe, Alexéi Fiódorovich Karamázov, experimento cierta perplejidad. En efecto: aunque llamo a Alexéi Fiódorovich mi héroe, sé muy bien que no es, de ningún modo, un gran hombre, y preveo por ello inevitables preguntas poco más o menos como éstas: «¿Pero qué tiene de notable su Alexéi Fiódorovich, para que lo haya elegido usted como héroe suyo? ¿Ha hecho algo extraordinario? ¿De quién y a santo de qué es conocido? ¿Por qué yo, como lector, he de perder el tiempo estudiando los hechos de su vida?».

Esta última pregunta es la más temible, pues a ella sólo puedo responder: «Quizá lo vean ustedes mismos leyendo la novela». Pero ¿y si leen la novela y no lo ven, si no están de acuerdo en que mi Alexéi Fiódorovich es un hombre notable? Hablo así porque preveo, con pena, que sucederá lo que digo. Para mí, Alexéi Fiódorovich es un hombre notable, pero dudo decididamente que logre demostrarlo al lector. El caso, sin duda, es que se trata también de un hombre de acción, pero de un hombre de acción indefinido, que no se ha manifestado con claridad. De todos modos, sería raro exigir de los hombres claridad en un tiempo como el nuestro. Una cosa,

quizás, es bastante indudable: se trata de un hombre raro, hasta estrafalario. Pero el ser estrafalario más bien perjudica que da derecho a la atención, sobre todo cuando la gente se esfuerza por relacionar los casos particulares y encontrar aunque sólo sea un sentido general a la confusión común. Lo estrafalario, casi siempre, es el caso particular y marginal. ¿No es así? Ahora bien, si no están de acuerdo con esta última tesis y responden: «no es así» o «no siempre es así», entonces yo, quizá, me anime pensando en el significado de mi héroe Alexéi Fiódorovich. Pues lo estrafalario no sólo «no es siempre» el caso particular y marginal, sino que, por el contrario, a veces contiene el meollo del conjunto, mientras que las demás personas de su época, temporalmente y sin saber por qué, se han desprendido de él como arrastrados por alguna ráfaga de viento.

De todos modos, no era mi intención entrar en estas explicaciones tan poco interesantes y confusas, sino comenzar simplemente sin prefacio alguno, pues me decía: si la obra gusta, la leerán de todos modos; pero el mal está en que la biografía que ofrezco es una, y las novelas son dos. La novela principal es la segunda, que trata de lo que hace mi héroe ya en nuestro tiempo, o sea, en nuestro momento actual, el que está transcurriendo. En cambio, la primera novela sucedió hace ya trece años [1], y casi no es novela, sino tan sólo un momento de la primera juventud de mi héroe. No me es posible prescindir de esta prime-

1. Dostoyevski solía señalar con bastante exactitud el tiempo en que se desarrolla la acción de sus novelas. Escribió el prólogo de *Los hermanos Karamázov* en 1878 y se publicó en 1879. Sitúa, pues, su narración en 1865-1866. Un hecho histórico permite confirmarlo y puntualizarlo: el tribunal que juzga a Dmitri Karamázov es un tribunal de jurados, institución creada en 1864, pero que no empezó a actuar hasta abril de 1866.

La segunda novela «y principal» a que hace referencia Dostoyevski debía de ser una continuación de *Los hermanos Karamázov,* en la cual iba a describirse la actuación de Aliosha a últimos de la década del sesenta y principios de la siguiente. Aliosha tenía que ser ya un hombre maduro que habría sufrido un complejo drama anímico con Lisa Jojlakova. En su búsqueda de la verdad, iba a cometer un crimen político y acabaría ejecutado.

ra novela, pues sin ella resultarían incomprensibles muchas cosas de la segunda. Pero de este modo aún se complica más mi dificultad inicial: si yo mismo, es decir, el biógrafo, entiendo que hasta una sola novela quizá resultaría excesiva para un personaje tan modesto e indefinido, ¿qué no será presentarse con dos, y cómo explicar tanto atrevimiento por parte mía?

Perdido en la resolución de estas cuestiones, me decido a prescindir de ellas sin darles solución alguna. Desde luego, el lector perspicaz ha adivinado ya, hace mucho, que a eso me inclinaba desde el principio y se sentirá enfadado conmigo porque estoy gastando en vano palabras inútiles y un tiempo precioso. A ello responderé ya con exactitud: he gastado palabras inútiles y un tiempo precioso, en primer lugar, por cortesía; y en segundo lugar, por astucia; de todos modos, dirán, alguna advertencia previa ha hecho. Por otra parte, estoy hasta contento de que mi novela se haya dividido por sí misma en dos relatos «manteniendo la unidad esencial del todo»; el propio lector decidirá si vale la pena empezar el segundo relato cuando conozca el primero. Desde luego, nada obliga a nadie, es posible dejar el libro después de leer las dos primeras páginas del primer relato para no volver a abrirlo. Pero hay lectores atentos que, sin duda alguna, desearán leer el libro hasta el final para no errar en su imparcial juicio; así ocurrirá, por ejemplo, con todos los críticos rusos. Ante tales lectores siento, de todos modos, cierto alivio en el corazón: a pesar de toda su exactitud y escrupulosidad, les ofrezco el pretexto más legítimo para dejar el relato en el primer episodio de la novela. Y éste es todo el prólogo. Estoy completamente de acuerdo con que es superfluo, pero como ya está escrito, que quede.

Y ahora, manos a la obra.

Primera parte

Libro primero

Historia de una familia

1. Fiódor Pávlovich Karamázov

Alexéi Fiódorovich Karamázov era el tercer hijo de un terrateniente de nuestro distrito, Fiódor Pávlovich Karamázov, tan conocido en su tiempo (y aún hoy se le recuerda) por su fin trágico y oscuro, acaecido hace exactamente trece años y del que hablaré en su lugar. Ahora, de este «terrateniente» (como le llamaban en nuestro distrito, pese a que casi nunca había vivido en sus tierras) diré tan sólo que era un tipo raro, aunque hombres así se encuentran, a pesar de todo, con bastante frecuencia; era el tipo del hombre no sólo ruin y disoluto, sino, a la vez, torpe, aunque de aquellos torpes que saben componer a las mil maravillas sus asuntos de intereses y únicamente, al parecer, tales asuntos. Había empezado casi sin nada, como un terrateniente de los más insignificantes, amigo de comer en mesa ajena, empeñado en hacer vida de gorrón; sin embargo, al morir, resultó que tenía hasta cien mil rublos en dinero contante y sonante. Al mismo tiempo, siguió siendo toda su vida uno de los hombres más torpemente insensatos de nuestro distrito. Lo repito una vez más: no es cuestión de estupidez, la mayoría de

estos insensatos son bastante inteligentes y astutos; son, precisamente, de una torpeza peculiar, nacional.

Se había casado dos veces y tenía tres hijos; el mayor, Dmitri Fiódorovich, era de la primera esposa, y los otros dos, Iván y Alexéi, de la segunda. La primera esposa de Fiódor Pávlovich pertenecía al noble linaje de los Miúsov, bastante rico y distinguido, formado también por propietarios de nuestro distrito. ¿Cómo pudo ocurrir que una joven con dote, hermosa además, y por añadidura de las de despierta inteligencia –tan frecuentes entre nosotros en la generación actual, aunque ya se daban en el pasado–, se casara con un insignificante «maula», como entonces todo el mundo le llamaba? No me entretendré en explicarlo. Les diré que conocí a una joven, de la penúltima generación «romántica», la cual, después de varios años de enigmático amor por un señor con quien, dicho sea de paso, siempre se habría podido casar muy tranquilamente, acabó sin embargo inventándose un sinfín de obstáculos insuperables, y una noche de tempestad se arrojó por una alta orilla, parecida a un acantilado, a un río bastante profundo y rápido, en el que pereció decididamente a causa de sus propios antojos, tan sólo para asemejarse a la Ofelia shakesperiana, hasta tal punto que si aquel acantilado, señalado y preferido por ella desde hacía mucho tiempo, no hubiera sido tan pintoresco y en su lugar hubiera habido una prosaica orilla baja, no se habría producido, quizás, el suicidio. El hecho es verdadero, y hay motivos para creer que en nuestra vida rusa, durante las dos o tres generaciones últimas, ha habido no pocos casos como éste o de la misma naturaleza. De modo análogo, el proceder de Adelaída Ivánovna Miúsova fue también un eco de ideas ajenas y una excitación de la mente cautiva[1]. Quizá se propuso dar fe de su independencia como mujer, yendo contra los

1. «... excitación de la mente cautiva»: expresión tomada de la poesía de Lérmontov «No creas, no te creas, joven soñador...» (1839).

convencionalismos sociales, contra el despotismo de su linaje y de su familia, mientras que la complaciente imaginación la convenció –supongámoslo por un instante– de que Fiódor Pávlovich, pese a su título de gorrista, era uno de los hombres más audaces y divertidos de aquella época de transición hacia todo lo mejor, cuando en realidad no era más que un bufón maligno. La sal y la pimienta se dieron aún en el hecho de que hubo rapto, lo que cautivó el ánimo de Adelaída Ivánovna. Fiódor Pávlovich, por su parte, hasta por su posición social, estaba muy inclinado, entonces, a semejantes aventuras, pues le consumía el afán de hacer carrera como fuese; y eso de entrar a formar parte de una buena familia y recibir una dote resultaba muy seductor. Por lo que respecta al amor, parece que no lo había ni por parte de la novia ni por parte de él, pese a la belleza de Adelaída Ivánovna. Este caso fue, quizás, el único en su género en la vida de Fiódor Pávlovich, hombre en extremo lujurioso, dispuesto al instante a pegarse a unas faldas, cualesquiera que fuesen, con tal que le hicieran un signo. Pues bien, aquélla fue la única mujer que no le produjo en los sentidos ninguna impresión especial.

Inmediatamente después del rapto, en un abrir y cerrar de ojos, Adelaída Ivánovna se dio cuenta de que su marido le inspiraba sólo desprecio, nada más. De modo que las consecuencias del matrimonio se pusieron de manifiesto con una extraordinaria rapidez. Pese a que la familia se resignó a lo sucedido, incluso bastante pronto, y entregó la dote a la fugitiva, los esposos comenzaron a llevar una vida en extremo desordenada, llena de violentas escenas entre ellos. Contaban que la joven esposa se mostró mucho más noble y digna que Fiódor Pávlovich, quien, como ahora se sabe, le sustrajo de una vez todo el dinero, los veinticinco mil rublos que ella acababa de recibir, de modo que para Adelaída Ivánovna fue como si, desde entonces, aquellos miles de rublos se le hubieran caído al río. En cuanto a una aldehuela y a una casa bastante buena de la ciudad, que también le correspon-

dieron en la dote, Fiódor Pávlovich procuró con todas sus fuerzas, durante largo tiempo, que las pusiera a su nombre mediante algún documento apropiado, y seguramente se habría salido con la suya aunque sólo hubiera sido, digamos, por el desprecio y repugnancia que provocaba en su esposa con amenazas y súplicas constantes, por fatiga moral, por el deseo de librarse de él. Mas, por suerte, intervino la familia de Adelaída Ivánovna y paró los pies al granuja. Se sabe positivamente que no eran raras las peleas entre los esposos, pero según lo que se contaba quien pegaba no era Fiódor Pávlovich, sino Adelaída Ivánovna, dama arrebatada, valiente, morena, impaciente, dotada de notable fuerza física. Por fin, abandonó la casa y huyó con un maestro seminarista medio muerto de miseria, dejando en manos de Fiódor Pávlovich a un niño de tres años, Mitia[1]. En un dos por tres, Fiódor Pávlovich organizó en su casa un verdadero harén y escandalosas borracheras; aprovechaba los entreactos para recorrer poco menos que la provincia entera, quejándose compungido, a todos y a cada uno, de que Adelaída Ivánovna le hubiera abandonado; además, contaba tales detalles de su vida conyugal que habría debido de avergonzarse como esposo. Habríase dicho que le resultaba agradable y hasta halagador representar ante todos su ridículo papel de marido engañado, y pintar los detalles de su ofensa hasta recargando las tintas. «Podríamos pensar, Fiódor Pávlovich, al verle tan contento, a pesar de su desgracia, que ha recibido usted una graduación», le decían los chuscos. Muchos hasta añadían que a él le gustaba presentarse con su renovado aspecto de bufón, y que adrede, para que se rieran más, aparentaba no darse cuenta de su cómica situación. De todos modos, quizá todo esto era en él ingenuo. Finalmente, logró

1. Diminutivo de Dmitri; otros diminutivos del nombre que se emplean en la novela: Mítenka, Mitka (familiar, con un matiz despectivo) y Mitri.

descubrir la pista de su fugitiva. Resultó que la pobre estaba en Petersburgo, adonde había ido a parar con su seminarista y donde se había entregado sin reservas a la más completa «emancipación». Inmediatamente, Fiódor Pávlovich empezó a hacer gestiones y a prepararse para ir a Petersburgo sin que, desde luego, ni él mismo supiera con qué fin. La verdad es que entonces quizá se habría puesto en marcha; pero después de haber tomado tal decisión, consideró en seguida que gozaba de un especial derecho y, para animarse, antes de ponerse en camino se entregó de nuevo a una borrachera sin freno. Y he aquí que, entonces, la familia de su esposa tuvo noticia de que Adelaída Ivánovna había muerto en Petersburgo. Se dijo que, al parecer, había fallecido de repente, en algún desván, del tifus según una versión, o de hambre según otra. Fiódor Pávlovich estaba borracho cuando se enteró de la muerte de su esposa; dicen que salió corriendo a la calle y, alzando los brazos al cielo, se puso a gritar lleno de alegría: «Ahora despides a tu siervo» [1]; pero según otros, lloró desconsoladamente, como un niño, hasta tal punto que, aseguran, daba incluso pena mirarle a pesar de la repugnancia que provocaba. Es muy posible que las dos cosas fueran ciertas, es decir, que se alegrara de su liberación y que llorase por su liberadora, todo a la vez. En la mayor parte de los casos, la gente, incluso la mala gente, es mucho más ingenua y bondadosa de lo que nosotros nos figuramos. Sí, y también nosotros lo somos.

2. Se desentiende de su primer hijo

Desde luego, es posible imaginarse qué clase de educador y de padre podía ser un hombre semejante. Como padre, le ocurrió precisamente lo que debía ocurrir, o sea, abandonó

1. San Lucas, II, 29.

de manera total y absoluta al hijo que había tenido de Adelaída Ivánovna, y no porque le odiara o movido por algún sentimiento de esposo ofendido, sino simplemente porque se olvidó del hijo por completo. Mientras Fiódor Pávlovich hastiaba a todo el mundo con sus lágrimas y quejas y convertía su casa en un burdel, al pequeño Mitia, de tres años, lo recogió Grigori, fiel criado de la casa, y de no haber sido por este criado, quizá no habría habido quien cambiara la camisita al pequeñuelo. Sucedió, además, que la familia materna del niño, al parecer, también se olvidó de él al principio. El abuelo del niño, es decir, el propio señor Miúsov, padre de Adelaída Ivánovna, ya había muerto; su viuda, la abuela de Mitia, que se había establecido en Moscú, estaba muy enferma; las hermanas de Adelaída Ivánovna se habían casado, de modo que casi durante todo un año Mitia quedó al cuidado de Grigori y tuvo que vivir con él en la isba de la servidumbre. Por otra parte, aun cuando el padre se hubiera acordado del niño (la verdad es que no podía ignorar su existencia), lo habría mandado otra vez a la isba, pues el pequeño habría sido un estorbo para sus orgías. Pero sucedió que regresó de París un primo hermano de Adelaída Ivánovna, Piotr Alexándrovich Miúsov, quien, después, vivió muchos años seguidos en el extranjero, pero que entonces era aún muy joven y se distinguía entre todos los Miúsov. Piotr Alexándrovich fue un hombre culto, un hombre de la capital, familiarizado con el extranjero, europeo toda su vida y, a fin de cuentas, de ideas liberales, tal como se estiló en los años cuarenta y cincuenta. En el transcurso de su carrera, mantuvo relación con muchas personas liberalísimas de su época, en Rusia y en el extranjero; conoció personalmente a Proudhon y a Bakunin, y se complacía sobre todo en recordar y contar, ya al final de sus vueltas por el mundo, lo que sucedió en París durante los tres días de la revolución de febrero de 1848, dando a entender que él mismo había participado, poco menos, en la lucha de las barricadas. Constituía

éste uno de los recuerdos más luminosos de su juventud. Piotr Alexándrovich era un hombre de posición económica independiente, poseía cerca de unas mil almas, según el modo antiguo de contar. Su espléndida finca se encontraba a la salida misma de nuestra pequeña ciudad y limitaba con las tierras de nuestro famoso monasterio, con el que Piotr Alexándrovich, ya en sus años juveniles, no bien hubo recibido la herencia, empezó un interminable proceso sobre ciertos derechos de pesca en el río o de hacer leña en el bosque, no lo sé con exactitud, pues consideró incluso como su deber cívico y de hombre ilustrado abrir el proceso contra los «clericales». Después de haber oído la historia de Adelaída Ivánovna, a la que naturalmente recordaba y en la que hasta se había fijado, en otro tiempo; y enterado de la existencia de Mitia, Piotr Alexándrovich, pese a toda su indignación juvenil y a su desprecio por Fiódor Pávlovich, se metió en el asunto. Fue entonces cuando le conoció. Le declaró sin ambages que deseaba hacerse cargo de la educación de Mitia. Contaba luego, largamente, como rasgo característico de Fiódor Pávlovich, que cuando comenzó a hablarle del niño, aquél estuvo un buen rato haciendo ver que no comprendía en absoluto de qué niño se trataba y hasta hizo como si se sorprendiera de tener en su casa, no sabía dónde, un hijo pequeño. Aun admitiendo que en el relato de Piotr Alexándrovich pudiera haber alguna exageración, lo que éste contaba debía tener algún parecido con la verdad. En efecto, durante toda su vida Fiódor Pávlovich fue amigo de hacerse el interesante, de representar ante una persona, súbitamente, un papel inesperado, a veces sin necesidad alguna e incluso en perjuicio de sí mismo, como por ejemplo en el presente caso. Este rasgo, de todos modos, es propio de muchísima gente, incluso de personas en alto grado inteligentes, no ya de un Fiódor Pávlovich. Piotr Alexándrovich llevó el asunto con mucho entusiasmo y hasta fue nombrado (junto con Fiódor Pávlovich) tutor del niño, pues a pesar de todo quedaban de

la madre una pequeña finca, una casa y tierras. Mitia pasó a vivir en casa del primo hermano de su madre, pero como éste no tenía familia propia y, no bien hubo puesto en orden el cobro de las rentas de sus fincas, se apresuró a volver a París por mucho tiempo, el niño se dejó al cuidado de una de las primas hermanas de su madre, una señora de Moscú. Sucedió que también Piotr Alexándrovich, al familiarizarse con la vida de París, se olvidó del niño, sobre todo cuando estalló aquella revolución de febrero que tanto impresionó su imaginación y que ya no pudo olvidar en toda su vida. La señora de Moscú murió y Mitia pasó a una de sus hijas casadas. Parece ser que luego incluso cambió por cuarta vez de nido. No voy a extenderme ahora en esta cuestión, ya que aún es mucho lo que habrá que contar acerca de este primogénito de Fiódor Pávlovich; ahora me ciño tan sólo a los datos más indispensables, sin los cuales ni siquiera podría dar comienzo a la novela.

En primer lugar, Dmitri fue el único de los tres hijos de Fiódor Pávlovich que creció convencido de que, a pesar de todo, poseía ciertos bienes de fortuna y de que, llegado a la mayoría de edad, sería independiente. Su infancia y juventud transcurrieron de manera desordenada: no acabó los estudios en el colegio; ingresó luego, casualmente, en una escuela militar, se encontró después en el Cáucaso, sirvió en el ejército, se batió en duelo, fue degradado, sirvió de nuevo en el ejército, la corrió mucho y derrochó relativamente mucho dinero. De Fiódor Pávlovich no recibió nada hasta llegar a la mayoría de edad, y, mientras esperaba, se cargó de deudas. A Fiódor Pávlovich, su padre, le conoció y le vio por primera vez, después de ser mayor de edad, cuando se presentó en nuestros parajes con el propósito expreso de tener con él una explicación acerca de sus bienes. Parece ser que ya entonces le desagradó su padre; Dmitri Fiódorovich permaneció en la casa paterna poco tiempo, se apresuró a marchar habiendo obtenido sólo cierta suma después de

haber llegado a un acuerdo sobre la percepción futura de las rentas de la finca, y es digno de notar el hecho de que entonces no pudo lograr que su padre le dijera ni lo que la finca producía ni cuál era su valor. Fiódor Pávlovich observó desde el primer momento (esto también ha de recordarse) que Mitia tenía una idea exagerada y falsa de su fortuna, cosa que alegró sobremanera al padre con vistas a sus cálculos especiales. Fiódor Pávlovich llegó tan sólo a la conclusión de que el joven era frívolo, impulsivo, de pasiones vivas, impaciente, calavera, y que bastaba darle poca cosa para tranquilizarle en seguida, aunque sólo fuera por escaso tiempo. Esto fue lo que empezó a explotar Fiódor Pávlovich, es decir, éste comenzó a salir del paso con pequeñas entregas, con envíos temporales, y a fin de cuentas sucedió que, unos cuatro años más tarde, cuando Mitia, perdida la paciencia, se presentó otra vez en nuestra pequeña ciudad para liquidar definitivamente sus asuntos con el padre, se encontró con gran sorpresa suya que ya no tenía absolutamente nada, que hasta era difícil sacar cuentas, que ya había recibido en dinero, de Fiódor Pávlovich, todo el valor de la propiedad y quizás aún debía a su padre alguna cosa; vio que por tales y cuales transacciones en que él mismo había deseado participar, no tenía derecho a pedir nada más, y así sucesivamente. El joven quedó estupefacto, sospechó que aquello no era verdad, que se trataba de un engaño; se puso hecho una furia y hasta parecía haber perdido el juicio. Pues bien: ésta fue la circunstancia que condujo a la catástrofe objeto de la exposición de mi primera novela o, mejor dicho, la faceta externa de la misma. Pero antes de entrar en esta novela es necesario hablar aún de los otros dos hijos de Fiódor Pávlovich, hermanastros de Mitia, y explicar cuál era su procedencia.

3. Segundas nupcias y segundos hijos

Fiódor Pávlovich, poco después de haberse desprendido del pequeño Mitia, que contaba entonces cuatro años, se casó pronto en segundas nupcias. Su segundo matrimonio duró unos ocho años. Tomó la segunda esposa, también muy joven, en otra provincia, a la que hizo un viaje por un negocio de poca monta, en compañía de un judío de tres al cuarto. Aunque amigo de juergas, bebedor y escandaloso, Fiódor Pávlovich nunca dejaba de ocuparse de la colocación de su capital, y de sus pequeños negocios siempre sacaba tajada, por lo general con malas artes. Sofia Ivánovna se había quedado sin padres siendo niña; hija de un oscuro diácono, creció en la rica casa de su bienhechora, educadora y torturadora, una vieja distinguida, viuda del general Vórojov. Desconozco detalles, pero he oído decir que, según parece, a esa educanda sumisa, sin malicia y callada, la encontraron una vez ya con la soga al cuello, sujeta a un clavo de la despensa: hasta tal punto se le hizo imposible soportar los caprichos y los eternos reproches de aquella vieja, que por lo visto no era mala, pero a quien la ociosidad había hecho insoportablemente tiránica. Fiódor Pávlovich pidió la mano de la joven; se informaron de quién era y le echaron con cajas destempladas, pero entonces él, como en el caso de la primera boda, propuso el rapto a la huérfana. Es muy probable, muchísimo, que ni siquiera ella le hubiera aceptado por nada del mundo de haber conocido a tiempo más detalles acerca de él. Pero eso ocurría en otra provincia; además, ¿qué podía entender una jovencita de dieciséis años, aparte de que era mejor arrojarse al río que seguir en casa de su bienhechora? Y de este modo, la pobre cambió a su protectora por un protector. Fiódor Pávlovich no recibió en esta ocasión ni un céntimo, porque la generala se puso furiosa, no dio nada y, además, los maldijo a los dos; pero esta vez él ya no esperaba recibir nada, se dejó seducir sólo por la singular belleza de la inocente jo-

vencita y, sobre todo, por su candor, que impresionaron a aquel lujurioso, hasta entonces vicioso aficionado sólo a la tosca hermosura femenina. «Aquellos ojitos inocentes me atravesaron el alma como una navaja», explicaba más tarde, riéndose con su repugnante risa. De todos modos, en un hombre disoluto, eso tampoco podía ser sino una atracción lujuriosa. Como no había recibido ninguna gratificación, Fiódor Pávlovich no gastó muchos cumplidos con su esposa, y aprovechándose de que ella, por así decirlo, era «culpable» ante él, y de que él casi la había «librado de la soga»; aprovechándose además de la fenomenal mansedumbre y resignación de Sofia Ivánovna, pisoteó hasta las normas más elementales de la vida conyugal. Acudían a la casa, estando en ella la esposa, otras mujeres, y allí se organizaban orgías. Diré, en calidad de rasgo característico, que el criado Grigori, hombre sombrío, sermoneador, estúpido y terco, que odiaba a la primera señora, Adelaída Ivánovna, se puso de parte de la nueva señora, la defendía y se peleaba por ella con Fiódor Pávlovich, de manera casi intolerable en un criado; una vez, hasta acabó a viva fuerza con una juerga y dispersó a todas las indecentes que habían acudido. Posteriormente, esa desgraciada joven, aterrorizada desde la infancia, cayó enferma de una especie de dolencia nerviosa femenina, que se da sobre todo entre las sencillas mujeres de pueblo, a las que llaman, cuando tienen está enfermedad, posesas. Sufría espantosos ataques de histerismo, en los que a veces hasta perdía el juicio. Sin embargo, dio a Fiódor Pávlovich dos hijos, Iván y Alexéi, el primero al año de matrimonio, y el segundo tres años después. Cuando murió, el pequeño Alexéi tendría unos cuatro años y sé que luego, durante toda su vida, aunque es una cosa rara, recordó a su madre, como a través de un sueño, claro está. Muerta ella, con los dos pequeños ocurrió casi exactamente lo mismo que con el primero, Mitia: quedaron totalmente olvidados y abandonados por su padre y de ellos tuvo que hacerse cargo el mismo Grigori, quien los llevó

también a la isba. Allí los encontró la tiránica vieja generala, bienhechora y educadora de la madre de aquellos niños. Aún seguía con vida, y en todo aquel tiempo, ocho años, no había podido olvidar la ofensa que le habían inferido. Durante los ocho años obtuvo, bajo cuerda, los informes más exactos de la vida que llevaba su «Sofia», y al enterarse de que ésta había caído enferma y de las indecencias que a su alrededor se hacían, dos o tres veces dijo en voz alta a unas mujeres que tenía acogidas en su casa: «Le está bien, Dios la castiga por su ingratitud».

Exactamente tres meses después de la muerte de Sofia Ivánovna, la generala se presentó de súbito en nuestra ciudad y se encaminó derechito a casa de Fiódor Pávlovich; no permaneció más allá de media hora en la localidad, pero hizo mucho. Era a la caída de la tarde. Fiódor Pávlovich, a quien la generala no había visto durante los ocho años, salió a recibirla algo bebido. Cuentan que en un santiamén, sin explicaciones de ninguna clase, tan pronto como le vio, ella le soltó dos solemnes y sonoras bofetadas y le tiró del tupé tres veces, de arriba abajo; luego, sin añadir ni una palabra, se dirigió a la isba donde estaban los dos pequeños. A la primera mirada se dio cuenta de que los niños no estaban lavados y llevaban ropa sucia; en seguida soltó otra bofetada al propio Grigori y le declaró que se llevaba consigo a los dos niños; los cogió tal como estaban, los envolvió en una manta de viaje, los colocó en el coche y se los llevó a la ciudad. Grigori encajó aquel bofetón como fiel esclavo, no articuló ni una palabra irrespetuosa, y cuando hubo acompañado a la vieja señora hasta el coche, se inclinó profundamente y le dijo que «Dios la recompensaría por los huérfanos». «¡Cuidado que eres imbécil!», le gritó la generala, al arrancar el coche. Fiódor Pávlovich, después de examinar el asunto, consideró que la cosa no estaba mal, de modo que más tarde no puso dificultades ni en un solo punto al dar su consentimiento formal para que los niños se educaran en casa de la

generala. En cuanto a las bofetadas recibidas, él mismo recorrió toda la ciudad contándolo.

Sucedió que también la generala falleció al poco tiempo, si bien después de haber especificado en su testamento que dejaba mil rublos a cada uno de los pequeños «para su instrucción, de modo que este dinero sea gastado sin falta para ellos y llegue hasta su mayoría de edad, pues una limosna como ésta es suficiente y hasta sobrada para tales niños, y si alguien quiere hacer más, que abra él mismo la bolsa», y así sucesivamente. Yo no leí el testamento, pero oí decir que había en él algo por el estilo, un poco raro y expresado de manera excesivamente original. El principal heredero de la vieja resultó ser, sin embargo, un hombre honesto, Yefim Petróvich Polénov, decano de la nobleza de aquella provincia. Habiéndose escrito con Fiódor Pávlovich y comprendiendo al instante que era inútil esperar arrancarle dinero para la educación de sus propios hijos (aunque aquél directamente nunca negaba nada, sino que en casos semejantes siempre procuraba dar largas al asunto, a veces incluso haciendo manifestaciones de mucho sentimiento), se interesó personalmente por el destino de los huérfanos y se encariñó sobre todo con el más pequeño de los dos, Alexéi, al que durante largo tiempo tuvo en su casa. Ruego al lector que pare mientes en estas circunstancias desde el principio. Si a alguien estaban obligados los dos jóvenes para toda la vida, por su educación e instrucción, era, precisamente, a ese Yefim Petróvich, hombre nobilísimo y humanísimo, como raramente se encuentran. Conservó intactos los mil rublos que a cada uno de los pequeños había dejado la generala; por acumulación de intereses, cada mil rublos se habían convertido en dos mil cuando los jóvenes llegaron a la mayoría de edad; además, Yefim Petróvich tomó a su cargo la educación de los niños y, desde luego, gastó mucho más de mil rublos para cada uno. Tampoco entraré en un relato minucioso de la infancia y juventud de los dos hermanos, me li-

mitaré a indicar sus circunstancias más importantes. En cuanto al mayor, Iván, diré tan sólo que creció como un adolescente sombrío y encerrado en sí mismo, sin ser tímido ni mucho menos, pero como si ya a los diez años hubiera comprendido que, de todos modos, los dos crecían en casa ajena y gracias a la ajena limosna, que su padre era un tal y un cual, del que hasta hablar resultaba vergonzoso, etcétera, etcétera. Este niño empezó muy pronto, poco menos que desde su primera infancia, a mostrar (por lo menos así me lo han contado) aptitudes insólitas y brillantísimas para el estudio. No lo sé con exactitud, pero lo que sí ocurrió fue que se separó de la familia de Yefim Petróvich casi a los trece años de edad, para pasar a uno de los colegios de Moscú y al pensionado de cierto experimentado pedagogo, entonces muy famoso, amigo de infancia de Yefim Petróvich. El propio Iván contaba más tarde que todo había sucedido, por decirlo así, gracias al «entusiasmo por las buenas obras» de Yefim Petróvich, que se encariñó con la idea de que un niño de geniales capacidades debía educarse al lado de un pedagogo también genial. De todos modos, ni Yefim Petróvich ni el genial educador se contaban ya entre los vivos cuando el joven, terminado el colegio, ingresó en la Universidad. Como Yefim Petróvich no había dejado las cosas bastante bien arregladas y la percepción del dinero legado por la despótica generala, elevado ya a la suma de los dos mil rublos por la acumulación de intereses, se retrasó a causa de formalismos y demoras totalmente inevitables en nuestro país, los dos primeros años de Universidad fueron muy duros para el joven, pues durante todo ese tiempo se vio obligado a ganarse la vida, además de estudiar. Es de notar que, en aquel entonces, el joven no quería ni siquiera intentar escribirse con su padre, quizá por orgullo, por desprecio o, quizá, porque el frío razonamiento le daba a entender que de su padre no iba a recibir ni el más pequeño apoyo. Como quiera que fuese, el joven no se desconcertó en absoluto y encontró trabajo,

primero dando clases a veinte kópeks la hora y luego corriendo por las redacciones de los periódicos para ofrecer, bajo la firma de «Un testigo ocular», articulitos de diez líneas sobre sucesos callejeros. Dicen que esos articulitos estaban siempre redactados de manera tan curiosa y con tanta sal, que pronto se abrieron camino, y ya con esto el joven mostró su superioridad práctica e intelectual sobre aquella parte numerosa de nuestra juventud estudiantil de ambos sexos eternamente necesitada y desgraciada, que en Petersburgo y en Moscú asedia generalmente desde la mañana hasta la noche las redacciones de periódicos y revistas, sin saber imaginar nada mejor que repetir siempre la misma solicitud de traducciones del francés o copias. En contacto ya con las redacciones, Iván Fiódorovich no rompió nunca sus lazos con ellas y durante sus últimos años de Universidad empezó a publicar reseñas, escritas con mucho talento, sobre libros que trataban de diversos temas especiales, de suerte que hasta llegó a ser conocido en los círculos literarios. De todos modos, sólo a última hora logró, casualmente, atraer sobre sí la atención de un círculo de lectores mucho más amplio, de modo que entonces fueron muchos los que de pronto se fijaron en él y le recordaron. El caso fue bastante curioso. Ya salido de la Universidad y mientras se preparaba para hacer un viaje al extranjero con sus dos mil rublos, Iván Fiódorovich publicó, en uno de los grandes diarios, un artículo extraño que llamó la atención incluso de los no especialistas, y lo más curioso era que se trataba de un tema que por lo visto le era desconocido, ya que él había seguido la carrera de ciencias naturales. El artículo estaba dedicado a los tribunales eclesiásticos, cuestión, entonces, de actualidad en todas partes[1]. Iván Fiódorovich, a la vez que examinaba algunas de

1. A raíz de la reforma judicial establecida en Rusia en 1864 se inició la labor legislativa para reformar los tribunales de la Iglesia rusa, cuestión que fue objeto de amplios comentarios en la prensa.

las opiniones ya expuestas sobre dicha cuestión, exponía su punto de vista personal. Lo más importante era el tono del artículo y el carácter notablemente inesperado de su conclusión. El hecho fue que muchos eclesiásticos consideraron decididamente al autor como uno de los suyos. Y de pronto, al lado de ellos, se pusieron a aplaudir no sólo los laicos, sino incluso los ateos. A fin de cuentas, algunas personas perspicaces llegaron a la conclusión de que el artículo no era más que una atrevida farsa y una burla. Recuerdo este caso, sobre todo, porque dicho artículo, a su tiempo, llegó incluso al famoso monasterio de los alrededores de nuestra ciudad, donde estaban muy interesados por la cuestión que se había levantado en torno a los tribunales eclesiásticos, y dejó perplejo al cenobio. Al reconocer el nombre del autor, se sintieron interesados, además, por el hecho de que fuera natural de nuestra ciudad e hijo «de ese mismo Fiódor Pávlovich». Entonces, precisamente en aquellos días, se presentó el propio autor en nuestra ciudad.

¿A qué había venido Iván Fiódorovich? Recuerdo que ya entonces me hacía yo esta pregunta hasta casi con cierta inquietud. Aquel viaje tan fatal que sirvió de principio a tantas consecuencias, fue luego para mí durante mucho tiempo, casi para siempre, un asunto poco claro. Juzgando en términos generales, era extraño que un joven tan instruido, de aspecto tan orgulloso y circunspecto, se presentara de pronto en una casa tan poco decente, ante un padre que le había ignorado toda la vida, que no le conocía ni se acordaba de él, y el cual, aunque desde luego no habría dado dinero por nada del mundo si su hijo se lo hubiera pedido, vivía siempre con el miedo de que también sus hijos Iván y Alexéi se presentaran alguna vez a pedirle cuentas. Y he aquí que el joven se instala en la casa de tal padre, vive con él un mes y otro y los dos llegan a entenderse a las mil maravillas, cosa que sorprendió en gran manera a muchos, no sólo a mí. Piotr Alexándrovich Miúsov, de quien ya he hablado antes, pariente

lejano de Fiódor Pávlovich por parte de su primera mujer, estaba pasando entonces una temporada en su finca de los alrededores de la ciudad, llegado de París, donde ya había fijado definitivamente su residencia. Recuerdo que él, precisamente, quedó más sorprendido que nadie al trabar conocimiento con el joven, que le interesó sobremanera y con quien, a veces, no sin cierto resquemor interno, medía sus conocimientos. «Es orgulloso –nos decía de él entonces–, siempre sabrá ganarse un rublo; ya tiene dinero para irse al extranjero, ¿qué busca aquí, pues? Para todos está claro que no ha venido a casa de su padre por dinero, pues en ningún caso se lo dará éste. No es amigo de beber ni de juergas, y lo curioso es que el viejo no puede pasar sin él; ¡hasta tal punto se han compenetrado!» Era cierto; el joven llegó incluso a ejercer cierta influencia sobre el viejo, quien casi empezó a hacerle caso, aunque era extraordinariamente caprichoso y, en ocasiones, incluso maligno; a veces hasta se comportaba con más decencia...

Sólo más tarde se puso en claro que Iván Fiódorovich había hecho el viaje en parte a ruegos y por asuntos de su hermano mayor, Dmitri Fiódorovich, de quien tuvo noticia por primera vez en la vida y a quien conoció también casi al mismo tiempo, durante ese mismo viaje, pero con quien había establecido correspondencia antes de venir de Moscú, con motivo de una importante cuestión que concernía sobre todo a Dmitri Fiódorovich. Qué cuestión era ésta, lo sabrá el lector a su debido tiempo con todo detalle. No obstante, incluso cuando tuve noticia de esa especial circunstancia, Iván Fiódorovich siguió pareciéndome enigmático y su llegada a nuestra ciudad, pese a todo, inexplicable.

Añadiré aún que Iván Fiódorovich daba entonces la impresión de querer intervenir como mediador y reconciliador entre el padre y el mayor de los hermanos, Dmitri Fiódorovich, quien estaba urdiendo entonces una gran querella e incluso una demanda judicial contra Fiódor Pávlovich.

Toda esa familia, repito, se encontró entonces reunida por primera vez en su vida, y algunos de sus miembros se veían también por primera vez. Únicamente el hermano menor, Alexéi Fiódorovich, ya hacía un año que vivía entre nosotros; había venido a parar a nuestra ciudad, pues, antes que los otros hermanos. De este Alexéi es de quien me resulta más difícil hablar en este relato previo, antes de hacerle salir en la escena de la novela. Pero no hay más remedio que escribir también acerca de él unas palabras de introducción, por lo menos para explicar una circunstancia muy extraña, a saber: la de que me veo obligado a presentar a los lectores, desde la primera escena, al futuro héroe de mi novela vestido con el hábito de novicio. En efecto, hacía ya un año que vivía en nuestro monasterio y parecía que se preparaba para encerrarse en él hasta el fin de sus días.

4. El tercer hijo: Aliosha [1]

Entonces tenía veinte años (su hermano Iván había cumplido veintitrés, y el hermano mayor, Dmitri, se acercaba a los veintiocho). Ante todo diré que ese joven, Aliosha, no era en modo alguno un fanático; ni siquiera, por lo menos a mi modo de ver, un místico. Daré a conocer desde el primer momento mi opinión completa: era, simplemente, un filántropo precoz, y si se había lanzado por la senda de la vida monacal se debía tan sólo a que, en aquel entonces, dicho camino era el único que le había impresionado algo y que se le presentaba, digamos, como ideal para su alma, deseosa de salir en este mundo de las tinieblas del mal y elevarse hacia la luz del amor. Y si ese camino le seducía, era sólo porque en él había encontrado entonces Aliosha a un ser que le

1. «Aliosha», diminutivo de Alexéi; otros diminutivos del nombre empleados en la novela: «Liosha», «Lióshechka» y «Alióshenka».

parecía excepcional: al famoso *stárets*[1] Zosima, de nuestro monasterio, a quien se sintió unido con todo el fervoroso primer amor de su insaciable corazón. No voy a negar, por lo demás, que era un joven muy extraño y que lo había sido, como quien dice, desde la cuna. A propósito: ya he dicho, al hablar de él, que habiendo perdido a su madre cuando no tenía más allá de cuatro años, la recordó luego toda la vida; recordó su rostro y sus caricias, «exactamente como si la tuviera viva ante mí». Tales recuerdos pueden referirse (todo el mundo lo sabe) hasta a una edad más tierna, hasta los dos años, pero sólo apareciendo a lo largo de toda la vida como puntos luminosos sobre un fondo de tinieblas, cual fragmento extremo arrancado de un cuadro inmenso que, aparte de este rinconcito, se ha apagado y ha desaparecido por completo. Exactamente lo mismo le sucedía a él: recordaba un tranquilo atardecer estival, una ventana abierta, los rayos oblicuos del sol poniente (esos rayos oblicuos era lo que evocaba con más precisión); en un ángulo de la estancia, el icono; frente a él, una lamparilla encendida, y ante la imagen sagrada, su madre, de rodillas, chillando y gritando como en un ataque de histerismo, agarrándole a él con ambos brazos, estrechándole contra sí hasta hacerle daño, rogando por él a la Santa Virgen, soltándole luego de su abrazo para elevarle con ambas manos hacia el icono, como poniéndole bajo la protección de la Madre de Dios... De pronto entra el aya y asustada le arranca de las manos de la madre. ¡Ésta era la escena! Aliosha conservaba también la imagen del rostro materno en aquel instante: decía que, a juzgar por lo que podía recordar, era un rostro maravilloso, aunque exaltado. Pero eran muy pocas las personas a las que les hablaba de ello. En su infancia y juventud fue poco expansivo y hasta poco hablador, pero no por recelo, timi-

1. *Stárets:* literalmente 'el anciano'; monje de gran santidad, consagrado a la meditación y a la penitencia.

dez o sombrío retraimiento, sino más bien, al contrario, por otra cosa, por una preocupación en cierto modo interior, estrictamente personal, que no concernía a los demás, pero de tanta importancia para él que al parecer le llevaba a olvidarse de los otros. Sin embargo amaba al prójimo: diríase que vivía toda su vida creyendo por completo en los hombres, sin que nadie le tuviera nunca ni por un bendito ni por un ingenuo. Algo había en Aliosha que decía y hacía sentir (y así fue luego durante toda su vida) que él no quería ser juez de los demás, que no quería encargarse de condenar a nadie y que no lo haría por nada del mundo. Parecía incluso que lo admitía todo sin reprobar nada, si bien a menudo se entristecía muy amargamente. Más aún: en este sentido, llegó hasta el punto de que ya en su más temprana juventud nadie podía sorprenderle ni asustarle. Aparecido a los veinte años en casa de su padre, verdadero antro de sórdida depravación, Aliosha, casto y puro, se limitaba a alejarse en silencio cuando no podía soportar lo que sus ojos veían, pero sin el menor aire de desprecio o de reprobación para nadie. Su padre, en cambio, como había sido un parásito en otro tiempo y era, por tanto, hombre sutil y sensible a las ofensas, al principio le recibió con desconfianza y cara hosca («mucho calla –parecía decir– y mucho piensa para sus adentros»); sin embargo, pronto acabó abrazándole y besándole con frecuencia, sin que hubieran transcurrido más allá de dos o tres semanas, y si bien es cierto que lo hacía con lágrimas de borracho y con un enternecimiento tocado de alcohol, se veía, no obstante, que le había tomado un afecto sincero y profundo, como nunca, desde luego, aquel hombre había logrado sentir por nadie...

A aquel joven, donde quiera que él apareciese y desde los primeros años de su infancia, todo el mundo le quería. En casa de su bienhechor y educador Yefim Petrórich Polénov, se ganó de tal modo el afecto de toda la familia, que lo consideraban como hijo propio. Aliosha había entrado en

aquella casa en una edad muy temprana, cuando es imposible esperar de un niño astucia calculada, malicia o arte de adular y gustar, habilidad para hacerse querer. De modo que aquel don de ganarse las simpatías de la gente lo llevaba en sí mismo, formaba parte, por así decirlo, de su propia naturaleza, era espontáneo y sin artificio. Lo mismo le sucedió en la escuela, a pesar de que de él se habría dicho que era, precisamente, de los niños que se ganan la desconfianza de sus camaradas, a veces sus burlas y su odio. Solía quedarse pensativo, y como si se aislara. Desde niño, gustaba de retirarse en un rincón y leer; pero, con todo, también sus camaradas llegaron a quererle mucho, tanto que se le habría podido llamar el predilecto de todos durante el tiempo que fue a la escuela. Raras veces se le veía haciendo diabluras, incluso raras veces estaba alegre, pero todos, al mirarle, veían en seguida que no se trataba de esquivez, sino que Aliosha era, por el contrario, apacible y sereno. Nunca quiso destacarse entre los chicos de su edad. Quizá por esto mismo nunca temió a nadie; por otra parte, los muchachos en seguida comprendían que él no se enorgullecía en absoluto de su intrepidez; al contrario, hacía como si no comprendiese que era valiente e intrépido. Nunca recordaba las ofensas. A veces, una hora después de que le hubieran ofendido, ya respondía al ofensor o él mismo le dirigía la palabra con un aire tan confiado y diáfano como si entre ellos no hubiera habido nada. No es que, con esto, diera la impresión de haber olvidado casualmente la ofensa o de que la perdonaba adrede, sino que, sencillamente, no la consideraba ofensa, lo cual ya cautivaba y rendía sin reservas a los otros niños. Había en su carácter tan sólo un rasgo que, en todas las clases del colegio, desde la inferior hasta las superiores, provocó en sus camaradas un deseo constante de burlarse de él, pero no con broma venenosa, sino, simplemente, porque ello los divertía. Ese rasgo era el de un pudor y una castidad salvajes, feroces. Aliosha no podía oír cier-

tas palabras y ciertas conversaciones acerca de las mujeres. Esas «ciertas» palabras y conversaciones, por desgracia, no pueden desarraigarse de las escuelas. Muchachos puros de alma y corazón, casi niños aún, con mucha frecuencia se complacen en las clases en hablar entre sí e incluso en voz alta de tales cosas, cuadros e imágenes, sobre los que no siempre se ponen a hablar ni siquiera los soldados; más aún, los soldados no saben ni comprenden mucho de lo que en este terreno es conocido ya de los hijos, tan jóvenes, de nuestra alta y culta sociedad. Cabe admitir que no se trata aún de corrupción moral; tampoco es cuestión de cinismo verdadero, depravado, interior, pero sí de un cinismo externo, y entre ellos es tenido con frecuencia incluso por algo delicado, fino, propio de osados y digno de imitación. Viendo que cuando se ponían a hablar «de eso», Aliosha Karamázov se tapaba rápidamente los oídos con los dedos, sus camaradas, a veces, se agrupaban junto a él, le quitaban a la fuerza las manos de las orejas y le gritaban obscenidades; él procuraba escapar, se dejaba caer al suelo, se echaba, se cubría la cabeza y todo ello sin decirles ni una palabra, sin insultarlos, soportando en silencio la ofensa. Finalmente, sin embargo, acabaron por dejarle en paz y dejaron de tratarle de «niña»; al contrario, en este sentido hasta lo miraban con compasión. A propósito: en clase era siempre uno de los mejores por el estudio, pero nunca fue distinguido como el primero.

Cuando murió Yefim Petróvich, Aliosha continuó aún dos años en el colegio de la provincia. La inconsolable esposa de Yefim Petróvich, casi inmediatamente después del fallecimiento de su marido, emprendió un largo viaje a Italia con su familia, constituida toda ella por personas del sexo femenino, y Aliosha fue a parar a la casa de dos damas a las que nunca había visto antes, dos parientes lejanas de Yefim Petróvich, sin saber en qué condiciones iba a vivir allí. Era también un rasgo suyo, hasta muy característico, el de no

preocuparse nunca por saber a cuenta de qué recursos vivía. En este sentido, era el polo opuesto de su hermano mayor, Iván Fiódorovich, quien pasó muchas estrecheces durante sus dos primeros años de Universidad, manteniéndose con su trabajo, y quien, desde su infancia, había sentido amargamente que vivía del pan ajeno, en casa de un bienhechor. Mas, al parecer, no había que juzgar muy severamente este extraño rasgo del carácter de Alexéi, pues quienquiera que le conociese, por poco que fuera, al surgir esta cuestión se convencía de que Alexéi pertenecía, sin duda alguna, a esa clase de jóvenes que son como los benditos, y que si, de pronto, se le viniera a las manos aunque fuera un gran capital, lo daría sin reparo alguno tan pronto como se lo pidieran, con destino a una buena obra, o sencillamente a un zorro listo si éste se lo solicitara. Era como si no conociese en absoluto el valor del dinero, aunque no en el sentido literal de la palabra, desde luego. Cuando le daban algo para sus gastos, aunque él no lo pedía nunca, se pasaba semanas enteras sin saber en qué emplearlo, o bien no ponía el menor cuidado en guardárselo y en un santiamén le desaparecía. Piotr Alexándrovich Miúsov, hombre muy susceptible en lo tocante al dinero y a la honradez burguesa, habiendo tenido ocasión, más tarde, de observar a Alexéi, le aplicó el siguiente aforismo: «Quizás es el único hombre del mundo a quien podéis dejar solo y sin dinero en la plaza de una gran ciudad desconocida y no se perderá ni morirá de hambre ni de frío, porque al instante habrá quien le dé de comer, y le coloque, y si no le colocan, él mismo lo hará en un abrir y cerrar de ojos, sin que esto le cueste ningún esfuerzo ni ninguna humillación, y sin ser ninguna carga para quien le haya ayudado, sino que, al contrario, lo tendrá como motivo de complacencia».

No terminó los estudios en el colegio; le faltaba aún todo un año cuando, de pronto, declaró a sus damas que iba a casa de su padre por un asunto que casualmente se le había

ocurrido. Las damas sentían compasión por él y no habrían deseado que se marchara. El viaje no era caro y las damas no permitieron que Aliosha empeñara su reloj, regalo que le había hecho la familia de su bienhechor antes de emprender su viaje al extranjero; le proveyeron de recursos con largueza, incluso de un traje y ropa blanca nuevos. Sin embargo, él les devolvió la mitad del dinero, declarando que estaba decidido a viajar en tercera clase. Llegado a nuestra pequeña ciudad, a las primeras preguntas del padre: «¿Por qué has venido sin haber terminado los estudios?», no respondió nada directamente, pero según dicen estaba mucho más pensativo que de costumbre. Pronto se descubrió que buscaba la tumba de su madre. Hasta llegó a confesar entonces que era sólo por esto por lo que había venido. Pero resulta dudoso que sólo a esto se limitara la causa de su viaje. Lo más probable es que entonces ni él mismo supiera ni pudiera explicar de ningún modo qué era lo que de pronto se había levantado de su alma y le había arrastrado de manera irresistible hacia algún camino nuevo, ignoto, pero ineluctable. Fiódor Pávlovich no pudo indicarle dónde había dado sepultura a su segunda esposa, porque nunca había estado en la tumba después de que hubieron echado tierra sobre el ataúd; habían pasado tantos años, que había olvidado por completo dónde la habían enterrado...

Unas palabras acerca de Fiódor Pávlovich: antes de estos sucesos había vivido largo tiempo fuera de nuestra ciudad. Unos tres o cuatro años después de la muerte de su segunda mujer, se dirigió al sur de Rusia hasta que fue a parar a Odesa, donde pasó varios años. Según sus propias palabras, al principio trabó conocimiento «con muchos judíos, judías, judiítos y judiítas», y acabó, al final, siendo admitido no sólo en casa de los judíos de poca monta, sino «hasta en casa de los hebreos importantes». Es de suponer que fue en ese período de su vida cuando se desarrolló en él un arte singular para hacerse con dinero. Volvió a nuestra ciudad,

para quedarse definitivamente en ella, tan sólo unos tres años antes de la llegada de Aliosha. Sus antiguos conocidos le encontraron terriblemente envejecido, pese a que no podía decirse que fuera aún muy viejo. No se comportaba, sin embargo, con mayor nobleza, sino con más insolencia. En el bufón de antaño apareció, por ejemplo, la cínica necesidad de tratar como bufones a otras personas. Le gustaba no ya conducirse indecentemente con el sexo femenino, como antes, sino hasta de manera más repugnante. Pronto se convirtió en el fundador de numerosas tabernas en el distrito. Se calculaba que tendría, quizá, cien mil rublos o poco menos. En seguida mucha gente de la ciudad y del distrito se convirtieron en deudores suyos, aunque bajo sólidas garantías, desde luego. En los últimos tiempos se había vuelto algo fofo, parecía que empezaba a perder el tino, la clara idea de la marcha de sus negocios; daba muestras hasta de cierta versatilidad, comenzaba con una cosa y acababa con otra, como si se dispersara, y cada vez bebía con más frecuencia hasta emborracharse; de no haber sido por el criado Grigori, también bastante envejecido en aquel entonces, que velaba por él a veces como si fuera casi su preceptor, Fiódor Pávlovich no habría podido evitarse, quizá, ciertos contratiempos. La llegada de Aliosha parecía haber influido en él hasta en el aspecto moral, como si en ese viejo prematuro despertase algo de lo que había enmudecido hacía tanto tiempo en su alma: «¿Sabes –empezó a decir con frecuencia a Aliosha, mientras se le quedaba mirando– que te pareces a ella, a la posesa?». Así llamaba a su difunta mujer, la madre de Aliosha. Tuvo que ser, al fin, el criado Grigori quien indicara al joven dónde estaba la tumba de la «posesa». Le condujo al cementerio de nuestra ciudad y en un apartado rincón le mostró una losa de hierro colado, de poco precio, pero limpia, en la que había incluso una inscripción con el nombre, estado, edad y año de la muerte de su madre; en la parte inferior se había grabado algo así

como una cuarteta formada por antiguos versos de los que solían ponerse en las tumbas de la gente de mediana posición. Cosa sorprendente, aquella losa resultó ser obra de Grigori. Él mismo, por cuenta propia, la había colocado sobre la escueta tumba de la pobre «posesa» después de que Fiódor Pávlovich, a quien muchísimas veces había importunado recordándole la tumba, se hubo marchado, por fin, a Odesa, dejando a su espalda no sólo las tumbas, sino, además, todos los recuerdos. Ante la tumba de su madre, Aliosha no manifestó ninguna emoción especial; escuchó el solemne y juicioso relato de Grigori sobre la colocación de la losa, permaneció de pie, con la cabeza baja, y se marchó sin articular una palabra. Desde entonces no volvió al cementerio quizás en todo el año. Pero aquel pequeño episodio produjo también un efecto muy curioso sobre Fiódor Pávlovich, quien tomó mil rublos y los llevó a nuestro monasterio para misas por el alma de su esposa, aunque no por la segunda, la madre de Aliosha, la «posesa», sino por la primera, Adelaída Ivánovna, la que le zurraba. El mismo día, por la tarde, bebió hasta emborracharse y dijo disparates de los monjes en presencia de su hijo. Estaba muy lejos de ser un hombre religioso; quizá no había puesto nunca ante el icono ni una vela de cinco kópeks. En sujetos así suelen darse extraños arrebatos de sentimientos y pensamientos súbitos.

Ya he dicho que se había vuelto muy fofo. Su fisonomía, en aquel entonces, era un vivo testimonio del carácter y de la esencia de toda su vida pasada. Además de las largas y carnosas bolsas bajo sus pequeños ojos, siempre insolentes, desconfiados y burlones, además de numerosas y profundas arrugas en su rostro pequeño, pero seboso, debajo de su barbilla puntiaguda le sobresalía la gran nuez de la garganta, carnosa y alargada, lo que le daba un aire repelente y lujurioso. Añádase a ello una alargada boca sensual, de gruesos labios entre los que se divisaban pequeños

restos de dientes negros y carcomidos. Se salpicaba de saliva cada vez que se ponía a hablar. A pesar de todo, se complacía en bromear a propósito de su cara, aunque al parecer estaba satisfecho de ella. Se refería sobre todo a su nariz, no muy grande, pero muy afilada, de curva muy prominente: «Es una auténtica nariz de romano –decía–; con la nuez de mi garganta, parezco un verdadero patricio de los tiempos de la decadencia». Al parecer, estaba muy orgulloso de ello.

Y he aquí que Aliosha, poco después de haber descubierto la tumba de su madre, le declaró que quería ingresar en el monasterio y que los monjes estaban dispuestos a admitirle como novicio. Añadió que aquél era su ferventísimo anhelo y que solicitaba su solemne consentimiento paterno. El viejo ya sabía que el stárets Zosima, que buscaba su salvación en el eremitorio del monasterio, había causado una singular impresión sobre su «tranquilo muchacho».

–Este stárets, desde luego, es el monje más honrado del monasterio –articuló, después de haber escuchado silenciosa y pensativamente a Aliosha, pero sin sorprenderse casi en absoluto de su ruego–. Hum... ¡Así que es ahí donde quiere meterse mi tranquilo muchacho! –Estaba medio bebido, y de súbito se sonrió con su larga sonrisa de borrachín, no carente de astucia ni de achispada malicia–. Hum... Ya había presentido que ibas a acabar por el estilo, ¿te lo imaginas? Se veía que eso te tiraba. Bueno, como quieras; ya tienes tus dos mil rublitos, que te servirán de dote, y yo, ángel mío, no te abandonaré nunca; ahora entregaré por ti lo que haga falta, si es que piden algo. Pero si no piden nada, a qué ofrecer, ¿no te parece? Tú no gastas más que un canario, dos granitos por semana... Hum... ¿Sabes? Hay un monasterio que tiene un caserío en las afueras de una ciudad, y todo el mundo sabe que allí sólo «viven las mujeres de los monjes», así las llaman; serán unas treinta mujeres, según creo... He estado allí, es interesante, ¿sabes?; en su género, claro,

para variar. Lo único que tiene de malo es su espantosa rusificación; no hay ni una francesa, y podría haberlas, dinero tienen. Si las francesas se enteran, vendrán. Pero, aquí, nada; aquí no hay mujeres, no hay más que monjes, son unos doscientos. Viven honradamente. Ayunan. Lo reconozco... Hum... ¿Así que quieres hacerte monje? Lo siento por ti, Aliosha, ¿me crees?, te he tomado afecto... De todos modos, ésta será una buena oportunidad: rezarás un poco por nosotros, pecadores; la verdad es que en este mundo hemos pecado un poco más de lo debido. Siempre me preguntaba: ¿quién va a rezar por mí, alguna vez? ¿Hay en el mundo una persona que lo haga? Mi querido muchacho, en esta cuestión soy un zote terrible, ¿no lo crees, quizás? Terrible. Verás: aunque zote, pienso sobre esta cuestión; pienso de vez en cuando, claro está, no voy a pensar en ello siempre. No es posible, me digo, que cuando me muera los demonios se olviden de arrastrarme con sus ganchos hacia donde están ellos. Pero me digo: ¿con sus ganchos? ¿Y de dónde los sacan? ¿De qué están hechos? ¿De hierro? ¿Pero dónde los forjan? ¿Tienen allí, por ventura, alguna fábrica? En los monasterios, los frailes suponen probablemente que el infierno tiene techo, por ejemplo. Pues yo sólo puedo creer en un infierno sin techo: así resulta algo más delicado, algo más ilustrado, al estilo de lo que creen los luteranos, en una palabra. ¿Y no da lo mismo, en realidad, con techo o sin techo? ¡Ahí está la maldita cuestión! Bueno, pues si no hay techo, no hay ganchos. Y si no hay ganchos, fuera preocupaciones, pero otra vez resulta increíble: ¿quién va a arrastrarme, entonces, con ganchos?; porque si no me arrastraran a mí, ¿qué pasaría?, ¿dónde estaría la justicia en el mundo? *Il faudrait les inventer* expresamente para mí esos ganchos, para mí solo, porque ¡si supieras, Aliosha, lo sinvergüenza que soy!...

–Allí no hay ganchos –articuló Aliosha suave y seriamente, mirando a su padre.

–Eso, eso, no hay más que sombras de ganchos. Lo sé, lo sé. Es así como un francés describió el infierno:

J'ai vu l'ombre d'un cocher,
qui avec l'ombre d'une brosse
frottait l'ombre d'une carrosse[1].

»¿Cómo sabes tú, angelito, que no hay ganchos? De otro modo cantarás cuando lleves cierto tiempo entre los monjes. De todos modos, ve allí, pon en claro la verdad y ven a decírmela: a pesar de todo, no será tan duro largarse al otro mundo si uno sabe con certeza lo que allí le espera. Además, para ti será también más decente vivir con los monjes que vivir en mi casa, con un viejales borracho y unas jovenzuelas... aunque a ti, como a un ángel, nada te afecta. Quizá tampoco allí llegue a afectarte nada, y si te doy mi consentimiento es porque confío en esto. A ti el diablo no se te ha bebido los sesos. Te inflamarás, te apagarás, te curarás y volverás aquí. Yo te esperaré: me doy cuenta de que tú eres el único hombre de la tierra que no me ha vituperado, hijo mío querido, me doy cuenta, ¡no puedo no darme cuenta!...

Y hasta lloriqueó. Era sentimental. Era malo y sentimental.

5. Los startsi

Quizás alguno de los lectores piense que mi joven personaje era de naturaleza enfermiza, extática, desmedrada, un soñador paliducho, un hombre enteco y sin savia. Todo lo contrario: Aliosha era, en aquel entonces, un adolescente de diecinueve años, de buena figura, colorado de cara, de mira-

1. Versos de una parodia de la *Eneida* de los hermanos Perrault (1648), canto VI.

da luminosa, rebosante de salud. Era incluso muy hermoso, esbelto, más bien alto que bajo, de cabello castaño, de rostro regular, aunque algo alargado, oval, de ojos color gris oscuro, brillantes, muy abiertos; siempre estaba caviloso y, por lo visto, siempre sosegado. Quizá digan que tener coloradas las mejillas no es un obstáculo ni para el fanatismo ni para el misticismo; pero a mí me parece que Aliosha era más realista que nadie. Oh, sí, en el monasterio aprendió a creer a pies juntillas en los milagros, pero, a mi modo de ver, los milagros nunca conturbarán al realista. No son los milagros los que inclinan al realista hacia la fe. El verdadero realista, si no es un creyente, siempre encontrará en sí fuerza y capacidad para no creer ni en el milagro, y si éste se le presenta como hecho incontestable, el incrédulo preferirá no creer a sus sentidos que admitir el hecho. Si llega a admitirlo, lo hará como si se tratara de un hecho natural, aunque desconocido de él hasta entonces. En el realista, la fe no nace del milagro, sino el milagro nace de la fe. Si el realista llega a creer, por su realismo ha de admitir también sin falta, precisamente, el milagro. Santo Tomás apóstol declaró que no creería mientras no viera, y cuando hubo visto, exclamó: «¡Señor mío y Dios mío!». ¿Fue el milagro lo que le obligó a creer? Lo más probable es que no, y si creyó fue tan sólo porque deseaba creer y, quizá, creía ya por entero, en lo más recóndito de su ser, incluso cuando pronunció las palabras: «No creeré mientras no vea».

Quizá digan que Aliosha era torpe, atrasado, que no había terminado sus estudios, etc. Cierto, no había terminado los estudios, pero sería muy injusto afirmar que era torpe o poco inteligente. Repito lo que ya he dicho antes: entró en ese camino tan sólo porque en aquel entonces ese camino fue lo único que le impresionó y se le presentó de pronto como el ideal de su alma, tan afanosa de salir de las tinieblas y remontarse hacia la luz. Añadan que era un joven en parte ya de nuestro último tiempo, es decir, honrado por natura-

leza, ávido de verdad, a la que buscaba y en la que creía, y que, habiendo creído, exigía la participación inmediata en la verdad con toda la fuerza de su alma, exigía la realización inmediata de alguna hazaña con el imperioso deseo de sacrificarlo por ella todo, incluso la vida. Por desgracia, estos jóvenes no comprenden que el sacrificio de la vida es, quizás, el más fácil de todos los sacrificios en la mayor parte de los casos análogos, y que sacrificar, por ejemplo, cinco o seis años de su ardorosa vida juvenil a un estudio difícil y pesado, a la ciencia, aunque sea para decuplicar las propias fuerzas al servicio de la misma verdad y del sacrificio mismo con que se han encariñado y que se han propuesto llevar a cabo, es un sacrificio casi siempre por completo superior a sus fuerzas. Aliosha no había hecho más que elegir el camino opuesto a todos los demás, pero con la misma sed de sacrificio inmediato. Después de haber reflexionado seriamente, tan pronto como se sintió impresionado por la convicción de que existen la inmortalidad y Dios, se dijo con toda naturalidad: «Quiero vivir para la inmortalidad y no acepto un compromiso a medias». Exactamente del mismo modo, si hubiera creído que ni la inmortalidad ni Dios existen, en seguida se habría hecho ateo y socialista (porque el socialismo no es sólo la cuestión obrera o del denominado cuarto estado, sino que es, ante todo, la cuestión del ateísmo, de la plasmación moderna del ateísmo, es la cuestión de la torre de Babel que se construye precisamente sin Dios no para alcanzar los cielos desde la tierra, sino para hacer bajar los cielos a la tierra). A Aliosha hasta le parecía extraño e imposible vivir como antes. Se ha dicho: «Da todo lo que tengas y sígueme si quieres ser perfecto». Y Aliosha se dijo: «No puedo dar dos rublos en vez de darlo todo, ni puedo ir sólo a misa para cumplir el sígueme». Entre los recuerdos de su primera infancia, quizá conservaba algo acerca del monasterio de las afueras de nuestra ciudad, adonde podía haberlo llevado su madre a misa. Quizás habían influido los oblicuos rayos del

sol poniente ante el icono, hacia el que le elevaba su madre posesa. Es posible que hubiera venido entonces, pensativo, sólo para ver si allí estaba todo o sólo de los dos rublos, y en el monasterio encontró a aquel stárets...

Aquel stárets, como ya he explicado antes, era Zosima; pero habría que dedicar aquí también algunas palabras a lo que son los startsi en nuestros monasterios, y es una pena que no me sienta en este camino bastante competente y pisando terreno firme. Intentaré, sin embargo, decirlo con pocas palabras y con una exposición somera. Las personas especializadas y competentes afirman que los startsi y su modo de vivir aparecieron entre nosotros, en nuestros monasterios rusos, hace muy poco tiempo, no llega a los cien años, mientras que en todo el Oriente ortodoxo, sobre todo en el Sinaí y en el Monte Athos, existen hace ya bastante más de mil años. Afirman que el modo de vida de los startsi se daba entre nosotros, en la Rus [1], en tiempos antiquísimos o que debía de haberse dado forzosamente, pero que a consecuencia de las calamidades sufridas por Rusia, la invasión tártara, los disturbios [2], la interrupción de las antiguas relaciones con el Oriente después de la caída de Constantinopla, ese modo de vivir cayó aquí en el olvido, y desaparecieron los startsi. A finales del siglo pasado fue resucitado por uno de los grandes ascetas (como le llaman), Paísi Velichkovski [3], y sus discípulos; todavía hoy, transcurridos casi cien años, se da solamente en muy pocos monasterios y hasta ha sido objeto, a veces, de persecuciones como innovación inaudita en Rusia. Ha alcanzado un singular florecimiento en nuestra

1. Así es como se denomina la Rusia medieval y, por extensión, la Rusia «esencial», «profunda», la de las tradiciones y el acervo cutural propio.
2. Época de los «disturbios»: finales del siglo XVI y principios del XVII, período en que los polacos llegan a Moscú (1610) y se produce la sublevación campesina de Borís Bolótnikov.
3. Paísi Velichkovski (1722-1794). Uno de los startsi rusos más célebres, que fue monje en el Monte Athos, en Moldavia y Valaquia.

tierra rusa en un famoso eremitorio, el de Kozélskaia Óptina[1]. No sé cuándo ni quién estableció este modo de vivir en el monasterio de las afueras de nuestra ciudad, pero se consideraba que en él se habían sucedido ya tres startsi, de los que el último era el stárets Zosima, pero el venerable anciano se estaba casi muriendo de debilidad y enfermedades y no se sabía quién podría sustituirle. Para nuestro monasterio, el problema era importante, pues aquel cenobio hasta entonces no se había destacado en nada: no había en él ni reliquias de santos ni iconos milagrosos; su nombre ni siquiera iba unido a gloriosas tradiciones relacionadas con nuestra historia; no contaba en su haber con hazañas históricas ni con méritos ante la patria. Si floreció y cobró fama en toda Rusia se debió, precisamente, a los startsi, y para verlos y oírlos acudían los peregrinos en masa desde miles de verstas de distancia.

¿Pero qué es, con todo, un stárets? Un stárets es el que absorbe vuestra alma y vuestra voluntad en el alma y en la voluntad suyas. Cuando habéis elegido a un stárets, renunciáis a vuestra alma y se la entregáis en obediencia absoluta, con renuncia total de vosotros mismos. El que se predestina, acepta voluntariamente este noviciado, esta terrible escuela de la vida con la esperanza de vencerse después de la larga prueba, de dominarse hasta el punto de poder alcanzar, finalmente, a través de la obediencia durante la vida entera, una libertad perfecta, es decir, la libertad ante sí mismo, evitando de este modo el destino de quienes han vivido toda su vida sin haberse encontrado a sí mismos. Esta invención, es decir, el modo de vida de los startsi, no es algo teórico, sino que en Oriente fue sacado de la práctica, la cual en nuestros tiempos es ya milenaria. Las obligaciones hacia el stárets son algo muy distinto de la «obediencia» habitual que en nues-

1. Kozélskaia Óptina: famoso monasterio de la región de Kaluga, al sudoeste de Moscú.

tros monasterios rusos ha existido siempre. Se acepta la confesión permanente de todos los que se ligan al stárets así como el lazo indisoluble entre el que ata y el que es atado. Se cuenta, por ejemplo, que una vez, en los antiguos tiempos del cristianismo, uno de estos novicios, no habiendo cumplido cierta obligación que le había impuesto el stárets, huyó de su lado y se fue a otro país, de Siria a Egipto. Allí, después de largos y constantes sacrificios, fue considerado, al fin, digno de ser torturado y de morir martirizado en nombre de la fe. Pero cuando la Iglesia enterraba ya su cuerpo, reverenciándole como santo, al pronunciar el diácono las palabras rituales: «Que salgan los catecúmenos», el ataúd en que yacía el cuerpo del mártir cayó de su sitio y salió como arrojado del templo; y así, por tres veces. Por fin se enteraron de que aquel santo mártir había roto la obediencia y había abandonado a su stárets, por lo que no podía ser absuelto sin permiso de este último, a pesar de todos sus grandes hechos. Sólo cuando el stárets, que fue llamado, le hubo librado de la obediencia, pudieron enterrarle. Todo esto no es más que una antigua leyenda, desde luego, pero he aquí un caso reciente: uno de nuestros monjes se retiró en el Monte Athos a hacer penitencia; un día, su stárets le mandó abandonar el Monte Athos, lugar que el monje había llegado a querer con toda el alma como santuario, como tranquilo refugio; le mandó que fuera primero a Jerusalén a humillarse ante los Sacros Lugares, y que regresara luego al norte de Rusia, a Siberia: «Tu lugar está allí, no aquí». Afligido y muerto de pena, el monje se presentó en Constantinopla ante el Patriarca universal y le suplicó que le relevara de la obediencia, pero éste le respondió que no sólo él, Patriarca universal, no podía concederle esa licencia, sino que en toda la tierra no hay ni puede haber poder alguno capaz de relevarle de aquella obligación, ya que le había sido impuesta por el stárets, si no era el del propio stárets que se la había señalado. Así, pues, los startsi están investidos, en ciertos casos, de

un poder absoluto e ilimitado. Ello explica por qué en muchos monasterios al principio fue mirada con recelo, y hasta perseguida, la aparición de los startsi. En cambio, el pueblo en seguida los tuvo en gran estima. A ver a los startsi de nuestro monasterio afluían, por ejemplo, tanto gente sencilla como personas muy distinguidas con el fin de prosternarse ante ellos, confesarles sus dudas, sus pecados y sufrimientos, y pedirles consejo y preceptos de vida. Los enemigos de los startsi gritaban, aparte de hacer otras acusaciones, que se envilecía arbitraria y frívolamente el sacramento de la confesión, pese a que las ininterrumpidas confesiones de los novicios o de los laicos a su stárets no tienen ni mucho menos carácter sacramental. La cuestión acabó, sin embargo, con que los startsi se conservaron y poco a poco su modo de vivir se va estableciendo en los monasterios rusos. También es cierto, quizá, que este procedimiento probado y ya milenario de regeneración moral, que hace pasar al hombre de la esclavitud a la libertad y a la perfección interior, puede convertirse en un arma de dos filos, de modo que, en vez de llevar a la humildad y al dominio definitivo de sí mismo, puede, al contrario, despertar en algunos el orgullo satánico, es decir, puede conducirlos a las cadenas, no a la libertad.

El stárets Zosima tendría unos sesenta y cinco años, procedía de una familia de terratenientes y en otro tiempo, muy joven aún, había sido militar y había servido en el Cáucaso como oficial. No hay duda de que alguna de las cualidades de su alma había impresionado a Aliosha. El joven vivía en la propia celda del stárets, quien le había cobrado mucho afecto y le admitía a su lado. Ha de tenerse en cuenta que Aliosha, aun viviendo entonces en el monasterio, todavía no estaba ligado por ningún voto, podía ir donde quisiera, incluso por días enteros, y si llevaba hábitos, era porque quería, para no distinguirse de los monjes del monasterio. Pero además, claro está, le gustaba. Es posible que sobre la juvenil

imaginación de Aliosha hubieran influido poderosamente la fuerza y la gloria que aureolaban a su stárets. Del stárets Zosima decían muchos que habiendo atendido durante tantos años a todos los que iban a confesarse con él, sedientos de consejo y de una palabra de consuelo, eran tantas las revelaciones, las congojas y los casos de conciencia recogidos en su alma, que al fin había adquirido una perspicacia finísima, y a la primera mirada, al ver el rostro de un desconocido de los que acudían a su presencia, podía adivinar lo que le había llevado allí, lo que ese desconocido necesitaba, incluso qué clase de congoja le atormentaba el alma, y asombraba, confundía y casi amedrentaba al recién llegado al mostrarle que conocía tan bien su secreto antes de que ése hubiera pronunciado una palabra. Aliosha observaba, además, que muchos de los que por primera vez acudían para hablar a solas con el stárets, o casi todos ellos, entraban en la celda con miedo e inquietud y salían radiantes y gozosos: hasta el rostro más sombrío se convertía en un rostro feliz. A Aliosha le sorprendía en gran manera, también, que el stárets no fuera severo ni mucho menos, al contrario, casi siempre se mostraba jovial en el trato. Los monjes decían de Zosima que sentía su alma más próxima de quienes más pecaban, y a quien más amaba era al más pecador. Entre los monjes, los había que odiaban al stárets y le tenían envidia, incluso hallándose éste cerca del final de su vida, pero quedaban ya pocos y callaban, a pesar de que entre ellos se encontraban varias personas famosas e importantes del monasterio, como, por ejemplo, uno de los frailes más antiguos, que observaba con escrupulosidad extrema su voto de silencio y era gran ayunador. De todos modos, la inmensa mayoría estaba ya, sin duda alguna, al lado del stárets Zosima, y muchos incluso le querían de todo corazón, viva y sinceramente. Algunos sentían por él hasta fanatismo. Y decían abiertamente, aunque no en voz muy alta, que era un santo, que no cabía ni dudarlo; previendo ya cercana su muerte, esperaban hasta mila-

gros de un momento a otro, y consideraban que en un futuro próximo el monasterio alcanzaría, por el difunto, una fama muy grande. En la fuerza milagrosa del stárets creía también a ciegas Aliosha, del mismo modo que creía al pie de la letra el relato sobre el ataúd que salía de la iglesia. Veía como muchos de los que acudían con niños o parientes adultos enfermos, después de pedir que el stárets les impusiera las manos y les recitara una oración, volvían pronto, algunos al día siguiente, a hincarse de rodillas ante el stárets y darle las gracias por la curación de los enfermos. Aliosha no se preguntaba si se trataba de una verdadera curación o sólo de una mejoría natural en el curso de la enfermedad, pues creía ya plenamente en la fuerza espiritual de su maestro, cuya gloria era como su propio triunfo. Pero el corazón le latía con singular fuerza y todo él parecía radiante cuando el stárets salía al portalón del eremitorio donde le estaba esperando una multitud de peregrinos, gente sencilla procedente de toda Rusia que acudía expresamente para verle y recibir de él la bendición. Se postraban ante él, lloraban, le besaban los pies, besaban la tierra que había pisado, gritaban; las mujeres tendían hacia él sus pequeñuelos, le acercaban las enfermas posesas. El stárets hablaba con la gente, les recitaba una breve plegaria, les daba la bendición y los despedía. En los últimos tiempos, debido a los arrechuchos de su enfermedad, quedaba a veces tan débil que apenas se encontraba con fuerzas para salir de la celda, y los peregrinos se pasaban varios días en el monasterio esperando su salida. Aliosha no necesitaba preguntarse por qué sentían tanto amor por el stárets, por qué se hincaban de rodillas ante él y lloraban de ternura con sólo verle el rostro. Oh, Aliosha comprendía muy bien que para el alma resignada del sencillo pueblo ruso, acongojada por el trabajo y la amargura, y, sobre todo, por la injusticia constante y por el constante pecado, tanto propio como del mundo, no hay necesidad más fuerte ni consuelo mayor que hacerse con una reliquia o un santo, hu-

millarse ante él y adorarle: «Aunque el pecado, la mentira y la tentación estén en nosotros, hay de todos modos en la tierra, en algún lugar, un santo, un ser superior; por lo menos en él se da la verdad, por lo menos él conoce la verdad; así, pues, la verdad no muere en la tierra y, por tanto, alguna vez se instalará entre nosotros e imperará en toda la tierra, como está prometido». Aliosha sabía que el pueblo siente y hasta razona así, lo comprendía; pero tampoco dudaba en lo más mínimo, que el stárets fuera, precisamente, uno de esos santos, un depositario de la verdad divina a los ojos del pueblo; lo veía junto con aquellos mujiks que lloraban y las mujeres enfermas que tendían sus pequeñuelos hacia él. La convicción de que el stárets, cuando hubiera fenecido, proporcionaría una gloria extraordinaria al monasterio, era en el alma de Aliosha quizás incluso más fuerte que en ninguna otra persona del cenobio. Durante todo ese último tiempo, en su corazón se iba avivando cada vez con más fuerza cierto entusiasmo general interior, profundo y vehemente. No le turbaba en lo más mínimo que el stárets fuera como un caso único: «De todos modos, es un santo, en su corazón se halla el misterio de la renovación para todos, la potencia que establecerá, por fin, la verdad en la tierra, y todos seremos santos, los hombres se amarán unos a otros, no habrá ricos ni pobres, ni encumbrados ni humillados; todos seremos como hijos de Dios y llegará el verdadero reino de Cristo». Con esto soñaba el corazón de Aliosha.

Al parecer, Aliosha quedó enormemente impresionado por la llegada de sus dos hermanos, a quienes no había conocido hasta entonces. Con Dmitri Fiódorovich, a pesar de haber llegado más tarde, se sintió unido de manera más fácil y profunda que con su otro hermano (que lo era de padre y madre), Iván Fiódorovich. Sentía un interés enorme por conocer a Iván, pero éste llevaba ya dos meses viviendo en la casa paterna, y aunque se veían con bastante frecuencia, no llegaban a compenetrarse: Aliosha era de por sí callado y pa-

recía estar esperando algo, avergonzarse de algo, mientras que Iván, cuyas miradas largas y curiosas al principio experimentó Aliosha sobre sí, pronto dejó incluso de pensar en su hermano. Aliosha se dio cuenta de ello con cierta turbación. Atribuyó aquel desinterés a la diferencia de edad y, sobre todo, de formación. Pero también pensaba otra cosa: tan poca curiosidad y tan poco interés por él quizá se debían a algo que le era totalmente desconocido. Sin saber por qué, tenía siempre la impresión de que Iván estaba ocupado en alguna cosa interior e importante, y se proponía alcanzar algún fin, quizá muy difícil, de modo que no podía ocuparse de Aliosha y ésa debía ser la única causa de que le mirara con aire distraído. También pensaba Aliosha si no se trataría de cierto desprecio hacia él, novicio ingenuo, por parte del ateo docto. Sabía perfectamente que su hermano era ateo. Aliosha no podía sentirse ofendido por semejante desprecio, caso de que fuera real, mas esperaba de todos modos con cierta alarmante confusión, incomprensible para sí mismo, que su hermano deseara aproximársele más. Dmitri Fiódorovich hablaba de Iván con profundísimo respeto, con cierta especial veneración. Por él tuvo noticia Aliosha de todos los detalles del importante asunto que en los últimos tiempos había unido a los dos hermanos mayores con magnífico y estrecho lazo. Las entusiastas manifestaciones de Dmitri por Iván resultaban tanto más características a los ojos de Aliosha cuanto que el primero, en comparación con el segundo, era un hombre casi sin instrucción, y los dos, puestos uno junto al otro, formaban, al parecer, una contraposición tan viva, así en personalidad como en caracteres, que quizás habría sido imposible imaginarse a dos personas menos parecidas entre sí.

Fue entonces cuando tuvo lugar la entrevista o, mejor dicho, la reunión de todos los miembros de esta discorde familia en la celda del stárets, reunión de extraordinaria influencia sobre Aliosha. El pretexto para esta reunión era, en

verdad, falaz. El desacuerdo entre Dmitri Fiódorovich y su padre Fiódor Pávlovich en torno a la herencia y a la valoración de los bienes había llegado, por lo visto, a un punto insostenible. Las relaciones se exacerbaron y se hicieron insoportables. Al parecer, Fiódor Pávlovich fue quien entre bromas y veras lanzó la idea de que debían reunirse todos en la celda del stárets Zosima y, sin recurrir a su mediación directa, debían llegar a pesar de todo a un acuerdo más decente, teniendo en cuenta que el rango y la personalidad del stárets podrían ejercer cierta impresión reconciliadora. Dmitri Fiódorovich, que no había estado nunca con el stárets y ni siquiera le había visto, pensó, naturalmente, que en cierto modo lo que querían era asustarle; pero como él mismo, en su fuero interno, se reprochaba muchas y muy fuertes salidas de tono en las discusiones que últimamente había sostenido con su padre, aceptó el reto. Es oportuno indicar que no vivía en la casa de su padre, como Iván Fiódorovich, sino aparte, en el otro extremo de la ciudad. Se encontraba entonces entre nosotros Piotr Alexándrovich Miúsov, y éste se aferró con singular empeño a la idea de Fiódor Pávlovich. Liberal de los años cuarenta y cincuenta, librepensador y ateo, tomó una parte extraordinaria en ese asunto, quizá por aburrimiento, quizá por frívola diversión. De pronto sintió deseos de ver el monasterio y a su «santo». Como quiera que aún continuaban sus viejas discusiones con el cenobio y aún se arrastraba el pleito sobre el límite de sus posesiones, sobre ciertos derechos de tala en el bosque y de pesca en el río, se apresuró a aprovechar esta circunstancia con el pretexto de que él mismo estaba deseoso de llegar a un acuerdo con el padre abad: ¿no habría manera de poner fin amistosamente a sus discusiones? Claro está que en el monasterio podrían recibir más atenta y amablemente a quien acudiera con tan buenas intenciones que a un simple curioso. Todas estas consideraciones hicieron posible que en el monasterio se ejerciera cierta presión sobre el enfermo stárets, quien, des-

de hacía algún tiempo, ya casi no salía de su celda y se negaba a recibir, a causa de su enfermedad, hasta a los visitantes habituales. Al fin, el stárets accedió y se señaló un día. «¿Quién me ha designado para mediar entre ellos?», preguntó únicamente a Aliosha, sonriendo.

Al tener noticia de la entrevista, Aliosha se sintió muy conturbado. Si entre los enzarzados en el pleito y la disputa había uno que pudiera tomar en serio esa reunión, era, sin duda alguna, el hermano Dmitri y nadie más que él; pero los otros acudirían con propósitos frívolos y quizás ofensivos para el stárets; así lo comprendía Aliosha. El hermano Iván y Miúsov se presentarían sólo por curiosidad, quizá de la más burda, y su padre, pensando seguramente en alguna escena burlesca y teatral. ¡Oh, Aliosha, aunque callaba, conocía ya bastante bien y con bastante profundidad a su padre! Repito que este muchacho no era ni mucho menos tan cándido como se creía. Con verdadera angustia esperaba la llegada del día señalado. No hay duda de que en su interior, en el fondo de su corazón, se sentía muy preocupado, deseaba que de un modo u otro acabaran todas aquellas discordias familiares. Sin embargo, su preocupación más importante era la del stárets: sufría por él, por su gloria, temía las ofensas que pudieran inferirle, sobre todo las burlas sutiles y corteses de Miúsov, las reticencias altaneras del erudito Iván; así se imaginaba él la entrevista. Hasta quiso correr el riesgo de advertir al stárets, de decirle algo acerca de aquellas personas que podían presentarse, pero reflexionó y no dijo nada. Únicamente en la víspera del día señalado, a través de un conocido, comunicó a Dmitri que le quería mucho y que esperaba de él que cumpliera lo prometido. Dmitri se quedó intrigado, pues no podía recordar de ningún modo que hubiera prometido nada a su hermano, y se limitó a responderle por carta que haría lo imposible para dominarse y evitar «una bajeza» y que, aun respetando profundamente al stárets y al hermano Iván, estaba convencido de que o bien

se le estaba preparando con todo aquello una celada o se trataba de una comedia indigna. «Sin embargo, antes me tragaré la lengua que faltaré al respeto al santo varón, por ti tan venerado», escribió Dmitri al fin de su breve carta, que no animó mucho a Aliosha.

Libro segundo
Una reunión inoportuna

1. La llegada al monasterio

El día se había presentado magnífico, cálido y claro. Era a finales de agosto. La entrevista con el stárets estaba fijada para después de la última misa, a las once y media poco más o menos. Nuestros visitantes no acudieron, sin embargo, a la misa, sino que se presentaron exactamente a su término. Iban en dos coches; en el primero, una elegante calesa tirada por dos caballos de mucho precio, llegó Piotr Alexándrovich Miúsov con un lejano pariente suyo, Piotr Fómich Kalgánov, muy joven, de unos veinte años. Este joven se preparaba para ingresar en la Universidad, pero Miúsov, en cuya casa entonces vivía, le tentaba vaya a saber por qué proponiéndole que le acompañara al extranjero, a Zúrich o a Jena, para que ingresara en la Universidad y acabara allí sus estudios. El joven aún no se había decidido. Estaba ensimismado y como pensativo. Era de rostro agradable, de complexión fuerte y bastante alto. Su mirada adquiría a veces una extraña inmovilidad: como suele ocurrir con todas las personas muy distraídas, miraba, a veces, fija y largamente sin ver en absoluto. Era poco hablador y algo desmañado, pero a veces

–sólo encontrándose mano a mano con otro– se volvía enormemente parlanchín, impulsivo, burlón, riéndose sabía Dios de qué. Pero su animación se apagaba con tanta rapidez y de manera tan repentina como rápida y repentinamente había surgido. Siempre iba bien vestido, incluso con elegancia; poseía ya ciertos bienes de fortuna y esperaba aún muchos más. Era amigo de Aliosha.

En un coche de alquiler destartalado, todo crujidos y chirridos, pero muy amplio, arrastrado por dos viejos caballos rosillos, muy a la zaga del coche de Miúsov, llegaron también Fiódor Pávlovich y su hijo Iván Fiódorovich. Dmitri Fiódorovich había sido informado ya la víspera de la hora y lugar, pero se estaba retrasando. Los visitantes dejaron los coches junto al muro del recinto, en la posada, y entraron a pie por el portalón del monasterio. Aparte de Fiódor Pávlovich, los tres restantes, al parecer, nunca habían visto un convento, y Miúsov no había puesto el pie en una iglesia desde hacía, por lo menos, treinta años. Miraba en torno de sí con cierta curiosidad, no exenta de desenvoltura un tanto afectada. Pero el interior del monasterio nada pudo ofrecer a su espíritu observador, excepción hecha de los edificios religiosos y las dependencias, sumamente triviales. Salían de la iglesia las últimas personas, saludando y persignándose. Entre la gente sencilla se encontraban también forasteros de condición social más elevada, dos o tres damas y un general muy viejo; todos ellos se hospedaban en la posada. Los mendigos rodearon inmediatamente a nuestros visitantes, pero nadie les dio nada. Sólo Piotr Kalgánov sacó del monedero una pieza de diez kópeks y, presuroso, turbado Dios sabe por qué, la puso en manos de una mujer diciendo con precipitación: «Repartidlo en partes iguales». Ninguno de sus acompañantes le hizo por ello ninguna observación, de modo que no tenía motivos para sentirse confuso, pero al darse cuenta de ello aún se confundió más.

Una cosa, no obstante, era de extrañar; la verdad es que habrían debido de esperarles, y hasta, quizá, con ciertos ho-

nores: uno de los visitantes acababa de hacer donación de mil rublos al monasterio y otro era un propietario riquísimo, un hombre muy culto, del que todos allí dependerían en parte en lo tocante a la pesca en el río según fuera el giro que tomara el proceso. Y he aquí que, pese a todo, no los salía a recibir ninguna persona oficial. Miúsov miró distraídamente las losas sepulcrales cerca de la iglesia y estuvo a punto de hacer un comentario en el sentido de que aquellas tumbas, sin duda, habrían salido bastante caritas a los que adquirieron el derecho de enterrar en un lugar tan «santo», pero se calló: la ironía liberal iba degenerando en él casi en irritación.

–¡Diablo! ¿Pero a quién se puede preguntar aquí, en medio de este desorden?... Habría que enterarse, porque el tiempo se va –articuló de súbito, como si hablara consigo mismo.

De pronto se les acercó un señor de edad avanzada, calvo, con un holgado abrigo de estío, con ojos de mirada dulce. Con el sombrero levemente alzado, ceceando melosamente, se presentó como el terrateniente Maxímov, de Tula. En un momento se hizo cargo de la preocupación de nuestros visitantes.

–El stárets Zosima vive encerrado en su ermita, a unos cuatrocientos pasos del monasterio, al otro lado del bosquecillo...

–Ya sé que vive al otro lado del bosquecillo –le respondió Fiódor Pávlovich–, pero no recordamos bien el camino; hace tiempo que no hemos estado aquí.

–Se va por ese portalón, y derechito por el bosque... por el bosque. Vamos. Me permitirán... a mí mismo..., yo mismo... Por aquí, por aquí...

Salieron por el portalón y echaron a andar por el bosque. El terrateniente Maxímov, hombre de unos sesenta años, caminaba o, mejor dicho, corría al lado suyo, contemplándolos a todos con una curiosidad convulsiva, casi insoportable. Tenía los ojos algo saltones.

–Verá usted, visitamos al stárets por un asunto particular –indicó severamente Miúsov–; hemos obtenido una audiencia «de este personaje» y por esto, aunque le damos a usted las gracias por habernos indicado el camino, no vamos a pedirle que entre con nosotros.

–Yo he estado, he estado; yo ya he estado... Es un *chevalier parfait* –y el terrateniente hizo chascar los dedos.

–¿Quién es el *chevalier?* –preguntó Miúsov.

–El stárets, el magnífico stárets, el stárets... Honor y gloria del monasterio. Zosima. Es un stárets...

Interrumpió sus desordenadas palabras un pequeño monjillo con capucha, bajo, muy pálido y demacrado, que alcanzó a los visitantes. Fiódor Pávlovich y Miúsov se detuvieron. El monje, con gran cortesía, inclinándose casi hasta la cintura, dijo:

–El padre hegúmeno les invita humildísimamente, señores, a comer con él cuando hayan visitado la ermita. A la una, no más tarde. Y a usted también –añadió, dirigiéndose a Maxímov.

–¡Iré sin falta! –gritó Fiódor Pávlovich, alegrándose enormemente por la invitación–. Sin falta. ¿Sabe?, todos hemos dado palabra de comportarnos aquí decentemente... ¿Y usted, Piotr Alexándrovich, irá?

–¿Cómo no? ¿A qué he venido aquí, pues, sino a ver todas sus costumbres?... Una sola cosa me preocupa, y es, precisamente, el que ahora, Fiódor Pávlovich, estemos usted y yo...

–Sí, Dmitri Fiódorovich aún no ha venido.

–Eso, y sería magnífico que no se presentara. ¿Es algún placer para mí, todo este lío suyo, estando usted por añadidura? Bien, a la hora de comer, iremos, dé las gracias al padre hegúmeno –prosiguió, dirigiéndose al monjillo.

–Perdonen, tengo la obligación de guiarles hasta donde se encuentra el propio stárets –respondió el monje.

–Pues yo, si es así, me voy a ver al padre hegúmeno; haré una visita –musitó el terrateniente Maxímov.

–El padre hegúmeno está muy ocupado en este momento, pero como usted tenga a bien... –articuló indeciso el monje.

–¡Vaya pelma, este vejete! –observó en voz alta Miúsov, cuando el terrateniente Maxímov se hubo vuelto presuroso hacia el monasterio.

–Se parece a Von Sohn [1] –soltó Fiódor Pávlovich.

–Siempre sale usted con lo mismo... ¿En qué se parece a Von Sohn? ¿Es que le ha visto usted alguna vez?

–Lo he visto en fotografía. Se parecen por algo difícil de explicar, aunque no por los rasgos de la cara. Es un segundo ejemplar purísimo de Von Sohn. Me basta ver la fisonomía para darme cuenta.

–Quizá sí; usted entiende de estas cosas. Sólo que, verá, Fiódor Pávlovich, usted mismo ha recordado ahora que hemos dado palabra de comportarnos decentemente, no lo olvide. Le ruego que se reprima. No comience a hacer el ganso, no tengo ganas de que me pongan aquí al mismo nivel que a usted... Ya ve cómo es este hombre –añadió dirigiéndose al monje–, con él me da miedo visitar a las personas decentes.

En los labios pálidos, exangües, del pequeño monje se dibujó una sonrisita fina y callada, no carente de astucia a su manera, pero no respondió nada, y estaba muy claro que callaba por sentido de su propia dignidad. Miúsov aún frunció más el ceño.

«¡Oh, que el demonio se los lleve a todos; todo es apariencia elaborada a través de los siglos, pero, en el fondo, se trata sólo de charlatanería y estupidez!», centelleó en su cabeza.

–Aquí está la ermita, ¡hemos llegado! –gritó Fiódor Pávlovich–. La valla y el portal están cerrados.

Y se puso a hacer grandes signos de la cruz ante los santos pintados encima y a los lados del portal.

–En monasterio ajeno no se entra con regla propia –observó–. Aquí hay en total veinticinco santos que buscan su

1. Véase págs. 137-138.

salvación, se miran unos a otros y comen coles. Lo más extraordinario es que ni una sola mujer cruza este portal. Eso es realmente así. Aunque, ¿no he oído decir que el stárets recibe a damas? –preguntó, dirigiéndose de pronto al monje.

–Mujeres de pueblo las hay ahora mismo; miren, están esperando ahí, junto a la galería, en el suelo. Para las damas de familias distinguidas se han construido dos habitaciones pequeñas en la galería, pero fuera del recinto; es ahí, donde se ven las ventanas; el stárets llega, cuando se lo permite la salud, por un pasaje interior, de todos modos fuera del recinto. Ahora está esperando la señora Jojlakova, una propietaria de Járkov, con su hija; muy débil. Probablemente el stárets les ha prometido ir a verlas, aunque estos días se encuentra con tan pocas fuerzas que apenas se muestra a la gente.

–Así, pues, existe una pequeña salida de la ermita para visitar a las señoras. No crea, padre santo, que me figuro nada, esto es un decir. ¿Sabe, en el Monte Athos, usted lo habrá oído contar, no sólo están prohibidas las visitas de las mujeres, sino que está prohibida la presencia de toda mujer y de todos los seres hembras, como gallinas, pavas, terneritas...?

–Fiódor Pávlovich, doy la vuelta y le dejo aquí solo, y sin mí le van a echar a usted de este lugar a empujones, se lo advierto.

–¿En qué le molesto, Piotr Alexándrovich? Vea –gritó de súbito, pasada la valla de la ermita–. ¡Mire en qué valle de rosas viven!

En efecto, aunque entonces no había rosas, se veían en gran profusión raras y espléndidas flores otoñales, en todas partes donde era posible plantarlas. Era evidente que cuidaba de ellas una mano experta. Los parterres estaban situados junto a las vallas de las capillas y entre las tumbas. La casita en que se encontraba la celda del stárets, casita de madera, de una sola planta, con una galería ante la entrada, se veía asimismo rodeada de flores.

–¿Esto era así en tiempos del stárets anterior, Varsonofi? Dicen que aquél no era amigo de la elegancia, que Varsonofi se sulfuraba y repartía palos hasta a las damas –observó Fiódor Pávlovich, subiendo los peldaños del exiguo soportal.

–El stárets Varsonofi parecía a veces, realmente, un bendito, pero también se cuentan de él muchas tonterías. Nunca apaleó a nadie –respondió el monje–. Ahora, señores, esperen unos momentos, voy a anunciarles.

–Fiódor Pávlovich, por última vez le recuerdo lo convenido, ya sabe. Compórtese bien; si no, me las pagará –tuvo tiempo de susurrar una vez más Miúsov.

–No comprendo qué le pone tan nervioso –comentó burlón Fiódor Pávlovich–. ¿Es que tiene miedo por sus pecadillos? Pues ya sabe lo que dicen, que el stárets adivina por los ojos lo que cada uno lleva cuando se le acerca. En mucho aprecia usted la opinión del stárets, un señor tan parisino y tan avanzado. ¡Hasta me deja sorprendido, se lo aseguro!

Pero Miúsov no tuvo tiempo de responder a este sarcasmo; les rogaron que pasaran. Entró algo irritado...

«Bueno, ahora ya sé lo que me pasará, estoy irritado, me pondré a discutir, empezaré a acalorarme, me rebajaré a mí mismo y rebajaré mis ideas», pensó.

2. El viejo bufón

Entraron en el aposento casi al mismo tiempo que el stárets, quien salió de su habitación no bien los demás aparecieron. En la celda, ya estaban esperando la salida del stárets dos monjes, sacerdotes del eremitorio: uno de ellos era el padre bibliotecario; el otro, el padre Paísi, hombre enfermo, aunque no viejo, pero muy sabio, según se decía. De pie en un rincón (y permaneció de pie todo el tiempo) esperaba, además, un joven con chaqué que aparentaba unos veintidós años de edad, seminarista y futuro teólogo, protegido del

monasterio y de la cofradía. Era de estatura bastante alta, fresco de rostro, de pómulos acusados y de estrechitos ojos castaños, inteligentes y atentos. Se notaba en su cara una expresión de deferencia absoluta, pero decente, sin visible lagotería. No saludó a los visitantes con una inclinación de cabeza, como de igual a igual, sino, por el contrario, como si fuera un personaje secundario y un subordinado.

El stárets Zosima apareció acompañado de Aliosha y otro novicio. Los monjes sacerdotes se levantaron y le saludaron con una profundísima reverencia, rozando el suelo con los dedos; después, habiendo recibido la bendición, le besaron la mano. Cuando los hubo bendecido, el stárets les respondió uno a uno con una reverencia igual, rozando el suelo con los dedos, y a cada uno de ellos le pidió a su vez la bendición. Toda la ceremonia se efectuó con gran seriedad, no como un mero rito cotidiano, sino con cierta emotividad. A Miúsov, sin embargo, le pareció que todo aquello se hacía con la premeditada intención de impresionar. Miúsov estaba de pie, delante de todos los camaradas que con él habían entrado. Independientemente de las ideas, tan sólo por simple cortesía (ya que tal es aquí la costumbre), habría hecho falta acercarse al stárets y recibir de él la bendición, por lo menos recibir la bendición, si no se quería ya besarle la mano –y así lo había pensado la tarde anterior–. Pero al ver, entonces, todas esas reverencias y ese besuqueo de los monjes sacerdotes, cambió de idea en un segundo: saludó con una reverencia grave y seria, bastante profunda, al estilo mundano, y se acercó a una silla. Exactamente del mismo modo se condujo Fiódor Pávlovich, imitando esta vez a Miúsov con todo rigor, como un mono. Iván Fiódorovich saludó con mucho empaque y cortesía, pero también con los brazos pegados al cuerpo, como en posición de firmes, y Kalgánov se turbó hasta tal punto que no acertó a saludar de ninguna manera. El stárets bajó la mano que había levantado para impartir la bendición y, haciéndoles una nueva reverencia, rogó a todos

que se sentaran. A Aliosha la sangre se le subió a la cara: se sintió avergonzado. Comenzaban a confirmarse sus malos presentimientos.

El stárets se sentó en un pequeño diván de caoba de antigua construcción, tapizado de cuero, y a los visitantes, excepto a los dos monjes sacerdotes, los hizo sentar junto a la pared opuesta, en hilera los cuatro, uno al lado de otro, en cuatro butacas de caoba tapizadas de cuero negro ya muy gastado. Los monjes sacerdotes se sentaron a los lados, uno junto a la puerta y el otro junto a la ventana. El seminarista, Aliosha y el novicio permanecieron de pie. La celda era muy pequeña y ofrecía un aspecto poco acogedor. Objetos y muebles eran toscos, pobres, y se reducían a los más indispensables. Había dos macetas de flores en la ventana; en un rincón, muchos iconos; uno de ellos, de enormes dimensiones, representaba a la Virgen y probablemente había sido pintado antes ya de la disidencia religiosa[1]. Delante de dicho icono ardía una lamparilla. Al lado, había otros dos iconos con brillantes aplicaciones metálicas en las vestiduras de las imágenes; había además unos querubines poco naturales, huevos de porcelana, una cruz católica de marfil con una *Mater Dolorosa* a ella abrazada, y algunos grabados extranjeros de los grandes pintores italianos de los pasados siglos. Al lado de estos pulcros grabados de alto valor, se veían algunas hojas de litografías rusas de lo más popular, con representaciones de santos, mártires, prelados y demás, litografías que se vendían por algunos kópeks en todas las ferias. En las otras paredes había varios retratos litografiados de arciprestes rusos, contemporáneos y de tiempos pasados. En un momento, Miúsov recorrió con la vista todas esas «banalidades» y clavó luego la mirada en el stárets. Se creía hombre de mirada perspicaz, debilidad perdonable en él teniendo en cuenta

1. La provocada en la Iglesia rusa por las reformas del patriarka Nikon, a mediados del siglo XVII.

que ya había cumplido los cincuenta años, edad en que un hombre inteligente, mundano y con bienes de fortuna, siempre se vuelve más deferente consigo mismo, a veces incluso sin querer.

Desde el primer instante, el stárets le desagradó. En efecto, algo había en el rostro de Zosima que no gustaba a muchos. El stárets era un hombrecito bajo, encorvado, débil de piernas, que no contaba más allá de sesenta y cinco años, aunque parecía mucho más viejo, por lo menos en diez años más, debido a sus achaques. La cara, muy enjuta, se le veía trabajada por diminutas arruguitas, abundantes sobre todo cerca de los ojos, que los tenía claros, pequeños, vivos y brillantes, como dos puntos luminosos. No le quedaban más que unos cabellos grises en las sienes; la barba, pequeña y rala, presentaba forma de cuña, y los labios, que sonreían a menudo, se veían finos como dos cuerdecitas. No podía decirse que tuviera la nariz larga, sino afilada, como el pico de un pájaro.

«Por todos los síntomas, se trata de un alma maligna, mezquina y arrogante», pensó en un momento Miúsov, que se sentía muy descontento de sí mismo.

Sonaron horas en un reloj de pared y ello dio pie a que se iniciase la conversación. El reloj era de los pequeños y baratos, de pesas, y tocó, con rápido ritmo, las doce.

–Es exactamente la hora en punto –exclamó Fiódor Pávlovich–, y mi hijo Dmitri Fiódorovich aún sin llegar. ¡Le pido perdón por él, santo stárets! –Aliosha se estremeció de pies a cabeza al oír ese «santo stárets»–. En cambio, yo siempre soy puntual, al minuto, recordando que la puntualidad es la cortesía de los reyes...

–Pero usted, en todo caso, no es rey –farfulló en seguida Miúsov, sin poder contenerse.

–Cierto, no soy rey. Y figúrese, Piotr Alexándrovich, hasta yo mismo lo sabía, ¡se lo juro! Siempre me pasa lo mismo, ¡no acierto una! ¡Reverendísimo! –exclamó con repentina solemnidad–. ¡Tiene usted ante sí a un auténtico bufón!

Como tal me presento. ¡Se trata de una vieja costumbre, por desgracia! Ahora bien, si a veces digo tonterías sin que venga a cuento, lo hago con la intención de hacer reír y ser agradable. Es necesario ser agradable, ¿verdad? Hará unos siete años, llegué a una pequeña ciudad donde tenía unos asuntillos y donde había formado una pequeña compañiíta con unos mercaderes. Fuimos a ver al jefe de policía, porque había que pedirle alguna cosa e invitarle a comer con nosotros. Sale el jefe de policía, un hombre alto, gordo, rubio y hosco, uno de los sujetos más peligrosos en tales casos: ésa es gente amargada por el hígado, ¡por el hígado! Yo me dirijo a él, sabe, con la desenvoltura de un hombre de mundo: «Señor isprávnik [1] (le digo), ¡sea, digamos, nuestro Naprávnik! [2]». «¿Qué Naprávnik?», pregunta. Al instante me di cuenta de que la cosa no pitaba, él se mantenía serio, pero yo insistí: «Quería bromear un poco (dije) para que todo el mundo esté alegre, pues el señor Naprávnik es un famoso director de orquesta ruso y para la buena armonía de nuestra empresa lo que necesitamos precisamente es también algo así como un director de orquesta...». Me parece que me expliqué bien y que la comparación era acertada, ¿no? Pues él responde: «Perdonen, soy el isprávnik, y no permito que se hagan juegos de palabras con el nombre de mi cargo». Dio media vuelta y se fue. Yo seguí gritando: «¡Sí, sí, usted es el isprávnik, no Naprávnik!». «No (contesta), ya que lo ha dicho, soy Naprávnik.» Y figúrense, ¡de este modo, nuestro asunto se vino abajo! Soy así, siempre soy así. No hago más que perjudicarme con mi propia amabilidad, ¡esto es! En cierta ocasión, hace ya muchos años, decía a un personaje, que hasta era influyente: «Su esposa es una cosquillosa mujer», en el sentido honroso, por así decirlo, de las cualidades morales,

1. Jefe de policía de distrito en la época zarista.
2. E. F. Naprávnik (1839-1916), compositor y director de la ópera petersburguesa.

y él que me pregunta: «¿Es que le ha hecho usted cosquillas?». No pude contenerme; de pronto pensé: muéstrate amable, y dije: «Sí, le he hecho cosquillas», pero entonces él me hizo a mí las cosquillas en las dos mejillas... Sólo que esto sucedió hace mucho tiempo y ya no me da vergüenza contarlo; ¡siempre me perjudico de esta manera!

–Ahora mismo lo está haciendo –balbuceó Miúsov con repugnancia.

El stárets contemplaba a los dos en silencio.

–¡Eso parece! Y figúrese que sabía también esto, Piotr Alexándrovich, y hasta he presentido que iba a hacer lo que ahora hago tan pronto como he empezado a hablar, y hasta he presentido, ¿sabe?, que usted sería el primero en indicármelo. En estos momentos, cuando veo que la broma no me sale bien, reverendo, empiezan a secárseme los carrillos hacia las encías inferiores y casi me entran convulsiones; esto ya me ocurría en la juventud, cuando hacía de gorrista en casas de nobles y como gorrón me ganaba el pan. Soy bufón hasta los tuétanos, lo soy de nacimiento, como pasa con los benditos, reverendo; no niego que en mí, quizá, se haya metido un espíritu del mal, aunque de poco calibre, pues si fuera más importante habría elegido otra morada, aunque no la suya, Piotr Alexándrovich, ya que usted tampoco es una morada importante. En cambio, yo creo, creo en Dios. Sólo en los últimos tiempos había empezado a dudar, pero ahora estoy esperando palabras sublimes. Yo, reverendo, soy como el filósofo Diderot. No sé si sabe usted, santísimo padre, cómo el Diderot filósofo se presentó al metropolitano Platón[1] en tiempos de la emperatriz Catalina. Entra y suelta: «Dios no existe». A lo que el gran prelado responde, levantando el dedo: «¡Dice el insensato que en su corazón no hay Dios!». Aquél, sin más, se le arroja a los pies y grita: «Creo y acepto el bautismo». Así lo hicieron: le bautizaron allí mis-

1. Patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa (1737-1812).

mo. La princesa Dáshkova [1] fue la madrina y Potiomkin [2] el padrino...

–¡Fiódor Pávlovich, esto es intolerable! Usted sabe muy bien que está mintiendo, que esa estúpida anécdota no tiene nada de verdad, ¿por qué quiere usted hacerse el interesante? –articuló con temblorosa voz Miúsov, ya sin poderse dominar.

–¡Toda la vida he presentido que no era cierto! –exclamó con animación Fiódor Pávlovich–. En cambio, señores, ahora voy a decirles toda la verdad: ¡gran stárets, perdóneme! Lo del bautismo de Diderot acabo de inventármelo ahora mismo, en este mismo instante, mientras estaba contando; antes, nunca se me había venido a la cabeza. Lo he añadido para que tuviera más sal. Si me hago el interesante, Piotr Alexándrovich, es por esto, para ser más agradable. Aunque a veces ni yo mismo sé por qué lo hago. En cuanto a Diderot, eso de «el insensato», lo habré oído contar a los mismos terratenientes de por aquí, por lo menos veinte veces, cuando vivía en sus casas, en mis años juveniles; incluso lo oí contar a su tía, Piotr Alexándrovich, a Mavra Fomínishna. Todos están convencidos, aún hoy, de que Diderot vino a ver al metropolitano Platón para discutir acerca de Dios...

Miúsov se levantó, no sólo perdida la paciencia, sino incluso como fuera de sí. Se encontraba furioso y, comprendía que así se ponía en ridículo. En efecto, en aquella celda estaba sucediendo algo increíble. En aquella mismísima celda, desde hacía cuarenta o cincuenta años, ya en tiempos de los stárets precedentes, los visitantes acudían siempre con profundísima veneración, no de otro modo. Casi todos

1. Dáshkova Ekaterina Románovna (1743-1810). Apoyó a Catalina II en el golpe de Estado de 1762. Fue presidenta de la Academia Rusa y se relacionó con Diderot y Voltaire durante sus viajes por el extranjero.
2. Potiomkin Grigori Alexándrovich (1739-1791). Hombre de Estado, mariscal de campo; favorito de Catalina II.

los admitidos, al entrar en la celda, comprendían que eran objeto de un gran favor. Muchos se hincaban de rodillas y no se levantaban durante todo el tiempo de la entrevista. Muchos de los «altos» personajes, incluso los doctísimos, más aún, algunos de los que eran librepensadores, que acudían por curiosidad o por algún otro motivo, al entrar en la celda con los demás o al recibir una entrevista a solas, todos se imponían sin excepción, como deber primerísimo, mostrarse respetuosos y atentos durante todo el tiempo de la visita, tanto más cuanto que ahí no era cuestión de dar dinero, bastaban el amor y la buena voluntad por una parte, y, por la otra, el arrepentimiento y el anhelo de resolver algún difícil problema del alma o algún momento difícil en la vida del propio corazón. De manera que la bufonería de Fiódor Pávlovich, irrespetuosa hacia el lugar en que se encontraban, causó en los presentes, por lo menos en algunos de ellos, perplejidad y sorpresa. Los monjes sacerdotes, sin que por ello cambiara en lo más mínimo la expresión de sus fisonomías, estaban pendientes con seria atención de lo que dijera el stárets, mas, al parecer, se disponían ya a levantarse, como Miúsov. Aliosha sentía ganas de llorar y bajaba la cabeza. Lo que más raro le parecía era que su hermano Iván Fiódorovich, el único en quien confiaba, el único que tenía bastante influencia sobre su padre para poderlo hacer callar, permanecía sentado en su silla, completamente inmóvil, los ojos bajos, por lo visto esperando incluso con cierta expectante curiosidad a ver en qué iba a acabar todo aquello, como si él fuera allí una persona ajena por completo. Aliosha no podía ni mirar a Rakitin (el seminarista), al que conocía muy bien, casi como a una persona muy amiga: sabía cuáles eran sus pensamientos (era quizás el único que lo sabía en todo el monasterio).

–Perdóneme... –empezó a decir Miúsov, dirigiéndose al stárets–, quizá yo también le parezca copartícipe de esta indigna bufonada. Mi error ha sido creer que incluso un suje-

to como Fiódor Pávlovich, al visitar a un personaje tan honorable, se haría cargo de sus obligaciones... No se me ocurrió pensar que habría que pedir perdón por haber entrado con él...

Piotr Alexándrovich no acabó de formular su idea y, presa de la mayor confusión, se disponía a salir del aposento.

–No se preocupe, se lo ruego –dijo el stárets, levantándose de su sitio; sosteniéndose sobre sus flaquísimas piernas, tomó a Piotr Alexándrovich por ambos brazos y le hizo sentar otra vez en la butaca–. Cálmese, se lo ruego. Le suplico especialmente que sea mi huésped –y hecha una reverencia, se volvió y se sentó de nuevo en su pequeño diván.

–Gran stárets, dígame, ¿le ofendo o no con mi vivacidad? –dijo gritando, de súbito, Fiódor Pávlovich, agarrando con ambas manos los brazos de la butaca, como dispuesto a saltar según fuera la respuesta.

–También a usted le ruego que no se inquiete y que no se sienta cohibido –le dijo el stárets, solemne–. No se sienta cohibido, pórtese exactamente como si estuviera en su casa. Sobre todo, no se avergüence tanto de sí mismo, pues a esto se debe todo lo que le pasa.

–¿Exactamente como en casa? Es decir, ¿tal como soy? Oh, esto es mucho, es demasiado, ¡pero lo acepto enternecido! ¿Sabe, padre venerado? No me invite a que me muestre tal como soy, no se arriesgue... ni yo mismo llegaré a mostrarme como soy. Si se lo advierto es para protegerle. Y lo demás está aún hundido en las tinieblas de lo desconocido, aunque algunos han deseado hacer mi retrato. Eso lo digo por usted, Piotr Alexándrovich, y a usted, hombre santo, a usted le digo: ¡Le admiro con toda el alma! –Se levantó un poco y, alzando los brazos, añadió–: «Bendito sea el vientre que te ha llevado y los pezones que te han nutrido, ¡los pezones sobre todo!». Ahora usted, con sus palabras: «No se avergüence tanto de sí mismo, pues a eso se debe todo lo que le pasa», con estas palabras me ha atravesado de parte a parte y ha leí-

do en mi interior. Precisamente cuando me acerco a la gente siempre me parece que yo soy el más vil de todos y que todos me toman por un bufón; así que me digo: «¡Hala!, voy a hacer de bufón, no tengo miedo a lo que penséis, porque todos, ¡absolutamente todos, sois más canallas que yo!». Por esto soy un bufón, soy bufón por vergüenza, gran stárets, por vergüenza. Si alboroto es sólo por timidez. Si estuviera convencido de que cuando entro en un lugar todos van a tomarme por un hombre encantador e inteligente, ¡Dios del cielo, qué buena persona sería yo entonces! ¡Maestro! –repentinamente se hincó de rodillas–, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?

Hasta en aquel momento era difícil decidir si estaba haciendo el payaso o si se sentía, en verdad, tan enternecido.

El stárets levantó hacia él los ojos y dijo, sonriendo:

–Usted mismo sabe lo que ha de hacer, tiene usted bastante entendimiento; no se entregue a la bebida ni a la incontinencia de la palabra, no se entregue a la lujuria ni, sobre todo, a la veneración del dinero; cierre también sus establecimientos de bebidas, si no todos, por lo menos dos o tres. Pero lo más importante, lo que está antes que todo, es que no mienta.

–¿Lo dice por lo de Diderot, quizá?

–No, lo de Diderot es lo de menos. Lo que importa es que no se mienta a sí mismo. El que se miente a sí y escucha sus propias mentiras llega a no distinguir ninguna verdad ni en su fuero interno ni a su alrededor, pues deja de respetarse a sí mismo y de respetar a los otros. No respetando a nadie, ya no puede amar, y al no tener amor, para ocuparse en algo y entretenerse, se entrega a las bajas pasiones y a los placeres groseros, llega hasta la bestialidad en sus vicios, y todo ello por mentir siempre a los demás y por mentirse a sí mismo. El que se engaña, puede también sentirse ofendido antes que los demás. Pues ofenderse, a veces, es muy agradable, ¿verdad? El hombre sabe que nadie le ha ofendido, que se ha forjado él mismo la ofensa y que ha mentido a fondo para darse

tono; ha exagerado para que el cuadro resulte más impresionante, se ha agarrado a una palabra, y de un grano de arena ha hecho una montaña; sabe todo esto y, sin embargo, es el primero en sentirse ofendido, se ofende hasta un extremo que le resulta agradable, hasta experimentar una gran satisfacción y, de este modo, llega hasta el auténtico rencor... Pero levántese, siéntese, se lo ruego muy encarecidamente, todo esto son también gestos falsos...

–¡Hombre bienaventurado! Déjeme que le bese la mano –Fiódor Pávlovich se levantó con rápido movimiento y se apresuró a besar ruidosamente la descarnada mano del stárets–. Cierto, cierto, es agradable ofenderse. Lo ha dicho muy bien, como nunca lo había oído decir. Cierto, cierto, toda mi vida me he dado por ofendido, hasta me ha resultado agradable, me he ofendido por estética, pues estar ofendido no sólo es agradable, sino que, a veces, hasta resulta hermoso; esto se le ha olvidado, gran stárets: ¡hasta es hermoso! ¡Lo voy a anotar en mi cuadernito! He mentido, yo he mentido toda mi vida, cada día y cada hora. ¡En verdad, soy la mentira y el padre de la mentira! De todos modos, me parece que no soy el padre de la mentira; me hago siempre un lío con los textos, pero basta con que sea el hijo de la mentira. Sólo que... ángel mío, ¡de Diderot sí se puede hablar a veces! Diderot no hará daño, alguna otra palabrita sí lo hará. A propósito, gran stárets, por poco lo olvido, pero hace ya tres años que había pensado informarme aquí, venir aquí para preguntar y descubrir la verdad, lo deseaba, ardientemente. Pero mande a Piotr Alexándrovich que no me interrumpa. Verá lo que deseaba preguntar: si es verdad, gran padre, lo que en el *Cheti-Minéi*[1] se cuenta acerca de un santo milagro-

1. *Cheti-Minéi* o *Minéi-Cheti:* 'lecturas mensuales'. Colección de biografías de santos, leyendas y enseñanzas morales distribuidas siguiendo el orden de los días de cada mes. Se compuso en Bizancio hacia el siglo IX. Al pasar a Rusia (comienzos del siglo XI), se completó con

so al que martirizaron por la fe, y cuando, al final, le decapitaron, el santo se levantó, recogió su cabeza y, «amorosamente besándola», caminó largo tiempo, llevándola entre los brazos, «amorosamente besándola». ¿Es verdadero esto o no, íntegros padres?

–No, no es verdad –dijo el stárets.

–En ninguna de las *Cheti-Minéi* hay nada semejante. ¿De qué santo dice usted que se cuenta? –preguntó uno de los monjes sacerdotes, el padre bibliotecario.

–No sé de cuál. No lo sé ni tengo la menor idea. Me dejé engañar, lo contaron. Lo oí decir, ¿y sabe quién lo explicaba? Pues este mismo Piotr Alexándrovich Miúsov lo contó, el que se ha enojado ahora por lo de Diderot.

–Nunca le he contado tal cosa, yo con usted no hablo nunca.

–Cierto, no me lo contó usted a mí; pero lo contó en una reunión en la que me encontraba yo, hará de esto cerca de cuatro años. Si lo he recordado ha sido porque con este relato satírico conmovió usted mi fe, Piotr Alexándrovich. Usted no lo sabía, no lo sospechaba, pero yo regresé a casa con la fe vacilante y desde entonces me he sentido cada vez menos firme. ¡Sí, Piotr Alexándrovich, fue usted la causa de una gran caída! ¡Eso no es como lo de Diderot!

Fiódor Pávlovich se acaloraba patéticamente, aunque para todos estaba perfectamente claro que otra vez se hacía el interesante. Pero Miúsov se sentía herido en carne viva.

–Qué absurdo, todo esto es absurdo –balbuceó–. Quizá sí lo dije alguna vez... pero no a usted. A mí mismo me lo con-

abundante material del país. Bajo la dirección del metropolitano Makari (1482-1563) se elaboraron los *Grandes Minéi-Cheti* en los cuales se recogió casi toda la literatura litúrgica de los principios del cristianismo en Rusia, incluidas las biografías de los santos rusos canonizados en los concilios de 1547 y 1549 (la obra formó un total de 12 volúmenes).

taron. Lo oí decir en París, un francés contaba que esto figura en el *Cheti-Minéi* y que en nuestro país se leía durante la misa... Era un hombre muy docto, especializado en estadísticas sobre Rusia... Había vivido aquí mucho tiempo... Por mi parte, no he leído el *Cheti-Minéi*... y no pienso leerlo... ¿Qué no se cuenta, durante una comida?... Entonces estábamos comiendo...

–Sí, entonces ustedes estaban comiendo, pero yo perdí la fe –le parodió burlón Fiódor Pávlovich.

«¡Qué me importa a mí su fe!», iba a gritar Miúsov, pero se dominó articulando con desprecio:

–Ensucia usted literalmente cuanto toca.

De pronto, el stárets se levantó.

–Perdonen, señores, que les deje por algunos minutos –dijo dirigiéndose a todos los visitantes–, pero me estaban esperando ya antes de que ustedes llegasen. Y usted, de todos modos, no mienta –añadió con alegre expresión, dirigiéndose a Fiódor Pávlovich.

Salió de la celda; Aliosha y el novicio se apresuraron a ayudarle a bajar la escalera. Aliosha se sofocaba, estaba contento de salir, pero lo estaba también de que el stárets no se hubiera ofendido y se sintiera alegre. El stárets se encaminaba hacia la galería para bendecir a los que le estaban esperando. A pesar de todo, Fiódor Pávlovich le detuvo en la puerta de la celda.

–¡Hombre bienaventuradísimo! –exclamó gritando con mucha emoción–. ¡Permítame que le bese otra vez la mano! Sí, con usted aún se puede hablar, se puede vivir. ¿Cree usted que siempre miento de este modo y que siempre hago el bufón? Pues ha de saber que he estado todo el rato haciendo esta comedia adrede, para provocarle. He estado tanteándole todo el rato para ver si es posible vivir con usted, si mi humildad cabe junto a su orgullo. Le concedo un diploma de honor: ¡a su lado se puede vivir! Ahora me callaré, ya no diré nada más. Me sentaré en la butaca y callaré. Ahora es usted,

Piotr Alexándrovich, quien ha de hablar, ahora queda usted como el hombre más importante... por diez minutos.

3. Mujeres creyentes

Abajo, junto a la galería de madera añadida a la parte exterior del muro, sólo había mujeres, esta vez unas veinte mujeres de pueblo. Les habían comunicado que el stárets saldría por fin y ellas se agruparon esperándole. Salieron a la galería las terratenientes Jojlakova, que también esperaban al stárets, aunque ellas lo hacían en el aposento destinado a las visitantes distinguidas. Eran dos: madre e hija. La señora Jojlakova madre, dama rica que vestía siempre con gusto, era una mujer aún bastante joven y de muy buen ver, un poco pálida, de ojos muy vivos y casi negros. No tendría más allá de treinta y tres años, y hacía ya cinco que era viuda. Su hija, de catorce años, estaba paralítica de las piernas. La pobre muchacha no podía caminar hacía ya medio año, y la conducían en un largo sillón de ruedas. Tenía una carita encantadora, algo sumida por la enfermedad, pero alegre. En sus grandes ojos oscuros, de largas pestañas, relucía una expresión juguetona. Desde la primavera se disponía la madre a llevarla al extranjero, pero se les pasó el verano por atender a los trabajos de la finca. Llevaban una semana viviendo en nuestra ciudad, más por asuntos de negocios que por devoción, pero ya habían visitado una vez al stárets, hacía tres días. Se habían presentado otra vez, aun sabiendo que el venerable anciano casi ya no podía recibir a nadie, y con insistentes súplicas pidieron que se les concediera de nuevo la «felicidad de ver al gran remediador».

Mientras esperaban la salida del stárets, la madre estaba sentada en una silla, al lado del sillón de la hija; a unos dos pasos de ella estaba de pie un monje viejo, venido de un monasterio lejano y poco conocido, del norte del país, para reci-

bir la bendición del venerable Zosima. Pero éste, cuando apareció en la galería, se dirigió ante todo hacia las mujeres del pueblo. El grupo de mujeres se apretujó frente al pequeño porche de tres peldaños que comunicaba la baja galería con el suelo. El stárets se quedó de pie en el peldaño superior, se puso la estola y comenzó a bendecir a las mujeres que se apiñaban ante él. Le acercaron una posesa arrastrándola por los brazos, y ella, apenas hubo visto al stárets, se puso a hipar, como si chillara de manera estúpida, se puso a hipar y a temblar, sacudida por convulsiones como a veces tienen las mujeres que están encinta o que acaban de dar a luz. El stárets le puso la estola sobre la cabeza, pronunció una breve plegaria y la mujer se calló y se sosegó. No sé qué ocurre ahora, pero en mi infancia a menudo tuve ocasión de ver y oír por aldeas y monasterios a estas posesas. Las llevaban a misa, ellas chillaban y ladraban como perros, de modo que se las oía en toda la iglesia, pero cuando sacaban el Sagrario y acercaban a él a las posesas, al instante cesaba la «crisis demoníaca» y las enfermas siempre se calmaban por cierto tiempo. Yo era un niño, y aquello me dejaba muy asombrado. Pero también entonces oía decir a algunos terratenientes y, sobre todo, a mis maestros, que eran de ciudad, en respuesta a mis preguntas, que todo aquello era fingido para rehuir el trabajo, y que podía extirparse con la debida severidad; en confirmación de su aserto, aducían siempre diversas anécdotas. Sin embargo, más tarde me enteré con sorpresa por médicos especialistas que no se trata de ficción alguna, sino de una terrible enfermedad que sufren las mujeres, sobre todo, al parecer, las de Rusia, lo cual es una prueba de la dura vida que llevan nuestras mujeres del campo; la enfermedad se debe a trabajos agotadores ejecutados demasiado pronto después de partos difíciles, irregulares, sin ayuda médica de ninguna clase, y también a la pena sin esperanza, a los golpes y calamidades, cosa que algunas naturalezas femeninas no pueden soportar como las demás. En cuanto a la curación extraña y repentina

que solía producirse no bien acercaban a la mujer posesa y convulsa al Sagrario, curación que me habían explicado como fingimiento y aun como truco ideado poco menos que por los mismos «clericales», es probable que también se produjera de manera por completo natural; las mujeres que conducían a la enferma y, lo que es más importante, ella misma, creían a ojos cerrados, como verdad inconcusa, que el espíritu del mal en posesión de la mujer no podría resistir nunca al Santísimo si ante él hacían inclinar a la enferma. Por este mismo motivo también en la mujer nerviosa, desde luego, psíquicamente enferma, siempre se producía (y debía producirse) como una conmoción de todo el organismo en el momento de inclinarse ante el Santísimo, conmoción provocada por la espera del forzoso milagro de la curación y por la fe absoluta en que el milagro se iba a realizar. Y se producía, aunque sólo fuese por un momento. Y así sucedió apenas el stárets cubrió a la enferma con la estola.

Muchas de las mujeres que se apiñaban a su alrededor derramaban lágrimas de ternura y entusiasmo provocadas por el efecto del momento; otras se esforzaban por besarle aunque sólo fuera el extremo de su hábito; las había que proferían lamentos. Él las bendijo a todas y habló con algunas. Conocía a la posesa. La habían traído de una aldea cercana, distante del monasterio sólo unas seis verstas; además, no era la primera vez que la conducían a su presencia.

–¡Ésta viene de lejos! –dijo señalando a una mujer joven aún, pero muy flaca y demacrada, de rostro no ya tostado, sino como ennegrecido. La mujer estaba de rodillas y tenía fija en el stárets la mirada inmóvil, como frenética.

–De lejos, padrecito, de lejos, de trescientas verstas de aquí. De lejos, padre, de lejos –articuló la mujer canturreando, balanceando acompasadamente a derecha e izquierda la cabeza, con la mejilla apoyada en la palma de la mano.

Hablaba como lamentándose. Hay en el pueblo un dolor silencioso y paciente, que se encierra en sí mismo y calla.

Pero hay también un dolor a flor de piel: rompe en lágrimas y desde ese instante se va en lamentos. Esto les ocurre sobre todo a las mujeres. Pero no es más leve que el dolor silencioso. Los lamentos, en este caso, no dan otro consuelo que el de lacerar y desgarrar más aún el corazón. Semejante dolor ni consuelo desea, se nutre con el sentimiento de ser inconsolable. Los lamentos son tan sólo una necesidad de hurgar incesantemente en la herida.

–Eres de familia menestral, ¿verdad? –prosiguió el stárets, mirándola con curiosidad.

–Vivimos en la ciudad, padre, en la ciudad; somos campesinos, pero vivimos en la ciudad. He venido, padre, para verte a ti. Hemos oído hablar de ti, padrecito, hemos oído hablar de ti. He enterrado a un hijo pequeño, me he ido a rogar a Dios. He estado en tres monasterios y me han dicho: «Llégate también ahí, Nastásiushka», es decir, a verle a usted, padre, a usted. Y he venido, ayer estuve en el oficio de la tarde y hoy he venido aquí.

–¿Por qué lloras?

–Tengo pena por mi hijito, era de tres añitos, le faltaban sólo tres meses para tener tres añitos. Me atormento por mi hijito, padre, por mi hijito. Era el último que nos quedaba; cuatro hemos tenido, Nikítushka y yo, pero los pequeños se nos van, venerado padre, se nos van. Enterré a los tres primeros y por ellos no tuve mucha pena, pero a este último lo he enterrado y no puedo olvidarlo. Es como si lo tuviera delante de mí, no se aparta. Me ha secado el alma. Miro su ropita, su camisita o sus botitas y me pongo a llorar a gritos. Extiendo lo que era suyo, cada una de sus cosas, miro y chillo. Digo a Nikítushka, que es mi marido: señor de la casa, déjame que vaya a peregrinar. Él es cochero; nosotros, padre, no somos pobres, no somos pobres; el servicio de cochero lo hacemos por cuenta propia, todo es nuestro, caballos y coche. ¿Para qué queremos ahora todos estos bienes? Se habrá dado a la bebida al faltar yo, el Nikítushka mío, se-

guro, antes también: apenas volvía yo la espalda, él caía en esa debilidad. Pero ahora ni en él pienso. Hace ya más de dos meses que he salido de casa. He olvidado, me he olvidado de todo y no quiero recordar; ¿y para qué quiero yo estar con él ahora? He terminado con él, he terminado, con todos he terminado. Ahora no miraría ni mi casa ni mis bienes; ¡y mejor sería que no viera nada, nada!

–Escúchame, madre –dijo el stárets–; una vez, hace muchos, muchos años, un gran santo vio en el templo a una madre que lloraba como tú y también por su pequeño, su hijo único, al que también el Señor había llamado. «¿Es que no sabes (le dijo el santo) cuán atrevidos son estos pequeñuelos ante el trono de Dios? No hay nadie más atrevido que ellos en el reino de los cielos: Tú, Señor, nos has concedido la vida, dicen a Dios, y no bien empezábamos a vislumbrarla, nos la has quitado. Y es tanto el atrevimiento con que piden y preguntan, que el Señor les concede inmediatamente el rango de ángeles. Por esto (dijo el santo), alégrate también tú, mujer, en vez de llorar, que tu pequeñuelo goza de la visión de Dios en compañía de los ángeles.» Esto es lo que dijo el santo a la mujer que lloraba en los tiempos antiguos. Era un gran santo y no podía decirle nada que no fuera verdad. Por esto también tú, madre, has de saber que tu pequeñuelo sin duda está ahora igualmente ante el trono de Dios, se alegra y se regocija, y ruega a Dios por ti. Así, pues, llora, pero alégrate.

La mujer le escuchaba, apoyada la mejilla en la mano, bajos los ojos. Suspiró profundamente.

–Del mismo modo me consolaba Nikítushka, lo mismo que tú: «Eres una tonta, me decía, ¿por qué lloras? Nuestro pequeño ahora seguramente está cantando con los ángeles al lado del Señor». Me dice esto, pero él mismo llora, lo veo, está llorando como yo. «Lo sé, Nikítushka, le digo; adónde va a estar, si no es al lado del Señor; pero aquí, con nosotros, Nikítushka, aquí al lado, sentado como antes, ¡no está!» Si

pudiera yo verle aunque fuera una sola vez, nada más que una vez, si pudiera mirarle, aunque no me acercara a él, no diría nada, me escondería en un rincón, sólo por verle nada más que un minuto; si pudiera oírle jugar en el patio y verle venir luego, como antes, gritando con su vocecita: «¿Mamá, dónde estás?». Si me fuera posible oírle pasar una sola vez por la habitación, aunque fuera una sola vez, haciendo con sus pasitos tuk-tuk, tan seguido, tan seguido... Recuerdo a veces cuando corría hacia mí, gritando y riendo; si pudiera oír aunque sólo fueran sus pasitos, si los oyera, ¡reconocería lo que usted me dice! Pero él no está, padrecito, no está, ¡y no le oiré nunca más! Aquí tengo su pequeño cinturón, pero él no está, ¡y nunca más le veré ni le oiré!...

Se sacó del seno un pequeño cinturón de pasamanería, y tan pronto como lo miró prorrumpió en llanto desconsolador, cubriéndose los ojos con los dedos, por entre los que empezaron a correr las lágrimas a raudales.

–Esto –dijo el stárets– es lo del antiguo «Raquel llora a sus hijos y no puede consolarse porque ellos no están», y éste es, madres, el destino que en la tierra se os reserva. No te consueles ni necesitas consolarte, no te consueles y llora; sólo que cada vez, al llorar, recuerda sin falta que tu pequeño es uno de los ángeles de Dios, y que desde el cielo te mira y te ve, se alegra de tus lágrimas y las muestra al Señor. Llorarás aún durante mucho tiempo con este gran llanto de madre, pero al fin tu llanto se convertirá en una sosegada alegría, tus amargas lágrimas serán, al final, únicamente lágrimas de serena ternura y de purificación, que salva del pecado. A tu pequeño lo tendré presente en mis oraciones. ¿Cómo se llamaba?

–Alexéi, padrecito.

–Es un nombre muy bonito. ¿Hay que encomendarlo, pues, a San Alexéi?

–Al Santo, padrecito, al Santo. ¡A Alexéi, el Santo!

–¡Fue un gran Santo! Rezaré por tu pequeño, madre; también tendré presente tu aflicción en mis oraciones y rezaré

también por la salud de tu marido. Pero es un pecado abandonarle. Vete al lado de tu marido y cuídale. El pequeño verá desde el cielo que has abandonado a su padre y llorará por vosotros; ¿por qué turbas su felicidad? No olvides que él vive, vive, pues viva es el alma por los siglos de los siglos, y él no está en vuestra casa, pero se encuentra invisible a vuestro lado. ¿Cómo va a venir a tu casa, si dices que la has odiado? ¿Hacia quién va a ir, si no os encuentra juntos, al padre y a la madre? Ahora se te aparece en sueños y te torturas, pero entonces te mandará dulces sueños. Vuelve al lado de tu marido, madre, vuelve hoy mismo.

–Iré, padre, seguiré tu palabra. Has traído la luz a mi corazón. ¡Nikítushka, mi Nikítushka, tú me esperas, cielo, me esperas! –empezó a lamentarse la mujer.

Pero el stárets se había vuelto ya hacia una viejecita muy vieja que no vestía como las peregrinas, sino como las mujeres de la ciudad. Por los ojos se le notaba que estaba preocupada y que había venido para comunicar algo. Dijo que era viuda de un suboficial; no venía de lejos, sino de nuestra misma ciudad. Su hijo, Vásenka, prestaba servicio en una sección de abastecimiento, se había ido a Siberia, a Irkutsk. Desde allí escribió dos veces, pero hacía ya un año que había dejado de escribir. Ella había preguntado por el hijo, mas la verdad era que no sabía dónde informarse.

–Hace muy poco, Stepanida Ilínichna Bedriáguina, comerciante y rica, me ha dicho: lo que tú has de hacer, Prójorovna, es escribir el nombre de tu hijo en un trozo de papel, llevarlo a la iglesia y encargar oraciones para el reposo de su alma. Dice que él empezará a sentirse acongojado y escribirá una carta. Este procedimiento, dice Stepanida Ilínichna, es seguro, muchas veces comprobado. Pero yo lo dudo... Tú, que eres nuestra luz, dime: ¿es cierto o no es cierto, eso? ¿Estaría bien hacerlo?

–¡No se te ocurra! Hasta es vergonzoso preguntarlo. ¡Cómo va a ser posible rezar por el alma de una persona

viva, y que lo haga su propia madre! Esto es un gran pecado, es como una brujería, y se te perdona sólo por tu ignorancia. Mejor será que reces a la Reina de los Cielos, intercesora y auxiliadora nuestra, por la salud de tu hijo y que te perdone por tu equivocado pensamiento. Y aún te diré otra cosa, Prójorovna: o pronto volverá a tu casa, el hijo tuyo, o te enviará sin falta una carta. Así que ya lo sabes. Vete, y desde ahora quédate tranquila. Te digo que tu hijo vive.

–Venerable padre nuestro, que Dios te lo pague, tú eres nuestro bienhechor, que rezas por todos nosotros y por nuestros pecados...

Pero el stárets había observado en la muchedumbre la mirada ardiente, fija en él, de una campesina extenuada, aunque todavía joven, con aspecto de tísica. La campesina miraba en silencio, sus ojos imploraban alguna cosa, pero habríase dicho que temía acercarse.

–¿Qué te trae aquí, hija mía?

–Quítame un peso del alma, venerable padre –murmuró ella en voz baja y sin prisas, poniéndose de rodillas e inclinándosele a los pies–. He pecado, padre venerable, tengo miedo a mi pecado.

El stárets se sentó en el peldaño inferior; la mujer se le acercó, siempre de rodillas.

–Hace más de dos años que estoy viuda –empezó a decir susurrando, a la vez que un estremecimiento parecía sacudirla–. Era muy penosa mi vida de casada, él era viejo, me pegaba sin compasión. Se puso enfermo; yo pensaba, mirándolo: si se pone bien y vuelve a levantarse, ¿qué pasará? Y tuve entonces esta idea...

–Un momento –dijo el stárets, y aproximó su oído a los mismísimos labios de ella.

La mujer continuó hablando en un susurro levísimo, de modo que casi no era posible comprender nada. Pronto terminó.

–¿Es ya el tercer año? –preguntó el stárets.

–Sí, el tercer año. Al principio no lo pensaba, pero ahora me he puesto enferma, la angustia no me deja vivir.

–¿Vienes de lejos?

–De quinientas verstas desde aquí.

–¿Lo has confesado?

–Lo he confesado, lo he confesado por dos veces.

–¿Te han admitido a la comunión?

–Me han admitido. Tengo miedo; tengo miedo de morir.

–No temas nada, ni temas nunca ni te acongojes. Que el arrepentimiento no mengüe en ti y Dios te lo perdonará todo. No hay ni puede haber en toda la tierra un pecado que Dios no perdone al que se arrepiente de verdad. Y el hombre no puede cometer un pecado tan grande que agote el infinito amor del Señor. ¿Puede haber acaso un pecado que supere al amor de Dios? Preocúpate siempre de tu arrepentimiento, incesantemente, y arroja el miedo por completo. Has de creer que Dios te quiere como no puedes ni imaginarte, te quiere con tu pecado y en tu pecado. Habrá más alegría en el cielo por un arrepentido que por diez justos, se ha dicho hace mucho. Vete, pues, y no temas. No te disgustes por la gente, no te enojes por las ofensas. Perdona de todo corazón al difunto sus agravios, reconcíliate con él de verdad. Si te arrepientes, amas. Si amas, ya eres de Dios... Con amor todo se compra, todo se salva. Si yo, pecador como tú, me he enternecido escuchándote y he sentido compasión por ti, ¿qué no hará Dios? El amor es un tesoro tan valioso que con él puedes comprar todo el mundo, puedes redimir no sólo tus pecados, sino además pecados ajenos. Vete y no tengas miedo.

Hizo tres veces la señal de la cruz sobre ella, se quitó del cuello una medallita y la puso a la mujer, que le hizo una reverencia, en silencio, hasta tocar el suelo. El stárets se irguió un poco y miró alegremente a una mujer robusta con un niño de pecho en brazos.

–Vengo de Vishegorie, padre.

–Está a seis verstas de aquí, te has fatigado con el niño. ¿Qué quieres?

–He venido para verte. He venido otras veces, ¿lo has olvidado? Pues no tienes mucha memoria, si te has olvidado de mí. Se decía por ahí que estabas enfermo, y he decidido venir a verte; ahora ya me doy cuenta de que no lo estás. Aún vas a vivir veinte años, la verdad, ¡que Dios te guarde! Además, ¿con tantos como por ti rezan vas a estar enfermo?

–Gracias te doy por todo, hija mía.

–Y ya lo aprovecho para hacerte un ruego muy pequeño: toma sesenta kópeks; dalos, padre, a una que sea más pobre que yo. Viniendo hacia aquí pensaba: mejor será que los dé a través de él, él sabe mejor a quien darlos.

–Gracias, hija; gracias, buena mujer. Te aprecio. Cumpliré tu ruego sin falta. ¿Es una niña, la criatura que llevas en brazos?

–Es una niña, luminoso padre; se llama Lizaveta.

–Que el Señor os bendiga a las dos, a ti y a la pequeña Lizaveta. Me has alegrado el corazón, madre. Adiós, hijas mías; adiós, hijas queridas.

Las bendijo a todas y les hizo una profunda reverencia.

4. Una dama de poca fe

La dama forastera, terrateniente, que había presenciado toda la escena de la conversación con la sencilla gente de pueblo y la bendición final, derramaba dulces lágrimas que se secaba con un pañuelito. Era una dama de la alta sociedad, muy sensible, de virtuosas inclinaciones, en mucho sinceras. Cuando, finalmente, el stárets se le acercó, ella le recibió entusiasmada:

–Me he sentido tan conmovida, tanto, al ver esta escena enternecedora... –La emoción no le dejó acabar el pensamiento–. Oh, comprendo que el pueblo le quiera; yo misma

siento amor por el pueblo y deseo amarlo; además, ¡cómo no amar al pueblo, a nuestro magnífico pueblo ruso, tan ingenuo en su grandeza!

–¿Cómo está de salud su hija? ¿Otra vez ha deseado usted hablar conmigo?

–Oh, lo he pedido con insistencia, lo he suplicado, estaba dispuesta a ponerme de rodillas y permanecer así aunque fueran tres días frente a sus ventanas, hasta que me dejara usted entrar. Hemos venido a verle, gran remediador, para manifestarle todo nuestro entusiasta agradecimiento. Porque usted ha curado a mi Lisa, la ha curado por completo y lo hizo el jueves rogando ante ella e imponiéndole las manos. ¡Nos hemos apresurado a venir para besar estas manos, para manifestar nuestros sentimientos y nuestra veneración!

–¿Cómo que la he curado? ¿No continúa aún en su sillón?

–Pero las fiebres nocturnas han desaparecido por completo, hace ya dos días, desde el jueves mismo –se apresuró a decir la dama nerviosamente–. Más aún: las piernas se le han hecho más fuertes. Hoy por la mañana se ha levantado sana, ha dormido toda la noche; mírela qué sonrosada está y cómo le brillan los ojitos. Antes no hacía más que llorar y ahora se ríe, está alegre, gozosa. Hoy ha exigido que la pusiéramos de pie y se ha sostenido ella sola, sin que nadie la ayudara, un minuto entero. Quiere apostar conmigo a que dentro de dos semanas bailará la contradanza. He llamado al doctor Herzenstube, de la localidad; él se encoge de hombros y dice: «Estoy asombrado, no lo entiendo». ¿Y quiere usted que no le incomodemos, podíamos no haber venido volando para darle las gracias? ¡Pero, *Lise,* dale las gracias, dale las gracias!

La simpática carita de *Lise,* sonriente, iba a ponerse seria; la niña se incorporó cuanto pudo en su sillón y, mirando al stárets, cruzó ante él las manitas, pero no pudo resistir más y súbitamente estalló en risas...

–¡Me río de él, de él! –dijo señalando a Aliosha con infantil enojo por no haberse dominado y haber estallado en risas.

Quien hubiese mirado a Aliosha, de pie a un paso detrás del stárets, habría observado que en un instante se le había cubierto la cara de rubor. Le centellearon los ojos y el joven bajó la mirada.

–Tiene un encargo para usted, Alexéi Fiódorovich... ¿Cómo está usted? –prosiguió la mamita, dirigiéndose de pronto a Aliosha y tendiéndole la mano deliciosamente enguantada.

El stárets volvió la cabeza y miró atentamente a Aliosha, quien se acercó a Lisa y, sonriendo de manera un poco extraña, cohibido, le dio la mano. *Lise* puso cara de importancia.

–Katerina Ivánovna me ha pedido que le entregara esto –dijo alargándole una cartita–. Pide con insistencia que vaya usted a verla, que vaya pronto, pronto, y nada de engañarla, que vaya sin falta.

–¿Pide que vaya a verla yo? Que yo vaya... ¿Para qué? –balbuceó con profunda sorpresa Aliosha, cuyo rostro adquirió de pronto un aire de seria preocupación.

–Oh, todo es por Dmitri Fiódorovich y... por todos esos últimos acontecimientos –explicó con presteza la madre–. Katerina Ivánovna ha tomado ahora una decisión... mas por esto necesita sin falta verle a usted... ¿Para qué? No lo sé, naturalmente, pero ha pedido que fuera cuanto antes. Y usted lo hará, seguro que lo hará; en eso hasta los sentimientos cristianos le obligan a ello.

–Sólo la he visto una vez –prosiguió Aliosha, sin reponerse de su sorpresa.

–¡Oh, es un ser tan puro, tan elevado!... Nada más que por sus sufrimientos... Piense en lo que ha soportado, en lo que está soportando, piense en lo que la espera... Podo esto es espantoso, ¡espantoso!

–Está bien, iré –decidió Aliosha, después de recorrer con la vista la breve y enigmática notita que, aparte del encarecido ruego de que fuera, no contenía explicaciones de ninguna clase.

–¡Oh, qué amable y magnífico será por parte suya! –dijo súbitamente *Lise,* gritando y animándose toda ella–. Yo decía a mamá: no irá por nada del mundo, está buscando la salvación de su alma. ¡Oh, qué magnífico es usted! Siempre pensaba que es usted magnífico. ¡Me agrada decírselo ahora!

–*Lise!* –profirió gravemente la madre, si bien al instante se sonrió–. También se ha olvidado usted de nosotras, Alexéi Fiódorovich; no quiere venir a vernos nunca, y eso que *Lise* me ha repetido que sólo con usted se siente bien.

Aliosha levantó los ojos, que había bajado, volvió a ruborizarse repentinamente y de nuevo repentinamente, sin saber él mismo por qué, se sonrió. De todos modos, el stárets ya no le observaba. Se había puesto a hablar con el monje forastero que, como ya hemos dicho, había esperado su salida junto al sillón de *Lise.* Era, por lo visto, de los monjes más sencillos, es decir, de simple condición, de ideología estrecha y roqueña, pero creyente y obstinado a su manera. Declaró que vivía lejos, en el norte, en Obdorsk [1], que era del convento de San Silvestre, un pobre monasterio con un total de nueve monjes. El stárets le bendijo y le invitó a que fuera a verlo en su celda cuando quisiera.

–¿Pero cómo se atreve usted a hacer cosas así? –preguntó de súbito el monje, señalando grave y solemnemente a *Lise.* Aludía a su «curación».

–Hablar de esto es prematuro todavía, naturalmente. Una mejoría no es aún curación completa y podría ser debida también a otras causas. Pero si ha habido algo no ha sido por ninguna otra fuerza que la voluntad divina. Todo depende de Dios. Venga a verme, padre –añadió a lo que decía al monje–, que no siempre puedo recibir visitas: estoy enfermo y sé que tengo los días contados.

1. Palabra compuesta de *Ob (Obi)* = 'río' y *dors* = 'cerca de', en lengua zarián. Población junto a la desembocadura del río Polui en el Obi, en el círculo Polar Ártico (desde 1933, se llama Salejard).

–¡Oh no, no, Dios no nos va a dejar sin usted, usted vivirá aún mucho tiempo, mucho! –exclamó la madre–. ¿De qué va a estar enfermo? Tiene usted un aspecto sano, alegre y feliz.

–Hoy me siento extraordinariamente aliviado, pero sé que sólo se trata de unos momentos. Ahora conozco mi enfermedad y no me equivoco. Si, a pesar de todo, le parezco tan alegre, con nada ni nunca habría podido hacerme tan contento como con semejante observación. Pues los hombres son creados para la felicidad, y quien es plenamente feliz tiene en verdad el derecho de decirse: «He cumplido la voluntad de Dios en esta tierra». Todos los justos, todos los santos, todos los santos mártires, todos, han sido felices.

–Oh, cómo habla usted, qué palabras más valientes y elevadas –exclamó la madre–. Usted habla y sus palabras penetran en el alma. Sin embargo, ¿dónde está la felicidad, dónde? ¿Quién puede decir de sí que es feliz? Oh, ya que ha sido usted tan bueno y ha permitido que le viéramos hoy nuevamente, escuche lo que la última vez no acabé de contarle, lo que no me atreví a decirle, todo lo que me atormenta desde hace tanto tiempo, ¡tanto! Yo sufro, perdóneme, sufro... –y con un fervoroso sentimiento impulsivo juntó las manos ante él.

–¿Qué la hace sufrir tanto?

–Sufro... porque no creo...

–¿No cree en Dios?

–Oh, sí, sí, en esto ni me atrevo a pensar, pero la vida futura... ¡es un enigma tan grande! ¡Y nadie, lo que se dice nadie, responde a este enigma! Escúcheme, usted es un conocedor del alma humana, usted sabe curarla; yo, desde luego, no me atrevo a pretender que me crea usted de manera absoluta, pero le aseguro con la más solemne de las palabras que no hablo ahora por frivolidad y que la idea de la vida futura de ultratumba me conmueve dolorosamente, hasta horrorizarme y asustarme... Y no sé a quién dirigirme, no me he atrevido nunca, en toda mi vida... Ahora me atrevo a dirigirme a

usted... ¡Oh, Dios! ¡Por quién me va a tomar ahora! –La dama se estrechó las manos, acongojada.

–No se inquiete por mi opinión –respondió el stárets–. Creo enteramente en la sinceridad de su congoja.

–¡Oh, qué agradecida le estoy! Cierro los ojos y pienso: si todos creen, ¿a qué se debe? Hay quien dice que todo esto se debió en un principio al miedo ante los amenazadores fenómenos de la naturaleza y que no hay nada de lo que se afirma. Pero vamos a ver, pienso: he creído toda la vida, me moriré y resultará que no hay nada, que sólo «crecerá el lampazo en la tumba», como dijo un escritor. ¡Esto es terrible! ¿Cómo recobrar la fe, cómo? Por otra parte, yo creía sólo cuando era pequeña, mecánicamente, sin pensar en nada ... Pero ¿cómo demostrar eso, cómo? He venido ahora a inclinarme ante usted y pedirle que me responda. Porque, si dejo pasar también la presente ocasión, ya no me responderá nadie en toda la vida. ¿Cómo demostrarlo, cómo convencerse? ¡Oh, qué desgracia la mía! Me detengo y veo a mi alrededor que a todos, casi a todos, todo les da lo mismo, nadie se ocupa ahora de eso, pero yo sola no puedo soportarlo. ¡Es horrible!

–Sin duda es horrible. Pero en esta cuestión, no es posible demostrar nada; sin embargo, es posible convencerse.

–¿Cómo? ¿Con qué?

–Con la experiencia del amor activo. Esfuércese por amar al prójimo de manera activa y sin cesar. A medida que avance en el amor, se irá convenciendo de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Si, además, llega a la abnegación completa en el amor al prójimo, entonces ya creerá usted sin disputa alguna y no habrá duda que pueda siquiera deslizársele en el alma. Esto está probado, esto es exacto.

–¿Del amor activo? Oh, esto es otro problema, y qué problema, ¡qué problema! Verá: yo amo tanto a la humanidad que, ¿me creerá?, a veces sueño con abandonarlo todo, todo lo que tengo, abandonar a *Lise* y hacerme hermana de la ca-

ridad. Cierro los ojos, dejo correr mis pensamientos y sueño, y en esos instantes siento en mí una fuerza invencible. Ni heridas ni llagas purulentas podrían asustarme. Las vendaría y las lavaría con mis propias manos, sería la enfermera de estos seres dolientes y estaría dispuesta a besar esas llagas...

–Ya es mucho, y está muy bien que su mente sueñe con esto y no con otras cosas. Sin creerlo y sin proponérselo, usted hará en verdad alguna buena acción.

–Sí, pero ¿podría soportar una vida semejante? –prosiguió vivamente la dama, casi con exaltación–. ¡Éste es el problema capital! De todos los problemas, éste es el que más me tortura. Cierro los ojos y me pregunto: ¿resistirías mucho tiempo en este camino? Si el enfermo cuyas pústulas lavas no te responde en seguida con agradecimiento, sino que, al contrario, comienza a torturarte con caprichos, sin apreciar tu filantrópico servicio, si empieza a gritarte, a presentarte groseramente exigencias, incluso a quejarse de ti a algún superior (como a menudo hacen los que sufren mucho), ¿entonces, qué? ¿Persistirá o no tu amor? Y ahora figúrese usted que, no sin estremecerme, ya me he dado una respuesta: si una cosa hay que podría enfriar inmediatamente mi amor «activo» por la humanidad no es otra que la ingratitud. En una palabra, puedo trabajar por una paga, exijo en seguida la paga, es decir, elogios, y que se me pague el amor con amor. ¡De otro modo no soy capaz de amar a nadie!

Sufría un ataque de sincera autoflagelación y, dichas estas palabras, miró con retadora decisión al stárets.

–Esto es punto por punto lo que me explicaba, aunque de ello hace ya mucho tiempo, un doctor –repuso el stárets–. El hombre era ya de edad y sin duda alguna inteligente. Hablaba con tanta sinceridad como usted y, aunque bromeaba, lo hacía con un deje de tristeza; yo, decía, amo a la humanidad, pero me admiro de mí mismo: cuanto más quiero a la humanidad en general, tanto menos quiero a los hombres en particular, es decir, por separado, como simples personas. En

sueños, decía, he llegado con frecuencia hasta apasionados propósitos sobre el servicio a la humanidad y, quizás, habría caminado hacia la cruz por la gente si ello hubiera resultado necesario en algún momento; por otra parte, sin embargo, soy incapaz de vivir con otra persona dos días seguidos en una misma habitación, lo sé por experiencia. Apenas me encuentro con alguien próximo a mí, ya noto que su personalidad oprime mi amor propio y me corta la libertad. En veinticuatro horas puedo llegar a odiar hasta a la mejor de las personas: a uno porque pasa mucho tiempo comiendo a la mesa; a otro, porque está resfriado y se suena sin cesar. Me convierto, decía, en un enemigo de las personas no bien éstas empiezan a relacionarse conmigo. En cambio, me ha sucedido siempre que cuanto más he odiado a la gente en particular, tanto más apasionado ha sido mi amor por la humanidad en general.

–Pero ¿qué hacer? ¿Qué hacer, pues, en este caso? ¿Hay que llegar a la desesperación?

–No, pues basta con que se sienta usted acongojada. Haga lo que pueda y se le tendrá en cuenta. ¡La verdad es que ya es mucho lo que ha hecho, pues ha llegado a conocerse a sí misma tan profunda y sinceramente! Ahora bien, si ha hablado usted ahora conmigo con tanta sinceridad sólo para recibir una alabanza, como acaba de recibirla por ser veraz, desde luego, no llegará a ninguna parte en el camino del amor activo; de este modo, todo quedará reducido a sus sueños y su vida se esfumará como una aparición. Si es así, también se olvidará, naturalmente, de la vida futura, y cuando se acerque al fin se tranquilizará a sí misma de una u otra manera.

–¡Me deja usted anonadada! Sólo ahora, en ese mismísimo instante, cuando estaba usted hablando, he comprendido que yo realmente esperaba su alabanza a mi sinceridad, nada más, cuando le contaba que no soportaría la ingratitud. ¡Usted me ha hecho una sugerencia, ha penetrado en mis pensamientos y me los ha explicado a mí misma!

–¿Habla usted en serio? Bueno, ahora, después de semejante reconocimiento suyo, creo que es usted sincera y tiene buen corazón. Si no llega del todo hasta la felicidad, recuerde siempre que se encuentra en el buen camino y esfuércese por no salir de él. Sobre todo, evite la mentira, toda mentira, en particular la mentira consigo misma. Observe su mentira y no deje de mirarla cada hora, cada minuto. Evite también la repulsión hacia los demás y hacia sí misma: lo que en su interior le parezca malo, por el mero hecho de que lo vea usted en sí se purifica. Evite el miedo también, aunque el miedo no es más que la consecuencia de la mentira. No tema nunca su propia pusilanimidad en el logro del amor, ni siquiera tema demasiado los malos actos que en este sentido pueda cometer. Siento no poderle decir nada más alentador, pues el amor activo en comparación con el amor soñado es algo cruel y aterrador. El amor soñado anhela la proeza inmediata, que encuentra rápida satisfacción y quiere que todo el mundo la contemple. Entonces hay quien llega en realidad hasta a hacer entrega de la vida, sólo a condición de que el sacrificio no se prolongue mucho tiempo y que se cumpla rápidamente, como en la escena, y de que todos la miren y la elogien. En cambio, el amor activo es trabajo y dominio de sí mismo; para ciertas personas es, quizá, toda una ciencia. De todos modos, una cosa he de advertirle: en el momento mismo en que vea usted horrorizada cómo, pese a todos sus esfuerzos, no sólo no se ha aproximado al fin, sino que incluso parece que se ha alejado de él, en ese mismo instante, se lo predigo, alcanzará usted de pronto el fin y verá claramente sobre sí la fuerza milagrosa del Señor, que siempre ha tenido puesto en usted su amor y siempre la habrá guiado misteriosamente. Perdone que no pueda estar más tiempo con usted, me esperan. Hasta la vista.

La dama lloraba.

–*Lise, Lise,* bendiga *a Lise,* ¡bendígala! –exclamó, repentinamente agitada.

–No vale la pena que la quieran a ella. He visto que se ha pasado el tiempo jugueteando –dijo en son de broma el stárets–. ¿Por qué ha estado burlándose de Alexéi?

Lise, en efecto, había estado todo aquel tiempo ocupada en esta travesura. Ya, la vez anterior, había observado que Aliosha se turbaba en presencia suya y se esforzaba por no mirarla; esto empezó a divertirla muchísimo. Ella lo contemplaba fijamente, esperando captarle la mirada. Sin poder resistir los ojos clavados en él, Aliosha, de súbito, sin querer, obediente a una fuerza invencible, la miraba, y al instante la muchacha se le reía directamente a la cara con una sonrisa de triunfo. Aliosha se sentía aún más confuso y fastidiado. Finalmente le volvió por completo la espalda y se escondió detrás del stárets. Unos minutos después, arrastrado de nuevo por la misma fuerza invencible, volvió la cabeza para comprobar si ella lo seguía mirando o no, y vio que *Lise,* casi con todo el cuerpo colgando fuera del sillón, le estaba mirando de sesgo, esperando con toda el alma a que la mirara él; habiendo cazado su mirada, se echó a reír tan estrepitosamente que ni siquiera el stárets pudo contenerse y dijo:

–¿Por qué, traviesa, le pone usted en vergüenza?

Lise se ruborizó inesperadamente; los ojos le brillaron, la cara se le puso seria en extremo, y con una voz viva, indignada, empezó a hablar, rápida y nerviosa:

–¿Por qué lo ha olvidado todo, él? Cuando yo era pequeña, me llevaba en brazos, jugábamos juntos. Venía a enseñarme a leer, ¿lo sabía usted? Hace dos años, al despedirse, dijo que no me olvidaría nunca, que seríamos siempre amigos, ¡siempre, siempre! Y mire, ahora me tiene miedo; ¿es que me lo voy a comer? ¿Por qué no quiere acercarse, por qué no habla conmigo? ¿Por qué no quiere ir a vernos? No es que usted lo retenga: ya sabemos que va a todas partes. A mí no me está bien llamarle; es a él a quien tenía que habérsele ocurrido primero, si no se ha olvidado de mí. Pero no, ¡ahora lo

que procura es salvarse! ¿Por qué le han vestido con este hábito tan largo?... Si echa a correr, se caerá...

De pronto, sin poderse dominar, se cubrió la cara con una mano, se puso a reír terrible, inconteniblemente, con su risa larga, nerviosa, estremecida y callada. El stárets, que la había escuchado sonriente, la bendijo con ternura; ella empezó a besarle la mano; se la llevó, de pronto, a los ojos y se echó a llorar diciendo:

–No se enfade conmigo, soy una tonta, no valgo nada... Quizá tiene razón Aliosha, mucha razón, al no querer ir a casa de una chica tan ridícula.

–Le mandaré que vaya sin falta –dijo el stárets.

5. ¡Así sea! ¡Así sea!

El stárets había estado ausente de la celda unos veinticinco minutos. Eran ya más de las doce y media y Dmitri Fiódorovich, por el que se habían reunido todos, aún no se había presentado. Pero era como si se hubieran olvidado de él, y cuando el stárets entró de nuevo en la celda encontró a sus huéspedes enfrascados en una conversación general animadísima, en la que participan sobre todo Iván Fiódorovich y los dos monjes sacerdotes. También Miúsov intervenía en ella y, por lo visto, con mucho calor, pero tampoco esta vez el éxito le sonreía; era evidente que se había quedado en un segundo plano y los demás no se molestaban mucho en responderle, hasta el punto de que esta nueva circunstancia acentuaba la irritabilidad que en él se iba acumulando. El caso era que ya antes había tenido sus más y sus menos con Iván Fiódorovich en cuanto a erudición, y no podía soportar con sangre fría cierto desdén por parte de este último: «Hasta ahora por lo menos he estado a la altura de todo lo que hay de avanzado en Europa, pero esta nueva generación nos ignora decididamente», pensaba para sus adentros. Fió-

dor Pávlovich, quien *motu proprio* había dado palabra de permanecer sentado en la butaca y no decir nada, realmente estuvo callado cierto tiempo, pero con burlona sonrisa observaba a su vecino Piotr Alexándrovich, de cuya irritabilidad se alegraba a ojos vistas. Hacía tiempo que se proponía desquitarse por alguna cosilla y no quería dejar escapar la ocasión que se le presentaba. Por fin, sin poder aguantar más, se inclinó sobre el hombro de su vecino y le dijo a media voz, mortificante:

–¿Sabe por qué no se ha ido usted hace un rato, después de lo de «amorosamente besándola», y ha accedido a quedarse con tan indigna compañía? Pues porque se ha sentido humillado y ofendido y se ha quedado para lucir en revancha su inteligencia. Lo que es ahora no se irá usted mientras no se haya lucido ante ellos.

–¿Otra vez se mete usted? Pues, al contrario, me iré ahora mismo.

–¡Será usted el último en irse, el último! –pinchó una vez más Fiódor Pávlovich. Ocurría esto casi en el instante mismo en que regresó el stárets.

La discusión se interrumpió por un momento, pero el stárets, después de sentarse en el mismo lugar que antes, los miró a todos como invitándoles afablemente a continuar. Aliosha, que había estudiado con detalle la expresión de aquel rostro, veía con evidencia plena que el stárets estaba terriblemente fatigado y que se sobreponía a sí mismo; en los últimos tiempos de su enfermedad, el stárets a veces se desvanecía, agotado. Casi la misma palidez que precedía al desvanecimiento se le extendía en ese momento por la cara, los labios se le habían puesto lívidos. Mas, por lo visto, el stárets no quería disolver la asamblea; parecía, además, que obraba así con un determinado fin, pero ¿cuál? Aliosha le observaba fijamente.

–Hablamos de un curiosísimo artículo de este señor –dijo Iósif, el monje sacerdote bibliotecario, dirigiéndose al stá-

rets y señalando a Iván Fiódorovich–. Ofrece muchos puntos de vista nuevos, pero la idea parece un arma de dos filos. Es un artículo periodístico en respuesta a un sacerdote que ha escrito todo un libro entero sobre los tribunales eclesiásticos y su competencia...

–Por desgracia, no he leído su artículo, pero he oído hablar de él –respondió el stárets mirando fija y atentamente a Iván Fiódorovich.

–El señor sostiene un punto de vista curiosísimo –prosiguió el padre bibliotecario–; por lo visto, en la cuestión de los tribunales eclesiásticos, rechaza en redondo la división entre Iglesia y Estado.

–Es curioso, pero ¿en qué sentido? –preguntó el stárets a Iván Fiódorovich.

Éste por fin le respondió, pero no con respetuosa altivez, como en la víspera temía aún Aliosha, sino modesta y discretamente, por lo visto sin la más pequeña segunda intención.

–Yo parto del principio de que esta confusión de elementos, o sea, de las esencias de la Iglesia y del Estado tomadas por separado, será, naturalmente, constante, a pesar de que es imposible y nunca resultará factible llevarla no ya a un estado normal, sino, ni siquiera, más o menos congruente, pues la mentira se encuentra en la base misma de la cuestión. Un compromiso entre el Estado y la Iglesia en asuntos tales como, por ejemplo, el de los tribunales, a mi modo de ver, es imposible en su esencia perfecta y pura. El sacerdote a quien presentaba yo mis objeciones afirma que la Iglesia ocupa en el Estado un lugar preciso y definido. Yo le he replicado que, por el contrario, la Iglesia ha de incluir en su seno al Estado entero, y no ocupar en él únicamente un rincón; y que si esto ahora, por lo que sea, resulta imposible, no cabe duda alguna de que en la esencia de las cosas ha de ser considerado como objetivo directo y capital de todo el ulterior desarrollo de la sociedad cristiana.

–¡Esto es perfectamente justo! –articuló firme y nerviosamente el padre Paísi, monje sacerdote poco hablador y erudito.

–¡Esto es ultramontanismo puro! –chilló Miúsov, colocando impaciente una pierna sobre la otra.

–¡Pero si en nuestro país ni montañas hay! –exclamó el padre Iósif, quien, dirigiéndose al stárets, continuó–: Este señor responde, entre otras cosas, a los siguientes principios «fundamentales y esenciales» de su enemigo, un eclesiástico, téngalo en cuenta. Primero: que «ninguna asociación pública puede ni debe adueñarse del poder, disponer de los derechos civiles y políticos de sus miembros». Segundo: que «el poder en materia civil y criminal no ha de pertenecer a la Iglesia, con cuya naturaleza es incompatible en tanto que institución divina y como asociación de gentes con fines religiosos», y, finalmente, en tercer lugar: que «la Iglesia es un reino que no pertenece a este mundo»...

–¡Esto es un juego de palabras totalmente indigno de un eclesiástico! –volvió a interrumpirle el padre Paísi, sin poderse contener–. Yo he leído el libro que usted refuta –añadió, dirigiéndose a Iván Fiódorovich–, y he quedado sorprendido de las palabras, dichas por un sacerdote, de que «la Iglesia es un reino que no pertenece a este mundo». Si no es de este mundo, no debería de existir en la tierra. En el Santo Evangelio, las palabras «no pertenece a este mundo» se emplean en otro sentido. No se puede admitir que se juegue con semejantes palabras. Nuestro Señor Jesucristo vino precisamente a establecer la Iglesia en la tierra. El Reino de los Cielos no es de este mundo, desde luego, está en el cielo; pero en él no se entra si no es a través de la Iglesia, fundada y establecida en la tierra. Por esto son inadmisibles e indignos los mundanos juegos de palabras en ese sentido. En cambio, la Iglesia es verdaderamente un reino, su misión es reinar, y es indudable que, a su término, ha de presentarse como reino en toda la tierra; así se nos ha prometido...

De pronto se calló, como si se contuviera. Iván Fiódorovich, que le había escuchado con suma deferencia y atención, prosiguió muy tranquilo, de buen grado, como antes, y sin malicia alguna, dirigiéndose al stárets:

–Todo el sentido de mi artículo estriba en sostener que en los tiempos antiguos, durante sus tres primeros siglos, el cristianismo en la tierra no se presentaba más que como Iglesia y era sólo Iglesia. Cuando el Estado pagano de Roma quiso hacerse cristiano, sucedió lo que tenía que suceder y fue que, haciéndose cristiano, se limitó a incluir en sí a la Iglesia, pero siguió siendo un Estado pagano, como antes, en una extraordinaria cantidad de sus funciones. En esencia, así tenía que ocurrir, no hay duda. Pero en Roma, en cuanto Estado, fue excesivo lo que quedó de la civilización y de la sabiduría paganas, como, por ejemplo, los propios fines y bases del Estado. En cuanto a la Iglesia de Cristo, al entrar en el Estado, no podía renunciar a ninguna de sus bases, a la piedra sobre la que se sustentaba, eso es indudable; no podía perseguir otros fines que los que le eran propios, ya que le habían sido firmemente establecidos e indicados por el Señor mismo; entre ellos figuraba el de convertir en Iglesia al mundo entero y, por tanto, a todo el antiguo Estado pagano. De este modo (es decir, con vistas al futuro) no era la Iglesia la que debía buscarse un determinado sitio en el Estado como «toda asociación pública» o como «asociación de gentes para fines religiosos» (como se expresa sobre la Iglesia el autor a quien refuto); al contrario, todo Estado terrenal posteriormente debía de convertirse en Iglesia y no llegar a ser otra cosa que Iglesia, renunciando a todos sus fines incompatibles con los de ésta. Todo ello, sin embargo, no rebaja en lo más mínimo al Estado, no le quita ni honor ni gloria como gran Estado, ni se la quita a los gobernantes; lo único que hace es obligarlo a abandonar su camino falso, todavía pagano y erróneo, para seguir el camino acertado y verdadero, el único que conduce a los fines eternos. Por esto el autor del libro sobre los *Funda-*

mentos de los tribunales eclesiásticos estaría en lo cierto si, al investigar y proponer dichos fundamentos, los considerara sólo como un compromiso temporal, necesario aún en nuestros tiempos pecaminosos e imperfectos, pero no más. Ahora bien, desde el momento en que el autor se atreve a declarar que los fundamentos por él propuestos, parte de los cuales ha enumerado ahora el padre Iósif, son bases inmutables, espontáneas y eternas, va ya directamente contra la Iglesia y su predestinación sagrada, eterna e inmutable. Éste es el resumen completo de mi artículo.

–En pocas palabras –dijo el padre Paísi, dando especial énfasis a cada una de las que pronunciaba–, según unas teorías en exceso explicadas en nuestro siglo decimonono, la Iglesia ha de transformarse en Estado, como pasando de una especie inferior a otra superior, para desaparecer luego en él, cediendo su lugar a la ciencia, al espíritu del tiempo y a la civilización. Si no lo quiere así y se resiste, se le asigna en el Estado nada más que un mero rincón y aún bajo vigilancia; esto es lo que ocurre hoy en todos los países europeos contemporáneos. En cambio, según la concepción y la esperanza rusas, no es la Iglesia la que ha de transformarse en Estado como pasando de una especie inferior a otra superior, sino que, por el contrario, es el Estado el que ha de acabar haciéndose digno de convertirse únicamente en Iglesia, y ninguna otra cosa. ¡Y así será, así será!

–Bueno; reconozco, señores, que ahora me han tranquilizado un poco –dijo Miúsov, volviendo a colocar una pierna sobre la otra–. Si no me equivoco, se trata de la realización de un ideal infinitamente lejano, para la segunda venida del Mesías. Eso, como quieran. Es un magnífico y utópico sueño sobre la desaparición de las guerras, de los diplomáticos, de los bancos y demás. Es algo hasta parecido al socialismo. Me había figurado que la cuestión iba en serio y que la Iglesia *ahora* juzgaría, por ejemplo, a los criminales, los condenaría a azotes y presidio y hasta, quizás, a la pena de muerte.

–Aunque ahora hubiera sólo tribunales eclesiásticos, la Iglesia no mandaría a presidio ni al suplicio. En este caso, el crimen y la manera de entenderlo deberían de cambiar indudablemente; claro está, poco a poco, no de súbito ni en este instante, aunque, de todos modos, bastante pronto... –replicó tranquilo y sin pestañear Iván Fiódorovich.

–¿Habla en serio? –le preguntó Miúsov, mirándole fijamente.

–Si todo se convirtiera en Iglesia, entonces se excomulgaría al criminal y al desobediente, y no se cortarían cabezas –prosiguió Iván Fiódorovich–. ¿Adónde iría, le pregunto yo, el excomulgado? Entonces tendría que apartarse no sólo de la gente, como ahora, sino, además, de Cristo. Con su crimen se habría sublevado no sólo contra las personas, sino también contra la Iglesia de Cristo. En un sentido riguroso, así ocurre ya ahora de todos modos, no se proclama, y la conciencia del criminal de hoy con extraordinaria frecuencia llega a un compromiso consigo misma: «He robado (viene a decir), pero no voy contra la Iglesia, no soy enemigo de Cristo»; esto es lo que a cada paso se dice el criminal de hoy, mientras que después, cuando la Iglesia ocupe el lugar del Estado, será difícil decírselo a no ser que se niegue toda la Iglesia en toda la tierra: «Todos (debería de decirse) se equivocan, todos van por un camino erróneo, todos forman una Iglesia falsa; únicamente yo, asesino y ladrón, constituyo la justa Iglesia cristiana». Decirse esto es, en realidad, muy difícil, presupone condiciones extraordinarias, circunstancias que se dan muy raras veces. Ahora tome, por otra parte, el punto de vista de la propia Iglesia acerca del crimen: ¿acaso no ha de modificarse respecto al punto de vista actual, casi pagano, y de la amputación mecánica del miembro contaminado, como actualmente se practica para la conservación de la sociedad; acaso no ha de convertirse, de manera total y no falsa, en una idea acerca del renacimiento del hombre, acerca de su resurrección y salvación...?

–A ver, a ver, ¿qué significa esto? Otra vez dejo de comprender –interrumpió Miúsov–, otra vez se trata de un sueño, de algo amorfo, imposible de entender. ¿Cómo comprender esa excomunión, qué excomunión es ésta? Sospecho que usted, simplemente, se está divirtiendo, Iván Fiódorovich.

–La verdad es que, en el fondo, lo mismo ocurre ahora –dijo de pronto el stárets, y todos se volvieron hacia él–. Si no existiera la Iglesia de Cristo, no habría para el criminal ningún freno ante el delito, ni siquiera castigo por él después de cometido, quiero decir verdadero castigo, no mecánico, como acaba de decir este señor, y que sólo sirve para irritar el corazón en la mayoría de los casos, sino un castigo verdadero, el único que aterroriza y sosiega y que consiste en adquirir idea de la propia conciencia.

–¿Cómo es esto, permítame la pregunta? –interrogó Miúsov con vivísima curiosidad.

–Pues verá –empezó a explicar el stárets–. Las deportaciones a trabajos forzados, acompañadas, antes, de castigos corporales, no corrigen a nadie y, lo que es más importante, no atemorizan casi a ningún criminal; el número de crímenes no sólo no disminuye, sino que cuanto más tiempo pasa, tanto más se incrementa. Supongo que está usted de acuerdo en esto. Y así resulta que la sociedad, de este modo, no se encuentra protegida de ninguna manera, pues aunque se amputa mecánicamente el miembro nocivo y se destierra lejos, fuera de la vista, en su lugar aparece en seguida otro criminal y, quizás, otros dos. Si algo protege a la sociedad incluso en nuestro tiempo, llegando hasta a corregir al criminal y a convertirlo en otro hombre, es tan sólo la ley de Cristo, que se manifiesta en la voz de la propia conciencia. Sólo después de haber comprendido su culpa como hijo de la sociedad de Cristo, es decir, de la Iglesia, el delincuente adquiere conciencia también de su culpa ante la sociedad misma, es decir, ante la Iglesia. Tenemos, pues, que el criminal de nuestro

tiempo es capaz de comprender su culpa sólo ante la Iglesia, no ante el Estado. Si los tribunales pertenecieran a la sociedad en tanto que Iglesia, la sociedad sabría, entonces, a quién habría que levantar la excomunión y acoger de nuevo en su seno. En cambio, ahora, la Iglesia, como no posee ningún tribunal efectivo y no puede ir más allá de una condenación moral, renuncia por sí misma al castigo efectivo del delincuente. No le excomulga, lo único que hace con su ejemplaridad paternal es no abandonarlo. Es más, hasta se esfuerza por mantener con el delincuente todas las relaciones del cristiano con la Iglesia: le admite a los oficios divinos y a los Santos Sacramentos, le da limosna y le trata más como cautivo que como criminal. ¿Qué sería del delincuente, ¡oh, Señor!, si la sociedad cristiana, es decir, la Iglesia, le rechazara como le rechaza y le mutila la ley civil? ¿Qué sucedería si la Iglesia le castigara con su excomunión inmediatamente y cada vez que la ley del Estado le impone su castigo? No podría haber mayor desesperación, por lo menos para el criminal ruso, pues los criminales rusos aún tienen fe. Entonces, quién sabe: quizá sucedería algo terrible, quizá se perdería la fe en el desesperado corazón del criminal, ¿y qué ocurriría? Pero la Iglesia, como madre llena de ternura y amor, renuncia por sí misma al castigo efectivo, puesto que aun sin su pena queda ya el culpable bastante dolorosamente castigado por la justicia civil, y es necesario que por lo menos alguien tenga lástima de él. Con todo, la razón principal de su apartamiento está en que la justicia de la Iglesia es la única que contiene en ella misma la verdad y, en consecuencia, no puede combinarse esencial ni moralmente con ninguna otra justicia ni entrar con ella en un compromiso temporal. En este terreno es imposible pensar en transacciones. El criminal extranjero, según dicen, raras veces se arrepiente, pues hasta las más modernas teorías le confirman en la idea de que su crimen no es tal crimen, sino únicamente una insurrección contra una fuerza que le oprime injustamente.

La sociedad lo amputa de sí misma mediante una fuerza que triunfa sobre él de manera por entero mecánica, y esta expulsión va acompañada de odio (así por lo menos lo cuentan en Europa hablando de sí mismos), de odio y de una indiferencia y olvido totales respecto a su ulterior destino, como hermano suyo. De este modo todo ocurre sin la menor conmiseración de la Iglesia, pues en muchos casos allí ya no hay iglesias y no quedan más que eclesiásticos y magníficos edificios, mientras que las iglesias mismas desde hace tiempo se esfuerzan por pasar de la especie inferior, en tanto que Iglesia, a la especie superior, en tanto que Estado, para desaparecer en él por completo. Así parece que sucede por lo menos en las tierras luteranas. En cuanto a Roma, allí hace ya mil años que se ha proclamado el Estado en lugar de la Iglesia. Por esto el propio criminal ya no se siente miembro de la Iglesia y, excomulgado, cae en la desesperación. Si vuelve a la sociedad, lo hace, a menudo, con tal odio que ésta parece expulsarle por sí misma de su seno. Juzguen ustedes en qué termina todo esto. En muchos casos, diríase que ocurre lo mismo entre nosotros; pero la cuestión está en que, aparte de los tribunales establecidos, existe además, en nuestro país, la Iglesia, que nunca pierde la comunicación con el criminal como hijo suyo querido y, a pesar de todo, amado; existe también, y se conserva, aunque sólo sea en idea, el tribunal de la Iglesia que, si bien ahora está inactivo, vive para el futuro, por lo menos como un sueño, y es reconocido sin duda alguna por el propio criminal, por el instinto de su alma. También es justo lo que se ha dicho ahora aquí, que si actuara realmente el tribunal de la Iglesia con toda su fuerza, es decir, si toda la sociedad se convirtiera sólo en Iglesia, no sólo el tribunal eclesiástico influiría en la corrección del criminal como nunca influye ahora, sino que, probablemente, los crímenes mismos se reducirían en proporción inverosímil. Además, la Iglesia, no hay duda, comprendería al futuro criminal y el crimen futuro en muchos casos de manera

completamente distinta a la de ahora y sabría recuperar al excomulgado, advertir al que tuviera propósitos criminales y regenerar al caído. Cierto es –sonrió el stárets– que la sociedad cristiana aún no está preparada y se sostiene únicamente sobre siete justos; pero como quiera que éstos no disminuyen, se mantiene ella intangible en espera de su plena transformación de sociedad como asociación todavía casi pagana en una Iglesia única, universal y reinante. ¡Así sea, así sea, por lo menos al fin de los siglos, pues está predestinado a cumplirse! Y no hay por qué conturbarse en cuanto a los tiempos y plazos, pues el misterio de los tiempos y plazos está en la sabiduría de Dios, de su previsión y de su amor. Y lo que según el cálculo del hombre puede encontrarse aún muy lejano, por la predestinación divina se halla, quizás, en vísperas de su aparición, tras la puerta. Así sea, así sea.

–¡Así sea! ¡Así sea! –asintió reverente y severo el padre Païsi.

–¡Es extraño, en alto grado extraño! –declaró Miúsov no con calor, sino, al parecer, con cierta indignación contenida.

–¿Qué es lo que le parece a usted tan extraño? –preguntó circunspecto el padre Iósif.

–Pero ¿qué es esto, vamos a ver? –exclamó Miúsov como si de pronto estallara–. ¡En la tierra se elimina al Estado y en su lugar se eleva la Iglesia! ¡Esto ya no es ultramontanismo, ya es archiultramontanismo! ¡Ni al papa Gregorio VII se le ocurrió una cosa semejante!

–¡Lo interpreta usted completamente al revés! –replicó severamente el padre Païsi–. No es que la Iglesia se convierta en Estado, compréndalo. Esto sería Roma y su sueño. ¡Sería la tercera tentación del diablo! Al contrario, es el Estado el que se transforma en Iglesia, se eleva hasta la Iglesia y se convierte en Iglesia en toda la tierra, lo cual está diametralmente opuesto al ultramontanismo, a Roma, y a lo que usted ha entendido; es tan sólo la gran misión reservada a la ortodo-

xia en la tierra. Es en Oriente donde esta estrella comenzará a brillar.

Miúsov guardó un silencio imponente. Toda su figura reflejaba un insólito sentimiento de dignidad. Apareció en sus labios una sonrisa de altanera condescendencia. Aliosha observaba cuanto ocurría con profunda emoción. Esta plática le había conmovido hondamente. Miró por casualidad a Rakitin, que permanecía inmóvil, de pie en el mismo lugar, junto a la puerta, escuchando con mucha atención y mirando, si bien con los ojos bajos. Pero al ver el vivo color de sus mejillas, adivinó Aliosha que Rakitin, al parecer, no estaba menos emocionado que él; Aliosha sabía qué le había emocionado.

–Permítanme que les cuente una pequeña anécdota, señores –dijo de pronto Miúsov, imponente y con un aire de especial gravedad–. En París, hace ya varios años, poco después del golpe de Estado de diciembre[1] visité a un conocido de mucha importancia, mucha, entonces personaje del Gobierno, y encontré en su casa a un señor sumamente curioso. Ese individuo era un detective, o, mejor aún, una especie de jefe de todo un equipo de detectives políticos, cargo de bastante influencia en su género. Aprovechando la ocasión y movido por una extraordinaria curiosidad, me puse a hablar con él; como quiera que él estaba allí no en calidad de amigo, sino de funcionario que acudía para presentar un informe especial, al ver, por su parte, de qué modo era yo recibido por su superior, me honró con cierta franqueza, desde luego, hasta cierto límite; es decir, era más bien cortés que franco, como saben serlo los franceses, tanto más cuanto que veía en mí a un extranjero. Pero le comprendí muy bien. Se trataba de los socialistas revolucionarios, a los que entonces se perseguía. Dejando aparte la esencia de la con-

1. Golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte (2 de diciembre de 1851).

versación, me limitaré a referirles una observación curiosísima que de repente se escapó a aquel señor: «En realidad, a todos estos socialistas (dijo), anarquistas, ateos y revolucionarios, no los tememos mucho; los vigilamos y estamos al corriente de sus pasos. Pero hay entre ellos, aunque pocos, algunos individuos curiosos: se trata de individuos que creen en Dios, cristianos, y, al mismo tiempo, socialistas. ¡A éstos es a quienes más tememos, ésa es gente temible! El socialista cristiano es más terrible que el socialista ateo». Ya entonces estas palabras me sorprendieron; pero ahora, señores, escuchándoles a ustedes, se me han venido de pronto a la memoria...

–¿Quiere decir que nos las aplica a nosotros y ve en nosotros socialistas? –preguntó directamente y sin ambages el padre Païsi.

Pero antes de que Piotr Alexándrovich hubiera acertado a responder, se abrió la puerta y entró Dmitri Fiódorovich, que llegaba con muchísimo retraso. La verdad es que ya no le esperaban y su repentina aparición provocó de momento hasta cierta sorpresa.

6. ¡Por qué vive un hombre como éste!

Dmitri Fiódorovich era un joven de veintiocho años, de estatura media y rostro agradable, aunque parecía de más edad. Era musculoso, se adivinaba que poseía una notable fuerza física; no obstante, su cara tenía un aire algo enfermizo. Se le veía el rostro flacucho, hundidas las mejillas, y de insano color amarillento. Sus ojos oscuros, bastante grandes y desorbitados, miraban con cierta imprecisión, aunque, por lo visto, de manera firmemente obstinada. Habríase dicho que incluso cuando se inquietaba y hablaba irritado, la mirada no se subordinaba a su estado de ánimo y expresaba alguna cosa distinta, que, a veces, no corres-

pondía en absoluto al momento dado. «Es difícil saber en qué está pensando», comentaban a menudo quienes hablaban con él. Otros, viéndole en los ojos una expresión pensativa y sombría, a veces quedaban sorprendidos por su inesperada risa, que respondía a las ideas alegres y joviales que le acudían a la mente al mismo tiempo que miraba de manera tan hosca. En aquel entonces, de todos modos, se comprendía que su rostro tuviera cierta expresión enfermiza: todos habían sido testigos de la vida sumamente desordenada y juerguista a que se había entregado durante los últimos tiempos en nuestra ciudad, del mismo modo que todos tenían noticia de la extraordinaria irritación a que había llegado en las discusiones con su padre por cuestiones de dinero. Sobre este tema corrían ya algunas anécdotas. Verdad es que Dmitri Fiódorovich era irascible por naturaleza, era un «espíritu abrupto e irregular», como dijo de él, caracterizándole, nuestro juez de paz, Semión Ivánovich Kachálnikov, en una tertulia. Dmitri Fiódorovich entró impecable y elegantemente vestido, con el chaqué abotonado, guantes negros y el sombrero de copa en la mano. Como oficial recientemente pasado a la reserva, tenía bigote y aún se afeitaba la barba. Llevaba cortos los cabellos, de color castaño oscuro, peinados en las sienes hacia adelante. Caminaba con paso decidido y largo, a lo militar. Se detuvo un instante en el umbral y, después de haber examinado con la mirada a todos los presentes, se dirigió directamente hacia el stárets, adivinando en él al dueño de la casa. Se inclinó profundamente y le pidió la bendición. El stárets, levantándose levemente le bendijo; Dmitri Fiódorovich le besó respetuosamente la mano y dijo con extraordinaria agitación, casi irritado:

–Perdóneme magnánimamente por haberme hecho esperar tanto. Pero el criado Smerdiakov, que me ha mandado mi padre, a mi insistente pregunta acerca de la hora de la entrevista, me ha respondido por dos veces, con un tono que no

dejaba lugar a dudas, que se había fijado para la una. Ahora acabo de enterarme...

–No se preocupe –le interrumpió el stárets–, no importa; se ha retrasado un poco, esto no es ningún mal...

–Le quedo sumamente agradecido y no podía esperar menos de su bondad.

Después de haber pronunciado estas breves y tajantes palabras, Dmitri Fiódorovich se inclinó de nuevo, se volvió hacia su «padrecito» y le hizo también una reverencia igualmente respetuosa y profunda. Se veía que era una reverencia premeditada, y premeditada con sinceridad, como si Dmitri Fiódorovich considerara que era obligación suya expresar de aquel modo su respeto y sus buenas intenciones. Aunque cogido de improviso, Fiódor Pávlovich en seguida encontró cómo responder, a su modo: vista la reverencia de su hijo, se levantó rápidamente de su butaca y contestó con otra inclinación no menos profunda. Su rostro adquirió de golpe una expresión grave e imponente, lo cual, sin embargo, le daba decididamente un aspecto rabioso. Luego, Dmitri Fiódorovich, saludando en silencio con una inclinación general a cuantos se hallaban en el aposento, con sus pasos largos y enérgicos se acercó a la ventana, se sentó en la única butaca que quedaba libre, cerca del padre Paísi, y, adelantando el cuerpo, se dispuso a escuchar la continuación de la plática que se cortó a su entrada.

La aparición de Dmitri Fiódorovich había interrumpido a lo sumo un par de minutos la charla, y tenía que reanudarse. Pero esta vez, a la pregunta insistente y casi irritada del padre Paísi, Piotr Alexándrovich no consideró necesario responder.

–Permítame que decline este tema –dijo con cierta mundana negligencia–. El asunto es, además, enrevesado. Vea, Iván Fiódorovich se ríe de nosotros: probablemente también para este caso tiene algo curioso que contar. Pregúntele a él.

–Nada de particular, excepto una pequeña observación –respondió en seguida Iván Fiódorovich– acerca de que el liberalismo europeo en general, y hasta nuestro diletantismo liberal ruso, con frecuencia y desde hace tiempo confunden los resultados finales del socialismo con los del cristianismo. Esta extravagante conclusión, desde luego, es un rasgo característico. Además, vemos que no son sólo los liberales y los diletantes quienes confunden socialismo y cristianismo, sino que, en muchos casos, los confunden también los gendarmes; los gendarmes extranjeros, se entiende. Su anécdota parisiense es bastante característica, Piotr Alexándrovich.

–Ruego otra vez que se me permita dejar este tema, en general –repitió Piotr Alexándrovich–, y en vez de tratar de él, les contaré, señores, otra anécdota muy interesante y muy característica sobre el propio Iván Fiódorovich. No hace más de cinco días que en una tertulia local, frecuentada sobre todo por damas, Iván Fiódorovich declaró de modo solemne, durante una discusión, que en toda la tierra no existe absolutamente nada que obligue a los hombres a amar a sus semejantes, que no existe ninguna ley natural que lleve al hombre a amar a la humanidad, y que si hasta ahora ha habido amor en la tierra ello no se debe a ninguna ley natural, sino tan sólo a que la gente creía en su inmortalidad. Añadió entre paréntesis que en esto radica toda la ley natural, de modo que si se extirpa en el hombre la fe en su inmortalidad, se secará en él en seguida no sólo el amor, sino, además, toda fuerza viva para continuar la existencia terrena. Más aún: entonces ya nada será inmoral, todo estará permitido, hasta la antropofagia. Pero tampoco eso es todo; acabó afirmando que para cada persona en particular, como por ejemplo nosotros ahora, que no crea en Dios ni en la inmortalidad, la ley moral de la naturaleza ha de cambiarse inmediatamente en total contraposición a la anterior ley religiosa, y el egoísmo, hasta llegar al crimen, no sólo ha de ser considerado lícito para el hombre, sino que incluso ha de ser reconocido

como salida necesaria, la más razonable y poco menos que la más noble en su situación. Por esta paradoja pueden juzgar, señores, de todo lo demás que nuestro estimado excéntrico y paradójico Iván Fiódorovich tiene a bien proclamar y tenga aún, quizá, la intención de revelar.

–Permítanme –exclamó de pronto Dmitri Fiódorovich, gritando–, por si lo he oído mal: «El crimen no sólo ha de ser considerado lícito, sino que incluso ha de ser reconocido como la salida más necesaria y juiciosa de la situación en que se encuentra todo ateo». ¿Es así?

–Exactamente así –dijo el padre Païsi.

–Lo recordaré.

Dichas estas palabras, Dmitri Fiódorovich se calló tan repentinamente como había terciado en la conversación. Todos le miraban llenos de curiosidad.

–¿Es posible que tenga usted semejante opinión acerca de las consecuencias de que el hombre pierda la fe en la inmortalidad del alma? –preguntó el stárets a Iván Fiódorovich.

–Sí, lo afirmé. No hay virtud si no hay inmortalidad.

–Feliz usted, si así lo cree, ¡a no ser que sea ya muy desdichado!

–¿Por qué desdichado? –se sonrió Iván Fiódorovich.

–Porque, con toda probabilidad, no cree usted ni en la inmortalidad de su alma ni siquiera en lo que ha escrito acerca de la Iglesia y de la cuestión eclesiástica.

–¡Quizá tenga usted razón!... Aunque no lo he dicho del todo en broma... –reconoció de pronto Iván Fiódorovich, extrañamente, ruborizándose.

–No lo ha dicho del todo en broma, cierto. Esta idea todavía no ha quedado resuelta en su corazón y lo tortura. Pero también el mártir se complace a veces en divertirse con su desesperación por sentirse, precisamente, desesperado. Por ahora también usted se complace en su desesperación con artículos de revista y con discusiones mundanas, sin creer en su dialéctica y riéndose dolorosamente de ella en el fon-

do de su alma... Usted no tiene aún resuelta dicha cuestión y en ello radica su gran amargura, pues exige una solución perentoria...

–¿Pero puede resolverse, en mi caso? ¿Puede resolverse en sentido positivo? –continuó preguntando de manera extraña Iván Fiódorovich, sin dejar de mirar al stárets con inexplicable sonrisa.

–Si no puede resolverse en sentido positivo, tampoco se resolverá nunca en sentido negativo, usted mismo conoce esta propiedad de su corazón; y en eso radica toda su congoja. Pero agradezca al Creador que le haya dado un corazón elevado, capaz de atormentarse con semejante congoja, «de meditar las cosas elevadas y buscarlas, pues en el cielo está nuestra mansión». ¡Quiera Dios que se encuentre usted en la tierra cuando su corazón halle la respuesta! ¡Que el Señor ilumine sus caminos!

El stárets levantó la mano para hacer la señal de la cruz, desde su sitio, en dirección a Iván Fiódorovich, pero éste se levantó de la silla, se le acercó, recibió la bendición y, después de besarle la mano, volvió a su sitio sin decir nada. Tenía un aspecto firme y serio. Este acto, así como toda la conversación precedente con el stárets, que nadie esperaba de Iván Fiódorovich, sorprendió a todos los presentes por lo que tenía de enigmático e incluso de solemne, de modo que todos guardaron silencio por unos momentos, y en la cara de Aliosha casi se reflejó el pavor. Pero Miúsov, de pronto, se encogió de hombros, y en el mismo instante Fiódor Pávlovich saltó de su asiento.

–¡Stárets divino y santísimo! –exclamó solemnemente, señalando a su hijo Iván Fiódorovich–. ¡Éste es mi hijo, carne de mi carne, mi hijo predilecto! Es mi reverendísimo, por decirlo de algún modo, Karl Moor, mientras que el hijo que acaba de entrar, Dmitri Fiódorovich, y contra el que busco en usted justicia, es el irreverentísimo Granz Moor, ambos de *Los bandidos,* de Schiller; en este caso yo ya soy el *Regie-*

render Gral von Moor. ¡Júzguenos y sálvenos! Necesitamos no sólo las oraciones de usted, sino, además, sus profecías.

–Hable sin hacerse el bendito y no empiece ofendiendo a la gente de su propia casa –contestó el stárets con débil y exhausta voz. Se fatigaba a ojos vistas, tanto más cuanto más tiempo pasaba, y estaba claro que iba quedándose sin fuerzas.

–¡Ésta es la indigna comedia que presentía yo al venir hacia aquí! –soltó Dmitri Fiódorovich lleno de indignación, levantándose asimismo del asiento–. Perdone, reverendo padre –prosiguió, dirigiéndose al stárets–, soy un hombre sin instrucción y ni siquiera sé qué tratamiento he de darle, pero le han engañado y ha sido usted demasiado bueno permitiendo que nos reuniéramos aquí. Lo único que mi padre necesita es un escándalo, él sabrá con qué fin. Siempre obra con un determinado fin. Sin embargo, me parece que ahora yo sé para qué...

–¡A mí me acusan todos, todos ellos! –gritó a su vez Fiódor Pávlovich–. ¡Hasta Piotr Alexándrovich! ¡Me ha acusado Piotr Alexándrovich, me ha acusado! –dijo, volviéndose de pronto hacia Miúsov, aunque éste ni pensaba siquiera interrumpirle–. Me acusan de haber escondido en una bota el dinero de mis hijos y de habérmelo apropiado todo; pero, permítame, ¿no existen, por ventura, los tribunales? Allí le calcularán, Dmitri Fiódorovich, por sus propios recibos, cartas de crédito y escrituras, cuánto tenía, cuánto ha gastado y cuánto le queda. ¿Por qué Piotr Alexándrovich se abstiene de expresar su juicio? Dmitri Fiódorovich no le es extraño. Pero todos se meten conmigo, y el caso es que en resumidas cuentas, Dmitri Fiódorovich aún me debe a mí, no crean que poca cosa, sino varios miles de rublos, lo que puedo probar con documentos. ¡Toda la ciudad habla escandalizada de sus francachelas! Donde antes prestaba su servicio militar, pagaba hasta mil y dos mil rublos para seducir a honradas doncellas; esto, Dmitri Fiódorovich, lo sé incluso

con los detalles más secretos, y lo demostraré... Santísimo padre, no sé si lo creerá: enamoró a la más noble de las doncellas, de casa distinguida, rica, hija de su antiguo jefe, un valiente coronel que había contraído grandes méritos ante la patria, con la orden de Santa Ana coronada de espadas en el cuello; comprometió a la doncella con palabra de matrimonio y ahora esta joven, su novia, está aquí, y él, a los ojos de ella, visita a una seductora de la localidad. Aunque esta seductora ha vivido, digamos, en matrimonio civil con un hombre respetable, es de carácter independiente, es una fortaleza inexpugnable para todos, exactamente como una esposa legítima, porque es virtuosa, ¡sí, santos padres, es virtuosa! Pero Dmitri Fiódorovich quiere abrir con llave de oro esta fortaleza, por esto se envalentona conmigo, quiere arrancarme dinero; ya lleva despilfarrados miles de rublos con esta mujer; para esto pide dinero prestado sin cesar, ¿y a quién se figuran ustedes que lo pide? ¿Lo digo, Mitia?

–¡A callar! –gritó Dmitri Fiódorovich–. Espere a que salga; en presencia mía no se atreva a mancillar a una doncella nobilísima... El solo hecho de que se atreva usted a aludirla ya es un deshonor para ella...¡No lo permitiré!

Se sofocaba.

–¡Mitia! ¡Mitia! –exclamó Fiódor Pávlovich, gritando, con los nervios desquiciados, esforzándose para verter alguna lágrima–. Y la bendición paterna, ¿qué? Si te maldigo, ¿qué pasará después?

–¡Desvergonzado, farsante! –rugió, frenético, Dmitri Fiódorovich.

–¡Esto, a su padre, a su padre! ¿Qué no hará con los demás? Señores, figúrense: hay en la localidad un hombre pobre, pero respetable, un capitán retirado que tuvo una desgracia y fue declarado cesante del servicio, pero no públicamente, por un tribunal, sino conservando todo su honor, y con la carga de una numerosa familia. Pues bien, tres semanas atrás, nuestro Dmitri Fiódorovich, en una taberna,

le agarró por la barba, le arrastró a la calle, y allí, ante todo el mundo, le dio una paliza, y todo porque ese hombre es mi encargado secreto en uno de mis asuntitos.

–¡Esto es falso! ¡Por fuera es verdad, pero por dentro es falso! –dijo Dmitri Fiódorovich, temblando de cólera–.¡Padre! No justifico mi conducta; además, lo confieso públicamente: con aquel capitán me porté como un bruto, ahora lo deploro y me desprecio por mi cólera salvaje, pero ese capitán suyo, su apoderado, se había presentado a esa dama que, según usted se expresa, es seductora, y en nombre de usted mismo le propuso tomar las letras de cambio que tiene usted aceptadas por mí y protestarlas para hacerme encarcelar si yo insistía demasiado en que se me rindiera cuenta de mis bienes. ¡Ahora me echa usted en cara que tengo debilidad por esta señora, cuando usted mismo le ha dado instrucciones para que me tienda una celada! ¡Me lo cuenta ella, me lo ha contado ella misma, riéndose de usted! Y si quiere usted meterme en la cárcel, es sólo por celos, porque usted mismo ha empezado a abordar a esa mujer con pretensiones amorosas, también esto lo sé, y ha sido también ella la que riéndose, ¿lo oye?, riéndose de usted, me lo ha contado. ¡Aquí tienen, santos varones, a ese hombre, al padre que recrimina a su disoluto hijo! Señores testigos, perdonen mi cólera, pero yo presentía que este insidioso viejo los había convocado aquí para provocar un escándalo. Yo he venido para perdonar si él me tendía la mano, ¡para perdonar y pedir perdón! Pero como en este mismo instante no sólo me ha insultado a mí, sino que ha insultado, además, a la nobilísima doncella de la cual ni siquiera el nombre me atrevo a pronunciar en vano por la veneración que me inspira, me he decidido a desenmascarar todo su juego públicamente, aunque se trata de mi padre...

No pudo continuar. Le fulguraban los ojos, respiraba con dificultad. Pero todos en la celda estaban también emocionados. Todos, excepto el stárets, se levantaron inquietos de

sus sitios. Los monjes sacerdotes miraban con severo aspecto; sin embargo, esperaban a que el stárets manifestara su voluntad. El stárets permanecía sentado, intensamente pálido, aunque no de emoción, sino de enfermiza impotencia. Una sonrisa suplicante le alumbraba los labios; de vez en cuando, levantaba la mano como deseando detener a los furiosos, y, desde luego, habría bastado un gesto suyo para que la escena se interrumpiera; mas parecía como si él mismo estuviera aún esperando algo y miraba atentamente como deseando todavía comprender alguna cosa, como si no se hubiera explicado aún algo. Por fin, Piotr Alexándrovich Miúsov se sintió definitivamente humillado y ofendido.

–¡Del escándalo que acaba de producirse, todos tenemos la culpa! –dijo con vehemencia–. Pero no lo presentía yo al venir aquí, aun sabiendo con quién trataba... ¡Hay que poner fin a esta situación ahora mismo! Vuestra Reverencia, créame, yo no conocía con exactitud todos los detalles que aquí se han puesto al descubierto, no quería creerlos y sólo ahora me entero por primera vez... El padre tiene celos del hijo por una mujer de mala conducta y se pone de acuerdo con esta mujerzuela para meter al hijo en la cárcel... ¡Y me han hecho venir aquí con semejante compañía!... Me han engañado, declaro a todos que he sido engañado no menos que los demás...

–¡Dmitri Fiódorovich! –vociferó de pronto Fiódor Pávlovich, con extraña voz–. Si no fuera usted mi hijo, ahora mismo le retaba en duelo... a pistola, a una distancia de tres pasos... ¡con los ojos vendados! ¡Con los ojos vendados! –acabó, pataleando con ambos pies.

Los viejos embusteros, comediantes empedernidos toda la vida, a veces fingen hasta tal punto que verdaderamente tiemblan y lloran de emoción, si bien incluso en tal momento (o sólo un segundo después) podrían susurrarse a sí mismos: «Estás mintiendo, viejo desvergonzado, incluso ahora estás haciendo el comediante a pesar de toda tu "santa" cólera y de tu "santo" minuto de ira».

Dmitri Fiódorovich frunció espantosamente el ceño y miró a su padre con inexpresable desdén.

–Yo creía... –dijo en voz baja y como conteniéndose–, yo creía volver a mi suelo natal con el ángel de mi alma, mi prometida, para cuidarle en su vejez, ¡pero me encuentro con un depravado lujurioso y con el comediante más vil!

–¡En duelo! –clamó otra vez el viejo, sofocándose y salpicándose de saliva a cada palabra–. En cuanto a usted, Piotr Alexándrovich Miúsov, sepa, señor, que quizás en todo su linaje no hay ni ha habido una mujer más virtuosa y honrada, ¿lo oye?, ¡honrada!, que esa, según usted, mujerzuela, como se ha atrevido a llamarla ahora. Y en cuanto a usted, Dmitri Fiódorovich, ha cambiado por esta misma «mujerzuela» a su novia; así, pues, usted mismo ha considerado que su propia novia no le llega ni a las suelas de los zapatos, ¡ya ven cómo es esa mujerzuela!

–¡Es vergonzoso! –se le escapó de pronto al padre Iósif.

–¡Vergonzoso y bochornoso! –gritó de pronto Kalgánov, con su voz de adolescente, temblorosa de emoción, poniéndose como la púrpura; hasta entonces había permanecido callado.

–¡Por qué vive un hombre como éste! –rugió sordamente Dmitri Fiódorovich, poco menos que fuera de sí, alzando en gran manera los hombros, casi encorvándose–. Díganme, la verdad, ¿se le puede permitir que siga deshonrando la tierra con su presencia? –los miró a todos, a la vez que señalaba al viejo con la mano. Hablaba despacio y acompasadamente.

–¿Han oído, monjes, han oído al parricida? –preguntó con mucha impetuosidad Fiódor Pávlovich dirigiéndose al padre Iósif–. ¡Aquí tiene la respuesta a su «es vergonzoso»! ¿Qué es vergonzoso? ¡Esa «mujerzuela», esa «mujer de mala conducta», quizás es más santa que ustedes mismos, señores monjes sacerdotes que buscan su salvación! Es posible que cayera en su juventud, agobiada por el ambiente, pero «ha

amado mucho», y a la que ha amado mucho también Cristo la perdona...

–No perdonó Cristo por un amor semejante... –se le escapó al manso padre Iósif, que estaba ya impaciente.

–Sí, por un amor semejante, por ese mismo amor, monjes, ¡por ése! Ustedes se ganan aquí la salvación comiendo coles ¡y piensan que son unos justos varones! ¡Comen pequeños gobios, un gobito al día, y piensan comprar a Dios con gobitos!

–¡Es intolerable, intolerable! –se oía en la celda por todas partes.

Esta escena, que llegaba ya al escándalo, se interrumpió de la manera más inesperada. De pronto se levantó de su sitio el stárets. Aliosha, casi totalmente aturdido de miedo por él y por todos, pudo, sin embargo, sostenerle por un brazo. El stárets dio unos pasos en dirección a Dmitri Fiódorovich y, cuando estuvo muy cerca, se hincó ante él de rodillas. Aliosha creyó por un momento que había caído de debilidad, pero no era eso. Una vez arrodillado, el stárets se inclinó a los pies de Dmitri Fiódorovich haciéndole una reverencia completa, precisa y consciente, y hasta rozó el suelo con la cabeza. Aliosha estaba tan asombrado que ni siquiera acertó a ayudarle a levantarse. Una débil sonrisa se dibujaba apenas en los labios del stárets.

–¡Perdonen! ¡Perdonen todos! –articuló, despidiéndose de sus huéspedes con profundas inclinaciones en todos sentidos.

Dmitri Fiódorovich permaneció unos instantes como petrificado: se le habían prosternado a los pies, ¿qué significaba aquello? Por fin exclamó: «¡Oh, Dios!», y cubriéndose el rostro con las manos salió precipitadamente de la estancia. Le siguieron en tropel todos los visitantes, tan confusos que ni siquiera se despidieron ni saludaron a quien les había atendido. Únicamente los monjes sacerdotes se le acercaron otra vez para recibir la bendición.

–¿Por qué se ha prosternado? ¿Es esto algún símbolo? –Fiódor Pávlovich, súbitamente calmado, intentaba así iniciar la conversación, aunque sin atreverse a dirigirse a nadie personalmente.

En ese instante todos salían del recinto de la ermita.

–Yo no respondo de un manicomio ni de sus locos –contestó en seguida Miúsov, airado–; en cambio, voy a librarme de su compañía, Fiódor Pávlovich, y créame que para siempre. ¿Dónde está ese monje de antes?...

Pero «ese monje», es decir, el que hacía poco les había invitado a comer con el abad, no se hizo esperar. Se reunió con los visitantes no bien salieron éstos del pequeño porche de la celda del stárets, como si los hubiera estado esperando todo el rato.

–Hágame el favor, reverendo padre, de testimoniar mi más profundo respeto al padre hegúmeno y discúlpeme personalmente a mí, Miúsov, ante Su Reverencia de que, por haber surgido de repente circunstancias imprevistas, por nada del mundo puedo tener el honor de participar en su ágape, pese a mi más sincerísimo deseo –dijo irritado Piotr Alexándrovich al monje.

–¡Ah, pues la circunstancia imprevista soy yo, claro! –saltó inmediatamente Fiódor Pávlovich–. Escuche, padre, es que Piotr Alexándrovich no quiere quedarse conmigo; de lo contrario, iría en seguida. E irá; Piotr Alexándrovich, ¡tenga la bondad de visitar al padre hegúmeno y coma usted con buen apetito! Sepa que soy yo quien declina la invitación, no usted. Yo me voy a casita, a casita, comeré en casa, que aquí no me siento capaz de hacerlo, Piotr Alexándrovich, mi muy querido pariente.

–¡Yo no soy pariente suyo ni lo he sido nunca, hombre vil!

–Adrede lo he dicho, para hacerle rabiar, pues declina el parentesco a pesar de ser pariente mío; por más que escurra usted el bulto, se lo demuestro con las fes de bautismo; a ti, Iván Fiódorovich, ya te enviaré los caballos a su hora, quédate también si quieres. En cuanto a usted, Piotr Alexándro-

vich, hasta por educación ha de presentarse al padre hegúmeno, hay que disculparse por la que usted y yo hemos armado ahí...

–¿Pero es cierto que se va usted? ¿No miente?

–Piotr Alexándrovich, ¡cómo quiere que me atreva, después de lo que ha ocurrido! ¡Me he dejado llevar, perdonen, señores, me he dejado llevar! Además, ¡estoy impresionadísimo! Y me da vergüenza. Señores, hay quien tiene un corazón como el de Alejandro Magno, y hay quien lo tiene como el de un perrito. Yo lo tengo como el de un perrito. ¡Me siento intimidado! ¿Cómo tragar las salsas monacales, sobre todo en una comida, después de semejante escapada? Estoy avergonzado, no puedo, ¡perdonen!

«El diablo sabe, ¡aún es capaz de engañarme!», pensó Miúsov deteniéndose, siguiendo con perpleja mirada al bufón que se iba alejando. Éste se volvió y, dándose cuenta de que Piotr Alexándrovich le observaba, le mandó un beso con la mano.

–Y usted, qué, ¿va a ver al hegúmeno? –preguntó Miúsov, con frase entrecortada, a Iván Fiódorovich.

–¿Por qué no? Además, el hegúmeno me mandó ayer una invitación personal.

–Por desgracia, me siento casi obligado a asistir a esta maldita comida –prosiguió con la misma amarga irritabilidad Miúsov, sin parar mientes, siquiera, en que el pequeño monje estaba escuchando–. Por lo menos hay que disculparse por lo que ha ocurrido y explicar que no hemos sido nosotros... ¿Qué cree usted?

–Sí, es necesario explicar que no hemos sido nosotros. Además, mi padre no estará –observó Iván Fiódorovich.

–¡Sólo faltaría que estuviera su padre! ¡Maldita comida!

Sin embargo, todos seguían su camino. El monje callaba y escuchaba. Sólo una vez, cruzando el bosquecillo, hizo la observación de que el padre hegúmeno estaba esperando hacía ya mucho rato y que llegaban con más de media hora

de retraso. No le respondieron. Miúsov miró con odio a Iván Fiódorovich.

«¡El caso es que va a la comida como si no hubiera sucedido nada! –pensó–. ¡Es un caradura y tiene la conciencia de un Karamázov!»

7. Un seminarista ambicioso

Aliosha condujo a su stárets al dormitorio y le hizo sentar en la cama. Era una habitacioncita muy pequeña, con el mobiliario reducido a lo más indispensable; la cama era estrecha, de hierro, con un paño de fieltro en vez de colchón. En un ángulo, junto a los iconos, había un facistol con la cruz y el Evangelio encima. El stárets se dejó caer en la cama sin fuerzas; los ojos le brillaban, respiraba con dificultad. Ya sentado, miró fijamente a Aliosha, como si estuviera meditando alguna cosa.

–Vete, querido, vete; basta que se quede conmigo Porfiri; tú date prisa. Haces falta allí, vete con el padre hegúmeno, servirás a la mesa.

–Permítame quedarme aquí –repuso Aliosha con voz suplicante.

–Eres más necesario allí. Allí no hay paz. Servirás a la mesa y serás útil. Si se levantan los demonios, recita una plegaria. Y has de saber, hijo mío –al stárets le gustaba llamarle así–, que, en adelante, tampoco tu lugar se encontrará aquí. Recuerda lo que te digo, joven. No bien Dios me considere digno de comparecer ante Él, sal del monasterio. Vete para siempre.

Aliosha se estremeció.

–¿Qué te pasa? Tu sitio no está aquí por ahora. Te bendigo por la gran misión que deberás cumplir en el mundo. Es mucho aún lo que te tocará peregrinar. Y deberás casarte, deberás hacerlo. Tendrás que soportarlo todo antes de volver. La labor será mucha. Pero de ti no dudo, por esto te envío. Cristo está contigo. Consérvalo y Él te conservará a ti.

Verás un dolor enorme y en ese dolor te sentirás feliz. Éste es el precepto que te doy: busca la felicidad en el dolor. Trabaja, trabaja sin descanso. Recuerda mis palabras de hoy, pues aunque todavía hablaré contigo, no sólo mis días, sino que incluso mis horas están contadas.

En el rostro de Aliosha volvió a reflejarse una fuerte emoción. Le temblaban las comisuras de los labios.

–¿Qué te pasa, otra vez? –se sonrió dulcemente el stárets–. Deja que la gente del mundo acompañe con lágrimas a sus muertos, pero aquí nosotros nos alegramos de que un padre nos deje. Nos alegramos y rezamos por él. Pero vete. He de rezar. Vete y date prisa. Has de estar cerca de tus hermanos. No sólo cerca de uno, sino cerca de los dos.

El stárets alzó la mano para bendecirle. Era imposible objetar nada, a pesar de que Aliosha tenía unos deseos enormes de quedarse. Habría querido aún hacer una pregunta que tenía en la punta de la lengua: «¿Qué quería significar aquella prosternación ante Dmitri?»; pero no se atrevió a preguntarlo. Sabía que, de ser posible, el propio stárets se lo habría explicado sin que él se lo preguntara. No era ésta, pues, su voluntad. De todos modos, aquella reverencia había sorprendido de manera terrible a Aliosha, quien le atribuía con ciega creencia un sentido misterioso. Misterioso y, quizás, espantoso. Cuando hubo salido del recinto de la ermita para llegar al monasterio antes de que comenzara la comida con el hegúmeno (desde luego sólo para servir a la mesa), sintió de pronto que se le encogía el corazón y se detuvo: pareció como si resonaran de nuevo en sus oídos las palabras con que el stárets predecía su fin cercano. Lo que el stárets había pronosticado, y con tanta exactitud, había de cumplirse sin duda alguna, así lo creía Aliosha religiosamente. Pero ¿cómo iba a quedarse Aliosha sin él, sin verle ni oírle? ¿Y adónde iría? Le había mandado que no llorara y que se fuera del monasterio, ¡Señor! Hacía mucho tiempo que Aliosha no había experimentado tanta angustia. Se puso a

caminar apresuradamente por el bosque que separaba el eremitorio del monasterio y, sin fuerzas para soportar sus pensamientos, tanto era lo que le abrumaban, se puso a mirar los pinos centenarios a uno y otro lado del caminito. El trayecto no era largo, sería de unos quinientos pasos, no más; a esa hora no solía haber allí nadie a quien poder encontrar, pero de súbito, en el primer recodo del camino, vio a Rakitin, que estaba esperando a alguien.

–¿Me esperabas a mí? –preguntó Aliosha al llegar junto a él.

–Precisamente a ti –contestó Rakitin sonriendo–. Tienes prisa para presentarte al padre abad. Lo sé; tiene invitados. Desde que recibió al obispo y al general Pajátov, ¿recuerdas?, no había preparado una mesa como la de hoy. Yo no estaré, pero tú ve allí, a servir salsas. Dime una cosa, Alexéi: ¿qué significa ese sueño? Esto es lo que quería preguntarte.

–¿Qué sueño?

–Pues esa reverencia hasta el suelo a tu hermano Dmitri Fiódorovich. ¡Y qué golpe se ha dado, además, con la frente!

–¿Te refieres al padre Zosima?

–Sí, al padre Zosima.

–¿Con la frente?

–¡Oh, me he expresado con poco respeto! Bueno, que sea con poco respeto. A ver, ¿qué significa ese sueño?

–No lo sé, Misha[1].

–Ya sabía yo que no te lo explicaría. Desde luego, aquí no hay nada difícil de comprender, siempre se trata de las mismas pamemas hechas con mucha gravedad. Pero el truco obedecía a un propósito determinado. Verás, ahora se pondrán a hablar todos los santurrones de la ciudad y harán correr la voz por la provincia: «¿Qué significa (dirán) ese sueño?». A mi entender, el viejo es realmente perspicaz: ha olido un acto criminal. Vuestra casa apesta.

–¿Qué acto criminal?

1. Diminutivo de Mijaíl (Miguel).

Por lo visto, Rakitin tenía ganas de referir algo.

–Es en vuestra familia donde se producirá ese acto criminal. Ocurrirá entre tus hermanitos y tu padre forradito de dinero. El padre Zosima ha dado un golpe con la frente por lo que pueda suceder. Supón que ocurre algo: «Oh, si esto el santo varón ya lo predijo, lo profetizó»; aunque, ¿qué profecía puede ser la de dar un golpe con la frente? Oh, sí, era un símbolo, dirán, una alegoría, ¡el diablo sabe qué dirán! Correrá la fama, recordarán: adivinó el crimen, dirán, señaló al criminal. Los benditos siempre obran por el estilo: se santiguan al pasar por delante de la taberna y a la iglesia le tiran piedras. Así hace tu stárets: al justo lo echa a palos y al asesino se le inclina a los pies.

–¿Qué crimen? ¿A los pies de qué asesino? ¿Qué estás diciendo? –Aliosha parecía clavado al suelo, también Rakitin se detuvo.

–¿De qué asesino? ¿No lo sabes, acaso? Apuesto lo que quieras que tú mismo has pensado en ello. A propósito, esto es curioso: escucha, Aliosha, tú siempre dices la verdad, aunque siempre te sientas entre dos sillas: ¿has pensado en ello, o no? Responde.

–He pensado –contestó en voz baja Aliosha.

Hasta Rakitin se turbó.

–¿Qué dices? ¿Es posible que también tú lo hayas pensado? –exclamó gritando.

–Yo... no es que lo hubiera pensado –balbuceó Aliosha–; pero cuando tú has empezado a hablar ahora de esto de manera tan extraña, me ha parecido a mí que yo mismo había pensado en ello.

–¿Ves? (y con qué claridad lo has expresado), ¿ves? ¿Has pensado en un crimen, hoy, al mirar a tu padre y a tu hermano Mítenka? Así, pues, ¿no me equivoco?

–Bueno, espera, espera –interrumpió Aliosha, alarmado–, ¿de dónde sacas tú todo esto?... ¿Por qué te interesa tanto? Ésta es la primera cuestión.

–Son dos preguntas diferentes, pero naturales. Responderé a cada una por separado. ¿De dónde lo saco? No habría visto nada si hoy, de pronto, no hubiera comprendido a Dmitri Fiódorovich, hermano tuyo, por entero, tal como es, de una vez y de repente; todo él, tal como es. Por un solo rasgo lo he captado de golpe y por entero. En estos hombres honradísimos, pero lujuriosos, hay un límite que líbrate de pasarlo. Te descuidas, y le clava un puñal al propio padre. Y el padre es un borrachín y un libertino sin freno, nunca ha comprendido lo que es el sentido de la medida; ninguno de los dos se contendrá, y ¡zas!, los dos irán a parar a la zanja...

–No, Misha, no; si no es más que esto, me has tranquilizado. Hasta eso no llegará.

–¿Por qué, pues, tiemblas de pies a cabeza? ¿Conoces el paño? No importa que Mítenka sea un hombre honrado (es tonto, pero honrado); sin embargo, es lujurioso. Aquí tienes su definición y toda su esencia interior. Es el padre quien le ha transmitido su abyecta lujuria. De quien estoy asombrado es de ti, Aliosha: ¿cómo eres aún virgen? ¡También tú eres un Karamázov! En vuestra familia la lujuria llega al colmo. Pues bien, esos tres lujuriosos se están observando ahora... con la navaja en la bota. Han chocado los tres con la frente, y es posible que tú seas el cuarto.

–En lo de esa mujer te equivocas. Dmitri... la desprecia –articuló Aliosha no sin cierto estremecimiento.

–¿A Grúshenka? No, hermano, no la desprecia. Cuando no se ha recatado de cambiar por ella a su prometida, es que no la desprecia. En esto... en esto, hermano, hay algo que ahora tú no comprendes. Si un hombre se enamora de alguna hermosa, de un cuerpo de mujer o hasta sólo de una parte del cuerpo de la mujer (un lujurioso me comprendería), es capaz de dar por ella sus propios hijos, de vender a padre y madre, a Rusia y a la patria; aun siendo honrado, robará; aun siendo un hombre manso, degollará; aun siendo fiel, traicionará. Pushkin, cantor de los piececillos femeninos, los cele-

bró en verso; otros no los cantan, pero no pueden mirarlos sin estremecerse. Y no se trata sólo de piececillos... En esto, hermano, poco importa el desprecio; poco importa que Dmitri realmente desprecie a Grúshenka. La desprecia, mas no puede despegarse de ella.

–Esto lo comprendo –soltó de pronto Aliosha.

–¿En serio? Seguro que lo comprendes, si a la primera palabra lo afirmas –articuló Rakitin con malevolencia–. Esto lo has soltado sin querer, se te ha escapado. Tanto más valiosa es la confesión: esto significa que el tema te es conocido, que has pensado en él, en la sensualidad, quiero decir. ¡Ah, joven virgen! Eres un mosca muerta, Aliosha; un santo, sí, pero un mosca muerta, y el diablo sabe en qué no habrás pensado ya, ¡el diablo sabe qué es lo que ya conoces! Eres virgen y has llegado a tales profundidades... Hace tiempo que te observo. Tú también eres un Karamázov, un Karamázov de la cabeza a los pies, y es que alguna cosa significan la raza y la selección. Por el padre eres un lujurioso; por la madre, un inocentón. ¿Por qué estás temblando? Doy en el clavo, ¿no? Verás, Grúshenka me ha pedido: «Tráemelo (se refería a ti), le haré colgar los hábitos». Y cómo me lo pedía: ¡tráemelo y tráemelo! Yo pensaba: ¿por qué siente tanta curiosidad por ti? ¿Sabes? ¡También ella es una mujer extraordinaria!

–Salúdala, dile que no iré –replicó Aliosha con forzada sonrisa–. Acaba, Mijaíl, lo que habías empezado, luego te diré lo que pienso yo.

–Qué quieres que acabe, todo está claro. Todo esto, hermano, es música vieja. Si hasta tú eres un lujurioso, ¿qué no será tu hermano Iván, hijo de la misma madre? También él es un Karamázov. Toda vuestra cuestión karamazoviana radica en esto: ¡sois unos lujuriosos, unos aprovechados y unos inocentones! Tu hermano Iván, ateo, publica ahora articulitos de teología, por de pronto en broma y con algún estúpido cálculo que desconocemos, y ese mismo hermano

tuyo, Iván, reconoce que esto es una bajeza. Además, está procurando hacerse con la novia del hermano Mitia y, según parece, lo conseguirá. Y de qué modo: con el consentimiento del propio Mítenka, porque éste le cede la novia para librarse de ella y liarse lo antes posible con Grúshenka. Y todo esto, a pesar de su nobleza y desinterés, obsérvalo. ¡Son precisamente estos individuos los más fatales! El diablo os entienda, después de esto: ¡él mismo tiene conciencia de su vileza y en la vileza se hunde! Te diré más: a Mítenka ahora le cruza el camino el viejales del padre. Ahora resulta que éste, de pronto, ha perdido la cabeza por Grúshenka, se le cae la baba con sólo mirar a esa mujer. Únicamente por ella acaba de armar tal escándalo en la celda, y sólo porque Miúsov se ha atrevido a llamarla mujerzuela depravada. Se ha enamorado peor que un gato. Antes la tenía a sueldo nada más que para algunos de sus negocios turbios de las tabernas, pero de pronto, ahora, le ha dado por fijarse en ella y se le ha subido la sangre a la cabeza, le va con proposiciones, que no son honestas, desde luego. Bueno, resulta que en este camino han chocado los dos, el papá y el hijo. Grúshenka no dice que sí al uno ni al otro, por ahora aún se escabulle y los azuza a los dos; está calculando quién le conviene más, porque si bien del padre puede sacar buena tajada en cuanto a dinero, él no se va a casar, y quién sabe si al fin no se convertiría en un judío y cerraría la bolsa. Así las cosas, también Mítenka tiene su precio; carece de dinero, pero en cambio es capaz de casarse. Sí, ¡es capaz de casarse!, es capaz de abandonar a su prometida, a la incomparablemente hermosa Katerina Ivánovna, rica, noble, hija de un coronel, para casarse con Grúshenka, ex querida de un viejo mercader, Samsónov, mujik disoluto y alcalde de la ciudad. De todo ello puede derivarse realmente un choque criminal. Y esto es lo que tu hermano Iván espera, pues con ello sale ganando: se hace con Katerina Ivánovna, por la que suspira, y se mete en el bolsillo los sesenta mil rublos que tiene ella de dote. Para un hombre

tan poca cosa, sin fondos, esto es muy seductor como principio. Y fíjate: no sólo no ofende a Mitia, sino que se gana su reconocimiento hasta la tumba. Sé con certeza que el propio Mítenka gritaba en voz alta, ya la semana pasada, en la taberna, donde se emborrachó con unas cíngaras, que él era indigno de su novia Kátenka y que su hermano Iván sí era digno de ella. Desde luego, Katerina Ivánovna no va a rechazar, al fin, a un seductor como Iván Fiódorovich; ya está vacilando entre los dos. ¿Cómo se las ha arreglado ese Iván para hechizaros de modo que todos le veneráis? En cambio él se ríe de vosotros: va todo como una seda, parece decir, y me estoy regalando a costa vuestra.

–¿De dónde sacas todo esto? ¿Por qué hablas con tanto aplomo? –preguntó bruscamente Aliosha, frunciendo el ceño.

–¿Y por qué me lo preguntas y temes de antemano mi respuesta? Así reconoces tú mismo que he dicho la verdad.

–Tú no estimas a Iván. Iván no tiene sed de dinero.

–¿De veras? ¿Y la hermosura de Katerina Ivánovna? No es sólo cuestión de dinero, aunque sesenta mil rublos también son seductores.

–Iván mira más alto. No se deja seducir ni por miles de rublos. Lo que él busca no es dinero ni tranquilidad. Quizá lo que busca es el sufrimiento.

–¡Con qué sueño me vienes ahora! ¡Oh, vosotros... los nobles!

–¡Misha! Iván es un hombre de alma agitada. Tiene la mente cautiva de un gran pensamiento, todavía sin aclarar. Él es de los que no necesitan millones, sino poner en claro su pensamiento.

–Esto es un robo literario, Aliosha. Has parafraseado a tu stárets. ¡Vaya acertijo el que os ha planteado Iván! –gritó Rakitin con visible encono. Hasta se le cambió la expresión del rostro y se le contrajeron los labios–. Además, el acertijo es tonto y nada hay por adivinar. Estruja un poco el cerebro y

comprenderás. Su artículo da risa, es absurdo. He oído ahí su estúpida teoría: «Sin la inmortalidad del alma, no hay virtud; por tanto, todo está permitido». Y tu hermanito Mítenka, a este propósito, ¿te acuerdas?, ha gritado: «¡Lo recordaré!». Seductora teoría para la gente vil... Estoy insultando, esto es una estupidez... no para la gente vil, sino para los doctos fanfarrones con una «insoluble profundidad de pensamiento». Es un petulantillo y toda la esencia es ésta: «Por una parte, es imposible no ver, pero por otra no es imposible no negar». ¡Toda su teoría es una infamia! ¡La humanidad encontrará en sí misma la fuerza de vivir para la virtud, aun sin creer en la inmortalidad del alma! En el amor a la libertad, a la igualdad, a la fraternidad, encontrará...

Rakitin se había acalorado, casi no podía contenerse. Mas, de pronto, como si recordara algo, se detuvo.

–Bueno, basta –dijo con una sonrisa aún más forzada que antes–. ¿De qué te ríes? ¿Crees que soy un papanatas?

–No, ni se me ocurría pensar que eres un papanatas. Eres inteligente, pero... no hagas caso, me he reído por tontería. Comprendo que puedes acalorarte, Misha. Por tu fogosidad he adivinado que tampoco para ti es indiferente Katerina Ivánovna, hace tiempo que lo sospechaba y es por esto por lo que no estimas a mi hermano Iván. ¿Tienes celos de él?

–¿Y también por el dinerito? ¿Lo añades, o no?

–No, en cuanto al dinero no añadiré nada, no quiero ofenderte.

–Lo creo, porque lo has dicho tú, ¡pero que os lleve el demonio a todos, junto con tu hermano Iván! Ninguno de vosotros comprenderá que es posible no sentir por él la menor simpatía, dejando aparte a Katerina Ivánovna. ¡Y a santo de qué voy a estimarle, diablos! Él se permite tratarme con desconsideración. ¿Por qué no he de tener yo derecho a pagarle con la misma moneda?

–Nunca le he oído decir nada de ti, ni bueno ni malo; de ti no habla en absoluto.

–Pues yo he oído decir que anteayer, en casa de Katerina Ivánovna, me puso de vuelta y media, hasta tal punto se interesaba por su seguro servidor. Después de esto, hermano, ya no sé quién tiene celos de quién. Se ha tomado la libertad de decir que si yo no me conformo con la carrera de archimandrita en un futuro muy próximo y no me decido a tonsurarme, me iré sin falta a Petersburgo y me meteré en una revista de muchas páginas, en la sección de crítica; desde luego, me pasaré una decenita de años escribiendo y a fin de cuentas me quedaré con la revista. Luego la editaré en un sentido liberal y ateo, sin duda alguna, con un matiz socialista, incluso con un pequeño lustre de socialismo, pero con las orejas aguzadas, es decir, en esencia, sin romper con los nuestros ni con los vuestros y dando gato por liebre a los tontos. El fin de mi carrera, según la interpretación de tu hermanito, está en que el matiz de socialismo no me impedirá colocar en una cuenta corriente el dinerito de las suscripciones ni ponerlo en circulación, llegado el caso, dirigido por algún judío de poca monta, hasta construirme una buena casa en Petersburgo para trasladar a ella la redacción y meter inquilinos en los demás pisos. Señaló incluso el lugar de la casa: cerca del nuevo puente de piedra que, según dicen, se proyecta en Petersburgo sobre el Nevá, entre la avenida Litéinaia y el barrio de Víborg...

–¡Ah, Misha, pero si esto quizá se realice punto por punto, hasta la última palabra! –exclamó de pronto Aliosha, sin contenerse y riéndose alegremente.

–¿También usted me viene con sarcasmos, Alexéi Fiódorovich?

–No, no, yo bromeo, perdona. En la cabeza tengo algo completamente distinto. Permíteme, sin embargo: ¿quién ha podido comunicarte tales detalles, de quién has podido oírlos? No es posible que estuvieras personalmente en casa de Katerina Ivánovna cuando él hablaba de ti.

–No estaba yo, pero estaba Dmitri Fiódorovich y se lo he oído contar con mis propios oídos; bueno, no era a mí a

quien lo contaba, pero lo escuché, desde luego a pesar mío, pues me encontraba en el dormitorio de Grúshenka y no podía salir de allí mientras Dmitri Fiódorovich permanecía en la habitación contigua.

–Ah, sí; se me había olvidado que es parienta tuya...

–¿Parienta? ¿Que Grúshenka es parienta mía? –exclamó Rakitin, poniéndose como la grana–. ¿Te has vuelto loco? No estás bueno de la cabeza.

–¿Pues qué? ¿Acaso no es parienta tuya? Lo oí decir...

–¿Dónde pudiste haberlo oído? No, vosotros, señores Karamázov, os las dais de grande y rancia nobleza, aunque tu padre corría como bufón por mesas ajenas y por misericordia era tenido en cuenta en la cocina. Admitamos que yo no soy más que el hijo de un pope, un pulgón ante vosotros, nobles; pero no me ofendáis tan alegre y licenciosamente. Yo también tengo mi honor, Alexéi Fiódorovich. Yo no puedo ser pariente de Grúshenka, una mujer pública, ¡te ruego que lo comprendas!

Rakitin estaba irritadísimo.

–Perdóname, por el amor de Dios, de ningún modo podía suponerlo; además, ¡cómo va a ser una mujer pública! ¿Acaso... es de ésas? –Aliosha se ruborizó de golpe–. Te lo repito, había oído decir que erais parientes. La visitas a menudo y tú mismo me has dicho que no tienes con ella vínculos de amor... ¡Jamás habría pensado que la desprecias de este modo! ¿Es posible que se lo merezca?

–Si la visito, puedo tener para ello mis razones, y para ti, basta. En cuanto a lo del parentesco, más bien tu hermanito o incluso tu propio padre te la van a imponer a ti por parienta antes que a mí. Bueno, ya hemos llegado. Vete, mejor será que te vayas a la cocina. ¡Ay! ¿Qué pasa ahí, qué es esto? ¿Habremos llegado tarde? ¡No es posible que hayan terminado de comer tan pronto! ¿No será que los Karamázov han hecho otra de las suyas? Probablemente. Allí está tu padre, y le sigue Iván Fiódorovich. Salen de casa del hegúmeno. El padre

Isidor les está gritando algo desde el porche. También tu padre grita y agita los brazos, seguramente insulta. ¡Vaya! También Miúsov se va en el coche, ¿lo ves? Mira, Maxímov, el terrateniente, también corre. Sí, aquí ha habido escándalo; ¡esto quiere decir que no ha habido comida! ¿No habrán dado una paliza al hegúmeno? ¿O quizá les han zumbado a ellos? ¡Bien estaría!...

No eran vanas las exclamaciones de Rakitin. Había habido, realmente, un escándalo inaudito e inesperado. Todo sucedió «por inspiración».

8. El escándalo

Cuando Miúsov e Iván Fiódorovich entraban ya en la casa del hegúmeno, Piotr Alexándrovich, como hombre realmente correcto y fino, experimentó con suma rapidez un proceso delicado en su género: se avergonzó de haberse enojado. Sintió en su interior que habría debido desdeñar en esencia al lamentable Fiódor Pávlovich y no haber perdido la sangre fría en la celda del stárets, ni debía haberse desconcertado como lo había hecho. «Por lo menos los monjes no tienen ninguna culpa en lo que ha pasado –se dijo en el porche de la casa del hegúmeno–, y si hay aquí gente respetable (según parece este padre Nikolái, el hegúmeno, pertenece igualmente a la nobleza), ¿por qué no ser con ellos amable, atento y cortés?... No voy a discutir, hasta les haré coro, me ganaré su simpatía con mi amabilidad y... y... les demostraré al fin que no soy yo un hombre para ir del brazo con ese Esopo, con ese bufón, con este payaso, y que he caído en la celada exactamente como todos ellos...»

En cuanto a las talas en el bosque y a la pesca, que estaban en litigio (ni él mismo sabía dónde se encontraban los correspondientes lugares), decidió cedérselas con carácter definitivo, de una vez para siempre, aquel mismo día –tanto

más cuanto que todo aquello tenía muy poco valor–, y poner fin a sus demandas judiciales contra el monasterio.

Todas estas buenas intenciones se consolidaron aún más cuando entró en el comedor del padre hegúmeno. La verdad era que el hegúmeno no tenía comedor, porque sólo disponía para sí de dos habitaciones de la casa, si bien mucho más espaciosas y cómodas que las del stárets. El mobiliario tampoco se distinguía por ser muy confortable: los muebles eran de caoba, tapizados de cuero, según la vieja moda de la segunda década del siglo; ni siquiera estaban pintadas las tablas del suelo; en cambio, todo brillaba por su limpieza y en las ventanas había muchas flores caras; pero en ese momento, el lujo principal consistía, claro está, en la mesa ricamente servida, aunque también en este sentido había que hablar con cierta relatividad: el mantel estaba limpio; la vajilla, brillante; había tres clases de pan, cocido a la perfección, dos botellas de vino, dos botellas de excelente hidromel del monasterio y un gran jarro de cristal con *kvas*[1] también del monasterio, *kvas* famoso en todos aquellos contornos. No había vodka. Rakitin contaba más tarde que esta vez se había preparado una comida de cinco platos: había sopa de esturión pequeño con empanadillas de pescado; luego pescado hervido, excelentemente preparado según una receta especial; filetes de pescado fino; helado y compota; finalmente, una jalea de leche por el estilo del manjar blanco. Todo esto lo había husmeado Rakitin, quien, sin poderse contener, se había asomado adrede a la cocina del hegúmeno, donde tenía también sus relaciones. Las tenía en todas partes y en todas partes se hacía con quien le contara lo que pasaba. Era de inquieto y envidioso corazón. Tenía plena conciencia de sus valiosas aptitudes, pero, en su presunción, las exageraba nerviosamente. Sabía a ciencia cierta que sería una figura en su género; pero a Aliosha, muy ligado a él, le

1. Bebida rusa preparada con malta, agua y distintas clases de pan.

dolía que su amigo no fuera honesto y que ni siquiera se diera cuenta de ello; al contrario, sabiendo Rakitin que no robaría dinero aunque se lo encontrara encima de la mesa, se consideraba definitivamente como un hombre de acrisolada honradez. Era aquélla una cuestión en la que ni Aliosha ni nadie habrían podido hacer nada.

Rakitin no tenía categoría para ser invitado a la comida; en cambio, fueron invitados el padre Iósif, el padre Paísi y con ellos aún otro monje sacerdote. Ya esperaban en el comedor del hegúmeno cuando entraron Piotr Alexándrovich, Kalgánov e Iván Fiódorovich. También esperaba, un poco aparte, el terrateniente Maxímov. El padre hegúmeno se adelantó hasta el centro de la estancia para recibir a los invitados. Era un viejo alto, seco, pero todavía vigoroso, de cabello negro con abundantes canas, de cara larga, enjuta y grave. Se inclinó saludando en silencio a los invitados, quienes, esta vez, se acercaron para recibir la bendición. Miúsov iba a arriesgarse incluso a besarle la mano, pero el hegúmeno pareció que la retiraba a tiempo y el ósculo no se dio. En cambio, Iván Fiódorovich y Kalgánov pudieron besarle la mano a satisfacción, es decir, con ruidoso chasquido de labios, al modo de la gente del pueblo.

–Hemos de disculparnos en gran manera, Vuestra Reverencia –comenzó a decir Piotr Alexándrovich sonriendo amablemente, aunque con grave y respetuoso tono–, hemos de disculparnos por acudir solos, sin nuestro compañero Fiódor Pávlovich, invitado por usted: se ha visto obligado a declinar la invitación al ágape, y no sin motivo. En la celda del reverendo padre Zosima, alterándose por la lamentable querella de familia con su hijo, ha pronunciado algunas palabras completamente inoportunas... es decir, completamente indecorosas... de lo cual, según parece –miró a los monjes sacerdotes–, Vuestra Reverencia tiene ya noticia. Y como, reconociéndose a sí mismo culpable y sinceramente arrepentido, ha sentido dura vergüenza invencible, nos ha

pedido a nosotros, a su hijo Iván Fiódorovich y a mí, que le expresáramos a usted su más sincera pena, su desconsuelo y su arrepentimiento... En una palabra, espera y desea repararlo todo luego, y ahora, solicitando su bendición, le ruega que olvide lo sucedido...

Miúsov calló. Dicha la última palabra de su tirada, se sintió muy satisfecho de sí mismo, hasta el punto de que se le disiparon en el alma incluso las huellas de su reciente irritación. De nuevo experimentaba un pleno y sincero amor por la humanidad. El hegúmeno, que le había escuchado con gravedad, hizo una leve inclinación de cabeza y dijo en respuesta:

–Lamento vivamente su ausencia. Quizá participando en nuestro ágape habría sentido afecto por nosotros del mismo modo que nosotros lo habríamos sentido por él. Bienvenidos sean, señores, a nuestra mesa.

Se puso ante el icono y empezó una plegaria en alta voz. Todos inclinaron respetuosamente la cabeza y el terrateniente Maxímov hasta se adelantó con las palmas de las manos juntas en señal de singular devoción.

Y fue entonces, precisamente, cuando Fiódor Pávlovich saltó con su última patochada. Es preciso tener en cuenta que él realmente había deseado marcharse y realmente sentía que era imposible, después de su oprobiosa conducta en la celda del stárets, presentarse, como si nada hubiera pasado, a la comida del hegúmeno. No es que se sintiera lo que se dice muy avergonzado de sí mismo ni que se acusara; quizá todo lo contrario; aun así, se daba cuenta de que no estaría bien presentarse a la comida. Pero no bien le acercaron al porche de la posada su chirriante vehículo y se disponía ya a subir al carruaje, Fiódor Pávlovich se detuvo. Se acordó de las palabras que había dicho en la celda del stárets: «Cuando entro en alguna parte a mí siempre me parece que soy el más vil de todos y que todos me toman por un bufón». «Pues venga, voy a hacer realmente de bufón, porque todos, abso-

lutamente todos, sois más tontos y más canallas que yo.» Sintió ganas de vengarse de todos por sus propias villanías. Recordó entonces, a este propósito, que una vez le habían preguntado: «¿Por qué odia usted tanto a fulano de tal?». Y había respondido en un acceso de su bufonesca desfachatez: «Pues por esto: él no me ha hecho nada, es cierto; en cambio, yo le he hecho una villanía indecente, y no bien se la he hecho, le he odiado en seguida por ello». Al recordarlo, se sonrió silenciosa y malignamente en un momento de cavilación. Los ojos le centellearon y hasta le temblaron los labios. «Ya que he empezado, hay que terminar», decidió de pronto. Su sensación más recóndita, en ese instante, habría podido expresarse mediante las siguientes palabras: «Ahora ya es inútil que pienses en rehabilitarte; pues venga, voy a escupirles otra vez con todo descaro: no siento ninguna vergüenza ante vosotros, y basta. ¡Eso es!». Mandó al cochero que esperara y con paso rápido volvió al monasterio, a la casa del hegúmeno. Aún no sabía con claridad lo que iba a hacer, pero sí sabía que ya no se dominaba, que bastaría el más pequeño empujón para que llegara en un santiamén hasta el último límite de alguna infamia, si bien, con todo, de ningún modo iba a llegar al crimen ni iba a cometer ninguna trastada por la que pudieran mandarle a los tribunales. En el último momento, siempre sabía dominarse, por lo que a veces hasta se admiraba de sí mismo. Apareció en el comedor del hegúmeno exactamente en el instante en que se había terminado la plegaria y todos se dirigían a la mesa. Se detuvo en el umbral, contempló al grupo y se echó a reír con una risa prolongada, insolente, maligna, mirándoles audazmente a todos a los ojos.

–¡Ésos se creían que me había marchado, y aquí me tienen! –gritó con voz que resonó en toda la sala.

Por un instante le miraron todos fijamente en silencio; de pronto sintieron que iba a suceder algo repugnante, absurdo, sintieron que iba a producirse inevitablemente un escán-

dalo. Piotr Alexándrovich pasó en un abrir y cerrar de ojos de la placidez al más rabioso estado de ánimo. Todo lo que se le había apagado y calmado en el corazón, resucitó y se encalabrinó de golpe.

–¡No, no puedo soportarlo! –gritó–. No puedo en absoluto... ¡no puedo de ningún modo!

La sangre se le subía a la cabeza. Hasta se embrollaba al hablar, pero no estaba ya para parar mientes en lo que decía y tomó el sombrero.

–¿Qué es lo que no puede –gritó Fiódor Pávlovich–, «no puede de ningún modo, en absoluto»? Vuestra Reverencia, ¿entro, o no? ¿Acepta al comensal?

–Bienvenido sea, de todo corazón –respondió el hegúmeno–. ¡Señores! –añadió de pronto–, puedo permitirme rogarles con toda el alma que, dejando a un lado las fortuitas querellas, se reúnan con amor y fraterna concordia, a la vez que rezan al Señor, en este pacífico ágape nuestro...

–No, no, es imposible –gritó como fuera de sí Piotr Alexándrovich.

–Pues, si a Piotr Alexándrovich le es imposible, también a mí me lo es, y no me quedaré. Con esta intención he venido. Ahora estaré siempre, en todas partes, con Piotr Alexándrovich: si usted se va, Piotr Alexándrovich, también yo me iré; si se queda, me quedaré yo. Con lo de la fraterna concordia es con lo que más le ha podido mortificar, padre hegúmeno: ¡No me reconoce como pariente! ¿No es así, Von Sohn? Aquí tenemos a Von Sohn, miren. Muy buenas, Von Sohn.

–¿Se refiere... a mí? –balbuceó estupefacto el terrateniente Maxímov.

–A ti, naturalmente –gritó Fiódor Pávlovich–. ¿A quién, si no? ¡No va a ser Von Sohn el padre hegúmeno!

–Pero yo tampoco soy Von Sohn, yo soy Maxímov.

–No, tú eres Von Sohn. Vuestra Reverencia, ¿sabe qué es eso de Von Sohn? Hubo un proceso criminal: le mataron en una casa de fornicación (me parece que es así como entre us-

tedes se denominan esas casas), le mataron, le desvalijaron y, a pesar de su edad respetable, le clavaron en una caja, la taparon y lo facturaron, con su correspondiente número, para mandarla como equipaje desde Petersburgo a Moscú. Mientras le claveteaban, las fornicadoras plañideras cantaban canciones y tocaban el tímpano, quiero decir el piano. Y este que está aquí es el propio Von Sohn. Ha resucitado de entre los muertos, ¿no es así, Von Sohn?

–¿Pero qué significa esto? ¿Qué es esto? –se oyó que decían unas voces entre el grupo de los monjes sacerdotes.

–¡Vámonos! –gritó Piotr Alexándrovich, dirigiéndose a Kalgánov.

–¡No, permítanme! –chilló Fiódor Pávlovich, avanzando un paso más en la habitación–. Permítanme también a mí acabar. Allí, en la celda, me han colgado el sambenito de que me he portado irrespetuosamente, total por haber hablado de gobitos. Piotr Alexándrovich Miúsov, mi pariente, gusta de que en las palabras haya *plus de noblesse que de sincerité;* en cambio, a mí me gusta que en mis palabras haya *plus de sincerité que de noblesse,* ¡me importa un bledo la *noblesse!* ¿No es así, Von Sohn? Permítame, padre hegúmeno; yo, aunque bufón y aunque me presente como bufón, soy un caballero de honor y quiero explicarme. Sí, señor, yo soy un caballero de honor, mientras que en Piotr Alexándrovich no hay más que amor propio reprimido. Si he venido aquí, hace poco, quizá ha sido únicamente para ver y explicarme. Mi hijo Alexéi busca aquí la salvación de su alma; yo soy padre, me preocupo y he de preocuparme de su destino. He estado escuchando y representando mi papel, lo he observado todo como si tal cosa; ahora quiero ofrecerles el último acto de la representación. ¿Qué es lo que pasa entre nosotros? Pues entre nosotros, lo que cae, en el suelo queda. Entre nosotros, lo que cae se queda en el suelo por los siglos de los siglos. ¡Pues no, señor! Yo quiero levantarme. Padres santos, estoy indignado con ustedes. La confesión es un gran sacramento ante

el que me inclino reverentemente y estoy dispuesto a prosternarme, pero resulta que allí, en la celda, todos se hincan de rodillas y se confiesan en voz alta. ¿Acaso está permitido confesarse en alta voz? Los Santos Padres establecieron la confesión al oído, y sólo de este modo la confesión de ustedes será un sacramento; así es desde los antiguos tiempos. Si no, ¿cómo voy a explicar, en presencia de todos, que yo, por ejemplo, esto y lo otro?... Bueno, es decir, esto y lo otro, ¿comprenden? A veces hasta resultaría indecente decirlo. ¡Sería un escándalo! No, padres; aquí, entre ustedes, a lo mejor se siente uno arrastrado hacia la secta mística de los jlistí...[1] Pero en la primera ocasión que se me presente, escribiré al Sínodo, y a mi hijo Alexéi me lo llevaré a casa...

Aquí, una *nota bene*. Fiódor Pávlovich había oído tocar campanas. En otro tiempo habían corrido malignos chismorreos que habían llegado hasta el obispo (no sólo en lo tocante a nuestro monasterio, sino también respecto a otros monasterios que tenían sus startsi), en el sentido de que a los startsi se les hacía objeto de una consideración excesiva, hasta en perjuicio de la preeminencia del hegúmeno; se decía también, entre otras cosas, que los startsi abusaban del sacramento de la confesión, etcétera. Acusaciones absurdas, que se habían desvanecido por sí mismas en su tiempo, tanto entre nosotros como por doquier. Mas el torpe diablo que se había apoderado de Fiódor Pávlovich y que, sobre sus propios nervios, lo conducía cada vez más lejos hacia un abismo de oprobio, le recordó aquella vieja acusación, de la que el propio Fiódor Pávlovich no comprendía una sola pa-

1. Secta formada en Rusia a mediados del siglo XVIII. Su nombre («jlistí» en plural; «jlist» en singular) es una transmutación de «Jrist», Cristo. La forma «jlist» coincide, además, con la palabra rusa que significa 'látigo'. Los «jlistí» creían en la resurrección y encarnación eterna de Cristo durante la realización del «culto extático» unido al «rito mágico» (golpes con el flagelo para ahuyentar a los malos espíritus del cuerpo del hombre, etc.). Fueron perseguidos por la Iglesia y por el Estado.

labra. Por otra parte, ni siquiera supo formularla correctamente, tanto más cuanto que esa vez, en la celda del stárets, nadie se había puesto de rodillas para confesarse en voz alta; de modo que Fiódor Pávlovich no pudo haber visto nada semejante y hablaba sólo por viejos rumores y chismorreos que había recordado más o menos vagamente. Pero, no bien hubo dicho aquella estupidez, se dio cuenta de que había soltado una absurda necedad, y de pronto experimentó el deseo de demostrar a sus oyentes y, lo que es peor, de demostrarse a sí mismo, que lo dicho por él no era de ningún modo una necedad. Y aun sabiendo perfectamente que con cada nueva palabra sería aún mayor y más absurda la necedad que añadiría a la anterior, ya no pudo contenerse y rodó como si cayera por una pendiente.

–¡Qué bajeza! –gritó Piotr Alexándrovich.

–Perdone –dijo súbitamente el hegúmeno–. Se dijo, en otro tiempo: «Y han empezado a contar muchas cosas de mí, hasta algunas cosas malas. Pero habiéndolo oído todo, me he dicho a mí mismo: ésta es medicina de Jesús, quien me la envía para curar la vanidad del alma mía». ¡Por esto también nosotros le damos humildemente las gracias, carísimo huésped!

E hizo una reverencia a Fiódor Pávlovich, inclinándose hasta la cintura.

–¡Ya-ya-ya! ¡Todo esto es santurronería y frases viejas! ¡Viejas frases y viejos gestos! ¡Vieja mentira y formalismo de las reverencias hasta el suelo! ¡Ya conocemos estas reverencias! «Un beso en los labios y un puñal en el corazón», como en *Los bandidos,* de Schiller. La falsedad no me gusta, padres; ¡quiero la verdad! Pero la verdad no está en los gobios pequeños, y así lo he proclamado. Padres monjes, ¿por qué ayunan? ¿Cómo esperan obtener por esto una recompensa en los cielos? ¡Por una recompensa semejante, también yo ayunaría! No, monje santo, hazme el favor de practicar la virtud en la vida, sé útil a la sociedad sin encerrarte en un monasterio con la mesa puesta y sin esperar una recompen-

sa allí arriba, así será más dificilillo. Ya ve, padre hegúmeno, que yo también sé hacer frases bonitas. ¿Qué tienen aquí preparado? –se acercó a la mesa–. Oporto añejo de importación, aguardiente de miel de los hermanos Yeliséyev, ¡vaya con los padres! Esto se parece poco a los gobitos. ¡Las botellitas que los padres han preparado! ¡Je-je-je! ¿Y quién ha puesto aquí todas estas cosas? ¡Ha sido el mujik ruso, el trabajador, que os trae aquí el kópek ganado con sus manos callosas, quitándoselo a su familia y a las necesidades del Estado! ¡La verdad es que ustedes, padres santos, están chupando al pueblo!

–Esto ya es totalmente indigno por su parte –articuló el padre Iósif.

El padre País callaba porfiadamente. Miúsov se precipitó fuera de la estancia seguido de Kalgánov.

–Bueno, padres, ¡yo también sigo a Piotr Alexándrovich! No volveré más aquí; aunque me lo pidan de rodillas, no vendré. Les mandé mil rublitos y a ustedes se les han encandilado otra vez los ojos, ¡je-je-je! No, no añadiré más. ¡Me vengo por mi pasada juventud, por todas las humillaciones que he sufrido! –dio un puñetazo en la mesa, en un acceso de fingido arrebato–. ¡Este monasterito ha significado mucho en mi vida! ¡Muchas amargas lágrimas he vertido yo por él! Ustedes levantaron contra mí a mi propia mujer, a la posesa. ¡Me han maldecido ustedes en siete concilios, me han puesto en entredicho por todos esos contornos! ¡Basta, padres! Nuestra época es de signo liberal, es la época de los barcos de vapor y de los ferrocarriles. ¡De mí no recibirán ustedes ni mil rublos, ni ciento, ni cien kópeks! ¡Nada!

De nuevo *nota bene*. Nuestro monasterio nunca había significado nada semejante ni nada de particular en la vida de Fiódor Pávlovich, ni éste había vertido nunca, por el monasterio, una sola lágrima amarga. Pero Fiódor Pávlovich se sentía tan entusiasmado con esas imaginarias lágrimas suyas que, por un instante, por poco llega a darse crédito a sí

mismo; hasta iba a llorar, enternecido; pero en ese mismísimo instante, sintió que había llegado el momento de dar marcha atrás. El hegúmeno, ante aquella venenosa mentira, inclinó la cabeza y articuló de nuevo, con grave voz:

–También se ha escrito: «Sufre pacientemente y con alegría la calumnia de que te hacen víctima, no te conturbes ni odies a quien la calumnia te lanza». Así obraremos nosotros.

–¡Ya-ya-ya! ¡Camandulería y jerigonzas! Camanduleen, padres, que yo me voy. Y a mi hijo Alexéi me lo voy a llevar para siempre haciendo uso de mi patria potestad. ¡Iván Fiódorovich, respetuosísimo hijo mío, haga el favor de seguirme! ¡Von Sohn, para qué vas a quedarte aquí! Vente conmigo a la ciudad. En mi casa hay alegría. No está más que a eso de una versta, y en vez de guisos con aceite te daré lechón con papilla; comeremos; habrá coñac y otros licores; lo pondré, también, de zarzamora... ¡Eh, Von Sohn, no te pierdas la felicidad!

Salió gritando y gesticulando. Fue precisamente en ese momento cuando Rakitin le vio y lo señaló a Aliosha.

–¡Alexéi! –le gritó desde lejos el padre al verle–. Hoy mismo te trasladarás a mi casa definitivamente; llévate la almohada y el colchón, que no quede nada tuyo en este lugar, ¡ni rastro!

Aliosha se detuvo como clavado en la tierra, sin decir palabra, observando con gran atención la escena. Entre tanto, Fiódor Pávlovich se metió en el coche, y tras él, silencioso y sombrío, sin volverse siquiera para despedirse de Aliosha, subió Iván Fiódorovich. Pero entonces tuvo lugar aún otra escena grotesca y casi inverosímil, como redondeando el episodio. De pronto, junto al estribo del coche, apareció el terrateniente Maxímov. Había corrido, jadeando, para llegar a tiempo. Se precipitó tanto que, impaciente, puso el pie en el estribo sin esperar a que Iván Fiódorovich hubiera retirado el suyo; se agarró a la caja del coche y empezó a dar saltitos para subir.

–¡Yo también voy con ustedes, yo también! –gritó saltando, riéndose con breve y alegre risa, con cara beatífica y dispuesto a cualquier cosa–. ¡Llévenme también a mí!

–¿No he dicho yo –gritó entusiasmado Fiódor Pávlovich– que es Von Sohn? ¡Es el verdadero Von Sohn, resucitado de entre los muertos! ¿Cómo te las has arreglado para salir de ahí? ¿Qué salida a lo Von Sohn has tenido ahí y cómo has podido abandonar la comida? ¡La verdad, hay que tener cara dura! Yo la tengo, pero, hermano, ¡la tuya me deja patidifuso! ¡Salta, salta aprisa! Déjale subir, Vania [1], nos divertiremos. Se echará como sea a nuestros pies. ¿Te echarás, Von Sohn? ¿Y si lo colocamos en el pescante, al lado del cochero?... ¡Salta al pescante, Von Sohn!...

Pero Iván Fiódorovich, que se había sentado ya en su sitio, sin decir nada, empujó de pronto, con todas sus fuerzas, a Maxímov y éste voló a tres o cuatro pasos de distancia. Si no cayó, fue por casualidad.

–¡En marcha! –gritó con rabia al cochero Iván Fiódorovich.

–¿Qué haces? ¿Qué haces? ¿Por qué le tratas de esta manera? –soltó Fiódor Pávlovich, pero el coche ya se había puesto en marcha.

Iván Fiódorovich no respondió.

–Pues sí que tú... –articuló Fiódor Pávlovich, mirando de reojo a su hijo, después de unos dos minutos de silencio–. Total, fuiste tú quien pensó todo eso del monasterio, quien pinchó y quien lo aprobó. ¿A qué viene eso de enfadarte, ahora?

–Basta ya de soltar burradas, por lo menos descanse un poco –le cortó severamente Iván Fiódorovich.

Fiódor Pávlovich enmudeció de nuevo por otros dos minutos.

–Qué bien nos vendría ahora un poco de coñac –observó sentenciosamente.

1. Diminutivo de Iván (Juan); también Vánechka y Vanka.

Pero Iván Fiódorovich no respondió.

–Cuando lleguemos, también tú beberás.

Iván Fiódorovich seguía callado.

Fiódor Pávlovich esperó aún otros dos minutos.

–Pues a Aliosha, de todos modos lo sacaré del monasterio, a pesar de que va a ser esto muy desagradable para usted, mi muy respetuosísimo Karl van Moor.

Iván Fiódorovich se encogió desdeñosamente de hombros y, volviéndose, se puso a mirar al camino. Ya no volvieron a cruzar palabra hasta llegar a su casa.

Libro tercero

Los lujuriosos

1. En el pabellón de la servidumbre

La casa de Fiódor Pávlovich Karamázov no estaba situada, ni mucho menos, en el centro de la ciudad, pero tampoco se encontraba en los extremos. Era bastante vieja, aunque su aspecto exterior resultaba agradable: era una casa de una planta, con desván, pintada de gris, techada con planchas de hierro pintadas de rojo. De todos modos, aún había casa para mucho tiempo y era espaciosa y confortable. Tenía muchas pequeñas piezas para guardar trastos, escondrijos diversos e inesperadas escaleritas. Había ratas, pero a Fiódor Pávlovich las ratas no le molestaban mucho: «Así no resultan tan aburridas las veladas, cuando uno se queda solo». En efecto, tenía la costumbre de mandar a los criados a que pasaran la noche en un pabellón aparte y él se encerraba a solas en la casa. Dicho pabellón se levantaba en el patio, era vasto y sólido; en él mandó construir Fiódor Pávlovich la cocina, aunque también tenía cocina en casa, pero el olor de los guisos le desagradaba, y tanto en invierno como en verano se hacía llevar la comida a través del patio. La casa había sido construida para una gran familia y habrían podido acomodarse en ella

en número cinco veces mayor señores y criados. En la época de nuestro relato, en la casa no vivían más que Fiódor Pávlovich e Iván Fiódorovich, y el pabellón de la servidumbre lo ocupaban sólo tres criados: el viejo Grigori, la vieja Marfa, su mujer, y Smerdiakov, todavía joven. Hay que hablar con algo más de detalle de estas tres personas de la servidumbre. Del viejo Grigori Vasílievich Kutúzov, sin embargo, ya hemos dicho bastante. Era un hombre firme e intransigente, que se encaminaba tenaz y rectilíneo hacia su objetivo siempre y cuando el objetivo suyo, por las causas que fueran (a menudo sorprendentemente ilógicas), se le presentara a sus ojos como una verdad incontestable. Era, hablando en términos generales, un hombre honrado e insobornable. Su mujer, Marfa Ignátievna, pese a que toda la vida se había sometido sin chistar a la voluntad de su marido, no le dejaba en paz con sus ruegos, como hizo por ejemplo inmediatamente después de la liberación de los campesinos[1] al instarle a que abandonara a Fiódor Pávlovich para trasladarse a Moscú y poner allí alguna tiendecita (había reunido algo de dinero); pero Grigori decidió entonces, de una vez para siempre, que la mujer mentía, «porque todas las mujeres son deshonestas», y que no debían de abandonar a su antiguo señor, fuera éste como fuera, «porque tal era ahora su deber».

–¿Entiendes tú lo que es el deber? –preguntaba, dirigiéndose a Marfa Ignátievna.

–Lo que es el deber sí lo entiendo, Grigori Vasílievich, pero que nuestro deber sea quedarnos aquí toda la vida es cosa que no entenderé nunca –respondía firmemente Marfa Ignátievna.

–Pues no lo comprendas, pero así será. En adelante, calla.

Y así fue: no se marcharon; Fiódor Pávlovich les asignó un pequeño sueldo y se lo pagaba con regularidad. Grigori sabía, además, que ejercía sobre su señor una influencia in-

1. Se refiere a la abolición de la servidumbre en 1861.

discutible. Lo notaba, y estaba en lo cierto: el astuto y terco bufón, Fiódor Pávlovich, de carácter muy firme «en ciertas cosas de la vida», según él mismo se expresaba, solía ser, con gran sorpresa de sí mismo, hasta de carácter muy débil en otras «cosas de la vida». Sabía en cuáles, lo sabía y tenía muchos temores. En algunas cosas de la vida había que estar alerta y ello resultaba duro sin un hombre fiel; pues bien, Grigori era un hombre fidelísimo. Había sucedido, incluso, que Fiódor Pávlovich, en el transcurso de su carrera, muchas veces pudo haber sido zurrado, y zurrado dolorosamente, y siempre le había sacado de apuros Grigori, aunque siempre le soltara, después, un sermón. Pero no eran sólo las palizas lo que podía asustar a Fiódor Pávlovich: solían darse casos más graves, incluso en alto grado sutiles y complejos, cuando Fiódor Pávlovich ni siquiera habría estado en condiciones, quizá, de definir la necesidad insólita que empezaba a sentir, instantánea e incomprensiblemente, de tener a su lado una persona fiel y allegada. Se trataba de casos poco menos que morbosos: disoluto y, a menudo, cruel en su lujuria, cual insecto peligroso, Fiódor Pávlovich, en momentos de embriaguez, experimentaba a veces un miedo y una conmoción moral súbitos, que casi le repercutían físicamente en el alma. «En estas ocasiones es como si el alma me palpitara en la garganta», decía. Era, precisamente, en esos momentos, cuando a él le gustaba que a su lado, cerca, aunque no fuera en la misma estancia, sino en el pabellón vecino, hubiera un hombre como Grigori, abnegado, firme, completamente distinto de él, nada disoluto; un hombre que, aun viendo todo el libertinaje que allí se daba y conociendo todos los secretos de la casa, lo admitía todo por fidelidad, no ofrecía resistencia y, lo que es más importante, no reprochaba nada, no amenazaba con nada, ni en esta vida ni en la futura; un hombre que, además, en caso de necesidad, le defendiera –¿contra quién?– contra alguien, terrible y peligroso aunque desconocido. Se trataba, precisamente, de que

hubiera sin falta *otro* hombre amigo de mucho tiempo a quien poder llamar en un momento difícil con el único fin de mirarle la cara, quizá de cambiar una palabrita, hasta completamente accidental, y si el otro se quedaba tranquilo, si no se enfadaba, entonces parecía que se experimentaba un alivio en el corazón; si el otro se enfadaba, entonces la tristeza se hacía mayor. Ocurría (de todos nodos, muy raras veces) que Fiódor Pávlovich iba hasta de noche al pabellón a despertar a Grigori y le llamaba para que fuera a verle por unos momentos. Grigori acudía; Fiódor Pávlovich se ponía a hablar con él de verdaderas bagatelas, pronto le dejaba marchar, a veces riéndose de él y bromeando; luego escupía, se acostaba y se dormía ya con el sueño de los justos. Algo por el estilo le había sucedido cuando llegó Aliosha. Aliosha «le atravesó el corazón» porque «vivía, lo veía todo y no reprochaba nada». Más aún, había traído consigo algo inaudito: una falta total de desprecio por él, por el viejo; al contrario, mostraba por él una afabilidad constante y un cariño –que tan poco merecía– totalmente natural y sincero. Todo eso fue, para el viejo libidinoso y sin familia, una sorpresa total, inesperada por completo para él, quien hasta entonces no se había complacido más que con lo «malo». Cuando Aliosha se fue al monasterio, Fiódor Pávlovich se confesó que había comprendido algo que hasta entonces no había querido comprender.

Ya he recordado, al principio de mi relato, que Grigori había odiado a Adelaída Ivánovna, la primera esposa de Fiódor Pávlovich y madre de su primer hijo, Dmitri, y que, por el contrario, había defendido a la segunda esposa, a la posesa, Sofia Ivánovna, contra su propio señor y contra todo aquel que hubiera tenido la ocurrencia de decir, refiriéndose a ella, alguna palabra desconsiderada o frívola. Su simpatía por aquella desgraciada se había convertido en algo sagrado, de modo que transcurridos veinte años no habría soportado de nadie ni siquiera una desconsiderada alusión a ella, en se-

guida habría replicado al atrevido. Por su aspecto, Grigori era un hombre frío y serio, poco hablador, que se expresaba con palabras contundentes, exentas de frivolidad. También resultaba imposible explicarse de buenas a primeras si quería o no a su mujer, humilde y sumisa; pero el hecho era que él realmente la quería, y ella, desde luego, lo comprendía. Marfa Ignátievna no era una mujer tonta; quizás, hasta era más inteligente que su esposo, por lo menos era más juiciosa que él en las cuestiones de la vida; sin embargo, se le subordinó sin réplica y humildemente desde el comienzo mismo de su vida de matrimonio, y no hay duda alguna de que le respetaba por su superioridad espiritual. Es de notar que hablaban extraordinariamente poco entre sí y sólo de las cosas más necesarias y corrientes. El grave y majestuoso Grigori meditaba siempre solo sus asuntos y preocupaciones, de modo que Marfa Ignátievna había comprendido, hacía ya mucho tiempo, de una vez para siempre, que él no necesitaba para nada sus consejos. Sentía que su marido estimaba su silencio y que lo tenía por una prueba de inteligencia. Él no la pegaba nunca, excepción hecha de una sola vez, y aun levemente. Durante el primer año de matrimonio de Adelaída Ivánovna con Fiódor Pávlovich, una vez, las mozas y mujeres de la aldea, aún siervas, se reunieron en el patio del señor para cantar y bailar. Empezaron con la canción *En los prados, en los verdes prados,* y de pronto, Marfa Ignátievna, que aún era joven, se plantó de un salto frente al coro y se puso a bailar la danza rusa de una manera especial, no a lo campesino, como las mujeres del pueblo, sino como la bailaba cuando era moza de la servidumbre en casa de los ricos Miúsov, en el teatro que éstos tenían en su finca, donde enseñaba a bailar a los actores, siervos de la casa, un profesor que habían hecho venir de Moscú. Grigori vio cómo daba vueltas su mujer, y ya en su casa, en la isba, una hora después, le dio una lección tirándole un poquitín de los cabellos. Pero con esto se terminaron de una vez para siempre las palizas, que

no volvieron a repetirse en toda la vida, aparte de que Marfa Ignátievna juró no danzar más desde entonces.

Dios no les había dado hijos; tuvieron uno solo, pero se les murió. Mas, a Grigori, por lo visto le gustaban los niños, y él ni siquiera lo disimulaba, es decir, no se avergonzaba de manifestarlo. Cuando Adelaída Ivánovna huyó, Grigori llevó a su casa a Dmitri Fiódorovich, que era entonces un niño de tres años, y lo estuvo cuidando durante casi un año; él mismo lo peinaba e incluso lo lavaba en el lebrillo. Luego se ocupó de Iván Fiódorovich y de Aliosha, lo que le valió una bofetada; pero todo esto lo he contado ya. En cambio, su propio hijo no le dio más alegría que la de la esperanza, cuando Marfa Ignátievna estaba aún encinta. Pero cuando nació, Grigori sintió el corazón transido de pena y horror. El niño había nacido con seis dedos. Al verlo, Grigori quedó tan abatido que no sólo guardó silencio hasta el día del bautizo, sino que se iba adrede al huerto a cavar. Era primavera; durante tres días cavó bancales. Al tercer día, había que bautizar al niño; para entonces, Grigori ya había discurrido algo. Entró en la isba, donde se habían reunido los popes y los invitados y donde había acudido el propio Fiódor Pávlovich en calidad de padrino, y declaró de repente que al niño «no debían de bautizarlo de ningún modo»; lo declaró en voz baja, sin explicaciones, articulando apenas las palabras, mirando sólo obtusa y fijamente al sacerdote.

–¿Por qué? –le preguntó éste con divertida sorpresa.

–Porque es... un dragón –balbuceó Grigori.

–Cómo, un dragón, ¿qué dragón?

Grigori guardó silencio unos momentos.

–Ha habido un embrollo de la naturaleza... –balbuceó, por lo visto sin ganas de extenderse más sobre el particular.

Se rieron y, desde luego, bautizaron a la pobre criatura. Grigori rezó con fervor junto a la pila bautismal, pero no modificó la opinión que tenía del recién nacido. De todos modos, no puso dificultades a nada, sólo que durante las dos semanas

que tuvo de vida el enfermizo pequeñuelo apenas lo miró, ni siquiera quería reparar en él y se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de la isba. Pero cuando el niño murió de afta a las dos semanas, el propio Grigori lo puso en el ataúd, lo contempló con hondísima pena y, cuando cubrían de tierra la pequeña y poco profunda tumba, se hincó de rodillas y se inclinó hasta tocarla con la frente. Desde entonces habían pasado muchos años y ni una sola vez había hablado de su hijo; tampoco Marfa Ignátievna, en presencia suya, aludió ni una sola vez al niño; y si hablando con alguien se refería a su «hijito», lo hacía en voz baja, aunque no estuviera presente Grigori Vasílievich. Según observación hecha por Marfa Ignátievna, Grigori Vasílievich, desde aquella muerte, empezó a ocuparse sobre todo de las «cosas divinas», leía el *Cheti-Minéi,* con frecuencia en silencio y solo, poniéndose siempre sus grandes gafas de plata redondas. Pocas veces leía en voz alta, si no era, en todo caso, por Cuaresma. Le gustaba el libro de Job; se había procurado una lista de sentencias y sermones «de nuestro santo padre Isaac de Siria»[1] y lo leyó porfiadamente durante muchos años, sin entender en absoluto lo que leía, aunque quizá por esta razón era éste el libro que más estimaba. Últimamente, había empezado a interesarse por la doctrina de los flagelantes y a profundizar en ella, por haber encontrado adeptos en la vecindad; por lo visto quedó muy impresionado, pero no consideró oportuno pasar a la nueva fe. Sus numerosas lecturas de «cosas divinas» aún acentuaron, como es natural, el aire de gravedad de su fisonomía.

Quizá sentía inclinación por el misticismo. Y sucedió que, como hecho adrede, la venida al mundo y la muerte de su pequeñuelo de seis dedos coincidieron con otro caso muy extraño y original, que dejó en su alma «una huella», como se expresó en cierta ocasión, más tarde, el propio Grigori.

1. Eremita del siglo VII que dejó varios libros sobre el pecado y la vida santa.

Ocurrió que durante el día que siguió al entierro del pequeñuelo de seis dedos, Marfa Ignátievna se despertó por la noche y creyó oír el llanto de un niño recién nacido. La mujer se asustó y despertó a su marido. Éste escuchó con atención y observó que aquello eran más bien gemidos de persona, «parecían de una mujer». Se levantó, se vistió; era una noche de mayo bastante cálida. Al salir al porche, notó con claridad que los gemidos partían del huerto. Pero el huerto, por la noche, quedaba cerrado con llave desde el patio, y no era posible entrar en él por otro lugar, pues estaba cercado por una fuerte y alta valla. Grigori entró en su casa, encendió un farol, tomó la llave de la puerta del huerto, y sin hacer caso del horror histérico de su esposa, la cual seguía afirmando que oía el llanto de un niño y que seguramente lloraba su pequeño y la llamaba, se dirigió al huerto sin decir palabra. Allí se dio perfecta cuenta de que los gemidos procedían del baño que tenían en el huerto, no lejos del portillo, y que quien gemía era en verdad una mujer. Abrió el baño y vio un espectáculo que le dejó petrificado: una bendita de la localidad, que vagaba por las calles y era conocida de todo el mundo, apodada Lizaveta Smerdiáschaia [1], se había metido en el baño y acababa de dar a luz a un niño. La criaturita estaba a su lado y ella agonizaba. La mujer no decía nada, pues no sabía hablar. Pero todo esto requiere una explicación aparte.

2. Lizaveta Smerdiáschaia

Una circunstancia especial conmovió profundamente a Grigori y acabó de rematar en él una sospecha desagradable y repugnante. Lizaveta Smerdiáschaia era una moza de muy baja estatura, «de poco más de siete palmos», como decían

1. De *smerdiet*, 'despedir mal olor', 'ser hediondo', es decir, Lizaveta la Maloliente.

enternecidas, al recordarla después de su muerte, muchas de las viejas beatas de nuestra ciudad. Su cara de veinte años, sanota, ancha y sonrosada, era por completo la de una idiota; en cambio, la mirada de sus ojos era fija y desagradable, aunque pacífica. La joven iba siempre descalza, tanto en verano como en invierno, sin más ropa que una camisa de basta tela de cáñamo. Los cabellos, extraordinariamente espesos, casi negros, ensortijados como los vellones de un carnero, se le sostenían en la cabeza como si llevara un enorme gorro. Además, siempre los tenía manchados de tierra, de barro, con hojitas pegadas, briznas o pequeñas virutas, pues siempre dormía sobre el suelo y entre porquería. Su padre era el menestral Iliá, hombre arruinado, enfermizo y sin casa, muy dado a la bebida, que vivía hacía ya muchos años en calidad de peón en casa de unos amos acomodados, menestrales también de nuestra ciudad. La madre de Lizaveta había muerto hacía mucho. Iliá, siempre enfermizo y rabioso, golpeaba inhumanamente a su hija cuando ésta aparecía por la casa, cosa que hacía raras veces, pues en todas partes era acogida por caridad, como una bendita criatura de Dios. Los amos de Iliá, el propio Iliá y hasta muchas de las personas compasivas de la ciudad, en especial mercaderes y sus esposas, en más de una ocasión procuraron vestir a Lizaveta más decentemente que con su sola camisa, y cuando llegaba el invierno siempre le ponían un pellico largo y la calzaban con botas altas; ella, por lo general, dejaba que la vistieran y calzaran sin ofrecer ninguna resistencia; luego se iba y en cualquier sitio, preferentemente en el atrio de la iglesia catedralicia, se quitaba todo lo que le habían dado –un pañuelo, una falda, un pellico, unas botas–, lo dejaba allí y se marchaba descalza, sin más ropa que la camisa, como antes. Sucedió una vez que un nuevo gobernador de nuestra provincia, al recorrer la ciudad en visita de inspección, se sintió muy ofendido en sus mejores sentimientos al ver a Lizaveta; y si bien comprendió que se trataba de una «bendita» tal como

le habían informado, reprobó que una moza, sin más ropa que una camisa, vagara por las calles de la ciudad, con lo que atentaba contra las buenas costumbres, y ordenó que en adelante aquello no volviera a suceder. Pero el gobernador partió y a Lizaveta la dejaron en paz. Por fin se le murió el padre y con ello todas las almas piadosas de la ciudad sintieron aún más cariño por Lizaveta, pues quedaba huérfana. En efecto, parecía incluso que hasta la querían todos; ni siquiera los muchachos se burlaban de ella ni la ofendían, a pesar de que nuestros muchachos, sobre todo los que van a la escuela, son gente traviesa. Lizaveta entraba en casas desconocidas y nadie la echaba; al contrario, todos tenían para ella una palabra cariñosa y una monedita de medio kópek. Le daban la monedita, Lizaveta la tomaba y se iba en seguida a echarla en el cepillo de alguna iglesia o de la cárcel. Si en el mercado le daban una rosquilla o un bollo, se acercaba sin falta al primer niño que veía y se lo entregaba, o bien detenía a alguna señora, que podía ser la más rica de la ciudad, y se lo entregaba a ella; las señoras lo tomaban hasta con satisfacción. Ella, en cambio, no se nutría más que de pan negro y agua. A veces entraba en una tienda rica, se sentaba; podía haber allí raras mercaderías, dinero; los dueños nunca la vigilaban, sabían que aun si pusieran ante ella miles de rublos y se olvidaran, la bendita no tomaría ni un kópek. Pocas veces entraba en la iglesia, dormía en los porches de los templos o en algún huerto, después de saltar el seto (en nuestra ciudad, todavía hay muchos setos en vez de vallas). A su casa, es decir, a la casa de los dueños donde había vivido su difunto padre, solía acudir una vez por semana, y en invierno iba hasta todos los días, pero sólo para pasar la noche, en el zaguán o en el corral de las vacas. Se admiraban de que pudiera soportar una vida semejante, pero ella ya estaba acostumbrada; aunque de pequeña talla, era de complexión insólitamente robusta. Entre los señores había quien afirmaba que Lizaveta hacía todo aquello sólo por orgullo, pero esta afirmación re-

sultaba absurda: Lizaveta no sabía ni pronunciar una palabra, sólo de vez en cuando llegaba a mover la lengua y a proferir un mugido. ¿Cómo podía hablarse de orgullo en estas circunstancias?

Pues sucedió que una vez (de esto hace ya bastante tiempo), en una noche de septiembre, clara y cálida, una noche de luna llena, muy tarde ya teniendo en cuenta nuestras costumbres, una pandilla achispada de nuestro señorío, unos cinco o seis bravucones que habían estado de juerga, regresaban del club a sus casas, atajando el camino por una callejuela. A ambos lados de la callejuela se elevaban los setos, tras las cuales se extendían los huertos de las casas colindantes; la callejuela salía a la pasarela tendida sobre nuestro largo y maloliente charco, que entre nosotros suele denominarse a veces riachuelo. Al pie del seto, entre ortigas y lampazos, nuestra pandilla vio a Lizaveta dormida. Los señores juerguistas se detuvieron junto a ella riendo a carcajadas y se pusieron a soltar toda clase de agudezas de las que de ningún modo pasan por la censura. A uno de los señoritos se le vino de pronto a la cabeza una cuestión totalmente excéntrica sobre un tema imposible: «Si podría alguien, decía, quienquiera que fuese, tener a aquella bestia por mujer, por ejemplo en aquel mismo momento, etc.». Todos decidieron con orgullosa repugnancia que no era posible. Pero en el grupo se encontraba Fiódor Pávlovich, y en un santiamén saltó y dijo que se la podía tener por mujer, y no poco, y que en ello había incluso algo picante, de un género especial, y así sucesivamente. Cierto, en aquel entonces representaba hasta con una ostentación muy excesiva su papel de payaso, se complacía en hacerse ver y divertir a los señores, en un aparente plano de igualdad, desde luego, pero de hecho como un auténtico sinvergüenza ante ellos. Por aquel entonces, supo la noticia de la muerte de su primera esposa, Adelaída Ivánovna, en Petersburgo; se puso un crespón en el sombrero, pero bebía y armaba tales escándalos que choca-

ba hasta a la gente más depravada de la ciudad. La pandilla, claro está, acogió con estrepitosas risas aquella inesperada opinión; uno de los presentes incluso azuzó a Fiódor Pávlovich, pero los demás manifestaron con redoblada insistencia su asco, si bien todo ello aun con descomunal algazara, y al fin continuaron todos su camino. Más tarde, Fiódor Pávlovich afirmó y juró que aquella noche se había ido con los demás; es posible que así fuese, nadie lo sabe a ciencia cierta ni se ha sabido nunca, pero transcurridos cinco o seis meses, la ciudad entera se puso a hablar con sincera y extraordinaria indignación de que Lizaveta estaba encinta; todos preguntaban e inquirían: ¿de quién era el pecado, quién era el autor del ultraje? De punta a punta de la ciudad se extendió entonces el espantoso rumor de que el ultraje se debía a Fiódor Pávlovich. ¿De dónde salió el rumor? De la alegre pandilla de señores, ya no quedaba en la ciudad más que uno, un hombre entrado en años, respetable Consejero de Estado, con familia e hijas adultas, y él, desde luego, no habría difundido ninguna noticia, ni siquiera aun en el caso de que hubiera ocurrido algo; en cuanto a los demás, unos cinco hombres, se habían marchado ya de la ciudad. No obstante, el rumor señalaba directamente a Fiódor Pávlovich y continuaba señalándole. No es que éste tuviera mucho empeño en ello, desde luego; pero no se habría dignado replicar a unos vulgares mercaderes o menestrales. Entonces era orgulloso y no trataba más que con su grupo de funcionarios y nobles, a quienes tanto divertía. Fue entonces cuando Grigori enérgicamente, con todas sus fuerzas, se levantó escudando a su señor, y no sólo lo defendía contra todas esas habladurías, sino que reñía y disputaba por él e hizo cambiar de opinión a muchos. «Sólo ella, la perdida, es culpable», afirmaba terminante, y el ofensor no era otro que «Karp, el del tornillo» (así se llamaba a un temible recluso que entonces se había evadido de la cárcel provincial y vivía escondido en nuestra ciudad, donde se le conocía). La conjetura parecía

verosímil; recordaban a Karp, recordaban muy bien que precisamente durante aquellas noches, poco antes del otoño, Karp había deambulado por las calles de la ciudad y había desvalijado a tres viandantes. Pero cuanto había acontecido y todos aquellos comentarios no hicieron mella en la simpatía general por la pobre bendita; al contrario, todos pusieron aún más empeño en velar por ella y salvaguardarla. Una viuda acomodada, la mercadera Kondrátieva, tomó incluso las medidas necesarias para recoger en su casa a Lizaveta ya a finales de abril, con el propósito de no dejarla salir hasta que hubiera dado a luz. La vigilaban constantemente; mas sucedió que, pese a toda la vigilancia, al atardecer del último día Lizaveta logró salir a escondidas de la casa de Kondrátieva y fue a parar al huerto de Fiódor Pávlovich. Cómo, en su estado, pudo franquear la alta y fuerte valla del huerto, ha constituido una especie de enigma. Unos afirmaron que «alguien» la había ayudado; otros, que la había ayudado «alguna fuerza sobrenatural». Lo más probable es que todo sucediera de manera normal, aunque muy extraña, y que Lizaveta, acostumbrada a saltar los setos para pasar la noche en los huertos, logró también, como fuera, trepar por la valla de Fiódor Pávlovich y saltar al huerto, a pesar de su estado, y no sin daño suyo. Grigori se precipitó en busca de Marfa Ignátievna para que ayudara a Lizaveta, mientras él iba corriendo a buscar a una partera, de familia menestral, que, por suerte, no vivía lejos. Salvaron al niño, pero Lizaveta expiró al amanecer. Grigori tomó al recién nacido, lo llevó a su casa, hizo sentar a su mujer y le puso al pequeño sobre las rodillas, apoyándoselo contra el pecho: «Este huérfano, criatura de Dios, es pariente de todos y más aún de nosotros. Nuestro pequeño difunto nos lo envía; este huérfano ha nacido de una santa y del hijo del demonio. Críalo y en adelante no llores». Y así Marfa Ignátievna se hizo cargo del niño. Le bautizaron y le pusieron el nombre de Pável; como patronímico, todos, incluidos ellos mismos, empezaron a llamar-

le Fiódorovich, sin que nadie se lo indicara. Fiódor Pávlovich no hizo la menor objeción y hasta encontró todo eso divertido, aunque siguió rechazando con la mayor energía toda responsabilidad. En la ciudad causó buena impresión el que éste acogiera al niño abandonado. Más tarde, hasta ideó para él un apellido: le llamó Smerdiakov, según el apodo de la madre, Lizaveta Smerdiáschaia. Smerdiakov se convirtió en el segundo criado de Fiódor Pávlovich y, al comienzo de nuestra historia, vivía en el pabellón, con el viejo Grigori y la vieja Marfa. Le tenían de cocinero. Sería muy necesario también contar algo de él especialmente, pero a mí ya me remuerde la conciencia por distraer durante tanto tiempo la atención del lector hablándole de criados tan vulgares; vuelvo, pues, a mi relato con la esperanza de que ya se presentará por sí misma la ocasión de hablar de Smerdiakov en el curso ulterior de la novela.

3. Confesión de un corazón ardiente. En verso

Al oír la orden que su padre le daba desde el coche al partir del monasterio, Aliosha permaneció cierto tiempo lleno de asombro. No es que se quedara plantado como un poste, esto no solía ocurrirle. Al contrario, pese a toda su inquietud, tuvo tiempo de ir al instante a la cocina del hegúmeno y enterarse de lo que su padre había hecho arriba. Luego, sin embargo, se puso en marcha con la esperanza de que, camino de la ciudad, tendría tiempo de resolver un problema que le acongojaba. Diré de buenas a primeras que no temía en lo más mínimo los gritos de su padre ni el mandato de trasladarse a su casa «con las almohadas y el colchón». Comprendía que la orden de trasladarse, formulada en voz alta y con un grito tan demostrativo, había sido dada «en un momento de arrebato», incluso, digamos, para causar impresión, de modo análogo a como, no hacía mucho, un menestral de la

ciudad, habiendo bebido más de la cuenta durante su onomástica, se enfadó porque no le daban más vodka, en presencia de los invitados, empezó a romper su propia vajilla, a rasgar su ropa y el vestido de su mujer, a destrozar los muebles y, finalmente, los cristales de su casa, todo ello también para causar impresión; era algo por el estilo, desde luego, lo que había ocurrido a su padre, pensaba Aliosha. Al día siguiente, claro está, el menestral que tanto había empinado el codo, vuelto en sí, lamentó la pérdida de tazas y platos. Aliosha sabía que también el viejo, al día siguiente, con toda probabilidad le dejaría volver al monasterio; quizá se lo permitiría aquella misma tarde. Además, Aliosha estaba plenamente convencido de que su padre podría querer molestar a quien fuese, pero no a él. Estaba convencido de que a él en todo el mundo no había ni habría nunca nadie que quisiera ofenderle, ni siquiera que pudiese ofenderle. Esto era para él un axioma, dado de una vez para siempre, sin razonamientos, y con esta idea seguía adelante sin ninguna vacilación.

Pero lo que en él rebullía entonces era un miedo distinto, de otro género, tanto más atormentador cuanto que ni siquiera el propio Aliosha habría podido definirlo; era miedo a la mujer, precisamente a Katerina Ivánovna, la cual, con la noticia que le había transmitido hacía poco por la señora Jojlakova, le suplicaba con tanta insistencia que fuera a verla sin concretar para qué. Esta petición y la necesidad ineludible de acudir en seguida, despertaron en el corazón de Aliosha cierto sentimiento de congoja, y durante toda la mañana, con tanta más fuerza cuanto más tiempo transcurría, esa sensación fue adquiriendo cada vez más intensidad, a pesar de todas las escenas e incidentes que luego se sucedieron en el monasterio, así como hacía unos momentos en casa del hegúmeno, etcétera. Su miedo no se debía a ignorar lo que ella quería decirle y lo que él iba a contestar. Tampoco era a la mujer en general lo que en ella temía: mujeres, conocía pocas, desde luego; pero al fin y al cabo durante toda su

vida, desde la infancia hasta su entrada en el monasterio, no había vivido más que con mujeres. Temía precisamente a aquella mujer, temía a Katerina Ivánovna en concreto. La temía desde que la había visto por primera vez. La había visto sólo una o dos veces, hasta quizá tres; en cierta ocasión había llegado a cambiar con ella unas palabras, casualmente. La imagen que de ella recordaba era la de una joven guapa, orgullosa e imperativa. Pero no era su hermosura lo que le torturaba, sino algo distinto. La imposibilidad de explicar el miedo que experimentaba era, precisamente, lo que en aquellos momentos hacía aún más fuerte su temor. Los fines de la joven eran nobilísimos, Aliosha lo sabía; Katerina Ivánovna se esforzaba por salvar al hermano Dmitri, culpable ya ante ella, y procuraba hacerlo movida sólo por su magnanimidad. Pero el caso era que, pese a su conciencia y a la justicia que animaba –y él no podía dejar de reconocerlo así– a todos esos espléndidos y magnánimos sentimientos, Aliosha sentía escalofríos en la espalda a medida que se acercaba a la casa de la joven.

Suponía que no iba a encontrar allí a su hermano Iván, tan afecto a Katerina Ivánovna: Iván estaría entonces, probablemente, con su padre. Más seguro estaba aún de no encontrar a Dmitri, y presentía el porqué. Su conversación, pues, se celebraría a solas. Aliosha tenía enormes deseos de ver a su hermano Dmitri y de llegarse hasta su casa antes de sostener esa conversación fatal. Sin mostrarle la carta, podría hablar con él más o menos de la cuestión. Pero el hermano Dmitri vivía lejos y, con toda probabilidad, tampoco estaría entonces en su casa. Aliosha se detuvo unos momentos y, por fin, se decidió definitivamente. Se persignó con gesto habitual y rápido, se sonrió y se dirigió con paso firme a ver a su terrible dama.

Conocía la casa. Pero si había que ir a la calle Mayor, atravesar luego la plaza y demás, resultaba bastante lejos. Nuestra pequeña ciudad está muy dispersa y en ella las distancias suelen ser bastante grandes. Además, le estaba esperando su

padre, quien, quizás, aún no había tenido tiempo de olvidar su orden y podía salirle con alguna pata de gallo; Aliosha, pues, tenía que darse prisa para llegar a tiempo a un sitio y a otro. Habiéndose hecho todas estas reflexiones, decidió acortar el camino pasando por los patios de las casas, pues conocía al dedillo todos los atajos de la ciudad. Pasar por los patios significaba cruzar lugares casi sin camino, a lo largo de vallas de solares sin edificar, saltando, a veces, incluso setos de casas ajenas, dejando de lado patios de otras casas, donde, por lo demás, todo el mundo le conocía y le saludaba. De este modo, la calle Mayor le quedaba dos veces más cerca. En un lugar tuvo que acercarse mucho a su casa paterna, andar junto a un huerto vecino al de su padre, huerto que pertenecía a una casita pequeña y vetusta de cuatro ventanas, inclinada sobre uno de sus costados. La dueña de la casita era, como sabía Aliosha, una menestrala de nuestra ciudad, una mujer vieja a la que le faltaba una pierna. La mujer vivía con su hija, ex camarera que se había familiarizado con la civilización en la capital, casi siempre en casas de generales, que lucía elegantes vestidos, que había regresado al lado de su madre hacía ya un año poco más o menos debido a la enfermedad de la vieja. Sin embargo, la vieja y su hija habían caído en una pobreza espantosa y por razón de vecindad acudían a la cocina de Fiódor Pávlovich todos los días por sopa y pan. Marfa Ignátievna se lo daba de buen grado. Pero la hija, aunque acudía por la sopa, no había vendido ninguno de sus vestidos y hasta tenía uno de cola larguísima. Aliosha se había enterado de esta circunstancia, naturalmente, por pura casualidad, gracias a su amigo Rakitin, quien decididamente estaba enterado de todo lo que sucedía en la población. Aliosha, desde luego, se olvidó de tal circunstancia al momento de haberla conocido. Pero al llegar junto al huerto de la vecina, se acordó repentinamente nada menos que de dicha cola y levantó con brusquedad la cabeza, que había bajado, pensativo, y... entonces tuvo el encuentro más inesperado.

Al otro lado del seto del huerto, subido sobre alguna cosa y sobresaliendo del cercado hasta el pecho, su hermano Dmitri Fiódorovich le estaba haciendo aparatosas señas con los brazos, llamándole para que acudiera donde él estaba, por lo visto temiendo no ya gritar, sino incluso pronunciar en voz alta una palabra, para que no le oyeran. Aliosha, se le acercó corriendo.

–Menos mal que se te ha ocurrido mirar, por poco grito para llamarte –susurró Dmitri Fiódorovich, jubiloso y apresuradamente–. ¡Salta aquí! ¡Aprisa! Qué bien que hayas venido. Hace un momento estaba pensando en ti...

El propio Aliosha se sentía contento, y lo que le tenía perplejo era pensar cómo iba a saltar el cercado. Pero Mitia, con mano hercúlea, le agarró por el antebrazo y le ayudó. Aliosha, recogida la sotana, saltó con la ligereza de un desarrapado muchacho de ciudad.

–Bueno, andando, ¡vamos! –susurró Mitia entusiasmado.

–¿Adónde? –preguntó en el mismo tono Aliosha, mirando en todas direcciones y viéndose en un huerto totalmente desierto, en el cual no había nadie excepción hecha de ellos dos. El huerto era pequeño; de todos modos, la casita de los dueños estaba a no menos de cincuenta pasos de distancia–. Aquí no hay nadie, ¿por qué hablas en voz baja?

–¿Por qué hablo en voz baja? ¡Ah, diablo! –gritó súbitamente Dmitri Fiódorovich a pleno pulmón–. Sí, ¿por qué hablo en voz baja? Ya ves cómo, sin más ni más, la naturaleza puede hacerse un galimatías. Me he metido aquí en secreto y estoy al acecho de un secreto. La explicación vendrá luego, pero comprendiendo que se trata de un secreto, me he puesto a hablar también secretamente y susurro como un tonto cuando no hace falta. ¡Vámonos! ¡Allí, mira! Hasta entonces, cállate. ¡Quiero darte un beso!

Gloria al Altísimo en la tierra,
gloria al Altísimo en mí...

»Esto es lo que estaba recitando, aquí sentado, en el momento en que te he visto llegar.

El huerto tendría algo más de una desiatina[1] de superficie, pero sólo tenía árboles a su alrededor, a lo largo de las cuatro vallas: manzanos, arces, tilos y abedules. La parte central quedaba como prado, del que se segaban en verano varios puds[2] de heno. Al llegar la primavera, la dueña daba el huerto en arriendo por unos cuantos rublos. Había también bancales de frambueso, uva espina y grosellero, todos, asimismo, junto al cercado; había bancales de verduras al lado de la casita, cultivados desde hacía poco tiempo. Dmitri Fiódorovich condujo a su invitado a un ángulo del huerto, el más apartado de la casa. Allí, de súbito, entre espesos tilos y viejos arbustos de grosellero y saúco, de mundillo y lilas, se descubría algo así como las ruinas de una viejísima glorieta verde, ennegrecida y ladeada, con paredes caladas, pero con el techo cubierto, en la cual aún era posible refugiarse de la lluvia. Sabe Dios cuándo fue construida la glorieta; se decía que la había hecho, haría unos cincuenta años, un tal Alexandr Kárlovich von Smidt, teniente coronel retirado, entonces propietario de la casita. Pero todo estaba ya carcomido, el tillado se pudría, las tablas oscilaban, la madera olía a humedad. En la glorieta había una mesa verde de madera clavada en el suelo, rodeada de bancos, también verdes, en los que aún era posible sentarse. Aliosha se había dado cuenta en seguida del eufórico estado de Dmitri, pero, al entrar en la glorieta, vio sobre la mesa media botella de coñac y un vasito.

–¡Es coñac! –exclamó Mitia riendo a carcajadas–. Ya estás pensando: «¿Otra vez se emborracha?». No creas en fantasmas.

> No creas a la muchedumbre vana y embustera,
> olvida tus sospechas...[3]

1. Antigua medida agraria rusa, equivalente a 1,092 hectáreas.
2. Antigua medida de peso equivalente a 16,3 kg.
3. Versos del poema de Nekrásov «Cuando de las tinieblas del error...» (1846), muy popular entre la juventud de mediados del siglo XIX.

»No me emborracho, sólo "me relamo", como dice tu cerdo de Rakitin, que llegará a ser Consejero de Estado y aún seguirá diciendo "me relamo". Siéntate. Tendría ganas de cogerte, Aliosha, y de estrecharte contra mi pecho, pero hasta aplastarte, pues en todo el mundo... verdaderamente, verda-de-ra-men-te... (¡Métetelo en la cabeza! ¡Métetelo en la cabeza!), ¡sólo a ti te quiero!

Pronunció estas últimas palabras hasta con frenesí.

–Sólo a ti y aun a cierta «infame» de la que me he enamorado y con ello me he perdido. Pero enamorarse no significa amar. Es posible enamorarse incluso odiando. ¡Recuérdalo! ¡Por ahora hablo con alegría! Siéntate aquí, a la mesa; yo me sentaré a tu lado, te miraré y hablaré. Tú callarás y yo hablaré, porque ya ha llegado la hora. Además, ¿sabes?, he pensado que es necesario hablar realmente en voz baja, porque aquí... aquí... puede haber orejas escondidas, las orejas más inesperadas. Te lo explicaré todo, ya te lo he dicho: seguirá. ¿Por qué tenía tantos deseos de verte, por qué te necesitaba tanto todos esos días, e incluso ahora? (Hace ya cinco días que he echado aquí el ancla.) ¿Por qué todos estos días? Porque tú eres el único a quien lo diré todo, porque es necesario, porque tú eres necesario, porque mañana volaré desde las nubes, porque mañana la vida terminará y comenzará. ¿Has experimentado, has visto en sueños cómo se rueda de la montaña a un abismo? Así vuelo yo ahora, aunque sin soñar. No tengo miedo ni tú has de tenerlo tampoco. Es decir, tengo miedo, pero es dulce. Es decir, no es dulzura, es exaltación... Bah, al diablo, ¡qué importa lo que sea! Espíritu fuerte, espíritu débil, espíritu de mujer, ¡qué más da! Alabemos la naturaleza: mira cuánto sol, cuán limpio es el cielo, las hojas están todas verdes, aún es pleno verano, son las tres y pico de la tarde, ¡cuánto silencio! ¿Adónde ibas?

–A casa de nuestro padre, aunque primero quería ver a Katerina Ivánovna.

–¡A casa de ella y a casa de nuestro padre! ¡Oh! ¡Qué coincidencia! ¿Para qué, pues, te llamaba yo, para qué quería

verte, para qué lo suspiraba ávidamente y lo deseaba con todos los repliegues del alma y hasta con las costillas? Pues para que fueras a ver de mi parte a nuestro padre y luego a ella, a Katerina Ivánovna, y romper así con ella y con el padre. Para mandar a un ángel. Podía haber mandado a otro, pero necesitaba mandar a un ángel. Y he aquí que tú mismo vas a verlos, a ella y al padre.

–¿En verdad querías mandarme? –dijo sin querer Aliosha, con una dolorosa expresión en el rostro.

–Espera, tú lo sabías. Y veo que lo has comprendido todo en seguida. Pero calla, por ahora calla. ¡No tengas compasión y no llores!

Dmitri Fiódorovich se levantó, se quedó pensativo y se puso un dedo en la frente:

–Te ha llamado ella misma, te ha escrito una carta o algo, por esto vas a verla; si no, ¿irías, acaso?

–Aquí tienes la nota –Aliosha se la sacó del bolsillo. Mitia la recorrió rápidamente.

–¡Y has tomado los atajos! ¡Oh, Dios! Os doy las gracias por haberle encaminado por los atajos y habérmelo hecho venir aquí, como va el pez de oro a las redes del viejo y tonto pescador del cuento [1]. Escucha, Aliosha; escucha, hermano. Ahora ya tengo la intención de decírtelo todo. Pues a alguien hay que decirlo. Al ángel del cielo ya se lo he dicho, pero es necesario decirlo también a un ángel de la tierra. Tú eres un ángel en la tierra. Tú me escucharás hasta el fin, tú reflexionarás y perdonarás... Y esto es precisamente lo que me hace falta, que alguien superior me perdone. Escucha: si dos seres, de pronto, se desprenden de todo lo terreno y vuelan hacia lo extraordinario, o por lo menos lo hace uno de ellos, y antes de hacerlo, para emprender el vuelo o perderse, se acerca a otro ser y le dice: hazme tal cosa, algo que nunca se

1. Alusión a «El pequeño pez de oro», cuento popular ruso; en él se inspiró Pushkin para escribir su poema del mismo nombre.

pide a nadie, pero que se puede pedir estando ya en el lecho de la muerte, y sólo en este caso, ¿es posible que dicho ser no lo cumpla... si es un amigo, un hermano?

–Yo lo cumpliré, pero dime de qué se trata y dímelo cuanto antes –contestó Aliosha.

–Cuanto antes... Hum. No tengas prisa, Aliosha; tienes prisa y te inquietas. Ahora no hay por qué apresurarse. Ahora el mundo ha salido a una nueva calle. ¡Ay, Aliosha, es una pena que no se te haya ocurrido nunca entusiasmarte! Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Qué no se te ha ocurrido! ¡A ti! ¡Qué estoy diciendo yo, alelado de mí!

Hombre, ¡sé noble![1]

»¿De quién es este verso?

Aliosha decidió esperar. Comprendió que todo cuanto tenía que hacer quizá debía de hacerlo realmente allí y en ningún otro lugar. Mitia se quedó unos instantes pensativo, apoyó el codo sobre la mesa e inclinó la cabeza sobre la palma de la mano. Ambos permanecieron un rato callados.

–Liosha –dijo Mitia–, ¡tú eres el único que no se va a reír! Quisiera empezar... mi confesión... con el himno a la alegría de Schiller: *An die Freude!* Pero no sé alemán, lo único que sé es *An die Freude*. No vayas a creer que hablo así por estar bebido. No estoy borracho en absoluto. El coñac es el coñac, pero yo necesito dos botellas para emborracharme,

Y Sileno carirrojo,
en su asno tropezón,

pero yo no he bebido ni un cuarto de botella ni soy Sileno. No soy Sileno, pero sí un roquedo, porque he tomado una decisión para siempre. Perdóname el retruécano, hoy has de perdonarme muchas cosas, no ya un juego de palabras. No

1. Verso de la poesía de Goethe «Lo divino» (1783).

te inquietes, no me ando por las ramas, digo lo que he de decir y en un santiamén llegaré al meollo. No pienso marear la perdiz. Espera, cómo es eso...

Levantó la cabeza, se quedó pensativo y empezó a recitar solemnemente:

Tímido, desnudo y salvaje se escondía [1]
el troglodita en las cavernas de las rocas,
por los campos corría el nómada
y los campos devastaba.
El cazador, con la lanza, con las flechas,
amenazador corría por los bosques...
¡Ay del que es arrojado por las olas
a las inhóspitas orillas!

De la cumbre del Olimpo,
baja la madre Ceres siguiendo
a Proserpina raptada:
salvaje se extiende el mundo ante ella.
Ni un rincón ni una ofrenda
hay allí para la diosa;
en ningún lugar, culto a los dioses
atestigua el templo.

Los frutos de los campos y los dulces racimos de uvas
no relucen en los festines;
sólo humean los restos de los cuerpos
en los ensangrentados altares.
¡Y dondequiera que su triste mirada
dirige Ceres,
en profunda humillación,
por doquier, al hombre ve!

1. Dmitri Karamázov comienza a recitar «La fiesta de Eleusis», de Schiller, en vez del «Himno a la alegría», del que sólo recita dos estrofas un poco más adelante (pág. 169).

Unos sollozos brotaron súbitamente del pecho de Mitia, que tomó a Aliosha de la mano:

–Amigo, amigo, en humillación, también ahora en humillación. ¡Es espantoso lo que ha de sufrir el hombre en la tierra!, ¡son muchas, terriblemente muchas, sus calamidades! No creas que soy tan sólo un bribón con grado de oficial, dedicado a beber coñac y entregado al libertinaje. Hermano, casi no pienso en otra cosa que en esto, en ese hombre humillado, si no miento. Quiera Dios que no mienta yo ahora ni me alabe. Pienso precisamente en ese hombre porque yo mismo soy un hombre así.

Para que de la abyección del alma
pueda el hombre elevarse,
que pacte por la eternidad
con la antigua madre tierra.

»Pero ahí está la dificultad: ¿cómo pacto con la tierra por la eternidad? Yo no beso la tierra, no le abro el pecho; ¿he de hacerme, acaso, mujik o pastorcillo? Camino y no sé si he caído en la hediondez y en la vergüenza o en la luz y en la alegría. ¡En eso está la desdicha, pues todo en el mundo es enigma! Y cuando me sumía en el más hondo oprobio, en lo más hondo de la depravación (y esto es lo único que me ha sucedido siempre), siempre leía estos versos sobre Ceres y el hombre. ¿Me han corregido? ¡Nunca! Porque soy un Karamázov. Porque si vuelo hacia el abismo, es derechito, cabeza abajo y patas arriba, hasta me siento contento de caer en esta posición humillante y lo considero para mí como una hermosura. Pues bien, cuando me hundo en este oprobio, empiezo un himno. Puedo estar maldito, puedo ser miserable y vil, pero también yo beso el extremo de la vestidura con que se envuelve mi Dios; no importa que al mismo tiempo siga yo las pisadas del diablo; de todos modos soy, también, hijo tuyo, Señor, y te quiero y experimento una alegría sin la cual el mundo no podría mantenerse y ser.

Al alma de la creación divina
eterna alegría abreva,
con la fuerza secreta de la efervescencia
la copa de la vida enciende;
a la hierba atrae hacia la luz,
en soles transforma el caos
y por los espacios, libres del astrólogo,
los soles dispersa.

En el seno de la buena naturaleza
bebe alegría todo cuanto respira;
tras sí arrastra, ella,
a todos los seres, a todos los pueblos;
amigos nos ha dado en el infortunio,
el jugo de las uvas, las coronas de las flores,
a los insectos, la lujuria...
El ángel ante Dios comparecerá.

»¡Pero basta ya de versos! He vertido unas lágrimas, déjame llorar. Que sea esto una estupidez de la que todos se rían, pero tú no. También tú tienes los ojos encendidos. Basta de versos. Te quiero hablar ahora de los «insectos», de ésos a los que Dios ha dotado de lujuria:

¡A los insectos, la lujuria!

»Yo soy ese insecto, hermano, y eso se ha dicho especialmente de mí. Y así somos todos nosotros, los Karamázov; en ti también, ángel, vive ese insecto y engendra tempestades en tu sangre. Tempestades, porque la lujuria es una tempestad, ¡es más que una tempestad! ¡La belleza es una cosa terrible y espantosa! Es terrible porque es indeterminable y no hay modo de determinarla porque Dios no ha planteado más que enigmas. Aquí las orillas se tocan, aquí viven juntas todas las contradicciones. Yo soy muy poco instruido, hermano, pero he pensado mucho en esto. ¡Hay una terrible cantidad de

misterios! Son demasiados los enigmas que oprimen al hombre en la tierra. Descífralos como mejor entiendas y sal del agua sin mojarte. ¡Magnífico! No puedo soportar, además, que hasta un hombre de elevado corazón y mente clara empiece con el ideal de la Madona y acabe con el de Sodoma. Aún es más espantoso quien ya con el ideal de Sodoma en el alma no niega el de la Madona y arde por él su corazón, arde de verdad, como en los puros años juveniles. No, el alma humana es vasta, hasta demasiado vasta, yo la reduciría. Sólo el diablo sabe lo que todo ello significa, ¡ésta es la cuestión! Lo que a la mente se ofrece como oprobio, al corazón le parece hermosura y nada más. ¿Está en Sodoma la belleza? Créeme que para la enorme mayoría de las personas en Sodoma se encuentra, ¿conocías este secreto? Es terrible que la belleza no sólo sea algo espantoso, sino, además, un misterio. Aquí lucha el diablo contra Dios, y el campo de batalla es el corazón del hombre. Aunque, de todos modos, cada uno respira por su herida. Escucha, ahora paso a la mismísima cuestión.

4. Confesión de un corazón ardiente. En anécdotas

–Allí yo llevaba una vida disoluta. Decía mi padre esta mañana que yo he gastado varios miles de rublos para seducir doncellas. Esto es una invención bellaca y nunca ha sido así; lo que en realidad hubo, no precisó dinero para «eso». El dinero, para mí, no es más que lo accesorio, la fiebre del alma, la decoración. Hoy mi dama es una; mañana, en su lugar, una muchacha de la calle. Hago que se diviertan las dos, tiro el dinero a puñados, en música, jolgorio y cíngaros. Si hace falta, también a ellas se lo doy, porque lo toman, lo toman con frenesí, hay que reconocerlo, y así se quedan contentas y agradecidas. Las señoritas me querían; no todas, pero las había, las había; sin embargo, a mí me han gustado siempre los callejones, los rincones sórdidos y oscuros, detrás de la plaza; allí encuentras

aventuras, encuentras lo inesperado, metal nativo en medio del cieno. Hablo de manera alegórica, hermano mío. En nuestra pequeña ciudad, esos callejones no se daban materialmente, pero los había en el aspecto moral. Si tú fueras como yo, comprenderías lo que significan. Me gustaba el libertinaje, me gustaba también el oprobio del libertinaje. Me gustaba la crueldad: ¿acaso no soy una chinche, un insecto maligno? Ya lo he dicho: ¡soy un Karamázov! Una vez se organizó en toda la ciudad una jira al campo, salimos en siete troikas; al amparo de la oscuridad, era en invierno, empecé a estrechar la manita de una doncella sentada a mi lado en el trineo, la obligué a aceptar mis besos; era la hija de un funcionario, una muchacha pobre, agradable, tímida, callada. Me dejó hacer, fue mucho lo que me dejó hacer en la oscuridad. La pobre pensaba que al día siguiente me presentaría a pedir su mano (a mí me apreciaban, sobre todo, como posible novio); pero después de aquello, no le dije ni una palabra durante cinco meses, ni media palabra. Veía cómo desde un ángulo de la sala, en el baile (allí no se hace otra cosa que bailar), sus ojos me seguían llameantes, con llama de sumisa indignación. Ese juego no hacía sino divertir la lujuria de insecto que yo nutría en mí. Cinco meses después, la joven se casó con un funcionario y partió... enojada y, quizá, queriéndome todavía. Ahora viven felices. Ten en cuenta que no he dicho nada a nadie, no he puesto en entredicho su reputación; aunque de bajos instintos, y aunque me complazco en la bajeza, no carezco de honor. Te ruborizas, te han brillado los ojos. Basta ya de cieno para ti. Y todo esto no era más que poca cosa, eran florecillas a lo Paul de Kock, aunque el cruel insecto ya había crecido, ya se había adueñado de mi alma. En eso, hermano, tengo todo un álbum de recuerdos. Que Dios les dé salud, a las pobrecitas. Al romper, procuraba no reñir. Y nunca he revelado nada, nunca he puesto en entredicho la reputación de una sola. Pero basta. ¿Te has figurado, acaso, que te he hecho venir aquí sólo para contarte estas porquerías? No, te contaré una cosa mucho más cu-

riosa; pero no te sorprendas de que no me sienta avergonzado ante ti, sino que hasta parece que me alegro.

–Lo dices porque me he ruborizado –observó de pronto Aliosha–. No me he ruborizado por lo que me cuentas ni por lo que has hecho, sino porque yo soy como tú.

–¿Tú? Vas demasiado lejos.

–No, demasiado lejos no –articuló Aliosha con vehemencia. (Por lo visto, esa idea estaba en él ya hacía mucho)–. Los peldaños son los mismos. Yo me encuentro en el inferior, tú ya estás más arriba, digamos en el decimotercero. Así miro yo esta cuestión, pero se trata de la misma cosa, exactamente igual. Quien ha puesto el pie en el primer peldaño, lo pondrá necesariamente en el último.

–¿Así, pues, no hay que poner el pie en absoluto?

–El que pueda, que no lo ponga en absoluto.

–¿Puedes tú?

–Me parece que no.

–Cállate, Aliosha, cállate, querido; me dan ganas de besarte la mano, así, de ternura. Esa bruja de Grúshenka, entendida en las personas, me dijo en cierta ocasión que alguna vez se te comería. ¡Me callo, me callo! De las infamias, del campo ciscado por las moscas, pasemos a mi tragedia, también campo ciscado por las moscas, es decir, lleno de bajezas. El caso es que el viejo, aun mintiendo al referirse a la seducción de inocentes, en el fondo hablaba de mi tragedia, pues así ocurrió, aunque sólo fue una vez y no llegué al final. El viejo, que me echaba en cara cosas imaginarias, no conoce este caso: nunca lo he contado a nadie, te lo voy a contar ahora a ti el primero, desde luego, excluyendo a Iván, Iván lo sabe todo. Lo ha sabido mucho antes que tú. Pero Iván es una tumba.

–¿Iván, una tumba?

–Sí.

Aliosha escuchaba con extraordinaria atención.

–Verás, en el batallón, un batallón fronterizo, aunque yo figuraba como teniente, estaba en cierto modo sujeto a vigilan-

cia, algo así como si fuera un deportado. Pero la pequeña ciudad me acogió extraordinariamente bien. Yo despilfarraba mucho dinero, me creían rico, y yo mismo creía serlo. De todos modos, debí de caerles simpático, además, por alguna otra cosa. Aunque meneaban la cabeza, la verdad era que me querían. Mi teniente coronel, ya viejo, de pronto me miró con mal ojo. En todo me ponía peros; sin embargo, no podía meterse a fondo, pues no me faltaba a mí quien me diera la mano y, por otra parte, tenía a toda la ciudad en favor mío. La culpa era sólo mía, pues yo dejaba adrede de rendirle los honores debidos. Me sentía orgulloso. Aquel viejo, terco, que no era mal hombre, ni mucho menos, y que se mostraba con todo el mundo extraordinariamente hospitalario, había tenido dos esposas y las dos habían muerto. La primera había sido una mujer de sencilla condición y le había dejado una hija, también sencilla. Esa joven tendría entonces unos veinticuatro años y vivía con su padre y una tía, hermana de su difunta madre. La tía era la sencillez callada; la sobrina, la hija mayor del teniente coronel, era la sencillez espabilada. Me gusta, al recordarla, hacer su elogio: nunca, hermano, he encontrado un carácter femenino tan encantador como el de esa doncella, que se llamaba Agafia [1], ¡imagínate!, Agafia Ivánovna. Y era guapota, al estilo ruso: alta, bien nutrida, rellenita de carnes, con unos ojos magníficos y una cara, digamos, algo tosca. No se casaba, aunque dos pretendientes habían pedido su mano; decía que no, sin perder su alegría. Me hice amigo de ella, no de ese modo, no, la cosa era limpia, se trataba de amistad. Con frecuencia me he hecho amigo de mujeres en plan amistoso, sin sombra de pecado. Hablaba a veces con ella con tanta libertad, que ¡buf!, y ella se reía. A muchas mujeres les gusta que se les hable con libertad, tenlo en cuenta, pero ésa era, además, doncella, lo cual me divertía a mí mucho. Y aún otra

1. Agafia, del griego *agathé,* significa 'bondadosa, buena'. Es, además, un nombre más bien propio de mujeres del pueblo que de la nobleza.

cosa: no se la habría podido llamar señorita. Viviendo en casa de su padre, ella y la tía, en cierto modo, se situaban voluntariamente en un segundo plano, no trataban de igualarse a las personas de su sociedad. A Agafia Ivánovna todos la querían y todos la necesitaban, porque era una modista excelente: tenía talento, no pedía dinero por sus servicios, trabajaba por amabilidad, pero cuando se lo compensaban dándole algo, no se negaba a aceptarlo. Otra cosa era, en cambio, el teniente coronel. Éste era uno de los primeros personajes del lugar. Vivía a lo grande, recibía en su casa a toda la ciudad, daba cenas y bailes. Cuando yo llegué y me incorporé al batallón, se habló en todas partes de que pronto volvería de la capital la segunda hija del teniente coronel, hermosísima entre las hermosas, que acababa de salir, decían, de un instituto aristocrático de la capital. Esa segunda hija, ya de la segunda mujer del teniente coronel, no era otra que Katerina Ivánovna. La segunda esposa, ya difunta, era de noble y muy distinguida familia, hija de un general, si bien, por lo demás, y lo sé de buena fuente, tampoco aportó a su matrimonio dinero alguno. Tenía buena parentela, mas no pasaba de ahí y de, a lo sumo, algunas esperanzas; pero dinero contante y sonante, nada. Sin embargo, cuando llegó la joven recién salida del instituto (de visita y no para quedarse) pareció que la pequeña ciudad entera se renovaba; nuestras damas más distinguidas, dos excelencias, una coronela y todas las demás, todas, siguiéndolas a ellas, se interesaron por la joven, se la disputaron, empezaron a festejarla; ella se convirtió en la reina de los bailes, de las jiras al campo; se organizaron cuadros plásticos en beneficio de unas institutrices. Yo no decía nada, hacía el calavera, y precisamente entonces armé una, tan gorda que toda la ciudad puso el grito en el cielo. Vi que aquélla me medía con la mirada, era en casa del jefe de la batería, y no me acerqué, como si desdeñara el conocerla. Me acerqué algún tiempo después, también durante una velada, y le dirigí la palabra; ella apenas me miró, contrajo desdeñosamente los labios; yo pensé: ¡espera, me vengaré!

Entonces era yo un majadero de tomo y lomo en la mayor parte de los casos, me daba cuenta de ello. Me daba cuenta, sobre todo, de que Kátenka no era lo que se dice una inocente colegiala, sino una persona de carácter, orgullosa, virtuosa de verdad, por añadidura muy inteligente e instruida, mientras que a mí me faltaba lo uno y lo otro. ¿Te figuras que quería pedir su mano? De ningún modo; sencillamente, lo que quería era vengarme de que siendo yo tan bravo mozo, ella no me hiciera el menor caso. Por de pronto, juergas y escándalos, hasta que el teniente coronel me castigó con tres días de arresto. Fue en aquel momento cuando nuestro padre me mandó seis mil rublos, que me vinieron como anillo al dedo, después que le hube enviado una renuncia formal a todos mis derechos y bienes, o sea, que nosotros, le decía, habíamos «liquidado cuentas» y que no iba a reclamar nada más. Entonces, hermano, yo no entendía nada; hasta mi venida aquí, hasta estos últimos días y, quizás, hasta el mismísimo día de hoy, no había comprendido nada en todas esas querellas de dinero con nuestro padre. Pero, al diablo; de eso hablaré luego. El caso es que entonces, cuando hube recibido los seis mil rublos, me enteré con certeza, por una cartita de un amigo, de un asunto interesantísimo para mí, y era que se estaba descontento de nuestro teniente coronel, de quien se sospechaban ciertas irregularidades; en una palabra, me enteré de que sus enemigos le estaban preparando una jugada. En efecto, se presentó el jefe de la división y le soltó una reprimenda de las que hacen época. Poco después, se le ordenó presentar la dimisión. No te voy a contar en detalle lo que ocurrió; realmente tenía enemigos; de pronto, la ciudad entera manifestó hacia él y su familia una extraordinaria frialdad, todos los evitaban. Entonces jugué yo mi primera baza: encontré a Agafia Ivánovna, con la que siempre había conservado la amistad, y le dije: «Ya sabe que a su papá le faltan cuatro mil quinientos rublos de los fondos del Estado». «Qué cosas tiene usted, ¿por qué lo dice? No hace mucho estuvo el general, no faltaba nada...» «Entonces no fal-

taban, pero ahora sí.» Se alarmó enormemente: «No me asuste, por favor; ¿a quién lo ha oído decir?». «No se intranquilice (le respondí), no lo diré a nadie, ya sabe que en esto soy una tumba; pero quisiera sobre esto añadir, como si dijéramos "por si acaso", lo siguiente: cuando reclamen a su papá cuatro mil quinientos rublos y resulte que él no los tenga, entonces, antes de que lo manden a los tribunales y, viejo ya, lo degraden a soldado raso, mejor será que me mande a su colegiala secretamente; acaban de enviarme dinero, y a lo mejor cuatro mil rublitos se los daré; guardaré el secreto santamente.» «¡Oh, qué miserable es usted! (lo dijo así.) ¡Qué ruin (dijo), qué miserable! ¡Cómo se atreve usted!» Se fue presa de una terrible indignación, y mientras se marchaba le repetí que guardaría el secreto de manera sagrada e inviolable. Diré de esas dos mujeres (me refiero a Agafia y a su tía) que se portaron en toda esa historia como ángeles purísimos, veneraban realmente a la hermana Katia, a la orgullosa, se humillaban ante ella, le servían de criadas... Sólo que Agafia le contó entonces mi jugada, es decir, nuestra conversación. De esto me enteré más tarde con todo detalle. No se lo ocultó y eso era, desde luego, lo que a mí me hacía falta.

»De pronto llega un nuevo mayor para hacerse cargo del batallón. Se hace cargo. El viejo teniente coronel se pone enfermo, no puede moverse, lleva dos días seguidos sin salir de su casa, no hace entrega del dinero del Estado. Nuestro doctor Krávchenko aseguraba que el teniente coronel estaba realmente enfermo. Pero yo sabía a ciencia cierta y en secreto, hacía ya bastante tiempo, lo siguiente: cada vez que la superioridad acababa de hacer una revisión de fondos, desaparecía una cantidad por una temporada, y eso venía ocurriendo desde hacía cuatro años. El teniente coronel la prestaba a un hombre de toda confianza, a un mercader de nuestra ciudad, al viudo Trífonov, viejo barbudo y con gafas de oro. Éste iba a la feria, hacía allí sus negocios y restituía en seguida el dinero, íntegramente, al teniente coronel,

junto con algún regalo de la feria e intereses. Pero esta vez (me enteré de ello por pura casualidad, gracias a un baboso adolescente hijo de Trífonov, hijo y heredero suyo, el muchacho más depravado que haya nacido en este mundo), esta vez, digo, Trífonov, al volver de la feria, no restituyó nada. El teniente coronel se precipitó a su casa. La respuesta fue: "Nunca he recibido nada de usted, ni pude haberlo recibido". Bueno, nuestro teniente coronel está en casa, envuelta la cabeza con una toalla, y las tres mujeres le aplican hielo en la frente. De pronto, llega un ordenanza con un libro y una orden: "Entregad los fondos del Estado inmediatamente, en el término de dos horas". Él firma, después yo vi aquella firma en el libro; se levanta, dice que va a ponerse el uniforme, se precipita a su dormitorio, toma su escopeta de caza de dos cañones, la carga con bala de soldado, se quita la bota del pie derecho, se apoya la escopeta contra el pecho y empieza a buscar el gatillo con el pie. Agafia, que recordaba mis palabras, sospechaba algo; se acercó sigilosamente y miró a tiempo: se precipita, se le arroja a la espalda, le abraza, se dispara la escopeta al techo, sin herir a nadie; las demás acuden corriendo, le agarran, le quitan la escopeta, le sostienen por los brazos... Lo supe todo más tarde hasta el último pormenor. Entonces yo estaba en mi casa; anochecía, me disponía a salir, me había vestido, me había peinado, me había perfumado el pañuelo, tomé la gorra de plato; de repente, se abre la puerta y veo ante mí, en mi habitación, a Katerina Ivánovna.

»Suceden cosas extrañas en la vida: en la calle, nadie se había dado cuenta entonces de que había ido a mi casa, de modo que el hecho no trascendió en la ciudad. Yo alquilaba mi cuarto a dos mujeres de funcionarios, muy viejas las dos, que atendían también a mi servicio; eran muy deferentes, me obedecían en todo, y luego, por orden mía, se mantuvieron calladas como dos postes de hierro colado. En seguida lo comprendí todo, claro está. Ella entró y me miró fijamente;

sus ojos oscuros miraban decididos, hasta desafiadores, pero vi que en los labios y junto a los labios, la indecisión la traicionaba.

»"Mi hermana me dijo que daría usted cuatro mil quinientos rublos si venía a pedírselos... yo misma. He venido... ¡Deme el dinero!..." No pudo resistir, se ahogaba, se asustó, se le cortó la voz, le temblaron los extremos de los labios y los músculos contiguos. Aliosha, ¿escuchas, o duermes?

–Mitia, sé que me dirás toda la verdad –contestó Aliosha agitado.

–Te la diré. Te diré toda la verdad, todo lo que sucedió, sin tener compasión de mí. Mi primer pensamiento fue el de un Karamázov. En cierta ocasión, hermano, me picó un ciempiés y me tuve que pasar dos semanas en la cama con fiebre; pues bien, en aquel momento sentí de pronto en el corazón la mordedura de un ciempiés, un insecto venenoso, ¿comprendes? Medí a la joven con la mirada. ¿La has visto? Es una belleza. Pero entonces no era bella del mismo modo. En aquel momento era hermosa por su nobleza, mientras que yo era vil; era hermosa por la grandeza de su magnanimidad y del sacrificio que hacía por su padre, mientras que yo era una chinche. Y resultaba, no obstante, que era de mí, chinche y vil, de quien dependía *toda* ella, toda por entero, en cuerpo y alma. Estaba acorralada. Te lo diré sin rodeos: esa idea, la idea del ciempiés, se me clavó en el corazón hasta tal punto que por poco me ahoga de angustia. Parecía que ni siquiera podía haber lucha: obraría precisamente como una chinche, como una tarántula venenosa, sin la menor compasión... Hasta se me cortó el aliento. Escucha: al día siguiente, desde luego, me habría presentado a pedir su mano, para acabarlo todo, digamos, de la manera más noble y para que, así, nadie supiera nada ni pudiera saberlo. Porque yo, aunque hombre de bajos instintos, soy honrado. Y he aquí que entonces, en aquel mismísimo segundo, alguien me susurró al oído: «Mañana, cuando lle-

gues en solicitud de matrimonio, esta mujer ni saldrá a recibirte y mandará al cochero que te eche del patio a empujones. Será como si te dijera: "Cuéntalo por toda la ciudad, ¡no te tengo miedo!"». Miré a la doncella, mi voz no me había mentido: así ocurriría, no había duda. Me agarrarían por el pescuezo y me echarían, la expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas. Sentí hervir la cólera en mi interior; me dieron ganas de jugarle la pasada más infame, más puerca, más propia de un abyecto tendero: mirarla sardónicamente y apabullarla diciéndole entonces, mientras la tuviera delante, con la entonación que sólo un mezquino tendero sabe emplear:

»"¡Los cuatro mil rublos! Aquello fue una broma, ¿no lo comprende? Ha hecho sus cálculos con excesiva ligereza, señorita. Unos doscientos, bueno, hasta con satisfacción y gusto; pero cuatro mil rublos no es dinero para tirarlo tan a la ligera, señorita. Se ha molestado usted inútilmente".

»Ya ves, lo habría perdido todo, claro está; ella habría echado a correr; en cambio, la venganza habría sido infernal, me habría compensado todo lo demás. Luego me habría arrepentido toda la vida, pero ¡poder saborear entonces esa jugadita! No sé si me creerás, no me ha ocurrido nunca, ni con una sola mujer, que en tales minutos la haya mirado con odio; pues bien, te lo juro por la cruz: a ésa la miré entonces unos minutos, tres o cinco, con un odio terrible, con aquel odio que sólo por un cabello está separado del amor, del más insensato amor. Me acerqué a la ventana, apoyé la frente en el cristal helado y recuerdo que el hielo me causó el efecto de una quemadura. No la retuve mucho rato, tranquilízate; me volví, me acerqué a la mesa, abrí el cajón y saqué un título de cinco mil rublos al cinco por ciento (lo tenía en el diccionario de francés). Se lo mostré sin decir nada, lo doblé, se lo di, yo mismo le abrí la puerta del zaguán y, retrocediendo un paso, le hice una reverencia profunda, hasta la cintura, una reverencia respetuosísima y

sentidísima, ¡puedes creerme! Ella se estremeció toda, me miró fijamente un segundo, se puso terriblemente pálida, como el papel, y de pronto, también sin decir una palabra, sin brusquedad alguna, con suavidad, profundamente, dulcemente, se inclinó, se prosternó a mis pies hasta tocar el suelo con la frente, no a la manera de una colegiala, sino a la manera rusa. Se levantó de un salto y huyó. Cuando se marchó, corriendo, yo llevaba la espada puesta; la desenvainé y estuve a punto de clavármela y matarme, no sé por qué; habría sido una gran estupidez, desde luego; debía ser de entusiasmo. ¿Comprendes que uno pueda matarse en ciertos momentos de exaltación? Pero no me clavé la espada, me limité a besarla y la metí otra vez en la vaina, cosa que, desde luego, habría podido ahorrarme de contarte. Y hasta me parece que ahora, al contarte todas esas luchas, he puesto un poco de color para alabarme. Pero, que sea así, no importa, ¡al diablo todos los espías del corazón humano! Aquí tienes todo mi "caso" con Katerina Ivánovna. Ahora, pues, lo conocéis el hermano Iván y tú, ¡nadie más!

Dmitri Fiódorovich se levantó, dio unos pasos muy agitado, sacó el pañuelo, se secó el sudor de la frente, volvió a sentarse, pero no en el mismo lugar que antes, sino en otro, en el banco opuesto, junto a la otra pared, de modo que Aliosha tuvo que volverse por completo para verle.

5. Confesión de un corazón ardiente. «Patas arriba»

–Ahora –dijo Aliosha –ya conozco la primera mitad de esta cuestión.

–Comprendes la primera mitad: es un drama que se desarrolló allí. Pero la segunda mitad es una tragedia y se desarrollará aquí.

–De la segunda mitad, por ahora, no comprendo nada –dijo Aliosha.

–Y yo, ¿qué? ¿Acaso comprendo yo alguna cosa?

–Un momento, Dmitri, aclárame una palabra que tiene importancia. Dime: tú eras su prometido, ¿lo sigues siendo?

–No fui novio suyo en seguida, sino tres meses después de lo que sucedió. Al día siguiente del suceso, me dije que el episodio estaba agotado y terminado y que no tendría continuación. Me pareció una bajeza presentarme a pedir su mano. Ella, por su parte, durante las seis semanas que vivió aún en nuestra ciudad, no me hizo llegar ni una palabrita, salvo una excepción, ésta es la verdad: al día siguiente de su visita, pasó rápidamente por mi casa su doncella, sin decir palabra, me entregó un sobre. En el sobre, una dirección: al señor fulano de tal. Lo abro: contenía la vuelta del billete de cinco mil rublos. Se necesitaban cuatro mil quinientos y en la venta del título se perdieron doscientos rublos y pico. Me mandó, creo, doscientos sesenta rublitos, no lo recuerdo muy bien, y nada más, ni una notita, ni una palabra, ni una explicación. Busqué en el sobre algún signo hecho a lápiz, ¡nada! Bueno, de momento seguí las juergas con los rublos que me quedaban, hasta el punto de que también el nuevo mayor se vio obligado a amonestarme. En cuanto al teniente coronel, entregó el dinero del Estado, sin que faltara nada, con gran sorpresa de todos, pues nadie creía ya que tuviera la suma entera. Hizo la entrega y se puso enfermo; tuvo que guardar cama, se pasó unas tres semanas sin levantarse; luego, súbitamente, sufrió un reblandecimiento cerebral y a los cinco días murió. Le enterraron con honores militares, aún no había tenido tiempo de recibir el retiro. Katerina Ivánovna, la hermana y la tía, unos diez días después de haber enterrado al padre, se trasladaron a Moscú. Y sólo antes de su partida, el mismo día en que se iban (yo no las vi ni fui a despedirlas), recibí un sobrecito diminuto, con un papel azul, festoneado, que contenía una sola línea, escrita a lápiz: «Le escribiré, espere. K...». Nada más.

»En dos palabras te explicaré ahora lo que sigue. En Moscú, su situación cambió con la velocidad del rayo, inesperadamente, como en los cuentos árabes. La generala, su parienta principal, perdió de un golpe a sus dos herederas más próximas, a sus dos sobrinas más cercanas: las dos murieron de viruela en una semana. La desconsolada vieja acogió a Katia como si fuera su propia hija, como la estrella de su salvación; se desvivió por ella, rehizo en seguida el testamento a su favor, pero eso era para el futuro; de momento le puso en mano ochenta mil rublos, como si le dijera: aquí tienes esto en dote, haz con este dinero lo que quieras. Era una mujer histérica, yo tuve ocasión de observarla, más tarde, en Moscú. Bueno, pues he aquí que de pronto recibo por correo cuatro mil quinientos rublos; desde luego, me quedé como quien ve visiones, sorprendido como el que pierde el don de la palabra. Tres días después, llega también la carta prometida. Aquí la tengo, la llevo siempre conmigo y la tendré hasta cuando me muera. ¿Quieres que te la enseñe? Has de leerla, sin falta: se ofrece como novia, se ofrece a sí misma: "Le amo (me dice) locamente, no importa que no me ame usted, pero sea mi marido. No tema, no voy a serle un estorbo, seré como un mueble suyo, la alfombra por la que usted pasará... Quiero amarle eternamente, quiero salvarle de sí mismo...". Aliosha, no soy digno siquiera de repetir esas líneas con mis viles palabras y con mi tono vil, ¡con mi tono vil de siempre, que nunca he podido corregir! Esta carta me ha atravesado el alma, hasta hoy, ¿y acaso me siento ahora aliviado, acaso me he recuperado? Entonces le contesté en seguida (no podía de ningún modo partir hacia Moscú), escribí mi carta con lágrimas; de una cosa me avergonzaré toda la vida: le recordé que ella era, entonces, rica y con dote, mientras que yo era sólo un pobre oficial, sin porvenir ni fortuna, ¡le hablé de dinero! Yo tenía que haber soportado esa situación sin decir nada, pero se me escapó de la pluma. Entonces, escribí en seguida a Iván, que estaba en Moscú, y se lo expliqué todo por

carta en la medida de lo posible; le escribí una carta de seis hojas, y le mandé a verla. ¿Por qué pones estos ojos, por qué me miras de este modo? Sí, hombre, Iván se enamoró de ella, y sigue enamorado, lo sé; hice una estupidez, según vosotros, según el modo de pensar de la gente, pero, quizás, esa estupidez sea lo que nos salve ahora a todos nosotros. ¡Uf! ¿Acaso no ves de qué modo ella le respeta, de qué modo le estima? ¿Acaso puede ella amar a uno como yo, al compararnos a los dos, sobre todo después de lo que aquí ha sucedido?

–Pues yo estoy convencido de que ella ama a uno como tú y no a uno como él.

–Ella ama a su bienhechor, no a mí –sin querer, pero casi con rabia, soltó de pronto Dmitri Fiódorovich.

Se echó a reír, pero un segundo después los ojos le centellearon, se puso completamente rojo y dio un fuerte puñetazo en la mesa.

–Te lo juro, Aliosha –gritó con terrible y sincera ira contra sí mismo–, puedes creerlo o no, pero te juro como Dios es santo y como Cristo es Dios, que aun habiéndome reído ahora de los elevados sentimientos de ella, sé muy bien que mi alma es un millón de veces más mezquina que la suya, sé que esos excelentes sentimientos suyos son sinceros, como los de un ángel del cielo. Lo sé con toda certeza y ésta es la tragedia. ¿Qué importa que un hombre haga un poco de teatro? ¿Acaso no lo hago yo? Sin embargo soy sincero, yo soy sincero. En cuanto a Iván, comprendo muy bien que maldiga ahora la naturaleza, ¡y aún más con la inteligencia que él tiene! ¿A quién y a qué se ha dado la preferencia? Al monstruo, al que, también aquí, siendo ya el prometido y cuando todo el mundo tenía puesta en él la mirada, no ha sido capaz de poner freno a sus escándalos, ¡y esto a pesar de la presencia de la novia, a pesar de su presencia! El preferido soy yo, un hombre como yo, mientras que él es rechazado. ¿Y por qué? ¡Pues porque la doncella, movida por su agradecimiento, quiere violar su vida y su destino! ¡Es absurdo! Desde luego, a Iván, en este sentido,

nunca le he dicho nada; Iván, claro está, tampoco me ha dicho sobre esto ni media palabra, ni ha hecho a ello la menor alusión; pero el destino se cumplirá, el digno permanecerá en su sitio mientras que el indigno se hundirá en el callejón para toda la vida, en su sucio callejón, en su callejón preferido, que es el que le corresponde, y allí, en la porquería y el hedor, se perderá voluntariamente y con placer. Alguna mentira digo, las palabras se me han desgastado, las suelto como al azar, pero las cosas serán tal como las he señalado. Yo me hundiré en el callejón, mientras que ella se casará con Iván.

–Hermano, un momento –volvió a interrumpirle Aliosha, extraordinariamente agitado–; hay una cosa que todavía no me has aclarado: el caso es que tú eres su prometido; ¿no eres tú, de todos modos, el prometido? ¿Cómo quieres romper, si ella, la novia, no quiere?

–Soy el prometido, el novio formal y bendecido; todo ocurrió en Moscú, a mi llegada, con ceremonia e iconos, como se estila en los mejores casos. La generala nos dio su bendición e incluso, ¿lo creerás?, felicitó a Katia: «has elegido bien, le dijo, a este joven le leo el alma». En cambio, ¿me creerás?, a Iván no le tuvo simpatía ni le felicitó. En Moscú, en cambio, tuve largas conversaciones con Katia y me mostré ante ella sin disimulo, noblemente, con toda exactitud y sinceridad. Ella me escuchó hasta el final:

> Hubo una encantadora turbación,
> tiernas palabras hubo...

»Bueno, palabras las hubo también orgullosas. Ella me impuso entonces la solemne promesa de corregirme. Yo prometí. Y ya ves...

–¿Qué?

–Ya ves, hoy te he llamado y te he hecho venir hasta aquí, hoy mismo, ¡recuérdalo!, para mandarte también hoy mismo a ver a Katerina Ivánovna y...

–¿Qué?

–Decirle que no volveré jamás a su lado y que le presento mis saludos.

–¿Acaso es posible?

–No, y por esto te mando a ti, en vez de presentarme yo mismo; esto es imposible, ¿cómo iba, pues, a decírselo yo mismo?

–Pero ¿adónde vas a ir, tú?

–Al callejón.

–¡Al lado de Grúshenka! –exclamó con amargura Aliosha, juntando las manos–. ¿Será posible que Rakitin haya dicho realmente la verdad? Yo me figuraba que tú ibas a verla sin más ni más, que no había nada.

–¿Iba a ir yo, estando prometido? ¿Acaso es esto posible, sobre todo con una novia como ella, y a los ojos de todo el mundo? Aún tengo honor, me parece. Tan pronto como he empezado a visitar a Grúshenka, he dejado de ser el prometido y hombre de honor, bien lo comprendo. ¿Qué miras? La primera vez fui a verla, ¿sabes?, para pegarle. Me enteré (y ahora lo sé con certeza) que a esa Grúshenka, el ayudante de capitán, el apoderado de mi padre, le había proporcionado una letra de cambio aceptada por mí para que me la reclamara, con la esperanza de que yo me callara y lo diera todo por terminado. Querían asustarme. Y me fui a ver a Grúshenka para darle una paliza. Ya la había visto antes de refilón. No impresiona. Tenía noticia de su viejo mercader, el que ahora está enfermo; guarda cama, casi sin fuerzas, pero de todos modos le dejará un dineral. También sabía que ella es amiga del dinero, que se lo procura la zorra, la granuja, prestándolo a base de intereses rabiosos, sin compasión alguna. Fui a pegarle y allí me quedé. Estalló la tempestad, me tocó la peste, me contagié y sigo aún contagiado, sé que todo se ha terminado y que nunca habrá otra cosa. El ciclo se ha consumado. Ésta es mi situación. Entonces, como hecho adrede, resultó que yo, el mendigo, llevaba casualmente

en el bolsillo tres mil rublos. Nos fuimos los dos a Mókroie, a veinticinco verstas de aquí; mandé llamar a cíngaros y cíngaras, pedí champán, emborraché con champán a todos los mujiks, a todas las mujeres y mozas; se me fueron los miles de rublos. A los tres días estaba pelado, pero hecho un gallito. ¿Crees que obtuvo alguna cosa el gallito? Nada, ella no cedió ni de lejos. Yo te digo: es sinuosa. Esa granuja, Grúshenka, tiene una sinuosidad en el cuerpo que se le refleja hasta en el pie, hasta en el dedo meñique de su pie izquierdo. Se lo vi y se lo besé, pero nada más, ¡lo juro! Me decía: «Si quieres, me casaré contigo, tú no tienes nada. Prométeme sólo que no me pegarás y que me dejarás hacer lo que quiera; si es así, quizá me case contigo». Me lo decía riendo. ¡Y aún se ríe!

Dmitri Fiódorovich se levantó casi furioso de su sitio, parecía como si de repente se hubiera puesto borracho. Los ojos se le inyectaron de sangre.

–¿En verdad quieres casarte con ella?

–Si quiere ella, en seguida; si no quiere, me quedaré a su lado, aunque sea de barrendero del patio de su casa. Tú... tú, Aliosha... –se detuvo ante él y, agarrándole por los hombros, se puso a zarandearle con fuerza–, ¡tú no sabes, criatura inocente, que todo esto es delirio, un delirio inconcebible, pues encierra una tragedia! Has de saber, Aliosha, que yo puedo ser un hombre bajo, un hombre de bajas pasiones y sin salvación, pero lo que no puede ser nunca Dmitri Karamázov es un ladrón, un ratero, un ladronzuelo de lo que se le pone al alcance de la mano. Bueno, pues has de saber que soy un ladronzuelo, ¡un vil ratero! Antes de irme a pegar a Grúshenka, aquella misma mañana, Katerina Ivánovna me había llamado y con el mayor de los secretos, para que de momento nadie se enterara (no sé por qué motivo, por lo visto así le era necesario), me había rogado que me llegara a la capital de la provincia y desde allí mandara por correo tres mil rublos a Agafia Ivánovna, a Moscú; de este modo nadie se enteraría en

nuestra ciudad. Fue con esos tres mil rublos en el bolsillo con los que me encontré entonces en casa de Grúshenka, y ellos me sirvieron para ir a Mókroie. Luego hice ver que me había ido a la capital, pero no presenté el resguardo de correos; dije que había mandado el dinero y que ya le llevaría el recibo; pero aún no se lo he llevado, como por olvido. ¿Qué te parece? Hoy vas a verla y le dices.: «Me ha mandado saludarla»; ella te preguntará: «¿Y el dinero?». Tú aun podrías decirle: «Es un lujurioso infame y un ser vil, incapaz de dominar sus instintos. No ha mandado su dinero, lo ha gastado porque no ha sabido dominarse, como una bestia»; pero, de todos modos, podrías añadir: «En cambio, no es un ladrón, aquí tiene usted sus tres mil rublos, se los devuelve, mándelos usted misma a Agafia Ivánovna; él me ha encargado que le presente sus saludos». Pero y si te pregunta: «¿Dónde está el dinero?».

–Mitia, ¡eres un desgraciado, sí! Pero no tanto como te figuras; no te dejes llevar por la desesperación, ¡no te desesperes!

–¿Qué te crees, que voy a pegarme un tiro si no encuentro los tres mil rublos para devolverlos? Ésta es la cuestión, que no me lo pegaré. Ahora no soy capaz de hacerlo; más tarde, quizá, pero ahora iré a ver a Grúshenka... ¡Y al diablo todo! Luego, ¡ya veremos!

–¿Qué vas a hacer en su casa?

–Seré su marido, si me hace este honor; cuando llegue un amante a verla, yo me iré a otra habitación. Limpiaré los chanclos sucios de sus amigos, prepararé el samovar, les haré recados...

–Katerina Ivánovna lo comprenderá todo –articuló de pronto solemnemente Aliosha–, comprenderá la gran profundidad de tu pena y perdonará. Tiene una mente clara y ella misma verá que no es posible ser más desgraciado de lo que eres.

–No me lo perdonará todo –se sonrió Mitia de manera extraña–. En todo esto hay algo, hermano, que ninguna mujer puede perdonar. ¿Sabes qué sería lo mejor?

–¿Qué?

–Devolverle los tres mil rublos.

–¿De dónde sacarlos? Escucha, yo tengo dos mil, Iván también te dará mil, y ya tienes los tres mil rublos, los coges y los devuelves.

–¿Y cuándo van a llegar tus tres mil rublos? Por añadidura, tú aún no eres mayor de edad, y es necesario de toda necesidad que vayas a verla hoy mismo, sin falta, y que me despidas de ella, con dinero o sin dinero, porque no puedo esperar más, a tal punto he llegado. Mañana ya sería tarde, demasiado tarde. Te mandaré a ver a nuestro padre.

–¿A nuestro padre?

–Sí, antes de ir a verla a ella. Le pedirás los tres mil rublos a él.

–No me los dará, Mitia.

–Cómo los va a dar, sé muy bien que no los dará. ¿Sabes, Alexéi, lo que significa la desesperación?

–Lo sé.

–Escucha: jurídicamente no me debe nada. Todo se lo he sacado, todo, ya lo sé. Pero moralmente está en deuda conmigo, ¿no es así? Empezó con los veintiocho mil rublos de mi madre y con ellos hizo cien mil. Que me dé sólo tres mil de los veintiocho mil; sólo tres mil, así me librará el alma del infierno y muchos pecados le serán perdonados por ello. Por mi parte, con estos tres mil lo doy todo por terminado, te lo juro solemnemente, y no volverá a oír hablar más de mí. Por última vez le doy la oportunidad de portarse como un padre. Dile que el propio Dios le envía esta ocasión.

–Mitia, no los dará por nada del mundo.

–Sé que no los dará, lo sé perfectísimamente. Sobre todo ahora. Hay algo más, aún sé otra cosa: ahora, hace sólo unos días, quizá sólo desde ayer, por primera vez se ha enterado *en serio* (subraya lo de «en serio») de que Grúshenka quizá no bromea y quizá decida dar una campanada y casarse conmigo. Él le conoce el carácter, conoce a esa gata. ¿Cómo va a

darme dinero encima, para hacer el caso más fácil, estando, como está, loco por ella? Pero tampoco eso es todo, aún puedo contarte algo más: sé que desde hace unos cinco días ha sacado tres mil rublos, los ha cambiado en billetes de cien y los ha metido en un sobre grande, cerrado y sellado con cinco sellos de lacre, atado, además, con una cinta roja en cruz. ¡Ya ves qué detalles conozco! El sobre lleva escrito: «A mi ángel Grúshenka, si se decide a venir»; él mismo lo ha escrito estando solo, en secreto, y nadie sabe que tiene dinero en casa excepto el criado Smerdiakov, en cuya honradez cree como en sí mismo. Desde hace tres o cuatro días está esperando a Grúshenka, confía en que ella vendrá por el sobre, del que él le ha dado noticia y ella le ha dado a entender que «a lo mejor va». Pero, si va a la casa del viejo, ¿acaso voy a poderme casar yo, entonces, con ella? ¿Comprendes ahora por qué estoy aquí escondido y qué estoy vigilando?

–¿A ella?

–A ella. Esas tarascas, las propietarias de esta casita, han alquilado un cuartito a Fomá, uno de por aquí, que fue soldado. Fomá está a su servicio, vigila de noche; de día se va a cazar urogallos y de esto vive. Yo me he metido en su sitio. Ni él ni las dueñas conocen el secreto, es decir, no saben que estoy aquí vigilando.

–¿No lo sabe nadie más que Smerdiakov?

–Nadie más. Él me hará una señal si Grúshenka se presenta a ver al viejo.

–¿Es él quien te ha dicho lo del sobre?

–El mismo. Esto es un gran secreto. Ni siquiera Iván sabe nada del dinero ni de lo otro. A Iván, el viejo lo manda a Chermáshnia por dos o tres días: se le ha presentado un comprador que da ocho mil rublos por talar un bosque, y el viejo pide a Iván, con insistencia: «Ayúdame, ve tú en mi lugar», por dos o tres días. Lo que él quiere es que Grúshenka venga sin que esté Iván.

–Así, pues, ¿espera hoy a Grúshenka?

–No, hoy ella no vendrá, hay indicios para creerlo. ¡No vendrá, seguro! –gritó de súbito Mitia–. Así lo cree también Smerdiakov. Nuestro padre ahora se está emborrachando, sentado a la mesa con Iván. Llégate, Alexéi, pídele esos tres mil rublos...

–Mitia, querido, ¡qué te pasa! –exclamó Aliosha, levantándose de un salto y fijándose en el rostro exaltado de Dmitri Fiódorovich. Por un instante llegó a pensar que éste había perdido el juicio.

–¿Qué haces? No me he vuelto loco –articuló Dmitri Fiódorovich, mirando a su hermano fijamente y hasta con cierta solemnidad–. Cierto, te mando a nuestro padre y sé lo que digo: creo en un milagro.

–¿En un milagro?

–En un milagro, obra de la Providencia. Dios conoce mi corazón, ve hasta dónde llega la desesperación mía. Él ve todo este cuadro. ¿Va a permitir que se realice esta monstruosidad? Aliosha, creo en un milagro, ¡vete a ver a nuestro padre!

–Iré. Dime, ¿esperarás aquí?

–Esperaré, comprendo que la espera será larga, que no es posible llegar y, sin más ni más, ¡venga! Ahora está borracho. Esperaré tres horas, cuatro, cinco, seis y siete, pero no olvides que hoy, aunque sea a medianoche, has de ir a casa de Katerina Ivánovna, *con dinero o sin dinero,* y le has de decir: «Me ha mandado presentarle sus saludos». Quiero que digas precisamente este verso: «Me ha mandado presentarle sus saludos».

–¡Mitia! ¿Y si Grúshenka viene hoy... o bien mañana o pasado mañana?

–¿Grúshenka? Ya veremos, entraré e impediré...

–Y si...

–Si es así, entonces, mataré. Así, no lo soportaría.

–¿A quién matarás?

–Al viejo. A ella no.

–Hermano, ¡qué dices!

–Yo qué sé, no lo sé... Quizá no mate, quizá sí. Temo que al verle la cara se me haga odioso en aquel mismo momento. Odio la nuez de su garganta, su nariz, sus ojos, su desvergonzada sonrisa. Me causa repugnancia física. Esto es lo que temo. Y que no pueda dominarme.

–Allá voy, Mitia. Creo que Dios arreglará las cosas como mejor sabe para que no ocurra nada horrible.

–Me quedaré aquí esperando el milagro. Pero si no se produce, entonces...

Aliosha se dirigió, pensativo, hacia la casa de su padre.

6. Smerdiakov

Aliosha, en efecto, todavía encontró a su padre a la mesa. Como de costumbre, la habían servido en la sala, a pesar de que la casa tenía comedor. Aquella era la estancia mayor de la casa, y estaba amueblada a lo antiguo, con cierta pretensión. Los muebles eran muy viejos, blancos, tapizados con una tela roja muy gastada, medio seda, medio algodón. En los paños de pared, entre las ventanas, se habían colocado espejos con marcos pomposos de talla antigua, también blancos y dorados. En las paredes, recubiertas con empapelado blanco, en muchos lugares ya roto, se destacaban dos grandes retratos; uno de ellos era de un príncipe, ex gobernador general de la provincia unos treinta años atrás; el otro era de un obispo fallecido también hacía mucho tiempo. En el ángulo que se divisaba al abrir la puerta, había varios iconos, ante los cuales se encendía una lamparilla por la noche... no tanto por devoción cuanto para que la estancia quedara iluminada. Fiódor Pávlovich se acostaba muy tarde, a las tres o a las cuatro de la madrugada, y hasta entonces se solía pasear por la sala o permanecía sentado en una butaca, meditando. Ya se había acostumbrado a ello. No era raro que

pasara la noche completamente solo en la casa, después de mandar a los criados al pabellón, pero casi siempre se quedaba con él, por la noche, el criado Smerdiakov, quien dormía en la antesala sobre un largo baúl. Cuando entró Aliosha, se había terminado ya la comida, mas estaban servidos la confitura y el café. A Fiódor Pávlovich le gustaban las cosas dulces y el coñac después de la comida. Iván Fiódorovich se encontraba también allí, tomando café. Los criados, Grigori y Smerdiakov, estaban de pie junto a la mesa. Se veía a amos y fámulos visiblemente animados, con una alegría poco acostumbrada. Fiódor Pávlovich se reía a carcajadas. Ya desde el zaguán, Aliosha oyó su risa chillona que tan conocida le era antes, y por el tono de la risa concluyó en seguida que su padre se hallaba aún lejos de estar borracho; de momento no hacía sino dar rienda suelta a su buen humor.

–¡Aquí lo tenemos, aquí lo tenemos! –vociferó Fiódor Pávlovich, alegrándose en gran manera de ver a Aliosha–. Haznos compañía, siéntate, ¿tomarás un cafetito? Es bebida de vigilia, no temas, es de vigilia, ¡pero está caliente y es muy bueno! A coñac no te invito, tú observas el ayuno; aunque ¿quieres, quieres? ¡No, mejor será que te dé un licor estupendo! Smerdiakov, tráelo del armario, está en el segundo estante, a la derecha; toma las llaves, ¡ligero!

Aliosha rehusó el licor.

–De todos modos nos lo van a servir, si no para ti, para nosotros –dijo Fiódor Pávlovich, radiante–. A propósito, ¿has comido?

–He comido –respondió Aliosha, quien, en realidad, sólo había tomado un trozo de pan y un vaso de *kvas* en la cocina del hegúmeno–. Pero de buena gana tomaré un café caliente.

–¡Qué bueno! ¡Bravo! ¡Tomará un cafetito! ¿No habrá que calentarlo? ¡Ca! Está hirviendo. Es un café estupendo el que prepara Smerdiakov. Para el café y las empanadas, no hay otro como mi Smerdiakov, y también para la sopa de pescado, ésta es la verdad. Vente alguna vez para probarla,

avisa antes... Pero un momento, un momento; ¿no te he dicho que te trajeras el colchón y las almohadas y que te instalaras aquí hoy mismo? ¿Te has traído el colchón? ¡Je-je-je!

–No, no lo he traído –se sonrió Aliosha.

–Te habrás asustado, sin duda te asustaste entonces; ¿te asustaste? Ah, palomito mío, ¿acaso te puedo agraviar en alguna cosa? Escucha, Iván, no puedo verle mirándome así a los ojos, riendo, no puedo. Cuando le veo así, hasta las entrañas se me alegran, ¡le quiero! Aliosha, acércate, voy a darte mi bendición paterna.

Aliosha se levantó, pero Fiódor Pávlovich tuvo tiempo de cambiar de idea.

–No, no, voy a hacerte sólo la señal de la cruz, así; siéntate. Ahora te vas a divertir y será a propósito de un tema que tú conoces bien. Te reirás por los codos. Aquí la burra de Balaam se ha puesto a hablar, ¡y cómo habla, cómo!

Resultó que la burra de Balaam era Smerdiakov. Joven aún, de unos veinticuatro años, Smerdiakov era terriblemente insociable y callado. No es que fuera un salvaje o que se avergonzara de algo, no; al contrario, era de carácter altivo y parecía despreciar a todo el mundo. Ahora, no es posible seguir adelante sin decir de él aunque sólo sean dos palabras. Le criaron Marfa Ignátievna y Grigori Vasílievich, pero el niño creció «sin ningún agradecimiento», según se expresaba Grigori, como niño salvaje que mira el mundo desde una esquina. En su infancia fue muy aficionado a ahorcar gatos y a enterrarlos luego con gran ceremonia. En estas ocasiones, se envolvía con una sábana, a guisa de sotana, y se ponía a cantar y a agitar alguna cosa sobre el gato muerto, como si manejara un incensario. Todo esto lo hacía solo y con grandísimo secreto. Grigori le sorprendió una vez en estos ejercicios y le castigó duramente con un látigo. El niño se acurrucó en un rincón y se pasó una semana allí, mirando de reojo. «Este monstruo no nos quiere ni a ti ni a mí –decía Grigori a Marfa Ignátievna–, no quiere a nadie. ¿Acaso eres

una criatura humana? –preguntaba súbitamente, dirigiéndose al propio Smerdiakov–; tú no eres una criatura humana, tú has nacido de la humedad del baño, eso eres tú... » Smerdiakov, según se vio más tarde, nunca pudo perdonarle estas palabras. Grigori le enseñó a leer y escribir y empezó a enseñarle la historia sagrada cuando el niño tenía ya doce años. Pero su empeño acabó en seguida sin el menor resultado. Un día, en la segunda o tercera lección, el muchacho, de pronto, se sonrió.

–¿Qué te pasa? –preguntó Grigori, mirándole amenazador por encima de sus gafas.

–Nada. El Señor creó el mundo el primer día; el sol, la luna y las estrellas, el cuarto. ¿De dónde salía la luz, el primer día?

Grigori se quedó petrificado. El muchacho miraba burlonamente a su maestro. Hasta había algo de arrogancia en su mirada. Grigori no pudo contenerse. «¡Pues mira de dónde!», vociferó y propinó un furioso bofetón al alumno. El muchacho encajó el golpe sin decir una sola palabra, pero otra vez estuvo acurrucado en su rincón durante varios días. Una semana después, se le declaró por primera vez la epilepsia, que ya no le abandonó en toda la vida. Cuando Fiódor Pávlovich se enteró de ello, pareció cambiar, súbitamente, su manera de tratar al niño. Antes, lo miraba con cierta indiferencia, aunque nunca le reñía, y siempre que lo veía le daba un kópek. Cuando estaba de buen humor, mandaba a veces al muchacho alguna golosina de la mesa. Al saber lo de la enfermedad, empezó a ocuparse seriamente del chico, mandó llamar al doctor para que le curara, pero resultó que la enfermedad era incurable. Los ataques solían darle, por término medio, una vez al mes, a intervalos distintos. También era distinta su intensidad; los había leves y los había muy duros. Fiódor Pávlovich prohibió rigurosamente a Grigori que infligiera castigos corporales al muchacho y comenzó a dejarlo subir a su aposento. También prohibió que, por de pronto, le hicieran estudiar nada. Una vez, sin embar-

go, cuando el muchacho tenía ya quince años, Fiódor Pávlovich le vio rondando junto a la librería y leyendo sus títulos a través de los cristales. Fiódor Pávlovich poseía bastantes libros, más de cien volúmenes, pero nadie le había visto nunca uno en la mano. En seguida dio a Smerdiakov las llaves de la librería: «Toma, lee, serás mi bibliotecario; en vez de dar vueltas por el patio sin hacer nada, siéntate y lee. Lee esto», y Fiódor Pávlovich le sacó *Veladas en la granja, cerca de Dikanka*[1].

El muchacho leyó el libro, pero quedó descontento, no se rió ni una sola vez; al contrario, acabó con el ceño fruncido.

–¿Qué? ¿No es divertido? –preguntó Fiódor Pávlovich.

Smerdiakov callaba.

–Responde, imbécil.

–Aquí sólo se habla de cosas que no son verdad –balbuceó Smerdiakov, sonriendo.

–Vete al diablo, alma lacayuna. Espera, toma la *Historia general,* de Smarágdov[2], todo lo que aquí se dice es verdad, lee.

Pero Smerdiakov no leyó ni diez páginas de la historia; le pareció aburrida. Así volvió a cerrarse el armario de los libros. Pronto Marfa y Grigori comunicaron a Fiódor Pávlovich que Smerdiakov iba dando muestras de una terrible aprensión: ante el plato de sopa, tomaba la cuchara, lo revolvía buscando y rebuscando, se inclinaba, miraba la sopa muy atentamente, tomaba una cucharada y la inspeccionaba a contraluz.

–¿Hay alguna cucaracha? –preguntaba, a veces, Grigori.

–Quizás una mosca –observaba Marfa.

El pulcro jovenzuelo no respondía nunca, pero lo mismo hacía con el pan, con la carne y con toda la comida: levantaba, a veces, un trozo con el tenedor, lo examinaba a la luz,

1. Primera colección de novelas cortas de Gógol, aparecida en 1831.
2. S. N. Smarágdov, profesor de escuela secundaria, autor de una *Breve historia universal para las escuelas primarias* (1845).

como si lo tuviera bajo el microscopio; solía pasarse mucho tiempo decidiendo si se lo llevaría o no a la boca hasta que, por fin, se decidía. «Vaya señorito que se nos ha vuelto», balbuceaba, mirándole, Grigori. Fiódor Pávlovich, al enterarse de la nueva genialidad de Smerdiakov, decidió al instante hacerlo cocinero, y lo mandó a Moscú para que aprendiera el oficio. Smerdiakov se pasó varios años aprendiéndolo y volvió muy cambiado de cara. Había envejecido insólitamente, tenía el rostro surcado de arrugas, amarillento, de manera por completo impropia a su edad; comenzó a parecerse a un eunuco. En cuanto a sus condiciones morales, volvió casi sin haber cambiado nada: seguía siendo tan poco sociable como antes y no sentía necesidad de ninguna clase de compañía. También en Moscú, según más tarde contaron, permanecía siempre callado; la ciudad como tal le había interesado poquísimo; en ella se enteró sólo de alguna cosilla, a lo demás no le prestaba la menor atención. Una vez, hasta estuvo en el teatro, pero volvió callado y descontento. En cambio regresó de Moscú con un buen traje, con un chaqué limpio y ropa blanca; se cepillaba el traje cuidadosamente, dos veces al día, sin falta, y era terriblemente aficionado a limpiar con un betún inglés especial, para que relucieran como un espejo, las botas altas, de piel de becerro, muy elegantes. Como cocinero, resultó excelente. Fiódor Pávlovich le asignó un salario y Smerdiakov lo gastaba poco menos que entero en ropa, pomadas, perfumes, etc. Al sexo femenino, según parece, lo despreciaba tanto como al masculino, y se mostraba con él muy serio, casi inabordable. Fiódor Pávlovich empezó a mirarlo desde otro punto de vista. El caso era que los ataques de epilepsia que padecía Smerdiakov se le acentuaban, y entonces quien preparaba la comida era Marfa Ignátievna, lo cual no convenía de ningún modo a Fiódor Pávlovich.

–¿Por qué tienes ahora los ataques con más frecuencia? –preguntaba a veces al nuevo cocinero, mirándole de reojo y

fijándose en su cara–. Deberías casarte, ¿quieres que te busque una?...

Pero al oír estas preguntas, Smerdiakov sólo palidecía de despecho y no respondía nada. Fiódor Pávlovich se alejaba con un gesto de indiferencia. Lo importante era que estaba convencido de la honradez de Smerdiakov; de una vez para siempre se había persuadido de que éste no le tocaría nada, de que no robaría. Sucedió que Fiódor Pávlovich, un poco bebido, perdió en el patio de su casa, entre el barro, tres billetes de cien rublos que acababa de recibir, y hasta al día siguiente no se dio cuenta de que le faltaban: apenas había empezado a rebuscar por los bolsillos, cuando vio los tres billetes sobre la mesa. ¿Cómo estaban allí? Smerdiakov los había recogido y se los había traído ya el día anterior. «Gente como tú, hermano, aún no la había visto», dijo entonces brusca y lacónicamente Fiódor Pávlovich, y le regaló diez rublos. Es necesario añadir que no sólo estaba convencido de la honradez de Smerdiakov, sino que, además, le quería, vaya a saber por qué, si bien el muchacho también le miraba de soslayo, como a los demás, y siempre callaba. Raras veces decía alguna cosa. Si en aquel entonces se le hubiera ocurrido a alguien preguntar, mirándole, en qué se interesaba aquel mozo y en qué solía estar pensando, no habría sido posible encontrar una respuesta, la verdad. Sin embargo, Smerdiakov, en la casa o en el patio y hasta en la calle, a veces, se detenía, se quedaba pensativo y así permanecía, de pie, incluso durante diez minutos. Si lo hubiera visto un fisonomista, habría dicho que no era cuestión de pensamiento ni de juicio, sino, simplemente, de cierta contemplación. Hay un cuadro muy notable del pintor Kramskói [1] que lleva por título *El contemplador:* representa un bosque en invier-

1. I. N. Kramskói (1833-1887). Pintor ruso, iniciador del movimiento de los «ambulantes», autor de famosos retratos de L. N. Tolstói, Nekrásov, Saltikov-Schedrín, etc.

no, y en un camino hay un pequeño mujik extraviado, cubierto con un caftán roto y calzado con abarcas de corteza de árbol, completamente solo, en la más profunda soledad; se ha detenido y parece que está cavilando, pero no cavila, sino que «contempla» alguna cosa. Si se le diera un empujón, se estremecería y se quedaría mirando como si acabara de despertarse, pero sin comprender nada. Cierto, volvería en sí al instante, pero si se le preguntara en qué había estado pensando mientras permanecía parado, lo más probable es que no recordara nada, aunque seguramente conservaría con todo cuidado en su interior la impresión que experimentaba mientras había permanecido en su actitud contemplativa. Esas impresiones le son caras, probablemente el mujik las va acumulando de manera imperceptible e incluso sin tener conciencia de ello; tampoco sabe para qué, con qué objetivo: a lo mejor, súbitamente, después de haber estado acumulando impresiones durante muchos años, lo abandona todo y parte para Jerusalén, en peregrinación y en busca de la salvación de su alma, pero también es posible que pegue fuego de repente a su aldea natal, y cabe que suceda lo uno y lo otro al mismo tiempo. Entre el pueblo hay muchos contemplativos. Uno de ellos era, seguramente, Smerdiakov, y también iba acumulando con avidez sus impresiones casi sin que él mismo supiera aún para qué.

7. Una controversia

Pero la burra de Balaam, de pronto, se puso a hablar. El tema era extraño: aquella mañana, Grigori, al recoger una mercancía en la tienda del mercader Lukiánov, había oído hablar de un soldado ruso que, muy lejos, en una región fronteriza, había caído prisionero de los asiáticos y había sido conminado, bajo pena de terribles torturas y de muerte inmediata, a renegar del cristianismo y convertirse al islam;

pero el soldado no quiso traicionar su fe y aceptó el tormento, se dejó desollar vivo y murió alabando y glorificando a Cristo, proeza que se relataba precisamente en el periódico llegado aquel mismo día. Grigori habló del caso en la mesa. Fiódor Pávlovich siempre había sido amigo de bromear y charlar al término de la comida, a la hora de los postres, aunque fuera con Grigori. Esa vez estaba de un humor agradablemente expansivo. Después de haber oído contar la noticia, mientras tomaba unos sorbitos de coñac, declaró que a aquel soldado había que hacerlo santo en seguida y que se debía de llevar a algún monasterio la piel que le habían arrancado: «Ya verían como allí llovía la gente y el dinero». Grigori frunció el ceño al ver que Fiódor Pávlovich no se había conmovido en lo más mínimo y que, como de costumbre, empezaba a burlarse de las cosas sagradas. En aquel momento, Smerdiakov, que estaba de pie junto a la puerta, se sonrió. A Smerdiakov ya antes se le había permitido con mucha frecuencia que estuviera presente de pie junto a la mesa al final de la comida.

Desde que había llegado a nuestra ciudad Iván Fiódorovich, se presentaba casi todos los días.

–¿Qué te pasa? –preguntó Fiódor Pávlovich al observar la sonrisa, comprendiendo, desde luego, que iba dirigida a Grigori.

–Pienso en este asunto –contestó de pronto, en voz alta e inesperadamente, Smerdiakov–, y aunque la proeza de ese soldado, digno de alabanza, haya sido muy grande, a mi modo de ver en estas circunstancias no habría sido pecado repudiar, por ejemplo, el nombre de Cristo y el propio bautismo para salvar así la propia vida y hacer luego buenas acciones con las que expiar, en el transcurso de los años, esa debilidad.

–¿Que no sería esto un pecado? Mientes, y por esto irás de cabeza al infierno, donde te asarán como un cordero –replicó Fiódor Pávlovich.

Fue en ese momento cuando entró Aliosha. Fiódor Pávlovich, como hemos visto, se alegró mucho al verle.

–¡Habla de tu tema, de tu tema! –exclamó, riéndose sardónicamente y haciendo sentar a Aliosha para que escuchara.

–Lo del cordero no es así, y allí no habrá nada semejante, ni debe haberlo en justicia –comentó con aplomo Smerdiakov.

–¡Cómo, en justicia! –gritó aún más alegremente Fiódor Pávlovich, tocando a Aliosha con la rodilla.

–¡Éste es un canalla! –soltó de pronto Grigori, mirando lleno de ira y fijamente a Smerdiakov.

–En lo de canalla, espere un poco, Grigori Vasílievich –le replicó Smerdiakov con calma y compostura–, y reflexione usted mismo que si yo cayera prisionero de quienes torturan a los cristianos y exigieran de mí maldecir el nombre de Dios y renegar de mi santo bautismo, mi propia razón me autorizaría plenamente a hacerlo, pues no habría en ello ningún pecado.

–Esto ya lo has dicho, no nos vengas con repeticiones, ¡demuéstralo! –gritó Fiódor Pávlovich.

–¡Cuececaldos! –susurró Grigori desdeñosamente.

–En eso de cuececaldos, espere también un poco y reflexione usted mismo, Grigori Vasílievich, sin insultar. Pues tan pronto como diga a los verdugos: «No, no soy cristiano y maldigo a mi Dios verdadero», en ese mismo instante, el tribunal supremo de Dios hace caer sobre mí su anatema, soy maldito y quedo completamente expulsado de la Santa Iglesia, como si fuera pagano, así que en el mismísimo instante en que no ya pronuncie, sino piense pronunciar tales palabras, sin que pase siquiera un cuarto de segundo, ya estoy excomulgado, ¿es así o no es así, Grigori Vasílievich?

Se dirigía con visible satisfacción a Grigori, aunque respondiendo en esencia tan sólo a las preguntas de Fiódor Pávlovich, y lo comprendía muy bien, pero hacía como si tales preguntas se las formulara Grigori.

–¡Iván! –gritó de repente Fiódor Pávlovich–. Inclínate hacia mí, quiero hablarte al oído. Todo esto lo dice por ti, para que le alabes. Alábale.

Iván Fiódorovich escuchó con toda seriedad la entusiasta declaración de su padre.

–Espera, Smerdiakov, cállate un poco ahora –volvió a gritar Fiódor Pávlovich–. Iván, inclínate otra vez, quiero hablarte al oído.

Iván Fiódorovich volvió a inclinarse, con toda seriedad.

–Te quiero tanto como a Aliosha. No creas que a ti no te quiero. ¿Coñac?

–Venga.

«Con todo, has pimplado de lo lindo», pensó Iván Fiódorovich, mirando fijamente a su padre. A Smerdiakov lo observaba con extraordinaria curiosidad.

–El anatema lo tienes ya encima y ahora estás maldito –estalló de pronto Grigori–; y cómo, después de esto, te atreves a hablar, canalla, sí...

–¡No insultes, Grigori, no insultes! –le interrumpió Fiódor Pávlovich.

–Tenga paciencia, Grigori Vasílievich, aunque sólo sea muy poco tiempo, y escúcheme, pues aún no lo he dicho todo. Digo que en el mismo momento en que Dios me maldiga, en ese mismísimo momento, me convierto ya en pagano, se me anula el bautismo y no se me tiene en cuenta para nada; por lo menos esto, ¿no es así?

–La conclusión, hermano, date prisa y venga la conclusión –le instó Fiódor Pávlovich, tomando con deleite unos sorbitos de coñac.

–Bien; pues, si ya no soy cristiano, ya no miento a los verdugos cuando me preguntan «si soy cristiano o si no lo soy», pues yo he sido desposeído de mi condición de cristiano por el propio Dios debido a mi pensamiento, antes incluso de que haya podido decir una sola palabra a mis verdugos. Bien, pues si he perdido mi condición de cristiano, ¿de qué

manera y con qué derecho van a pedirme cuentas, en el otro mundo, como se piden a un cristiano, por haber abjurado de Cristo, habiéndoseme desposeído del bautismo sólo por lo que haya pensado antes ya de la abjuración? Si no soy cristiano, ya no puedo abjurar de Cristo, pues ya no tendré de qué abjurar. ¿Quién va a pedir cuentas a un sucio tártaro, Grigori Vasílievich, ni siquiera en los cielos, por no haber nacido cristiano, y quién le va a castigar por ello, si piensa que de un solo buey no pueden sacarse dos pieles? Además, si Dios, omnipotente, pide cuentas al tártaro cuando éste muera, lo hará, supongo yo, aplicándole un castigo muy pequeño (ya que es imposible no castigarle en absoluto), teniendo en cuenta que, al fin y al cabo, el tártaro no tiene la culpa de haber nacido marrano procediendo de padres marranos. El Señor no puede tomar a la fuerza al tártaro y decir de él que era cristiano, pues esto significaría que el Señor omnipotente dice una rotunda mentira. ¿Y acaso puede decir una mentira, aunque sólo sea con una sola palabra, Dios todopoderoso, Señor del cielo y de la tierra?

Grigori se había quedado estupefacto y miraba al orador con los ojos extremadamente abiertos. Aunque no comprendía muy bien lo que decía, algo había entendido de todo aquel rompecabezas, y tenía el aspecto del hombre que topa con la frente contra una pared. Fiódor Pávlovich apuró su vasito de coñac y prorrumpió en una chillona carcajada.

–¡Aliosha, Aliosha, qué te parece! ¡Ah, casuística! ¡Eso es que ha estado con los jesuitas en alguna parte, Iván! Ah, jesuita hediondo, ¿pero quién te ha dado lecciones? Sólo que mientes, casuista, mientes, mientes y mientes. No llores, Grigori, ahora mismo le vamos a hacer polvo. Contéstame a lo que te voy a preguntar, burra de Balaam: puedes tener razón ante los verdugos, pero tú has abjurado en tu interior de tu fe, y tú mismo dices que en ese momento cae sobre ti el anatema y eres maldito, y si has sido anatematizado, no van a

hacerte caricias muy delicadas, por esto, en el infierno. ¿Qué crees tú sobre este particular, mi magnífico jesuita?

–Está fuera de duda que he abjurado en mi interior, pero no habrá en esto ningún pecado especial; y si ha habido falta, será de las más corrientes.

–¡Cómo, de las más corrientes!

–Mientes, maa-a-aldito –exclamó Grigori con voz sibilante.

–Juzgue usted mismo, Grigori Vasílievich –prosiguió Smerdiakov, sosegado y grave, consciente de su victoria, pero haciéndose el magnánimo con el adversario derrotado–, juzgue usted mismo, Grigori Vasílievich: está dicho en las Escrituras que si tenéis fe, aunque sólo sea como un granito de mostaza, y decís a una montaña que se precipite al mar, la montaña se precipitará al mar en seguida, a la primera orden. Pues bien, Grigori Vasílievich, si yo no soy un creyente y usted lo es tanto que hasta me insulta sin cesar, intente decir a la montaña que se precipite no al mar (porque el mar está lejos de aquí), sino que se desplace hasta nuestro riachuelo que apesta, el que pasa por detrás de nuestro huerto, y verá en seguida que nada se mueve, que todo continúa en el mismo orden y en la misma integridad de antes, por más que usted grite. Esto significa que tampoco usted, Grigori Vasílievich, cree como es debido, y lo único que hace es insultar a los demás como mejor le parece por lo mismo. También hemos de reconocer que nadie, en nuestra época, no sólo usted, sino absolutamente nadie, empezando por los personajes más encumbrados y terminando con el último de los mujiks, puede hacer precipitar una montaña al mar, excepción hecha, quizá, de un solo hombre en todo el mundo, quizá dos, y aun es posible que éstos se encuentren en el desierto de Egipto buscando en gran secreto su salvación, de manera que no hay quien pueda encontrarlos; pero si es así, si todos los demás son incrédulos, ¿es posible que a todos éstos, es decir, a la población de toda la tierra, excepción hecha

de un par de eremitas, el Señor los maldiga y no perdone a nadie, a pesar de su misericordia, tan conocida? Por esto tengo la esperanza de que, habiendo dudado, no me faltará el perdón cuando vierta lágrimas de arrepentimiento.

–¡Alto! –chilló Fiódor Pávlovich en el colmo del entusiasmo–, ¿así tú crees, de todos modos, que existen dos hombres de esos que pueden poner en movimiento las montañas? Iván, anota este rasgo, escríbelo: en él queda reflejado el hombre ruso.

–Es muy justa su observación de que éste es un rasgo de la fe del pueblo –asintió Iván Fiódorovich, con una sonrisa aprobatoria.

–¡Estás de acuerdo! Si estás de acuerdo tú es que es verdad. ¿No es así, Aliosha? ¿Verdad que la fe rusa es exactamente así?

–No, la fe de Smerdiakov no es de ningún modo la fe rusa –contestó Aliosha con seriedad y firmeza.

–No hablo de su fe, sino de ese rasgo, de esos dos anacoretas, sólo de ese detalle: ¿No es esto muy ruso, muy ruso?

–Sí, este rasgo es completamente ruso –sonrió Aliosha.

–Tus palabras, burra de Balaam, bien valen una moneda de oro, y te la mandaré hoy mismo; pero en todo lo demás mientes, mientes y mientes; has de saber, bobo, que si no creemos, en este mundo, es sólo por ligereza, porque no tenemos tiempo: en primer lugar, las ocupaciones nos absorben y, en segundo lugar, Dios nos ha dado poco tiempo, ha limitado el día a veinticuatro horas, de modo que el tiempo no nos basta ni para dormir lo que quisiéramos, no ya para arrepentirnos. Y tú abjuras ante tus verdugos, cuando no puedes pensar en otra cosa que en la fe y cuando hay que mostrarla. Pues esto, hermano, constituye un pecado, ¿no es tal como lo pienso?

–Que constituye un pecado, no hay duda; pero juzgue usted mismo, Grigori Vasílievich: tanto más leve resulta. Porque si entonces hubiera creído en la verdad auténtica como

es debido, habría realmente pecado al no aceptar el martirio por la fe y pasar a la puerca fe de Mahoma. Pero en este caso no habría llegado hasta el martirio, porque me habría bastado en aquel mismo instante decir a la montaña: muévete y aplasta al verdugo, para que se moviera y le aplastara como a una cucaracha, y yo me habría marchado como si tal cosa, cantando y alabando a Dios. Pues bien, si en ese momento yo ya lo he ensayado todo, y he gritado adrede a la montaña: aplasta a estos verdugos, sin que ésta se haya movido, díganme, ¿cómo no habría de dudar yo, sobre todo en el terrible momento del gran miedo a la muerte? Ya sé, de todos modos, que no alcanzaré plenamente el reino de los cielos (pues no se ha movido la montaña por mis palabras, lo cual quiere decir que allí arriba no es mucho lo que creen en mi fe, ni va a ser muy grande la recompensa que en el otro mundo me espera). ¿Para qué, pues, he de dejar que encima y sin provecho alguno me desuellen vivo? Pues aunque me hubieran arrancado ya la mitad de la piel de la espalda, mis palabras y gritos tampoco moverían la montaña. En un minuto semejante no sólo puede uno dudar, sino incluso perder la razón por el mucho miedo, de modo que sea hasta imposible razonar. Por consiguiente, ¿qué culpa especial voy a tener yo si, al no ver ni en el otro mundo ni en éste ningún provecho ni recompensa, pongo a salvo, por lo menos, mi propia piel? Y precisamente, por confiar mucho en la misericordia del Señor, alimento la esperanza de que seré por completo perdonado...

8. Ante la copa de coñac

Se había terminado la discusión, pero cosa rara: Fiódor Pávlovich, que tan alegre estaba, al fin se puso sombrío. Frunció el ceño y se echó al coleto otro vasito de coñac, ya totalmente excesivo.

–Largaos de aquí, jesuitas –gritó dirigiéndose a los criados–. Vete, Smerdiakov. Hoy te mandaré la moneda de oro prometida, pero vete. No llores, Grigori; vuelve al lado de Marfa, ella te consolará y te meterá en la cama. Estos canallas no me dejan descansar tranquilo después de comer –soltó malhumorado, no bien se hubieron retirado los criados en cumplimiento de la orden recibida–. Smerdiakov, desde hace una temporada, siempre se planta aquí a esta hora; es por ti por quien siente tanta curiosidad. ¿Con qué le has interesado tanto? –añadió dirigiéndose a Iván Fiódorovich.

–Con nada, en absoluto –respondió éste–; se le ha ocurrido estimarme; es un lacayo y un granuja. De todos modos, será carne de vanguardia cuando la hora llegue.

–¿De vanguardia?

–Habrá otros mejores, pero los habrá también como él. Primero serán como él y luego vendrán los otros.

–¿Cuándo llegará la hora?

–El cohete se encenderá y es posible que no llegue a quemarse del todo. El pueblo, por de pronto, no hace mucho caso de esos cuececaldos.

–Ya, ya, hermano; esta burra de Balaam piensa, piensa, y el diablo sabe hasta dónde puede llegar con sus pensamientos.

–Los estará coleccionando –se sonrió Iván.

–Verás, sé muy bien que no puede sufrirme, como no puede sufrir a nadie, ni a ti tampoco, aunque te parezca que «se le ha ocurrido estimarte». A Aliosha, aún menos; a Aliosha lo desprecia. En cambio, no roba, ésta es la cuestión, ni es chismoso; calla, no saca los trapos sucios fuera de casa, hace unas empanadas excelentes; por lo demás, al diablo. ¿Vale la pena hablar tanto de él?

–Naturalmente, no vale la pena.

–En cuanto a lo que puede llegar a pensar en su caletre, lo que se ha de hacer, hablando en general, es dar buenos azo-

tes al mujik ruso. Siempre lo he afirmado. Nuestros mujiks son muy ladinos, no merecen que se les tenga compasión, y menos mal que algunas veces, todavía hoy, les sueltan algún buen palo. La tierra rusa es fuerte gracias al abedul. Si se abaten los bosques, adiós tierra rusa. Yo apoyo a los inteligentes. Hemos dejado de zumbar a los mujiks, porque somos muy inteligentes, y ellos siguen azotándose a sí mismos. Hacen muy bien. Con la misma medida que midáis seréis medidos, no sé si se dice así... En una palabra, se mide con la misma medida. Y Rusia es una porquería. Amigo, si supieras cómo odio a Rusia... es decir, a Rusia no, sino todos esos vicios... y es probable que también a Rusia. *Tout cela c'est de la cochonnerie.* ¿Sabes lo que me gusta? A mí me gusta el ingenio.

–Se ha bebido usted otro vasito. No beba más.

–Espera, me beberé aún otros dos y basta. Sí, espera, me has interrumpido. Al pasar por Mókroie, pregunté un día a un viejo, y me contestó: «Lo que más nos gusta es condenar a las mozas a la pena de azotes, y siempre dejamos que sean los mozos quienes cumplan la sentencia. Después, a la que hoy ha azotado, la pide el mozo mañana en matrimonio, de modo que a las propias chicas, decía, aquello hasta les resulta agradable». Vaya marqueses de Sade, ¿no? Di lo que quieras, pero es ingenioso. No estaría mal que nos llegáramos hasta allí a mirar, ¿eh? Aliosha, ¿te has ruborizado? No te avergüences, criatura. Lástima no haberme quedado a comer con el hegúmeno y no haberles contado a los monjes lo de las chicas de Mókroie. Aliosha, no te enfades de que este mediodía haya molestado a tu hegúmeno. La cólera me domina, hermano. El caso es que si hay Dios, si existe, desde luego, soy culpable y tendré que responder; pero si no existe, ¿no se merecen esto y mucho más esos padres tuyos? En este caso es poco cortarles la cabeza, porque frenan el desarrollo. ¿Me creerás, Iván, si te digo que esto hiere mis sentimientos? No, no me creerás, te lo veo en los ojos. Tú crees lo que dice

la gente, que soy un bufón y nada más. Aliosha, ¿crees tú que solamente soy un bufón?

–Creo que usted no es solamente un bufón.

–Creo que lo crees y que hablas con sinceridad. Miras y hablas con sinceridad. Iván no. Iván es soberbio... De todos modos, yo terminaría con tu monasterio. Habría que tomar ese misticismo y eliminarlo de una vez de la tierra rusa para hacer entrar definitivamente en razón a todos los imbéciles. ¡Cuánta plata, cuánto oro entrarían en la casa de la moneda!

–¿Para qué eliminarlo? –dijo Iván.

–Pues para que la verdad resplandeciera cuanto antes, para eso.

–Bueno, si esta verdad resplandece, a usted también lo desvalijarían primero y luego... le eliminarían.

–¡Bah! Aunque probablemente tienes razón. ¡Ah, qué burro soy! –exclamó de pronto Fiódor Pávlovich, dándose una leve palmada en la frente–. Si es así, ¡que siga en pie tu monasterio, Aliosha! Y nosotros, los inteligentes, viviremos a gusto y tendremos coñac. ¿Sabes, Iván, que ha debido ser Dios mismo quien ha establecido adrede ese estado de cosas? Dime, Iván: ¿existe Dios, o no? Un momento: di la verdad, ¡habla en serio! ¿Por qué te ríes otra vez?

–Río pensando en la ingeniosísima observación que ha hecho usted mismo refiriéndose a la fe de Smerdiakov sobre la existencia de dos anacoretas que puedan hacer mover las montañas.

–¿Es que tiene alguna semejanza con lo de ahora?

–Mucha.

–Si es así, yo también soy un hombre ruso y en mí se da también el rasgo ruso; pero también a ti, filósofo, se te puede encontrar un rasgo del mismo género. ¿Quieres que lo haga? Apuesto a que mañana mismo te lo encuentro. De todos modos, dime: ¿existe Dios, o no existe? ¡Pero habla en serio! Ahora necesito que me lo digas en serio.

–No, Dios no existe.

–Aliosha, ¿existe Dios?

–Dios existe.

–Iván, ¿pero existe la inmortalidad, la que sea, muy pequeña si quieres, pequeñita?

–Tampoco existe la inmortalidad.

–¿Ninguna?

–Ninguna.

–Es decir, ¿se trata de un cero absoluto o de alguna pequeña cosa? ¿No existirá, quizás, alguna cosilla? ¡No dirás, de todos modos, que no existe absolutamente nada!

–Cero absoluto.

–Aliosha, ¿existe la inmortalidad?

–Existe.

–¿Existen Dios y la inmortalidad?

–Dios y la inmortalidad existen. En Dios está la inmortalidad.

–Hum. Lo más probable es que tenga razón Iván. Señor, ¡y pensar cuánto ha dado el hombre a la fe, cuántas fuerzas de toda clase ha consagrado inútilmente a este sueño durante tantos miles de años! ¿Quién se ríe del hombre de este modo? ¿Eh, Iván? Por última vez y categóricamente: ¿existe o no existe Dios? ¡Te lo pregunto por última vez!

–Y por última vez digo: ¡no!

–¿Pero quién se ríe de los hombres, Iván?

–Será el diablo –se sonrió irónicamente Iván.

–¿Existe, el diablo?

–No, tampoco existe el diablo.

–Es una pena. Demonio, ¡lo que haría yo, después de esto, con el que inventó a Dios por primera vez! ¡Colgarlo de un triste álamo sería poco!

–No existiría la civilización, si no hubieran inventado a Dios.

–¿No existiría? ¿Si no se hubiera inventado a Dios?

–No. Y tampoco habría coñac. De todos modos, habrá que retirárselo a usted.

–Espera, espera, espera, querido, otro vasito. He ofendido a Aliosha. ¿No estás enfadado, Alexéi? ¡Querido Alexéi mío, mi pequeño Alexéi!

–No, no estoy enfadado. Sé lo que usted piensa. Tiene usted mejor el corazón que la cabeza.

–¿Que tengo yo mejor el corazón que la cabeza? ¡Señor! ¡Y quién lo dice! Iván, ¿quieres a Aliosha?

–Le quiero.

–Quiérele. –Fiódor Pávlovich estaba ya fuertemente bebido–. Escucha, Aliosha, este mediodía me he comportado como un grosero con tu stárets. Pero estaba muy excitado. De todos modos, ese stárets tiene ingenio. ¿Qué te parece a ti, Iván?

–Lo tiene, sin duda.

–Sí, sí, *il y a du Piron là-dedans.* Es un jesuita, un jesuita ruso, claro. Como es un hombre de noble corazón, debe estar interiormente indignado por tener que representar su papel... por darse aires de santidad.

–Pero él cree en Dios.

–En lo más mínimo. ¿No lo sabías? Él mismo lo dice a todo el mundo; bueno, a todo el mundo, no, lo dice a las personas inteligentes que le visitan. Al gobernador Schulz le soltó sin rodeos: *credo,* pero no sé en qué.

–¿Es posible?

–Así es. Pero le respeto. Hay en él algo de mefistofélico o, mejor dicho, de *El héroe de nuestro tiempo...* [1], Arbenin, o algo así... [2]; verás, quiero decir que es un lujurioso; es tan lujurioso, que incluso a estas alturas tendría miedo yo si una

1. Famosa novela de Lérmontov (1839), constituida por cinco relatos («Bela», «Maxim Maxímovich», «Tamán», «La princesa Mary» y «El fatalista»).

2. Error intencionado de Dostoyevski: Fiódor Pávlovich, hombre que no lee, dice «Arbenin» (protagonista del drama de Lérmontov *Un baile de máscaras)* en lugar de «Pechorin», personaje principal de *El héroe de nuestro tiempo.*

hija mía o mi esposa fuera a confesarse con él. Cuando empieza a contar... ¿sabes? Hace tres años nos invitó a tomar el té con licor (las señoras le mandan licores); se puso a describirnos otros tiempos, de modo que nos desternillábamos de risa... Sobre todo cuando nos contó cómo había curado a una mujer asténica. «Si no estuviera enfermo de las piernas, nos decía, verían qué danza les bailaba.» Qué tío, ¿eh? «En mis tiempos, hice yo de las mías, y no poco», añadió. Una vez sonsacó al mercader Demídov sesenta mil rublos.

–Cómo, ¿se los robó?

–El mercader se los llevó, como a hombre virtuoso: «Guárdemelos, hermano; mañana vienen a hacerme un registro». El otro se los guardó muy bien. «Tú los has dado para la Iglesia», afirmó. Yo le digo: eres un canalla, le digo. No, dice él, no soy un canalla, sino un hombre desprendido... Ah, pero... no se trata de él... Era otro. Le había confundido con otro... y no me daba cuenta. Bueno, otro vasito y basta; retira la botella, Iván. He estado mintiendo, ¿por qué no me has detenido, Iván... y no me has dicho que mentía?

–Sabía que se detendría usted mismo.

–No es cierto, no lo has hecho porque me tienes rabia, sólo porque me tienes rabia. Tú me desprecias. Has venido a mi casa y en mi propia casa me desprecias.

–Me voy; el coñac empieza a hacerle efecto.

–Te he pedido por el amor de Cristo que fueras a Chermashnia... por un día o dos y tú no vas.

–Mañana iré, si tanto insiste.

–No irás. Lo que tú quieres es quedarte aquí y vigilarme, esto es lo que tú quieres, alma negra. ¿Es por esto por lo que no vas?

El viejo no se calmaba. Había llegado hasta el límite en que ciertos borrachos, hasta entonces pacíficos, quieren enfurecerse a toda costa y hacer de las suyas.

–¿Por qué me miras así? ¿Cómo son tus ojos? Tus ojos me miran y me dicen: «¡Jeta de borracho!». Tus ojos son descon-

fiados, desdeñosos... Has venido con segundas intenciones. Aliosha me mira y sus ojos despiden luz. Aliosha no me desprecia. Alexéi, no quieras a Iván...

–¡No se enfade con mi hermano! Deje de insultarle –dijo firmemente Aliosha.

–Bueno, como quieras. ¡Uf! Me duele la cabeza. Retira el coñac, Iván, te lo digo por tercera vez. –Se quedó unos momentos pensativo y luego se sonrió con larga y astuta sonrisa–. No te enfades, Iván, contra este viejo gusarapo. Ya sé que tú no me quieres, pero no te enfades. No hay motivos para quererme. Irás a Chermashnia y luego yo mismo iré a reunirme contigo y te llevaré un presente. Te mostraré allí a una mozuela, a la que tengo echado el ojo hace tiempo. Por ahora es una desharrapada. No temas a las desharrapadas, no las desprecies, ¡son perlas!...

Y se estampó un ruidoso beso en la mano.

–Para mí –de pronto se animó todo él, como si por unos momentos se le hubieran desvanecido los humos de la borrachera al dar en su tema predilecto–, para mí... ¡Ah, muchachos! Sois unos críos, unos cerditos, para mí... no he admitido en toda mi vida que pudiera haber una mujer fea, ¡ésta es mi norma! ¿Podéis comprenderlo? ¡Qué vais a comprender, vosotros! En vez de sangre, aún corre por vuestras venas leche, ¡aún no habéis roto el cascarón! Según mi norma, en toda mujer se puede encontrar, ¡diablo!, alguna cosa de extraordinario interés, algo que no encuentras en ninguna otra, sólo que es necesario saberlo encontrar, ¡ésta es la cuestión! ¡Se necesita talento! Para mí, las feas no han existido: el mero hecho de ser mujer, este solo hecho, ya es la mitad de lo que hace falta... ¡pero cómo vais a comprenderlo vosotros! ¡Hasta en las *vieilles filles* puedes encontrar a veces, si buscas, tal cosa que te quedas pasmado de cómo ha habido tontos que las han dejado envejecer sin habérselo descubierto! Con la desharrapada y con la fea, lo primero que hay que hacer es asombrarla, es así como se la ha de

abordar. ¿No lo sabías? Es necesario que quede estupefacta hasta el entusiasmo, hasta el éxtasis, hasta la vergüenza de que semejante señor se haya enamorado de una tiznada como ella. Es verdaderamente magnífico que siempre haya habido y haya en el mundo granujas y señores, y siempre habrá también fregatrices para sus señores. ¡Qué más se necesita en esta vida para ser feliz! Un momento... escucha, Aliosha, a tu difunta madre yo siempre la asombraba, aunque de otro modo. A veces pasaba largo tiempo sin acariciarla y de pronto, cuando llegaba el momento, me deshacía ante ella, me arrastraba de rodillas, le besaba los pies y siempre, siempre provocaba en ella (lo recuerdo como si fuera ahora) una risita especial, entrecortada, sonora sin ser fuerte, y nerviosa: no sabía reír de otra manera. Yo sabía que la enfermedad se le presentaba siempre de aquel modo, que al día siguiente se pondría a gritar como una posesa, y que aquella risita no era señal de ningún entusiasmo, pero podía tomarse por él, aun siendo un engaño. ¡Lo que significa saber encontrar la almendra en todo! Una vez, Beliavski (un tío guapo y ricachón que la rondaba y que se dio maña para meterse en casa) se presenta ante ella, en mi propia casa, y me da un bofetón. Luego, ella, la corderita, la emprendió conmigo de tal modo que creí iba a vapulearme: «¡Te ha pegado, te ha pegado (me decía), te ha dado un bofetón! Lo que tú querías era venderme a él (decía)... ¿Cómo ha tenido el valor de pegarte en mi presencia? ¡No te atrevas a acercarte a mí nunca más, nunca! Ahora, corre, rétale a duelo...». Entonces la llevé al monasterio, para que se apaciguara, y los santos padres le echaron una reprimenda. Pero te lo juro, Aliosha, ¡nunca maltraté a mi posesa! Excepto una sola vez, el primer año: ella se pasaba mucho tiempo rezando, observaba sobre todo las fiestas de la Santa Virgen, y entonces no me quería a su lado, me mandaba al despacho. Yo me dije: ¡vas a ver cómo te curo este misticismo! «¿Ves, le digo, ves? Aquí tienes tu icono; mira, lo descuelgo. Fíjate, tú lo consi-

deras milagroso, pues ahora le voy a escupir delante de ti, ¡y no me pasará nada por ello!...» Cuando ella vio lo que yo hacía pensé: Señor, ¡te va a matar! Pero sólo se puso en pie de un salto, juntó las manos, se puso a temblar y cayó al suelo... se desplomó... ¡Aliosha, Aliosha! ¡Qué te pasa, qué te pasa!

El viejo, lleno de espanto, se levantó rápidamente de su asiento. Desde el momento en que se había puesto a hablarle a Aliosha se le fue mudando la expresión de la cara. Se le encendieron las mejillas, le brillaron los ojos, le temblaron los labios... El viejo borracho se salpicaba de saliva y no se dio cuenta de nada hasta el instante en que a Aliosha le sucedió algo muy extraño, y fue que, de pronto, se repitió en él exactamente lo que el viejo estaba contando de la «posesa». Aliosha brincó de detrás de la mesa, punto por punto como de su madre lo contaba Fiódor Pávlovich; juntó las manos, luego se cubrió con ellas el rostro, cayó como fulminado sobre la silla y se puso a temblar sacudido por una crisis histérica de lágrimas repentinas, conmovedoras y silenciosas. El extraordinario parecido con la madre fue lo que más impresionó al viejo.

–¡Iván, Iván! ¡Agua, pronto! ¡Es como ella, exactamente como ella, como su madre aquella vez! Llénate la boca de agua y espurréale la cara, así lo hacía yo, entonces. Esto le pasa por su madre, por su madre... –balbuceó a Iván.

–Creo que su madre también fue la mía, ¿no le parece? –replicó Iván, sin poder contener su colérico desprecio.

El viejo se estremeció bajo aquella centelleante mirada. Sucedió entonces algo muy extraño, cierto que sólo por un segundo: al parecer, al viejo, en efecto, se le había escapado de la mente la consideración de que la madre de Aliosha era también la madre de Iván...

–¿Qué dices, de tu madre? –balbuceó, sin comprender–. ¿A qué te refieres? ¿De qué madre hablas?... Acaso ella... ¡Ah, diablo! ¡Claro, si también era la tuya! ¡Ah, diablo! Esto, hermano, es un eclipse como nunca lo había tenido, perdona; yo pensaba, Iván... ¡Je-je-je!

Se detuvo. Una larga sonrisa de borrachón, casi sin sentido, le desfiguró el rostro. Y he aquí que en ese mismísimo instante se produjo en el zaguán un estrépito enorme, se oyeron gritos furiosos, la puerta se abrió de par en par y en la sala se precipitó Dmitri Fiódorovich. El viejo corrió hacia Iván lleno de pavor:

–¡Me matará! ¡Me matará! ¡No me dejes, no me dejes! –gritaba, agarrándose a los faldones del chaqué de Iván Fiódorovich.

9. Los lujuriosos

Detrás de Dmitri Fiódorovich se precipitaron en la sala Grigori y Smerdiakov, quienes en el zaguán ya habían peleado con él para no dejarle entrar, siguiendo las instrucciones dadas por el propio Fiódor Pávlovich unos días antes. Aprovechando que Dmitri Fiódorovich, después de irrumpir en la sala, se detuvo un momento para orientarse, Grigori dio la vuelta a la mesa, cerró las dos hojas de la puerta que llevaba a las habitaciones interiores –estaba situada frente a la que daba entrada en el aposento– y se colocó delante de ella puestos los brazos en cruz, con el ánimo de defender aquel paso hasta la última gota de sangre, como suele decirse. Al darse cuenta de ello, Dmitri lanzó no ya un grito, sino una especie de aullido, y se abalanzó contra Grigori.

–¡Ah, está ahí! ¡La tienen escondida ahí! ¡Fuera, miserable!

Quiso apartar a Grigori, pero éste le rechazó. Loco de rabia, Dmitri levantó el brazo y le golpeó con todas sus fuerzas. El viejo cayó como un saco y Dmitri, saltando por encima del criado, forzó la puerta. Smerdiakov, pálido y tembloroso, permanecía en el otro extremo de la sala, apretándose contra Fiódor Pávlovich.

–Ella está aquí –gritaba Dmitri Fiódorovich–, acabo de verla yo mismo cómo se dirigía hacia esta casa, pero no he logrado alcanzarla. ¿Dónde está? ¿Dónde está?

El grito de «¡está aquí!» causó a Fiódor Pávlovich una impresión inimaginable. Se le fue todo el miedo.

–¡Detenedle, detenedle! –vociferó, y se lanzó detrás de Dmitri Fiódorovich.

Entretanto, Grigori se había levantado del suelo, pero aún no había vuelto del todo en sí. Iván Fiódorovich y Aliosha corrieron tras el padre. En la tercera habitación se oyó caer algo al suelo y romperse con estrépito: era un gran jarrón de cristal (no de los caros) que había sobre un pedestal de mármol y que Dmitri Fiódorovich había tumbado al pasar corriendo.

–¡Cogedle! –aulló el viejo–. ¡Socorro!

Iván Fiódorovich y Aliosha alcanzaron, de todos modos, al viejo y le hicieron volver a la sala a la fuerza.

–¡Por qué corre tras él! ¡Le va a matar de verdad! –gritó encolerizado Iván Fiódorovich a su padre.

–Vánechka, Lióshechka, ella debe de estar aquí, Grúshenka está aquí; él mismo dice que la ha visto venir...

Hablaba tartamudeando. Aquella tarde no esperaba a Grúshenka, y la insólita noticia de que ella estaba allí le había hecho perder la cabeza. Temblaba como si se hubiera vuelto loco.

–¡Pero usted mismo sabe muy bien que no ha venido! –gritaba Iván.

–¿No habrá entrado por la otra puerta?

–Está cerrada, y usted tiene la llave.

Dmitri reapareció en la sala. Desde luego, había encontrado la otra puerta cerrada, cuya llave Fiódor Pávlovich tenía en efecto en el bolsillo. Las ventanas de todas las habitaciones estaban asimismo cerradas; por tanto, Grúshenka no podía haber entrado ni salido por ninguna parte.

–¡Detenedle! –chilló Fiódor Pávlovich no bien volvió a ver a Dmitri–. ¡Ha venido a robarme el dinero que tenía en el dormitorio!

Y escapándose de los brazos de Iván, volvió a abalanzarse contra Dmitri. Pero éste levantó las dos manos, agarró al

viejo por los dos últimos mechones de cabellos que le quedaban junto a las sienes, lo sacudió y lo arrojó estrepitosamente contra el suelo. Aún tuvo tiempo de darle dos o tres golpes con el tacón en la cara. El viejo exhaló unos penetrantes quejidos. Iván Fiódorovich, aunque no era tan fuerte como su hermano Dmitri, le sujetó con ambos brazos y pudo apartarle del viejo. Aliosha le ayudó también con sus débiles fuerzas, agarrando al hermano por delante.

–¡Estás loco! ¡Le has matado! –gritó Iván.

–¡Es lo que se merece! –exclamó Dmitri, jadeando–. ¡Y si no lo he muerto, volveré para matarle! ¡No podréis impedírmelo!

–¡Dmitri! ¡Sal de aquí ahora mismo! –gritó imperiosamente Aliosha.

–¡Alexéi! Dímelo tú, sólo a ti te creeré: ¿ha estado aquí, o no? La he visto yo mismo, se deslizaba a lo largo de la cerca del callejón hacia aquí. La he llamado y ha huido...

–¡Te juro que no ha estado aquí y que aquí nadie la esperaba!

–Pero yo la he visto... Así, pues, ella... Ahora mismo sabré dónde está... ¡Adiós, Alexéi! Al Esopo ese, ahora, ni una palabra del dinero, pero has de ir sin falta a ver a Katerina Ivánovna en seguida: «Me ha mandado saludarla, me ha mandado saludarla, ¡saludarla! ¡Precisamente saludarla y despedirle!». Descríbele la escena.

Iván y Grigori habían levantado al viejo y le habían sentado en una butaca. Fiódor Pávlovich tenía el rostro ensangrentado, pero conservaba el conocimiento y escuchaba con ansia los gritos de Dmitri. Aún le seguía pareciendo que Grúshenka se encontraba de verdad en algún lugar de la casa. Dmitri Fiódorovich, al marchar, le lanzó una mirada de odio.

–¡No me arrepiento de haber derramado sangre tuya! –exclamó–. Ándate con cuidado, viejo; cuidado con tus ilusiones, que yo también tengo las mías. Te maldigo y reniego de ti para siempre...

Se precipitó fuera de la sala.

–¡Ella está aquí, seguro que está aquí! Smerdiakov, Smerdiakov –llamó el viejo con voz ronca, casi imperceptible, haciéndole al mismo tiempo un signo con el dedo para que se le acercara.

–No está aquí, no está, viejo loco –le gritó rencorosamente Iván–. ¡Bueno, ahora se ha desmayado! ¡Agua, una toalla! ¡Rápido, Smerdiakov!

Smerdiakov corrió a buscar agua. Por fin, desnudaron al viejo, le llevaron al dormitorio y le metieron en la cama. Le envolvieron la cabeza con una toalla húmeda. Debilitado por el coñac, por las fuertes impresiones y por los golpes, Fiódor Pávlovich no bien rozó la almohada cerró los ojos y se durmió. Iván y Aliosha volvieron a la sala. Smerdiakov recogía los trocitos del jarrón roto; Grigori, de pie junto a la mesa, miraba sombríamente al suelo.

–Tú también deberías de refrescarte la cabeza y acostarte –le dijo Aliosha a Grigori–. Ya le cuidaremos nosotros; mi hermano te ha pegado muy fuerte... en la cabeza.

–¡Se ha atrevido contra mí! –articuló Grigori con voz tenebrosa y lenta.

–¡Se ha «atrevido» también contra su padre, no sólo contra ti! –observó Iván Fiódorovich, contraída la boca.

–Yo que le había lavado en el lebrillo... ¡Se ha atrevido contra mí! –repetía Grigori.

–¡Diablo! Si no le aparto, habría sido capaz de matarle. ¿Acaso es mucho lo que se necesita para acabar con Esopo? –susurró Iván Fiódorovich a Aliosha.

–¡Dios nos libre! –exclamó éste.

–¿Por qué ha de librarnos? –prosiguió Iván en el mismo tono de voz, torciendo malignamente la cara–. Un mal bicho se come a otro mal bicho, ¡allá ellos!

Aliosha se estremeció.

–Desde luego, no permitiré que se cometa el asesinato, como no lo he permitido ahora. Quédate aquí, Aliosha; yo

saldré a pasear un poco por el patio, empieza a dolerme la cabeza.

Aliosha entró en el dormitorio de su padre y se pasó cerca de una hora sentado a la cabecera de la cama, tras un biombo. El viejo abrió los ojos y se quedó largo rato mirando en silencio a su hijo, por lo visto haciendo memoria y esforzándose por comprender. De pronto, se le reflejó en la cara una extraordinaria agitación.

–Aliosha –balbuceó receloso–, ¿dónde está Iván?

–En el patio, le duele la cabeza. Está vigilando para que no nos pase nada.

–Dame el espejo, está ahí, mira, ¡dámelo!

Aliosha le alcanzó un pequeño espejo redondito, con tapa, que estaba encima de la cómoda. El viejo se miró en él: se le había hinchado bastante la nariz, y en la frente, sobre la ceja izquierda, tenía un buen cardenal purpúreo.

–¿Qué dice Iván? Aliosha, querido, único hijo mío, tengo miedo de Iván; le tengo más miedo a él que al otro. Al único que no temo es a ti...

–Tampoco ha de tener miedo de Iván; Iván se enfada, pero le defiende a usted.

–Aliosha, ¿y el otro, qué? ¡Se ha ido corriendo a ver a Grúshenka! Angel querido, dime la verdad: ¿ha estado aquí Grúshenka, o no?

–Nadie la ha visto. Esto es un engaño, ¡no ha estado!

–¡Es que Mitka quiere casarse con ella, quiere casarse!

–Ella no querrá.

–No querrá, no querrá, no querrá, ¡no querrá por nada del mundo!... –exclamó el viejo jubilosamente, estremeciéndose, como si en ese momento no pudieran decirle nada más agradable. En su rapto de entusiasmo, agarró a Aliosha por la mano y se la apretó fuertemente contra el corazón. Hasta las lágrimas le relucieron en los ojos–. Coge el icono, el de la Virgen Santísima, ese de que hablaba antes, cógelo y llévatelo. También te permito que vuelvas al mo-

nasterio... Entonces bromeaba, no te enojes. Me duele la cabeza, Aliosha... Liosha, tranquilízame, sé un ángel, ¡dime la verdad!

–¿Se refiere usted a lo mismo, si ella ha estado o no ha estado? –preguntó con amargura Aliosha.

–No, no, no, a ti te creo, verás: llégate tú mismo a casa de Grúshenka o arréglatelas para verla; interrógala pronto, cuanto antes mejor, adivina tú mismo con tus propios ojos: ¿con quién quiere ir, conmigo o con él? ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Puedes, o no puedes?

–Si la veo, se lo preguntaré –balbuceó Aliosha, turbado.

–No, ella no te lo dirá –le interrumpió el viejo–, es una lagartija. Empezará a besarte y te dirá que quiere irse contigo. Es una embustera, una desvergonzada, ¡no, tú no debes ir, no debes!

–Además, padre, no estaría bien que fuera, no estaría nada bien.

–¿Adónde te ha mandado él hace poco, al marcharse, cuando te gritaba: «has de ir»?

–Me mandaba a casa de Katerina Ivánovna.

–¿Por dinero? ¿Pide dinero?

–No; por dinero, no.

–Él no tiene dinero, ni un kópek. Escucha, Aliosha; me pasaré la noche en la cama y meditaré; mientras tanto, tú vete. Quizá la encuentres... Pero mañana por la mañana sin falta ven a verme; sin falta. Mañana tendré que decirte unas palabritas; ¿vendrás?

–Vendré.

–Si vienes, haz como si vinieras por ti mismo, para ver cómo me encuentro. No digas a nadie que te he llamado yo. A Iván no le digas ni palabra.

–Está bien.

–Adiós, ángel mío; acabas de defenderme, no lo olvidaré en mi vida. Mañana te diré unas palabritas... sólo que aún he de meditarlo un poco...

–¿Cómo se siente usted ahora?

–Mañana, mañana mismo me levantaré y estaré completamente sano, completamente sano, ¡completamente sano!...

Al atravesar el patio Aliosha encontró a Iván sentado en un banco, junto al portalón, escribiendo algo a lápiz en su libro de notas, y le comunicó que el viejo se había despertado, que había recobrado el conocimiento y que le había dado permiso para pasar la noche en el monasterio.

–Aliosha, me gustaría mucho encontrarme contigo mañana por la mañana –dijo Iván con mucha amabilidad, inesperada incluso para Aliosha, levantándose.

–Mañana iré a casa de las Jojlakova –respondió Aliosha–. Quizá vaya también a casa de Katerina Ivánovna si ahora no la encuentro...

–¡Así, pues, de todos modos, ahora vas a casa de Katerina Ivánovna! ¿A «saludarla y despedirle de ella»? –preguntó Iván, sonriéndose.

Aliosha se turbó.

–Me parece haberlo comprendido todo por estas exclamaciones y por alguna otra cosa anterior. Dmitri, probablemente, te ha pedido que fueras a verla y transmitirle que él... bueno... bueno, en una palabra, ¿que él «se despide»?

–¡Hermano! ¿En qué va a terminar todo este horror entre el padre y Dmitri? –exclamó Aliosha.

–No es posible adivinarlo con certeza. Quizás en nada: el asunto puede irse apagando por sí mismo. Esa mujer es una fiera. En todo caso, al viejo hay que retenerlo en casa y a Dmitri no hay que dejarle entrar.

–Hermano, permíteme aún preguntarte otra cosa: ¿es posible que todo hombre tenga derecho a decidir, mirando a los demás, cuál de ellos es digno de vivir y cuál ya no lo es?

–¿Para qué mezclar en esto al criterio de si se es o no digno? La cuestión no suele resolverse de ningún modo en los corazones de las personas partiendo de los méritos, sino de

otros motivos, mucho más naturales. En cuanto al derecho, ¿quién carece del derecho de desear?

–No será la muerte de otro.

–¿Y por qué no, incluso, la muerte? Para qué mentirse a sí mismo cuando toda la gente vive así y, seguramente, no puede vivir de otro modo. ¿Lo dices por mis palabras de antes: «dos malos bichos, que se coman entre sí»? Permíteme, en este caso, que te pregunte: ¿me consideras tú a mí capaz de verter la sangre de Esopo, como Dmitri, y de matarlo, eh?

–¡Qué dices, Iván! ¡Jamás se me ha ocurrido pensar una cosa semejante! Ni a Dmitri considero...

–Gracias, aunque sólo sea por esto –se sonrió Iván–. Has de saber que yo siempre le defiendo. Pero en cuanto a mis deseos, me reservo en el presente caso plena libertad. Hasta mañana. No me condenes ni me mires como si fuera un malvado –añadió con una sonrisa.

Se estrecharon fuertemente la mano, como nunca lo habían hecho antes. Aliosha sintió que su hermano acababa de dar el primer paso para acercársele y que lo había hecho para algo, sin duda alguna con una determinada intención.

10. Las dos mujeres reunidas

Salió Aliosha de la casa de su padre con el alma más destrozada y oprimida que cuando había entrado a verle. Tenía asimismo la mente como fragmentada y dispersa, y al mismo tiempo se daba cuenta de que temía unir lo disperso y sacar una conclusión general de todas las dolorosas contradicciones vividas aquel día. Algo le llevaba casi a desesperarse, cosa que nunca había experimentado en su corazón. Por encima de todo se elevaba, como una montaña, un problema fatal e insoluble: ¿en qué terminaría lo del padre y el hermano Dmitri frente a esa temible mujer? Ahora lo había visto con sus propios ojos. Había estado presente y los había

visto uno frente al otro. De todos modos, sólo el hermano Dmitri podía resultar desdichado, plena y terriblemente desdichado: le estaba rondando una indudable desgracia. Había otras personas a las que todo aquello afectaba, quizá mucho más de lo que antes podía parecerle a Aliosha. Resultaba hasta algo enigmático. El hermano Iván había dado un paso, cosa que esperaba Aliosha desde hacía tanto tiempo, pero he aquí que el propio Aliosha siente ahora que este paso de aproximación le ha asustado. ¿Y aquellas mujeres? Cosa rara: poco antes se dirigía a casa de Katerina Ivánovna con profunda turbación; ahora no experimentaba ninguna; al contrario, se apresuraba para llegar cuanto antes, como si esperara recibir alguna indicación. No obstante, transmitirle el encargo, ahora le resultaba, por lo visto, más penoso que antes: la cuestión de los tres mil rublos se había decidido de manera definitiva, y el hermano Dmitri, sintiéndose sin honor y sin esperanza alguna, ya no iba a detenerse, desde luego, ante ninguna caída. Además, le había mandado dar cuenta a Katerina Ivánovna, también, de la escena que se había producido en casa del padre.

Eran ya las siete de la tarde y comenzaba a oscurecer cuando Aliosha llegaba a la casa grande y confortable que la joven ocupaba en la calle Mayor. Aliosha sabía que Katerina Ivánovna vivía con dos tías suyas. Una de ellas en realidad sólo era tía de Agafia Ivánovna; era aquella persona callada que la había cuidado, junto con Agafia, en casa de su padre cuando Katerina regresó del instituto. En cuanto a la otra tía, era una señora de Moscú, de finas maneras y mucho empaque, aunque sin medios de fortuna. Se decía que las dos se subordinaban en todo a Katerina Ivánovna y que vivían con ella sólo para salvar las apariencias. Por lo que respecta a Katerina Ivánovna, obedecía únicamente a su bienhechora, la generala, que se había quedado en Moscú debido a su enfermedad y a la que aquélla estaba obligada a mandarle dos cartas por semana con noticias detalladas de su vida.

Cuando Aliosha entró en el vestíbulo y, dirigiéndose a la doncella que le había abierto la puerta, le pidió que le anunciara, en la sala, al parecer, ya conocían su llegada (quizá le habían visto por la ventana), pero Aliosha oyó cierto ruido, percibió unos precipitados pasos de mujer, rumor de vestidos: quizá dos o tres mujeres se fueron, presurosas. Al joven le pareció extraño haber podido provocar tanta agitación con su llegada. Pero en seguida le hicieron entrar a la sala. Era ésta una gran pieza, instalada con muchos y elegantes muebles, de un gusto que nada tenía de provinciano. Abundaban los divanes y tumbonas, los asientos cómodos, las mesas y mesitas; había cuadros en las paredes, jarrones y lámparas sobre las mesas y muchas flores; había, incluso, un acuario junto a una ventana. La hora crepuscular sumía la estancia en la penumbra. Aliosha vio una mantilla de seda abandonada sobre un diván, por lo visto ocupado hacía unos instantes, y en la mesita que había enfrente quedaban dos tazas de chocolate sin terminar, bizcochos, un plato de cristal con pasas y otro con bombones. Había habido alguien invitado. Aliosha adivinó que había llegado cuando tenían visita y frunció el entrecejo. Pero en aquel mismo instante se corrió un cortinón y con pasos rápidos, presurosos, entró Katerina Ivánovna, con una jubilosa sonrisa de admiración, tendiéndole ambas manos. Al mismo tiempo entró una criada y colocó sobre la mesa dos velas encendidas.

–¡Gracias a Dios, por fin ha venido usted! ¡En todo el día no he hecho más que rogar a Dios para que usted viniera! Siéntese.

La hermosura de Katerina Ivánovna ya había impresionado a Aliosha cuando su hermano Dmitri, unas tres semanas antes, le había llevado a casa de la joven para hacer las presentaciones, por haberlo deseado así con mucho empeño la propia Katerina Ivánovna. Cuando aquella entrevista, sin embargo, no sostuvieron ninguna conversación. Creyendo que Aliosha se sentía muy turbado, Katerina Ivánovna, en

cierto modo, quiso dejarle en paz y estuvo todo el tiempo hablando con Dmitri Fiódorovich. Aliosha callaba, pero se daba perfecta cuenta de muchas cosas. Había quedado sorprendido por el autoritarismo, la orgullosa desenvoltura y el aplomo de la altiva muchacha. Y todo aquello era real. Aliosha sentía que no exageraba. Tuvo la impresión de que los grandes y ardientes ojos negros de Katerina Ivánovna eran maravillosos y que armonizaban muy bien con su rostro oval, pálido, de una palidez hasta un poco amarillenta. En aquellos ojos, lo mismo que en el perfil de los encantadores labios, había algo de lo que su hermano, desde luego, podía enamorarse con pasión, pero a lo que quizá no era posible amar largo tiempo. Aliosha casi expuso francamente lo que pensaba a su hermano Dmitri cuando éste, después de la visita, le instó y le suplicó que no le ocultara la impresión que le había producido su novia.

–Con ella serás feliz, pero es posible que... la tuya sea una felicidad inquieta.

–Ya, ya, hermano, las mujeres como ella no dejan de ser nunca como son, no se resignan ante el destino. ¿Crees, pues, que no la amaré eternamente?

–Es posible que la ames eternamente, pero quizá no seas siempre feliz con ella...

Aliosha expuso entonces su opinión ruborizándose, lamentando en su fuero interno haber cedido a los ruegos del hermano y haber expresado aquellos «estúpidos» pensamientos. Porque a él mismo su opinión le pareció terriblemente estúpida tan pronto como la hubo formulado. Se sentía, además, avergonzado por haber expuesto de manera tan categórica lo que pensaba de una mujer. Tanta mayor fue ahora su sorpresa, cuando dirigió la primera mirada a Katerina Ivánovna que acudía presurosa a su encuentro, al sentir que la primera vez quizá se había equivocado en gran medida. El rostro de Katerina Ivánovna resplandecía, ahora, con ingenua bondad, sin afectación alguna, con sinceridad franca y vehe-

mente. En vez del «orgullo» y de la «altivez» que tanto le habían impresionado entonces, no se observaba más que una energía valiente, noble, y una fe poderosa y clara en sí misma. Al dirigirle la primera mirada y al oírle las primeras palabras, comprendió Aliosha que para ella quizá ya no era un secreto cuanto había de trágico en su situación respecto a un hombre al que tanto amaba; comprendió que ella, quizá, ya lo sabía todo, absolutamente todo. No obstante, había mucha luz en su rostro y mucha fe en el futuro. Ante ella, Aliosha se sintió de pronto seria y deliberadamente culpable. Quedó vencido y cautivado en un instante. Además, desde las primeras palabras Aliosha observó que Katerina Ivánovna se encontraba presa de una fuerte agitación interior, quizá muy insólita en ella, una agitación parecida, casi, al entusiasmo.

–¡Le he esperado tanto, porque sólo de usted puedo saber ahora toda la verdad, de usted y de nadie más!

–He venido... –balbuceó Aliosha, embrollándose–, yo... él me ha mandado...

–¡Ah, él le ha mandado! Ya lo presentía. ¡Ahora lo sé todo, todo! –exclamó Katerina Ivánovna, cuyos ojos relampaguearon súbitamente–. Un momento, Alexéi Fiódorovich; quiero explicarle antes por qué le he estado esperando con tanta impaciencia. Verá, es posible que yo sepa bastantes más cosas incluso que usted mismo; lo que de usted necesito no son noticias. Lo que necesito de usted es lo siguiente: necesito saber su propia impresión, su última impresión personal de él; necesito que me cuente usted con absoluta franqueza, sin ningún retoque y hasta con toda crudeza (¡con tanta crudeza como quiera!), cómo le ve usted ahora y cómo ve su situación, después de la entrevista que han tenido hoy. Quizás esto sea mejor que si yo misma hablara directamente con él, puesto que no desea volver a verme. ¿Comprende lo que yo quiero de usted? Ahora dígame simplemente, dígame aunque sea la más brutal de las palabras, para qué le ha enviado a verme...

–Me ha mandado... saludarla, decirle que no volvería nunca más... pero saludarla.

–¿Saludarme? ¿Lo ha dicho así, se ha expresado de este modo?

–Sí.

–¿No lo habrá dicho como de pasada, por casualidad, no se habrá equivocado de palabra y habrá empleado una por otra?

–No, ha insistido en que le transmitiera precisamente esta palabra: «saludarla». Me lo ha pedido unas tres veces para que no se me olvidara.

Katerina Ivánovna se puso como la grana.

–Ayúdeme ahora, Alexéi Fiódorovich; ahora sí necesito su ayuda: le diré lo que pienso y usted dígame sólo si estoy acertada o no. Escuche, si hubiera pedido a la ligera que me saludara sin insistir en la palabra, sin subrayarla, se habría terminado todo... ¡Esto sería el fin! Pero si él ha insistido de modo especial en esta palabra, si le ha pedido una y otra vez que no se olvidara de transmitirme ese *saludo*, ¿no estaría él, quizá, muy excitado y fuera de sí? ¡Ha tomado una resolución y su propia resolución le ha asustado! No se ha apartado de mí con paso firme, sino rodando hacia un abismo. El subrayar esta palabra quizá no signifique más que una baladronada...

–¡Eso, eso! –confirmó vivamente Aliosha–. A mí mismo me parece ahora que es así.

–¡Si es así, todavía no está perdido! Sólo está desesperado, pero aún puedo salvarle. Un momento: ¿no le ha hablado de dinero, de tres mil rublos?

–No sólo me ha hablado, sino que esto es, quizá, lo que más le consumía. Me ha dicho que ahora ya ha perdido el honor y que todo le es igual –respondió con vehemencia Aliosha, sintiendo cómo la esperanza afluía a su corazón y que, en verdad, existía todavía una salida y la salvación para su hermano–. ¿Pero, acaso usted... sabe lo de ese dinero? –añadió, y se quedó cortado.

–Lo sé hace tiempo y con certeza. Mandé un telegrama a Moscú, preguntando, y sé hace tiempo que no recibieron el dinero. Él no lo mandó, pero yo he callado. Esta última semana me he enterado de cómo necesitaba y necesita aún dinero... En toda esta cuestión no me he propuesto más que un objetivo: que sepa a quién puede dirigirse y quién es su más fiel amigo. No quiere creer, no, que yo soy su más fiel amigo; se niega a verme como soy, me mira sólo como mujer. Toda esta semana me ha atormentado una preocupación: ¿qué hacer para que él no se avergüence ante mí de haber malversado esos tres mil rublos? Que se avergüence ante todos y ante sí mismo, pero no ante mí. Seguro que a Dios se lo dice todo, sin avergonzarse. ¿Por qué no comprende aún cuánto puedo yo sufrir por él? ¿Por qué, por qué no me conoce, cómo se atreve a no conocerme después de todo lo que hubo? Yo quiero salvarle para siempre. ¡Que me olvide, si quiere, como prometida suya! ¡Ahora resulta que tiene miedo ante mí por su honor! ¿Verdad que a usted, Alexéi Fiódorovich, no ha tenido miedo de decirle lo que siente? ¿Por qué no me he hecho aún merecedora de la misma confianza?

Pronunció estas últimas palabras con la voz quebrada; los ojos se le llenaron de lágrimas.

–He de comunicarle –dijo Aliosha, con voz asimismo trémula– lo que acaba de pasarle con mi padre. –Y contó toda la escena, contó que Dmitri le había mandado por dinero, que había irrumpido luego en la casa, había pegado a su padre y después le había pedido, una vez más, a él, a Aliosha, de manera particular y apremiante, que fuera a «saludarla»–. Él se marchó en busca de aquella mujer... –añadió Aliosha, bajando la voz.

–¿Usted cree que no soportaré yo a esa mujer? ¿Cree él que no la soportaré? Pero no se casará con ella –dijo Katerina Ivánovna riendo, de pronto, con risa nerviosa–. ¿Acaso un Karamázov puede arder eternamente con una pasión semejante? Esto es pasión y no amor. No se casará, porque ella no

querrá... –volvió a sonreírse de manera extraña Katerina Ivánovna.

–Quizá se case –articuló tristemente Aliosha, bajando la mirada.

–¡Le digo que no se casará! Esa muchacha es un ángel, ¿no lo sabe usted? ¡Pues sépalo! –exclamó con súbita y extraordinaria viveza Katerina Ivánovna–. ¡Es la más fantástica de las fantásticas criaturas! Sé hasta qué punto es seductora, pero sé también hasta qué punto es buena, firme y noble. ¿Por qué me mira usted de este modo, Alexéi Fiódorovich? ¿Se sorprende, quizá, de mis palabras? ¿No me cree, quizá? ¡Agrafena Alexándrovna, ángel mío! –gritó, mirando hacia otra habitación–, venga con nosotros, hay aquí un joven muy simpático, es Aliosha; está al corriente de todas nuestras cosas, ¡déjese ver!

–Estaba detrás de la cortina, esperando a que me llamara –contestó una tierna voz femenina, un poco dulzona.

Se corrió el cortinón y... Grúshenka en persona, riéndose jubilosa, se acercó a la mesa. Aliosha se estremeció. Le clavó la mirada, no podía apartar de ella los ojos. Allí estaba aquella mujer terrible, la «fiera», según expresión que se le había escapado a su hermano Iván media hora antes. Sin embargo, ante él se encontraba, al parecer, la criatura más corriente y sencilla, una mujer bondadosa y simpática, digamos hermosa, pero ¡tan semejante a todas las otras mujeres hermosas, pero «corrientes»! Cierto, era guapa, muy guapa; era una belleza rusa, una de estas bellezas que apasionan a muchos. Era una mujer bastante alta, si bien algo menos que Katerina Ivánovna (ésta era ya de talla verdaderamente alta), de buenas formas, de movimientos suaves y silenciosos, delicados, hasta de cierto aire dulzón, como la propia voz. Avanzó no como Katerina Ivánovna, con paso firme y seguro, sino al contrario, sin que se la oyera. No se oía en absoluto el roce de sus pies con el suelo. Se dejó caer muellemente en la butaca, con suave crujir de su suntuoso vestido

de seda negra, envolviéndose con delicadeza su turgente cuello blanco como la espuma y sus anchos hombros, con un caro chal negro de lana. Tenía veintidós años y su faz representaba exactamente dicha edad. Era muy blanca de cara, con un acusado matiz rosa pálido. El perfil de su rostro parecía como demasiado ancho y la mandíbula inferior resultaba hasta un poquitín acusada. El labio superior era fino; el inferior, algo saliente, era dos veces más grueso y como hinchado. Pero sus abundantísimos y maravillosos cabellos castaños, sus oscuras cejas cebellinas, sus admirables ojos grises algo azulinos, con largas pestañas, habrían hecho detenerse ante esa cara y recordarla por mucho tiempo hasta al hombre más indiferente y distraído, aunque se hallara apretujado entre la muchedumbre un día de fiesta. De aquel rostro lo que más le impresionó a Aliosha fue la expresión infantil, ingenua. Aquella joven miraba como una niña, parecía alegrarse de alguna cosa como una niña, y así se acercó precisamente a la mesa, «alegrándose» y como si estuviera esperando algo con la más impaciente y confiada curiosidad infantil. Su mirada regocijaba el alma, Aliosha lo notó. Había aún algo más en ella, algo que Aliosha no habría podido o sabido explicar, pero que, tal vez, también en él hallaba un eco inconsciente, y era aquella suavidad, aquella dulzura de los movimientos del cuerpo, el felino silencio con que se movía. No obstante, tenía un cuerpo poderoso y de formas abundantes. Debajo del chal se le dibujaban los anchos hombros de suave línea y el alto busto, aún totalmente juvenil. Aquel cuerpo quizá prometía las formas de la Venus de Milo, aunque ya desde este mismo momento se presentían de proporciones un poco excesivas. Los entendidos en belleza femenina rusa, al ver a Grúshenka, habrían podido predecir, sin equivocarse, que esa hermosura fresca y todavía juvenil, al aproximarse a los treinta años iba a perder su armonía, a deslucirse; el propio rostro quedaría fláccido, aparecerían con extraordinaria rapidez pequeñas arrugas

junto a los ojos y en la frente, se marchitaría la tez, quizás adquiriría una tonalidad purpúrea; en una palabra, era una hermosura efímera, fugaz, como suele darse con tanta frecuencia en la mujer rusa. Aliosha, desde luego, no pensaba en estas cosas, pero, aunque cautivado, se preguntaba con cierta sensación de desagrado y como si lo lamentara: ¿por qué arrastra tanto las palabras y no habla con naturalidad? Por lo visto ella lo hacía así por entender que era bonito alargar de ese modo las palabras y matizar con inflexiones almibaradas las sílabas y los sonidos. En realidad, aquélla era una costumbre de mal gusto, testimonio de una baja educación, de una vulgar idea de las buenas maneras adquirida en la infancia. No obstante, esa articulación y entonación de las palabras se le aparecía a Aliosha como una contradicción casi intolerable con la expresión infantil del rostro, ingenua y gozosa, con el resplandor dulce y feliz de los ojos, como los de un recién nacido. Katerina Ivánovna, en un momento, la hizo sentar en una butaca frente a Aliosha y le besó varias veces, con entusiasmo, los rientes labios. Parecía enamorada de ella.

–Nos vemos por primera vez, Alexéi Fiódorovich –dijo radiante–. Yo deseaba conocerla, verla, quería ir a su casa, pero ha venido ella misma no bien ha tenido noticia de mi deseo. Yo estaba convencida de que juntas lo resolveríamos todo, ¡todo! Mi corazón lo había presentido... Me rogaron que no diera este paso, pero yo presentía cuál iba a ser el resultado y no me equivocaba. Grúshenka me lo ha explicado todo, me ha contado cuáles son sus propósitos; ha volado aquí, como un ángel bueno, a traerme la paz y la alegría...

–Usted no ha desdeñado mi compañía, estimada y digna señorita –dijo Grúshenka con voz cantarina y pausada y con la misma sonrisa agradable y jubilosa.

–¡No se atreva a decirme tales palabras, encantadora, hechicera! ¿Desdeñarla a usted? Mire, voy a besarle otra vez el labio inferior. Parece como si se le hubiese hinchado, pues

tome, para que se le hinche más, y más, más... Vea cómo se ríe, Alexéi Fiódorovich; cómo se alegra el corazón mirando a este ángel... –Aliosha se ruborizó, temblando leve e imperceptiblemente.

–Usted me mima, estimada señorita, y quizá no soy merecedora de su cariño.

–¡No es merecedora! ¡Que ella no es merecedora de todo esto! –exclamó otra vez con la misma vehemencia Katerina Ivánovna–. Sepa, Alexéi Fiódorovich, que tenemos una cabecita fantástica, que tenemos un corazoncito caprichoso, pero orgulloso, ¡muy orgulloso! Somos nobles, Alexéi Fiódorovich, somos generosas, ¿no lo sabía usted? Pero hemos sido desdichadas. Hemos estado dispuestas demasiado pronto a sacrificarlo todo por un hombre quizás indigno o frívolo. Hubo uno, que también era oficial, a quien amamos; se lo ofrecimos todo, de esto hace mucho tiempo, unos cinco años, pero él se olvidó de nosotras, se casó. Ahora es viudo, ha escrito, viene hacia aquí. Sepa que le amamos sólo a él, ¡sólo a él le hemos amado hasta ahora y le hemos amado toda la vida! Él vendrá y Grúshenka otra vez será feliz, pues en todos esos cinco años ha sido desdichada. Pero ¡quién va a hacerle ningún reproche, quién puede jactarse de haber obtenido su benevolencia! Tan sólo ese viejo cojo, el mercader, pero él ha sido más bien nuestro padre, nuestro amigo y protector. Él nos encontró entonces presas de la desesperación, torturadas, abandonadas por aquel a quien tanto amábamos... ¡Ella entonces quería arrojarse al agua y ahogarse, y ese viejo la salvó, la salvó!

–Mucho me defiende usted, estimada señorita, mucha prisa se da en todo –volvió a decir otra vez lentamente Grúshenka.

–¿Que la defiendo? ¿Quiénes somos para defenderla y cómo vamos a defenderla? Grúshenka, ángel, deme su manita; mire qué manita más rollicita, más pequeñita y más encantadora, Alexéi Fiódorovich; véala usted, esta manita me

ha traído la felicidad y me ha resucitado, y se la voy a besar, mire, por la palma y por detrás, ¡así, así y así!

Besó por tres veces, como embriagada, la manita realmente encantadora, quizá demasiado rolliza, de Grúshenka. Ésta, en cambio, después de tender su manita riendo, con una risa hechicera, nerviosa y cantarina, observaba a la «estimada señorita»; le resultaba agradable, era evidente, que le besaran la mano de aquel modo. «Quizás es excesivo este entusiasmo», centelleó en la cabeza de Aliosha, que se ruborizó. Durante todo ese tiempo, experimentaba como una inquietud especial en el corazón.

–No me avergüence, estimada señorita, besándome de este modo la mano en presencia de Alexéi Fiódorovich.

–¿Acaso he querido avergonzarla? –replicó algo sorprendida Katerina Ivánovna–. ¡Ah, querida, qué mal me comprende usted!

–Usted quizá tampoco me comprende bien, estimada señorita; soy, quizá, bastante peor de lo que le parezco. Tengo mal corazón, soy caprichosa. Si entonces me atraje a Dmitri Fiódorovich, el pobre, fue sólo para burlarme de él.

–Pero ahora le salvará. Me ha dado usted palabra. Usted le persuadirá, usted le descubrirá que ama a otro hace tiempo y que éste ahora le pide la mano...

–Ah, no, esta palabra no se la he dado. Ha sido usted la que me ha dicho todo esto, pero yo no.

–Entonces, no la habré comprendido bien –manifestó en voz baja Katerina Ivánovna, palideciendo ligerísimamente–. Usted ha prometido...

–Ah, no, angelical señorita, no le he prometido nada –le interrumpió Grúshenka dulcemente, sin alzar la voz, con la misma expresión de gozo e inocencia–. Ahora mismo se ve, digna señorita, cuán mala y despótica soy ante usted. Yo haré lo que me venga en gana. Hace un momento quizá le he prometido algo, pero ahora pienso otra vez: a lo mejor vuelve a gustarme, me refiero a Mitia, pues una vez ya me gustó

mucho, casi durante una hora entera. A lo mejor me voy y le digo que se quede a mi lado desde hoy mismo... Ya ve si soy inconstante.

–Hace unos momentos usted hablaba... de manera muy distinta... –apenas articuló Katerina Ivánovna.

–¡Oh, hace unos momentos! Lo que pasó es que soy de corazón tierno, soy tonta. ¡Cuando pienso en lo que por mí ha sufrido! A lo mejor llego a casa y siento lástima por él; ¿qué pasa, entonces?

–No esperaba...

–¡Ah, señorita, qué buena y noble es usted en comparación conmigo! Ahora va usted a dejar de quererme, tonta que soy, por mi carácter. Deme su manita gentil, angelical señorita –rogó con ternura, tomando casi con veneración la mano de Katerina Ivánovna–. Tomo su mano, estimada señorita, y también se la beso, como usted la mía. Me la ha besado usted tres veces, yo debería de besársela trescientas para estar en paz. Así sea, y luego Dios dirá, quizás acabe convirtiéndome en su esclava y desee complacerla en todo como tal. Que sea como Dios quiera, sin tratos ni promesas entre nosotras. Su manita, qué bella es su manita, ¡qué manita! ¡Mi señorita estimada, hermosa mía de ensueño!

Se acercó suavemente aquella manita a los labios con un extraño propósito, la verdad, el de «estar en paz» con sus besos. Katerina Ivánovna no retiró la mano: con tímida esperanza escuchó la última promesa de Grúshenka, aunque expresada también de manera muy rara: la de complacerla «como una esclava»; la miraba a los ojos con toda el alma y veía en ellos la misma expresión bondadosa y confiada, la misma transparente alegría... «¡Quizás es demasiado ingenua!», pensó Katerina Ivánovna con un aleteo de esperanza en el corazón. Entretanto, Grúshenka, como encantada por aquella «gentil manita», se la llevaba lentamente a los labios. Pero junto a los propios labios, la retuvo durante unos

dos o tres segundos, como si estuviera reflexionando alguna cosa.

–¿Sabe, angelical señorita? –dijo de repente, arrastrando las palabras con la más tierna y almibarada de las voces–, ¿sabe?, pues no voy a besarle la manita –y prorrumpió en una risita menuda y juguetona.

–Como quiera... ¿Qué le pasa? –de pronto, Katerina Ivánovna se estremeció.

–Nada, quédese usted con el recuerdo de haberme besado la mano y de que yo no lo he hecho. –Algo le brilló de pronto en los ojos. Miraba con una fijeza terrible a Katerina Ivánovna.

–¡Insolente! –profirió Katerina Ivánovna como si, de pronto, hubiera comprendido algo; se puso como la grana y se levantó bruscamente.

También Grúshenka se levantó sin apresurarse.

–Así se lo voy a contar ahora a Mitia: que usted me ha besado la mano y yo a usted no. ¡Cómo se va a reír!

–¡Miserable! ¡Fuera de aquí!

–¡Oh, qué vergüenza, señorita, qué vergüenza! En usted hasta resulta indecente decir tales palabras, estimada señorita.

–¡Fuera de aquí, mujerzuela vendida! –vociferó Katerina Ivánovna, en cuyo rostro, totalmente desfigurado, temblaba cada uno de los músculos.

–¡Oh, y me llama vendida! Usted misma, siendo doncella, al anochecer visitaba a los caballeros para hacerse con dinero; iba a vender su hermosura, bien lo sé.

Katerina Ivánovna lanzó un grito e iba a arrojarse contra Grúshenka, pero Aliosha la retuvo con todas sus fuerzas:

–¡Ni un paso, ni una palabra! No diga nada, no responda nada, se irá, ¡ahora mismo se irá!

En ese instante irrumpieron en la sala las dos parientes de Katerina Ivánovna, que la habían oído gritar; entró también corriendo la doncella. Todas se precipitaron hacia la joven.

–Ya me voy –dijo Grúshenka, cogiendo la mantilla del diván–. Aliosha, simpático, ¡acompáñame!

–¡Váyase, váyase cuanto antes! –le suplicó Aliosha, juntando las manos.

–¡Simpático Aliosha, acompáñame! Por el camino te voy a decir una palabrita buena, ¡requetebuena! Si he representado esta escena ha sido por ti, Alióshenka. Acompáñame, palomito, no te arrepentirás.

Aliosha se volvió, retorciéndose las manos. Grúshenka salió de la casa riendo sonoramente.

Katerina Ivánovna sufrió una violenta crisis de nervios. Lloraba, los espasmos la ahogaban. A su alrededor, todos se desvivían por ella.

–Ya la advertí –le dijo la tía mayor–, ya le decía yo que no diera este paso... es usted demasiado impulsiva... ¡Cómo pudo decidirse a dar un paso semejante! Usted no conoce a esa gentuza, y, según dicen, esta mujer es la peor de todas... ¡Es usted demasiado obstinada!

–¡Es un tigre! –chilló Katerina Ivánovna–. ¿Por qué me ha retenido usted, Alexéi Fiódorovich? Le habría dado una paliza, ¡una paliza!

Era incapaz de contenerse ante Aliosha; quizá ni lo deseaba.

–Lo que merece es el látigo, la horca, con verdugo y en público...

Aliosha retrocedió hacia la puerta.

–¡Pero, Santo Dios! –gritó de súbito Katerina Ivánovna, juntando las manos–. ¡Y él! ¡Él ha podido ser tan vil, tan inhumano! Él ha contado a este bicho lo que hubo aquel día fatal, aquel día maldito, ¡eternamente maldito! «Iba a vender su hermosura, estimada señorita.» ¡Ella lo sabe! ¡Su hermano es un canalla, Alexéi Fiódorovich!

Aliosha quería decir algo, pero no encontraba palabras. El dolor le oprimía el corazón.

–¡Váyase, Alexéi Fiódorovich! Me siento avergonzada, ¡es terrible! Mañana... se lo suplico de rodillas, venga maña-

na. No me censure, perdóneme, ¡no sé aún lo que voy a hacer de mí!

Aliosha salió a la calle como tambaleándose. También él, como ella, tenía ganas de llorar. De pronto le alcanzó la criada.

–La señorita se ha olvidado de entregarle esta carta de la señora Jojlakova, la tenía desde la hora de comer.

Aliosha tomó maquinalmente el sobrecito rosa y se lo metió en el bolsillo, casi sin darse cuenta de lo que hacía.

11. Otra reputación perdida

De la ciudad al monasterio no había mucho más de una versta. Aliosha iba a buen paso por el camino, desierto a esa hora. Era ya casi de noche, a treinta pasos resultaba difícil distinguir los objetos. A mitad del camino había una encrucijada. En la encrucijada, al pie de un sauce solitario, se entreveía una figura. No bien Aliosha llegó a ese lugar, la figura se movió y se lanzó contra él, gritando con estentórea voz:

–¡La bolsa o la vida!

–¡Cómo! ¡Eres tú, Mitia!... –exclamó, sorprendido, Aliosha, después de haberse llevado, sin embargo, un buen susto.

–¡Ja-ja-ja! ¿No lo esperabas, eh? Yo pensaba: ¿dónde le aguardarás? ¿Cerca de la casa de Katerina Ivánovna? De allí salen tres caminos y te me podías escapar. Por fin se me ha ocurrido esperarte aquí, porque por aquí habías de pasar sin falta; no hay otro camino que lleve al monasterio. Bueno, dime la verdad, aplástame como a una cucaracha... Pero, ¿qué te pasa?

–Nada, hermano... ha sido el susto. ¡Ah, Dmitri! Hace poco, la sangre de nuestro padre... –Aliosha se echó a llorar, hacía mucho que deseaba hacerlo y en ese momento fue como si algo se le desgarrara en el alma–. Por poco le ma-

tas... le has maldecido... y ahora... te pones a bromear... ¡la bolsa o la vida!

–Ah, sí; bueno, hombre... ¿Quieres decir que esto no está bien? ¿Que no concuerda con la situación?

–No es esto... es un hablar...

–Espera. Mira la noche: ya ves qué tenebrosa, ¡qué nubes y qué viento se ha levantado! Me he escondido aquí, debajo del sauce, de plantón; de pronto he pensado (¡Dios es testigo!): ¿para qué dar más vueltas? ¿A qué esperar? Aquí tienes un sauce, tienes un pañuelo, una camisa, ahora mismo puedes trenzar una cuerda, con los tirantes del pantalón por añadidura ¡y no fatigues más la tierra, no la deshonres más con tu baja presencia! Y he aquí que oigo tus pasos. ¡Señor! Ha sido como una súbita conmoción: existe, pues, una persona a la que yo amo, ahí está, ésa es la persona, es mi querido hermano, a quien quiero más que a nadie en el mundo, ¡la única persona a la que quiero! Y he sentido tanto cariño por ti, es tanto el amor que por ti me ha invadido en ese instante, que he pensado: ¡me le echaré ahora mismo al cuello! Pero se me ha ocurrido una idea estúpida: «Le divertiré un poco, voy a darle un susto». Y me he puesto a gritar como un imbécil: «¡La bolsa!». Perdona la tontería, todo esto es absurdo, pero en el alma... también llevo lo mío... Bueno, al diablo; pero dime, ¿qué ha habido allí? ¿Qué ha dicho? ¡Aplástame, fulmíname, no me tengas compasión! ¿Se ha puesto furiosa?

–No, no es esto... Lo que ha pasado allí es muy distinto, Mitia. Allí... Allí acabo de encontrarlas a las dos.

–¿Cómo, a las dos?

–A Grúshenka y a Katerina Ivánovna.

Dmitri Fiódorovich quedó estupefacto.

–¡Es imposible! –gritó–. ¡Estás delirando! ¿Grúshenka, en su casa?

Aliosha le contó cuanto le había sucedido desde el momento mismo en que llegó a casa de Katerina Ivánovna. Estuvo hablando unos diez minutos. Su relato no resultó muy fluido y

ordenado, mas, al parecer, Aliosha habló con claridad, refiriendo las palabras y los gestos más importantes y expresando con gran viveza, a menudo de un solo trazo, sus propios sentimientos. Dmitri escuchaba en silencio, fija la mirada, con una inmovilidad espantosa; pero Aliosha ya no tenía duda alguna de que su hermano lo había comprendido todo, se había hecho cargo de lo sucedido. A medida que el relato avanzaba, el rostro de Dmitri iba adquiriendo una expresión no ya sombría, sino más bien amenazadora. Dmitri frunció las cejas, apretó los dientes, su mirada inmóvil se hizo aún más inmóvil, más obstinada, más espantosa... Tanto más inesperado resultó que, de pronto, con una rapidez inconcebible, se le cambiara toda la expresión del rostro, hasta entonces airado y feroz; se le distendieron los apretados labios y Dmitri Fiódorovich prorrumpió en la más estrepitosa y espontánea de las carcajadas. Se desternillaba literalmente de risa, y durante bastante rato ni siquiera pudo articular palabra.

–¡Así, no le ha besado la mano! ¡No se la ha besado, se ha ido sin besársela! –gritaba con cierto entusiasmo morboso, cabría también decir con un entusiasmo insolente si no hubiera estado tan desprovisto de todo artificio–. ¡Y la otra ha gritado que era un tigre! ¡Un tigre, eso es! ¿Y se merece que la lleven al cadalso? Sí, sí, sería necesario, es necesario, soy de la misma opinión, es necesario, ¡hace mucho tiempo que es necesario! Verás, hermano, que sea el cadalso, pero primero me tengo que curar. Comprendo a la reina de la insolencia, toda ella está ahí; en lo de la manita se ha manifestado toda ella, ¡la infernal! ¡Es la reina de todas las infernales que en el mundo puedan imaginarse! ¡En su género, es el no va más! ¿Así, se fue corriendo a su casa? Ahora mismo yo... ah... ¡Me voy a toda prisa a su lado! Aliosha, no me censures, ya estoy de acuerdo con que estrangularla es poco...

–¿Y Katerina Ivánovna? –exclamó tristemente Aliosha.

–A ella también la estoy viendo, la veo de parte a parte, ¡la veo como nunca! ¡Esto es el descubrimiento de las cuatro

partes del mundo, quiero decir, de la quinta! ¡Dar un paso semejante! ¡Ésta es la misma Kátenka de entonces, la colegiala; la que, movida por la magnánima idea de salvar a su padre, no temió presentarse a un oficial grosero y estúpido exponiéndose a sufrir los peores ultrajes! Qué orgullo el nuestro, qué necesidad de riesgo, qué desafío al destino, a lo que no tiene fin ni medida! ¿Dices que su tía se lo desaconsejaba? Esa tía, ¿sabes?, también es autoritaria, es la hermana de la generala moscovita y aún tenía más humos que ésta, pero su marido fue procesado por malversación de fondos públicos y lo perdió todo, incluso su finca; la altanera esposa bajó inmediatamente el tono; desde entonces no ha vuelto a levantar cabeza. De modo que desaconsejaba a Katia que diera ese paso y Katia lo ha dado. «Puedo vencerlo todo (se ha dicho), todo puedo someterlo a mi dominio; si quiero, embrujaré también a Grúshenka»; y se lo ha creído, se ha pavoneado ante sí misma, ¿a quién echar la culpa? ¿Crees que si ha besado primero la mano de Grúshenka lo ha hecho con astuto cálculo? No, ella se había encariñado con Grúshenka, es decir, no con Grúshenka, sino con su propio sueño, con su locura. ¡Aquél era *su* sueño, aquélla era *su* locura! Mi buen Aliosha, ¿cómo has podido escapar de mujeres como ésas? ¿Has echado a correr recogiéndote la sotana? ¡Ja-ja-ja!

–Hermano, me parece que aún no te has dado cuenta de cómo has ofendido a Katerina Ivánovna al contar a Grúshenka lo de aquel día, y ésta ahora le ha echado en cara que «usted misma iba en secreto a vender su hermosura a los caballeros». Hermano, ¿hay ofensa mayor que ésta? –A Aliosha le atormentaba la idea de que su hermano se alegrara de la humillación sufrida por Katerina Ivánovna, aunque, desde luego, esto no podía ser.

–¡Ah! –Dmitri Fiódorovich frunció espantosamente el ceño y se dio una palmada en la frente. Sólo en ese instante se fijó en tales palabras, aunque Aliosha ya le había contado de una vez, hacía unos momentos, todo lo sucedido, y le ha-

bía hablado de la ofensa y del grito de Katerina Ivánovna: «¡Su hermano es un canalla!»–. Sí, quizá sí le hablé a Grúshenka de aquel «día fatal», como dice Katia. Sí, en efecto se lo conté, lo recuerdo. Fue entonces, en Mókroie, yo estaba borracho, las cíngaras cantaban... Pero yo lloraba, entonces yo mismo lloraba, estaba de rodillas rezando ante la imagen de Katia, y Grúshenka lo comprendía. Entonces, ella lo comprendió todo, me acuerdo, ella misma lloraba... ¡Ah, diablos! Pero ¿podía ser de otro modo, ahora? Entonces lloraba, mientras que ahora... ¡«una puñalada en el corazón»! Las mujeres son así.

Bajó los ojos y se quedó pensativo.

–¡Sí, soy un canalla! Un verdadero canalla –articuló de pronto con tenebrosa voz–. Da lo mismo que llorara o no, ¡de todos modos soy un canalla! Dirás allí que acepto el calificativo, si esto puede servir de consuelo. Bueno, basta ya de charla, ¡adiós! No es divertido. Tú sigue tu camino, yo seguiré el mío. Y no quiero que nos volvamos a ver hasta que llegue algún último minuto. ¡Adiós, Alexéi!

Apretó fuertemente la mano de Aliosha, y todavía con los ojos bajos, sin levantar la cabeza, como si se arrancara a sí mismo de su sitio, se puso a caminar a grandes zancadas en dirección a la ciudad.

Aliosha le siguió con la mirada sin creer que su hermano se fuera tan de súbito para siempre.

–Espera, Alexéi, aún he de hacerte otra confesión, ¡a ti solo! –Dmitri volvió repentinamente sobre sus pasos–. Mírame, mírame bien: aquí, ¿ves?, aquí se está preparando una infamia espantosa. –Al decir «aquí», Dmitri Fiódorovich se golpeaba el pecho con un aspecto tan extraño como si la infamia se encontrara y guardara precisamente ahí, en algún lugar de su pecho, quizás en el bolsillo o cosida en un pequeño bolso colgando del cuello–. Ya me conoces: ¡soy un canalla y soy tenido por canalla! Pero has de saber que cuanto haya hecho antes o pueda hacer ahora y el día de mañana,

nada puede compararse en vileza con la infamia que precisamente ahora, precisamente en este minuto, llevo aquí, en el pecho, aquí, mira, aquí, una infamia que actúa y se elabora y a la que yo soy dueño absoluto de detener; puedo detenerla o ejecutarla, ¡fíjate en lo que te digo! Pues ten en cuenta que no voy a detenerla, sino que la realizaré. Hace unas horas te lo he contado todo, pero esto no, porque ¡ni siquiera yo he tenido bastante cara dura! Aún puedo detenerme; deteniéndome, mañana mismo podría recuperar la mitad entera del honor perdido, pero no me detendré, llevaré a cabo mi vil proyecto, y tú serás en adelante testigo de que he dicho estas palabras con anticipación y con plena conciencia de lo que digo. ¡Perdición y tinieblas! No tengo por qué explicarte nada, te enterarás a su hora. ¡Callejón hediondo y mujer infernal! Adiós. No reces por mí, no lo merezco, y no hace falta en absoluto, no hace falta en absoluto... ¡No lo necesito para nada! ¡Fuera!...

Y se alejó, esta vez definitivamente. Aliosha se encaminó al monasterio. «¿Cómo, pero cómo es eso de que no le veré más? ¿Qué dice? –se preguntaba, sin poderlo admitir–. Mañana mismo le veré sin falta, le buscaré, le buscaré adrede, ¡qué cosas dice!...»

Rodeó el monasterio y a través del bosque de pinos se dirigió directamente a la ermita. Le abrieron la puerta, aunque a esa hora ya no dejaban entrar a nadie. El corazón se le estremecía cuando entró en la celda del stárets: «¿Por qué, por qué he salido, por qué me ha mandado "al mundo"? Aquí reina la paz, éste es un lugar de santidad, mientras que allí todo es confusión, todo son tinieblas en las que en seguida te pierdes y te extravías...».

En la celda se encontraban el novicio Porfiri y el monje sacerdote Paísi, quien durante todo el día se había presentado cada hora a preguntar por la salud del padre Zosima, cuyo estado iba empeorando, según se enteró Aliosha con espan-

to. Esta vez no pudo celebrarse ni siquiera la habitual charla vespertina con la comunidad. Generalmente, todas las noches, después del oficio divino, antes de retirarse a dormir, los monjes del monasterio acudían a la celda del stárets y cada uno de ellos confesaba en alta voz los pecados de la jornada, sus sueños pecaminosos, sus pensamientos, sus tentaciones, hasta las riñas que entre ellos se hubieran producido. Algunos se confesaban de rodillas. El stárets absolvía, reconciliaba, aconsejaba, imponía penitencias, bendecía y despedía. Era contra tales «confesiones» fraternales contra lo que se sublevaban los enemigos de los startsi, diciendo que así se profanaba la confesión como sacramento, que eso era casi un sacrilegio; pero se trataba de algo muy distinto. Se había recurrido incluso a la autoridad diocesana afirmando que tales confesiones no sólo no llevaban a un buen fin, sino que, en realidad, inducían al pecado y a la tentación con conocimiento de causa. Se daba a entender que a muchos de los hermanos les pesaba acudir a la celda del stárets a confesarse e iban contra su voluntad, porque así lo hacían todos y para que no los tuvieran por orgullosos y levantiscos. Se contaba que algunos de los hermanos, al dirigirse a la confesión vespertina, se ponían antes de acuerdo: «Yo diré que esta mañana me he puesto furioso contigo y tú confírmalo», y esto por tener algo que decir, para salir del paso. Aliosha sabía que, en efecto, así sucedía algunas veces. También sabía que ciertos hermanos estaban muy indignados, asimismo, por la costumbre de llevar al stárets hasta las cartas que recibían los ermitaños de los parientes para que aquél las abriera antes que los destinatarios. Se presuponía, claro está, que todo esto debía efectuarse libre y sinceramente, de todo corazón, en nombre de una sumisión voluntaria y de una edificación salvadora, pero en realidad sucedía que a veces tenía lugar de manera muy poco sincera, artificiosa y falsa. Sin embargo, los miembros de más edad y experiencia de la comunidad mantenían su criterio pensando que para «quien entra-

ba en aquel recinto movido por un sincero afán de salvarse, todos esos actos de obediencia y renuncia resultaban sin duda salvadores y le eran de gran provecho; quien, por el contrario, encontraba penosas aquellas pruebas y murmuraba contra ellas, era como si no fuese un monje y habría hecho mejor en no entrar en el monasterio; su lugar estaba en el mundo. En cuanto al pecado y al demonio, no te libras de ellos ni en el mundo ni en el templo; por tanto, no hay por qué andarse con contemplaciones».

–Está débil, amodorrado –comunicó en voz baja el padre Paísi a Aliosha, después de haberle bendecido–. Hasta resulta difícil despertarle. Pero no hay por qué hacerlo. Ha estado despierto unos cinco minutos, ha pedido que se mandara su bendición a los monjes y a ellos les ha rogado que le tuvieran presente en sus oraciones por la noche. Tiene la intención de comulgar mañana otra vez. A ti te ha recordado, Alexéi, ha preguntado si habías salido; le hemos respondido que estabas en la ciudad. «Por esto le he dado yo mi bendición; su lugar está allí, y no aquí, por ahora», eso es lo que ha dicho de ti. Te ha recordado cariñosamente, preocupado por ti, ¿te das cuenta de qué honor te has hecho digno? Pero ¿por qué te ha prescrito vivir durante cierto tiempo en el mundo? ¡Esto significa que algo prevé en tu destino! Comprende, Alexéi, que si vuelves al mundo es en cumplimiento de la obligación que te ha impuesto tu stárets y no para que te dejes llevar por la frivolidad mundana ni por las diversiones profanas...

El padre Paísi salió. Para Aliosha no había duda de que el stárets se estaba acabando, aunque podía vivir un día o dos más. Aliosha decidió firme y vehementemente que, pese a la promesa dada de verse con su padre, con las Jojlakov, con su hermano y con Katerina Ivánovna, no se iría del monasterio en todo el día siguiente y permanecería al lado del stárets hasta que hubiera fallecido. El corazón le ardía en amor y Aliosha se reprochó amargamente haber podido hasta ol-

vidar por un instante allí, en la ciudad, que había dejado en el monasterio, en el lecho de muerte, a aquel a quien veneraba por encima de todos los demás en el mundo. Pasó al dormitorio del stárets, se hincó de rodillas y se inclinó hasta el suelo ante el anciano, que dormía dulcemente, inmóvil, con leve y acompasada respiración, casi imperceptible. Su cara tenía una expresión sosegada.

Aliosha volvió a la otra pieza –la misma en que por la mañana el stárets había recibido las visitas–, y casi sin desnudarse, quitándose sólo las botas, se tendió en el pequeño diván de cuero, duro y estrecho, en el que dormía todas las noches, desde hacía ya tiempo, sin usar más que una almohada. Hacía mucho que se olvidaba de extender el colchón del que su padre le había hablado aquel día, gritando. Sólo se quitaba los hábitos, con los que se cubría en vez de manta. Pero antes de dormirse, se arrodilló y rezó largo rato. En su ardiente plegaria no pedía a Dios que le pusiera en claro la turbación que sentía, anhelaba tan sólo experimentar un gozoso enternecimiento, el enternecimiento que antes experimentaba después de haber alabado y glorificado a Dios, que en esto solía consistir toda su plegaria de las noches. La alegría que invadía su ser le procuraba un sueño ligero y tranquilo. Al rezar esa noche, notó casualmente que llevaba en el bolsillo el pequeño sobre que le había entregado la doncella de Katerina Ivánovna después de haberle dado alcance en la calle. Se turbó, pero llevó hasta el fin su plegaria. Luego, después de cierta vacilación, abrió el sobre: contenía una cartita para él firmada por *Lise,* la joven hija de la señora Jojlakova, la que por la mañana tanto se había burlado de él en presencia del stárets.

«Alexéi Fiódorovich –decía la carta–, le escribo sin que lo sepa nadie, ni siquiera mamá; sé que eso no está bien, pero no puedo seguir viviendo si no le digo lo que ha nacido en mi corazón, y esto por ahora no lo ha de saber nadie excepto

nosotros dos. Pero ¿cómo le diré lo que tengo tantos deseos de contarle? Dicen que el papel no se ruboriza, pero le aseguro que no es verdad y que se ruboriza exactamente como me estoy ruborizando yo ahora. Mi querido Aliosha, le amo, le amo ya desde la infancia, desde Moscú, cuando era usted tan diferente de ahora, y le amo para toda la vida. Le he elegido en mi corazón para unirme con usted y acabar juntos nuestra vida en la vejez. Naturalmente, a condición de que salga usted del monasterio. Por lo que afecta a nuestra edad, esperaremos cuanto la ley ordene. Para entonces ya estaré completamente restablecida, caminaré y bailaré. Eso está fuera de toda duda.

»Ya ve que todo lo he pensado, sólo hay una cosa que no puedo imaginarme: ¿qué pensará usted de mí, cuando haya leído esta carta? Yo siempre me río y hago travesuras, hoy le he molestado, pero le aseguro que antes de tomar la pluma he rezado a la Virgen, y ahora mismo estoy rezando y poco me falta para llorar.

»Mi secreto está en sus manos; no sé cómo podré mirarle mañana, cuando usted venga. ¡Oh, Alexéi Fiódorovich! ¿Y si no puedo contenerme otra vez, como una tonta, y me pongo a reír, como hoy, al mirarle? Entonces me tomará por una burlona malvada y no creerá lo que le digo en esta carta. Por esto le suplico, querido mío, que si siente usted compasión por mí, mañana, cuando entre, no me mire demasiado directamente a los ojos, porque yo, al encontrarme con su mirada, quizá me eche a reír sin poderlo evitar, tanto más cuanto que llevará usted ese vestido largo... Incluso ahora siento escalofríos cuando pienso en ello; por esto, cuando entre, no me mire en absoluto durante un rato, mire a mamá o a la ventana...

»Ya ve, le he escrito una carta de amor, ¡Dios mío, lo que he hecho! Aliosha, no me desprecie; si he hecho algo muy malo y le he disgustado, perdóneme. Ahora, el secreto de mi reputación, perdida quizá para siempre, está en sus manos.

»Hoy lloraré, no hay duda. Hasta la vista, hasta la *terrible* entrevista.

»*Lise.*

»P. S. Aliosha, ¡venga usted sin falta, sin falta, sin falta! *Lise.*»

Aliosha leyó la carta sorprendido, la releyó; reflexionó un poco y, de pronto, se rió suave, dulcemente. Se estremeció, aquella risa le pareció pecaminosa. Pero un momento más tarde, volvió a reírse con la misma placidez y felicidad. Dobló con calma la carta y la puso de nuevo en el sobrecito, se santiguó y se acostó. Le desapareció, de pronto, la turbación del alma. «Señor, perdónalos a todos, a cuantos he encontrado en el día de hoy; extiende sobre ellos tu misericordia, pues la desdicha y las pasiones les sacuden el alma, guíalos. En tus manos están todos los caminos: con estos insondables caminos tuyos, sálvalos. ¡Tú eres el amor, tú les mandarás a todos la alegría!», balbuceó Aliosha santiguándose, durmiéndose con tranquilo sueño.

Segunda parte

Libro cuarto

Los desgarramientos

1. El padre Ferapont

Muy temprano, antes de que amaneciera, despertaron a Aliosha. El stárets ya no dormía y se sentía muy débil, a pesar de lo cual deseó levantarse de la cama y sentarse en su sillón. Tenía completamente lúcida la mente; el rostro, aunque muy fatigado, se le veía sereno, casi lleno de gozo, de mirada alegre, afable y requiriente. «Quizá no sobreviviré al día que llega», dijo a Aliosha; luego manifestó el deseo de confesarse y comulgar en seguida. Le confesaba siempre el padre Païsi. Después de estos dos sacramentos, se dispusieron a administrarle la extremaunción. Acudieron los monjes sacerdotes; poco a poco la celda fue llenándose de ermitaños. Entretanto, rompió el día. Empezaron a llegar también los monjes del monasterio. Terminado el oficio religioso, el stárets decidió despedirse de todos y a todos los besó. Como la celda era tan reducida, los que llegaban primero salían y dejaban sitio a los otros. Aliosha estaba de pie al lado del stárets, que había vuelto a sentarse en el sillón. Hablaba y aleccionaba cuanto podía; su voz, aunque débil, aún era bastante firme. «Me he pasado tantos años instruyéndoles y, por tanto, ha-

blando en alta voz, que ya me he acostumbrado a hablar y, hablando, instruir, y eso hasta tal punto que callar casi me sería más difícil que hablar, estimados padres y hermanos, incluso ahora, pese a mi debilidad», dijo en son de broma, mirando enternecido a quienes se habían agrupado cerca de él. Aliosha recordó, más tarde, algunas de las cosas que el stárets entonces dijo. Pero aunque el padre Zosima hablaba de manera inteligible y con voz bastante firme, sus palabras resultaban algo incoherentes. Habló de muchas cosas, parecía que deseaba decirlo todo, acabar de expresar a la hora de la muerte cuanto no había repetido bastante en el transcurso de su vida, y no sólo movido por el afán de enseñar a los demás, sino por el anhelo de compartir su alegría y su entusiasmo con todos, para hacer entrega una vez más de su corazón en vida...

«Amaos los unos a los otros, padres –les exhortaba el stárets, según recordó más tarde Aliosha–. Amad al pueblo del Señor. Por haber venido aquí y habernos encerrado entre estas paredes no somos más santos nosotros que quienes viven en el mundo; al contrario, todo aquel que viene aquí, por este solo hecho, reconoce en sí mismo que es peor que los seglares, peor que todos y todo en la tierra... Y cuanto más tiempo viva luego el ermitaño entre sus paredes, tanto más profundamente ha de comprender esta verdad. Pues, en caso contrario, no tenía por qué haber venido aquí. Únicamente cuando comprenda que no sólo es peor que todos los seglares, sino que es culpable por todos y por todo ante todas las personas, por todos los pecados del hombre, colectivos y personales, sólo entonces alcanzará el fin de nuestro aislamiento. Pues tenéis que saber, estimados míos, que cada uno de nosotros es culpable por todos y por todo en la tierra, sin duda alguna, no sólo de la culpa general de la humanidad, sino por todos y por cada uno de los hombres en particular. Esta conciencia es la corona de toda la vida monacal y de todo hombre en este mundo. Pues los monjes no

son hombres distintos de los demás, sino hombres como todos deberían de ser en la tierra. Sólo entonces se sumirán nuestros corazones en el amor infinito, universal, nunca saciado. Entonces cada uno de vosotros encontrará en sí fuerzas para ganarse al mundo entero con el amor y para lavar con sus lágrimas los pecados del mundo... Que cada uno se mantenga cerca de su corazón, que cada uno se confiese sin cesar. No temáis vuestro pecado ni siquiera teniendo de él conciencia mientras os arrepintáis, pero no presentéis condiciones al Altísimo. Sobre todo os digo que no seáis orgullosos. No os sintáis orgullosos ante los pequeños, no os sintáis orgullosos tampoco ante los grandes. No odiéis a quienes os rechacen, a quienes os deshonren, a quienes os insulten ni a quienes os calumnien. No odiéis a los ateos, a quienes enseñan el mal, a los materialistas, ni siquiera a los malos, por no hablar de los buenos, pues también entre ellos hay mucha gente buena, sobre todo en nuestros tiempos. Acordaos de ellos en vuestras oraciones, diciendo: salva, Señor, a todos los que no tienen quien rece por ellos, salva también a aquellos que no quieren elevar a ti sus plegarias. Y añadid a continuación: no es por orgullo por lo que te dirijo esta plegaria, Señor, pues yo mismo soy miserable, más que todos y que todo... Amad a los hijos del Señor, no dejéis que los forasteros os arrebaten el rebaño, pues si os dormís en la pereza y en vuestro orgullo desdeñoso, y peor aún si es en el egoísmo, vendrán de todos los países y os arrebatarán vuestro rebaño... Explicad el Evangelio a las gentes sin cansaros... No pequéis por concusión... No pongáis afecto al oro y a la plata, no los tengáis... Creed y mantened alta la bandera de la fe. Levantadla muy alta...»

De todos modos, el stárets hablaba de manera más entrecortada de lo que aquí se ha expuesto y de lo que anotó, luego, Aliosha. A veces se interrumpía como si reuniera fuerzas, jadeaba, pero estaba como en éxtasis. Le escuchaban emocionados, aunque muchos se sorprendían de sus pala-

bras y las consideraban oscuras... Luego todos las recordaron. Aliosha tuvo que salir por unos momentos de la celda y quedó impresionadísimo al ver la agitación general y la espera de la comunidad agrupada dentro y fuera de la celda. Algunos esperaban casi con inquietud; otros, con solemnidad. Todos creían que iba a producirse algo inmediato y grandioso no bien el stárets falleciera. Desde cierto punto de vista, semejante espera resultaba casi pueril, pero de ella participaban hasta los padres más severos. El rostro que presentaba un aire de mayor gravedad era el del padre Païsi. Aliosha se ausentó de la celda sólo porque fue misteriosamente llamado por un monje que le entregó una extraña carta de la señora Jojlakova, carta que había traído de la ciudad Rakitin. La señora Jojlakova comunicaba a Aliosha una curiosa noticia, que llegaba con extraordinaria oportunidad. Se trataba de que el día anterior, entre las mujeres creyentes del pueblo que habían acudido a reverenciar al stárets y a recibir su bendición, se encontraba una viejecita de la ciudad, llamada Prójorovna, viuda de un suboficial. La mujer había preguntado al stárets si podía incluir en la lista de los difuntos por los que se hacen plegarias en la iglesia, a su hijo Vásenka, que había partido en misión de servicio a una región muy lejana de Siberia, a Irkutsk, y del que no tenía noticias hacía un año. El stárets le había respondido con severidad prohibiéndoselo y llamando a esta especie de plegarias cosa de brujería. Pero luego, perdonando a la mujer por su ignorancia y a modo de consuelo, añadió, «como si mirara en el libro del futuro» (así se expresaba la señora Jojlakova en su carta), que «su hijo Vasia vive sin duda alguna, que o bien llegará pronto o, en todo caso, le escribirá, y que ella volviera a su casa y esperase». «¿Qué ha sucedido? –añadía con entusiasmo la señora Jojlakova–. La profecía se ha cumplido al pie de la letra y aún más.» Apenas la viejecita regresó a su casa, le entregaron una carta de Siberia, recién llegada. Pero eso no era todo: en dicha carta, que Vasia había escri-

to ya en camino, desde Ekaterimburgo, el hijo comunicaba que volvía a Rusia, que hacía el viaje con un funcionario y que «esperaba abrazar a su madre» unas tres semanas después de que ésta hubiera recibido la carta. La señora Jojlakova suplicaba insistente y fervorosamente a Aliosha que diera cuenta en seguida de este nuevo «milagro de predicción» al hegúmeno y a la comunidad toda: «Esto ha de llegar a conocimiento de todos, ¡de todos!», exclamaba al final de su carta, escrita a toda prisa y tan precipitadamente que en cada línea se reflejaba la emoción de la señora Jojlakova. Pero Aliosha ya no tenía nada que comunicar a los monjes, pues éstos sabían todo lo ocurrido: Rakitin, cuando mandó al monje a buscarle, le encargó, además, que «comunicara respetuosísimamente a Su Reverencia el padre Païsi que él, Rakitin, desearía darle a conocer una noticia tan importante que no se atrevía a demorarla ni un minuto y que, por su osadía, suplicaba humildemente perdón». Como quiera que el monje transmitió la súplica de Rakitin antes de llamar a Aliosha, cuando éste volvió a la celda no tuvo que hacer otra cosa sino leer la carta y presentarla al padre Païsi sólo en calidad de documento. Y ni siquiera este hombre grave y desconfiado, al leer, fruncido el ceño, la noticia del «milagro», pudo reprimir por completo los sentimientos que le embargaban. Le brillaban los ojos, los labios le sonrieron con grave y penetrante sonrisa.

–¡Lo que veremos aún! –dijo como a pesar suyo.

–¡Lo que veremos aún, lo que veremos aún! –repitieron los monjes a su alrededor; mas el padre Païsi, frunciendo otra vez el ceño, rogó a todos que por de pronto no dijeran nada a nadie de lo sucedido, «mientras no se confirme todavía más, pues los seglares son muy pueriles y, además, este caso ha podido haberse dado de manera natural», añadió cauteloso, como para tener la conciencia tranquila, aunque casi sin creer en la salvedad que hacía, de lo que se dieron perfecta cuenta quienes le estaban escuchando. A la misma

hora, como es natural, tenía noticia del «milagro» todo el monasterio y hasta mucha gente seglar que había acudido allí a los actos litúrgicos. Sin embargo, el que parecía más asombrado por aquel milagro era el pequeño monje de San Silvestre llegado al cenobio el día anterior, procedente del pequeño monasterio de Obdorsk, de la lejana parte septentrional del país. El día anterior se había inclinado ante el stárets, hallándose al lado de la señora Jojlakova, y señalando a la hija «curada» de esta dama, había preguntado al padre Zosima a la vez que le dirigía una mirada penetrante: «¿Cómo se atreve usted a hacer cosas así?».

El hecho era que ahora se encontraba hasta cierto punto perplejo y no sabía casi qué pensar. El día anterior, al caer la tarde, había visitado al padre Ferapont, uno de los monjes del monasterio, en la celda especial que ocupaba detrás del colmenar, y quedó asombrado por esa entrevista, que le causó una impresión extraordinaria y terrible. El padre Ferapont era el anciano monje, gran ayunador y que había hecho voto de silencio, al que hemos recordado ya como enemigo del stárets Zosima y, sobre todo, de la práctica de los stárets, por entender que se trataba de una novedad perjudicial y frívola. Este enemigo era extraordinariamente peligroso, a pesar de que, como monje que había hecho voto de silencio, casi no hablaba una palabra con nadie. Si era peligroso, se debía, sobre todo, a que muchos monjes de la comunidad compartían plenamente los puntos de vista que el padre Ferapont sostenía, y entre los seglares que acudían al monasterio, muchos le veneraban como a un gran justo y asceta, a pesar de ver en él, sin duda alguna, a un bendito. Pero esta particularidad era lo que los cautivaba. El padre Ferapont nunca visitaba al stárets Zosima. Aunque vivía en el eremitorio, no le importunaban mucho con las reglas allí establecidas, porque él se comportaba realmente como un bendito. Tenía unos setenta años, si no más, y vivía detrás del colmenar, en un ángulo del recinto, en una vieja celda de troncos,

casi derrumbada, construida en ese lugar hacía mucho tiempo, en el pasado siglo, para otro monje célebre también por sus penitencias de ayuno y de silencio, el padre Jonás, que había vivido hasta los ciento cinco años de edad y de cuyos grandes hechos aún circulaban muchos relatos curiosísimos por el monasterio y sus alrededores. El padre Ferapont logró, hacía de ello unos siete años, que también a él, por fin, le alojaran en esa misma celda solitaria, que era, sencillamente, una isba, aunque muy parecida a una capilla, pues contenía una extraordinaria cantidad de iconos y lámparas votivas, que ardían constantemente; parecía como si el padre Ferapont hubiera sido puesto allí para vigilarlas y mantenerlas encendidas. Comía, según contaban (y así era, en verdad), tan sólo dos libras de pan cada tres días, no más; se lo llevaba cada tres días el colmenero que vivía allí mismo, en el colmenar; pero incluso con este colmenero que le prestaba tal servicio, raras veces intercambiaba unas palabras el padre Ferapont. Cuatro libras de pan, junto con el panecillo bendito de los domingos, que después de la última misa el hegúmeno le mandaba con toda regularidad, constituía todo el alimento semanal del bienaventurado. En cambio, el agua del jarro se la cambiaban todos los días. Raras veces asistía a misa. Sus admiradores veían que, a veces, permanecía el día entero rezando, arrodillado y sin mirar a su alrededor. Si, a pesar de todo, entraba alguna vez con ellos en conversación, era lacónico, de frase entrecortada, extraña y casi siempre grosero. En casos sumamente raros, entablaba conversación con los que le visitaban, pero se limitaba a pronunciar alguna palabra insólita que constituía siempre para el visitante un gran enigma; después, por más ruegos que se le hicieran, se negaba a dar explicación alguna y no pronunciaba ninguna otra palabra. No tenía rango de sacerdote, era simplemente monje. Se había extendido un rumor muy singular, aunque entre la gente más ignara, según el cual el padre Ferapont se comunicaba con los espíritus celestes y sólo

hablaba con ellos, motivo por el cual callaba con la gente. El monjillo de Obdorsk, que había entrado en el colmenar siguiendo las indicaciones del colmenero, otro monje también callado y de carácter muy sombrío, se dirigió hacia el ángulo donde se encontraba la celda del padre Ferapont. «Quizás hable contigo por ser tú forastero, pero quizá no le arranques una palabra», le advirtió el colmenero. Se acercó el pequeño monje, según contó él mismo más tarde, con muchísimo miedo. La hora era bastante tardía. El padre Ferapont estaba sentado, ante la puerta de la celda, en un pequeño banco. Por encima de él rumoreaba suavemente un enorme olmo viejo. El aire de aquella hora vespertina se había puesto fresco. El monje de Obdorsk se hincó de rodillas ante el eremita y le pidió la bendición.

–¿Quieres, monje, que también yo me prosterne ante ti? –articuló el padre Ferapont–. ¡Levántate!

El monje se levantó.

–Bendecidor y bendito, siéntate a mi lado. ¿De dónde vienes?

Lo que más sorprendió al pobre monje fue que el padre Ferapont, pese a sus grandes ayunos y a su edad tan avanzada, todavía era un viejo fuerte, alto, que se mantenía erguido, con el rostro fresco, sano, aunque enjuto. También era evidente que había conservado una gran fuerza física. Era de constitución atlética. A pesar de sus muchos años, no había encanecido por completo y conservaba abundantes y espesos cabellos y barba, antes completamente negros. Tenía los ojos grises, grandes y brillantes, pero muy salientes, tanto, que hasta sorprendían. Hablaba acentuando en gran manera la «o» [1]. Vestía una larga chamarreta desteñida de esa basta tela que antes se denominaba paño de presidiario, y se ce-

1. Rasgo distintivo de los dialectos septentrionales de Rusia, en los que se mantiene la distinción fonética entre la «o» átona y la «a», a diferencia de lo que ocurre en Moscú y en la región central del país.

ñía con una gruesa cuerda a modo de cinturón. Llevaba desnudos el cuello y el pecho. Por debajo de la chamarreta se le veía una camisa de tela muy burda, casi ennegrecida, pues se pasaba meses enteros sin cambiársela. Se decía que debajo de la chamarreta llevaba cadenas que pesaban treinta libras. Calzaba unos zapatos viejos, casi destrozados, sobre el pie desnudo.

–Vengo del pequeño monasterio de San Silvestre, de Obdorsk –respondió el monje forastero, observando al asceta con sus ojos pequeños, vivos y curiosos, aunque un poco amedrentados.

–He estado en tu San Silvestre. He vivido allí. ¿Cómo marcha, ahora?

El monje se turbó.

–¡No sois poco torpes! ¿Qué ayunos observáis?

–Nuestra mesa se sirve según la vieja regla eremítica: durante la Cuaresma, no se da comida los lunes, miércoles y viernes. Los martes y jueves, tomamos pan blanco, una infusión con miel, moras silvestres o col salada y papilla de harina de avena. Los sábados, sopa de coles, tallarines con guisantes, papilla con algún jugo, todo con mantequilla. Los domingos, se añade a la sopa de coles pescado seco y papilla. Durante la Semana Santa, desde el lunes hasta el sábado por la noche, seis días, no tomamos más que pan, agua y verduras sin cocer, y aun con moderación; además, la comida no se toma cada día, sino tal como se ha ordenado durante la primera semana. El Viernes Santo, el ayuno es completo; igualmente hemos de ayunar el Sábado Santo hasta las tres de la tarde, y entonces se puede comer un poco de pan remojado con agua, y beber un solo vaso de vino. El Jueves Santo comemos hervido sin mantequilla, tomamos vino y frutas secas. Pues ya el Concilio de Laodicea se expresaba así acerca del Jueves Santo: «No conviene dejar de observar el ayuno el jueves de la última semana de Cuaresma y deshonrar así toda la Cuaresma». Eso es lo que se hace en nuestro mo-

nasterio. ¡Pero qué es esto en comparación con usted, excelso padre –añadió el monje, animándose–, que se alimenta con pan y agua durante todo el año, incluso por Pascua! El pan que nos comemos nosotros en dos días le basta a usted para una semana entera. Es realmente admirable su gran moderación.

–¿Y los hongos, los mízcalos? –preguntó súbitamente el padre Ferapont, que tenía una manera especial de pronunciar la «g».

–¿Los mízcalos? –repitió el monje, extrañado.

–Eso, eso. Yo puedo renunciar al pan, no lo necesito para nada, e irme aunque sea al bosque; allí viviré comiendo mízcalos y bayas, pero los de aquí no dejarán su pan, y esto quiere decir que están atados al diablo. Hoy, gentes abominables sostienen que no sirve para nada ayunar tanto. Este razonamiento es altivo y execrable.

–Oh, es cierto –suspiró el monje.

–¿Has visto a los demonios en casa de ésos? –preguntó el padre Ferapont.

–¿Quiénes son «ésos»? –se informó tímidamente el pequeño monje.

–El año pasado subí a ver al hegúmeno por Pentecostés y desde entonces no he vuelto. A uno le vi el diablo escondido debajo del hábito, en el pecho, sólo se le asomaban los cuernos; a otro se lo vi en el bolsillo, estaba mirando con unos ojos azogados, me tenía miedo; a otro se le había instalado en la barriga, en la parte más sucia del vientre, y había quien lo llevaba colgado del cuello sin verlo.

–Usted... ¿los ve? –preguntó el monje.

–Te digo que los veo, los veo de parte a parte. Cuando iba a salir del aposento del hegúmeno, me di cuenta de que uno de ellos se escondía de mí tras la puerta; era un demonio hecho y derecho, mediría vara y media o más de altura, con una cola parda, gruesa y larga, con la punta metida en la rendija de la puerta; como no soy tonto, cerré la puerta de golpe y le pillé la

cola. Empezó a chillar y a debatirse, pero yo le hice encima por tres veces la señal de la cruz. Y allí reventó como una araña aplastada. Ahora seguramente está podrido en aquel rincón y apesta, pero no lo ven ni lo huelen. Hace un año que no voy. A ti te confío todo esto sólo porque eres forastero.

–¡Son terribles sus palabras! Dígame, excelso y bienaventurado padre –el monje iba sintiéndose cada vez más atrevido–, ¿es cierta la gran fama que corre hasta tierras muy lejanas acerca de que usted está en comunicación constante con el Espíritu Santo?

–Viene volando. Suele hacerlo.

–¿Pero cómo viene volando? ¿Y en qué aspecto?

–En el aspecto de pájaro.

–¿El Espíritu Santo, bajo el aspecto de paloma?

–Una cosa es el Espíritu Santo y otra el Espíritu de Santidad. El Espíritu de Santidad es distinto, éste puede descender como si fuera otro pájaro: una golondrina, un jilguero o un herrerillo.

–¿Cómo lo distingue usted del herrerillo corriente?

–En que habla.

–¿Habla? ¿En qué lenguaje?

–En el humano.

–¿Y qué le dice?

–Pues mira, hoy me ha anunciado la visita de un imbécil que me preguntaría lo que no debe. Es mucho lo que quieres saber, monje.

–Sus palabras son terribles, bienaventuradísimo y santísimo padre –el monje movía la cabeza. En sus asustadizos ojos apareció, de todos modos, una sombra de incredulidad.

–¿Ves este árbol? –preguntó el padre Ferapont, después de unos momentos de silencio.

–Lo veo, bienaventuradísimo padre.

–Para ti es un olmo; para mí, en cambio, es algo distinto.

–¿Qué es? –preguntó el monje, después de haber esperado unos instantes inútilmente.

–Suele ser por la noche. ¿Ves esas dos ramas? De noche son los brazos de Cristo que se extienden hacia mí y me buscan con las manos, los veo muy nítidamente, y tiemblo. Es espantoso, ¡oh, es espantoso!

–¿Qué puede haber de espantoso, si es Cristo?

–Puede agarrarme y llevarme.

–¿Vivo?

–¿No has oído hablar, acaso, del espíritu y la gloria de Elías? Me abrazará y me llevará...

Aunque después de esta conversación el monje de Obdorsk volvió bastante perplejo a la celda que se le había asignado –la de uno de los hermanos de la comunidad–, su corazón, sin duda alguna, se sentía más inclinado hacia el padre Ferapont que hacia el padre Zosima. Partidario ante todo del ayuno, nada tenía de extraño, creía él, que un ayunador tan extraordinario como el padre Ferapont pudiera «ver lo maravilloso». Sus palabras, desde luego, parecían absurdas. Pero Dios sabía lo que en ellas se encerraba, y todos los benditos por amor de Cristo dicen y hacen cosas aún más extrañas. En cuanto a lo de la cola del diablo cogida en la puerta, estaba dispuesto a creerlo con toda el alma y hasta con satisfacción, no sólo en un sentido figurado, sino, incluso, en su sentido recto. Por otra parte, antes ya de su llegada al monasterio, sentía una gran prevención contra la práctica de los startsi, que conocía sólo de oídas y la tenía decididamente por una novedad perjudicial, siguiendo lo que creían muchos otros. Como llevaba ya un día en el monasterio, había tenido tiempo de percibir el secreto murmullo de algunos monjes de espíritu superficial, disconformes con que hubiera startsi. Añádase a todo ello que, por su propia naturaleza, aquél era un monje zascandil y cuco, con una curiosidad archigrande para todo. No es de extrañar, pues, que la gran noticia acerca del nuevo «milagro» realizado por el stárets Zosima le sumiera en una extraordinaria perplejidad. Aliosha recordó, más tarde, que entre los monjes agrupados

cerca del stárets y de su celda había aparecido muchas veces, ante él, zascandileando por todas partes y grupos, la figura del visitante de Obdorsk, que todo lo escuchaba y a todos interrogaba. Pero entonces apenas le prestó atención y sólo más tarde lo recordó todo... Además, poco estaba para preocuparse de aquel monje el stárets Zosima, sintiéndose otra vez fatigado y habiéndose acostado de nuevo en la cama, cuando ya se le velaban los ojos, se acordó de él y le mandó llamar. Aliosha acudió presuroso. Junto al stárets sólo se encontraban, entonces, el padre Paísi, el padre Iósif, monje sacerdote, y el novicio Porfiri. El stárets, abriendo sus cansados ojos y mirando fijamente a Aliosha, le preguntó:

–¿Te esperan los tuyos, hijo mío?

Aliosha se turbó.

–¿No necesitan de ti? ¿Prometiste ayer a alguno de ellos ir a verle hoy?

–Lo prometí... a mi padre... a mis hermanos... también a otros...

–Ya ves. Has de ir sin falta. No te aflijas. Has de saber que no moriré sin decir en presencia tuya mis últimas palabras en la tierra. A ti te diré esas palabras, hijo mío, a ti te las legaré. A ti, hijo mío querido, pues tú me amas. Ahora, vete al lado de aquellos que te esperan.

Aliosha se sometió en el acto, a pesar de que le resultaba muy penoso irse. Mas la promesa del stárets de hacerle oír sus últimas palabras en la tierra y, sobre todo, el que le fueran a él legadas, le alborozó el alma. Se daba prisa para terminar pronto en la ciudad y regresar cuanto antes. Precisamente al ponerse en camino, el padre Paísi le había dicho unas palabras que le causaron una impresión muy fuerte e inesperada. Fue cuando los dos habían salido ya de la celda del stárets.

–Recuerda, joven, sin cesar –así, directamente y sin preámbulo alguno había comenzado el padre Paísi–, que la ciencia profana, convertida en una gran fuerza, se ha aplica-

do a examinar, especialmente durante este siglo, todo lo celestial que se nos ha legado en los libros sagrados, y después de un cruel análisis, a los sabios de este mundo no les ha quedado nada de lo que antes era sagrado, absolutamente nada. Pero han hecho el análisis por partes y han perdido de vista el conjunto, de modo que llega a sorprender hasta qué punto han sido ciegos. El conjunto se alza ante sus propios ojos inmutables, tal como era antes, y las puertas del infierno nada pueden contra él. ¿Acaso no ha vivido ese conjunto diecinueve siglos, acaso no vive también ahora en los movimientos de las almas individuales y en los movimientos de las masas del pueblo? ¡Vive, como antes, inmutable, hasta en las almas de esos mismos ateos que todo lo destruyen! Pues incluso quienes abjuran del cristianismo y se rebelan contra él, son, en el fondo, imagen del propio Cristo, lo siguen siendo, pues hasta hoy ni la sabiduría suya ni el calor de sus corazones han sido capaces de crear una imagen del hombre más elevada y digna que la imagen mostrada por Cristo en otro tiempo. Las tentativas que en este sentido se han realizado, sólo han dado origen a monstruosidades. Recuerda esto sobre todo, joven, pues tu stárets, en trance de muerte, te designa para el mundo. Quizá, cuando recuerdes el gran día de hoy, no te olvides tampoco de mis palabras, que te digo de todo corazón como palabras de despedida, pues eres joven y las tentaciones del mundo son poderosas, tus fuerzas no son suficientes para resistirlas. Y, ahora vete, huerfanito.

Dicho esto, el padre Paísi le bendijo. Al salir del monasterio y reflexionar sobre tan inesperadas palabras, Aliosha comprendió que en ese monje, hasta entonces tan severo y rudo con él, acababa de encontrar un nuevo e inesperado amigo y un nuevo guía espiritual lleno de amor, como si el stárets Zosima, moribundo, le hubiera confiado velar por Aliosha. «Quién sabe, quizá se han puesto realmente de acuerdo los dos», pensó éste. Las inesperadas y doctas reflexiones que acababa de escuchar, estas reflexiones y no otras,

eran un testimonio de la viva solicitud del padre Païsi, quien se había apresurado a armar cuanto antes a la joven mente para luchar contra las tentaciones, y a proteger el alma juvenil que le habían confiado con la muralla más fuerte que él podía imaginarse.

2. En casa de su padre

En primer lugar, Aliosha fue a ver a su padre. Al acercarse a su casa, recordó que éste le había insistido mucho para que procurara entrar sin que de ello se diera cuenta su hermano Iván. «¿Por qué? –se preguntó–. Si mi padre desea comunicarme algo a mí solo, en secreto, ¿por qué he de entrar sin ser visto? Seguramente quiso decirme alguna otra cosa y, dada su agitación, no pudo hacerlo», pensó. De todos modos, se sintió muy contento cuando Marfa Ignátievna, que le abrió el portillo (resultó que Grigori se había puesto enfermo y guardaba cama), contestó a una pregunta suya comunicándole que Iván Fiódorovich había salido hacía dos horas.

–¿Y mi padre?

–Se ha levantado, está tomando el café –le respondió con cierta sequedad Marfa Ignátievna.

Aliosha entró. El viejo estaba solo a la mesa, con pantuflas y un abrigo muy usado, y se entretenía examinando unas cuentas, de todos modos, sin mucha atención por lo visto. No había nadie más que él en la casa (Smerdiakov también había salido, había ido de compras para la comida). Mas no eran las cuentas lo que le preocupaba. Aunque se había levantado de la cama por la mañana temprano y se daba ánimos, se le veía cansado y débil. Llevaba envuelta con un pañuelo rojo la frente, en la cual se le habían formado grandes equimosis purpúreas durante la noche. También durante la noche se le había hinchado en gran manera la nariz, y aunque las equimosis que en ella tenía no eran muy grandes, sus

manchas daban al rostro un aspecto singularmente maligno e irritado. El viejo lo sabía y acogió con hostil mirada a Aliosha.

–El café está frío –gritó desabrido–, no te lo ofrezco. Hoy, hermano, yo mismo estoy a régimen de vigilia y sólo tomaré una sopa de pescado, no invito a nadie. ¿A qué has venido?

–A enterarme de cómo se encuentra usted –contestó Aliosha.

–Ya. Además, yo mismo te ordené ayer que vinieras. Todo eso es estúpido. Es por completo inútil la molestia que te has tomado en venir. Aunque ya sabía yo que tendrías prisa en acercarte...

Dijo estas palabras con manifiesta acritud. Entretanto, se había levantado de su asiento y, preocupado, se miraba la nariz en el espejo (quizá por cuadragésima vez aquella mañana). Se puso también a arreglarse el pañuelo rojo de la frente, para que hiciera mejor efecto.

–De color rojo es preferible; si es blanco, parece de un hospital –comentó sentenciosamente–. Y tú, ¿qué cuentas? ¿Cómo está tu stárets?

–Se encuentra muy mal, quizá muera hoy –respondió Aliosha; pero su padre ni se enteró de lo que le decía; además, en seguida se olvidó hasta de la pregunta que había hecho.

–Iván ha salido –dijo de pronto–. Se dedica con todas sus fuerzas a birlar la novia a Mitka, por esto vive aquí –añadió malignamente y, torciendo la boca, miró a Aliosha.

–¿Es posible que se lo haya dicho a usted así? –preguntó éste.

–Sí, y me lo dijo hace ya tiempo. ¿Qué te figuras? Hará ya tres semanas que me lo dijo. ¿No habrá venido aquí también para degollarme en secreto? ¡Si ha venido es con algún propósito!

–¡Qué dice usted! ¿Por qué habla de este modo? –replicó Aliosha, terriblemente confuso.

–No me pide dinero, es cierto; sin embargo, no recibirá de mí nada. Yo, mi muy querido Alexéi Fiódorovich, tengo la intención de vivir en este mundo el mayor tiempo posible, sépalo usted; por esto necesito cada uno de mis kópeks, y cuanto más tiempo viva, tanto más los necesitaré –prosiguió, paseando de un ángulo a otro de la estancia, metidas las manos en los bolsillos de su holgado y seboso abrigo, hecho con fuerte tela amarillenta, de hilo, propia de verano–. Por ahora aún soy de todos modos un hombre, con cincuenta y cinco años en total; quiero aún conservarme unos veinte años en la línea varonil, pero me volveré viejo, claro está, me haré repugnante; entonces las mujeres ya no vendrán por su buena voluntad; el dinerito me hará falta. Ahora voy acumulando todo cuanto puedo, todo cuanto puedo, para mí solo; se lo digo para que lo sepa, mi querido hijo Alexéi Fiódorovich, porque quiero vivir hasta el fin hundido en mis vicios, para que lo sepa. En medio del vicio la vida es más dulce: todo el mundo lo condena, pero todos viven en él, aunque en secreto, mientras que yo lo hago a la luz del día. Es por esta franqueza mía por lo que se me han lanzado encima todos los viciosos. En cuanto a tu paraíso, Alexéi Fiódorovich, has de saber que allí no quiero ir; además, a un hombre decente ni siquiera le estaría bien encontrarse en tu paraíso, aun suponiendo que exista. A mi modo de ver, te duermes, no te despiertas, y sanseacabó; si queréis dedicarme una misa de difuntos, bien, y si no también, el diablo se os lleve. Aquí tienes mi filosofía. Ayer Iván habló aquí muy bien, aunque estábamos todos borrachos. Iván es un petulante, sin que tenga nada de sabio... ni tiene tampoco ninguna instrucción especial; se calla y se ríe de todos callando, así se crea su reputación.

Aliosha escuchaba y callaba.

–¿Por qué no habla conmigo? Y si habla, se hace el interesante; ¡es un canalla tu Iván! Con Grushka[1], si quiero, me

1. Variante familiar de Grúshenka, como lo es también Grusha. El nombre primitivo es Agrafiona (Agrippina); familiar: Agafia.

caso en seguida. Porque con dinero (lo único que hace falta es querer, Alexéi Fiódorovich) se obtiene todo. Eso es lo que Iván teme, que me case; por esto me vigila y empuja a Mitka para que se case con Grushka así espera apartarme a mí de esta mujer (¡se creerá que voy a dejarle el dinero a él, si no me caso con Grushka!), y, por otra parte, si Mitka se casa con Grushka, se queda él con la novia rica, ¡éste es su cálculo! ¡Es un canalla tu Iván!

–Qué irritable está usted. Es por lo de ayer; debería acostarse –dijo Aliosha.

–Tú me dices esto –observó el viejo, como si por primera vez se le ocurriera esta idea–, me lo dices y yo no me enfado contigo; pero si me dijera lo mismo Iván, me enfadaría. Sólo contigo en algunos momentos me he sentido bueno, porque ya sabes, soy un hombre malo.

–No es usted un hombre malo, sino estropeado –se sonrió Aliosha.

–Escucha, a ese bandido de Mitka hoy le quería hacer meter en la cárcel, y aún no sé lo que voy a decidir. Desde luego, en nuestros tiempos se ha puesto de moda ver como un prejuicio el respeto a los padres, pero si no me equivoco, según la ley, tampoco en nuestro tiempo se permite tirar de los pelos a los padres viejos ni echarlos al suelo para romperles la cara a taconazos en su propia casa, ni tampoco pavonearse de que más tarde uno va a venir y los va a matar, todo ello ante testigos. Si quisiera, podría hacerle doblar la cerviz y mandarlo a la cárcel inmediatamente por lo de ayer.

–Así, no quiere usted presentar la denuncia, ¿verdad?

–Iván me ha disuadido. Me importaría un bledo Iván, lo que pasa es que me doy perfecta cuenta de otra cosa... –E inclinándose hacia Aliosha, prosiguió con un murmullo confidencial–: Si le meto en la cárcel, a este canalla, ella se enterará y en seguida irá corriendo a su lado. En cambio, si hoy se entera de que él me ha dejado medio muerto a golpes, a mí, débil viejo, a lo mejor le abandona y viene a verme... Ya ves

qué delicia de caracteres, los nuestros: déjanos llevar la contra. ¡Si la conoceré yo! Bueno, ¿no quieres un poco de coñac? Toma un cafetito frío, te meteré un cuarto de vasito de coñac; esto da buen sabor, hermano.

–No, gracias, no es necesario. Lo que me llevaré, si me lo permite, es este panecillo –dijo Aliosha, y tomando un mollete de tres kópeks se lo puso en el bolsillo de la sotana–. Coñac tampoco debería tomarlo usted –aconsejó temeroso, mirando la cara del viejo.

–Tienes razón, me irrita en vez de calmarme. Pero tomaré sólo una copita... Del que tengo en el armarito...

Abrió el «armarito» con la llave, se sirvió una copita, se la bebió; luego cerró el pequeño armario y volvió a guardarse la llave en el bolsillo.

–Con esto basta, no voy a reventar por una copita.

–Ahora hasta se ha vuelto usted más bueno –se sonrió Aliosha.

–¡Hum! A ti te quiero hasta sin beber coñac, pero con los canallas yo mismo soy canalla. Vanka no va a Chermashnia; ¿por qué? Lo que él quiere es espiarme, saber si es mucho lo que doy a Grúshenka, caso de que venga. ¡Todos son unos canallas! A Iván no le reconozco yo en absoluto. ¿De dónde habrá salido éste? No tiene nuestra alma. ¿Si se creerá que voy a dejarle algo? No voy a dejar ni testamento, para que lo sepáis. Y a Mitka lo aplastaré como una cucaracha. Por la noche aplasto con el pie las negras cucarachas: cuando las piso con las pantuflas, crujen. Así crujirá tu Mitka. Digo *tu* Mitka, porque tú le quieres. Ya ves, tú le quieres y esto a mí no me da miedo. Si le quisiera Iván, yo tendría miedo por mí. Pero Iván no quiere a nadie, Iván no es de los nuestros; la gente como él, hermano, no es nuestra gente, es como una polvareda... Sopla el viento y se lleva el polvo... Ayer se me ocurrió una estupidez cuando te mandé venir hoy: quería pedirte que sondearas a Mitka, si, a cambio de mil o dos mil rublos, estaría de acuerdo este miserable mendigo a largar-

se de aquí definitivamente, por unos cinco años o mejor aún por treinta y cinco; desde luego, sin Grúshenka y renunciando por completo a ella, ¿eh?

–Yo... se lo preguntaré... –balbuceó Aliosha–. Si fueran tres mil, quizá...

–¡Mentira! Ahora no hay que preguntar, ¡ya no es necesario! He cambiado de idea. Ayer se me vino a la cholla esa estúpida idea, por imbécil. No daré nada, ni una chispita; los dineritos me hacen falta a mí –el viejo agitó un brazo–. No necesito hacer esto para aplastarle como a una cucaracha. No le digas nada, aún podría hacerse ilusiones con lo del dinero. Y tú tampoco tienes nada que hacer en mi casa, vete. La prometida, la Katerina Ivánovna esa, a la que con tanto empeño él ha querido tener siempre escondida de mí, ¿está dispuesta, o no, a tomarle por marido? Ayer fuiste a verla, ¿no es cierto?

–Ella no le quiere abandonar por nada del mundo.

–De éstos es de quienes se enamoran esas tiernas señoritas, ¡de calaveras y canallas! No valen nada, créeme, estas señoritas paliduchas; otra cosa es... ¡Bueno! Si tuviera yo su juventud y mi cara de entonces (pues era más guapo que él, a los veintiocho años), también vencería, exactamente como él. ¡Es un canalla! De todos modos, Grúshenka no será suya, no será suya... ¡Le hundiré la cabeza en el lodo! –Volvió a enfurecerse al pronunciar estas últimas palabras–. Vete tú también, nada tienes que hacer hoy en mi casa –añadió secamente.

Aliosha se acercó a despedirse y le besó en el hombro.

–¿Qué haces? –el viejo se sorprendió un poco–. Aún volveremos a vernos. ¿O crees, acaso, que no nos veremos más?

–De ningún modo, he obrado así sin pensar.

–Ya; no importa, yo también, también yo lo he dicho sin pensar... –el viejo se le quedó mirando–. Escucha, escucha –gritó mientras Aliosha se iba–, ven pronto, para tomar sopa de pescado; te prepararé una sopa de pescado especial,

no como la de hoy, ¡ven sin falta! Ven mañana, ¿oyes? ¡Ven mañana!

No bien Aliosha hubo franqueado la puerta, se acercó otra vez al armarito y se echó otra media copita entre pecho y espalda.

–¡Ya no bebo más! –balbuceó, después de carraspear un poco; volvió a cerrar el armario, volvió a ponerse la llave en el bolsillo, se dirigió luego a su dormitorio, se tumbó en la cama, sin fuerzas, y en un momento se quedó dormido.

3. Encuentro con los escolares

«Gracias a Dios que no me ha preguntado por Grúshenka –pensó a su vez Aliosha, al salir de la casa de su padre y dirigirse hacia la de la señora Jojlakova–; en caso contrario no habría tenido más remedio que hablarle del encuentro que tuve ayer.» Aliosha notaba dolorosamente que durante la noche los combatientes habían hecho acopio de nuevas fuerzas y sus corazones se habían endurecido otra vez al comenzar el nuevo día: «Mi padre está irritado, venenoso, algo ha urdido y en ello porfía; ¿y Dmitri? También habrá cogido ánimos por la noche, también estará irritado y venenoso, seguro, y, desde luego, también habrá tramado alguna cosa... Hoy, sin falta, he de encontrar tiempo para buscarle, cueste lo que cueste...».

Pero Aliosha no pudo proseguir sus reflexiones mucho tiempo: le ocurrió en su camino un suceso aparentemente de poca importancia, pero que le impresionó en gran manera. Tan pronto como hubo cruzado la plaza y hubo doblado por la callejuela que da a la calle de Mijaíl, paralela a la Mayor, de la que está separada sólo por una zanja (toda nuestra ciudad está surcada de zanjas), vio abajo, ante una pasarela, a un pequeño grupo de escolares, niños de nueve a doce años, no más. Habían salido de la escuela y volvían a sus ca-

sas con sus portalibros a la espalda, o con carteras de cuero colgadas del hombro; unos llevaban chaqueta de colegial; otros, abrigos ligeros, y también los había que calzaban botas altas con arrugas en las cañas, botas con las que les gusta sobre todo presumir a los niños mimados por padres ricachones. El grupo estaba hablando vivamente; por lo visto los muchachos cambiaban impresiones sobre algún asunto. Aliosha nunca podía pasar indiferente junto a los muchachos, en Moscú le ocurría lo mismo, y aunque se encariñaba sobre todo por los niños de tres años poco más o menos, también le gustaban los escolares de diez u once años. Igualmente ahora, a pesar de sus preocupaciones, sintió deseos de acercárseles y entrar en conversación con ellos. A medida que se les aproximaba, veía sus caritas sonrosadas, llenas de animación, y de pronto se dio cuenta de que todos llevaban una piedra o dos en la mano. Al otro lado de la zanja, aproximadamente a unos treinta pasos del grupo, junto a la valla de una casa, había un muchacho, también escolar, también con su cartera al costado, el cual, a juzgar por su estatura, tendría unos diez años, no más, y quizá menos; era un muchacho paliducho, enfermizo, de ojos negros y brillantes. Estaba observando con mucha atención y escudriñadora mirada al grupo de los seis escolares, por lo visto compañeros suyos, con los que acababa de salir de la escuela, pero con los que, por lo visto, había reñido. Aliosha, al llegar junto al grupo, se dirigió a un muchacho carirrojo, de pelo crespo, rubio, de chaqueta negra, y le dijo, mirándole:

–Cuando yo era como vosotros, llevábamos la cartera sobre el costado izquierdo para poderla alcanzar más fácilmente con la mano derecha; vosotros la lleváis sobre el costado derecho, no es cómodo alcanzarla.

Aliosha comenzó con esta observación práctica, sin ninguna premeditada intención, pero el hecho es que una persona adulta no puede empezar de otro modo si ha de ganarse de golpe la confianza de un niño y, sobre todo, de un

grupo de niños. Es necesario empezar en serio y con sentido práctico de las cosas, en un plano total de igualdad; Aliosha lo comprendía así por instinto.

–Es que es zurdo –respondió en seguida otro muchacho, atrevido y sanote, de unos once años de edad.

Los otros cinco muchachos clavaron los ojos en Aliosha.

–Tira las piedras con la mano izquierda –observó un tercero.

En ese momento cayó sobre el grupo una piedra, que tocó levemente al muchacho zurdo, pero pasó sin más, a pesar de haber sido arrojada con destreza y energía. La había tirado el niño del otro lado de la zanja.

–¡Venga, Smúrov! ¡Dale! –se pusieron a gritar todos.

Pero Smúrov (el zurdo) no necesitaba que se lo dijeran y en seguida se desquitó; arrojó una piedra al muchacho del otro lado de la zanja, aunque con poca fortuna: la piedra fue a dar contra el suelo. El otro, en seguida, tiró una nueva piedra al grupo, esta vez directamente a Aliosha, al que alcanzó bastante dolorosamente en el hombro. Aquel muchacho llevaba los bolsillos del abrigo llenos de piedras, se notaba a treinta pasos por el bulto.

–Se la ha tirado a usted, a usted, le ha apuntado a usted adrede. Usted es Karamázov, ¿no? ¿Verdad que es Karamázov? –se pusieron a gritar, riendo, los mozalbetes–. Hala, ¡todos a la vez! ¡Venga!

Seis piedras salieron volando del grupo a un mismo tiempo. Una dio al niño en la cabeza, y el niño cayó, pero al instante se levantó de un salto y se puso a responder furiosamente a pedradas. Las piedras volaban sin interrupción en los dos sentidos; varios de los niños del grupo llevaban también piedras preparadas en los bolsillos.

–¡Qué hacen ustedes! ¡No les da vergüenza! Seis contra uno, ¡lo van a matar! –gritó Aliosha.

Dio un salto y se dirigió hacia la trayectoria de las piedras para proteger con su cuerpo al muchacho del otro lado de la

zanja. Tres o cuatro chicos cesaron de arrojar piedras por unos momentos.

–¡Es él quien ha comenzado! –se puso a gritar un muchacho de camisa roja, con irritada voz infantil–. Es un canalla, en clase ha pinchado a Krasotkin con un cortaplumas, le ha hecho salir sangre. Krasotkin no ha querido acusarle, pero hemos de darle su merecido...

–Pero ¿por qué? Seguramente ustedes se burlan de él hasta ponerle furioso.

–¿Ve? Le ha tirado otra piedra a la espalda. Le conoce a usted –gritaron los niños–. Ahora tira contra usted, no contra nosotros. Venga, todos contra él, otra vez. ¡No falles el blanco, Smúrov!

Otra vez empezó la pedrea, ahora sin cuartel. Al niño del otro lado de la zanja le tocó una piedra en el pecho; el chico exhaló un grito, se puso a llorar y huyó corriendo cuesta arriba, hacia la calle de Mijaíl. Los del grupo vociferaron: «¡Eh, tiene miedo, ha huido! ¡Estropajo!».

–Usted no sabe, Karamázov, qué canalla es; matarlo es poco –repitió con los ojos encendidos el muchacho que llevaba chaqueta de colegial, por lo visto el mayor del grupo.

–¿Qué hace? –preguntó Aliosha–. ¿Es un acusica?

Los muchachos se miraron, con aire un poco burlón.

–¿Va usted en la misma dirección, por la calle de Mijaíl? –prosiguió el niño–. Pues alcáncele... ¿Ve usted? Otra vez se ha detenido; espera y nos está mirando.

–¡Le mira a usted, a usted! –añadieron los demás.

–Pues pregúntele si le gusta el estropajo deshilachado de baño. ¿Oye? Pregúnteselo.

Prorrumpieron todos en risas. Aliosha se los quedó mirando y ellos le miraron a él.

–No vaya, le hará daño –le advirtió Smúrov.

–Señores, no le voy a preguntar por el estropajo, porque ustedes así se burlan, seguramente, de él, pero yo haré que me diga por qué le odian ustedes tanto...

–Entérese, entérese –los muchachos se rieron.

Aliosha cruzó la pasarela y empezó a subir la cuesta, a lo largo de la valla, dirigiéndose hacia el muchacho caído en desgracia.

–Cuidado –le gritaron, advirtiéndole–, no le tendrá miedo; que no le clave el cuchillo sin que se dé usted cuenta, como a Krasotkin.

El muchacho le esperaba sin moverse del sitio. Al llegar a su lado, Aliosha vio ante sí a un niño que no tendría más allá de nueve años de edad, uno de esos niños débiles y de poca estatura, de carita alargada, pálida y flaca, con unos ojos grandes y oscuros que le estaban mirando con ira. Llevaba un abriguito viejo y en bastante mal estado, que le resultaba pequeño de manera grotesca. Los brazos le sobresalían de las mangas. En la rodilla derecha del pantalón llevaba un gran remiendo y en la punta de la bota derecha, donde toca el dedo gordo, tenía un gran agujero, que se había pretendido disimular pintándolo con tinta. Los dos abultados bolsillos del abrigo estaban llenos de piedras. Aliosha se detuvo ante él, a dos pasos, y se le quedó mirando interrogativamente. El muchacho, adivinando en seguida por los ojos de Aliosha que éste no quería pegarle, dulcificó un poco su actitud hostil y hasta se puso a hablar.

–Yo soy solo, y ellos son seis... Pero podré con ellos –añadió de pronto, centelleantes los ojos.

–Una de las pedradas ha debido de hacerle mucho daño –observó Aliosha.

–¡Pero a Smúrov le he dado en la cabeza! –gritó el muchacho.

–Los otros me han dicho que usted me conoce y que me tiraba piedras por algún motivo, ¿es cierto? –preguntó Aliosha.

El niño le miró sombríamente.

–Yo no le conozco. ¿Acaso me conoce usted a mí? –siguió preguntando Aliosha.

–¡Déjeme en paz! –gritó de pronto el niño, con irritación, aunque sin moverse del sitio, como si esperara alguna cosa, y de nuevo la ira le brilló en los ojos.

–Está bien, me iré –dijo Aliosha–, pero a usted no le conozco y de usted no me burlo. Me han dicho de qué modo le hacen rabiar, pero yo no quiero hacerlo, ¡adiós!

–¡Monje, con pantalones de seda! –gritó el muchacho, siguiéndole con la misma mirada de ira y retadora, colocándose ahora en posición defensiva considerando que esta vez Aliosha se le echaría encima.

Pero éste volvió la cabeza, le miró y se alejó. No había tenido tiempo de dar tres pasos cuando sintió en la espalda el doloroso golpe de una pedrada, del mayor guijo que tenía el muchacho en los bolsillos.

–¡Cómo! ¿Ataca usted por la espalda? ¿Así, pues, es cierto lo que dicen, que usted ataca a traición?

Aliosha se volvió otra vez, pero el muchacho, con toda su furia, le tiró una nueva piedra, esta vez a la cara; Aliosha logró cubrirse a tiempo y la piedra le dio en el antebrazo.

–¿No le da vergüenza? ¿Qué le he hecho yo? –le preguntó, gritando.

El muchacho, sin decir palabra y agresivo, no esperaba más que una cosa: que Aliosha, esta vez, se abalanzara ya sin duda alguna contra él; pero al ver que Aliosha ni siquiera ahora le atacaba, se puso rabioso como una fierecilla; él mismo dio un salto y se abalanzó contra Aliosha; antes de que éste hubiera tenido tiempo de hacer un movimiento, el malvado muchacho, bajando la cabeza y cogiéndole con ambas manos la mano izquierda, le mordió dolorosamente el dedo mayor. Le hincó los dientes y no le soltó durante unos diez segundos. Aliosha gritó de dolor y tiró del dedo con todas sus fuerzas. El muchacho, al fin, lo dejó, colocándose, otra vez de un salto, a la distancia anterior. La mordedura era profunda, junto a la misma uña, hasta el hueso. Aliosha sacó el pañuelo y se lo envolvió muy apretado en la mano herida.

Se la estuvo envolviendo casi durante un minuto entero. El muchacho permanecía de pie, esperando. Por fin Aliosha levantó hacia él su dulce mirada.

–Bueno, está bien –dijo.–. ¿Ha visto cuán dolorosamente me ha mordido? Supongo que ya es bastante, ¿no? Ahora, dígame: ¿qué le he hecho yo?

El muchacho le miró, sorprendido.

–No le conozco en absoluto y le veo por primera vez –continuó Aliosha, con la misma calma–; pero es imposible que no le haya hecho nada, pues usted no me habría hecho tanto daño porque sí. Dígame, pues, ¿qué le he hecho y de qué soy culpable ante usted?

En vez de responder, el muchacho, de pronto, prorrumpió en desconsolado llanto, a gritos, y se fue a toda prisa. Aliosha siguió tras él sin apretar el paso, hacia la calle de Mijaíl, y durante largo rato le vio corriendo a lo lejos, sin volver la cabeza, con toda probabilidad llorando con el mismo desconsuelo. Aliosha se prometió buscar a aquel muchacho tan pronto como tuviera tiempo para ello y aclarar ese enigma que tanto le sorprendía. Pero en aquel momento no podía hacerlo.

4. En casa de las Jojlakov

Pronto llegó a la casa de la señora Jojlakova, una casa de dos plantas, hermosa obra de albañilería, una de las mejores casas de nuestra ciudad; pertenecía a la propia señora Jojlakova. Aunque ésta vivía la mayor parte del tiempo en otra provincia, donde poseía una finca, o en Moscú, donde tenía también casa propia, conservaba asimismo en nuestra ciudad su casa, que había heredado de sus padres y abuelos. Además, la finca que en nuestro distrito poseía era la mayor de sus tres fincas; a pesar de todo, hasta entonces venía a nuestra provincia muy raras veces. La señora Jojlakova sa-

lió precipitadamente al encuentro de Aliosha, ya en el vestíbulo.

–¿Ha recibido usted mi carta sobre el nuevo milagro? ¿La ha recibido? –preguntó, rápida y nerviosa.

–Sí, la he recibido.

–¿La ha dado a conocer? ¿La ha enseñado a todos? ¡Él ha devuelto el hijo a la madre!

–Él morirá hoy –dijo Aliosha.

–Lo sé, ya me lo han dicho; ¡oh, cuánto deseo hablar con usted! Con usted o con otra persona, acerca de todo esto. ¡No, con usted, con usted! ¡Cuánto siento no poderle ver! Toda la ciudad está conmovida, todos esperan que suceda algo. Pero ahora... ¿sabe que en estos momentos tenemos en casa a Katerina Ivánovna?

–¡Oh, qué bien! –exclamó Aliosha–. Así la veré aquí, en casa de usted; ayer me pidió que fuera hoy a verla sin falta.

–Lo sé todo, lo sé todo. Me han contado con los más pequeños detalles lo que ayer sucedió en su casa..., aquellas cosas horribles con esa... mujerzuela. *C'est tragique;* si yo estuviera en su lugar... ¡No sé lo que liaría en su lugar! Pero su hermano, su Dmitri, vaya pieza, ¡oh Dios! Alexéi Fiódorovich, me hago un lío, figúrese: aquí está ahora su hermano, es decir, no el terrible de ayer, sino el otro, Iván Fiódorovich; está hablando con ella, sostienen una conversación solemne... ¡Si supiera usted lo que les ocurre ahora! Es espantoso, es desgarrador, se lo digo yo; es como un cuento horrible, que no se puede creer por nada del mundo: ambos se torturan sin que se comprenda para qué, ellos mismos lo saben y se complacen torturándose. ¡Le estaba esperando! ¡Le esperaba con impaciencia! ¡Eso, yo no lo puedo soportar! Ahora se lo voy a contar todo, pero antes he de decirle otra cosa, que es la más importante. ¡Ah, hasta se me había olvidado que es lo más importante! Dígame, ¿por qué *Lise* sufre un ataque de nervios? Le ha empezado apenas ha sabido que usted llegaba.

–*Maman,* ¡es usted la que sufre ahora el ataque de nervios, no yo! –se oyó de pronto, como un susurro, la vocecita de *Lise,* a través de la breve rendija de la puerta que daba a una habitación lateral.

La rendija era pequeñísima; la voz, entrecortada, como cuando se tienen enormes ganas de reír y uno se esfuerza todo lo que puede para dominar la risa. Aliosha en seguida percibió la rendija; probablemente *Lise* le estaba mirando por ella desde su sillón, pero Aliosha no podía verlo.

–No sería de extrañar, *Lise,* no sería de extrañar... Tus caprichos me van a poner histérica a mí; además, ¡está tan enferma, Alexéi Fiódorovich, ha estado tan enferma durante toda la noche! Se ha pasado la noche con fiebre y gimiendo. ¡Lo que me ha costado esperar a que amaneciese y que viniera Herzenstube! El doctor afirma que no puede comprender nada y que es preciso esperar. Este Herzenstube siempre dice que no puede comprender nada. Tan pronto como usted se ha acercado a nuestra casa, *Lise* ha lanzado un grito y ha tenido un ataque; ha mandado que la trajéramos aquí, a su antigua habitación...

–Mamá, yo no tenía ni idea de que él llegara, y no ha sido de ningún modo por él por lo que he deseado trasladarme a esta habitación.

–No es cierto, *Lise;* Yulia ha corrido a informarte de que Alexéi Fiódorovich se acercaba, tú la habías puesto de centinela.

–Mamita mía querida, lo que dice es muy poco gracioso por parte suya. Si quiere corregirse y decir ahora alguna cosa muy graciosa, diga, querida mamá, a nuestro muy respetable señor Alexéi Fiódorovich, recién venido, que él ha demostrado no tener ingenio al decidirse a venir a vernos hoy, después de lo de ayer, a pesar de que todos se ríen de él.

–*Lise,* lo que te permites pasa ya de la raya, y te aseguro que al fin recurriré a medidas severas. ¿Quién se ríe de él? Yo estoy tan contenta de que haya venido, le necesito, me es in-

dispensable. ¡Oh, Alexéi Fiódorovich, soy extraordinariamente desgraciada!

–¿Pero qué es lo que le pasa, mamita querida?

–¡Ah! Son tus caprichos, *Lise,* tus antojos, tu enfermedad, esta terrible noche de fiebre, este terrible y eterno Herzenstube, ¡sobre todo eterno, eterno y eterno! Y, finalmente, todo, todo... Y, finalmente, ¡hasta ese milagro! ¡Oh, cómo me ha impresionado, cómo me ha conmovido este milagro, mi buen Alexéi Fiódorovich! Y ahora en el salón, ahí, esta tragedia que no puedo soportar, no puedo, le declaro de buenas a primeras que no puedo. Quizá sea comedia, y no tragedia. Dígame, ¿vivirá hasta mañana el stárets Zosima, vivirá? ¡Oh, Dios mío! No sé lo que me pasa, a cada momento cierro los ojos y veo que todo eso es absurdo, absurdo.

–Quisiera pedirle por favor –la interrumpió de súbito Aliosha– un trapito limpio para vendarme el dedo. Me he herido y la herida ahora me duele mucho.

Aliosha se desenvolvió el dedo mordido. El pañuelo le había quedado totalmente impregnado de sangre. La señora Jojlakova lanzó un gritó y entornó los ojos.

–¡Dios mío, qué herida! ¡Es espantoso!

Pero *Lise,* no bien vio por la rendija el dedo de Aliosha, abrió por completo la puerta de un empujón.

–¡Entre, venga acá –gritó insistente e imperiosa–, ahora ya sin tonterías! ¡Oh, Señor! ¿Por qué ha tardado tanto en decirlo? ¡Podía haberse desangrado, mamá! ¿Dónde se ha hecho usted eso, dónde? Ante todo, agua, ¡agua! Hay que lavar la herida, y meter el dedo en agua fría para que deje de doler, mantenerlo un buen rato en el agua... Pronto, mamá, traigan pronto el agua, en el lavafrutas. Pero pronto –añadió nerviosamente. Estaba muy asustada; la herida de Aliosha la había impresionado en gran manera.

–¿No convendría llamar al doctor Herzenstube? –exclamó la señora Jojlakova.

–Me va a matar, mamá. ¡Su Herzenstube vendrá y dirá que no puede entender nada! ¡Agua, agua! Mamá, por el amor de Dios, vaya usted misma, meta prisa a Yulia, que se ha atascado no sé dónde y nunca tiene prisa. Pronto, mamá, o me muero...

–¡Si esto no es nada! –exclamó Aliosha, asustado por el miedo de las mujeres.

Yulia llegó presurosa con el agua. Aliosha hundió el dedo en el líquido.

–Mamá, por Dios, traiga hilas; hilas y esa agua turbia para las cortaduras, ¿cómo se llama? ¡Nosotros tenemos, tenemos, tenemos...! Mamá, usted sabe dónde está el frasquito, en su dormitorio, en el armario, a la derecha, allí hay un frasco grande e hilas...

–Ahora mismo lo traigo todo, *Lise*, pero no grites y no te intranquilices. Fíjate con qué presencia de ánimo soporta Alexéi Fiódorovich su desgracia. ¿Dónde ha podido usted herirse de manera tan terrible, Alexéi Fiódorovich?

La señora Jojlakova salió apresuradamente. Era esto lo que esperaba *Lise*.

–Ante todo, contésteme a una pregunta –dijo rápidamente a Aliosha–: ¿dónde se ha herido usted así? Después ya le hablaré de otra cosa completamente distinta. ¡Diga!

Aliosha, sintiendo por instinto que para ella resultaba precioso el tiempo hasta la vuelta de la señora, le contó su enigmático encuentro con los escolares, dejándose y abreviando muchas cosas, aunque se explicó con exactitud y claridad. Después de haberle escuchado, *Lise* juntó las manos:

–Bueno, ¿pero cómo se mete usted con unos arrapiezos, cómo se mete usted con ellos, sobre todo llevando este vestido? –gritó airada, incluso como si tuviera algún derecho sobre él–. Ya veo, después de esto, que es usted un niño, ¡el niño más pequeño que pueda haber! De todos modos, entérese usted como pueda de lo que hay con ese muchacho malvado y cuéntemelo todo, aquí se oculta algún secreto. Ahora,

otra cosa, pero antes quiero hacerle una pregunta: ¿puede usted, Alexéi Fiódorovich, pese al dolor de la herida, hablar de verdaderas nimiedades, pero juiciosamente?

–Puedo hacerlo muy bien; además, ya no siento tanto dolor.

–Es porque tiene el dedo en el agua. Hay que cambiarla en seguida, pues se calienta en un santiamén. Yulia, trae corriendo un trozo de hielo del sótano y un nuevo lavafrutas con agua. Bueno, ahora que ella se ha ido, al grano: devuélvame inmediatamente la carta que le mandé ayer, hágame este favor, mi querido Alexéi Fiódorovich; inmediatamente, porque ahora mismo puede volver mamá y yo no quiero...

–No la tengo aquí.

–No es cierto, la lleva usted consigo. Ya sabía yo que me respondería así. La lleva usted en este bolsillo. Me he arrepentido tanto, toda la noche, de haberle gastado esa broma estúpida... ¡Devuélvame usted la carta ahora mismo, devuélvamela!

–La he dejado allí.

–De todos modos, usted no debe considerarme como una niña, como una niña requetepequeña, después de mi carta con una broma tan estúpida. Le pido perdón por esa estúpida broma, pero la carta ha de traérmela usted sin falta, si en verdad no la lleva ahora consigo; tráigamela hoy mismo, ¡sin falta, sin falta!

–Hoy es totalmente imposible, porque me voy al monasterio y no volveré aquí durante dos o tres días, quizá cuatro, porque el stárets Zosima...

–¡Cuatro días! ¡Qué locura! Escúcheme, ¿se ha reído usted mucho de mí?

–No me he reído ni pizca.

–¿Por qué?

–Porque me lo he creído todo por completo.

–¡Usted me ofende!

–En lo más mínimo. No bien la hube leído, pensé en seguida que todo sería así, pues yo, tan pronto como el stárets muera, he de abandonar en seguida el monasterio. Luego continuaré mis estudios, me examinaré, y cuando llegue el plazo legal nos casaremos. Yo la amaré. Aunque no he tenido tiempo de reflexionar sobre ello, he pensado, de todos modos, que no encontraré mejor esposa que usted, y el stárets que manda casarme...

–Pero si soy un monstruo, ¡me han de llevar en un sillón de ruedas! –se rió Lisa, con las mejillas inflamadas por el rubor.

–Yo mismo la llevaré en el sillón, pero estoy convencido de que para entonces ya se habrá curado.

–¡Usted está loco! –replicó nerviosamente Lisa–. ¡De una broma como ésa, sacar de pronto una cosa tan absurda!... Aquí tenemos a mamá, es posible que llegue muy a tiempo. ¡Cómo se retrasa usted siempre, mamá! ¡Ha tardado mucho! Y aquí viene Yulia, que nos trae el hielo.

–¡Ah, *Lise,* no grites, sobre todo no grites! Estos gritos ya me tienen... Qué podía hacer yo, si tú misma habías puesto las hilas en otro sitio... He estado buscando, buscando... Sospecho que lo has hecho adrede.

–¿Acaso podía adivinar que vendría con una mordedura en el dedo? De no ser así, quizá resultaría verdad que lo he hecho adrede. Mamá, ángel mío, empieza usted a decir cosas extraordinariamente ingeniosas.

–Que lo sean, ¡pero qué sentimientos los tuyos, *Lise,* en cuanto a lo del dedo de Alexéi Fiódorovich y todo eso! ¡Oh, mi buen Alexéi Fiódorovich, lo que me mata no son las cosas, por separado, no es un caso como el de Herzenstube, sino todo junto, es la totalidad de lo que pasa, lo que no puedo soportar!

–Basta, mamá; basta de hablar de Herzenstube. –Lisa se rió alegremente–. Vengan pronto las hilas, mamá, y el agua. Esto no es más que una disolución de agua acidulada, Alexéi Fiódorovich; ahora no recuerdo cómo se llama, pero es una

disolución excelente. Mamá, figúrese que, al venir hacia acá, se ha peleado en la calle con unos muchachos, y uno le ha dado un mordisco; bueno, ¿no es él mismo un chiquillo, un verdadero chiquillo? Después de esto, ¿se ha de poder casar, mamá? Porque, figúrese, mamá, quiere casarse. Imagíneselo casado. ¿No da risa, no es inconcebible?

Y *Lise,* riéndose con su breve risita nerviosa, miraba pícaramente a Alexéi.

–Vaya, cómo quieres que se case, *Lise,* y a qué viene ahora todo esto; además, lo que dices está completamente fuera de lugar... Piensa que ese muchacho puede estar rabioso.

–¡Ah, mamá! ¿Acaso hay muchachos rabiosos?

–Claro que sí, *Lise;* hablas como si hubiera dicho una tontería. Un perro rabioso puede haber mordido a vuestro muchacho, que a su vez, convertido en un muchacho rabioso, muerde a quien está a su lado. Qué bien le ha vendado *Lise,* Alexéi Fiódorovich; yo no habría sabido hacerlo así nunca. ¿Nota usted ahora algún dolor?

–Ahora, muy poco.

–¿Tiene usted miedo al agua? –preguntó *Lise.*

–Bueno, *Lise,* basta; quizá yo he hablado demasiado a la ligera del muchacho rabioso y tú ya le sacas punta a mis palabras. Katerina Ivánovna acaba de enterarse de que usted ha venido, Alexéi Fiódorovich, y quiere verle en seguida, necesita verle, no sabe usted cómo lo necesita.

–¡Ah, mamá! Vaya usted sola, él ahora no puede ir, sufre demasiado.

–No sufro nada, puedo ir muy bien... –dijo Aliosha.

–¡Cómo! ¿Se va usted? ¿Eso hace usted? ¿Eso hace?

–¿Por qué no? Cuando termine allí, volveré y podremos hablar otra vez cuanto usted quiera. Pero desearía ver cuanto antes a Katerina Ivánovna, porque en todo caso hoy quisiera volver lo más pronto posible al monasterio.

–Lléveselo, mamá; lléveselo inmediatamente. Alexéi Fiódorovich, no se moleste en volver a verme después de hablar

con Katerina Ivánovna; váyase derechito a su monasterio, ¡ése es el lugar que a usted le conviene! Yo quiero dormir, no he dormido en toda la noche.

–¡Ah, *Lise!* No haces más que bromear. ¡Qué bien, si en verdad te durmieras! –exclamó la señora Jojlakova.

–No sé cómo yo... Me quedaré unos tres minutos más, hasta cinco –balbuceó Aliosha.

–¡Hasta cinco! Pero lléveselo ya de una vez, mamá, ¡esto es un monstruo!

–*Lise,* te has vuelto loca. Vámonos, Alexéi Fiódorovich; hoy *Lise:* está demasiado caprichosa, tengo miedo de irritarla. ¡Qué desdicha es, Alexéi Fiódorovich, una mujer nerviosa! Y es posible que en verdad, al verle a usted aquí haya tenido ganas de dormir. ¡Cómo ha podido usted hacerle sentir ganas de dormir, qué suerte ha sido ésta!

–Oh, mamá, de qué modo tan amable ha empezado usted a hablar; hasta le doy un beso, mamita.

–Yo también a ti, *Lise.* Escuche, Alexéi Fiódorovich –dijo misteriosa y gravemente la señora Jojlakova, en rápido susurro, al salir con Aliosha–, no quiero inducirle a pensar nada ni quiero levantar el velo, pero entre y usted mismo verá lo que allí sucede; es espantoso, es la comedia más fantástica: ella ama al hermano de usted, a Iván, y asegura con todas sus fuerzas que ama a Dmitri. ¡Es espantoso! Yo entraré con usted y, si no me echan, esperaré hasta el final.

5. Desgarramiento en el salón

Pero en la sala la conversación ya tocaba a su fin; Katerina Ivánovna estaba muy agitada, aunque se la veía decidida. En el momento en que entraron Aliosha y la señora Jojlakova, Iván Fiódorovich se levantaba para salir. Tenía el rostro algo pálido y Aliosha le miró con inquietud. El caso era que para Aliosha se resolvía en aquel momento una de sus dudas, un

inquietante enigma que desde hacía cierto tiempo le estaba atormentando. Haría cuestión de un mes, varias veces y personas distintas le habían insinuado que su hermano Iván estaba enamorado de Katerina Ivánovna y, sobre todo, que tenía la intención de «quitársela» a Mitia. Hasta estos últimos días, a Aliosha esta idea le parecía monstruosa, aunque le inquietaba mucho. Él quería a sus dos hermanos y tenía miedo de que entre ellos existiera tal rivalidad. Sin embargo, el propio Dmitri Fiódorovich le había declarado sin ambages el día anterior que hasta se sentía contento de que Iván fuera su rival, y que esta situación representaba incluso una gran ayuda para él, para Dmitri. ¿En qué podía beneficiarle? ¿Le resultaría más fácil casarse con Grúshenka? Pero Aliosha consideraba que ésta era una solución desesperada y extrema. Por otra parte, hasta el día anterior, creía sin sombra de duda que Katerina Ivánovna amaba apasionada y porfiadamente a Dmitri, pero lo había creído sólo hasta el día anterior. Añádase a esto que tenía la impresión, sin explicársela, de que Katerina Ivánovna no podía amar a un hombre como Iván y de que amaba a Dmitri tal como éste era, pese a lo que tenía de monstruoso semejante amor. Pero el día anterior, durante la escena con Grúshenka, Aliosha tuvo, de pronto, otra impresión. La palabra «desgarramiento», pronunciada hacía unos instantes por la señora Jojlakova, casi le estremeció, porque precisamente aquella noche, medio despertándose al amanecer, él mismo había pronunciado, contestando sin duda a su visión onírica: «¡Desgarramiento, desgarramiento!». Lo que había estado soñando durante toda la noche era la escena vivida en casa de Katerina Ivánovna. Ahora, la franca y reiterada afirmación de la señora Jojlakova en el sentido de que Katerina Ivánovna amaba a Iván y de que ésta, sólo por un afán de jugar, por «desgarramiento», se engañaba adrede a sí misma y se torturaba, como a impulsos de cierto agradecimiento, con su fingido amor por Dmitri, impresionó a Aliosha: «¡Sí, quizá la verdad

esté, realmente, en estas palabras!». Pero, en este caso, ¿cuál era la situación de su hermano Iván? Aliosha sentía por instinto que un carácter como el de Katerina Ivánovna necesitaba dominar y ella sólo podría dominar a un hombre como Dmitri, pero de ningún modo a un hombre como Iván. Pues sólo Dmitri (admitamos que dentro de largo tiempo) podría someterse, por fin, ante ella «por su propia felicidad» (lo que Aliosha hasta habría deseado), pero Iván, no; Iván no podría someterse ante ella, aparte de que semejante sumisión no le proporcionaría a él la felicidad. Tal era la idea que, sin saber cómo, se había formado Aliosha de Iván. Y he aquí que todas estas dudas y consideraciones se le vinieron a la mente en el instante en que entró en el salón. Le asaltó aún otra idea, de repente e irrefrenable: «¿Y si ella no ama a nadie, ni al uno ni al otro?». Indicaré que Aliosha se sentía como avergonzado de tales pensamientos y que en el transcurso del último mes se los había reprochado cada vez que se le habían venido a la cabeza. «¿Qué sé yo del amor y de las mujeres, y cómo puedo llegar a conclusiones semejantes?», se decía, en son de reproche, después de cada una de sus ideas o conjeturas. Sin embargo, era imposible no pensar. Comprendía por instinto que para el destino de sus dos hermanos aquella rivalidad, por ejemplo, resultaba ahora una cuestión de decisiva importancia, de la que dependían muchas cosas. «Un bicho se come a otro bicho», había declarado el día anterior su hermano Iván, irritado, al hablar de su padre y de su hermano Dmitri. ¿Así, pues, a sus ojos, el hermano Dmitri era un bicho, y lo era ya hacía tiempo? ¿No lo sería desde que su hermano Iván había conocido a Katerina Ivánovna? Esas palabras las había pronunciado Iván sin querer, desde luego, pero por esto resultaban aún más importantes. Si esto era así, ¿qué paz podía esperarse? ¿No eran éstos, al contrario, nuevos motivos de odio y enemistad en su familia? Y lo que es más importante: ¿a quién había de compadecer él, Aliosha? ¿Qué debía desear a cada uno? Los quería a los dos, pero

¿qué desear a cada uno de ellos, en medio de contradicciones tan espantosas? En este embrollo uno podía quedar totalmente desconcertado, pero el corazón de Aliosha no podía soportar la incertidumbre, porque su amor siempre era activo. Él no podía amar pasivamente; no bien sentía amor, se disponía a ayudar. Mas para ello era necesario fijarse un objetivo, era preciso saber firmemente lo que para cada uno resultaba bueno y conveniente, de modo que, visto con claridad el objetivo a conseguir, se pudiera ayudar al uno y al otro. Ahora bien, en vez de un objetivo claro, sólo había falta de claridad en todo, confusión. ¡Se había hablado, ahora, de «desgarramiento»! ¿Qué podía comprender él en tal desgarramiento? ¡No comprendía ni siquiera la primera palabra de toda aquella confusión!

Al ver a Aliosha, Katerina Ivánovna dijo inmediatamente y con alegría a Iván Fiódorovich, que se había levantado ya de su sitio para irse:

–¡Un momento! Quédese todavía un momento. Quiero oír la opinión de esta persona, en la que confío con toda el alma. Katerina Ósipovna, no se vaya usted tampoco –añadió, dirigiéndose a la señora Jojlakova.

Hizo sentar a Aliosha al lado suyo y Jojlakova se sentó enfrente, al lado de Iván Fiódorovich.

–Aquí están todos mis amigos; ustedes son mis buenos amigos, los únicos que tengo en el mundo –empezó a decir vehementemente, con voz en la que se percibía el temblor de sinceras lágrimas de pesar, y el corazón de Aliosha se volvió otra vez, de golpe, hacia ella–. Usted, Alexéi Fiódorovich, usted fue ayer testigo de aquel... horror y vio mi estado. Usted no lo vio, Iván Fiódorovich; él sí. No sé lo que pensó de mí ayer; lo único que sé es que si hoy, ahora, se repitiera lo mismo, yo manifestaría los mismos sentimientos que ayer, los mismos sentimientos, las mismas palabras, los mismos gestos. Usted recuerda mis movimientos, Alexéi Fiódorovich, usted mismo me contuvo una vez... –Al decir estas palabras, se ruborizó y

le refulgieron los ojos–. Le declaro, Alexéi Fiódorovich, que no puedo conformarme con nada. Escuche, ni sé tan sólo si ahora le amo yo a *él*. Ahora él me da *pena* y esto es un mal testimonio de amor. Si yo le quisiera, si continuara amándole, es posible que no sintiera pena, sino que le odiara...

La voz se le quebró y unas lágrimas diminutas le brillaron en las pestañas. Aliosha se estremeció interiormente: «Esta muchacha es veraz y sincera –pensó– y... ¡y ya no quiere a Dmitri!».

–¡Es cierto! Es cierto!... –exclamó la señora Jojlakova.

–Espere, mi querida Katerina Osipovna, no he dicho lo principal, no he dicho lo que he decidido definitivamente durante esta noche. Siento que mi decisión, quizás, es terrible para mí, mas presiento que ya no la cambiaré por nada del mundo, por nada del mundo, y que así lo mantendré toda mi vida. Mi querido, mi buen consejero, fiel y magnánimo, gran mentor de mi corazón y único amigo mío verdadero en este mundo, Iván Fiódorovich, me aprueba en todo y alaba mi resolución. Él sabe cuál es.

–Sí, la apruebo –asintió Iván Fiódorovich en voz baja, aunque firme.

–Pero yo deseo que también Aliosha (oh, Alexéi Fiódorovich, perdone que le haya llamado simplemente Aliosha), deseo que también Alexéi Fiódorovich me diga ahora, en, presencia de mis dos amigos, si tengo razón o no. Presiento instintivamente que usted, Aliosha, entrañable hermano mío (porque usted es mi hermano entrañable) –volvió a decir, arrebatada, tomando en su mano ardiente la fría mano de Aliosha–, presiento que su decisión, su aprobación, a pesar de todos mis sufrimientos, me proporcionará el sosiego, porque después de oír sus palabras me tranquilizaré y me conformaré, ¡lo presiento!

–No sé qué me va a preguntar –dijo Aliosha, cuyo rostro se había puesto como la púrpura–; lo único que sé es que la quiero a usted y que en este momento le deseo más felicidad

que a mí mismo... Pero yo no entiendo nada en estas cuestiones... –se apresuró a añadir.

–En estas cuestiones, Alexéi Fiódorovich, en estas cuestiones ahora lo más importante es el honor y el deber, y no sé aún qué otra cosa, algo más elevado, hasta más elevado, quizá, que el propio deber. El corazón me habla de este sentimiento poderoso, que me arrastra irresistiblemente. De todos modos, cabe expresarlo todo en dos palabras, ya lo he decidido: incluso si él se casa con esa mujerzuela –manifestó solemnemente–, a la que nunca podré perdonar, ¡nunca!, *de todos modos no le abandonaré.* ¡En adelante, ya nunca, nunca le abandonaré! –exclamó, con la dolorida expresión de un pálido y forzado entusiasmo–. No quiero decir que vaya tras él, que no me aparte de su vista y le atormente, ¡oh, no!; me trasladaré a otra ciudad, adonde quieran, pero en toda mi vida, durante toda mi vida velaré por él sin descanso. Cuando se sienta desdichado con aquélla, y eso ocurrirá en seguida, que venga a mi lado, encontrará a una amiga, a una hermana... Sólo a una hermana, desde luego, y eso para siempre; pero se convencerá, al fin, de que esta hermana es una verdadera hermana suya, que le quiere y que le ha sacrificado la vida entera. ¡He de lograr, y porfiaré en ello, que al fin llegue a conocerme y me lo confiese todo sin avergonzarse! –exclamó, como frenética–. Seré su dios, al que elevará él sus plegarias; esto es lo menos que me debe por su traición y por cuanto me vi obligada a soportar ayer por culpa suya. Que vea él a lo largo de toda su vida que yo le seré fiel siempre, a él y a la palabra que le di, a pesar de que él no me lo ha sido y me ha traicionado. Yo seré... ¡Me convertiré sólo en un medio para su felicidad o, ¿cómo decirlo?, en un instrumento, en una máquina para su felicidad, y esto para toda la vida, para toda la vida, y que él lo vea en adelante, durante toda la vida suya! ¡Ésta es mi resolución! Iván Fiódorovich me aprueba en absoluto.

Se sofocaba. Quizás habría querido expresar su pensamiento de manera más digna, más hábil y natural, pero lo

había hecho con excesivas prisas y demasiado al desnudo. Era mucho el arrebato juvenil, era mucho lo que respondía sólo a la cólera de la víspera, a la necesidad de manifestarse orgullosa; ella misma lo notaba. De pronto, se le puso el rostro sombrío, la expresión de la mirada se le hizo maligna. Aliosha lo percibió en seguida y sintió que la compasión se apoderaba de su alma. En ese momento su hermano Iván añadió, precisamente, unas palabras.

–Yo sólo he expresado mi pensamiento –dijo–. En cualquier otra mujer, todo esto habría parecido forzado; en usted, no. Otra no tendría razón; usted la tiene. No sé cómo explicarlo, pero veo que usted es sincera en grado máximo y por esto tiene usted razón...

–Pero eso lo dice sólo en este momento... ¿Y qué significa este momento? Nada más que la ofensa de ayer, ¡esto es lo que significa el presente momento! –manifestó, sin poderse contener, la señora Jojlakova, que no deseaba intervenir, era evidente, pero que no pudo contenerse y soltó de pronto una idea muy cierta.

–Eso, eso –la interrumpió Iván, algo frenético y, por lo visto, irritado de que le hubieran interrumpido a él–, eso es; pero en otra, ese momento no sería más que la impresión de ayer, no sería más que un momento, mientras que con el carácter de Katerina Ivánovna ese momento se extenderá a lo largo de su vida entera. Lo que para otras no pasaría de ser una mera promesa, para Katerina Ivánovna es un deber eterno, duro y, quizá, sombrío, pero constante. ¡Ella se nutrirá con el sentimiento de este deber cumplido! Su vida, Katerina Ivánovna, transcurrirá ahora en la dolorosa contemplación de sus propios sentimientos, de su propio heroísmo y de su propia amargura, pero más adelante este sufrimiento se apaciguará y su vida se convertirá en la dulce contemplación de un propósito firme y orgulloso, cumplido de una vez para siempre; un propósito verdaderamente lleno de orgullo, en su género; en todo caso, desesperado, pero vencido

por usted; esta conciencia le proporcionará, al fin, la satisfacción más completa y la reconciliará con todo lo demás...

Dijo todo esto en un tono decidido y con cierto rencor, por lo visto adrede; incluso, quizá, sin querer disimular su intención, o sea, la de que hablaba adrede, y en son de burla.

–¡Oh, Dios mío, qué falso es todo esto! –exclamó otra vez la señora Jojlakova.

–Alexéi Fiódorovich, ¡hable usted! ¡Necesito imperiosamente saber lo que me va a decir usted! –exclamó Katerina Ivánovna, prorrumpiendo a llorar.

Aliosha se levantó del diván.

–¡Esto no es nada, no es nada! –prosiguió, llorando, Katerina Ivánovna–. Son los nervios, es por lo de anoche, pero al lado de dos amigos tan buenos como usted y su hermano, todavía me siento fuerte... porque sé... ustedes dos nunca me abandonarán...

–Por desgracia, mañana mismo quizá deba partir para Moscú y alejarme de su lado por mucho tiempo... Y esto, por desgracia, es forzoso... –manifestó de pronto Iván Fiódorovich.

–¡Mañana, a Moscú! –A Katerina Ivánovna se le crispó el rostro–. Pero... pero Dios mío, ¡qué felicidad! –exclamó excitada, cambiando en un santiamén el tono de voz y dejando de verter lágrimas, de modo que al instante no quedaba de ellas ni rastro.

En un momento se produjo en Katerina Ivánovna un cambio sorprendente, que dejó pasmado a Aliosha: en lugar de la pobre muchacha ofendida, bañada hasta entonces en lágrimas, con el alma desgarrada, apareció de repente una mujer que se dominaba por completo y hasta en extremo contenta por algún motivo, como si de súbito algo le diera una gran alegría.

–Oh, no es que sea una felicidad el que me vea privada de usted, desde luego –dijo como rectificándose, con una agradable sonrisa mundana–; un amigo como usted no puede

pensar esto; me siento, al contrario, muy desdichada de que usted se aleje. –De pronto se precipitó hacia Iván Fiódorovich y, cogiéndole ambas manos, se las estrechó con cálida efusión–. Lo que sí es una felicidad es que usted mismo, personalmente, tenga la oportunidad de explicar en Moscú, a mi tía y a Agafia, cuál es mi situación, el horror de cuanto me está sucediendo; lo dirá con toda franqueza a Agafia, y con cuidado, como mejor sepa usted hacerlo, a mi querida tía. No puede usted imaginarse cuán desdichada me sentí ayer por la noche y me he sentido esta mañana pensando, perpleja, cómo iba a escribir esta carta terrible... porque en una carta no hay manera de dar cuenta de lo sucedido... Ahora, en cambio, me será más fácil escribir, porque usted las verá y podrá explicárselo todo de palabra. ¡Oh, qué contenta estoy! Pero sólo estoy contenta por lo que acabo de decirle, créame. Usted, personalmente, para mí es insustituible, desde luego... Ahora mismo corro a escribir la carta –concluyó, dando incluso un paso para salir del salón.

–¿Y Aliosha? ¿Y la opinión de Alexéi Fiódorovich, que tan imperiosamente deseaba usted escuchar? –gritó la señora Jojlakova. En sus palabras resonaba una nota cáustica y airada.

–No se me ha olvidado –respondió Katerina Ivánovna, deteniéndose–. ¿Y por qué se me muestra tan hostil en este momento, Katerina Ósipovna? –añadió, con vivo y amargo reproche–. Lo que he dicho lo confirmo. Necesito conocer su opinión, es más: ¡necesito su decisión! Lo que él diga se hará; ya ve hasta qué punto, Alexéi Fiódorovich, anhelo conocer sus palabras... ¿Pero qué le ocurre?

–Nunca lo habría pensado, ¡no puedo imaginármelo! –exclamó de pronto Aliosha, con amargura.

–¿Qué, qué?

–Él se va a Moscú y usted ha exclamado que se alegra, ¡lo ha dicho usted adrede! Después ha empezado a explicar, en seguida, que no está contenta por esto, al contrario, lo siente;

que... pierde a un amigo, pero también esto lo ha representado usted con intención... ¡Lo ha representado como si hiciera una comedia en el teatro!...

–¿En el teatro? ¿Cómo?... ¿Qué significa esto? –exclamó Katerina Ivánovna, estupefacta, arrebolándose y frunciendo las cejas.

–Por más que le asegure usted que siente el alejamiento del amigo, ve como una felicidad que él parta y se lo repite usted a la cara... –dijo Aliosha, sofocándose ya por completo. Estaba de pie junto a la mesa y no se sentaba.

–No comprendo qué quiere usted decir...

–Ni lo sé yo mismo... Es como si de pronto viera una luz... Ya sé que no hago bien en decirlo, pero de todos modos lo diré –prosiguió Aliosha, con la misma voz temblorosa y entrecortada–. La luz que acaba de alumbrarme consiste en que usted quizá no ama en lo más mínimo a mi hermano Dmitri... que no le ama desde el primer día... Y Dmitri quizá tampoco la ame a usted... ni la haya amado... sino que sólo la reverencie... No sé cómo me atrevo a decir todo esto, pero es necesario que alguien diga la verdad... porque aquí nadie quiere decirla...

–¿Qué verdad? –gritó Katerina Ivánovna, y en su voz resonó una nota de histerismo.

–Pues la siguiente –balbuceó Aliosha, como si cayera de un tejado–: llame ahora mismo a Dmitri, yo le encontraré; que venga aquí, que la tome a usted de la mano, que tome luego la mano de mi hermano Iván y que las una. Porque usted atormenta a Iván, pues le ama, eso es todo... y le atormenta porque ama a Dmitri por torturarse... no le ama de verdad... Sólo porque se ha asegurado a sí misma que le quiere...

Aliosha se detuvo bruscamente y se calló.

–Usted... usted... usted es un pequeño bendito, ¡eso es usted! –saltó de repente Katerina Ivánovna con el rostro ya pálido y una mueca rencorosa.

Iván Fiódorovich se echó a reír y se levantó de su asiento. Tenía el sombrero en la mano.

–Te equivocas, mi buen Aliosha –dijo, con una expresión en el rostro como aún no se la había visto nunca Aliosha, con la expresión de una sinceridad juvenil y de un fuerte sentimiento, irresistiblemente sincero–. ¡Katerina Ivánovna no me ha amado nunca a mí! Ella ha sabido siempre que yo la amo, aunque nunca le he dicho una palabra de mi amor; lo sabía, pero no me ha amado. Tampoco he sido amigo suyo ni una vez, ni un solo día: es una mujer orgullosa, no necesitaba mi amistad. Si me mantenía a su lado era para vengarse sin cesar. Se vengaba en mí de todas las ofensas que ha sufrido constantemente y en cada momento, durante todo este tiempo, por parte de Dmitri, desde su primer encuentro... Porque su primera entrevista ya le quedó a ella en el corazón como una ofensa. ¡Así tiene ella el corazón! En todo ese tiempo no he hecho otra cosa que oír hablar de su amor por él. Ahora parto, pero ha de saber, Katerina Ivánovna, que usted realmente le ama sólo a él. Y tanto más cuanto más él la ofende. Éste es su desgarramiento. Usted le ama tal como es, le ama en tanto que él la ofende Si él se corrigiera, usted en seguida le abandonaría y dejaría de amarle. Pero usted le necesita para poder contemplar incesantemente su heroica fidelidad y para echarle a él en cara la infidelidad suya. Y todo ello por el orgullo que tiene usted. Oh, hay en esto mucho de abatimiento y humillación, pero todo es por orgullo... Yo soy demasiado joven y la he amado con demasiada fuerza. Sé que no debería decirle todo esto, que sería más digno por mi parte apartarme simplemente de usted; no sería para usted tan ofensivo. Pero voy a irme lejos y no volveré jamás. Esto es para toda la vida... No quiero permanecer al lado del desgarramiento... De todos modos, ya no sé hablar, lo he dicho todo... Adiós, Katerina Ivánovna, usted no debe enojarse conmigo, porque yo estoy castigado cien veces más que usted: castigado ya por el hecho en sí de no volverla a ver

jamás. Adiós. No necesito su mano. Me ha torturado usted demasiado conscientemente para que en este momento pueda perdonarla. Después perdonaré, pero ahora no me dé la mano. *Den Dank, Dame, begehr ich nicht*[1] –añadió con una risa contrahecha, después de demostrar, además, de manera completamente inesperada, que también él podía leer a Schiller y hasta aprendérselo de memoria, cosa que antes no habría creído Aliosha.

Salió del salón sin despedirse siquiera de la dueña de la casa, de la señora Jojlakova. Aliosha juntó las manos, asombrado.

–Iván –gritó, como aturdido, viéndole marchar–, ¡vuelve, Iván! ¡No, no, ahora no volverá por nada del mundo! –exclamó otra vez con amarga penetración–, pero la culpa es mía, mía, ¡yo he empezado! Iván ha hablado con rencor, como no debía. Ha sido injusto y rencoroso... –exclamaba Aliosha, como medio loco.

Katerina Ivánovna se fue de pronto a otra habitación.

–Usted no ha hecho nada malo, ha obrado maravillosamente, como un ángel –susurró rápida y entusiasmada al afligido Aliosha la señora Jojlakova–. Haré lo imposible para que Iván Fiódorovich no se vaya...

La cara le resplandecía de satisfacción, con grandísima pena para Aliosha; pero Katerina Ivánovna volvió inesperadamente. Tenía en las manos dos billetes de cien rublos.

–He de pedirle un gran favor, Alexéi Fiódorovich –comenzó a decir, dirigiéndose directamente a Aliosha con voz tranquila y natural, como si no hubiera sucedido nada–. Hará cosa de una semana, según me parece, Dmitri Fiódorovich cometió una acción impulsiva e injusta, muy abominable. Hay aquí un lugar de mala nota, una taberna. En ella encontró a ese oficial retirado, un capitán ayudante al que su

1. «No deseo, señora, su agradecimiento», uno de los versos finales de la balada de Schiller «El guante» (1797).

padre utilizaba para algunos de sus asuntos. Furioso, no sé por qué, contra ese capitán, Dmitri Fiódorovich le agarró por la barba y en presencia de todo el mundo le sacó de esa humillante manera del local y aún le arrastró así largo rato en la calle misma; dicen que el hijo de ese capitán, todavía un niño que estudia en la escuela de la ciudad, al ver lo que pasaba, corrió al lado de su padre llorando a gritos, clamando favor, pidiendo a todos los que veía que defendieran a su padre, pero todos se reían. Perdone, Alexéi Fiódorovich, no puedo recordar sin indignarme este vergonzoso acto *de él*... uno de los actos a los que sólo Dmitri Fiódorovich puede lanzarse llevado por su ira... ¡o por sus pasiones! Ni siquiera soy capaz de contarlo, es superior a mis fuerzas... Pierdo el hilo de las palabras. He preguntado por esa persona humillada y he sabido que es un hombre muy pobre. Se llama Sneguiriov. Cometió alguna falta de servicio y le expulsaron del ejército, no conozco más detalles, y ahora, con toda su familia, con una desgraciada familia de niños enfermos y de una mujer, según parece, loca, ha caído en una miseria espantosa. Lleva ya mucho tiempo aquí, en la ciudad; no sé de qué se ocupa, creo que estaba de escribiente en alguna parte, pero ahora, sin más ni más, han dejado de pagarle. Yo he puesto la mirada en usted... es decir, yo pensaba... (no sé, confundo lo que digo). Verá, quería pedirle, Alexéi Fiódorovich, mi buenísimo Alexéi Fiódorovich, que pasara a verle, que buscara algún pretexto para visitarle, quiero decir a ese capitán (¡oh, Dios mío, cómo lo confundo todo!), y de manera delicada, cuidadosamente, tal como sólo usted sabría hacerlo –Aliosha se ruborizó–, le diera esta ayuda, vea, doscientos rublos. Probablemente los aceptará... es decir, usted tendrá que persuadirle de que los acepte... O no, ¿cómo decirlo? Verá, no se trata de una paga por una reconciliación y para que no presente una denuncia (porque, según parece, quería denunciarle), sino, simplemente, es cuestión de simpatía, es un deseo de ayudarle, de mi parte, de mi parte, de la novia de

Dmitri Fiódorovich, no de parte de él... En una palabra, usted verá... Iría yo misma, pero usted lo hará mucho mejor que yo. Vive en la calle del Lago, en casa de la menestrala Kalmíkova... Por el amor de Dios, Alexéi Fiódorovich, hágame este favor; pero ahora... ahora estoy algo... cansada. Hasta la vista.

Se volvió tan rápidamente y desapareció tan pronto detrás del cortinón, que Aliosha no tuvo tiempo de decir ni una palabra, pese a que habría querido hablar. Deseaba pedir perdón, declararse culpable, decir alguna cosa porque tenía el corazón a punto de estallar y no quería de ningún modo salir de allí sin decir lo que sentía. Pero la señora Jojlakova le cogió del brazo y le sacó ella misma. En el vestíbulo, volvió a detenerle, como había hecho hacía poco.

–Es orgullosa, lucha consigo misma, pero es buena, ¡es encantadora, es magnánima! –exclamó en voz baja la señora Jojlakova–. ¡Oh, cómo la quiero, sobre todo a veces, y cómo me siento otra vez contenta de todo, de todo! Mi buen Alexéi Fiódorovich, usted no sabe una cosa, y es que todos nosotros, todos, sus dos tías y yo, en fin, todos, hasta Lisa, hace ya un mes entero que no deseamos y rogamos más que una cosa, que ella rompa con el preferido de usted, Dmitri Fiódorovich, quien nada quiere saber de ella ni la ama en lo más mínimo, y se case con Iván Fiódorovich, joven excelente, instruido, quien la ama más que a nada en el mundo. Hemos tramado una verdadera conspiración con este propósito, y si yo no me voy de aquí quizás es sólo por esto...

–Pero ella ha llorado, ¡otra vez se siente ofendida! –exclamó vivamente Aliosha.

–No crea en las lágrimas de una mujer, Alexéi Fiódorovich; en estas cuestiones yo siempre estoy en contra de las mujeres y en favor de los hombres.

–Mamá, le estropea, le echa a perder –se oyó que decía con su vocecita *Lise,* desde detrás de la puerta.

–No, la causa de todo esto soy yo, ¡yo soy terriblemente culpable! –repetía el desolado Aliosha, en un impulso de dolorosa vergüenza por su exabrupto, cubriéndose la cara con las manos.

–Al contrario, ha obrado usted como un ángel, como un ángel, estoy dispuesta a repetirlo miles de veces.

–Mamá, ¿por qué ha obrado como un ángel? –se oyó preguntar otra vez a *Lise,* con su vocecita.

–No sé por qué, me imaginé de pronto, mirando todo eso –prosiguió Aliosha, como si no oyera a Lisa–, que ella ama a Iván, y he dicho esa estupidez.... ¿Qué pasará, ahora?

–Pero ¿a quién, a quién? –exclamó *Lise*–. Mamá, lo que usted quiere, seguro, es acabar conmigo. Le estoy preguntando y no me responde.

En ese instante entró corriendo la doncella.

–Katerina Ivánovna se encuentra mal... Está llorando... tiene un ataque de nervios, como de histerismo.

–¿Qué pasa? –gritó *Lise,* ya con voz inquieta–. Mamá, ¡la que va a sufrir un ataque de histerismo voy a ser yo, no ella!

–*Lise,* por el amor de Dios, no grites, no acabes conmigo. A tu edad, aún no puedes saber todo lo que saben los mayores; vendré en seguida, te contaré todo lo que se te pueda contar, ¡oh, Dios mío! Voy corriendo, corriendo... El histerismo es una buena señal, Alexéi Fiódorovich, es excelente que sufra un ataque de nervios. Esto es precisamente lo que necesita. En estos casos, siempre estoy en contra de las mujeres, de todos esos histerismos y lágrimas de mujer. Yulia, corre y dile que voy volando. Si Iván Fiódorovich ha salido de esta manera, ella misma tiene la culpa. Pero él no se irá. *¡Lise,* por el amor de Dios, no grites! ¡Ah, ya! No eres tú la que grita, soy yo; perdona a tu madre, pero estoy entusiasmada, entusiasmada, ¡entusiasmada! ¿Ha observado usted, Alexéi Fiódorovich, con qué aire más juvenil ha salido hace un momento Iván Fiódorovich? ¡Ha dicho todo lo que tenía que decir y se ha marchado! Yo le creía hecho un sabio, un acadé-

mico, y de pronto se ha puesto a hablar con tanto calor, con tanto calor, con la franqueza de los jóvenes, con la inexperiencia de los jóvenes, y todo tan perfectamente, tan perfectamente, como si fuera usted... Y ha citado ese verso alemán; la verdad, ¡como si fuera usted! Pero voy corriendo, voy corriendo. Alexéi Fiódorovich, apresúrese a cumplir ese encargo y vuelva cuanto antes. *Lise,* ¿no necesitas nada? Por Dios, no retengas ni un minuto a Alexéi Fiódorovich, ahora mismo volverá a verte...

La señora Jojlakova, al fin, se fue presurosa. Aliosha, antes de irse, quiso abrir la puerta del cuarto de *Lise.*

–¡Por nada del mundo! –gritó *Lise*–. ¡Ahora ya por nada del mundo! Hable a través de la puerta. ¿Qué ha hecho usted para que le llamen ángel? Es todo cuanto quiero saber, y nada más.

–¡Una horrible estupidez, *Lise!* Adiós.

–¡No se atreva a irse de este modo! –gritó *Lise.*

–*Lise,* ¡tengo una pena muy grande! Volveré en seguida, pero tengo una gran pena, ¡una pena muy grande! Y salió precipitadamente de la estancia.

6. Desgarramiento en la isba

Experimentaba, en verdad, una pena muy seria, como raras veces había sentido hasta entonces. Se había puesto a hablar y no había dicho más que «tonterías», ¡nada menos que en cuestiones de amor! «Bueno, ¿qué entiendo yo de esto, cómo puedo ver claro en estas cuestiones? –se repetía por centésima vez–. Oh, la vergüenza no sería nada, la vergüenza es sólo el castigo que me merezco; el mal está en que ahora voy a ser yo, sin duda alguna, la causa de nuevas desgracias... El stárets me ha mandado a reconciliar y unir. ¿Es éste el modo de unir a los desavenidos?» Recordó súbitamente, otra vez, de qué manera había «unido las manos» y de nuevo se sintió

invadido por una espantosa vergüenza. «Aunque haya obrado con la mayor sinceridad, en adelante tendré que actuar con más inteligencia», concluyó de pronto, sin que por ello llegara a sonreírse.

El encargo de Katerina Ivánovna le llevaba a la calle del Lago, y el hermano Dmitri vivía precisamente allí cerca, en una callejuela. Aliosha decidió en todo caso llegarse hasta la casa de Dmitri antes de ir a ver al capitán, aun presintiendo que no encontraría a su hermano. Sospechaba que éste procuraría ahora esconderse de él, pero había que encontrarle costara lo que costara. El tiempo pasaba: la idea del stárets moribundo no le había abandonado ni un momento, ni un instante, desde que había salido del monasterio.

En el encargo de Katerina Ivánovna había advertido una circunstancia que había avivado también enormemente su interés: cuando Katerina Ivánovna habló del hijo del capitán de Estado Mayor, un escolar aún, que corría, llorando a gritos al lado de su padre, en seguida pensó Aliosha que aquel muchacho era, probablemente, el mismo que le había mordido el dedo cuando él, Aliosha, le preguntaba en qué le había ofendido. Ahora estaba casi convencido de que así era, aun sin saber todavía por qué. De este modo, ocupado en reflexiones accidentales, se distraía, y decidió no «pensar» en el «mal» que acababa de hacer, no torturarse con su arrepentimiento, sino actuar; lo que tuviera que suceder, sucedería. Esta idea le devolvió definitivamente los ánimos. Entonces se dio cuenta de que tenía hambre y, al meterse en la callejuela en que vivía su hermano Dmitri, se sacó del bolsillo el mollete que había cogido en casa de su padre y se lo comió sin dejar de andar. Esto le dio nuevas fuerzas.

Dmitri no estaba en su casa. Los dueños de la casita –un viejo carpintero, su vieja esposa y su hijo– miraron a Aliosha con cierto aire de desconfianza. «Éste es ya el tercer día que no viene a dormir; a lo mejor se ha marchado», respondió el

viejo a las insistentes preguntas de Aliosha, quien comprendió que el otro le contestaba ateniéndose a unas instrucciones dadas. A su pregunta de: «¿No estará en casa de Grúshenka y no se esconde otra vez en casa de Fomá?» (Aliosha, adrede, echó mano de estas indiscreciones), todos los de la casa le miraron medrosos. «Están de su parte, esto quiere decir que le estiman –pensó Aliosha–; eso está bien.»

En la calle del Lago encontró, por fin, la casa de la menestrala Kalmikova, una casita ruinosa, ladeada, con sólo tres ventanas a la calle, con un patio sucio, en medio del cual había una vaca solitaria. Se entraba por el patio en el zaguán; a la izquierda, vivía la dueña con su hija, viejas y sordas las dos, al parecer. Aliosha tuvo que repetir varias veces su pregunta acerca del ayudante de capitán, hasta que una de las mujeres, comprendiendo al fin que preguntaban por los inquilinos, le señaló con el dedo la puerta del otro lado del zaguán, la que daba a la pieza de la estufa. La vivienda del capitán se reducía, en efecto, a una sola pieza. Aliosha había puesto ya la mano en la manija de hierro para abrir la puerta cuando, de súbito, se quedó sorprendido por el insólito silencio que al otro lado reinaba. Sabía, por lo que Katerina Ivánovna le había dicho, que el capitán retirado tenía familia: «O todos duermen o, quizá, me han oído llegar y esperan a que abra; mejor será que primero llame»; y llamó. Oyó la respuesta, pero no en seguida, sino, quizás, unos diez segundos después.

–¿Quién hay? –gritó alguien con fuerte voz, muy irritada.

Entonces Aliosha abrió la puerta y franqueó el umbral. Se encontró en una pieza bastante espaciosa, pero en extremo repleta de gente y de enseres domésticos de toda clase. A la izquierda había una gran estufa rusa. De la estufa a la ventana de la izquierda, atravesando toda la estancia, se había tendido una cuerda de la que colgaban toda clase de trapos. Cada una de las dos paredes, a derecha e izquierda, tenía adosada una cama, cubierta con una manta de punto. Sobre

la cama de la izquierda se elevaba una prominencia formada por cuatro almohadas de indiana, de decrecientes dimensiones. En cambio, sobre la cama de la derecha no se veía más que una almohadita diminuta. En un ángulo del fondo había un pequeño espacio, separado por una cortina o una sábana, tendida asimismo sobre una cuerda que cortaba transversalmente el ángulo. Tras aquella cortina se había montado otra cama, que se veía por un extremo, a base de un banco y una silla. Una simple mesa cuadrada de madera, como las de los mujiks, había sido retirada del ángulo del fondo y puesta junto a la ventana del centro. Las tres ventanas, cada una de ellas con cuatro cristales cubiertos de verdoso moho, resultaban muy oscuras y estaban herméticamente cerradas, de modo que en la habitación había poca luz y el aire era bastante pesado. Sobre la mesa había una sartén con restos de huevos fritos, un trozo de pan mordisqueado y media botella con un pequeño resto de dichas terrenales en su parte baja. Junto a la cama de la izquierda estaba sentada en una silla una mujer, parecida a una dama, que llevaba un vestido de percal. Se la veía muy flaca de cara, amarilla; las mejillas, en extremo hundidas, revelaban, a la primera mirada, su estado enfermizo. Pero lo que más impresionó a Aliosha fue la mirada de la pobre dama, una mirada extraordinariamente interrogadora y, al mismo tiempo, terriblemente altiva. Y hasta que ella misma intervino en la conversación, mientras estuvieron hablando Aliosha y el dueño de la casa, la dama no dejó de dirigir sus grandes ojos castaños de un interlocutor a otro, con la misma altivez y la misma expresión interrogadora. Cerca de la dama, junto a la ventana de la izquierda, estaba de pie una muchacha bastante fea de cara, de bermeja y rala cabellera, pobremente vestida, aunque muy limpia. La muchacha miraba con desdén a Aliosha. A la derecha, también al lado de la cama, estaba sentada aún otra mujer. Era una pobre criatura, una muchacha, también joven, de unos veinte años,

pero jorobada y tullida, con las piernas secas, según dijeron más tarde a Aliosha. Tenía las muletas al alcance de la mano, en un ángulo entre la cama y la pared. Los ojos de la pobre muchacha, de bondadosa expresión, extraordinariamente bellos, miraron a Aliosha con cierta dulce humildad. Un señor de unos cuarenta y cinco años, sentado a la mesa, estaba terminando de comer los huevos fritos; era un hombre de pequeña estatura, seco, de débil complexión, pelirrojo, de barba escasa y rojiza, muy parecida a un estropajo deshilachado (esta comparación y, sobre todo, la palabra «estropajo», surgieron a la primera mirada en la mente de Aliosha, así lo recordó luego él). Por lo visto era ese mismo señor quien le había gritado desde detrás de la puerta: «¿Quién hay?», pues en la estancia no había ningún otro hombre. Pero cuando entró Aliosha, se levantó bruscamente del banco en que estaba sentado y, secándose a toda prisa con una servilleta agujereada, se precipitó hacia él.

–Un monje que pide limosna para el monasterio, ¡a buena puerta viene a llamar! –dijo entretanto en voz alta la muchacha que estaba de pie en el ángulo de la izquierda.

Pero el señor que se precipitaba hacia Aliosha se volvió hacia ella, girando en un instante sobre los tacones, y con voz inquieta y entrecortada le respondió:

–No, Varvara Nikoláievna, no es eso, ¡no lo ha adivinado! Permítame que le pregunte, a mi vez –se volvió de manera súbita hacia Aliosha–, ¿qué le ha movido a visitar... esta covacha?

Aliosha observaba con mucha atención a aquel hombre, a quien veía por primera vez. Había en él algo anguloso, precipitado e irritable. Aunque, por lo visto, acababa de beber, no estaba borracho. En su rostro se percibía una expresión de extrema insolencia y, al mismo tiempo –era muy extraño–, de manifiesta cobardía. Daba la impresión de un hombre que durante largo tiempo se hubiera subordinado y hubiera sufrido muchas humillaciones, pero que, de pronto, se irguiera y quisiera afirmar su personalidad. O, mejor aún, la de un

hombre que tuviera enormes deseos de pegar, pero que tuviera un miedo horrible de que le peguen a él. En sus palabras y en la entonación de su voz, bastante penetrante, se percibía cierto humor propio de un bendito, ora rencoroso, ora tímido, que no lograba mantenerse al mismo tono y que se quebraba. La pregunta acerca de la «covacha» la había formulado como si estuviera temblando, con los ojos salientes, y acercándose a Aliosha con rápido movimiento, hasta tal punto que éste, de manera instintiva, dio un paso atrás. Aquel señor llevaba un abrigo oscuro, malo, como de algodón, remendado y cubierto de manchas. Sus pantalones eran de un color muy claro, como nadie los lleva hace ya mucho tiempo, a cuadros, de una tela muy delgada, arrugados por abajo, por lo que le subían piernas arriba, como si fuera él un niño al que los pantalones le hubieran quedado pequeños.

–Soy... Alexéi Karamázov... –articuló Aliosha, en respuesta.

–Lo comprendo perfectamente –replicó el señor, dando a entender que sabía ya muy bien quién era–. Por mi parte le diré que soy el capitán de Estado Mayor Sneguiriov; de todos modos, desearía saber qué le ha movido precisamente...

–Nada, he entrado a verle. En realidad, quisiera decirle unas palabras en mi propio nombre... Si usted me lo permite, desde luego...

–En este caso, aquí tiene una silla, sírvase tomar asiento.

Esto lo decían en las viejas comedias: «sírvase tomar asiento»...

Y el capitán, con gesto rápido, cogió una silla libre (una simple silla campesina, toda de madera, sin tapizar) y la colocó poco menos que en el centro de la habitación; luego, cogiendo otra silla igual para sí, se sentó frente a Aliosha, cara a cara, y, otra vez, tan cerca que sus rodillas casi se rozaban.

–Soy Nikolái Ilich Sneguiriov, ex ayudante de capitán de la infantería rusa, aunque deshonrado por mis vicios, y, pese a todo, ayudante de capitán. Más bien habría que decir: ayu-

dante de capitán Slovoyérsov[1], y no Sneguiriov, pues sólo desde la segunda mitad de mi vida he empezado a hablar añadiendo «s» a las palabras. El empleo de esta letra añadida se aprende en la humillación.

–Así es –se sonrió Aliosha–; pero ¿se aprende involuntariamente o a sabiendas?

–Involuntariamente, bien lo ve Dios. Nunca había hablado de este modo, en mi vida había empleado tales «s»; de pronto caí y me levanté con las «s». Esto obedece a una fuerza superior. Veo que se interesa usted por las cuestiones contemporáneas. De todos modos no comprendo qué puede haber despertado su curiosidad, pues vivo en unas condiciones que hacen imposible ser hospitalario.

–He venido... por aquel asunto...

–¿Por aquel asunto? –le interrumpió, impaciente, el capitán.

–Por su encuentro con mi hermano Dmitri Fiódorovich –aclaró, cohibido, Aliosha.

–¿De qué encuentro habla usted? ¿No será del encuentro de marras? ¿Así, pues, por lo del estropajo, por lo del estropajo de baño?

Avanzó tanto, que esta vez chocó realmente sus rodillas con las de Aliosha. Apretó los labios de tal manera que le quedaron como formando un hilo.

–¿A qué estropajo se refiere? –balbuceó Aliosha.

–¡Ha venido a quejarse de mí, papá! –gritó el muchachito de la calle con la vocecita conocida ya de Aliosha, desde detrás de la cortina del rincón–. ¡Yo le he mordido el dedo!

La cortina se apartó y Aliosha vio en el rincón, bajo los iconos, en el lecho puesto sobre el banco y la silla, a su re-

1. «Slovoyers»: viejo nombre de la partícula «s», que se añadía al final de las palabras en señal de respeto o de adulación hacia la persona con quien se hablaba, considerada superior (proviene de la palabra *sudar,* 'señor'. Tanto *sudar* como la partícula «s» están hoy en desuso).

ciente enemigo. El muchacho yacía cubierto con su abriguito y, además, con una vieja y pequeña manta acolchada. Se le veía enfermo y, a juzgar por el brillo de los ojos, tenía fiebre. Miraba impávido a Aliosha, no como antes: «Estoy en casa –parecía decir–, ahora no podrás cogerme».

–¿Que le ha mordido un dedo? –exclamó el capitán, levantándose un poco de la silla con movimiento rápido–. ¿Le ha mordido un dedo a usted?

–Sí, a mí. Hace poco; luchaba a pedradas con otros chicos en la calle; eran seis contra él solo. Me he acercado y me ha tirado una piedra y luego otra a la cabeza. Le he preguntado qué le había hecho yo, y él, de pronto, se me ha echado encima y me ha dado un buen mordisco en el dedo, no sé por qué.

–¡Ahora mismo lo voy a azotar! ¡Lo azotaré en este mismo instante! –dijo el capitán, levantándose ya del todo de la silla.

–Pero si yo no me quejo, sólo lo he contado... No quiero de ninguna manera que le azote. Además, parece que está enfermo...

–¿Y usted se ha creído que iba a azotarle? ¿Que yo iba a azotar a Iliúshechka[1] ahorita, en presencia suya, para darle a usted una gran satisfacción? ¿Quería usted que fuera en seguida? –articuló el ayudante de capitán volviéndose de pronto hacia Aliosha con un gesto como si quisiera abalanzarse contra él–. Siento, señor mío, lo de su dedito; mas, si usted lo quiere, antes que azotar a Iliúshechka, me corto ahora mismo ante usted los cuatro dedos de mi mano para darle una justa satisfacción; me los corto con este cuchillo. Me parece que cuatro dedos le bastarán para acallar la sed de venganza. ¿No me pedirá el quinto?...

De pronto se detuvo, como si se ahogara. Le temblaban y se le contraían todos los músculos de la cara, miraba con un extraordinaria aire de desafío. Parecía fuera de sí.

1. Diminutivo de Iliá (Elías); otras formas diminutivas de este nombre que se emplean en la novela: Iliusha e Iliushka.

–Creo que lo he comprendido todo –respondió Aliosha en voz baja y triste, sin levantarse de la silla–. Así, pues, su hijo es un buen chico, quiere a su padre y se me ha echado encima por ser yo el hermano de quien le ha ofendido a usted... Ahora lo comprendo –repitió, pensativo–. Pero mi hermano Dmitri Fiódorovich se arrepiente de su acción, me consta, y si le es posible venir a verle, o mejor aún, si puede verse con usted en el mismo lugar de entonces, le pedirá perdón ante todo el mundo... si usted lo desea.

–Es decir, me habría tirado de la barba y me pediría perdón... Así todo quedaría terminado y tan tranquilo, ¿no?

–Oh, no, al contrario, hará lo que usted quiera y como usted quiera.

–De modo que si yo pidiera a Su Serenísima que se hincara de rodillas ante mí, en aquella misma taberna, su nombre es La Capital, o en la plaza pública, ¿se arrodillaría?

–Sí, incluso se pondrá de rodillas.

–Me ha conmovido. Se me humedecen los ojos, me ha conmovido. Tengo excesiva propensión a enternecerme. Sin embargo, permítame que me presente por completo: mi familia, mis dos hijas y mi hijo, mi nidada. Si muero yo, ¿quién los va a querer? Y mientras viva, ¿quién me va a querer a mí, malo como soy, sino ellos? Es una gran cosa lo que el Señor ha hecho para las personas que son como yo. Pues es necesario que alguien por lo menos pueda querernos también a nosotros...

–¡Ah, sí, esto es una gran verdad! –exclamó Aliosha.

–Pero basta ya de hacer el payaso. ¡Basta que venga el primer tonto, para que nos ponga usted en vergüenza! –exclamó inesperadamente la muchacha que estaba junto a la ventana, dirigiéndose a su padre con gesto de aversión y desprecio.

–Un poco de paciencia, Varvara Nikolavna, permíteme que continúe –le replicó gritando su padre, en tono imperioso, aunque mirándola con aire aprobatorio–. Es su carácter –de nuevo se volvió hacia Aliosha.

Y en toda la naturaleza
nada quiso él bendecir[1].

»Habría que poner el verso en femenino: nada quiso ella bendecir. Pero permítame presentarle también a mi esposa: Arina Petrovna, una dama tullida, de unos cuarenta y tres años; las piernas aún la obedecen, pero muy poco. Es de modesto origen. Arina Petrovna, dulcifique los rasgos de su cara: he aquí a Alexéi Fiódorovich Karamázov. Levántese, Alexéi Fiódorovich –le agarró por el brazo y, con una fuerza que no cabía esperar en él, le levantó de la silla–. Le presentan a una dama, hay que levantarse. No es el Karamázov, mamá, que... bueno, etcétera, sino su hermano, que brilla por sus humildes virtudes. Permítame, Arina Petrovna, permítame, mamita, permítame antes besarle la mano.

Y con mucho respeto, hasta con ternura, besó la mano de su esposa. La doncella que estaba junto a la ventana se volvió de espalda a la escena, indignada; el rostro altivamente interrogador de la esposa expresó de repente una insólita dulzura.

–Buenos días; siéntese, señor Chernomázov[2] –articuló la dama.

–Karamázov, madre, Karamázov (somos de condición sencilla) –susurró de nuevo.

–Bueno, Karamázov o como sea, yo siempre digo Chernomázov... Pero siéntese, ¿por qué le ha hecho levantar? Dice que soy una dama sin piernas, pero piernas, tengo; lo que pasa es que se han hinchado como cubos, mientras que yo me he secado. En otro tiempo estaba gorda, pero ahora parece que me haya tragado una aguja...

1. Versos finales de la poesía de Pushkin «Demon». (1823).
2. Juego de palabras: Chernomázov significa 'tiznado', 'pintado o ensuciado de negro', 'negro'; Karamázov contiene la raíz de origen turco *kara* (o *qara)* que significa 'negro'. Es decir que la «loca» pone en evidencia lo que está implícito en el apellido de los protagonistas.

–Somos de condición sencilla, de condición sencilla –repitió una vez más el capitán.

–Papá, ¡oh, papá! –articuló de súbito la muchacha jibosa, que hasta entonces había permanecido callada en su silla, y se tapó los ojos con un pañuelo.

–¡Bufón! –soltó la doncella de junto a la ventana.

–Ya ve qué noticias tenemos –dijo la madre, extendiendo los brazos en dirección a sus hijas–, es como si pasaran nubes; las nubes pasarán y otra vez tendremos nuestra música. Antes, cuando éramos militares, recibíamos muchas visitas como la suya. Señor, no quiero hacer comparaciones. Quien estima a uno que lo estime. Una vez, la mujer del diácono viene y dice: «Alexandr Alexándrovich es un hombre de alma excelente, pero Nastasia Petrovna (dice) es un aborto del infierno». «Bueno (respondo), cada uno tiene sus preferencias, pero tú eres pequeña y maloliente.» «Pues a ti (dice ella) se te ha de tener sometida.» «Ah, negra espada (le digo), ¿a quién has venido a dar lecciones?» «Yo (dice ella) dejo el aire puro, y tú el que no lo es.» «Pues pregunta (le respondo) a todos los señores oficiales si tengo o no el aire puro.» Desde entonces tengo eso tan clavado aquí dentro, en el alma, que no hace mucho, estando aquí sentada, como ahora, veo entrar al mismo general que vino por Pascua: «Excelencia (le pregunto), ¿puede dejar entrar aire puro en su casa una dama distinguida?». «Sí (responde), debería de abrir el ventanillo o la puerta, porque aquí el aire es pesado.» ¡Todos son así! ¿Por qué la han tomado con mi aire? Peor huelen los muertos. «Yo (les digo) no corromperé vuestro aire, me encargaré unos zapatos y me iré.» Padrecito, hijos míos, ¡no culpéis a vuestra madre! Nikolái Ilich, padrecito, ¿no he sabido contentarte? Mira, lo único que me queda es que venga Iliúshechka de clase y me quiera. Ayer me trajo una manzana. Perdonad, padrecito, perdonad, hijos míos, a vuestra madre, perdonadme, que estoy completamente sola. ¿Por qué se os ha hecho repugnante el aire que yo respiro?

La pobre prorrumpió en llanto, vertiendo las lágrimas a raudales. El capitán se precipitó hacia ella.

–¡Mamita, mamita, ángel mío, basta, basta! No estás sola. ¡Todos te queremos, todos te adoramos! –y empezó a besarle otra vez las dos manos y a acariciarle tiernamente la cara; en seguida cogió una servilleta y se puso a secarle las lágrimas. Aliosha creyó ver también húmedos los ojos del capitán–. Bien, ¿ha visto? ¿Ha oído? –preguntó de pronto, volviéndose como desesperado hacia Aliosha, señalándole con la mano a la pobre demente.

–Veo y oigo –balbuceó Aliosha.

–¡Papá, papá! Es posible que tú, con él... ¡No le hagas caso, papá! –gritó de pronto el muchacho, incorporándose en su camastro y mirando con los ojos ardientes a su padre.

–Basta ya, ¡deje de hacer el payaso y acabe con sus extravagancias, que nunca conducen a nada!... –gritó totalmente colérica, desde el mismo rincón, Varvara Nikoláyevna, hasta dando un golpe con el pie.

–Esta vez tiene toda la razón en irritarse, Varvara Nikoláyevna, y en seguida satisfaré su deseo. Póngase el gorro, Alexéi Fiódorovich; yo tomo el mío y salimos. He de decirle unas palabritas serias, pero no entre estas paredes. Esta doncella ahí sentada es mi hija, Nina Nikoláyevna, se me había olvidado presentársela; es un ángel del cielo que ha tomado forma carnal... y ha descendido entre los mortales... no sé si puede usted comprenderlo...

–Está temblando como si fuera a darle un ataque –siguió diciendo, indignada, Varvara Nikoláyevna.

–Esta que se dirige a mí dando golpes con el pie, y que acaba de llamarme payaso, también es un ángel del cielo que ha tomado forma carnal y me ha llamado muy justamente como me merezco. Pero vámonos, Alexéi Fiódorovich. Hay que terminar.

Tomó a Aliosha por el brazo y le sacó a la calle.

7. Y al aire libre

–El aire es puro, mientras que en mi mansión es en verdad pesado, incluso en todos los sentidos. Caminemos despacito, señor. Quisiera vivamente interesarle.

–También yo he de comunicarle un asunto muy importante... –declaró Aliosha–, sólo que no sé cómo empezar.

–¿Cómo no adivinar que tiene usted algo que decirme? Sin un motivo especial nunca se habría usted asomado a mi casa. ¿O en verdad ha venido sólo a quejarse del muchacho? No es probable. A propósito del muchacho: allí no se lo pude explicar todo, pero aquí le describiré esa escena. Verá, una semana atrás, sin ir más lejos, el estropajo tenía más pelo; me refiero a mi barbita; es a mi barbita a la que llaman estropajo, sobre todo los chicos de la escuela. Bueno, pues su hermanito de usted, Dmitri Fiódorovich, me tiró entonces de la barbita, me sacó de la taberna a la plaza en el momento en que los chicos salían de la escuela; entre ellos estaba Iliusha. Tan pronto como me vio en aquel estado, se me arrojó encima: «¡Papá! (gritaba), ¡papá!». Se me agarraba al cuerpo, me abrazaba, quería librarme del otro, de mi ofensor. Le gritaba: «Suéltelo, suéltelo, es mi papá, es mi papá, perdónele»; le gritaba esto: «Perdone»; con sus manitas también le cogió a él, le cogió la mano, aquella misma mano... y se la besó... Recuerdo qué carita tenía en ese momento, no lo he olvidado ¡ni lo olvidaré nunca!...

–Le juro –exclamó Aliosha– que mi hermano le mostrará su arrepentimiento de la manera más sincera y completa, aunque sea de rodillas en la misma plaza... Le obligaré a hacerlo; de otro modo, ¡dejará de ser mi hermano!

–¡Ah, ya! De modo que esto aún se encuentra en proyecto. Todo esto no viene directamente de él, sino de usted, de su noble y vehemente corazón. Debía de haberlo dicho antes. Si es así, permítame que acabe de contarle cuál es el espíritu altamente caballeresco de su hermano y su nobleza

como oficial del ejército, pues entonces lo manifestó. Acabó de arrastrarme tirando del estropajo, y me dijo: «Tú eres un oficial, yo también lo soy; si puedes encontrar un padrino que sea una persona decente, mándamelo, te daré satisfacción, aunque eres un canalla». Así mismo me lo dijo. ¡Con un auténtico espíritu caballeresco! Entonces nos fuimos Iliusha y yo, pero el linajudo cuadro de familia se quedó grabado en la memoria del alma del pequeño para toda la vida. Después de esto, ¿cómo podemos seguir considerándonos gente noble? Además, juzgue usted mismo, acaba de estar en mi vivienda, ¿qué ha visto? Hay allí tres damas, una tullida y demente, otra tullida y jibosa; la tercera con las piernas firmes, pero demasiado inteligente, estudiante, anhelando volver a Petersburgo, a buscar a las orillas del Nevá los derechos de la mujer rusa. De Iliusha no hablo, sólo tiene nueve años y está completamente solo; si yo muero, ¿qué será de todas estas criaturas?, le pregunto. Siendo esto así, supóngase que le reto en duelo y que me mata, ¿se da cuenta? ¿Quién se va a ocupar de todos ellos? Aún sería peor si no me matara y me dejara inválido, de modo que no pudiera trabajar; pero la boca queda, ¿y quién iba a dar de comer, entonces, a la boca mía, quién iba a darles de comer a todos ellos, entonces? ¿Sería cuestión de mandar a Iliusha a pedir limosna todos los días en vez de mandarle a la escuela? Ya ve lo que significa para mí retarle en duelo, una palabra estúpida y nada más.

–Él le pedirá perdón, se le inclinará a los pies en medio de la plaza –gritó otra vez Aliosha, con los ojos encendidos.

–Quería llevarle a los tribunales –prosiguió el capitán de Estado Mayor–, pero abra nuestro Código: ¿voy a recibir del ofensor una verdadera satisfacción por la ofensa personal que se me ha inferido? Añada a esto que Agrafiena Alexándrovna[1] me ha llamado y se me pone a gritar: «¡No te atrevas

1. Nombre y patronímico de Grúshenka.

ni a pensarlo! Si le llevas a los tribunales, yo haré que se descubra públicamente y ante todo el mundo que si te ha pegado ha sido por tus malas artes, y entonces será de ti de quien se ocuparán los tribunales». Sólo Dios del cielo sabe de quién partieron aquellas malas artes y a qué órdenes obedecía yo, como simple instrumento de poca monta. ¿No obraba yo por su propia indicación y la de Fiódor Pávlovich? Y añadió: «Te echaré de aquí para siempre y no te daré a ganar nada más. Se lo diré también a mi mercader (es así como llama a su viejo: mi mercader) y él también te despedirá». Me he preguntado; ¿si hasta el mercader te despide, quién te va a dar trabajo? Son las dos únicas personas que ahora me lo dan, más o menos, pues el padre de usted, Fiódor Pávlovich, no sólo me ha retirado su confianza, por otro motivo, sino que además, habiéndose hecho con los recibos firmados por mí, también quiere llevarme a los tribunales. A consecuencia de todas estas cosas me he quedado calladito, y ya ha visto usted la covacha. Ahora permítame preguntarle: ¿le ha hecho mucho daño Iliusha al morderle el dedito? En su presencia no me he atrevido a preguntárselo.

–Sí, mucho; el chico estaba muy irritado. Le ha vengado a usted en mí, por ser yo un Karamázov, ahora lo comprendo. ¡Si le hubiera visto usted pelearse a pedradas con sus compañeros de escuela! Es muy peligroso, pueden matarle; son niños, no se dan cuenta, la piedra vuela y puede romper la cabeza a uno.

–Ya le ha tocado una, no en la cabeza, pero sí en el pecho, un poco más arriba del corazón; ha venido con un gran cardenal, llorando, gimiendo, y ya ve, se ha puesto enfermo.

–¿Sabe? Es el primero en atacar, contra todos; está furioso por usted; los chicos dicen que a uno de sus compañeros, llamado Krasotkin, le ha pinchado con un cortaplumas...

–También me lo han dicho, es peligroso: Krasotkin es el hijo de un funcionario de la localidad y el caso puede tener consecuencias desagradables...

–Le aconsejaría no mandarle a la escuela durante cierto tiempo –continuó Aliosha, con calor–, hasta que se calme.... y le pase esta gran ira...

–¡La ira! –repitió el capitán–. Es, precisamente, ira. En un ser pequeño, una ira grande. Usted no lo sabe aún todo. Permítame que le explique esa historia en particular. El caso es que después de lo sucedido, todos los chicos de la escuela empezaron a burlarse de él llamándole estropajo. Los niños de las escuelas son implacables: tomados uno a uno, son verdaderos ángeles, pero todos juntos, sobre todo en las escuelas, con gran frecuencia son implacables. Comenzaron a burlarse de él e Iliusha sintió que se le reavivaba el espíritu de la nobleza. Un chico corriente, de poco carácter, se habría resignado, se habría avergonzado; pero él se alzó solo contra todos por su padre. Por su padre y por la verdad. Lo que pasó entonces por el alma del niño cuando besaba la mano al hermano de usted y le gritaba: «Perdone a mi papaíto, perdone a mi papaíto», esto no lo sabemos más que Dios y yo. Es de este modo como nuestros hijos, los suyos no, los nuestros, los hijos de los pobres, despreciados pero nobles, a los nueve años de edad, aprenden a conocer lo que es la verdad en la tierra. Los ricos, no: éstos no llegan a tales profundidades en toda su vida; en cambio, mi Iliushka, allí en la plaza, cuando besaba aquella mano, en aquel mismísimo instante, aprendió toda la verdad. Esta verdad penetró en él y lo ha marcado para toda la vida –dijo con calor el capitán, otra vez como frenético, dando un golpe con el puño derecho en la palma de la mano izquierda, como para expresar plásticamente de qué manera la «verdad» había marcado a su Iliusha–. Aquel día tuvo fiebre, deliró toda la noche. Habló poco conmigo en todo el día, no decía nada a nadie; observé que me miraba, me miraba desde su rincón, se pegaba cada vez más a la ventana como si estudiara las lecciones, pero yo me daba cuenta de que no era en las lecciones en lo que estaba pensando. Al día siguiente bebí, pecador que soy,

de pena, y casi no recuerdo nada. La mamita también se puso a llorar (yo la quiero mucho), y, de pena, me bebí el dinero que me quedaba. No me desprecie, señor: en Rusia, la gente que se emborracha es la que tiene mejores sentimientos. La gente más buena, en nuestro país, es la que más se emborracha. Me tumbé en la cama y, aquel día, me acordé poco de Iliusha, pero fue precisamente aquel día cuando sus compañeros comenzaron a burlarse de él por la mañana: «Estropajo (le gritaban), a tu padre le sacaron de la taberna por el estropajo, y tú corrías a su lado pidiendo perdón». Al tercer día, cuando regresó de la escuela, me di cuenta de que volvía con el rostro alterado, pálido. «¿Qué te pasa?», le pregunté. Él callaba. En casa no había por qué hablar, pues en seguida iban a meter baza la mamita y las hermanas; éstas ya se habían enterado de todo lo ocurrido, se enteraron el primer día. Varvara Nikoláyevna empezaba a refunfuñar: «Bufones, payasos, ¿acaso puede esperarse de ustedes algo razonable?». «Es cierto, Varvara Nikolavna (le respondo), ¿acaso puede esperarse de nosotros nada razonable?» Con estas palabras, entonces, salí del paso. Al atardecer fui a pasear con el muchacho. Ha de saber usted que ya antes, cada tarde, él y yo salíamos a pasear exactamente por el mismo camino que ahora seguimos, desde la portezuela de nuestro patio hasta allí donde se ve una gran piedra, la que se ve solitaria allí, en el camino, junto al seto, donde empiezan los prados de la ciudad, lugar desierto y magnífico. Caminábamos Iliusha y yo, como de costumbre, cogidos de la mano: su mano es pequeñita, de dedos delgaditos y un poco fríos; le tengo algo enfermo del pecho. «¡Papá (me dice), papá!» «Qué», le respondo, veo que le brillan los ojos. «Papá, lo que te hizo, ¡papá!» «¡Qué quieres, Iliusha!», le respondo. «No hagas las paces con él, papá, no hagas las paces. Los chicos de la escuela dicen que te ha dado diez rublos para que calles.» «No, Iliusha (le digo), de él no aceptaré ahora dinero por nada del mundo.» Todo él se estremeció, me cogió la mano entre sus

dos manitas y me la volvió a besar. «Papá (me dice), papá, rétale a duelo; en la escuela se burlan, dicen que eres un cobarde y que no le retarás, pero que le aceptarás diez rublos.» «No puedo retarle, Iliusha», le respondo, y le explico en breves palabras lo que acabo de explicarle a usted sobre este particular. Me escuchó. «Papá (dice), papá, de todos modos no hagas las paces: ¡yo creceré, le retaré yo mismo y le mataré!» Los ojos le brillaban, encendidos. Con todo, yo soy su padre, y debía decirle la verdad. «Matar es pecado (le contesto) aunque sea en duelo.» «Papá (dice), papá, cuando sea mayor le echaré al suelo, le arrancaré el sable de las manos, lo alzaré sobre él y le diré: podría matarte, pero te perdono la vida, ¡hala!» Ya ve, señor, ya ve lo que había discurrido en su cabecita durante aquellos dos días; había estado pensando día y noche en esa venganza con el sable, y de noche, por lo visto, deliraba pensando en ello. Sólo que ha empezado a regresar de la escuela dolorosamente zurrado; anteayer me enteré de todo, y usted tiene razón: a esa escuela no volveré a mandarle. Me enteré de que planta cara, solo, a toda la clase, que él mismo los provocaba a todos; está exasperado, tiene el corazón encendido por el odio. Tuve miedo por él. Volvimos a pasear. «Papá (me pregunta), papá, ¿verdad que los ricos son los más fuertes del mundo?» «Sí, Iliusha (le digo), no hay en el mundo nadie más fuerte que el rico.» «Papá (me dice), me haré rico, seré oficial, venceré a todo el mundo, el zar me dará una recompensa; vendré aquí y entonces nadie se atreverá.» Luego calló unos momentos y prosiguió; los pequeños labios le seguían temblando, como antes. «Papá (dice), qué ciudad más mala, la nuestra, ¡papá!» «Sí (digo), Iliushechka, nuestra ciudad no es muy buena.» «Papá, trasladémonos a otra ciudad, a una ciudad buena (dice), donde no nos conozcan.» «Nos trasladaremos (le digo), nos trasladaremos, Iliusha; deja sólo que reúna un poco de dinero.» Me alegré de poderle distraer de sus sombríos pensamientos y nos pusimos a soñar de qué modo nos trasladaríamos a

otra ciudad y compraríamos un caballo propio y un carro. Haríamos subir a la mamita y a las hermanitas, las abrigaríamos, y nosotros caminaríamos a un lado; de vez en cuando le haría subir a él, yo seguiría caminando para no fatigar a nuestro caballo, no conviene que subamos todos, y así nos iríamos. Él se entusiasmó, sobre todo con la idea de que tendría su caballo y de que podría montar en él. Ya se sabe que los chicos rusos sueñan con los caballos desde que nacen. Estuvimos charlando largo rato; gracias a Dios, pensaba yo, le he distraído, le he consolado. Eso fue anteayer, pero ayer por la tarde todo había cambiado de nuevo. Por la mañana había vuelto a la escuela y regresó más sombrío que nunca. Cuando, a la caída de la tarde, salimos a pasear, cogidos de la mano, callaba, no decía nada. Se levantó un poco de viento, se ocultó el sol; se notaba el otoño y ya oscurecía; caminábamos, tristes los dos. «Bueno, hijo, ¿cómo vamos a preparar el viaje?», le digo, pensando reanudar la conversación del día anterior. Él seguía callando. Noté sólo que los deditos le temblaban en mi mano. Esto va mal, pensé, debe haber sucedido alguna otra cosa. Llegamos, como ahora, hasta esta piedra; me senté encima; habían soltado muchas cometas al cielo, se veían unas treinta; el viento las sacudía y las hacía crujir. Ahora es la época de las cometas. «Nosotros también tendríamos que hacer volar nuestra cometa del año pasado, Iliusha. Te la voy a reparar. ¿Dónde la tienes escondida?» Mi hijo seguía callado, miraba hacia un lado, dándome un poco la espalda. De pronto, el viento se puso a silbar y nos envolvió de polvo... Iliusha se me lanzó encima, me abrazó por el cuello con sus bracitos y me estrechó con todas sus fuerzas. ¿Sabe? Si los niños son callados y orgullosos y reprimen largo rato las lágrimas, cuando prorrumpen en llanto, porque la pena es demasiado grande, las lágrimas fluyen a torrentes. Con las cálidas gotas de esas lágrimas me mojó de pronto toda la cara. Lloraba convulsivamente, temblaba, me estrechaba contra sí; yo estaba sentado en la piedra. «Papaíto

(gritaba), papaíto, mi querido papaíto, ¡cómo te ha humillado!» Entonces también yo me puse a sollozar, y lloramos los dos juntos, abrazados, sacudidos por el llanto, sentados en esta piedra. «¡Papaíto (decía), papaíto!» «Iliusha (le dije), ¡Iliúshechka!» No nos vio nadie, sólo Dios; quizá me lo tenga en cuenta. Puede dar las gracias a su hermanito, Alexéi Fiódorovich. Pero no crea que voy a azotar a mi pequeño para satisfacción de usted, ¡no lo crea!

Acabó con la misma extravagante salida que antes, furiosa y estúpida. Aliosha sentía, sin embargo, que había inspirado confianza a aquel hombre y que a otra persona el capitán no le hablaría de aquel modo ni le comunicaría lo que acababa de comunicarle. Esto animó a Aliosha, que temblaba de emoción y estaba a punto de llorar.

–¡Oh, cómo desearía reconciliarme con su hijo! –exclamó–. Si pudiera usted hacerlo posible...

–Claro que sí –balbuceó el capitán.

–Pero ahora he de hablarle de otra cosa, de una cosa completamente distinta; escuche –siguió diciendo Aliosha–, ¡escúcheme! Tengo un encargo para usted: ese hermano mío, Dmitri, ha ofendido también a su prometida, una joven nobilísima, de la que usted, seguramente, ha oído hablar. Tengo derecho a revelarle lo de tal ofensa y hasta debo hacerlo, porque esta joven, al tener noticia de la afrenta que ha sufrido usted y de la desdichada situación en que se encuentra, me ha encargado ahora... hace poco... que le traiga esta ayuda de su parte... pero sólo de parte suya, no de parte de Dmitri, que la ha abandonado, ¡de ningún modo!; ni tampoco de mi parte, hermano de Dmitri, ni de parte de nadie más, sino de ella, ¡únicamente de ella sola! Le suplica a usted que acepte su ayuda... usted y ella han sido ultrajados por la misma persona... ¡De usted se ha acordado tan sólo cuando ha sufrido una ofensa igual (por su gravedad) a la de usted! Esto significa que una hermana ofrece ayuda a un hermano... Me ha encargado explícitamente que le persuadiera a

aceptar estos doscientos rublos como de una hermana. Nadie se enterará de ello, no podrá dar origen a injustas habladurías de ninguna clase... Aquí tiene los doscientos rublos, ha de aceptarlos, se lo juro; de otro modo... de otro modo, ¡todos se han de considerar como enemigos entre sí, en este mundo! Pero en el mundo también hay hermanos... Usted tiene un alma noble... usted debe comprenderlo, ¡tiene que comprenderlo!...

Y Aliosha le tendió dos billetes nuevecitos de cien rublos. Los dos hombres estaban de pie junto a la gran piedra, al lado de la valla, y no había nadie en torno. Los billetes, al parecer, produjeron una terrible impresión al capitán, que se estremeció, si bien al principio habríase dicho que era sólo de sorpresa: no se le había ocurrido nada semejante, jamás habría esperado un desenlace de esta naturaleza. Ni en sueños se había imaginado que alguien pudiera socorrerle, y menos aún con una suma tan importante. Tomó los billetes y durante casi un minuto no pudo responder; una expresión completamente nueva le afloró en la cara.

–¿Son para mí, para mí? ¿Tanto dinero? ¡Doscientos rublos! ¡Madre mía! ¡Hace ya cuatro años que no veía tanto dinero, Dios del cielo! Y dice que es una hermana... ¿Es cierto eso, es cierto?

–¡Le juro que todo lo que le he dicho es verdad! –gritó Aliosha.

El capitán se ruborizó.

–Escuche, amigo mío, escuche; pero si lo acepto, ¿no seré un canalla? ¿A los ojos de usted, Alexéi Fiódorovich, no seré yo un canalla? ¿No lo seré? Espere, Alexéi Fiódorovich, escúcheme hasta el fin, escúcheme –se apresuraba a decir, tocando a cada momento a Aliosha con ambas manos–; usted quiere persuadirme de que los acepte diciéndome que me los manda una «hermana», pero en su interior, para sí mismo, ¿no experimentará por mí un sentimiento de desprecio, si los acepto? ¿Eh?

–¡No! ¡Le digo que no! ¡Por la salvación de mi alma, le juro que no! Y nadie lo sabrá nunca, sólo nosotros: usted, yo y ella, y otra dama, una gran amiga suya...

–¡Qué importa una dama! Escúcheme, Alexéi Fiódorovich, déjeme explicar; ha llegado ahora un momento en que es necesario que me escuche hasta el fin, pues usted ni siquiera puede comprender lo que significarían para mí estos doscientos rublos –prosiguió el desdichado, de quien se iba apoderando poco a poco un entusiasmo incoherente, casi salvaje. Parecía como desconcertado, hablaba con extraordinaria precipitación, apresurándose, como si en verdad tuviera miedo de que no le permitieran exponer hasta el final lo que pensaba–. No sólo se trata de dinero honestamente adquirido, al proceder de una «hermana» tan respetable y santa, sino de que podría hacer curar a la mamita y a Nínochka, al ángel mío jorobadito, a mi hija. Vino el doctor Herzenstube, movido sólo por su buen corazón, estuvo una hora examinando a las dos enfermas: «No comprendo nada», dijo; de todos modos, el agua mineral que se vende en la farmacia (la recetó a la mamita), le iría bien, no hay duda; también le recetó baños de pies con medicinas. Pero el agua mineral cuesta treinta kópeks, y ha de beber, quizá, cuarenta botellas. Así que cogí la receta y la puse en el estante, debajo del icono; allí está. A Nínochka le prescribió baños calientes con cierta disolución, dos veces al día, mañana y tarde; ¿a qué prescribirnos este remedio, a nosotros que vivimos donde vivimos, sin criada, sin ayuda, sin recipiente ni agua? Lo que tiene Nínochka es reumatismo, aún no se lo había dicho a usted; por las noches le duele toda la mitad derecha del cuerpo, sufre mucho, y, no sé si lo creerá, ese ángel de Dios no dice nada para no inquietarnos, no gime para no despertarnos. Comemos lo que haya, lo que podemos obtener, y ella no toma más que el último pedazo, lo que sólo podría echarse a un perro: «Yo no valgo (parece decir) ese pedazo, os lo quito a vosotros, soy una carga». Esto es lo que

su angelical mirada manifiesta. Nosotros la servimos y a ella esto la apena: «No lo valgo, no lo valgo, soy una tullida indigna, una inútil». ¡Que ella no lo vale! Ella que con su angelical humildad nos ha ganado a todos para el Señor; sin ella, sin su dulce palabra, nuestra casa sería un infierno; ¡hasta a Varia[1] ha ablandado! A Varvara Nikolavna no la condene tampoco, ella también es un ángel, también es una desgraciada. Vino a vernos este verano, traía dieciséis rublos que se había ganado dando lecciones y los había guardado para el viaje, para regresar a Petersburgo en septiembre, es decir, ahora. Pero nosotros le hemos tomado esos rublitos y los hemos gastado para vivir; ahora no tiene con qué hacer el viaje de regreso. Y tampoco puede irse porque trabaja para nosotros como una condenada; la hemos uncido al carro como a una caballería de mala muerte, y no la dejamos respirar: nos cuida a todos, cose, lava, friega el suelo, acuesta a mamita, pero mamita es caprichosa, mamita es llorona, ¡mamita está loca!... Ahora con estos doscientos rublos puedo tener una criada, ¿comprende, Alexéi Fiódorovich?, puedo poner en cura a mis seres queridos, mandaré a la estudiante a Petersburgo, compraré carne, estableceré un nuevo régimen de comidas. ¡Señor, esto es un sueño!

Aliosha estaba enormemente contento de haber proporcionado tanta felicidad, y de que aquel desdichado estuviera dispuesto a aceptar ese favor.

–Un momento, Alexéi Fiódorovich, un momento. –Agarrándose de nuevo a otro sueño que se le apareció de pronto, el capitán volvió a charlar por los codos, con frenética exaltación–. ¿Sabe usted? Ahora sí podremos realizar de verdad nuestro proyecto, Iliushka y yo. Compraremos un caballito y un carro cubierto, un caballito negro; ha pedido que sea un caballito negro, sin falta, y nos pondremos en marcha como nos lo imaginamos anteayer. En la provincia de K. ten-

1. Diminutivo de Varvara (Bárbara).

go un amigo de infancia, abogado, y me ha mandado decir por un hombre de toda confianza que si voy allí me dará, al parecer, un puesto de escribiente en su despacho; quién sabe, a lo mejor me lo da... Bueno, acomodaré a mamita, a Nínochka... A Iliúshechka le pondré de conductor y yo, andando, andandito, los llevaría a todos... ¡Dios del cielo! ¡Si cobrara además una pequeña deuda perdida, quizás el dinero bastaría incluso para esto!

–¡Bastará, bastará! –exclamó Aliosha–. Katerina Ivánovna le mandará aún cuanto necesite usted, y, ¿sabe?, yo también tengo dinero, tome cuanto le haga falta, como lo tomaría de un hermano, de un amigo; ya me lo devolverá más tarde... ¡Se hará usted rico, se hará rico! ¿Sabe? ¡Nunca habría podido imaginar nada mejor que este viaje a otra provincia! En eso está su salvación y, sobre todo, la de su hijo, y, ¿sabe?, pronto, antes de que llegue el invierno, antes de los grandes fríos; desde allí podría escribirnos y seguiríamos siendo hermanos... ¡No, esto no es un sueño!

Aliosha estaba tan contento que iba a abrazarle. Pero al mirarle, se detuvo súbitamente: el otro, de pie, tendía el cuello, tendía los labios, frenético y pálido el rostro; movía los labios como si quisiera articular alguna palabra; no pronunciaba ningún sonido, pero los seguía moviendo; era muy extraño.

–¡Qué le pasa! –Aliosha se estremeció de pronto, sin saber por qué.

–Alexéi Fiódorovich... yo... usted... –balbuceó el ayudante de capitán, mirando a Aliosha fijamente de manera rara y feroz, con el aspecto de un hombre decidido a lanzarse a un precipicio a la vez que esboza una sonrisa con los labios–. Yo... usted... ¿Qué le parecería a usted si le enseñara ahora un pequeño juego de manos? –susurró de pronto con palabra rápida y firme, sin que se le entrecortara ya el discurso.

–¿Qué juego de manos?

–Un pequeño juego de manos, un truquito –siguió susurrando el capitán; se le crispó la boca hacia el lado izquierdo, entornó el ojo del mismo lado; continuaba mirando a Aliosha como si tuviera en él clavada la vista.

–Pero ¿qué le pasa? ¿De qué juego de manos habla? –gritó éste, completamente asustado.

–Ya verá, ¡mire! –chilló de pronto el capitán.

Y mostrándole los dos billetes de cien rublos que había sostenido juntos, durante toda esta conversación, entre el pulgar y el índice de la mano derecha, los cogió repentinamente con rabia, los arrugó y los apretó con toda su fuerza en el puño crispado de su mano derecha.

–¿Los ha visto? ¿Los ha visto? –chilló a Aliosha, y de súbito, pálido, exasperado, levantó el brazo y arrojó al polvo con la mayor violencia los dos billetes arrugados–. ¿Los ha visto? –volvió a chillar, señalándolos con el dedo–. ¡Pues mire!...

Levantó el pie derecho y con furia salvaje se puso a pisotearlos con el tacón, lanzando exclamaciones y jadeando a cada patada.

–¡Aquí tiene su dinero! ¡Aquí tiene su dinero! ¡Aquí tiene su dinero! ¡Aquí tiene su dinero! –Dio un repentino salto hacia atrás y se irguió ante Aliosha. Todo su aspecto reflejaba en aquel momento un inexpresable orgullo.

–¡Comunique a quienes le han mandado que el estropajo no vende su honor! –gritó, levantando los brazos al aire.

Después se volvió rápidamente y echó a correr; pero no había dado cinco pasos cuando, volviéndose por completo otra vez, hizo a Aliosha adiós con la mano. Y aún de nuevo, sin haber dado siquiera otros cinco pasos, se volvió por vez última, con la cara no contraída ya por la risa, sino sacudida por el llanto. Con voz llorosa y entrecortada, con precipitadas palabras, gritó:

–¿Qué habría dicho a mi pequeño, si por nuestra ofensa hubiera aceptado su dinero?

Después echó a correr y ya no se volvió.

Aliosha le siguió con la mirada, sintiendo en su alma una tristeza infinita. Oh, comprendía que el otro hasta el mismísimo último momento no sabía que iba a arrugar y tirar los billetes. Aquel hombre corría sin volverse una sola vez, y Aliosha sabía que no iba a volverse. No quiso seguirle y llamarle, sabía por qué. Cuando el otro hubo desaparecido de su vista, Aliosha recogió del suelo los dos billetes: sólo estaban muy arrugados, machacados y aplastados en el polvo, pero completamente enteros y hasta crujieron, como billetes nuevos, cuando Aliosha los desplegó y los alisó. Cuando los hubo alisado, los dobló, se los puso en el bolsillo y se fue a ver a Katerina Ivánovna, a informarla del resultado de su gestión.

Libro quinto
Pro y contra

1. Esponsales

La señora Jojlakova fue otra vez la primera en recibir a Aliosha. Tenía prisa, había sucedido algo importante: la crisis histérica de Katerina Ivánovna había terminado con un desmayo, seguido de «una debilidad espantosa, terrible; se ha acostado, se ha quedado medio dormida y ha empezado a delirar. Ahora tiene fiebre; hemos mandado a buscar a Herzenstube, hemos mandado recado a las tías. Éstas ya han llegado, pero Herzenstube todavía no. Esperan en la habitación de Katerina Ivánovna. No sé lo que pasará, pero ella ha perdido el conocimiento. ¡Mientras no sea una fiebre nerviosa!».

Al expresarse así, la señora Jojlakova tenía aspecto de estar hondamente preocupada: «Esto es serio, ¡muy serio!», añadía a cada momento, como si no fuera serio cuanto había ocurrido antes en su casa. Aliosha la escuchaba con amargura; empezó a contarle sus aventuras, pero a las primeras palabras, la señora Jojlakova le interrumpió: no tenía tiempo, le rogó que hiciera compañía a *Lise* y la esperara allí.

–*Lise*, mi muy querido Alexéi Fiódorovich –le susurró casi al oído–, *Lise* acaba de darme una gran sorpresa, pero también me ha enternecido y por esto mi corazón se lo perdona todo. Figúrese que no bien usted ha salido, ha empezado a arrepentirse con toda sinceridad de haberse burlado aparentemente de usted ayer y hoy. Pero no se reía, sólo bromeaba. Era tan serio su arrepentimiento, *Lise* casi lloraba, que me he quedado sorprendida. Antes, cuando se reía de mí, nunca se arrepentía seriamente, todo lo echaba a broma. Ya sabe usted que de mí se ríe a cada momento. Pero ahora lo ha hecho en serio, ahora todo va en serio. *Lise* tiene en una extraordinaria estima su opinión, Alexéi Fiódorovich, y si usted puede, no se sienta ofendido por ella, dispénsela. Yo misma la perdono siempre, porque es tan inteligente, ¿no lo cree? Me estaba diciendo ahora que usted ha sido su amigo de infancia, «el amigo más verdadero de mi infancia»; figúrese, el más verdadero; ¿y yo, qué? Sobre este particular, tiene sentimientos y también recuerdos muy importantes, pero lo principal son esas frases y palabritas tan inesperadas, las más inesperadas, que te suelta cuando menos lo esperas. No hace mucho, por ejemplo, me hablaba de un pino: cuando ella era muy pequeña, en su primera infancia, teníamos en nuestro jardín un pino, es posible que aún esté y no haya motivo para hablar en pasado. Los pinos no son como las personas, tardan mucho tiempo en cambiar, Alexéi Fiódorovich. «Mamá (me dice), recuerdo ese pino como si hubiera sido un sueño», es decir, «el pino como un sueño»; ella se expresó de modo algo distinto, hacía juego de palabras, la palabra pino es estúpida; pero sobre todo esto ella me dijo algo tan original que me siento incapaz de transmitirlo. Además, se me ha olvidado todo. Bueno, hasta pronto. Estoy muy afectada y, probablemente, me volveré loca. ¡Ay, Alexéi Fiódorovich! Ya me he vuelto loca dos veces en mi vida, y han tenido que tratarme. Vaya a ver a *Lise*. Anímela, como siempre sabe hacerlo a las mil maravillas. *Lise* –gritó, acercándo-

se a la puerta de su habitación–, aquí te traigo a Alexéi Fiódorovich, al que tanto has ofendido, y no está enfadado en lo más mínimo, te lo aseguro; al contrario, ¡se sorprende de que tú pudieras pensarlo!

–*Merci, maman;* pase, Alexéi Fiódorovich.

Aliosha entró. *Lise* miraba turbada y, de repente, se puso como la grana. Por lo visto se avergonzaba de alguna cosa y, como sucede siempre en estos casos, se puso a hablar a toda prisa sobre algo accidental, como si en aquel momento no se interesara por nada más.

–Mamá acaba de contarme, Alexéi Fiódorovich, toda la historia de esos doscientos rublos y del encargo que le han hecho... para ese pobre oficial... Me ha explicado la horrible escena de cómo le ofendieron, y, ¿sabe?, aunque mamá suele embrollar las cosas, cuando las cuenta... siempre salta de una a otra..., escuchándola, he llorado. Dígame, ¿le ha entregado el dinero? ¿Cómo está ahora ese desgraciado?...

–El caso es que no lo he entregado; esto es toda una historia –respondió Aliosha, como si, por su parte, lo que más le preocupara fuese no haber entregado los doscientos rublos.

Pero *Lise* observaba perfectamente que también él desviaba la mirada y, por lo visto, también se esforzaba por hablar sobre algo accidental. Aliosha se sentó ante la mesa y empezó a contar, pero desde las primeras palabras le desapareció toda turbación y cautivó, a su vez, la atención de *Lise*. Hablaba bajo la influencia de su profundo estado emocional y de la extraordinaria impresión que había recibido hacía poco, y acertó a explicarse bien y circunstanciadamente. Ya antes, en Moscú, cuando *Lise* era aún una niña, a Aliosha le gustaba ir a verla y contarle algo que le hubiera acabado de suceder, o algo leído, o alguno de sus recuerdos de infancia. A veces hasta se ponían a soñar juntos e inventaban novelitas enteras, casi siempre alegres y divertidas. Ahora parecía que los dos se habían trasladado a los tiempos de Moscú, dos años atrás. *Lise* estaba extraordinariamente conmovida por

el relato de Aliosha, quien con cálida emotividad supo describirle la imagen de «Iliúshechka». Cuando acabó de relatar con todo detalle la escena de cómo aquel hombre desdichado pisoteaba el dinero, *Lise* juntó las manos y exclamó, presa de una incontenible emoción:

–¡Así, no le ha dado usted el dinero! ¡Le ha dejado usted marchar! Dios mío, por lo menos tenía que correr tras él y alcanzarle...

–No, *Lise,* es mejor que no haya corrido detrás de él –dijo Aliosha, que se levantó de la mesa y, preocupado, comenzó a pasear por la habitación.

–¿Mejor? ¿Por qué, mejor? Ahora están sin pan, ¡van a sucumbir!

–No sucumbirán, porque estos doscientos rublos, de todos modos, llegarán a sus manos. Mañana los tomará, pese a todo. Mañana los tomará sin duda –repuso Aliosha, que seguía paseando, caviloso–. Verá, *Lise* –prosiguió, deteniéndose súbitamente ante ella–, yo mismo he cometido en este caso un error, pero ha sido para bien.

–¿Qué error, y por qué ha sido para bien?

–Por lo siguiente: este hombre es débil de carácter, y miedoso. Está deshecho por los sufrimientos, pero es muy bueno. Yo no hago más que pensar por qué se ha sentido tan ofendido de repente y ha pisoteado el dinero; hasta el último momento no sabía él que iba a pisotearlo, se lo aseguro. Según me parece, podía sentirse ofendido por muchas razones... sí, y no podía ser de otro modo en su situación... En primer lugar, ya se sintió molesto por haberse alegrado en exceso ante mí de haber recibido el dinero y no haberlo disimulado. Si sólo se hubiera alegrado un poco, sin demostrarlo, si hubiera empezado a poner peros y a hacer remilgos al tomar el dinero, como otros, entonces aún hubiera podido soportarlo y se los hubiera podido quedar; pero él se alegró demasiado sinceramente, y eso ofende. ¡Ah, *Lise!* Es un hombre recto y bueno, ¡éste es el mal, en tales casos! Ha es-

tado hablando todo el rato con una voz débil, muy débil, y precipitadamente, riéndose con una risita sin fuerza o llorando... Sí, lloraba, tanto era su entusiasmo... Y habló de sus hijas... y del empleo que en otra ciudad iban a darle... Tan pronto como hubo desahogado el alma, sintió vergüenza de haberme mostrado tan al desnudo lo que sentía. En aquel mismo instante me ha odiado. Es uno de esos pobres terriblemente vergonzosos. Se sintió, sobre todo, ofendido por haberme tomado demasiado pronto como amigo suyo y habérseme entregado; hacía un momento se me echaba encima, para asustarme, y de pronto, a la vista del dinero, me abrazó. Porque me abrazó, no hacía sino tocarme con las manos. Y al obrar así, debía experimentarlo todo como una humillación; entonces, precisamente, he cometido yo un error muy importante: no se me ha ocurrido decirle otra cosa que si no tiene dinero bastante para el traslado a otra ciudad, le darían más y que yo mismo le daría de mi propio dinero cuanto quisiera. Ha sido esto precisamente lo que le ha sorprendido: ¿por qué acudía también yo en su ayuda? No sé si sabe usted, *Lise*, cuán terrible y penoso es para un hombre desgraciado que todo el mundo empiece a mirarle con ojos de bienhechor... Lo he oído decir, me ha hablado de ello el stárets. No sé cómo expresarlo, pero yo mismo lo he visto con frecuencia. Además, yo lo siento exactamente del mismo modo. Él no sabía que iba a pisotear los billetes, no lo supo hasta el último momento, pero lo presentía, no hay duda, y esto es muy importante. Porque lo presentía, era tan exaltado su entusiasmo... Y por esto, aunque fue tan desagradable todo, resultará para bien. Hasta pienso que ha sido lo mejor y que mejor no podía haber sucedido...

–¿Por qué no podía haber sido mejor? ¿Por qué? –exclamó *Lise*, mirando muy sorprendida a Aliosha.

–Porque, *Lise*, si no hubiera pisoteado el dinero y lo hubiera cogido, vuelto a su casa, una hora más tarde, fatalmente habría llorado por su humillación. Habría llorado y con

toda probabilidad mañana, no bien se hiciera de día, habría venido a verme y quizá me habría arrojado los billetes a la cara, los habría pisoteado como ha hecho hace poco. En cambio, ahora se siente enormemente orgulloso y triunfante, aunque sabe que «se ha hundido». Por tanto, ahora no hay nada tan fácil como hacerle tomar esos mismos doscientos rublos, sin esperar más que a mañana, pues ya ha puesto de manifiesto su honor, ha arrojado el dinero al suelo, lo ha pisoteado... Debía de saber, forzosamente, cuando lo pisoteaba, que mañana se los llevaré otra vez. La verdad es que necesita este dinero de manera muy urgente. Aunque ahora se sienta orgulloso, hoy mismo pensará en la ayuda que ha rechazado. Por la noche lo pensará aún con mayor fuerza, lo verá en sueños, y a la mañana siguiente estará ya dispuesto a ir a verme corriendo y a pedirme perdón. Entonces me presentaré yo: «Es usted un hombre orgulloso (haré como si le dijera), ya lo ha demostrado; ahora tome, perdónenos». ¡Entonces lo tomará!

Aliosha había pronunciado estas últimas palabras con cierto arrebato. *Lise* batió palmas.

–¡Oh, es verdad! ¡Ahora lo comprendo con claridad perfecta! ¿Cómo sabe todas estas cosas, Aliosha? Tan joven y ya sabe lo que pasa en el alma... A mí no se me habría ocurrido nunca...

–Ahora, lo importante es convencerle de que se encuentra en pie de igualdad con nosotros a pesar de que acepta nuestro dinero –prosiguió con el mismo arrebato Aliosha–; y no sólo en pie de igualdad, sino incluso de superioridad...

–«En pie de superioridad»; es magnífico, Alexéi Fiódorovich, pero hable, ¡hable!

–Bueno, no me he expresado bien... con lo del pie de superioridad... pero esto no importa, porque...

–¡Ah!, no importa, no importa, ¡claro que no importa! Perdone, Aliosha, mi querido Aliosha... ¿Sabe?, hasta ahora casi no le sentía respeto... es decir, le tenía respeto, pero en

un pie de igualdad; ahora se lo tendré en uno de superioridad... Querido, no se enfade de que «juegue con las palabras» –añadió inmediatamente, con calor–. Yo soy ridícula y pequeña, pero usted, usted... Escúcheme, Alexéi Fiódorovich, en todo este razonamiento nuestro, quiero decir suyo... no, mejor nuestro..., ¿no hay desprecio por ese hombre, por ese desgraciado... en el hecho de que estemos ahora analizándole el alma, como de arriba abajo, eh? ¿En que hayamos decidido, con tanta seguridad, que ahora admitirá el dinero?

–No, *Lise,* no hay desprecio –respondió firmemente Aliosha, como si estuviera ya preparado para responder a semejante pregunta–; he pensado en ello al venir hacia acá. Juzgue usted misma qué desprecio puede haber en esto; nosotros mismos somos como él, todos somos como él. Porque también nosotros somos así, no somos mejores. Y si fuéramos mejores, de todos modos, seríamos iguales, en su lugar... No sé lo que le pasa a usted, *Lise,* pero por mi parte yo considero que en muchas cosas tengo un alma mezquina. Y él no la tiene mezquina; al contrario, muy delicada... No, *Lise,* ¡no hay en eso ningún desprecio hacia él! ¿Sabe, *Lise?* Mi stárets me dijo una vez: a la mayor parte de las personas hay que tratarlas como si fueran niños, y a algunos, como a enfermos del hospital...

–¡Oh, Alexéi Fiódorovich! ¡Oh, amigo mío! ¡Vamos a tratar a la gente como si estuviera enferma!

–De acuerdo, *Lise,* estoy dispuesto; sólo que aún no me encuentro completamente preparado; a veces soy muy impaciente, y otras no me doy cuenta de nada. Usted no es así.

–¡Ah, no lo creo! Alexéi Fiódorovich, ¡qué feliz soy!

–Qué bien que usted diga eso, *Lise.*

–Alexéi Fiódorovich, usted es sorprendentemente bueno, pero a veces diríase que es pedante... Ahora, si uno se fija, ve que no se trata de pedantería. Acérquese a la puerta con cautela, ábrala despacio y mire si nos está escuchando mamita –dijo de súbito *Lise,* con un balbuceo nervioso y precipitado.

Aliosha se dirigió a la puerta, la abrió y comunicó que no había nadie escuchando.

–Acérquese, Alexéi Fiódorovich –prosiguió *Lise,* ruborizándose cada vez más–, deme su mano, así. Escúcheme, he de hacerle una gran confesión: la carta de ayer no se la escribí en broma, sino en serio...

Se cubrió los ojos con la mano. Se veía que le daba mucha vergüenza hacer esta confesión. De pronto, le agarró la mano, y se la besó tres veces, arrebatada.

–Ah, *Lise,* es magnífico –exclamó lleno de júbilo Aliosha–. Yo estaba convencido por completo de que la había escrito usted en serio.

–¡Estaba convencido, figúrese! –le apartó con rápido movimiento la mano, sin soltarla, no obstante, de la suya, poniéndose terriblemente colorada y riéndose con su risita leve y feliz–. Le he besado la mano y él dice: «magnífico».

Pero su reproche era injustificado: Aliosha estaba asimismo presa de gran turbación.

–Quisiera gustarle siempre, *Lise,* pero no sé cómo hacerlo –balbuceó a duras penas, también ruborizándose.

–Aliosha, querido, es usted frío y osado. Vean. ¡Ha tenido a bien elegirme por esposa y se queda tan tranquilo! No tenía duda de que le había escrito en serio, ¡vaya cara! Pero esto es una insolencia, ¡eso es!

–¿Acaso es malo que yo estuviera convencido de ello? –Aliosha se echó a reír.

–Oh, Aliosha, al contrario, es terriblemente bueno. –*Lise* le miró con ternura rebosante de felicidad. Aliosha estaba de pie, manteniendo aún su mano en la de ella. De pronto se inclinó y la besó en los labios.

–¿Qué significa esto? ¿Qué le pasa? –exclamó *Lise.* Aliosha se desconcertó por completo.

–Perdone, si está mal... Quizá soy muy estúpido... Usted ha dicho que soy frío, y la he besado... Pero ya veo que ha salido una estupidez...

Lise se puso a reír y se cubrió la cara con las manos.

–¡Y con este vestido! –se le escapó entre risas, pero de súbito dejó de reír y se quedó seria, casi severa.

–Bueno, Aliosha, aún hemos de esperar con los besos, porque esto es una cosa que aún no conocemos ninguno de los dos y nos tocará esperar mucho tiempo –concluyó súbitamente–. Mejor será que me diga por qué me elige a mí, que soy tan tonta; a una tonta enferma, usted que es tan inteligente, tan reflexivo y tan perspicaz. ¡Oh, Aliosha! ¡Soy enormemente feliz, porque no valgo en lo más mínimo lo que usted!

–Sí vale, *Lise.* Dentro de pocos días saldré del monasterio por completo. Ya sé que para vivir en el mundo es necesario casarse. También él me lo ha ordenado así. ¿A quién elegir, mejor que a usted... y quién me va a aceptar, fuera de usted? Ya lo he meditado. En primer lugar, usted me conoce desde la infancia, y en segundo lugar, tiene usted muchas aptitudes de las que yo carezco totalmente. Tiene usted el alma más alegre que yo; usted, sobre todo, es más ingenua que yo, pues yo ya he chocado con muchas cosas, ¡muchas!... ¡Ah, usted no lo sabe! Pero ¡también yo soy un Karamázov! Qué importa que usted se ría y bromee, incluso a costa mía; ríase, me alegro tanto de que lo haga... Pero usted se ríe como una niña, y en su interior piensa como una mártir...

–¿Como una mártir? ¿Cómo es esto?

–Sí, *Lise;* tome la pregunta que me ha hecho hace un momento: si no hay desprecio por ese desgraciado en el hecho de que anatomicemos su alma; es una pregunta de mártir... ¿ve?; yo no sé cómo explicarlo, pero la persona a quien se presentan tales preguntas es capaz de sufrir ella misma. Sentada en su sillón, ha debido usted de haber meditado ya muchas cosas...

–Aliosha, deme su mano; ¿por qué la retira? –balbuceó *Lise con* una vocecita lánguida, debilitada por la felicidad–. Dígame, Aliosha, ¿cómo vestirá usted cuando salga del mo-

nasterio, qué traje llevará? No se ría, no se enfade, para mí esto es muy importante.

–En el traje, aún no he pensado, *Lise*, pero me pondré el que usted quiera.

–Quiero que lleve una chaqueta de terciopelo azul oscuro, un chaleco de piqué blanco y un sombrero de fieltro gris, flexible... Dígame, ¿ha creído de verdad que yo no le amaba, cuando le he dicho que me desentendía de la carta de ayer?

–No, no lo he creído.

–¡Oh, es usted insoportable, incorregible!

–Verá; yo sabía que usted... según parece, me ama, pero yo simulaba creerle en lo de que no me amaba para que a usted le resultara... más cómodo...

–¡Esto es aún peor! Es peor y mejor que todo. Aliosha, yo le amo a usted profundamente. Hoy, cuando usted tenía que venir, yo estaba haciendo cábalas: le pediré la carta de ayer; si él se la saca tranquilamente del bolsillo y me la devuelve (como siempre puede esperarse de él), esto significará que no me ama, que no siente nada por mí, que es, simplemente, un muchacho estúpido e indigno, y yo estaré perdida. Pero usted dejó su carta en la celda y esto me dio ánimos: usted presentía que yo le iba a reclamar la carta y la había dejado en la celda adrede, para no devolvérmela, ¿no es cierto? ¿Verdad que es así?

–¡Oh, *Lise*, de ningún modo! Llevo la carta conmigo, y también entonces la llevaba; la tengo en este bolsillo, mírela. –Aliosha sacó, riéndose, la carta del bolsillo y se la mostró de lejos–. Pero no se la devolveré, mírela desde ahí.

–¿Cómo? Así, usted ha mentido; ¿es monje y ha mentido?

–Lo admito, he mentido –se rió Aliosha–, he mentido para no devolverle la carta. Me es muy cara –añadió de pronto con profunda emoción, ruborizándose de nuevo–, la conservaré toda la vida, ¡y no la daré nunca a nadie!

Lise le contemplaba con admiración.

–Aliosha –balbuceó otra vez–, mire detrás de la puerta; ¿no nos estará escuchando, mamá?

–Está bien, *Lise,* miraré; pero ¿no sería preferible no mirar? ¿Por qué sospechar que su madre cometa una bajeza semejante?

–¿Bajeza? ¿Qué bajeza? El que ella escuche para sorprender lo que dice su hija es su derecho, y no una bajeza –estalló *Lise*–. Esté usted seguro, Alexéi Fiódorovich, que cuando yo misma sea madre y tenga una hija como yo, la escucharé a hurtadillas, sin falta.

–¿Es posible, *Lise?* Eso no está bien.

–¡Ah, Dios mío! ¿Qué bajeza hay en esto? Si escuchara tras una puerta alguna conversación mundana, cometería una bajeza; pero resulta que la hija propia se ha encerrado con un joven... Escuche, Aliosha, ha de saber que a usted también le vigilaré tan pronto como nos hayamos casado, y sepa también que abriré y leeré todas sus cartas... Ya está usted advertido...

–Sí, naturalmente, si tanto... –balbuceó Aliosha–. Pero eso no está bien...

–¡Oh, qué desprecio! Aliosha, querido, no vamos a reñir desde el primer día; lo mejor será que le diga la verdad: desde luego, está muy mal escuchar tras las puertas; yo no tengo razón, la tiene usted, sin duda alguna, pero de todos modos, escucharé.

–Hágalo. Nada especial fisgoneará usted –replicó Aliosha, riéndose.

–Aliosha, ¿me obedecerá usted? Esto también hay que decidirlo de antemano.

–De muy buen grado, *Lise,* sin duda alguna, pero no en lo más esencial. En lo más importante, aunque no esté usted de acuerdo conmigo, obraré, de todos modos, según me ordene el deber.

–Así tiene que ser. Y sepa que yo, al contrario, no sólo estoy dispuesta a someterme en lo más importante, sino que

en todo le obedeceré a usted, y así se lo juro ahora mismo: en todo y para toda la vida –exclamó apasionadamente *Lise–;* esto será para mí una felicidad, ¡una felicidad! Es más, le juro a usted que nunca le escucharé a escondidas, que nunca, ni una sola vez, le leeré una sola carta suya, porque usted tiene razón y yo no. Y aunque tenga unos deseos locos de escuchar, ya sé que será así, no lo haré de ningún modo, porque usted lo considera innoble. Ahora es usted como mi Providencia... Escuche, Alexéi Fiódorovich, ¿por qué está usted tan triste estos días, ayer y hoy? Ya sé que está usted muy atareado y que no le faltan desdichas, pero, además de todo esto, veo que sufre usted una pena especial, quizá secreta, ¿no?

–Sí, *Lise,* también tengo una pena secreta –articuló tristemente Aliosha–. Veo que me ama usted, ya que lo ha adivinado.

–¿Qué pena es? ¿De qué se trata? ¿Se puede decir? –rogó con timidez la muchacha.

–Se lo diré luego, *Lise...* luego... –Aliosha se turbó–. Ahora, seguramente, no lo comprendería. Además, ni yo mismo, con toda probabilidad, sabría contarlo.

–Sé, por otra parte, que se atormenta usted por sus hermanos y por su padre, ¿verdad?

–Sí, por mis hermanos también... –articuló Aliosha, como si estuviera abstraído.

–Su hermano Iván Fiódorovich no me gusta, Aliosha –dijo de pronto *Lise.*

Aliosha se sorprendió un poco de semejante observación, pero no la comentó.

–Mis hermanos se pierden –prosiguió Aliosha–, mi padre también. Y al mismo tiempo que se pierden ellos, pierden a otros. Es la «fuerza telúrica de los Karamázov», como decía hace poco el padre Paísi, telúrica y desenfrenada, sin elaborar... Ni siquiera sé si el espíritu divino se extiende por encima de esta fuerza. Sólo sé que yo mismo soy un

Karamázov... ¿Yo un monje, un monje? ¿Un monje yo, *Lise?* ¿No ha dicho usted, hace unos instantes, que yo soy un monje?

–Sí, lo he dicho.

–Pues yo, quizá, no creo en Dios.

–¿Que usted no cree? ¿Qué le pasa? –articuló *Lise* en voz baja y circunspecta.

Pero Aliosha no respondió a esta pregunta. En sus palabras excesivamente repentinas había algo en demasía misterioso y subjetivo, algo que quizá ni para él mismo resultaba claro, pero que sin duda alguna le torturaba.

–Ahora, además, mi amigo se va; el mejor hombre del mundo abandona la tierra. ¡Si supiera usted, *Lise,* si supiera cómo estoy ligado, espiritualmente ligado con este hombre! Y ya ve, voy a quedarme solo... Vendré a su lado, *Lise...* En adelante, estaremos juntos...

–Sí, juntos, ¡juntos! Desde hoy, juntos para toda la vida. Escuche, béseme, se lo permito.

Aliosha la besó.

–Ahora, váyase, ¡que Dios le acompañe! –Y le hizo el signo de la cruz–. Vaya cuanto antes a verle, mientras esté con vida. Veo que le he retenido cruelmente. Hoy rezaré por él y por usted. Aliosha, ¡seremos felices! ¿Seremos felices, nosotros? ¿Lo seremos?

–Me parece que sí, *Lise.*

Al dejar la estancia de *Lise,* Aliosha no tenía la intención de presentarse a la señora Jojlakova, sino la de salir de la casa sin despedirse. Pero no bien abrió la puerta y se acercó a la escalera, se encontró de manos a boca con la propia señora Jojlakova. Desde la primera palabra adivinó Aliosha que ella le estaba esperando allí.

–Alexéi Fiódorovich, eso es espantoso. Esto son quimeras infantiles, todo esto es absurdo. Espero que ni en sueños pensará usted... ¡Estupideces, estupideces y estupideces! –exclamó, como increpándole.

–Pero no se lo diga a ella –le replicó Aliosha–, esto la conmovería y le sería perjudicial.

–Oigo una palabra sensata de un sensato joven. ¿He de entender que usted mismo sólo se ha manifestado de acuerdo con ella por compasión, teniendo en cuenta su estado, y por no irritarla contradiciéndola?

–Oh, no, de ningún modo; he hablado con ella completamente en serio –declaró sin titubear Aliosha.

–La seriedad en este caso es imposible, es inconcebible; y en primer lugar, desde ahora no le recibiré ni una sola vez, y en segundo lugar, me iré de aquí y me la llevaré, ya lo sabe.

–Pero ¿por qué? –dijo Aliosha–. No se trata de algo próximo, aún; todavía habrá que esperar, quizás, año y medio.

–Oh, Alexéi Fiódorovich, esto, desde luego, es cierto, y en año y medio tendrá usted mil ocasiones de reñir con ella y separarse. Pero yo soy tan desgraciada, ¡tan desgraciada! Todo esto pueden ser niñerías, pero a mí me han abatido. Ahora soy como Fámusov en la última escena; usted es Chatski, ella es Sofia, y figúrese, yo he venido corriendo aquí, a la escalera, para esperarle, y también en la obra [1] todo lo fatal pasa en la escalera. Lo he oído todo, apenas he podido contenerme. ¡He aquí, pues, la explicación, de los horrores de esta noche y de todos los histerismos de hace poco! Para la hija, el amor; para la madre, la muerte. Ya puede prepararme la caja. Ahora, lo segundo y más importante: ¿qué carta es esa que ella le ha escrito? Muéstremela en seguida, ¡en seguida!

–No, no he de mostrársela. Dígame, ¿cómo se encuentra Katerina Ivánovna? Tengo gran necesidad de saberlo.

–Sigue delirando, no ha recobrado el conocimiento; sus tías están aquí, no hacen más que lamentarse y darse hu-

1. Fámusov, Chatski y Sofia, personajes de la comedia de A. S. Griboyédov (1795-1829) *La desgracia de ser inteligente*. Fámusov figura como activo partidario del «pasado», mientras que Chatski es el prototipo del joven de ideas avanzadas, progresista.

mos en mi presencia; ha venido Herzenstube y se ha asustado de tal modo que yo misma no sabía qué hacer con él ni cómo sacarle del apuro, hasta quería enviar a buscar a otro doctor. Hemos tenido que dejarle mi coche. Y para colmo de desdichas, viene usted como remate con esa carta. Cierto, todo eso ha de ser aún dentro de año y medio. En nombre de cuanto hay de sagrado y santo, en nombre de su stárets moribundo, muéstreme esta carta, Alexéi Fiódorovich, ¡a mí, a la madre! Si quiere, sosténgala usted y la leeré yo a distancia.

–No, no se la enseñaré, Katerina Ósipovna; aunque ella lo permitiera, no se la enseñaría. Mañana vendré y, si usted quiere, hablaremos de muchas cosas; pero ahora, ¡adiós!

Aliosha bajó precipitadamente la escalera y salió a la calle.

2. Smerdiakov y su guitarra

Y la verdad era que no tenía tiempo. Mientras se despedía de *Lise* se le había ocurrido una idea: de qué manera sorprender, con mucha astucia, a su hermano Dmitri, quien, por lo visto, procuraba evitarle. Ya no era temprano, eran casi las tres de la tarde. Con todas las fibras de su ser, Aliosha experimentaba un vivísimo deseo de volver al monasterio, al lado de su «gran» moribundo, pero la necesidad de ver a su hermano Dmitri era más fuerte que todo lo demás: en la mente de Aliosha de hora en hora se hacía más fuerte la convicción de que se estaba gestando una catástrofe espantosa e inevitable. Quizá ni él mismo habría podido precisar en qué consistía tal catástrofe ni qué quería decir en aquel instante a su hermano. «Que muera mi bienhechor sin tenerme a su lado, pero, por lo menos, yo no me reprocharé toda la vida el haber podido, quizá, salvar alguna cosa y no haberlo hecho; haber pasado de largo, haberme dado prisa para regresar a casa. Obrando así cumplo su santa voluntad...»

Su plan consistía en sorprender a su hermano Dmitri del siguiente modo: salvar la misma cerca que el día anterior, entrar en el huerto y sentarse en la glorieta. «Si él no está allí –pensaba Aliosha–, me quedaré escondido sin decir nada a Fomá ni a las dueñas de la casa y esperaré, aunque sea hasta la noche. Si, como antes, acecha la llegada de Grúshenka, es muy posible que se presente en la glorieta...» De todos modos, Aliosha no se paraba a reflexionar mucho en los detalles del plan; pero decidió cumplirlo, aunque por ello se viera obligado a no regresar al monasterio aquel día...

Todo transcurrió sin dificultad alguna: franqueó la cerca casi en el mismo lugar que el día anterior y se dirigió a escondidas hacia la glorieta. No quería que le vieran: tanto las dueñas de la casa como Fomá (de estar ahí) podían ponerse del lado de Dmitri y obedecer sus instrucciones, de modo que o no le dejarían entrar en el huerto o advertirían a Dmitri que le estaban buscando y preguntaban por él. En la glorieta no había nadie. Aliosha se sentó en el mismo sitio de la víspera y se dispuso a esperar. Examinó la glorieta: la vio tan desvencijada que le pareció mucho más ruinosa que el día anterior. De todos modos, el día era tan claro como la víspera. Sobre la mesa verde había una huella circular, seguramente del coñac que, el día antes, se habría derramado de la copita. Como siempre ocurre durante una espera aburrida, le acudían a la cabeza ideas insustanciales y sin relación con lo que le preocupaba: por ejemplo, ¿por qué al llegar a la glorieta se había sentado exactamente en el mismo lugar que la víspera y no en otro? Por fin se sintió muy triste, triste por la angustia de la incertidumbre. Pero no llevaba ni un cuarto de hora allí cuando resonaron, muy cerca, los acordes de una guitarra. Alguien estaba sentado o acababa de sentarse a unos veinte pasos, no más, entre los arbustos. De pronto le vino a la memoria que al marchar de la glorieta el día anterior, después de estar con su hermano, había visto o había creído divisar a la izquierda, junto a la cerca del huerto, un

banco viejo, pequeño, pintado de color verde, entre los arbustos. En él, por lo visto, se habían sentado las visitas. ¿Quiénes serían? Una voz masculina en falsete dulzón, se puso a cantar una copla acompañándose con la guitarra:

Una fuerza invencible
me inclina hacia mi amada.
¡Ten piedad, Señor,
de ella y de mí!
¡De ella y de mí!
¡De ella y de mí!

La voz se detuvo. Era una voz atenorada y lacayuna, como lacayuno era el giro de la canción. Otra voz, esta vez femenina, dijo de pronto, acariciadora y al parecer con timidez, aunque en extremo melindrosa:

–¿Por qué no ha venido a vernos durante tanto tiempo, Pável Fiódorovich? ¿Desdeña usted nuestro trato?

–De ningún modo –respondió la voz masculina, amablemente, si bien en un tono en que vibraba en primer lugar una nota de dignidad tenaz y firme.

Por lo visto el hombre dominaba y la que coqueteaba era la mujer. «A juzgar por la voz, parece Smerdiakov –pensó Aliosha–; la dama debe ser la hija de la dueña de la casita, la que vino de Moscú, la que lleva un vestido de cola y va a recoger la sopa que Marfa Ignátievna le da...»

–Me gustan con delirio los versos, si son armoniosos –prosiguió la voz femenina–. ¿Por qué no continúa usted?

La voz entonó de nuevo:

¡La corona real!
Que tenga salud mi amada.
¡Ten piedad, Señor,
de ella y de mí!
¡De ella y de mí!
¡De ella y de mí!

–La última vez aún le salió mejor –observó la voz femenina–. Cantaba, a propósito de la corona: «Que mi dulce amada tenga salud». Así resulta más tierno; probablemente hoy lo ha olvidado usted.

–Los versos no son más que tontería –soltó Smerdiakov.

–Ah, no; a mí me gustan los versos.

–Los versos son pura estupidez. Juzgue usted misma: ¿quién hay en el mundo que hable en rima? Y si todos nos pusiéramos a hablar en rima, aunque fuera por mandato de la superioridad, ¿sería mucho lo que diríamos? Los versos no son cosa seria, Maria Kondrátievna.

–Qué inteligente es en todo. ¿Cómo ha podido aprender tantas cosas? –decía, cada vez más acariciadora, la voz femenina.

–Más podría y más sabría si el destino no me hubiese sido adverso desde la infancia. Mataría en duelo a pistola a quien me tratara de canalla por haber nacido de la Smerdiáschaya sin padre; hasta en Moscú me lo echaban en cara; la noticia llegó gracias a Grigori Vasílievich. Grigori Vasílievich me reprocha que me rebele contra mi nacimiento: «Le desgarraste las entrañas», me dice. Sea, pero yo habría permitido que me mataran en sus entrañas con tal de no venir a este mundo. En el mercado contaban, y su mamá se lanzó a decírmelo con toda su gran falta de delicadeza, que mi madre tenía plica en la cabeza y que no medía más allá de cinco palmos *y piico* de estatura. ¿Por qué decía *y piico,* cuando podía decir simplemente y pico, como dice todo el mundo? Quería expresarlo lastimeramente, pero ésta es una lástima palurda, como lo son los sentimientos que expresa. ¿Puede experimentar algún sentimiento el palurdo ruso frente al hombre instruido? No puede experimentar ningún sentimiento por su falta de instrucción. Ya de niño, cuando oía, a veces, «y piico», tenía ganas de lanzarme de cabeza contra la pared. Odio a toda Rusia, Maria Kondrátievna.

–Si fuera usted un cadete militar o un gallardo húsar, no hablaría de este modo; desenvainaría el sable y se pondría a defender a toda Rusia.

–Yo, Maria Kondrátievna, no sólo no quiero ser un húsar, sino que, por el contrario, deseo que se aniquile a todos los soldados.

–Y si el enemigo ataca, ¿quién nos defendería?

–Ninguna falta hace que nos defiendan. En el año doce hubo en Rusia la gran invasión del emperador de los franceses Napoleón I, padre del actual [1], y habría sido magnífico que aquellos franceses nos hubiesen conquistado: una nación inteligente habría sometido a otra muy estúpida y se la habría anexionado. Sería muy distinto el orden que reinaría ahora en nuestro país.

–¡Como si la gente de allí fuera mejor que la nuestra! No cambiaría yo a cierto guapo mozo nuestro por tres jóvenes ingleses –repuso dulcemente Maria Kondrátievna, sin duda acompañando en ese momento sus palabras con sus miradas más lánguidas.

–Todo es cuestión de gustos.

–Usted mismo parece un extranjero, un auténtico extranjero noble; se lo digo aunque me dé vergüenza confesarlo.

–La verdad es que, por lo depravados, los de afuera y los de aquí son todos iguales. Todos son unos granujas, con la diferencia de que el de afuera calza botas altas de charol, mientras que nuestro canalla, hundido en su miseria, hiede y lo encuentra tan natural. Al pueblo ruso hay que azotarlo, como decía con mucha razón ayer Fiódor Pávlovich, aunque es un loco, lo mismo que todos sus hijos.

–Usted decía que sentía mucho respeto por Iván Fiódorovich.

–Pero él me ha tratado a mí de lacayo hediondo. Cree que puedo sublevarme; pero se equivoca. Si tuviera yo en el bol-

1. Napoleón III, sobrino y no hijo de Napoleón I.

sillo la cantidad necesaria, hace tiempo que no me verían el pelo por aquí. Dmitri Fiódorovich es peor que cualquier lacayo, tanto por su conducta como por su entendimiento y por su miseria, no sabe hacer nada; en cambio, es respetado por todo el mundo. Admitamos que yo no sea más que un cuececaldos, pero si tengo suerte, puedo abrir un café restaurante en Moscú, en la calle de Petrovka. Porque yo sé preparar platos especiales, cosa que en Moscú no sabe hacer nadie, fuera de los extranjeros. Dmitri Fiódorovich es un descamisado, pero si reta a duelo al primerísimo hijo de un conde, ése se batirá con él; ¿y en qué es mejor que yo? En realidad, es incomparablemente más tonto. Cuánto dinero ha despilfarrado sin ton ni son.

–Un duelo ha de ser algo muy bonito, me parece –observó de pronto Maria Kondrátievna.

–¿Por qué?

–Porque da miedo y hace falta mucha valentía, sobre todo si se baten oficialitos jóvenes que se disparan las pistolas por alguna dama. Ha de ser un verdadero cuadro. Oh, si se permitiera asistir a las doncellas, me gustaría muchísimo verlo.

–Bien, si apunta uno mismo; pero cuando le apuntan a uno a la jeta, la sensación ha de ser de lo más estúpida. Echaría a correr del lugar, Maria Kondrátievna.

–¿Es posible que usted huyera?

Pero Smerdiakov no se dignó responder. Después de un minuto de silencio, resonó un nuevo acorde de guitarra y la voz de falsete entonó la última copla:

¡Por más que me cueste,
de aquí me alejaré,
para disfrutar de la vi-i-ida
y en la capital vivir!
No estaré triste.
No estaré en absoluto triste,
¡no tengo siquiera la intención de estar triste!

En ese momento se produjo un hecho inesperado: Aliosha estornudó; los del banco se callaron en seguida. Aliosha se levantó y se dirigió hacia ellos. Era, en efecto, Smerdiakov, con su traje de los domingos, con el cabello untado de brillantina y poco menos que rizado, con zapatos de charol. Había puesto la guitarra sobre el banco. En cuanto a la dama, era Maria Kondrátievna, la hija de la dueña de la casa; llevaba un vestido azul claro, con una cola de dos varas; la muchacha, si bien muy carirredonda y llena de pecas, era aún jovencita y no estaba mal.

–¿Volverá pronto mi hermano Dmitri? –preguntó Aliosha, con la mayor calma de que fue capaz.

Smerdiakov se levantó lentamente del banco; se levantó también Maria Kondrátievna.

–¿Por qué voy a saber yo lo que hace Dmitri Fiódorovich? Otra cosa sería si estuviera encargado de vigilarle –contestó Smerdiakov sin alzar la voz, clara y desdeñosamente.

–Sólo le he preguntado si lo sabía –explicó Aliosha.

–No tengo idea de dónde se encuentra ahora, ni deseo saberlo.

–Pues mi hermano me dijo precisamente que usted le informa de todo cuanto sucede en casa y que le había prometido avisarle cuando viniera Agrafena Alexándrovna.

Smerdiakov lo miró despacio e imperturbable.

–Y usted, ¿cómo se ha permitido entrar esta vez, estando como está la puerta cerrada con pestillo hace ya una hora? –preguntó, mirando fijamente a Aliosha.

–Desde la callejuela he saltado la cerca y me he dirigido directamente a la glorieta. Espero que usted me perdone –se dirigió a Maria Kondrátievna–; necesitaba encontrar a mi hermano cuanto antes.

–Oh, ¿acaso podemos sentirnos molestos con usted? –respondió Maria Kondrátievna alargando las palabras, halagada de que Aliosha le hubiera pedido perdón–. También Dmitri Fiódorovich sigue a menudo el mismo camino para ir a la glorieta, y sin que nosotras sepamos nada está ahí sentado.

–Le busco con mucho interés, tendría muchos deseos de verle o de saber por ustedes dónde se encuentra ahora. Créanme que es por una cuestión muy importante para él mismo.

–No nos dice dónde va –balbuceó Maria Kondrátievna.

–Aunque yo vengo aquí de visita –siguió Smerdiakov–, hasta en este lugar me ha asediado inhumanamente con incesantes preguntas acerca de mi señor: qué hace, quién entra y quién sale y qué más puedo comunicarle. Por dos veces me ha amenazado hasta con la muerte.

–¿Cómo, con la muerte? –se sorprendió Aliosha.

–¿Sería para él muy difícil, con su carácter? Ayer, usted mismo pudo observarlo. Me ha advertido que si dejaba entrar a Agrafena Alexándrovna y pasaba ella aquí la noche, me liquidaría antes que a nadie. Le tengo mucho miedo; si no le temiera tanto, tendría que denunciarle a las autoridades. Sabe Dios de lo que es capaz.

–El otro día le dijo: «Te machacaré en un mortero» –añadió Maria Kondrátievna.

–Si ha dicho en un mortero, quizá no era más que hablar por hablar... –observó Aliosha–. Si pudiera encontrarle ahora, también le diría algo sobre esto...

–Lo único que puedo comunicarle es lo siguiente –Smerdiakov pareció que se decidía de pronto–: Suelo venir aquí por razones de vecindad; ¿por qué no habría de venir? Por otra parte, Iván Fiódorovich, no bien se ha hecho de día, me ha mandado a casa de Dmitri Fiódorovich, en la calle del Lago, para que le dijera de palabra, sin carta alguna, que fuera a comer sin falta a la taberna de la plaza. He ido, pero no he encontrado a Dmitri Fiódorovich en su casa, a pesar de que sólo eran las ocho de la mañana. «Ha estado, pero ya se ha ido», me dijeron textualmente los dueños de la casa. Como si entre ellos hubiera algún convenio. Es posible que en este mismísimo momento esté en la taberna con su hermano Iván Fiódorovich, pues éste no ha venido a comer a

casa; Fiódor Pávlovich terminó de comer hace una hora y se ha acostado a echar una siesta. Sin embargo, le ruego encarecidamente que no le diga nada de mí ni de lo que acabo de comunicarle, pues me mataría sin más ni más.

–¿Mi hermano Iván ha llamado a Dmitri a comer hoy en la taberna?

–Así es.

–¿En la taberna La Capital, la de la plaza?

–En la misma.

–¡Es muy posible! –exclamó Aliosha, muy agitado–. Gracias, Smerdiakov, la noticia es importante; ahora mismo voy allá.

–No me descubra –insistió Smerdiakov al verle marchar.

–Oh, no; me presentaré en la taberna como por casualidad, quédese tranquilo.

–Pero ¿por dónde pasa usted? Le abriré la portezuela –le gritó Maria Kondrátievna.

–No, por aquí llego antes, volveré a saltar la cerca.

La noticia había conmovido terriblemente a Aliosha, quien se dirigió apresuradamente hacia aquel local. Con la ropa que llevaba no resultaría decente entrar en la taberna, pero preguntaría en la escalera y los llamaría, esto podía hacerlo. Sin embargo, no bien estuvo cerca de la taberna, se abrió una ventana y el propio Iván le llamó, desde arriba:

–Aliosha, ¿puedes subir aquí, conmigo? Te lo agradeceré enormemente.

–De buena gana, pero no sé qué hacer, vestido de este modo.

–Estoy en un reservado; sube al portal, bajo corriendo a tu encuentro...

Un minuto más tarde, Aliosha estaba sentado junto a su hermano. Iván estaba comiendo solo.

3. Los hermanos traban conocimiento

Sin embargo, Iván no se encontraba en un reservado. Se trataba sólo de un lugar junto a la ventana, separado por un biombo; de todos modos, la gente no podía ver a los que estaban allí detrás. Aquella pieza era la que servía de entrada a la casa; era la primera, con un aparador adosado a una pared lateral. Los camareros cruzaban rápidos aquella estancia a cada momento. No había más que un cliente, un hombre viejo, militar retirado, que bebía té en un rincón. En cambio, en las demás piezas de la taberna reinaba el alboroto habitual en tales lugares; se oían las llamadas a gritos, el ruido de las botellas que se destapaban, el golpe de las bolas de billar, el estrépito de un organillo. Aliosha sabía que Iván no frecuentaba casi nunca aquella taberna y que, en general, no era amigo de semejantes establecimientos. «Si está aquí –pensó Aliosha– es precisamente para encontrarse con su hermano Dmitri, según lo convenido.» Pero Dmitri no estaba.

–Encargaré para ti sopa de pescado o alguna otra cosa; no vives sólo de té –gritó Iván, por lo visto muy contento de la presencia de Aliosha. Él ya había terminado de comer y tomaba el té.

–Venga sopa de pescado y luego té, estoy hambriento –respondió alegremente Aliosha.

–¿Y confitura de guindas? Aquí la hay. ¿Te acuerdas lo que te gustaba esta confitura cuando eras pequeño, en casa de Poliénov?

–¿Tú te acuerdas? Venga también confitura, me sigue gustando.

Iván llamó al camarero y encargó sopa de pescado, té y confitura.

–Lo recuerdo todo, Aliosha, te recuerdo hasta que tuviste once años; entonces iba yo a cumplir quince. Entre quince y once hay una diferencia tan grande, que los hermanos de

estas edades no suelen ser nunca camaradas. Ni siquiera sé si te quería. Cuando me fui a Moscú, durante los primeros años ni me acordé de ti. Luego, cuando tú mismo viniste a Moscú, me parece que nos encontramos sólo en una ocasión, no recuerdo dónde. Llevo ya más de tres meses aquí y, en verdad, hasta ahora no nos hemos dicho nada. Mañana parto, y hace un momento, aquí sentado, pensaba cómo podría verte para despedirme, y tú pasabas por aquí.

–¿Tenías muchos deseos de verme?

–Muchos, quiero conocerte de una vez para siempre y quiero que me conozcas tú a mí. Y con esto nos despedimos. A mi juicio, lo mejor es conocerse poco antes de separarse. He visto cómo me mirabas durante estos tres meses; en tus ojos había algo así como una espera incesante, cosa que yo no puedo sufrir; por esto no me he acercado a ti. Pero al fin he aprendido a respetarte: el hombrecito se mantiene firme, me he dicho. Aunque ahora bromeo, hablo en serio, tenlo en cuenta. Porque tú te mantienes firme, ¿no es cierto? A mí me gustan los que son firmes, independientemente de la base en que se sostengan, y aunque sean unos mozalbetes como tú. Tu mirada expectante ya ha llegado a no hacérseme desagradable; al contrario, ha acabado gustándome... Me parece, Aliosha, que me tienes afecto; ¿es así, hermano?

–Te quiero, Iván. Nuestro hermano Dmitri dice de ti: Iván es una tumba. Yo digo: Iván es un enigma. También ahora sigues siendo un enigma para mí, pero ya he llegado a comprenderte algo, ¡y sólo desde la mañana de hoy!

–¿Qué has comprendido? –se rió Iván.

–¿No te enfadarás? –también Aliosha se rió.

–¿Qué?

–Pues que eres un joven como todos los jóvenes de veintitrés años, un muchacho juvenil, impetuoso, fresco y simpático; en fin, ¡un pipiolo! Qué, ¿te he ofendido mucho?

–Al contrario, ¡me ha sorprendido la coincidencia! –exclamó alegremente y con calor Iván–. No sé si me creerás,

pero después de nuestro encuentro de la mañana con ella no he pensado en otra cosa, en la experiencia de mis veintitrés años; en que soy un pipiolo, tú lo has adivinado con toda exactitud y con esto empiezas. ¿Sabes lo que me estaba diciendo a mí mismo aquí hace unos momentos? Me decía que aun si perdiera la fe en la vida, en la mujer amada y en el orden de las cosas, aun si me convenciera de que todo es un caos maldito y, quizá, satánico, aunque me fulminaran todos los horrores de la desilusión humana, a pesar de todo, desearía vivir; ¡puestos los labios en esta copa ya no los quitaré hasta apurarla! De todos modos, hacia los treinta años probablemente arrojaré la copa, aunque no haya vaciado su contenido, y me iré... no sé adónde. Pero hasta los treinta años, lo sé firmemente, todo lo vencerá mi juventud: cualquier desengaño y cualquier aversión a la vida. Muchas veces me he preguntado si existe en el mundo una desesperación capaz de vencer en mí esta sed de vivir, furibunda y, quizás, indecorosa, y he decidido que, al parecer, no existe, o sea, no existe hasta los treinta años; después, a mí mismo me pasará esta sed, así me lo parece. A este afán de vivir, algunos moralistas, mentecatos y tísicos, sobre todo poetas, lo califican a menudo de vil. Ese rasgo, esta sed de vivir a pesar de todo, es un rasgo en parte karamazoviano, y también se da en ti, no hay duda; pero ¿por qué ha de ser vil? Es todavía enorme la fuerza centrípeta de nuestro planeta, Aliosha. Hay ansias de vivir, y yo vivo, aun a despecho de la lógica. No importa que no crea en el orden de las cosas, pero me son caros los pegajosos brotes de los árboles que se abren en primavera, me gusta el cielo azul, me gustan ciertas personas a veces, ¿lo creerás?, sin saber a qué se debe mi afecto; me gusta el heroísmo humano, en el que, quizás, he dejado de creer hace tiempo, pero al que sigo honrando de corazón, por la fuerza de la costumbre. Aquí te traen la sopa de pescado; que te aproveche. Es una sopa excelente, la preparan muy bien. Quiero viajar por Europa, Aliosha, partiré de aquí; ya sé que

el viaje que emprenda me llevará sólo a un cementerio, pero será, éste, el cementerio más querido, más entrañable, ¡eso es! Yacen allí difuntos muy estimados; cada una de las piedras que los cubren habla de la ardiente vida pasada, de la fe apasionada en el propio hecho heroico, en la propia verdad, en la propia lucha y en la propia ciencia; sé de antemano que caeré sobre la tierra para besar aquellas piedras y llorarlas, pero, al mismo tiempo, estaré convencido con todas las fibras de mi ser de que todo aquello no es más que un cementerio, absolutamente nada más. No lloraré de desesperación, seré feliz por las lágrimas que haya vertido. Me embriagaré con mi propia ternura. Amo los pegajosos brotes primaverales, el cielo azul, ¡ésta es la cuestión! Esto no es cosa de la mente, de la lógica; es un amor que sale de las entrañas, es el amor por las primeras fuerzas juveniles de uno mismo... ¿Llegas a comprender alguna cosa en esta jerigonza mía, Aliosha? –preguntó Iván, riéndose.

–La comprendo muy bien, Iván: se desea amar con los entresijos y las entrañas, lo has dicho maravillosamente bien, y yo estoy muy contento de que tengas tantas ganas de vivir –exclamó Aliosha–. Creo que lo primero que se debe amar en este mundo es la vida.

–¿Amar la vida más que su sentido?

–Sin duda alguna, amar la vida antes que la lógica, como tú dices; sin duda alguna antes que la lógica, y sólo en este caso entenderé también el sentido de la vida. Esto es lo que entreveo hace ya tiempo. Has hecho la mitad de lo que tienes que hacer, Iván, y lo has adquirido: amas la vida. Ahora has de aplicarte a la otra mitad tuya y estarás salvado.

–¡Me hablas de salvación, pero es posible que no me haya perdido! ¿En qué consiste esa otra mitad a que te refieres?

–En que es necesario hacer resucitar a tus difuntos, que, quizá, no han muerto nunca. Bueno el té. Estoy muy contento de hablar contigo, Iván.

–Veo que estás inspirado. No sabes cómo me gustan tales *professions de foi,* de... novicios como tú. Eres un hombre firme, Alexéi. ¿Es cierto que quieres dejar el monasterio?

–Es cierto. Mi stárets me destina al mundo.

–Esto quiere decir que aún nos veremos, en este mundo; nos encontraremos antes de los treinta años, cuando empiece a renunciar a la copa. Nuestro padre no quiere apartarse de ella hasta los setenta años, incluso sueña que hasta los ochenta, él mismo lo ha dicho; se lo toma demasiado en serio, a pesar de ser un bufón. Se ha aferrado a su lujuria, también como si fuera una roca... aunque después de los treinta años, la verdad, quizá no haya en qué sostenerse si no es en esto... Pero hasta los setenta años es una vileza, es mejor hasta los treinta: cabe conservar un «matiz de nobleza», aun engañándose a uno mismo. ¿No has visto a Dmitri, hoy?

–No, no le he visto, pero he visto a Smerdiakov.

Y Aliosha contó a su hermano rápidamente y con todo detalle su encuentro con el criado. Iván empezó a escucharle con aire de grave preocupación y hasta le hizo repetir algunas cosas.

–Sólo que me suplicó no contara a Dmitri nada de lo que me decía acerca de él –añadió Aliosha.

Iván frunció el ceño y se quedó pensativo.

–¿Es por Smerdiakov, por lo que pones cara seria? –preguntó Aliosha.

–Sí, por él. ¡Que se vaya al diablo! A Dmitri realmente quería verle, pero ahora no es preciso... –articuló de mala gana Iván.

–¿En verdad te vas tan pronto, hermano?

–Sí.

–¿Qué pasará con Dmitri y nuestro padre? ¿Cómo terminará su asunto? –dijo Aliosha, inquieto.

–¡Tú, siempre con la misma canción! ¿Qué quieres que le haga yo? ¿Soy el guardián de mi hermano Dmitri por ventura? –contestó Iván, irritado, pero de repente se sonrió con

amargura–. Es la respuesta de Caín a Dios sobre el hermano asesinado, ¿eh? ¿Es esto, quizá, lo que estás pensando? Pero ¡diablos! ¿Voy a quedarme aquí para vigilarlos? He terminado mis asuntos y me voy. No vas a creer que tengo celos de Dmitri y que he procurado quitarle su bella Katerina Ivánovna durante estos tres meses. Ah, ¡diablos! Yo tenía mis propios asuntos. Los he liquidado y me voy. Los he terminado hoy mismo, tú has sido testigo.

–¿Ha sido durante la conversación con Katerina Ivánovna?

–Sí, entonces; me he librado de golpe. ¿Qué hay de particular en ello? ¿Qué me importa a mí Dmitri? Nada tiene que ver Dmitri con esto. Con Katerina Ivánovna yo no tenía más que mis propios asuntos. En cambio tú sabes que Dmitri se comportaba como si se hubiera puesto de acuerdo conmigo. Yo no le he pedido absolutamente nada; en cambio él me la traspasó solemnemente y me dio su bendición. Es como para reírse. ¡No, Aliosha, no! ¡Si supieras qué alivio experimento ahora! Estaba aquí comiendo y, ¿lo creerás?, he sentido tentaciones de pedir champán para festejar mi primera hora de libertad. ¡Uf! Casi medio año así y, de pronto, me lo quito todo de encima en un santiamén. No sospechaba yo, ni siquiera ayer, que fuera tan fácil acabar con todo si así lo deseaba.

–¡Hablas de tu amor, Iván!

–De mi amor, si quieres; me enamoré de una señorita, de una colegiala. Sufría por ella y ella me hacía sufrir. Estaba pendiente de ella... y de pronto todo se ha desvanecido. Esta mañana hablaba yo con exaltación, pero salí y prorrumpí en carcajadas, puedes creerlo. Te lo digo tal como fue, en su sentido estricto.

–Ahora mismo lo cuentas alegremente –observó Aliosha, mirándole la cara que, en efecto, se le había puesto alegre en un momento.

–Sí, ¡cómo iba a saber yo que no la amaba en lo más mínimo! ¡Ja-ja! Y ha resultado que no, que no la amaba. ¡Pero

cómo me gustaba! Cómo me gustaba incluso esta mañana, cuando yo pronunciaba mi discurso. ¿Sabes? También ahora me gusta horrores, pero con qué facilidad me alejo de ella. ¿Crees que me echo un farol?

–No. Sólo que, quizá, no se trataba de amor.

–Aliosha –dijo riendo Iván–, ¡no te lances a elucubraciones sobre el amor! Eso a ti no te está bien. ¡Esta mañana te has portado! ¡Magnífico! Se me ha olvidado besarte por ello... ¡Cómo me atormentaba Katerina Ivánovna! Yo estaba, en verdad, al borde del desgarramiento continuo. ¡Oh, ella sabía que yo la amaba! Ella me amaba a mí, no a Dmitri –insistió alegremente Iván–. Dmitri no era más que su propio desgarramiento. Todo cuanto le he dicho esta mañana es pura verdad. Pero el quid está, y es lo más importante, en que ella necesita, quizá, quince o veinte años para caer en la cuenta de que no ama de ningún modo a Dmitri, sino que me ama a mí, a quien tortura. Sí, y a lo mejor no lo comprenderá nunca, a pesar de la lección de hoy. Es mejor así: me he levantado y me he ido para siempre. A propósito, ¿qué hace, ahora? ¿Qué ha pasado después de mi salida?

Aliosha le contó lo del ataque de histerismo y que, al parecer, ella había perdido el conocimiento y estaba delirando.

–¿No miente la Jojlakova?

–Me parece que no.

–Hay que enterarse. De cualquier manera, de histerismo no ha muerto nunca nadie. Que sea histerismo; Dios, en su amor, se lo ha mandado a la mujer. No iré a verla de ningún modo. Para qué meterme otra vez.

–Sin embargo, le has dicho esta mañana que no te había amado nunca.

–Se lo he dicho adrede. Aliosha, voy a encargar champán, beberemos por mi libertad. ¡Si supieras lo contento que estoy!

–No, hermano, mejor es que no bebamos –dijo de pronto Aliosha–; además, me siento algo triste.

–Hace tiempo que estás triste, me he dado cuenta.

–Así, pues, ¿te vas decididamente mañana por la mañana?

–¿Por la mañana? No he dicho que me iría por la mañana... Aunque es posible que sea así. ¿Me creerás? Si hoy he comido aquí, ha sido únicamente por no hacerlo con el viejo, hasta tal punto se me ha hecho repugnante. De haberse tratado sólo de él, me habría marchado hace tiempo. Tú no tienes por qué inquietarte de que mañana parta. Sabe Dios que nos queda aún mucho tiempo a ti y a mí, antes de la partida. Una eternidad de tiempo, ¡una inmortalidad!

–¿De qué eternidad hablas, si te vas mañana?

–¿Qué importa esto, para ti y para mí? –se rió Iván–. Para hablar de lo nuestro tendremos tiempo, para hablar de lo que nos ha hecho venir aquí. ¿Por qué me miras sorprendido? Responde: ¿para qué nos hemos reunido aquí? ¿Para hablar del amor a Katerina Ivánovna, del viejo y de Dmitri? ¿Para hablar del extranjero? ¿De la fatal situación de Rusia? ¿Del emperador Napoleón? ¿Para esto?

–No, para esto no.

–Tú mismo comprendes, pues, para qué. Allá otros con sus preocupaciones; nosotros, los pipiolos, hemos de ocuparnos de lo nuestro; nosotros ante todo hemos de resolver los problemas eternos, ésta es la preocupación nuestra. La joven Rusia, toda ella, sólo se ocupa ahora de los problemas eternos, no discute de otra cosa. Precisamente en la actualidad, cuando todos los viejos, de pronto, se han metido en la cabeza que han de estudiar cuestiones prácticas. ¿Por qué me has estado mirando con la expresión de espera en los ojos durante estos tres meses? Pues para llegar a preguntarme: «¿Crees o no crees?»; a eso se han reducido tus miradas durante tres meses, Alexéi Fiódorovich, ¿no es cierto?

–Es posible que sea así –se sonrió Aliosha–. ¿No te estás burlando ahora de mí, hermano?

–¿Que yo me burlo? No quisiera apenar a mi hermanito, que durante tres meses me ha estado mirando con tanta expectación. Aliosha, mírame a la cara: yo soy exactamente un

crío como tú, con la única diferencia, quizá, de no ser un novicio. ¿Cómo se vienen portando todos los muchachos rusos hasta hoy? ¿Algunos, por lo menos? Toma, por ejemplo, esta hedionda taberna; se reúnen aquí, se sientan en un rincón. Antes no se conocían; saldrán del local y se pasarán cuarenta años sin volver a verse; pues bien, ¿de qué hablarán durante los momentos que estén juntos en la taberna? De los problemas universales, no de otra cosa: ¿existe Dios, existe la inmortalidad? Quienes no crean en Dios, éstos, se pondrán a hablar del socialismo y del anarquismo, de la reorganización de la humanidad entera según unos nuevos fundamentos, lo que lleva al mismo diablo, a los mismos problemas, aunque desde el otro extremo. Son numerosos, son innumerables, los muchachos rusos, los de mayor originalidad, que en nuestro tiempo hablan tan sólo de los problemas eternos. ¿No es así, acaso?

–Sí; para los verdaderos rusos, los problemas de si existe Dios y de si existe la inmortalidad, o bien, como tú dices, los problemas vistos desde el otro extremo, son desde luego los primeros, los que se encuentran ante todos, y así ha de ser –respondió Aliosha, mirando a su hermano con la misma sonrisa dulce y escudriñadora.

–Verás, Aliosha: ser un hombre ruso, a veces, no es, ni mucho menos, prueba de inteligencia, pero de todos modos no puedo imaginarme nada más estúpido que la ocupación a que se han entregado ahora nuestros jóvenes. De todos modos, a uno de estos muchachos rusos, a Aliosha, le quiero yo con toda el alma.

–Qué bien te las apañas –se rió Aliosha–. Bueno, dime, ¿con qué quieres empezar? Ordénalo tú mismo; ¿con Dios? ¿Existe Dios, o no existe?

–Con lo que quieras; empieza si prefieres aunque sea «desde el otro extremo». Ayer ya proclamaste en casa de nuestro padre que Dios no existe. –Aliosha miró a su hermano con escudriñadora mirada.

–Ayer, en casa del viejo, de sobremesa, te quise sulfurar a propósito y vi cómo se te encendían los ojos. Pero ahora nada tengo en contra de charlar contigo, te lo digo muy en serio. Quiero avenirme contigo, Aliosha, porque no tengo amigos, a ver si lo logro. Bueno, imagínate que quizá también yo admito la existencia de Dios –Iván se echó a reír–; para ti esto resulta inesperado, ¿no?

–Sí, claro, a no ser que también ahora estés bromeando.

–Bromear. Esto de que bromeo lo dijeron ayer en la celda del stárets. Verás, hermano; en el siglo XVIII hubo un viejo pecador que afirmaba: si no hubiera Dios, habría que inventarlo, *s'il n'existait pas Dieu il faudrit l'inventer.* Y, en efecto, el hombre ha inventado a Dios. Lo extraño, lo sorprendente no es que Dios exista en verdad; lo asombroso es que semejante idea (la idea de que Dios es necesario) haya podido meterse en la cabeza de un animal tan fiero y maligno como es el hombre; hasta tal punto es sacrosanta, hasta tal punto es enternecedora, hasta tal punto es sabia y hasta tal punto hace honor al hombre. En cuanto a mí, hace tiempo que he decidido no pensar en si es el hombre quien ha creado a Dios o Dios al hombre. Desde luego, no voy a examinar sobre esta cuestión todos los axiomas contemporáneos de los mozalbetes rusos, inferidos todos sin excepción de hipótesis europeas, porque lo que allí es hipótesis, para el muchacho ruso en seguida es axioma, y no sólo para los muchachos, sino también, quizás, para sus profesores, porque con mucha frecuencia nuestros profesores rusos son como nuestros mozalbetes. Dejo de lado, pues, todas las hipótesis. ¿Cuál es ahora la tarea nuestra, tuya y mía? Es la de que cuanto antes pueda explicarte yo mi esencia, o sea, qué clase de hombre soy, en qué creo y en qué pongo mis esperanzas, ¿no es cierto? Por esto declaro que acepto directa y simplemente la existencia de Dios. He aquí, sin embargo, lo que es necesario señalar: si Dios existe y si realmente ha creado la tierra, la ha creado, como sabemos a ciencia cierta, según la geometría

euclidiana, pero ha creado la mente del hombre con la sola noción de tres dimensiones espaciales. Ahora bien, ha habido, y existen incluso ahora, geómetras y filósofos, algunos de ellos ilustrísimos, que dudan de que todo el universo o, con mayor amplitud aún, todo el ser, haya sido creado únicamente según la geometría de Euclides, y se atreven incluso a soñar que dos líneas paralelas, las cuales, según Euclides, por nada del mundo pueden converger en la tierra, convergen quizás en algún punto del infinito. Yo, hermano, he decidido que si no puedo comprender ni siquiera esto, cómo voy a poder comprender a Dios. Confieso humildemente que no poseo capacidad alguna para resolver tales problemas; mi mente es euclidiana, terrena. ¿Cómo resolver lo que no es de este mundo? A ti también te aconsejo no pensar nunca en esto, amigo Aliosha, sobre todo en lo de si Dios existe o no existe. Todas estas cuestiones escapan por completo a una mente creada para comprender sólo las tres dimensiones. Así, pues, acepto a Dios, y no sólo de buen grado; más aún, acepto su sabiduría y sus fines, aunque nos sean completamente desconocidos; creo en el orden, en el sentido de la vida; creo en la armonía eterna, en la que al parecer vamos a fundirnos todos; creo en el Verbo, hacia el que tiende el universo, en el Verbo que «está en Dios» y que es Dios mismo, etcétera, y así sucesivamente, hasta el infinito. Son muchas las palabras pronunciadas en este terreno. Me parece que me encuentro en el buen camino, ¿no? Sin embargo, figúrate que en su resultado final no admito este mundo de Dios, y aunque sé que existe, no lo acepto de ningún modo. Entiéndeme bien, no es a Dios a quien rechazo, sino al mundo, al mundo creado por Él; el mundo de Dios, no lo acepto ni puedo estar de acuerdo en aceptarlo. Me explicaré: estoy convencido, como un crío, de que los sufrimientos desaparecerán sin dejar huella, de que la comicidad ultrajante de las contradicciones humanas se esfumará cual lamentable espejismo, cual odiosa invención de un ser débil

y enano, como un átomo de la mente euclidiana del hombre; estoy convencido de que, por último, en el fin del mundo, en el momento de la armonía eterna, se dará y aparecerá algo tan valioso que bastará a todos los corazones para calmar todas las indignaciones, para redimir todos los crímenes de los hombres, toda la sangre vertida; será suficiente no sólo para que resulte posible perdonar, sino, además, justificar todo lo que ha sucedido a los hombres. Que sea y aparezca todo esto así, bien; pero no lo acepto, ¡ni quiero aceptarlo! Que lleguen a converger las líneas paralelas y lo vea yo: lo veré y diré que han convergido, mas, a pesar de todo, no lo admitiré. Ésta es mi esencia, Aliosha, ésta es mi tesis. Te lo he dicho seriamente. Adrede he empezado nuestra conversación de la manera más tonta del mundo, pero la he llevado hasta mi confesión, porque esto es lo único que te interesa. Lo que necesitabas tú no era que te hablara de Dios, sino únicamente saber qué encierra el alma de tu querido hermano. Y es lo que te he contado.

Iván acabó su larga tirada con un repentino sentimiento especial e inesperado.

–¿Y por qué has empezado «de la manera más tonta del mundo»? –preguntó Aliosha, mirándole pensativo.

–Verás, en primer lugar, por el espíritu del país, si quieres: las conversaciones rusas sobre este tema siempre se sostienen de la manera más estúpida del mundo. En segundo lugar, cuanto más estúpida, tanto más cerca está de la cuestión. Cuanto más estúpida, tanto más clara. La tontería es corta y simple, mientras que la inteligencia serpentea y se esconde. La mente es canalla, mientras que la torpeza es franca y leal. He llevado el asunto hasta mi desesperación, y cuanto más torpemente lo haya expuesto, tanto más favorable me resulta.

–¿Me explicarás por qué «no aceptas el mundo»? –preguntó Aliosha.

–Te lo explicaré, naturalmente; no es ningún secreto, a eso iba. Hermanito mío, no pretendo pervertirte ni hacer vaci-

lar tu firme base; lo que quisiera, quizás, es curarme a mí mismo gracias a ti –dijo Iván, sonriéndose como un muchachito tímido.

Aliosha nunca le había visto aún una sonrisa semejante.

4. La rebelión

–He de hacerte una confesión –comenzó Iván–: nunca he podido comprender cómo es posible amar al prójimo. Es precisamente a nuestro prójimo a quien es imposible amar; quizá podamos amar sólo a quienes están distantes. En cierta ocasión y en algún lugar leí de «Juan el Misericordioso» [1], un santo, que cuando se le acercó un viandante famélico y aterido y le pidió que le dejara calentarse, se acostó con él en la cama, le abrazó y empezó a respirarle en la boca, purulenta y maloliente debido a alguna terrible enfermedad. Estoy convencido de que lo hizo en un arranque de atormentadora falsedad, por un amor que consideraba como un deber, por una penitencia que se había impuesto a sí mismo. Es necesario que un hombre se esconda para que podamos amarle, pero no bien nos muestra su faz, se acabó el amor.

–De ello ha hablado más de una vez el stárets Zosima –repuso Aliosha–; también ha dicho que la cara del hombre con frecuencia impide amar a muchas personas inexperimentadas en el amor. Pero no se puede negar que en la humanidad hay mucho amor, un amor casi semejante al amor de Cristo; lo sé por mí mismo, Iván...

–Es posible; mas, por ahora, yo no lo sé ni puedo comprenderlo, y lo mismo les ocurre a un incontable número de personas. La cuestión está en saber si esto depende de las

1. Dostoyevski no se refiere a «Juan el Misericordioso», sino a «Julián el Misericordioso», cuya leyenda, escrita por Flaubert, había aparecido en *El mensajero de Europa* (1877, n.° 4) en traducción de Turguénev.

malas cualidades de la gente o es inherente a su naturaleza. A mi modo de ver, el amor de Cristo por el hombre es una especie de milagro imposible en la tierra. Cierto, Él era Dios. Pero nosotros no lo somos. Supongamos, por ejemplo, que yo sufro mucho; otro, por ser otro y no ser yo, no podrá saber nunca hasta qué punto yo sufro; además, raras veces el hombre está dispuesto a reconocer que otro es un mártir (como si esto fuera un rango). ¿Por qué crees tú que no lo está? Porque, por ejemplo, despido mal olor o tengo cara de bobo o por haberle dado un pisotón alguna vez. Añade a esto que hay sufrimientos y sufrimientos: un sufrimiento que me humille, el hambre, digamos, no será obstáculo para que se me acerque un bienhechor; pero no bien el sufrimiento es un poco más elevado, si es, digamos, por una idea, ya cambia la situación y sólo en casos muy raros lo reconocerán, porque el bienhechor, por ejemplo, me mirará y verá de pronto que mi cara no es, según él, como la que ha de tener quien padezca por una idea semejante. En seguida me retirará su protección, sin que ello signifique que en su actitud haya maldad alguna. Los mendigos, sobre todo los de alma noble, no deberían mostrarse nunca al exterior, deberían pedir limosna a través de los periódicos. De manera abstracta aún es posible amar al prójimo, incluso cabe amarle de lejos; pero de cerca, casi nunca. Si todo sucediera como en el teatro, como en los ballets, donde los mendigos, cuando salen, piden limosna vistiendo harapos de seda y encajes rotos, danzando graciosamente, aún se los podría admirar. Se los podría admirar, pero no amar. Y basta ya de este tema. Sólo quería situarte en mi punto de vista. Deseaba hablar del sufrimiento de la humanidad en general, pero mejor será que nos detengamos en los sufrimientos de los niños. Así se reduce en unas diez veces el alcance de mi argumentación, pero será mejor que me refiera sólo a los niños. Resultará, desde luego, menos favorable para mí. Pero, en primer lugar, a los niños se los puede amar incluso de cerca, incluso sucios,

hasta feos (a mí me parece, sin embargo, que los niños nunca son feos). En segundo lugar, no quiero hablar de los adultos porque, aparte de ser repugnantes y no merecer amor, tienen, además, con qué desquitarse: han comido la manzana y han entrado en conocimiento del bien y del mal, y se han hecho «semejantes a Dios». Y siguen comiéndola. En cambio, los niños no han comido nada y no son culpables de nada. ¿Te gustan los niños, Aliosha? Sé que te gustan, y comprenderás por qué ahora quiero hablar sólo de ellos. Si también sufren horrorosamente en la tierra se debe, claro está, a sus padres; son castigados por sus padres, que se han comido la manzana; ahora bien, éste es un razonamiento del otro mundo; al corazón del hombre, aquí, en la tierra, le resulta incomprensible. Un inocente no debe sufrir por otro, ¡y menos semejante inocente! Asómbrate de mí, Aliosha; también yo quiero con toda el alma a las criaturitas. Y observa que la gente cruel, apasionada, sensual, karamazoviana, a veces quiere mucho a los niños. Los niños, mientras lo son, hasta los siete años, por ejemplo, se encuentran enormemente distantes de las personas, como si se tratara de un ser distinto, de otra naturaleza. Conocí a un criminal que estaba en presidio: durante su carrera había asesinado a familias enteras en las casas en que entraba de noche para robar, degollando a la vez unos cuantos niños. Pero una vez en presidio, sentía gran cariño por todos los pequeños. Se pasaba el tiempo contemplando por la ventana cómo jugaban en el patio de la cárcel. A uno de ellos, a un niño de poca edad, le acostumbró a que se acercara al pie de su ventana y se hicieron muy amigos... ¿No sabes con qué objeto te cuento todo esto, Aliosha? Me duele la cabeza y me siento triste.

–Estás hablando con un aspecto raro –observó intranquilo Aliosha–, como si te encontraras algo enajenado.

–A propósito, no hace mucho, me contaba un búlgaro en Moscú –prosiguió Iván Fiódorovich, como si no hubiera oído a su hermano– cómo los turcos y los circasianos están

cometiendo atrocidades por todo el país, por toda Bulgaria, temiendo un alzamiento en masa de los eslavos; es decir, incendian, matan, violan a mujeres y niñas, clavan a los detenidos a las vallas, metiéndoles los clavos por las orejas, y allí los dejan hasta la mañana siguiente y luego los ahorcan, etcétera; es inimaginable todo lo que pueden llegar a hacer. Se habla a veces de la «fiera» crueldad del hombre, pero esto es terriblemente injusto y ofensivo para las fieras: una fiera no puede ser nunca tan cruel como el hombre, tan artística y refinadamente cruel. El tigre despedaza y devora, otra cosa no sabe hacer. A él ni se le ocurriría clavar a los hombres por las orejas con clavos y dejarlos así toda la noche, no se le ocurriría aunque fuera capaz de hacerlo. Los turcos, en cambio, han torturado sádicamente hasta a los niños, empezando con arrancarlos de las entrañas de la madre con un puñal hasta arrojar al aire a los niños de pecho para ensartarlos al caer con la punta de la bayoneta en presencia de las madres. El hacerlo a la vista de las madres era lo que constituía el principal placer. Te voy a contar una escena que me ha impresionado en gran manera. Imagínate la situación: un crío de pecho en brazos de su madre temblorosa; en torno, unos turcos que acaban de llegar. Los turcos idean un juego divertido: acarician al pequeño, se ríen, para hacerle reír, y lo logran; el pequeño se ríe. En ese instante, un turco le apunta con la pistola, a cuatro pulgadas de su carita. El pequeño se ríe alegremente, alarga sus manitas para coger el revólver y, de pronto, el artista aprieta el gatillo apuntándole a la cara y le despedaza la cabecita... Está hecho con arte, ¿no es cierto? A propósito, según dicen, los turcos son muy aficionados a las golosinas.

–Hermano, ¿a qué viene todo esto? –preguntó Alioscha.

–Pienso que si el diablo no existe y, por tanto, ha sido creado por el hombre, éste lo ha creado a su imagen y semejanza.

–En este caso, exactamente como a Dios.

–Es sorprendente cómo sabes dar la vuelta a las palabritas, como dice Polonio en el *Hamlet*. –Iván se rió–. Me has cogido

por la palabra; no importa, me alegro. Pero bueno es tu Dios, si ha sido creado por el hombre a su imagen y semejanza. Acabas de preguntarme por qué te cuento todo esto; verás, soy un aficionado a hacer colección de ciertos hechos, y, ¿lo creerás?, anoto y recojo de periódicos y relatos, de donde se tercia, cierta clase de anécdotas; tengo ya una buena colección. Los turcos, naturalmente, figuran en ella, pero se trata de extranjeros. He recogido también cositas del país, que son hasta mejores que las turcas. ¿Sabes?, entre nosotros son los golpes los que se llevan la palma, abundan más el vergajo y el látigo, esto es lo nacional; entre nosotros, clavetear las orejas es inconcebible; a pesar de todo, somos europeos; pero el vergajo, el látigo, son algo muy nuestro y no hay quien nos lo quite. En el extranjero ahora, según parece, ya no se pega; será que las costumbres se han dulcificado o bien se habrán dictado leyes en virtud de las cuales el hombre, al parecer, no se atreve ya a pegar al hombre; en cambio, se han buscado una compensación también puramente nacional, como tenemos nosotros, tan nacional que parece imposible en nuestro país; si bien también aquí, si no me equivoco, va abriéndose camino, sobre todo desde que se ha producido un movimiento religioso en nuestra alta sociedad. Tengo un notable folleto, traducido del francés, en el que se cuenta cómo en Ginebra, no hace mucho tiempo, unos cinco años a lo sumo, ejecutaron a un criminal y asesino, a un tal Richard, joven de veintitrés años, si no recuerdo mal, arrepentido y convertido a la religión cristiana antes de subir al cadalso. Richard era un hijo ilegítimo al que, siendo pequeño, de unos seis años de edad, sus padres regalaron a unos pastores suizos de montaña, quienes le criaron para hacerle trabajar. Creció entre ellos como un animalito salvaje; los pastores no le enseñaron nada; al contrario, cuando tuvo siete años le mandaron ya a cuidar el ganado, tanto si el tiempo era lluvioso como si hacía frío, casi sin vestirle ni alimentarle. Al tratarle de esta manera, ninguno de ellos se paraba a reflexionar ni tenía remor-

dimientos; al contrario, se creían que obraban en su pleno derecho, pues Richard les había sido regalado como una cosa, y ni siquiera creían necesario darle de comer. Richard mismo contó que durante aquellos años, como el hijo pródigo del Evangelio, sentía enormes deseos de comer aunque fuera bazofia de la que daban a los cerdos que engordaban para la venta; pero ni eso le daban y le pegaban cuando él lo robaba. Así pasó toda su infancia y toda su juventud, hasta que creció y, sintiéndose fuerte, se dedicó a robar. El salvaje trabajó de jornalero en Ginebra para ganar dinero; se bebía lo ganado, vivía como un monstruo y acabó asesinando a un viejo para robarle. Le prendieron, le juzgaron y le condenaron a muerte. Allí no se andan con sentimentalismos. Pues bien, en la cárcel, inmediatamente le rodearon pastores y miembros de diferentes hermandades cristianas, damas que practican la beneficencia, etcétera. En la cárcel le enseñaron a leer y escribir, empezaron a explicarle el Evangelio, le sermonearon, le exhortaron, le presionaron, le instaron, le agobiaron, y he aquí que un buen día Richard confesó, al fin, solemnemente su crimen. Se convirtió, escribió de su puño y letra al tribunal reconociendo que era un monstruo y que al fin el Señor se había dignado iluminarle y enviarle la gracia celestial. Se emocionó Ginebra entera, toda la ciudad virtuosa y beata. Toda la gente de la alta sociedad, todos cuantos habían recibido una buena educación, acudieron a verle en la cárcel: besan a Richard, le abrazan: «Eres nuestro hermano, la gracia celestial ha venido a ti». Richard llora, enternecido: «Sí, la gracia celestial ha venido a mí. Antes, durante toda mi infancia y juventud, mi horizonte era la bazofia de los cerdos, pero ahora también a mí ha venido la gracia, ¡muero en la paz del Señor!». «¡Sí, sí, Richard! Muere en la paz del Señor, has derramado sangre y has de morir en la paz del Señor. Puede que no seas culpable de no haber conocido en absoluto a Dios cuando envidiabas la comida de los cerdos y cuando te pegaban por robársela (y hacías muy mal, pues está prohibi-

do robar), pero has derramado sangre y debes morir.» Llega el último día. Richard, casi sin fuerzas, llora y a cada momento repite: «Éste es el mejor de mis días, ¡voy a reunirme con el Señor!». «¡Sí (gritan los pastores, los jueces y las damas de beneficencia), éste es el día más feliz de tu vida, pues vas a reunirte con el Señor!» Todos se dirigen hacia el cadalso siguiendo el oprobioso carro en que conducen a Richard; unos van en coche, otros a pie. Han llegado al cadalso: «¡Muere, hermano nuestro (gritan a Richard), muere en la paz del Señor, pues a ti ha venido su gracia!». Cubierto de besos de los hermanos, arrastraron al hermano Richard al cadalso, le colocaron en la guillotina y le hicieron saltar la cabeza, como buenos hermanos, por haber venido a él la gracia del Señor. Esto es muy característico. El folleto ha sido traducido al ruso por unos bienhechores luteranos de la alta sociedad, que lo han distribuido gratuitamente como suplemento de periódicos y revistas para la ilustración del pueblo. El caso de Richard es interesante por lo que tiene de nacional. En nuestro país, aunque sería estúpido cortar la cabeza a un hermano únicamente porque se ha convertido en hermano nuestro y a él ha descendido la gracia del cielo, no dejamos de tener, repito, lo nuestro, que es por el estilo. Entre nosotros, torturar pegando constituye el placer histórico, inmediato y natural. Nekrásov tiene unos versos acerca de cómo un mujik da latigazos en los ojos, «en los sumisos ojos de un caballo». ¿Quién no lo ha presenciado? Esto es algo muy ruso. Describe cómo un débil caballejo, que tira de un carro cargado en exceso, se atasca y no puede salir del atolladero. El mujik le pega, le pega furiosamente, le pega, al fin, sin comprender lo que hace, y borracho de ira lo azota cruelmente, sin tregua: «¡No tienes fuerzas, pero tira; muere, pero tira!». El caballejo saca fuerzas de flaqueza, y el mujik se pone a pegarle, al indefenso animal, sobre los ojos que lloran, sobre los «sumisos ojos». Fuera de sí, el animal da un tirón, arranca y se pone en marcha, temblando todo él, sin respirar, ladeado, dando saltitos, de ma-

nera poco natural y humillante; estos versos de Nekrásov producen una impresión terrible. Pero no se trata más que de un caballo, y los caballos nos los ha dado Dios para que los azotemos. Así nos lo explicaron los tártaros, que nos legaron, en recuerdo, el *knut*[1]. Pero también es posible azotar a las personas. Y he aquí que un señor inteligente y culto, y su dama, azotan con un vergajo a su propia hija, una niña de siete años; lo tengo escrito con todo detalle. El papaíto se alegra de que la verga tenga nudos, «dolerá más», dice, y comienza a «tundir» a su propia hija. Hay personas, me consta, que se excitan a medida que pegan, cada nuevo golpe les hace experimentar una sensación de voluptuosidad, de auténtica voluptuosidad, en progresión creciente. Azotan un minuto; azotan, al fin, cinco minutos, azotan durante diez minutos, siguen azotando, más, más rápido, con más fuerza. La niña grita, la niña al fin no puede gritar, se ahoga: «¡Papá, papá! ¡Papaíto, papaíto!». Por un azar diabólico e indecoroso, el asunto llega hasta los tribunales. Se «alquila» un abogado. El pueblo ruso hace tiempo que ha dado nombre a los abogados: «el abogado es una conciencia alquilada». Grita el abogado en defensa de su cliente. «Ésta es una cuestión simple (dice), es un asunto corriente de familia y como tantos: un padre ha zurrado a su hija, y por vergüenza de nuestros días, ¡el asunto ha llegado a los tribunales!» Los jurados, convencidos, se retiran a deliberar y dictan una sentencia absolutoria. El público llora de felicidad porque han absuelto al verdugo. Yo no estaba presente, ¡lástima! ¡De haberme encontrado allí, habría propuesto a voces que se instituyera una beca para honrar el nombre del verdugo!... Estas estampas son una joya. Pero acerca de los niños, tengo aún otras mejores; he recogido muchas cosas, Aliosha, muchas, sobre los niños rusos. Unos padres, «gente honorabilísima, funcionarios cultos y educados», le tomaron odio a su hijita, una niña de

1. *Knut:* 'látigo'.

cinco años. ¿Ves?, afirmo una vez más sin vacilar que son muchos los seres humanos con una propiedad especial, la de sentir afición a pegar a los niños, pero sólo a los niños. Respecto a todos los demás sujetos del género humano, esos verdugos se comportan hasta como personas amables y humildes, como europeos instruidos y humanos, pero son muy amigos de torturar a los niños e incluso, por esto, llegan a sentir inclinación por ellos. Es, precisamente, el desamparo de estas criaturas, la confianza angelical de los pequeñuelos, que no tienen adónde acudir ni a quién dirigirse, lo que seduce a esos torturadores, lo que enciende la sangre vil de los desalmados. En todo hombre, desde luego, anida una fiera, una fiera que por nada monta en cólera; una fiera que se exalta voluptuosamente al oír los gritos de la víctima torturada, una fiera violenta, soltada de la cadena, una fiera con dolencias contraídas en el libertinaje, con la gota, los riñones enfermos, etcétera. A esa pobre niña de cinco años, sus cultos padres la sometían a infinitos tormentos. Le pegaban, la azotaban, le daban puntapiés sin saber ellos mismos por qué, le cubrían el cuerpo de cardenales; llegaron, por fin, al máximo refinamiento: en noches frías, heladas, la encerraban en el lugar excusado, y con el pretexto de que, por la noche, no pedía hacer sus necesidades (como si una criatura de cinco años, que duerme con profundo sueño angelical, ya hubiera podido aprender), le embadurnaban la cara con sus excrementos y se los hacían comer, y quien la obligaba a comérselos era su madre, ¡su propia madre! ¡Y esa madre podía dormir cuando por la noche se oían los gemidos de la pequeña criaturita encerrada en un lugar infamante! ¿Te imaginas al pequeño ser, incapaz de comprender aún lo que le pasa, dándose golpes a su lacerado pecho con sus puñitos, en el lugar vil, oscuro y helado, llorando con lágrimas de sangre, sin malicia y humildes, pidiendo al «Dios de los niños» que la defienda? ¿Eres capaz de comprender este absurdo, amigo y hermano mío, tú, humilde novicio del Señor, eres capaz de comprender por qué

es necesaria y por qué ha sido creada tal absurdidad? Dicen que sin ella no podría existir el hombre en la tierra, pues no conocería el bien y el mal. ¿Para qué conocer este diabólico bien y este mal, si cuestan tan caros? Todo el mundo del conocimiento no vale esas lagrimitas infantiles dirigidas al «Dios de los niños». No hablo de los sufrimientos de los adultos; éstos han comido la manzana y al diablo con ellos y que el diablo se los lleve a todos, ¡pero ésos, ésos! Te estoy atormentando, Aliosha, parece que estás muy turbado. Me callaré, si quieres.

–No importa, yo también quiero atormentarme –balbuceó Aliosha.

–Voy a presentarte otro cuadro, sólo otro, y aun por curiosidad, muy característico; lo he leído hace muy poco en una de las colecciones de nuestros viejos documentos, en *El Archivo* o en *Tiempos pasados,* no recuerdo bien; hay que comprobarlo, hasta se me ha olvidado dónde lo he leído. Esto sucedió en la época más tenebrosa de la servidumbre, a comienzos de siglo, ¡que viva el liberador del pueblo![1]. A comienzos de siglo, había un general con excelentes relaciones y riquísimo propietario, pero de aquellos que (cierto, según parece, ya entonces poco numerosos), al retirarse del servicio activo, habían llegado poco menos que a la convicción de haberse ganado el derecho a la vida y a la muerte de sus siervos. Los había así entonces. Vive, pues, este general retirado en su finca, que contaba dos mil almas; se da humos, desdeña a sus modestos vecinos, a los que trata como parásitos y bufones suyos. Tiene centenares de perros y casi cien perreros, todos de uniforme, todos con sus caballos. Un día, el hijo de un siervo de la casa, un niño que no pasaba de los ocho años, tiró una piedra, jugando, e hirió en una pata al perro de caza preferido del general. «¿Por qué mi perro pre-

1. Alusión al zar Alejandro II; durante su reinado, se abolió la servidumbre en Rusia (1861).

dilecto cojea?» Le informan de que aquel muchacho había tirado una piedra y lo había herido en una pata. «¿Has sido tú? (el general le dirigió una mirada) ¡Prendedle!» Le cogieron, lo arrancaron de los brazos de su madre, le hicieren pasar toda la noche en una mazmorra; por la mañana, no bien apunta el alba, el general sale vestido de gala para ir de caza, monta a caballo, rodeado de gente que vive a sus costas, de canes, perreros y monteros, todos a caballo. Hace reunir a la servidumbre para dar un ejemplo, y en primera fila a la madre del niño culpable. Sacan al muchacho de la mazmorra. Era un sombrío día de otoño, frío, brumoso, ideal para la caza. El señor manda desnudar al muchachito: le desnudan por completo, el niño tiembla, está loco de miedo, no se atreve a decir ni pío... «¡Hacedle correr!» (ordena el general). «¡Corre, corre!», le gritan los perreros; el pequeño echa a correr... «¡Hala, hala!», vocifera entonces el general, y lanza contra el niño a toda la jauría de perros. Le acorralaron a la vista de la madre y los perros hicieron pedazos al niño... Según parece, sometieron a tutela al general. Bueno... ¿Qué se merecía? ¿No había que fusilarlo? Para dar satisfacción al sentimiento moral, ¿no habrían debido fusilarlo? ¡Habla, Aliosha!

–¡Sí, fusilarlo! –musitó Aliosha, levantando la mirada hacia su hermano, esbozando una sonrisa débil y forzada.

–¡Bravo! –gritó Iván, entusiasmado–. Si tú mismo lo has dicho, esto significa... ¡Vaya, con el monje asceta! ¡Buen diablo te anida en el corazoncito, Aliosha Karamázov!

–He dicho un disparate, pero...

–En eso está el quid, en el pero... –gritó Iván–. Has de saber, novicio, que los disparates son muy necesarios en la tierra. El mundo se sostiene sobre disparates, y sin ellos quizá nada sucedería en el universo. ¡Nosotros sabemos lo que sabemos!

–¿Qué sabes tú?

–No comprendo nada –prosiguió Iván, como si delirase–, ahora no quiero comprender nada. Quiero atenerme al he-

cho. Hace tiempo que he decidido no comprender. Si pretendo comprender alguna cosa, en seguida cambio el hecho, y he decidido atenerme a él...

–¿Para qué me estás poniendo a prueba? –exclamó Aliosha, en una explosión de amargura–. ¿Me lo dirás, por fin?

–Claro que te lo diré, éste ha sido mi propósito. Me eres caro, Aliosha, no quiero cederte ni te cederé a tu Zosima.

Iván calló unos momentos; su rostro adquirió, de pronto, una profunda expresión de tristeza.

–Escúchame: me he referido sólo a los niños, para que resultara más evidente lo que decía. De las otras lágrimas humanas con que está empapada la tierra desde la corteza hasta su centro, no diré ni una palabra; adrede he reducido mi tema. Soy un gusano y confieso humildemente que no puedo comprender en lo más mínimo con qué objetivo las cosas están así ordenadas. Tenemos, pues, que los propios hombres son culpables: se les dio el paraíso, ellos quisieron la libertad y robaron el fuego de los cielos, sabiendo a ciencia cierta que serían desgraciados; por tanto, no son dignos de lástima. Pero, según mi lamentable entendimiento, terreno y euclidiano, lo único que sé es que el dolor existe y que no hay culpables, que una cosa se desprende de otra de manera directa y sencilla, que todo fluye y se equilibra, pero esto no es más que un absurdo euclidiano, yo lo sé y no puedo estar de acuerdo con vivir ateniéndome a él. ¿Qué me importa a mí que no haya culpables y que yo lo sepa? Lo que necesito yo es que se castigue; de lo contrario, me destruiré a mí mismo. Y que el castigo se aplique no en el infinito, en algún tiempo y en algún lugar imprecisos, sino aquí, en la tierra, y que yo mismo lo vea. He tenido fe, quiero ver por mí mismo, y si cuando la hora llegue ya he muerto, que me resuciten, pues si todo ocurre sin mí, resultará demasiado ofensivo. No he sufrido yo para estercolar con mi ser, con mis maldades y sufrimientos, la futura armonía a alguien. Quiero ver con mis propios ojos cómo la cierva yace junto al león y cómo el

acuchillado se levanta y abraza a su asesino. Quiero estar presente cuando todos, de súbito, se enteren del porqué las cosas han sido como han sido. En este deseo se asientan todas las religiones de la tierra, y yo tengo fe. Sin embargo, ahí están los niños, ¿qué voy a hacer con ellos, entonces? Éste es un problema que no puedo resolver. Lo repito por centésima vez: los problemas son múltiples, pero he tomado sólo el de los niños porque en éste se refleja con nítida claridad lo que quiero expresar. Escucha: si todos hemos de sufrir para comprar con nuestro sufrimiento la eterna armonía, ¿qué tienen que ver con ello los niños? ¿Puedes explicármelo, por ventura? Es totalmente incomprensible por qué han de sufrir ellos también y por qué han de contribuir con sus sufrimientos al logro de la armonía. ¿Por qué han de servir de material para estercolar la futura armonía, sabe Dios para quién? Comprendo la solidaridad de los hombres en el pecado, también la comprendo en el castigo, pero no se puede hacer solidarios a los niños en el pecado, y si la verdad está en que ellos son, en efecto, solidarios con sus padres en todas las atrocidades por éstos cometidas, tal verdad no es, desde luego, de nuestro mundo, y a mí me resulta incomprensible. Algún guasón dirá, sin duda, que de todos modos el niño crecerá y tendrá tiempo sobrado para pecar, pero ése no creció; a los ocho años le despedazaron los perros. ¡Oh, Aliosha, yo no blasfemo! Bien comprendo cuál deberá ser la conmoción del universo cuando cielo y tierra se unan en un solo grito de alabanza y todo cuanto viva o haya vivido exclame: «¡Tienes razón, Señor, pues se han abierto tus caminos!»; cuando la madre se abrace al verdugo que ha hecho despedazar a su hijo por los perros y los tres juntos proclamen, bañados los ojos en lágrimas: «Tienes razón, Señor». Entonces, naturalmente, se llegará a la apoteosis del conocimiento y todo se explicará. Pero aquí está, precisamente, el obstáculo, esto es lo que no puedo aceptar. Y mientras me encuentro en la tierra, me apresuro a tomar mis medidas.

Verás, Aliosha, es muy posible que en realidad, cuando yo mismo vea ese momento, sea porque viva hasta entonces o porque resucite, exclame junto con los demás, al ver a la madre abrazando al asesino de su hijo: «¡Tienes razón, Señor!», pero no quiero hacerlo. Mientras me queda tiempo, procuro proteger mi posición y por esto renuncio por completo a la armonía suprema, que no vale las lágrimas ni de aquella sola niña atormentada que se daba golpes en el pecho con sus manitas, ¡y en su maloliente encierro rogaba al «Dios de los niños» con sus lágrimas imperdonables! Estas lágrimas no han sido expiadas. Han de serlo; de lo contrario, no puede haber armonía. Pero ¿cómo quieres expiarlas? ¿Acaso es posible? ¿Acaso por el castigo futuro? ¿Pero de qué me sirve el castigo, de qué me sirve el infierno para los verdugos, qué puede rectificar el infierno, cuando aquéllos han sido ya torturados? Y qué armonía puede haber si existe el infierno: lo que quiero yo es perdonar, abrazar, y no que se sufra más. Y si los sufrimientos de los niños han ido a completar la suma de sufrimientos necesaria para comprar la verdad, yo afirmo de antemano que la verdad entera no vale semejante precio. ¡No quiero, en fin, que la madre abrace al verdugo que le ha hecho despedazar al hijo por los perros! ¡Que no se atreva a perdonarle! Si quiere, que perdone al torturador su infinito dolor de madre; pero no tiene ningún derecho a perdonar los sufrimientos de su hijo despedazado, ¡y que no se atreva a perdonar al verdugo, aunque la propia criatura se los perdonara! Si es así, si las víctimas no se han de atrever a perdonar, ¿dónde está la armonía? ¿Hay en todo el mundo un ser que pueda y tenga derecho a perdonar? No quiero la armonía, no la quiero por amor a la humanidad. Prefiero quedarme con los sufrimientos sin castigar. Mejor es que me quede con mi dolor sin vengar y con mi indignación pendiente, *aunque no tenga razón.* Muy alto han puesto el precio a la armonía, no es para nuestro bolsillo pagar tanto por la entrada. Me apresuro, pues, a devolver mi billete de entrada. Y si

soy un hombre honrado, tengo la obligación de devolverlo cuanto antes. Esto es lo que hago. No es que no admita a Dios, Aliosha; me limito a devolverle respetuosamente el billete.

–Esto es una rebelión –replicó Aliosha, en voz queda y bajando los ojos.

–¿Una rebelión? No desearía de ti semejante palabra –dijo con calor Iván–. ¿Se puede vivir sublevado? Yo quiero vivir. Háblame francamente, te invoco, responde: imagínate que tú mismo construyes el edificio del destino humano con el propósito último de hacer feliz al hombre, de proporcionarle, al fin, paz y sosiego; mas para lograrlo te es absolutamente necesario e inevitable torturar sólo a una pequeña criaturita, digamos, a esa pequeñuela que se daba golpes en el pecho, de modo que has de cimentar el edificio en esas lágrimas sin vengar; ¿estarías de acuerdo en ser el arquitecto, en estas condiciones? ¡Responde y no mientas!

–No, no estaría de acuerdo –contestó en voz baja Aliosha.

–¿Y puedes tú admitir la idea de que la gente para la que construyes el edificio estuviera dispuesta a aceptar su felicidad a costa de la injustificada sangre de la criatura sacrificada y que, habiéndolo aceptado, viviera feliz por los siglos de los siglos?

–No, no puedo admitirla. Hermano –dijo súbitamente Aliosha, con los ojos centelleantes–, has preguntado hace un momento: ¿existe en todo el mundo un ser que pueda perdonar y tenga derecho a hacerlo? Pues bien, este ser existe, y puede perdonarlo todo, puede perdonarlo todo a todos y *por todo,* porque él mismo ha dado su sangre inocente por todos y por todo. Tú te has olvidado de Él, y es en Él, precisamente, en quien se sostiene el edificio, y Él es quien exclamará: «Tienes razón, Señor, pues se han abierto tus caminos».

–¡Ah, te refieres al «Único sin pecado» y a su sangre! No, no le he olvidado; al contrario, me sorprendía que tardaras tanto en referirte a Él, porque generalmente, en las discusio-

nes, los de tu condición en seguida lo sacan a relucir. ¿Sabes, Aliosha?, no te rías, pero compuse un poema, hará cosa de un año. Si puedes perder aún unos diez minutos más en mi compañía, te lo contaré, ¿quieres?

–¿Tú has escrito un poema?

–Oh, no, no lo he escrito –se rió Iván–; en mi vida he compuesto ni dos versos. Pero ese poema lo concebí y lo recuerdo. Lo concebí con entusiasmo. Tú serás mi primer lector, es decir, oyente. En efecto, para qué ha de perder el autor aunque sea a un solo oyente –se rió Iván–. ¿Te lo cuento, o no?

–Te escucharé con mucha atención –contestó Aliosha.

–Mi poema se titula «El Gran Inquisidor»; es una cosa absurda, pero quisiera contártela.

5. El Gran Inquisidor

–Tampoco en este caso puedo prescindir del prólogo, quiero decir de un prólogo literario, ¡uf! –dijo Iván, riéndose–. ¡Pues sí que soy yo buen autor! La acción, en mi poema, se desarrolla en el siglo XVI, y entonces era costumbre hacer intervenir en las obras poéticas a las fuerzas sobrenaturales, cosa que, sin duda alguna, sabes ya de la escuela. No voy a referirme al Dante. En Francia, los letrados de la Basoche, así como los monjes en los monasterios, daban verdaderas representaciones completas en las que hacían salir a la escena a la Virgen María, ángeles, santos, a Jesucristo y hasta al mismísimo Dios. Entonces todo esto era muy ingenuo. En *Notre Dame de París,* Victor Hugo describe cómo en la sala del ayuntamiento se ofrece al pueblo una representación edificante y gratuita de *Le bon jugement de la très sainte et gracieuse Vierge Marie,* en honor del nacimiento del delfín de Francia, en tiempos de Luis XI. En esta representación, la Virgen aparece en persona y pronuncia su *bon jugement.* En nuestro país, en Moscú, en los antiguos tiempos, anteriores

a Pedro el Grande, también se representaban de vez en cuando obras casi dramáticas de ese tipo, especialmente inspiradas en el Antiguo Testamento; mas, aparte de las representaciones dramáticas, circulaban entonces por todo el mundo numerosos relatos y «cantares» en los que actuaban, según fuera necesario, santos, ángeles y toda la fuerza celestial. En nuestros monasterios se ocupaban también de traducir, copiar y hasta componer poemas semejantes ya en tiempos de la dominación tártara. Se ha conservado, por ejemplo, un poemita monástico (evidentemente traducido del griego), intitulado *Camino de la Virgen María entre sufrimientos* [1], con cuadros de una audacia que en nada cede a los del Dante. La Madre de Dios visita el infierno, el arcángel San Miguel la guía «entre los sufrimientos». Ve a los pecadores y sus torturas. Hay una categoría en extremo curiosa de pecadores, sumidos en un lago en llamas: la de los que se hunden en ese lago de modo que ya no pueden volver a la superficie; a éstos «ya los olvida Dios», expresión de extraordinaria profundidad y fuerza. Pues bien, conmovida y llorosa, la Madre de Dios se hinca de rodillas ante el solio divino e impetra el perdón para todos los que están en el infierno, para todos aquellos a quienes ha visto allí, sin distinciones. Su conversación con Dios es de un interés colosal. La Virgen suplica, porfía, y cuando Dios le señala las manos y los pies de su Hijo, atravesados por los clavos, y le pregunta: ¿cómo voy a perdonar a los que le han torturado?, ella manda a todos los santos, a todos los mártires, a todos los ángeles y arcángeles, que se arrodillen a su lado y rueguen por el perdón de todos, sin excepción alguna. El poemita acaba de modo que la Virgen obtiene de Dios la interrupción de los tormentos cada año, desde el Viernes Santo hasta el día de Pentecostés, y los pecadores desde el infierno en seguida dan las gracias a

1. Título de una leyenda que figura en los apócrifos de origen bizantino, correspondiente al siglo I de nuestra era.

Dios, gritando: «Tienes razón, Señor; tu sentencia es justa». Mi poemita habría sido por el estilo, de haber aparecido en aquella época. En la concepción mía, Él aparece en escena; cierto, no dice nada en el poema, únicamente aparece y pasa. Han transcurrido ya quince siglos desde que prometió volver a su reino, desde que su profeta escribió: «Volveré pronto». «Empero nadie sabe nada del día y de la hora, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre», tal como dijo Él estando aún en la tierra. Pero la humanidad le espera con la misma fe y la misma unción. Oh, hasta con mayor fe, pues desde hace quince siglos se han interrumpido las promesas del cielo al hombre:

Cree lo que el corazón te diga,
no hay promesas de los cielos[1].

»¡Y no queda más que la fe en lo dicho por el corazón!

»Cierto, había entonces muchos milagros. Había santos que efectuaban curas prodigiosas; a algunos justos varones, según sus biografías, se les aparecía la propia Reina de los Cielos. Pero el diablo no duerme y en la humanidad germinó la duda sobre la autenticidad de tales milagros. Una nueva y terrible herejía apareció entonces en el Norte, en Alemania. Una estrella inmensa, "ardiendo como una antorcha" (es decir, la Iglesia), "cayó en las fuentes de las aguas, que fueron hechas amargas"[2]. Tales herejías empezaron a negar, blasfematoriamente, los milagros. Pero tanto más ardiente se hace la fe de quienes siguen creyendo. Las lágrimas de la humanidad continúan elevándose hacia Él como antes, le esperan, le aman, confían en Él, hay ansia de sufrir y morir por Él, como antes... Después de tantos siglos, la humanidad rezaba con fe y pasión: "Señor, dígnate

1. Del poema de Schiller «Deseo» (1801).
2. Apocalipsis, VIII, 10-11.

venir a nos"; cuántos siglos le invocó para que Él, con su compasión infinita, quisiera descender al lado de los suplicantes. Ya antes había descendido, había visitado a algunos justos, mártires y santos anacoretas en la tierra, según está escrito en sus "vidas". Entre nosotros, Tiútchev, que creía profundamente en la veracidad de sus palabras, ha proclamado que

> Abrumado por el peso de la cruz,
> como un *simple* esclavo, el Rey de los Cielos
> de punta a punta, tierra *mía,*
> te ha recorrido y te ha bendecido[1].

»Lo cual es exacto, te lo digo yo. He aquí, pues, que Él quiso mostrarse aunque sólo fuera por un momento al pueblo, a ese pueblo atormentado, sufrido, hediondamente pecaminoso, pero que le ama de todo corazón, como un niño. La acción pasa en España, en Sevilla, en los tiempos más pavorosos de la Inquisición, cuando a la mayor gloria de Dios las hogueras ardían diariamente en el país y

> En magníficos autos de fe
> quemaban a los malos heréticos.

»Desde luego, ése no era su descenso a la tierra, tal como aparecerá, según promesa suya, al fin de los tiempos, en toda su gloria celestial, repentinamente, "como un rayo que brille del Oriente al Occidente". No, quiso sólo visitar a sus hijos por un momento, precisamente donde crepitaban las hogueras de los heréticos. Por su misericordia infinita, desciende una vez más entre los hombres en la misma forma humana en que vivió entre la gente quince siglos antes. Desciende a las "tórridas plazas y calles" de la ciudad meridio-

1. Última estrofa de la poesía de F. I. Tiútchev: «Estas pobres aldeas, esta mísera naturaleza...» (1855).

nal, donde, la víspera, en presencia del rey, de cortesanos, de caballeros, de cardenales, de hermosísimas damas de la corte, ante la numerosa población de toda Sevilla, el cardenal Gran Inquisidor había hecho quemar poco menos de un centenar de herejes *ad majorem gloriam Dei.* Aparece Él, sin pregonarlo, imperceptiblemente, pero he aquí que todos –es raro– le reconocen. Éste habría podido ser uno de los mejores lugares del poema, el porqué, precisamente, le reconocen. La muchedumbre, arrastrada por una fuerza invencible, se dirige hacia Él, le rodea, se apelotona en torno a Él, le sigue. Él camina en silencio entre el pueblo con una dulce sonrisa de infinita compasión. Arde en su corazón el sol del Amor; de sus ojos fluyen los rayos de la Luz, de la Ilustración y de la Fuerza, derramándose sobre los hombres y despertando en sus corazones un amor recíproco. Él tiende hacia ellos los brazos, los bendice; del contacto con Él, hasta con sus vestidos, surge una fuerza salutífera. De entre la muchedumbre grita un viejo, ciego desde su infancia: "Señor, cúrame, y entonces te veré", y he aquí que le salen de los ojos como unas escamas y el ciego le ve. El pueblo llora y besa la tierra por la que Él ha pasado. Los niños le echan flores delante, gritándole: "¡Hosanna!". "Es Él, es Él mismo –repiten todos–, debe ser Él, no puede ser otro que Él." Se detiene ante el atrio de la catedral de Sevilla en el mismísimo instante en que, entre llantos, introducen en el templo un pequeño ataúd blanco, abierto: yace en él una niña de siete años, la hija única de un ciudadano ilustre. La criaturita va cubierta de flores: "Él resucitará a tu hija", gritan desde la muchedumbre a la madre, que llora. El capellán de la catedral, que ha salido al encuentro del féretro, mira, perplejo, y frunce las cejas. Pero he aquí que resuena el lamento de la madre de la niña muerta. La mujer se arroja a los pies de Él: "Si eres tú, ¡resucita a mi hija!", exclama, tendiendo hacia Él los brazos. El cortejo se detiene, bajan el pequeño féretro al suelo, en el atrio, a los pies de Él. Él mira con compasión y sus labios

pronuncian una vez más, suavemente: "*Talitha kumi,* levántate, doncella". La niña se levanta en el féretro, se sienta y mira a su alrededor, sonriente, abiertos sus sorprendidos ojos. Tiene en las manos el ramo de rosas blancas con que yacía en el ataúd. La gente se emociona, grita, llora; de pronto, en ese mismísimo momento, cruza la plaza, por delante del templo, el propio cardenal, Gran Inquisidor. Es un anciano de casi noventa años, alto y erguido, de cara enjuta, de ojos hundidos, pero en los que brilla aún cierto fulgor, como una chispita de fuego. Oh, no viste sus espléndidas ropas cardenalicias, las que lucía el día anterior ante el pueblo al quemar a los enemigos de la fe romana; no, en ese momento no lleva más que un viejo y tosco hábito monacal. A una determinada distancia, le siguen sus siniestros auxiliares y sus esclavos, así como la "sagrada" guardia. Se detiene ante la muchedumbre y observa desde lejos. Lo ha visto todo, ha visto cómo bajaban el ataúd y lo ponían a sus pies, ha visto cómo la doncella resucitaba; el rostro se le ha ensombrecido. Frunce sus pobladas cejas canosas y su mirada centellea con siniestro fuego. Extiende su índice y manda a su guardia que lo detengan. Es tanta la fuerza del Gran Inquisidor, hasta tal punto tiene al pueblo domado, sometido, acostumbrado a obedecerle temblando, que la muchedumbre inmediatamente abre paso a la guardia, y los hombres armados, en medio del silencio sepulcral que de repente se ha producido, lo arrestan y se lo llevan. La muchedumbre toda, como un solo hombre, en un momento inclina sus cabezas hasta el suelo ante el viejo inquisidor, quien, sin decir palabra, bendice al pueblo y se aleja. La guardia conduce al Prisionero al viejo caserón del Santo Oficio, y lo encierra en un estrecho calabozo abovedado. Pasa el día, llega la noche de Sevilla, oscura, calurosa, "sin aliento". El aire "despide aromas de laurel y limonero" [1]. Entre las profundas tinieblas, se abre de

1. De *El convidado de piedra,* de Pushkin; escena II.

pronto la puerta de hierro del calabozo y el viejo Gran Inquisidor en persona entra lentamente con un candil en la mano. Va solo; tras él, la puerta se cierra al instante. Se detiene pasado el umbral y le contempla el rostro largo rato, un minuto, quizá dos. Por fin se le acerca con lento paso, deja el candil sobre la mesa y le dice:

»–¿Eres tú? ¿Tú? –Pero, como no recibe respuesta, añade rápidamente–: No contestes, calla. Además, ¿qué podrías decir? Sé demasiado lo que dirías. No tienes derecho a añadir nada a lo que antes ya dijiste. ¿Por qué has venido a estorbarnos? Pues tú has venido a estorbarnos, y lo sabes. Pero ¿sabes lo que pasará mañana? No sé quién eres ni quiero saberlo: si eres tú o sólo una semejanza suya; pero mañana te condenaré y te haré quemar en la hoguera como al más vil de los herejes; ese pueblo que hoy te ha besado los pies, mañana mismo, a una señal mía, se lanzará a avivar las brasas de tu hoguera, ¿lo sabes? Sí, es posible que lo sepas –añadió, prosiguiendo su penetrante cavilación, sin apartar la mirada de su Prisionero.

–No acabo de comprender lo que esto significa, Iván –dijo sonriendo Aliosha, que había estado escuchando en completo silencio–. ¿Se trata de una mera fantasía insondable, o de algún error del viejo, de algún imposible *qui pro quo?*

–Admite aunque sea lo último –repuso Iván, riéndose–, si el realismo moderno te ha complacido tanto que ya no puedes soportar nada fantástico; ¿quieres un *qui pro quo?;* bien, sea. Cierto –se echó a reír de nuevo–, el viejo tiene noventa años y podía haber perdido el juicio hacía tiempo pensando en su idea. El Prisionero, a su vez, podía haberle impresionado por su aspecto. Aquello podía ser simplemente una alucinación, el delirio de un viejo nonagenario ante la muerte sobreexcitado, además, por el auto de fe de la víspera con sus cien herejes quemados. Pero, ¿no nos da lo mismo, a ti y a mí, que se trate de un *qui pro quo* o de una

fantasía insondable? La cuestión está en que el viejo necesita decir todo lo que piensa; en que, por fin, se manifiesta a sus noventa años y dice en voz alta lo que durante sus noventa años ha callado.

–¿Y el Prisionero también calla? ¿Se le queda mirando y no dice ni una palabra?

–En efecto, así debe ser en todos los casos. –Iván se ríe otra vez–. El mismo viejo le indica que Él no tiene derecho a añadir nada a lo que dijo antes. Si quieres, en eso estriba el rasgo esencial del catolicismo romano, por lo menos a mi modo de ver. Es como si dijeran: «Lo has pasado todo al Papa; por tanto, ahora se encuentra todo en manos del Papa y es mejor que tú no vengas, no nos estorbes, por lo menos hasta la hora señalada». No sólo hablan en este sentido, sino que, incluso, escriben; así lo hacen los jesuitas. Yo mismo lo he leído en las obras de sus teólogos. «¿Tienes derecho a revelarnos aunque sólo sea uno de los misterios del mundo de que procedes?», le pregunta mi viejo, y él mismo responde por el Prisionero: «No, no tienes derecho a hacerlo, para no añadir algo a lo que fue dicho antes y para no desposeer a los hombres de la libertad que Tú tanto defendiste, durante tu paso por la tierra. Todo cuanto reveles ahora por primera vez, atentará contra la libertad de fe de los hombres, pues se presentará como un milagro; en cambio, hace mil quinientos años colocabas tú por encima de todo la libertad de su fe. Tú fuiste quien dijo entonces con tanta frecuencia: "Quiero haceros libres". Pero ahora has visto a estos hombres "libres" (añade de pronto el viejo con meditativa sonrisa). Sí, esto nos ha costado muy caro (prosigue, mirándole con severidad), pero, al fin, hemos rematado esta obra en tu nombre. Durante quince siglos hemos estado atormentándonos con esa libertad, pero ahora la cosa está terminada y remachada. ¿No crees que está bien terminada? ¿Me miras con dulzura y no me consideras digno, siquiera, de tu indignación? Has de saber que ahora, precisamente hoy, estos hombres están más

plenamente convencidos que nunca de que son libres por completo, pese a que ellos mismos nos han traído su libertad y la han depositado sumisamente a nuestros pies. Pero esto lo hemos hecho nosotros. ¿Era esto lo que tú deseabas, era ésta la libertad?».

–Tampoco ahora comprendo –le interrumpió Aliosha–. ¿Ironiza, se ríe?

–De ningún modo. Precisamente presenta como mérito suyo y de los suyos el que, por fin, han vencido la libertad y lo han hecho para que los hombres pudieran ser felices. «Pues, sólo ahora (él se refiere, desde luego, a la Inquisición) ha sido posible pensar por primera vez en la felicidad de la gente. Al hombre se le dio una naturaleza levantisca; ¿acaso los levantiscos pueden ser felices? Te advirtieron (le dice), no te faltaron advertencias e indicaciones, pero no hiciste caso a las advertencias, rechazaste el único camino por el que se podía hacer felices a los hombres; mas, por suerte, al marcharte, pusiste tu obra en nuestras manos. Lo prometiste, lo confirmaste con tu palabra, nos concediste el derecho de atar y desatar; ahora, desde luego, no puedes ni pensar en quitarnos este derecho. ¿Por qué has venido a estorbarnos?»

–¿Qué significa «no te faltaron advertencias e indicaciones»? –preguntó Aliosha.

–En esto consiste lo más importante de lo que el viejo necesita decir. «El espíritu terrible e inteligente, el espíritu de la autodestrucción y del no ser (prosigue el viejo), el gran espíritu, habló contigo en el desierto y, según se nos comunica por los Libros, te "tentó". ¿Es esto cierto? ¿Cabía decir algo más verdadero de lo que te comunicó en las tres preguntas, que tú rechazaste, y que en los Libros se llaman "tentaciones"? Y es el caso que si en la tierra ha habido alguna vez un milagro atronador verdaderamente auténtico, fue aquel día, el día de esas tres tentaciones. El milagro consistía precisamente en el hecho de que las tres preguntas se formularan.

Si fuera posible imaginar, sólo como prueba y a modo de ejemplo, que esas tres preguntas del terrible espíritu se han perdido sin dejar huella en los Libros y que es necesario restablecerlas, idearlas y componerlas para introducirlas de nuevo en ellos; que se reúne, para eso, a todos los sabios de la tierra, hombres de gobierno, altos dignatarios de la Iglesia, científicos, filósofos y poetas, y se les dice: idead y componed tres preguntas, pero que correspondan no sólo a la magnitud del acontecimiento, sino que, además, expresen en tres palabras, en sólo tres frases humanas toda la historia futura del mundo y de la humanidad; ¿crees tú que toda esa sabiduría de la tierra reunida podría idear algo ni siquiera parecido, por su fuerza y profundidad, a las tres preguntas que realmente te formuló entonces, en el desierto, el espíritu poderoso e inteligente? Por estas solas preguntas, por el solo milagro de su formulación, es posible comprender que no se trata de la inteligencia humana corriente, sino de lo perdurable y absoluto. Pues en esas tres preguntas está como englobada en un todo y predicha toda la historia ulterior de la humanidad, y se dan los tres modelos a que se reducen todas las insolubles contradicciones históricas de la naturaleza humana en toda la tierra. Entonces, ello no podía ser aún tan patente porque se desconocía el futuro; pero ahora, cuando han transcurrido quince siglos, vemos que todo se halla en las tres preguntas; hasta tal punto había sido todo previsto y predicho, y se ha justificado hasta tal punto, que no es posible ni añadirles ni quitarles nada.

»Juzga, pues, tú mismo quién tenía razón: ¿Tú, o aquel que entonces te interrogó? Recuerda la primera pregunta; aunque no la formule literalmente, su sentido era: "Tú quieres ir al mundo y vas con las manos vacías, con cierta promesa de libertad que los hombres, por su simplicidad y su depravada naturaleza, no pueden ni siquiera concebir, y que, además, temen con pavor, pues para el hombre y la sociedad humana no existe ni ha existido nunca nada más insopor-

table que la libertad. ¿Ves estas piedras del desierto árido y tórrido? Conviértelas en panes y detrás de ti correrá la humanidad como un rebaño, agradecido y sumiso, aunque siempre estremecido por el temor de que retires tu mano y se queden sin tu pan". Pero tú no quisiste privar al hombre de libertad y rechazaste la proposición, pues ¿cómo puede hablarse de libertad, razonaste tú, si la obediencia se compra con pan? Tú objetaste que no sólo de pan vive el hombre, pero ¿sabes tú que en nombre de este pan terreno se alzará contra ti el espíritu de la tierra, luchará y te vencerá, y que todos le seguirán gritando: "¡Quién puede compararse a esta bestia, que nos ha dado el fuego del cielo!". ¿Sabes tú que pasarán los siglos y que la humanidad, con su sabiduría y su ciencia, proclamará que el crimen no existe y que, por tanto, no existe tampoco el pecado, sino que existen sólo seres hambrientos? "¡Dales de comer y exígeles, entonces, virtud!", esto es lo que se escribirá en la bandera que elevarán contra ti y con la que destruirán tu templo. Un nuevo edificio se elevará en su lugar, otra vez se edificará la espantosa Torre de Babel, y aunque tampoco ésta llegará a construirse, como no se construyó la primera, tú habrías podido evitar esta segunda torre y reducir en mil años los sufrimientos de los hombres, pues ¡vendrán hacia nosotros, después de haberse atormentado durante mil años con su torre! Vendrán a buscarnos otra vez bajo tierra, en las catacumbas, donde nos habremos escondido (pues de nuevo seremos perseguidos y martirizados), nos encontrarán y clamarán: "¡Dadnos de comer, pues quienes nos habían prometido el fuego de los cielos no nos lo han dado!". Entonces acabaremos de construir su torre, pues su construcción la terminará quien les dé de comer, y sólo nosotros lo haremos, en nombre tuyo, mintiendo al decir que damos de comer en tu nombre. ¡Oh, nunca, nunca podrán nutrirse sin nosotros! Ninguna ciencia les proporcionará pan mientras permanezcan libres, pero al fin pondrán su libertad a nuestros pies y dirán: "Mejor

es que nos esclavicéis, pero dadnos de comer". Al fin comprenderán ellos mismos que son incompatibles la libertad y el pan terrenal, en cantidad suficiente para que cada hombre pueda comer el que quiera, pues nunca, ¡nunca sabrán repartirlo entre sí! Se convencerán también de que nunca podrán ser tampoco libres, porque son débiles, viciosos, mezquinos y rebeldes. Tú les has prometido el pan celestial, pero, repito una vez más, ¿puede éste compararse con el de la tierra, a los ojos del débil género humano, eternamente depravado y eternamente ingrato? Y si en nombre del pan celestial a ti te siguen miles y decenas de miles de seres humanos, ¿qué será de los millones y de las decenas de millones de hombres que carecerán de fuerzas para renunciar al pan de la tierra a cambio del celeste? ¿O estimas únicamente a unas decenas de miles grandes y fuertes, mientras que los demás, que suman millones, que son innumerables como las arenas del mar, que te aman, aunque son débiles, han de servir tan sólo como simples materiales para los grandes y fuertes? No, para nosotros también los débiles son dignos de estimación. Son viciosos y rebeldes, pero al fin son ellos los que se harán sumisos. Quedarán admirados de nosotros y nos tendrán por dioses porque, al ponernos al frente de ellos, habremos aceptado la carga de la libertad y de su gobierno, ¡hasta tal punto les resultará, al fin, espantoso ser libres! Pero les diremos que te obedecemos a ti y que dominamos en nombre tuyo. Los engañaremos otra vez, pues a ti, desde luego, no te dejaremos acercar. En esta impostura radicará nuestro sufrimiento, pues nos veremos obligados a mentir. Ya ves lo que significaba aquella primera pregunta del desierto y lo que tú rechazaste en nombre de la libertad, que situaste por encima de todo. El hecho es que en dicha pregunta radicaba el gran misterio de este mundo. De haber aceptado "los panes", habrías respondido a la angustia universal y eterna de la humanidad, tanto considerada en sus individuos como tomada en su conjunto, a saber: "¿Ante

quién inclinarnos?". Para el hombre no hay preocupación más constante y atormentadora que la de buscar cuanto antes, siendo libre, ante quién inclinarse. Pero lo que el hombre busca es inclinarse ante algo que sea indiscutible, tanto, que todos los hombres lo acepten de golpe y unánimemente. Pues la tribulación de estas lamentables criaturas no estriba sólo en buscar aquello ante lo cual yo u otro podamos inclinarnos, sino en buscar una cosa en la que crean todos y a la que todos reverencien, *todos juntos*, sin falta. Esta necesidad de *comunión* en el acatamiento constituye el tormento principal de cada individuo así como de la humanidad en su conjunto desde el comienzo de los siglos. En nombre de este acatamiento colectivo, los hombres se han aniquilado entre sí con la espada. Han creado dioses y se han retado exclamando: "¡Arrojad a vuestros dioses y venid a rendir acatamiento a los nuestros; de lo contrario moriréis vosotros y los dioses vuestros!". Y así será hasta el fin del mundo, incluso cuando en el mundo hayan desaparecido los dioses: igualmente caerán ante los ídolos. Tú conocías, tú debías conocer, forzosamente, este secreto fundamental de la naturaleza humana, pero rechazaste la única bandera, absolutamente la única, que se te ofreció para obligar a todo el mundo a que se inclinara ante ti sin discusión: la bandera del pan terrenal, que rechazaste en nombre de la libertad y del pan del cielo. Contempla lo que hiciste luego. ¡Otra vez, en nombre de la libertad! Te digo que no existe para el hombre preocupación más atormentadora que la de encontrar a quien hacer ofrenda, cuanto antes, del don de libertad con que este desgraciado ser nace. Pero sólo llega a dominar la libertad de los hombres aquel que tranquiliza sus conciencias. Con el pan se te ofrecía una bandera indiscutible: das el pan y el hombre se inclina, pues no hay nada más indiscutible que el pan; pero si, al mismo tiempo, alguien domina la conciencia del hombre independientemente de ti, entonces, el hombre hasta arrojará tu pan y seguirá a aquel que le ha seducido el alma.

En esto tú tenías razón. Pues el misterio de la existencia humana no estriba sólo en el vivir, sino en el para qué se vive. Sin una firme idea del para qué de su vida, el hombre no querrá vivir y preferirá matarse a permanecer en la tierra, aunque en torno de él todo fueran panes. Esto es así, pero qué sucedió: en vez de dominar la libertad de las gentes, ¡tú se la hiciste aún mayor! ¿Acaso has olvidado que la tranquilidad y hasta la muerte son más caros al hombre que la libre elección en el conocimiento del bien y del mal? Nada hay más seductor para el hombre que la libertad de su conciencia, pero nada hay tampoco más atormentador. Pues bien, en vez de bases firmes para tranquilizar, de una vez para siempre, la conciencia de los hombres, tú tomaste cuanto hay de extraordinario, misterioso e indefinido, cogiste cuanto rebasa las fuerzas de los hombres, y por esto obraste como si no les tuvieras ningún amor, ¡y esto lo hiciste tú, que viniste a dar la vida por ellos! En vez de apoderarte de la libertad humana, la multiplicaste y la hiciste caer con todo el peso de los tormentos que provoca, sobre el alma de los hombres por los siglos de los siglos. Quisiste que el amor del hombre fuera libre para que él te siguiera por sí mismo, encantado y cautivado por ti. En lugar de la firme y antigua ley, el hombre, de corazón libre, tenía que decidir en adelante dónde estaba el bien y dónde estaba el mal, sin tener otra cosa, para guiarse, que tu imagen ante los ojos. Pero ¿es posible que no pensaras en que al fin el hombre te rechazaría y que discutiría incluso tu imagen y tu verdad, si le iban a oprimir con una carga tan espantosa como es la libertad de elección? Proclamaría, al fin, que la Verdad no está en ti, pues no era posible dejarlos en mayor confusión y tormento de lo que hiciste tú al sumirlos en tantas preocupaciones y tantos problemas insolubles. De este modo, tú mismo sentaste la base para la destrucción de tu propio reino, y no culpes a nadie más a este respecto. Sin embargo, ¿qué era lo que se te proponía? Hay tres fuerzas, en la tierra, únicamente tres

fuerzas que pueden vencer y cautivar por los siglos de los siglos la conciencia de estos canijos rebeldes, por su propia felicidad, y estas fuerzas son: el milagro, el misterio y la autoridad. Tú rechazaste el primero, el segundo y la tercera; diste, así, el ejemplo. Cuando el espíritu terrible y sabio te situó en el pináculo del templo y te dijo: "Si quieres saber si eres el Hijo de Dios, precipítate en el vacío, porque está dicho que a aquél los ángeles le sostendrán y le llevarán, y Él no caerá ni se hará daño alguno; así sabrás si eres o no el Hijo de Dios y demostrarás tu fe en tu Padre"; pero tú, después de escucharle, rechazaste su proposición, no cediste y no te arrojaste al vacío. Oh, sí, obraste en este caso orgullosa y magníficamente, como un Dios, pero la gente, la débil tribu rebelde, ¿está formada por dioses? Oh, tú comprendiste entonces que, dando aunque fuera un solo paso, haciendo un simple movimiento como para echarte al vacío, habrías tentado inmediatamente al Señor y habrías perdido toda la fe en Él, te habrías destrozado contra la tierra que habías venido a salvar; se habría regocijado el espíritu inteligente que te tentaba. Pero, repito, ¿hay muchos como tú? ¿Es posible que tú pudieras admitir, en realidad, aunque fuera un momento, que los hombres podrían resistir una tentación semejante? ¿Ha sido creada la naturaleza humana de modo que sea capaz de rechazar un milagro, y en momentos tan terribles de la vida, cuando se le plantean los problemas espirituales más espantosos, fundamentales y atormentadores, pueda quedarse sólo con las libres resoluciones de su corazón? Oh, tú sabías que tu heroico hecho se conservaría en los Libros y alcanzaría la profundidad de los tiempos así como los últimos confines de la tierra; esperabas que, siguiéndote a ti, también el hombre conservara a Dios sin necesidad de milagros. Pero tú no sabías que tan pronto el hombre rechaza el milagro, por poco que sea, rechaza inmediatamente, asimismo, a Dios, pues el hombre busca no tanto a Dios como al milagro. Y como quiera que el hombre no tiene fuerzas para quedarse sin mi-

lagros, crea otros, que ya son suyos, y se inclina ante el milagro del curandero, ante la brujería, aunque sea cien veces rebelde, hereje y ateo. Tú no bajaste de la cruz, cuando te gritaban, ensañándose y burlándose: "Bájate de la cruz y creeremos que eres tú". No bajaste, porque no quisiste tampoco esclavizar al hombre con un milagro, anhelabas una fe libre, no milagrosa. Anhelabas un libre amor, no el servil entusiasmo del esclavo ante un poderío que les aterrorizara de una vez para siempre. Pero también en este caso juzgaste a los hombres desde excesiva altura, pues son esclavos, aun habiendo sido creados rebeldes. Mira y juzga, han transcurrido quince siglos, contempla a los hombres: ¿a quién has elevado hasta ti? Te lo juro, ¡el hombre ha sido creado más débil y bajo de lo que tú te imaginabas! ¿Acaso puede cumplir él lo que tú? Le has estimado tanto que has obrado como si dejaras de sentir compasión por él, pues le has exigido demasiado, y eso tú, ¡tú, que le has amado más que a ti mismo! De haberle estimado menos, le habrías exigido menos, y ello habría sido más próximo al amor, pues su carga sería más ligera. El hombre es débil y vil. ¿Qué importa que ahora se alce en todas partes contra nuestro poder y se jacte de que se subleva? Éste es el orgullo del niño y del escolar. Los hombres son como niños que se han amotinado en clase y han echado al maestro. Pero también se acabará el alborozo de los niños, y les costará caro. Demolerán los templos e inundarán de sangre la tierra. Mas, al fin, esos estúpidos niños se darán cuenta de que, aunque rebeldes, tienen pocas fuerzas, y son incapaces de resistir su propia sublevación. Derramando estúpidas lágrimas, comprenderán, por último, que quien los ha creado rebeldes, quiso, sin duda, burlarse de ellos. Lo dirán desesperados, y lo que habrán dicho será una blasfemia que los hará aún más desdichados, pues la naturaleza humana no soporta la blasfemia y al fin se venga de esta última. ¡Tenemos, pues, inquietud, confusión e infortunio, y tal es el destino de los hombres después de cuanto has sufri-

do tú por su libertad! Tu gran profeta[1] dice, según su aparición alegórica, que vio a todos los participantes en la primera resurrección y que había doce mil por cada tribu. Pero, aun siendo tantos, eran no como hombres, sino más bien dioses. Habían soportado tu cruz, habían soportado decenas de años de vida hambrienta en el árido desierto, nutriéndose de langostas y de raíces; desde luego, puedes señalar con orgullo a estos hijos de la libertad, del libre amor, del sacrificio libre e imponente en tu nombre. Mas recuerda que en total sólo eran unos miles y aun se trataba de dioses; pero ¿y los demás? ¿De qué son culpables los débiles hombres restantes que no pudieron soportar lo que los fuertes? ¿Qué culpa tiene el alma débil, sin fuerzas suficientes para dar cabida en sí a dones tan espantosos? ¿O es que, en verdad, viniste sólo a los elegidos y para los elegidos? Si es así, aquí hay un misterio incomprensible para nosotros. Y si hay un misterio, también nosotros teníamos derecho a pregonarlo y a enseñar a los hombres que lo importante no es la libre elección de los corazones y el amor, sino el misterio, al que deben someterse ciegamente, incluso a pesar de su conciencia. Esto es lo que hemos hecho. Nosotros hemos rectificado tu obra y la hemos basado en el *milagro,* en el *misterio* y en la *autoridad.* Los hombres se han puesto muy contentos al verse conducidos otra vez como un rebaño y al darse cuenta de que, por fin, se les ha retirado de los corazones aquel espantoso don, que tantos sufrimientos les había acarreado. ¿No teníamos razón, al enseñar y obrar de este modo? Dime, ¿no la teníamos? ¿No amábamos, por ventura, a la humanidad, al reconocer tan humildemente su impotencia, al aligerarla con cariño de su carga, al tolerar a su débil naturaleza el pecado, a

1. San Juan Evangelista, autor del Apocalipsis, uno de los libros predilectos de Dostoyevski en los últimos años de su vida, según testimonio del escritor ruso V. S. Soloviov (1849-1903).

condición de que sea con nuestro permiso? ¿Por qué, pues, vienes ahora a estorbarnos? ¿Y qué es eso de mirarme fijamente con tus dulces ojos, sin decir nada? Enójate, no deseo tu amor, porque tampoco yo te amo. ¿Para qué ocultártelo? ¿No sé, por ventura, con quién estoy hablando? Todo cuanto tengo que decirte, ya lo sabes, te lo leo en los ojos. ¿Te oculto, acaso, nuestro secreto? Quizá lo que tú quieres es escucharlo precisamente de mis labios, pues escucha: nosotros no estamos contigo, sino *con él*, ¡éste es nuestro secreto! Hace mucho tiempo que estamos con él y no contigo, hace ya ocho siglos. Hace exactamente ocho siglos[1] que aceptamos de él lo que tú rechazaste indignado, el último don que te ofreció al mostrarte todos los reinos de la tierra: aceptamos de él Roma y la espada del César y nos declaramos reyes de la tierra, reyes únicos, aunque no hemos tenido tiempo aún de llevar hasta su plena realización nuestra empresa. ¿Pero de quién es la culpa? Oh, nuestra empresa hasta ahora no ha pasado de su comienzo, pero la hemos iniciado. Hay que esperar aún largo tiempo para culminarla, la tierra todavía sufrirá mucho, pero alcanzaremos nuestro objetivo y seremos césares; entonces pensaremos en la felicidad de los hombres en toda la tierra. No obstante, ya entonces tú habrías podido tomar la espada del César. ¿Por qué rechazaste este último don? Si hubieras aceptado este último consejo del espíritu poderoso, habrías proporcionado al hombre cuanto busca en la tierra, es decir, un ser ante el que inclinarse, un ser al que confiar la conciencia, y también la manera de que todos se unan, al fin, en un hormiguero indiscutible, común y bien ordenado, pues la necesidad de una unión universal constituye el tercero y último tormento de la gente. La humanidad,

1. Referencia a la fundación del Estado de la Iglesia en el año 756 (cesión de tierras en Italia central al papa Esteban II por Pepino el Breve), ocho siglos antes de la época en que Dostoyevski sitúa la acción de la leyenda (s. XVI).

en su conjunto, siempre ha tendido a organizarse precisamente sobre una base universal. Ha habido muchos grandes pueblos de gloriosa historia, pero cuanto más se elevaron, tanto más desgraciados fueron, pues sintieron con más fuerza que los otros la necesidad de que el género humano se una en el plano mundial. Los grandes conquistadores, los Tamerlán y Gengis-Khan, pasaron como un raudo torbellino sobre la tierra, afanosos de conquistar el universo, pero incluso ellos, aunque inconscientemente, eran expresión de esa misma necesidad que la humanidad experimenta de llegar a unirse plena y universalmente. De haber aceptado el mundo y el purpúreo manto del César, habrías fundado el reino universal y habrías asegurado la paz en la tierra. Porque ¿quién va a dominar a las gentes, sino aquellos que dominen las conciencias de los hombres y tengan el pan en sus manos? Nosotros tomamos la espada del César; al hacerlo, te rechazamos, naturalmente, y fuimos tras él. Oh, sí, transcurrirán aún siglos enteros en que la mente libre campará por sus respetos, habrá siglos de ciencia humana y de antropofagia, porque habiendo comenzado a edificar sin nosotros su torre de Babel, los hombres acabarán en la antropofagia. Pero, entonces, la bestia se arrastrará hasta nosotros y nos lamerá los pies a la vez que nos los rociará con sus lágrimas de sangre. Nosotros montaremos sobre la bestia y elevaremos hacia el cielo una copa en la que habremos escrito: "¡Misterio!". Entonces, y sólo entonces, llegará para la gente el reino de la paz y de la felicidad. Tú te enorgulleces de tus elegidos, pero tú no tienes más que elegidos, mientras que nosotros tranquilizaremos a todo el mundo. Y hay que ver, aún, cuán numerosos han sido los elegidos, los fuertes que podían llegar a ser elegidos y que, fatigados, al fin, de esperarte, han ofrendado y ofrendarán aún las fuerzas de su espíritu y el fuego de su corazón a otro campo, hasta terminar levantando contra ti su *libre* bandera. Pero tú mismo has izado tal bandera. En cambio, con nosotros, todos serán felices

y no volverán a rebelarse ni a matarse unos a otros, como están haciendo hoy en todas partes gracias a la libertad que les has concedido. Oh, les persuadiremos de que únicamente serán felices cuando renuncien a su libertad en favor nuestro y se nos sometan a nosotros. Pues bien, ¿tendremos razón, o mentiremos? Ellos mismos se convencerán de que tenemos razón, pues recordarán los horrores de esclavitud y angustia a que los ha llevado tu libertad. La libertad, el librepensamiento y la ciencia los conducirán a tal laberinto y los situarán en presencia de tales prodigios y misterios insolubles, que algunos hombres, los indomables y furiosos, se matarán a sí mismos; otros, indomables, pero poco fuertes, se matarán entre sí, y un tercer grupo, los que queden, débiles y desdichados, se arrastrarán a nuestros pies y clamarán: "Sí, vosotros teníais razón, únicamente vosotros estabais en posesión de su misterio y volvemos a vosotros, ¡salvadnos de nosotros mismos!". Al recibir el pan de nuestras manos, verán, naturalmente, con toda claridad, que nosotros les tomamos su propio pan, el que han obtenido con sus propias manos, para distribuirlo entre ellos, sin milagro alguno; verán que no hemos convertido las piedras en panes, pero en verdad estarán más contentos aún que de recibir el pan, el recibirlo de nuestras manos. Pues recordarán muy bien que antes, sin nosotros, los panes obtenidos por ellos, en sus propias manos se convertían en piedras; en cambio, habiendo vuelto a nosotros, las piedras mismas, en sus manos, se transforman en pan. ¡Comprenderán muy bien, demasiado bien, lo que significa subordinarse de una vez para siempre! Mientras no lo comprendan, los hombres no serán felices. Dime, ¿quién ha contribuido más que nadie a esta incomprensión? ¿Quién ha dividido el rebaño y lo ha dispersado por caminos ignotos? Pero el rebaño volverá a reunirse y volverá a someterse ya de una vez para siempre. Entonces les daremos una felicidad tranquila y mansa, una felicidad de seres débiles, tales como han sido creados. Oh, les convence-

remos, finalmente, de que no se enorgullezcan, pues tú los has elevado y les has enseñado a enorgullecerse; les demostraremos que son débiles, que no son más que unos lamentables niños, que la más dulce de las felicidades es la felicidad infantil. Se volverán tímidos, empezarán a mirarnos y a apretarse contra nosotros, medrosamente, como los polluelos contra la clueca. Se sorprenderán, se estremecerán de horror ante nosotros, y se sentirán orgullosos de nuestro poder y de nuestra inteligencia, de que hayamos sido capaces de someter un rebaño tan turbulento de miles de millones de hombres. Temblarán, sin fuerzas, ante nuestra cólera; se entorpecerán sus inteligencias, de sus ojos fluirán frecuentes lágrimas, como ocurre con los niños y las mujeres, pero con la misma facilidad y a voluntad nuestra pasarán a la alegría y a la risa, a la alegría luminosa y a la feliz cancioncita infantil. Sí, les obligaremos a trabajar, mas para las horas libres de su labor les organizaremos la vida como un juego infantil, con canciones infantiles, cantadas a coro, y con inocentes danzas. Oh, sí, les daremos permiso para que pequen, pues son criaturas débiles e impotentes, y nos amarán como niños porque les permitimos pecar. Les diremos que todo pecado puede ser redimido, si se ha cometido con nuestro consentimiento; les permitiremos pecar porque los amamos; en cambio, los castigos correspondientes, los cargaremos sobre nosotros, ¡qué le vamos a hacer! Cargaremos con sus pecados, pero ellos nos adorarán como a sus bienhechores que cargan con sus pecados ante Dios. No tendrán secreto alguno para nosotros. Les permitiremos o les prohibiremos vivir con sus mujeres y amantes, tener o no tener hijos, según sea su obediencia, y ellos se nos someterán con satisfacción y alegría. Nos comunicarán los secretos más atormentadores de sus conciencias, todo, todo lo pondrán en nuestro conocimiento, y todo se lo resolveremos nosotros; ellos aceptarán con alegría nuestras resoluciones porque así les liberaremos de la gran preocupación y de los terribles sufrimientos

que sienten ahora al tener que tomar una resolución personal y libre. Todos serán felices, todos los millones de seres, excepto unos cien mil dirigentes. Pues sólo nosotros, depositarios del secreto, sólo nosotros seremos desdichados. Habrá miles de millones de criaturas felices y cien mil mártires que tomarán sobre sí la maldición de conocer el bien y el mal. Los primeros morirán dulcemente, suavemente se apagarán en tu nombre, y tras la tumba no hallarán más que la muerte. Pero nosotros conservaremos el secreto y para su propia felicidad los cautivaremos con el premio del cielo y de la vida eterna. Pues aunque hubiera algo en el otro mundo, no sería, desde luego, para hombres como ellos. Dicen y profetizan que tú volverás y de nuevo vencerás; vendrás con tus elegidos, orgullosos y fuertes, pero nosotros diremos que ellos se salvaron sólo a sí mismos, mientras que nosotros hemos salvado a todos. Dicen que será cubierta de oprobio la ramera sentada sobre la bestia, con el cáliz del misterio en sus manos[1] que volverán a rebelarse los débiles y que desgarrarán la purpúrea túnica de ella y dejarán al desnudo su "abominable" cuerpo. Pero entonces me levantaré yo y te mostraré los miles de millones de criaturas felices que desconocen el pecado. Y nosotros, que, por su felicidad, hemos tomado la carga de sus pecados, nos pondremos ante ti y diremos: "Júzganos, si puedes y te atreves". Has de saber que no te temo. Has de saber que también yo he estado en el desierto, que también yo me he nutrido de saltamontes y raíces, que también yo he bendecido la libertad, con la que tú bendeciste a las gentes, y que me preparaba para ingresar en el número de tus elegidos, en el número de los poderosos y fuertes, ardiendo en deseos de "completar el número". Pero abrí los ojos y no quise ponerme al servicio de la insensatez. Me volví y me adherí al puñado de los que *rectificaban la obra tuya*. Me aparté de los orgullosos y regresé al lado de los

1. Apocalipsis, XVII, 3, 4.

humildes para hacer su felicidad. Lo que te digo se cumplirá, se establecerá nuestro reino. Te lo repito, mañana mismo verás este obediente rebaño precipitarse a la primera señal mía, a atizar las llamas de tu hoguera, en la que te quemaremos por haber venido a estorbarnos. Pues si ha habido alguien que ha merecido nuestra hoguera más que nadie, eres tú. Mañana te quemaré. *Dixi.*»

Iván se detuvo. Se había acalorado y hablaba con entusiasmo; cuando terminó, sonrió súbitamente.

Aliosha le había estado escuchando en silencio, pero al final se encontraba ya presa de una extraordinaria agitación y muchas veces intentó interrumpir el discurso de su hermano, mas, por lo visto, se contuvo hasta que, al fin, estalló, como si saltara de su asiento.

–Pero... ¡esto es absurdo! –gritó, ruborizándose–. Tu poema es una alabanza a Jesús y no una afrenta... como tú querías. ¿Quién va a creerte en lo que dices sobre la libertad? ¡Como si hubiera que comprenderla de este modo! No es así como la comprende la Iglesia Ortodoxa... Eso es Roma, y aun no toda Roma; sería mentira afirmarlo así, eso es lo peor del catolicismo, son los inquisidores, los jesuitas... Además es imposible que se dé un personaje tan fantástico como tu Inquisidor. ¿Cuáles son esos pecados ajenos que toma sobre sí? ¿Quiénes son esos portadores del misterio que cargan con no sé qué maldición por la felicidad de los hombres? ¿Cuándo los ha visto nadie? Conocemos a los jesuitas, de ellos se habla en malos términos, pero ¿son como tú los pintas? No son de ningún modo así; no son, de ningún modo, eso... Constituyen simplemente el ejército de Roma para el futuro reino universal en la tierra, con un emperador, el pontífice romano, al frente... Éste es su ideal, pero sin misterios de ninguna clase ni angustia elevada... Es un simple afán de poder, de sucios bienes terrenales, de esclavización... algo así como un futuro derecho de servidumbre, de modo que ellos se conviertan en terratenientes... éste es todo su ideal.

Quizá ni en Dios creen. Tu sufriente Inquisidor no es más que pura fantasía...

–Espera, espera –se rió Iván–, cómo te inflamas. Pura fantasía, dices tú; ¡sea! Desde luego, es una fantasía. Sin embargo, permíteme: ¿crees en verdad que todo el movimiento católico de los últimos siglos no es más que un simple afán de poder para alcanzar únicamente sucios bienes terrenales? ¿No será el padre Paísi quien te lo ha enseñado así?

–No, no; al contrario, el padre Paísi, en cierta ocasión, hablaba en un sentido hasta semejante al tuyo... Pero no era lo mismo, desde luego, no era de ningún modo lo mismo –se apresuró a puntualizar Aliosha.

–El dato es, sin embargo, muy valioso, a pesar de tu «no era de ningún modo lo mismo». Lo que yo te pregunto es, precisamente, por qué tus jesuitas e inquisidores se han agrupado sólo para obtener despreciables bienes materiales. ¿Por qué no puede haber entre ellos ni un solo mártir torturado por un noble sufrimiento y lleno de amor por la humanidad? Verás: suponte que entre todos esos afanosos de simples bienes materiales, viles, se encuentra uno, aunque sólo sea uno, como mi viejo inquisidor, es decir, uno que ha comido raíces en el desierto y ha sufrido para vencer su carne y llegar a ser libre y perfecto; este hombre ha sentido amor, toda la vida, por la humanidad, mas de pronto abre los ojos y ve que no es un gran bien moral alcanzar la perfección de la voluntad para llegar a convencerse, al mismo tiempo, de que millones de seres humanos, también criaturas de Dios, quedan sujetos sólo al escarnio, pues nunca tendrán fuerzas suficientes para hacer uso de su libertad, y que de rebeldes lamentables no saldrán nunca gigantes para construir hasta el fin la torre; que no era para unos gansos semejantes para quienes el gran idealista había soñado su gran armonía. Habiendo comprendido todo esto, volvió y se unió... a los hombres inteligentes. ¿No crees, acaso, que esto pueda producirse?

–¿A quién se unió? ¿Quiénes eran esos hombres inteligentes? –exclamó Aliosha, casi frenético–. No tienen ninguna inteligencia de ese tipo, ni tienen misterios ni secretos semejantes... Lo único que quizá tienen es ateísmo, nada más, éste es todo su secreto. Tu Inquisidor no cree en Dios, ¡ése es su secreto!

–¡Aunque sea así! Por fin lo has adivinado. Y realmente es así, realmente sólo en esto estriba el secreto, pero ¿no constituye ello un sufrimiento, aunque se trate de un hombre como él, que ha sacrificado toda su vida tras una acción heroica en el desierto y no se ha curado de su amor por la humanidad? En el ocaso de sus días se convence y ve claramente que sólo los consejos del grande y terrible espíritu podrían permitir organizar de manera más o menos soportable a los rebeldes de poca fuerza, «seres abortados que han servido de ensayo, creados para ser objeto de mofa». Convencido de que es así, ve que es necesario seguir las indicaciones del espíritu inteligente, del terrible espíritu de la muerte y de la destrucción; ve que, para ello, es necesario admitir la mentira y el engaño y conducir a los hombres, conscientemente, a la muerte y a la destrucción, manteniéndolos, además, engañados durante todo el camino para que éstos no puedan darse cuenta, de ningún modo, hacia dónde los llevan, para que por lo menos en el camino esos lamentables ciegos se consideren felices. ¡Observa que engaña en nombre de Aquel en cuyo ideal tan apasionadamente había creído el viejo durante toda su vida! ¿Acaso esto no es una desgracia? Y si al frente de todo ese ejército, «afanoso de poder sólo para alcanzar viles bienes», se encuentre aunque no sea más que un hombre como ése, ¿no basta ello para que surja la tragedia? Más aún: basta un hombre así al frente, para que se encuentre, al fin, la auténtica idea rectora de toda la empresa romana con todos sus ejércitos y jesuitas, la idea cumbre de toda la empresa. Te lo diré con absoluta franqueza: creo firmemente que este hombre único no ha faltado nunca entre los que se han encontrado al

frente del movimiento. Quién sabe, quizás ha habido hombres únicos así hasta entre los sumos pontífices romanos. Quién sabe, quizás ese maldito viejo, que ama con tanta porfía y tan a su modo a la humanidad, existe también hoy bajo el aspecto de un grupo entero de numerosos viejos únicos semejantes, como una unión secreta organizada desde hace mucho tiempo para la conservación del misterio, para ocultarlo a los desgraciados y débiles y hacerlos, así, felices. Sin duda estoy en lo cierto, y ha de ser así. Se me figura que incluso los masones han de tener en su base algo por el estilo de ese misterio y que, por esto, los católicos los odian tanto, pues ven en ellos a unos competidores, la ruptura de la unidad de la idea, cuando debe de haber un solo rebaño y un solo pastor... De todos modos, al defender mi idea, parezco un autor que no soporta tu crítica. Dejemos este asunto.

–¡Quizá tú eres un masón! –exclamó de súbito Aliosha, sin querer–. Tú no crees en Dios –añadió, si bien ya con extraordinaria tristeza. Tenía la impresión, además, de que su hermano le estaba mirando con aire de burla–. ¿Cómo termina tu poema? –preguntó de repente, mirando al suelo–. ¿O está ya terminado?

–Quería acabarlo del siguiente modo: cuando el Inquisidor deja de hablar, espera un rato a que el Prisionero le responda. El silencio que el Cautivo guarda le resulta penoso. Mientras él había hablado, el Prisionero se había limitado a escucharle atenta y mansamente, mirándole a los ojos, por lo visto sin desear contestarle nada. El viejo quería que el otro le dijera algo, aunque fuese amargo y terrible. Pero él, de pronto, sin decir una palabra, se le acerca y le besa dulcemente los exangües labios nonagenarios. Ésta es toda su respuesta. El viejo se estremece. Algo tiembla en los extremos de sus labios; se dirige a la puerta, la abre y dice: «Vete y no vuelvas más... no vuelvas nunca... ¡nunca, nunca!». Y le deja salir a las «oscuras plazas y calles de la ciudad». El Prisionero se va.

–¿Y el viejo?

–El beso le quema el corazón, pero el viejo persiste en su idea.

–¿Y tú estás con él? ¿También tú? –preguntó con amargura Aliosha.

Iván se rió.

–Pero todo esto es absurdo, Aliosha, esto no es más que un poema sin ton ni son de un estudiante con pájaros en la cabeza que nunca ha escrito ni dos versos. ¿Por qué lo tomas tan en serio? No vas a figurarte, supongo, que ahora voy a dirigirme a los jesuitas para unirme al grupo de hombres que rectifican Su acción heroica. ¡Oh, Señor! ¡Qué me importa a mí! Ya te lo he dicho: lo que quiero yo es llegar a los treinta años; después, ¡tiro la copa al suelo!

–¿Y los brotes pegajosos, los sepulcros entrañables, el cielo azul y la mujer amada? ¿Cómo vas a vivir, cómo vas a amarlos? –exclamó con pena Aliosha–. ¿Acaso es esto posible, con semejante infierno en el pecho y en la cabeza? No; tú te vas para unirte a ellos... y si no, te matarás, ¡no podrás resistir!

–¡Hay en mí una fuerza que todo lo resiste! –articuló Iván, ya con una fría sonrisa en los labios.

–¿Qué fuerza?

–La de los Karamázov... la fuerza de la ruindad karamazoviana.

–O sea, hundirse en el vicio, ahogar el alma en la depravación, ¿no es esto? ¿No?

–Quizá también es esto... sólo hasta los treinta años, quizá lo evite, y luego...

–¿Cómo quieres evitarlo? ¿De qué modo? Con tus ideas, es imposible.

–Una vez más, a lo Karamázov.

–¿En el sentido de que «todo está permitido»? Todo está permitido, ¿no es así?, ¿no es así?

Iván frunció las cejas y de pronto palideció de manera rara.

–Ah, ¿te fijaste ayer en esas palabritas que ofendieron a Miúsov... y que tan ingenuamente repitió nuestro hermano Dmitri? –añadió con una forzada sonrisa–. Bueno, sea: «todo está permitido», ya que la palabra ha sido pronunciada. No me retracto. Y la versión que le dio Mítenka tampoco está mal.

Aliosha le miró en silencio.

–Dispuesto a marchar, hermano, pensaba que por lo menos te tengo a ti en el mundo –dijo de súbito Iván, con inesperada emoción–, mas ahora veo que tampoco en tu corazón, mi querido ermitaño, hay sitio para mí. De la fórmula «todo está permitido» no renegaré; pero tú sí renegarás de mí por esto, ¿verdad?, ¿verdad?

Aliosha se levantó, se le acercó y, sin decir nada, le besó suavemente los labios.

–¡Plagio literario! –gritó Iván, presa repentinamente de entusiasmo–. ¡Me lo has robado de mi poema! Sin embargo, te lo agradezco. Levántate, Aliosha, vámonos; ya es hora para ti y para mí.

Salieron, pero se detuvieron en el porche de la taberna.

–Escucha, Aliosha –dijo Iván con voz firme–: si en verdad no pierdo aún la capacidad de amar los brotes pegajosos, será gracias a tu recuerdo. Me bastará saber que aquí, en alguna parte, estás tú, para no perder el amor a la vida. ¿Te basta lo que te digo? Acéptalo, si quieres, hasta como una declaración de amor. Ahora, tú a la derecha y yo a la izquierda, y basta, ¿oyes?, basta. Es decir, si mañana no marchara (me parece que partiré sin duda alguna) y volviéramos a encontrarnos aún, no vuelvas a hablarme en absoluto de estos temas. Te lo ruego fervorosamente. También te pido que de Dmitri no vuelvas a hablarme nunca más, ni una palabra –añadió de pronto, irritado–; todo está dicho y hablado, ¿no es así? En cambio, por mi parte, voy a hacerte una promesa: cuando, al acercarme a los treinta años, quiera «arrojar la copa al suelo», vendré a hablar otra vez contigo dondequiera

que estés... vendré aunque sea desde América, ya lo sabes. Vendré expresamente. Será muy interesante ver cómo serás tú también, entonces. Fíjate que te hago una promesa bastante solemne. La verdad es que nos despedimos, quizá, para siete o diez años. Bueno, vete ahora al lado de tu *Pater Seraphicus,* que se halla en trance de muerte; si muere sin que estés tú presente, aún te enfadarías, quizá, contra mí por haberte retenido. Adiós, bésame otra vez, así, y vete...

Iván, de pronto, se volvió y se fue por su camino sin mirar hacia atrás. Se iba de manera parecida a como el día anterior se había alejado de Aliosha su hermano Dmitri, aunque en circunstancias completamente distintas. Esta pequeña y rara observación cruzó como una flecha por la mente de Aliosha, triste y afligido. Aliosha esperó un poco, siguiendo con la mirada a su hermano. De pronto notó que Iván caminaba como balanceándose y que, mirándole por la espalda, el hombro derecho parecía más bajo que el izquierdo. Antes no lo había observado nunca. Pero de repente también Aliosha dio la vuelta y se dirigió casi corriendo hacia el monasterio. Había oscurecido mucho y casi sentía miedo; notaba que una sensación desconocida, que no habría podido explicar, se iba apoderando de él. Volvió a levantarse el viento, como el día anterior; los pinos centenarios rumoreaban sobriamente en torno de él cuando entró en el bosquecito del eremitorio. «*Pater Seraphicus,* él ha tomado este nombre de alguna parte; ¿de dónde? –pensó un momento Aliosha–. Iván, pobre Iván, ¿cuándo volveré a verte?... Aquí está la ermita, ¡señor! Sí, sí, es él, es el *Pater Seraphicus* y me salvará... ¡de él y para siempre!»

Después, en el transcurso de su vida, pensó varias veces con extraordinario asombro cómo había podido olvidarse por completo de su hermano Dmitri cuando se hubo separado de Iván, pues aquella misma mañana, unas pocas horas antes, había decidido buscarle y no cejar en su empeño hasta encontrarle, aunque no tuviera que regresar aquella noche al monasterio.

6. Todavía reina la oscuridad

Iván Fiódorovich, después de separarse de Aliosha, se fue a su casa, a la casa de Fiódor Pávlovich. Pero, cosa rara, experimentó de pronto una angustia insoportable y, lo que es más importante aún, cada vez más intensa, a cada paso que daba en dirección a su casa. Lo extraño no era la sensación de angustia, sino que Iván Fiódorovich no pudiera determinar de ningún modo a qué se debía. También antes había experimentado con frecuencia una sensación análoga y nada tenía de extraño que la tristeza se apoderara de él, que se disponía a cambiar radicalmente de rumbo al día siguiente, después de haber roto con todo lo que le había atraído a aquel lugar, y emprender un camino nuevo, del todo ignoto, y otra vez solo por completo, como antes, con muchas esperanzas, pero sin saber en qué; creyendo que sería mucho, demasiado, lo que la vida iba a darle, pero sin poder definir nada ni respecto a lo que esperaba ni siquiera respecto a sus deseos. De todos modos, en ese momento, aunque realmente sentía angustia por lo nuevo y desconocido, lo que le atormentaba no era esto. «¿No será la aversión a la casa paterna? –pensaba para sí–. Parece que es esto, hasta tal punto se me ha hecho repugnante; y aunque hoy entraré por última vez cruzando este abyecto umbral, no deja de ser repelente... Pero no, tampoco es esto. ¿Será, quizá, la despedida de Aliosha y la conversación sostenida con él? Tantos años como he permanecido callado con todo el mundo, sin dignarme hablar, y de pronto suelto tantas absurdidades juntas.» En realidad, podía tratarse de despecho juvenil, de inexperiencia y de vanidad juveniles, despecho por no haber sabido expresarse nada menos que ante un ser como Aliosha, de quien, sin duda alguna, esperaba mucho en su fuero interno. Desde luego, también se trataba de esto, es decir, ese despecho no podía faltar, era inevitable, pero tampoco ésta era la causa de su angustia, no era eso, no era eso. «La angus-

tia casi me provoca náuseas y soy incapaz de precisar su causa. Quizá lo mejor sería no pensar...»

Iván Fiódorovich intentó «no pensar», pero tampoco así logró nada. Lo que tenía de lamentable e irritante aquella angustia era, sobre todo, el presentar un aspecto hasta cierto punto casual, totalmente externo; esto se notaba. Había en algún lugar un ser o un objeto que le irritaban, de modo análogo a como a veces tenemos algo ante los ojos y no nos damos cuenta de ello por estar embebidos en el trabajo o en una viva conversación y, sin embargo, es evidente que ello nos irrita, casi nos tortura, hasta que al fin se nos ocurre apartar el objeto inútil, con frecuencia muy insignificante y ridículo, alguna cosa olvidada en un lugar que no es el suyo, un pañuelo caído al suelo, un libro fuera de la estantería, etc. Con un humor endiablado y gran irritación Iván Fiódorovich llegó por fin a su casa paterna; de pronto, a unos quince pasos de la portezuela del patio, al dirigir la vista al portalón, comprendió súbitamente qué era lo que tanto le desazonaba y le atormentaba.

Sentado en un banco junto a la gran puerta de entrada estaba tomando el fresco de aquella hora tardía el criado Smerdiakov. Iván Fiódorovich comprendió a la primera que ese hombre anidaba en su alma y que era eso lo que le resultaba insoportable. Todo quedó claro. Hacía poco, cuando Aliosha le contaba su encuentro con Smerdiakov, Iván sintió que, de pronto, algo tenebroso y repugnante le atravesaba el corazón, que respondía en seguida con rencor. Luego, durante la conversación, Smerdiakov quedó olvidado, pero sin salírsele del alma, y no bien Iván Fiódorovich se hubo despedido de Aliosha y se dirigió solo hacia su casa, la sensación olvidada afloró de nuevo rápidamente al exterior. «¡Cómo se explica que este ruin canalla pueda inquietarme hasta tal punto!», pensó con insufrible rabia.

El hecho era que Iván Fiódorovich experimentaba realmente desde hacía cierto tiempo, y sobre todo durante los

últimos días, una profunda antipatía por aquel hombre. Hasta él mismo se daba cuenta de que sentía casi un odio cada día mayor por el criado. Es posible que dicho proceso de aversión se hubiera agudizado tanto precisamente porque al principio, cuando Iván Fiódorovich vino a nuestra ciudad, había sucedido lo contrario. Entonces, Iván Fiódorovich había dado muestras de sentir un especial interés por Smerdiakov, a quien consideró hasta muy original. Él mismo le invitaba a conversar, aunque siempre se sorprendía, no obstante, de notarle cierta torpeza o, mejor dicho, cierta inquietud anímica; no llegaba a comprender qué podía desazonar de manera tan constante y obsesionada a «ese contemplativo». Habían hablado también de temas filosóficos e incluso de cómo era posible que hubiera brillado la luz el primer día, dado que el sol, la luna y las estrellas fueron creados sólo al cuarto día, y cómo debía eso entenderse; pero Iván Fiódorovich pronto se convenció de que a Smerdiakov poco le importaban el sol, la luna y las estrellas: ésta era una cuestión que, si bien curiosa, le preocupaba poco; lo que quería era algo muy distinto. Comoquiera que fuese, el caso es que Smerdiakov empezó a manifestar y dejar al descubierto un amor propio infinito y, además, herido, lo cual desagradó en gran manera a Iván Fiódorovich. De ahí arrancó su aversión. Después empezaron en la casa los líos, apareció Grúshenka, comenzaron las historias con Dmitri, hubo complicaciones; también hablaron de estos temas, mas, a pesar de que a Smerdiakov hablar de estas cosas siempre le producía viva agitación, no había modo de poner en claro cuáles eran sus deseos. Era sorprendente la falta de lógica y la incoherencia de algunos deseos suyos que manifestaba contra su propia voluntad, siempre con la misma confusión. Smerdiakov lo preguntaba todo, hacía preguntas indirectas, por lo visto premeditadas, pero sin explicar por qué las hacía, y, generalmente, en el momento más vivo de sus propias cuestiones se callaba o pasaba a otra

cosa completamente distinta. Mas lo que, al fin, había colmado la irritación de Iván Fiódorovich y le había provocado tanta aversión, era cierta familiaridad repugnante, especial, cada vez más declarada, con que empezó a tratarle Smerdiakov. No es que se permitiera ser incorrecto; al contrario, siempre le hablaba con extraordinaria deferencia; sin embargo, las cosas se pusieron de tal modo que Smerdiakov, por lo visto, empezó a considerarse, sabía Dios por qué, como solidario en algo con Iván Fiódorovich; hablaba siempre en un tono como si entre ellos dos existiera algo convenido y secreto, algo dicho alguna vez por ambas partes y sólo conocido de ellos dos, y hasta incomprensible para los otros mortales que los rodeaban. Con todo, Iván Fiódorovich también en esta cuestión tardó mucho en comprender que ésa era la verdadera causa de su creciente antipatía y, por fin, sólo en los últimos días había logrado adivinar de qué se trataba. Ahora, desdeñoso e irritado, quiso dirigirse a la portezuela sin decir nada y sin mirar a Smerdiakov, pero éste se levantó del banco y bastó su gesto para que Iván Fiódorovich comprendiera que Smerdiakov deseaba tener con él una conversación especial. Iván Fiódorovich le miró y se detuvo; y el hecho de que, de pronto, se hubiera detenido y no hubiera pasado de largo como deseaba no hacía más que un instante, le puso furioso a más no poder. Miró con ira y repugnancia la macilenta fisonomía de castrado de Smerdiakov, que llevaba cuidadosamente peinados los cabellos de las sienes y un pequeño tupé rizado y cuyo ojo izquierdo, medio entornado, sonreía haciendo un guiño como si quisiera decir: «Adónde vas, no podrás pasar, ¿no ves que tú y yo, personas inteligentes, hemos de hablar?». Iván Fiódorovich se estremeció:

«¡Fuera de aquí, canalla! ¡Cómo voy a ser yo compañero tuyo, imbécil!», tenía ya a la punta de la lengua, pero con gran sorpresa suya lo que de la lengua le salió fue algo completamente distinto:

–¿Duerme mi padre aún, o ya se ha levantado? –le preguntó, afable y humildemente, de manera inesperada para sí mismo, y de pronto, también de manera inesperada, se sentó en el banco. Por un instante casi tuvo miedo, lo recordó más tarde. Smerdiakov estaba de pie delante de él, las manos a la espalda, y le miraba con aplomo, casi con severidad.

–Aún duerme –respondió sin apresurarse. («Tú has sido el primero en hablar, no yo»)–. Me sorprende usted, señor –añadió después de callar unos instantes, bajando afectadamente los ojos, avanzando el pie derecho y jugando con la punta del zapato de charol.

–¿Qué te sorprende de mí? –preguntó severo y con entrecortadas palabras Iván Fiódorovich, haciendo acopio de todas sus fuerzas para dominarse; de pronto comprendió con asco que experimentaba una gran curiosidad y que por nada del mundo se iría de allí sin satisfacerla.

–¿Por qué no va a Chermashnia, señor? –Smerdiakov levantó de pronto los ojitos y se sonrió familiarmente. «Ya que eres tan inteligente, has de comprender por qué me he sonreído», parecía querer decir su ojo izquierdo entornado.

–¿A qué he de ir yo a Chermashnia? –se sorprendió Iván Fiódorovich.

Smerdiakov guardó silencio otra vez.

–Fiódor Pávlovich se lo ha suplicado con insistencia –contestó al fin, sin apresurarse, como si no diera ningún valor a su respuesta: «Te doy una respuesta de tercer orden», como si no tuviera ninguna importancia y lo dijera sólo por decir alguna cosa.

–¡Ah, diablo!, habla con más claridad, ¿qué quieres? –gritó al fin, colérico, Iván Fiódorovich, pasando de la humildad a la grosería.

Smerdiakov puso el pie derecho junto al izquierdo, se irguió más, pero siguió mirando con la misma calma y la misma sonrisita.

–Nada especial... es un hablar...

Otra vez se hizo el silencio, que duró casi un minuto. Iván Fiódorovich sabía que lo que debía de hacer en aquel momento era levantarse y enfadarse, pero Smerdiakov estaba de pie ante él, como esperando: «Voy a ver si te enojas o no». Así, por lo menos, se lo figuraba Iván Fiódorovich. Por fin éste hizo un movimiento para levantarse. Smerdiakov advirtió con toda exactitud ese instante.

–Mi situación es terrible, Iván Fiódorovich, no sé cómo salir de ella –articuló de manera firme y clara, suspirando al pronunciar la última palabra.

Iván Fiódorovich volvió a quedarse sentado.

–Están los dos chiflados, parecen dos criaturas –prosiguió Smerdiakov–. Me refiero a su padre y a su hermanito Dmitri Fiódorovich. Ahora Fiódor Pávlovich se levantará y a cada instante me mareará con la misma pregunta: «Qué, ¿no ha venido? ¿Por qué no ha venido?», y así hasta medianoche, hasta más allá de medianoche. Y si Agrafena Alexándrovna no viene (porque, según me parece, no tiene intención de venir nunca), mañana por la mañana Fiódor Pávlovich volverá a la misma canción: «¿Por qué no ha venido? ¿A qué se debe que no haya venido? ¿Cuándo vendrá?», como si yo tuviera de ello alguna culpa. Por la otra parte, tres cuartos de lo mismo: tan pronto comience a oscurecer, y aún antes, su hermanito se presentará con un arma en la mano en el huerto vecino: «Cuidado, granuja, cuececaldos; si la dejas pasar sin avisarme, te mataré a ti antes que a nadie». Pasará la noche, y por la mañana, él, como Fiódor Pávlovich, comenzará a atormentarme: «¿Por qué no ha venido? ¿Se presentará pronto?», también como si fuera yo culpable ante él de que su señora no se haya presentado. Y cada día y cada hora se van poniendo los dos más rabiosos, de tal modo que a veces pienso quitarme la vida a mí mismo de miedo. De ellos no espero nada bueno, señor.

–¿Por qué te has mezclado en el asunto? ¿Por qué te has puesto a contarle lo que pasa, a Dmitri Fiódorovich? –soltó irritado Iván.

–¿Cómo no iba a mezclarme? Y le digo, además, que no me he mezclado yo, si quiere usted saberlo. Al principio, sin atreverme a replicar, callaba, pero él mismo me mandó que le sirviera de criado Licharda [1] en casa de su padre. Desde entonces no sabe decirme más que una cosa: «¡Te mataré, granuja, si la dejas pasar!». Estoy seguro, señor, que mañana me dará un ataque de epilepsia por largo rato.

–¿Cómo, un ataque de epilepsia por largo rato?

–Un ataque de larga duración, extraordinariamente largo. De varias horas o, quizá, se prolongará un día o dos. En cierta ocasión me duró unos tres días, había caído del desván. Dejaba de sacudirme y luego comenzaba otra vez; durante los tres días no pude recobrar el conocimiento. Entonces Fiódor Pávlovich mandó a buscar a Herzenstube, el doctor de aquí, que me aplicó hielo a las sienes y aun usó otro remedio... Habría podido morirme.

–Pero dicen que es imposible prever los ataques de epilepsia y saber que se darán a una hora determinada. ¿Cómo puedes afirmar, pues, que lo tendrás mañana? –preguntó Iván Fiódorovich con particular e irritada curiosidad.

–Cierto, no es posible predecirlo.

–Además, entonces, te habías caído del desván.

–Al desván subo todos los días, también mañana puedo caer de allí. Y si no caigo del desván, caeré al sótano; al sótano también bajo todos los días porque me hace falta.

Iván Fiódorovich lo miró largo rato.

–Veo que me estás contando pamemas y no llego a comprenderte –manifestó en voz baja, pero en cierto modo ame-

1. Personaje folclórico, muy divulgado por la literatura de cordel de antaño. «Licharda» es el nombre desfigurado de Ricardo; representa al tipo de criado astuto y leal.

nazadora–; ¿no piensas fingir mañana una crisis de epilepsia por tres días? ¿Qué dices?

Smerdiakov, que miraba al suelo y volvía a jugar con la punta del zapato derecho, puso este pie en su lugar, avanzó el izquierdo, alzó la cabeza y, sonriendo, respondió:

–Y si quisiera hacerlo, es decir, si quisiera fingirlo, ¿qué? Para una persona experimentada, no es ninguna cosa del otro mundo, y yo tendría perfecto derecho a utilizar este recurso para salvarme de la muerte; pues si me da un ataque, aunque Agrafena Alexándrovna venga, Dmitri Fiódorovich no podrá pedir cuentas a un enfermo por no haberle advertido. A él mismo le daría vergüenza.

–¡Ah, diablo! –estalló Iván Fiódorovich, con el rostro contraído por la ira–. ¡Por qué estás siempre temiendo por tu pellejo! Todas estas amenazas de mi hermano Dmitri no son más que palabras dictadas por la pasión. A ti no te matará; ¡matará, pero no a ti!

–Me matará como a una mosca, a mí antes que a nadie. Y aún hay otra cosa que me da más miedo: que me tomen por cómplice suyo si comete alguna tontería contra su padre.

–¿Por qué han de tomarte por su cómplice?

–Me tomarán por cómplice porque le he hecho conocer las señales, con gran secreto.

–¿Qué señales? ¿A quién las has comunicado? Mal rayo te parta, ¡habla más claro!

–He de confesarle con toda franqueza –contestó Smerdiakov, arrastrando las palabras despacio, con pedantesca gravedad– que existe un secreto entre Fiódor Pávlovich y yo. Como usted mismo sabe (si es que ha querido saberlo), desde hace algunos días, no bien es de noche o incluso al caer de la tarde, su padre se encierra en su casa por dentro. En los últimos tiempos, se ha retirado usted cada día muy temprano a su cuarto de arriba y ayer no salió ni una sola vez; por esta causa no sabe quizá con qué cuidado ha empezado ahora a encerrarse por la noche. No abriría ni a Grigori Vasílievich,

si no se convenciera sin lugar a dudas, por la voz, de que es él. Pero Grigori Vasílievich no se presenta, porque yo soy el único que cuida ahora a Fiódor Pávlovich en su aposento; así lo decidió él tan pronto como quiso meterse en este lío con Agrafena Alexándrovna; por orden suya también, yo paso la noche, ahora, en el pabellón, y estoy obligado a no dormir hasta las doce; he de vigilar, he de levantarme, he de dar la vuelta al patio y esperar a que Agrafena Alexándrovna venga, pues hace ya algunos días que la espera y está como loco. Él razona del siguiente modo: ella, dice, le tiene miedo, quiero decir a Dmitri Fiódorovich (a Mitka, como le llama su padre), y por esto vendrá a verme bien entrada la noche y por la parte de atrás de la casa; tú, me dice, vigila esperándola por lo menos hasta medianoche. Si ella viene, corre a la puerta y das unos golpes, en la puerta o en la ventana, desde el huerto; los dos primeros algo débiles, así: uno, dos, y luego tres veces más rápidamente: tuc-tuc-tuc. Entonces yo sabré en seguida, me dice, que ella ha venido, y te abriré la puerta sin hacer ruido. Me ha indicado otra señal por si ocurre algo extraordinario: dar primero dos golpes rápidos: tuc-tuc, y luego, después de esperar un poco, otro golpe, mucho más fuerte. Así sabrá que ha sucedido algo inesperado y que necesito verle con urgencia; entonces también me abrirá, yo entraré e informaré. Esto, por si Agrafena Alexándrovna no viniera ella misma y mandara algún recado; además, puede venir también Dmitri Fiódorovich, y yo he de comunicar que está cerca. Su padre tiene mucho miedo a Dmitri Fiódorovich, de modo que aun en el caso de que Agrafena Alexándrovna haya venido y estén encerrados dentro, si, entretanto, Dmitri Fiódorovich apareciera por aquí cerca, estoy obligado también a avisar inmediatamente golpeando tres veces; así que la primera señal de cinco golpes significa: «Agrafena Alexándrovna ha venido», y la segunda señal de tres golpes, «he de hablarle urgentemente»; él mismo me lo ha mostrado varias veces para que lo apren-

diera y me lo ha explicado. Y como quiera que en todo el mundo nadie conoce estas señales fuera de él y yo, sin ninguna vacilación y sin preguntar nada (tiene mucho miedo a preguntar en voz alta), abrirá. Ahora Dmitri Fiódorovich conoce también estas señales.

–¿Por qué las conoce? ¿Se las has transmitido? ¿Cómo te has atrevido a transmitírselas?

–Por ese mismo miedo. ¿Cómo iba a atreverme a callar ante él? Dmitri Fiódorovich todos los días machacaba: «Tú me engañas, ¡me ocultas alguna cosa! ¡Te voy a romper las dos piernas!». Entonces le comuniqué esas señales secretas para que viera por lo menos mi sumisión y se convenciera de que no le engaño y de que le pondré al corriente de todo.

–Si crees que empleará estas señales para entrar, impídeselo.

–Y si me ha dado un ataque, ¿cómo impedirle que entre, incluso suponiendo que pudiera atreverme a impedírselo, sabiendo que es tan furioso?

–¡Ah, diablos! ¿Por qué estás tan convencido de que te vendrá la epilepsia, mal rayo te parta? ¿Te estás riendo de mí, quizá?

–¿Cómo he de atreverme a reírme de usted y cómo quiere que tenga ganas de reírme, con tanto miedo? Presiento que me dará un ataque, tengo este presentimiento, y será por mi miedo.

–¡Ah, diablo! Si tú guardas cama, que vigile Grigori. Advierte de antemano a Grigori; lo que es él, no le dejará entrar.

–Sin orden del señor, no me atrevo de ningún modo a decir nada de las señales a Grigori Vasílievich. Y eso de que Grigori Vasílievich le oiga y no le deje entrar, ha de saber usted que está enfermo desde ayer y Marfa Ignátievna tiene la intención de hacerle una cura mañana. Así lo han acordado hace poco. La cura que hacen es muy curiosa: Marfa Ignátievna sabe preparar un licor, con no sé que hierba, conoce el secreto; es un licor muy fuerte, siempre lo tiene a mano.

Con esta medicina secreta cura a Grigori Vasílievich unas tres veces al año, cuando le duele toda la cintura, como si tuviera parálisis, unas tres veces al año, sí. Entonces Marfa Ignátievna coge una toalla, la moja en esa infusión y le frota toda la espalda durante media hora, hasta que le queda la toalla seca, la piel se pone roja y se hincha; luego, lo que queda en el frasco se lo da a beber a la vez que reza una oración, pero no se lo da todo, pues una pequeña parte, en estos casos raros, se la deja para sí y también la bebe. Y le diré que los dos, como gente no acostumbrada a beber, se quedan en seguida roques y duermen largo tiempo como troncos; Grigori Vasílievich, cuando se despierta, casi siempre se encuentra bien y curado; en cambio, Marfa Ignátievna se despierta siempre con dolor de cabeza. De modo que si mañana Marfa Ignátievna cumple su propósito, difícilmente podrá Grigori Vasílievich oír a Dmitri Fiódorovich y cerrarle el paso. Estará durmiendo.

–¡Qué desatino! Y todo eso coincide de golpe, como hecho adrede: tú con un ataque y los otros dos sin sentido! –gritó Iván Fiódorovich–. ¿No será que tú mismo quieres presentar las cosas de modo que coincidan? –soltó de pronto, sin querer, y frunció las cejas amenazador.

–¿Cómo iba yo a presentarlas... y para qué, si todo depende exclusivamente de Dmitri Fiódorovich y de lo que él piense?... Si quiere hacer una barbaridad, la hará; en otro caso, no voy a ir yo a buscarle y a empujarle contra su padre.

–¿A qué quieres que venga él aquí y aun a escondidas, si Agrafena Alexándrovna, como tú mismo dices, no se va a presentar? –prosiguió Iván Fiódorovich, palideciendo de rabia–; lo has dicho tú mismo, y también yo, viviendo aquí, he estado siempre convencido de que el viejo no hace más que fantasear y que esa mujerzuela no vendrá a verle. ¿Para qué, pues, tiene que meterse Dmitri en casa del viejo si ésa no viene? ¡Dímelo! Quiero saber lo que piensas.

–Usted mismo sabe muy bien a qué puede venir, poco importa lo que yo piense. Vendrá aunque sólo sea por su rabia o por su recelo en el caso de que yo caiga enfermo, por ejemplo; sospechará y vendrá impaciente a buscar por el aposento, como ayer, por si se las hubiera arreglado ella para entrar sin ser vista. Él sabe también con toda certeza que Fiódor Pávlovich tiene un gran sobre preparado y sellado con tres mil rublos dentro; está sellado con tres sellos y atado con una cinta, lleva una inscripción de puño y letra de Fiódor Pávlovich, que dice: «A mi ángel Grúshenka, si quiere venir». Tres días después, añadió: «y a mi pollita». Pues ahí está el problema.

–¡Es absurdo! –gritó Iván Fiódorovich, casi furioso–. Dmitri no va a robar el dinero ni matará a su padre, ni mucho menos, por esto. Ayer pudo haberlo matado por Grúshenka, pues no sabía lo que se hacía, loco de rabia, ¡pero no robará!

–Ahora tiene mucha necesidad de dinero, lo necesita más que el pan que come, Iván Fiódorovich. Usted no se lo puede figurar –explicó Smerdiakov con una calma extraordinaria y una notable claridad–. Además, esos tres mil rublos los considera como suyos, como si le pertenecieran; él mismo me lo ha declarado: «Mi padre me ha quedado a deber, aún, exactamente tres mil rublos». Sobre todo esto, Iván Fiódorovich, piense además una cosa que es la pura verdad: puede darse casi por seguro que si Agrafena Alexándrovna quiere, le hará casarse con ella; quiero decir al señor, al propio Fiódor Pávlovich, eso si quiere, y es posible que quiera. Eso de que no vendrá lo digo yo, pero es posible que ella quiera hacer esto y algo más, o sea, convertirse en señora. Yo mismo sé que su mercader, Samsónov, le ha dicho a ella con toda franqueza que ese asunto no sería nada descabellado, y se reía. Esa mujer no tiene un pelo de tonta. No se va a casar con un pelado como Dmitri Fiódorovich. Ahora, teniendo esto en cuenta, reflexione usted mismo, Iván Fiódorovich, y

verá que en ese caso ni a Dmitri Fiódorovich ni siquiera a usted ni a su hermanito Alexéi Fiódorovich les tocará nada, absolutamente nada, después de la muerte de su padre; ni un rublo, porque Agrafena Alexándrovna, si se casa, será para poner bienes y capital a nombre suyo. En cambio, si ahora muriese su padre, a cada uno de ustedes le corresponderían seguros cuarenta mil rublos en seguida, incluso a Dmitri Fiódorovich, al que tanto odia su padre, pues no se ha hecho testamento... Todo esto lo sabe muy bien Dmitri Fiódorovich...

Pareció que a Iván Fiódorovich se le crispaba y se le estremecía el rostro. De pronto, Iván se puso colorado.

–¿Por qué, pues, estando así las cosas –interrumpió vivamente a Smerdiakov–, me aconsejas que vaya a Chermashnia? ¿Qué has querido decirme, con esto? Yo partiré y aquí sucederán esas cosas. –Iván Fiódorovich respiraba penosamente.

–Tiene toda la razón –contestó con calma y reflexionando Smerdiakov, a la vez que observaba muy atentamente a Iván Fiódorovich.

–¿Por qué tengo toda la razón? –siguió preguntando Iván Fiódorovich, haciendo un gran esfuerzo por contenerse, con los ojos encendidos, amenazadores.

–He hablado porque le tengo lástima. Si estuviera yo en su lugar, lo mandaría todo a paseo... en vez de estar pendiente de un caso semejante... –respondió Smerdiakov, mirando sin disimulo a los ojos relampagueantes de Iván Fiódorovich.

Los dos permanecieron unos momentos en silencio.

–Me parece que eres un gran idiota y, desde luego... ¡un perfecto canalla!

Iván Fiódorovich se levantó bruscamente del banco. Quería dirigirse en seguida a la portezuela, pero de pronto se detuvo y se volvió hacia Smerdiakov. Ocurrió algo extraño: Iván Fiódorovich, de repente, como por efectos de una convulsión, se mordió los labios, apretó los puños... desde luego,

un instante más y se habría abalanzado sobre Smerdiakov. Así, por lo menos, lo notó éste en el mismo instante, se estremeció y retiró todo el cuerpo hacia atrás. Pero el instante transcurrió felizmente para Smerdiakov, e Iván Fiódorovich, silencioso y como perplejo, se volvió hacia la portezuela.

–Mañana parto para Moscú, si quieres saberlo; mañana a primera hora, ¡y nada más! –gritó de pronto con rabia, articulando nítidamente las palabras; más tarde se sorprendería de haber sentido entonces la necesidad de decir esto a Smerdiakov.

–Es lo mejor que puede hacer –respondió éste, como si hubiera esperado tales palabras–. ¡Sólo que pueden molestarle llamándole por telégrafo para que regrese desde Moscú si aquí ocurre algo!

Iván Fiódorovich se detuvo otra vez y de nuevo se volvió rápidamente hacia Smerdiakov. Pero también a éste, al parecer, le había sucedido algo. En un abrir y cerrar de ojos desapareció su desdeñoso aire de familiaridad; en su cara se reflejaba una atenta y anhelante expectación, pero ya tímida y servil: «¿No dirás nada más, no añadirás alguna otra cosa?», se leía en su anhelante mirada, fija en Iván.

–Y de Chermashnia, ¿no me iban a llamar... si ocurría alguna cosa? –vociferó Iván Fiódorovich, que elevó terriblemente la voz sin saber por qué.

–De Chermashnia también... le llamarían –balbuceó Smerdiakov casi en un susurro, como si se desconcertara, pero sin dejar de mirar fijamente, muy fijamente, a Iván Fiódorovich a los ojos.

–Sólo que Moscú está lejos, mientras que Chermashnia está cerca. ¿Te da pena, quizá, que gaste dinero en el viaje y por esto insistes en Chermashnia, o sientes que dé una vuelta tan grande?

–Tiene toda la razón... –balbuceó ya con voz temblorosa Smerdiakov, con sonrisa vil y preparándose convulsivamente para dar a tiempo un salto atrás.

Pero de súbito Iván Fiódorovich, con gran sorpresa de Smerdiakov, soltó una carcajada y se dirigió a buen paso hacia la portezuela sin dejar de reír. Quien le hubiera mirado el rostro habría llegado a la conclusión, con toda probabilidad, de que no se reía así de alegría. Ni él mismo habría sido capaz de explicar, por nada del mundo, lo que le pasaba en aquel momento. Caminaba a sacudidas, como si sufriera convulsiones.

7. «Con un hombre inteligente, da gusto hablar»

Y hablaba del mismo modo. Al entrar en la sala, vio a Fiódor Pávlovich y le gritó, gesticulando: «Me voy arriba, a mi cuarto; no vengo a verle a usted, adiós», y pasó, esforzándose incluso por no mirar a su padre. Es muy posible que el viejo le fuera excesivamente odioso en ese momento, pero una manifestación tan abierta de hostilidad fue inesperada incluso para Fiódor Pávlovich. El viejo, por lo visto, quería comunicarle alguna cosa y por eso había salido a recibirle en la sala; pero al oír palabras tan amables, se detuvo sin decir nada y con aire burlón siguió con la mirada al hijo, hasta verle desaparecer por la escalera del desván.

–¿Qué le pasa a éste? –preguntó en seguida a Smerdiakov, que acababa de entrar siguiendo a Iván Fiódorovich.

–Alguna cosa le ha puesto de mal humor, no hay quien le entienda –balbuceó Smerdiakov evasivamente.

–¡Que se vaya al diablo! ¡Allá él con su mal humor! Prepara el samovar y date prisa a retirarte, rápido. ¿Nada nuevo?

Siguieron preguntas como aquellas de las que Smerdiakov se quejaba a Iván Fiódorovich hacía un momento, es decir, acerca de la esperada visitante, y no vamos a reproducirlas aquí. Media hora después la casa estaba cerrada y el loco viejo iba y venía solo por las habitaciones, esperando, anhelante, que de un momento a otro sonaran los cinco golpes con-

venidos; de vez en cuando miraba por las ventanas sin ver otra cosa que la oscuridad.

Era ya muy tarde, pero Iván Fiódorovich no dormía; reflexionaba. Se acostó muy avanzada la noche, alrededor de las dos. No vamos a referir todo el curso de sus pensamientos ni nos ha llegado aún el momento de penetrar en su alma: ya le llegará su turno. Y aunque intentáramos relatar algo, resultaría muy complicado hacerlo, porque no eran pensamientos lo que en ella había, sino algo muy indefinido y, sobre todo, en exceso emocional. Él mismo tenía la sensación de ir a la deriva. Le atormentaban también deseos extraños y casi totalmente inesperados, como por ejemplo: pasada ya la medianoche, experimentó de pronto el vivísimo e irresistible deseo de bajar, abrir la puerta, entrar en el pabellón y dar una paliza a Smerdiakov; pero si le hubieran preguntado por qué, no habría sido capaz de exponer ni una sola causa con precisión, a no ser, quizá, la de que el lacayo se le había hecho odioso como el ofensor más molesto que pueda darse en la tierra. Por otra parte, más de una vez, aquella noche, sintió el alma invadida por cierto apocamiento inexplicable y humillante que le hacía perder –él lo notaba– como de manera repentina las fuerzas físicas. La cabeza le dolía y le daba vueltas. Una sensación de odio le agarrotaba el alma, como si se dispusiera a vengarse de alguien. Llegó a odiar incluso a Aliosha, al recordar la conversación que había sostenido con él; en algunos momentos se odió enormemente a sí mismo. Casi se olvidó de pensar en Katerina Ivánovna y más tarde se sorprendió mucho de que así hubiera sido, tanto más cuanto que él recordaba muy bien cómo en la mañana anterior, cuando ante la joven se jactaba con tanta seguridad de que partiría hacia Moscú al día siguiente, se susurró para sí, en el fondo del alma: «Esto es absurdo, no te irás, ni te será tan fácil la separación como ahora lo dices, fanfarroneando». Al rememorar aquella noche mucho tiempo después, Iván Fiódorovich recordaba con especial aversión que a ve-

ces, de súbito, se levantaba del diván y con gran cautela, como si temiera terriblemente que le estuvieran observando, abría la puerta y se ponía a escuchar cómo abajo, en las habitaciones de la planta inferior, se movía y paseaba Fiódor Pávlovich; se quedaba escuchando largo rato, unos cinco minutos cada vez, con rara curiosidad, conteniendo el aliento y con el corazón agitado; desde luego no sabía por qué hacía todo aquello, por qué escuchaba. Después, durante toda su vida, calificó de «abominable» este «proceder», y en el fondo de sí mismo, en los escondrijos de su alma, lo tuvo por el acto más vil de su existencia. Respecto al propio Fiódor Pávlovich, en cambio, no experimentaba en aquellos momentos ni siquiera odio de ninguna clase; sentía únicamente, no sabía por qué, una curiosidad avasalladora: le oía pasear, se figuraba lo que debía de hacer abajo, adivinaba y se imaginaba a su padre mirando por las oscuras ventanas, o bien deteniéndose de súbito en medio del aposento a esperar la llamada convenida. Por dos veces salió Iván Fiódorovich al rellano de la escalera para dedicarse a tal ocupación. Cuando todo estuvo en silencio y se hubo acostado Fiódor Pávlovich, cerca de las dos, también él se acostó con el firme propósito de dormirse pronto, pues se sentía espantosamente fatigado. Y en efecto: se sumió en seguida en un profundo sueño y durmió sin la menor pesadilla; pero se despertó pronto, hacia las siete, cuando ya amanecía. Abrió los ojos y, con gran sorpresa suya, sintió afluir en él una extraordinaria energía; saltó rápidamente de la cama, se vistió; sacó luego su maleta y al instante comenzó a prepararla con prisa. Había recibido de la lavandera toda la ropa interior, y hasta se sonrió al pensar que todo había salido bien, que ningún obstáculo entorpecía su repentino viaje. Aunque Iván Fiódorovich había dicho la víspera (a Katerina Ivánovna, a Aliosha y luego a Smerdiakov) que se iba al día siguiente, cuando se había acostado a dormir no había pensado en su partida, lo recordaba muy bien; por lo menos no había pensado de nin-

gún modo que por la mañana, al despertarse, lo primero que haría sería preparar la maleta. Por fin tuvo preparada la maleta y una bolsa de viaje: eran ya casi las nueve de la mañana cuando Marfa Ignátievna se presentó y le hizo la pregunta habitual de todos los días: «¿Dónde desea tomar el té, aquí o abajo?». Iván Fiódorovich bajó; se le veía casi alegre, aunque se notaba en él, en sus palabras y en sus gestos, cierta nerviosa precipitación. Después de haber saludado afablemente a su padre y de haberse interesado incluso por su salud, sin esperar de todos modos que Fiódor Pávlovich acabara de contestarle, declaró que una hora más tarde se marcharía a Moscú para quedarse allí, y pidió que mandara preparar los caballos. El viejo oyó la noticia sin la menor sorpresa, y de forma en alto grado incorrecta olvidó manifestar que sentía la marcha del hijo; en cambio, en seguida empezó a preocuparse vivamente por un asunto propio muy importante, del que se acordó en aquel momento.

–¡Vaya, hombre! ¡Parece mentira! Por qué no me lo dijiste ayer... Bueno, da lo mismo, aún podremos arreglar la cuestión. Hazme un gran favor, hijo mío: llégate hasta Chermashnia. No tienes que hacer más que doblar a la izquierda en la estación de postas de Volovia, se trata de una docenita de verstas, y te llegas a Chermashnia.

–Perdone, no puedo: la estación de ferrocarril se encuentra a ochenta verstas de aquí y el tren parte para Moscú a las siete de la tarde; queda el tiempo justo para tomarlo.

–Tómalo mañana o pasado mañana, pero hoy dobla hacia Chermashnia. ¡Qué te cuesta tranquilizar a tu padre! Si no estuviera yo ocupado aquí, ya habría ido, porque el asunto, allí, es urgente y de extraordinaria importancia, pero ahora no puedo ausentarme... Verás, tengo allí dos parcelas de bosque, una en Beguíchevo y otra en Diáchkino, en los eriales. Los Máslov, padre e hijo, mercaderes, me ofrecen sólo ocho mil rublos por la tala, mientras que el año pasado se presentó un comprador que me ofrecía ya doce mil, pero

no es de aquí, ésa es la cuestión. Porque a los de aquí ahora no hay modo de venderles nada: todo lo acaparan los Máslov, padre e hijo, que tienen centenares de miles de rublos; has de aceptar lo que te den, y nadie, aquí, se atreve a dar más. Pero Ilinski, el pope, me escribió el jueves pasado comunicándome que había llegado Gorstkin, también mercader; le conozco, y lo bueno es que no es de aquí, sino de Pogrebovo, y por esto no teme a los Máslov. Dice que me da por la tala once mil rublos, ¿lo oyes? Y aquí no se queda más de una semana, según me escribe el pope. Deberías de ir para llegar a un acuerdo...

–Escriba al pope, que lo haga él.

–No sabe, ésta es la cosa. Ese pope no entiende nada en estas cuestiones. Tiene un corazón de oro, yo no dudaría un momento en confiarle veinte mil rublos sin recibo, pero no le vayas con negocios; no parece un hombre, un cuervo le engañaría. Y es un hombre muy instruido, figúrate. Ese Gorstkin parece un mujik, lleva una casaca azul, sólo que por su carácter es un perfecto canalla, ése es el mal para todos nosotros, que miente, es su manera de ser. A veces cuenta cada bulo que te quedas de una pieza, sin comprender por qué lo hace. Tres años atrás contó que había quedado viudo y que ya se había vuelto a casar; pues figúrate, no era verdad: no se le había muerto la mujer, que aún vive y cada tres días le da una paliza. Ahora es cuestión de enterarse de si miente o dice la verdad cuando habla de que quiere comprar y de que ofrece once mil rublos.

–Pero yo tampoco sacaré aquí nada en claro, tampoco soy hombre de negocios.

–Espera; podrás hacerlo, yo te explicaré en qué te has de fijar al tratar con Gorstkin, hace tiempo que le conozco. Fíjate: has de mirarle a la barba; lleva una barbita bermeja, feúcha, poco poblada. Si la barbita le tiembla, pero él habla y se enoja, no está mal, eso significa que dice la verdad y que quiere cerrar trato; pero si se acaricia la barba con la mano

izquierda y se ríe, cuidado, lo que quiere es dar gato por liebre, algo trama. No le mires nunca a los ojos, por los ojos nunca sacarás nada en claro, son como agua turbia, es un granuja; mírale la barba. Te daré una nota para él, se la muestras. Su verdadero nombre no es Gorstkin, sino Liagavi[1], pero no le llames así, se ofendería. Si te pones de acuerdo con él y ves que el asunto va bien, escríbeme en seguida. Basta que escribas: «No miente, según parece». Mantente firme en los once mil rublos; puedes rebajar mil, pero no más. Imagínate: de ocho a once, la diferencia es de tres mil rublos. Es como si esos tres mil me cayeran del cielo, pues no es tan fácil encontrar ahora a un comprador, y necesito el dinero como no tienes idea. Cuando me des a entender que el asunto va en serio, yo mismo me llegaré hasta allí y cerraré el trato, de una manera u otra sacaré el tiempo. Pero ahora, ¿para qué voy a hacer este viaje, si a lo mejor todo esto son imaginaciones del pope? Bueno, ¿vas, o no?

–Bah, ¡no tengo tiempo, no insista!

–¡Haz ese favor a tu padre, lo tendré en cuenta! Todos sois gente sin corazón, ¡eso es! ¿Qué significan para ti un día o dos? ¿Adónde te vas ahora, a Venecia? No se va a desplomar tu Venecia en un par de días. Mandaría a Aliosha, ¿pero cómo meto a Aliosha en estas cuestiones? Si te lo pido a ti es porque eres un hombre inteligente, ¿crees que no me doy cuenta? No negocias con madera, pero tienes vista. Se trata sólo de comprender si ese hombre habla en serio o no. Te lo repito, fíjate en la barba: si la barbita le tiembla, es que la cosa va en serio.

–¿Usted mismo me empuja a esa maldita Chermashnia? –gritó Iván Fiódorovich, sonriendo malignamente.

Fiódor Pávlovich no se dio o no quiso darse cuenta de la hostilidad con que las palabras habían sido dichas, pero hizo caso de la sonrisa:

1. Nombre que se da al perro de muestra.

–Así, pues, ¿irás, irás? Ahora mismo te escribo la nota.

–No sé si iré o no, lo decidiré por el camino.

–¿Por qué por el camino? Decídelo ahora. ¡Decídelo, hijo mío! Si os ponéis de acuerdo, me escribes un par de líneas; se las das al pope, que en un momento me enviará tu billetito. Luego no te detendré, vete a Venecia. El pope te llevará a la estación de postas de Volovia en su coche...

El viejo estaba entusiasmado; escribió la nota, mandó preparar el carruaje, sirvieron unos bocadillos, coñac. Cuando estaba contento, el viejo siempre se mostraba expansivo, pero esta vez parecía contenerse. No dijo, por ejemplo, ni una palabrita acerca de Dmitri Fiódorovich. La separación no le enternecía en absoluto. Hasta habríase dicho que no encontraba de qué hablar; Iván Fiódorovich se dio perfecta cuenta: «Debía estar harto de mí», pensó para sus adentros. Sólo al despedirse del hijo, ya en el porche, el viejo, al parecer, empezó a conmoverse un poco e iba a besarle. Pero Iván Fiódorovich se apresuró a tenderle la mano para estrecharle la suya, con el visible propósito de evitar los besos. El viejo lo entendió en seguida y al instante se contuvo.

–¡Que Dios te guarde, que Dios te guarde! –repitió desde el porche–. ¿Supongo que volverás aún estando yo en vida, eh? Puedes volver, siempre me alegraré de que vuelvas. Bueno, ¡que Cristo te acompañe!

Iván Fiódorovich subió al carricoche.

–¡Adiós, Iván! ¡No me guardes mucho rencor! –le gritó el padre por última vez.

Salieron a despedirle todos los de la casa: Smerdiakov, Marfa y Grigori. Iván Fiódorovich les regaló diez rublos a cada uno. Cuando se sentó en el coche, Smerdiakov acudió presuroso para ponerle bien la manta.

–Ya ves... voy a Chermashnia... –se le escapó de pronto a Iván Fiódorovich, como si las palabras hubieran salido por sí mismas, como la víspera, y aun con una risita burlona. Lo recordó, luego, durante mucho tiempo.

–Así tiene razón la gente cuando dice que con un hombre inteligente da gusto hablar –respondió firmemente Smerdiakov, lanzando una mirada penetrante a Iván Fiódorovich.

El carricoche se puso en marcha y emprendió veloz carrera. El viajero sentía confusa el alma, pero miraba ávidamente en torno: los campos, las colinas, los árboles, una bandada de patos que volaron a mucha altura por el cielo azul. De pronto experimentó una inefable sensación de bienestar. Se puso a charlar con el cochero; algo de lo que éste le dijo le interesó sobremanera, pero un minuto más tarde se dio cuenta de que las palabras le habían pasado rozando los oídos y de que, en realidad, no había comprendido la respuesta del mujik. Se calló; también sin decir nada experimentaba una sensación agradable: el aire era limpio, puro, fresco; el cielo era azul. Emergieron en el pensamiento las imágenes de Aliosha y de Katerina Ivánovna; pero él se sonrió suavemente, sopló con dulzura sobre los queridos fantasmas y éstos se desvanecieron: «Ya habrá tiempo para ellos», pensó. Pronto llegaron a la estación de postas, cambiaron de caballos y salieron a toda marcha hacia Volovia. «¿Por qué da gusto hablar con un hombre inteligente? ¿Qué ha querido decir, con esto? –de pronto pareció que se le cortaba la respiración–. ¿Y por qué le he dicho que iba a Chermashnia?» Llegaron a la posta de Volovia. Iván Fiódorovich se apeó; los cocheros le rodearon. Discutieron y fijaron el precio para el viaje a Chermashnia, a doce verstas por un camino vecinal, como servicio extra. Mandó enganchar. Entró en la posta, miró a su alrededor, contempló a la mujer del jefe de la estación y, de pronto, volvió al porche del edificio.

–No hay que ir a Chermashnia. ¿Llegaré a la estación de ferrocarril antes de las siete?

–Podemos llegar. ¿Enganchamos, o no?

–No te demores. ¿Irá mañana a la ciudad alguno de vosotros?

–Claro, Mitri irá.

–¿Podrías hacerme un favor, Mitri? Pásate por casa de mi padre, Fiódor Pávlovich Karamázov, y dile que no he ido a Chermashnia. ¿Puedes hacerlo?

–¿Por qué no? Pasaré por allí; hace mucho tiempo que conozco a Fiódor Pávlovich.

–Toma una propinita, porque a lo mejor él no te la da... –se rió alegremente Iván Fiódorovich.

–Seguro que no me dará nada –se rió también Mitri–. Gracias, señor, cumpliré su encargo...

A las siete de la tarde, Iván Fiódorovich subió al vagón y voló hacia Moscú. «Fuera todo el pasado, con su mundo, desde luego; que no quede de él ni huella ni recuerdo; adiós, para siempre; me voy hacia un mundo nuevo, hacia nuevos lugares, ¡sin mirar atrás!» Pero en vez del entusiasmo, penetraron de pronto en su alma tales tinieblas, y tanta tristeza en su corazón, como nunca había experimentado en toda su vida. Se pasó toda la noche meditando; el vagón volaba. Sólo al amanecer, cerca ya de Moscú, pareció como si, de pronto, Iván Fiódorovich despertara.

–¡Soy un canalla! –balbuceó para sus adentros.

En cuanto a Fiódor Pávlovich, el hombre se quedó muy contento cuando hubo despedido al hijo. Durante dos horas enteras se sintió casi feliz y bebió un poco de coñac; pero de improviso se produjo en la casa un incidente muy lamentable y desagradabilísimo para todos, que sumió a Fiódor Pávlovich en la mayor de las confusiones: Smerdiakov iba por alguna cosa al sótano y cayó desde el primer peldaño de la escalera. Menos mal que en el patio se encontraba casualmente Marfa Ignátievna y lo oyó a tiempo. No vio la caída, pero oyó el grito, un grito especial, extraño, que le era conocido desde hacía tiempo: el grito del epiléptico que sufre un ataque. No había modo de saber si Smerdiakov sufrió el ataque en el momento en que empezó a bajar la escalera y rodó sin sentido hasta abajo, o si, al contrario, la caída y la con-

moción provocaron en el criado, conocido epiléptico, la crisis. El hecho es que le encontraron va en el fondo del sótano, retorciéndose y sacudido por terribles convulsiones, con espuma en la boca. Al principio creyeron que se había roto algo, un brazo o una pierna, que se había herido; sin embargo, «Dios le había amparado», según se expresó Marfa Ignátievna: no se había hecho daño al caer; de todos modos, resultó difícil sacarlo del sótano. Lo lograron después de pedir ayuda a los vecinos. El propio Fiódor Pávlovich estuvo presente en toda la operación y ayudó a trasladar al enfermo; se le veía asustado y como sin saber qué hacer. El enfermo no volvía en sí; los ataques cesaban por cierto tiempo, pero volvían a producirse y todo el mundo llegó a la conclusión de que el caso era como el del año anterior, cuando Smerdiakov tuvo la desgracia de caer del desván. Recordaron que entonces le aplicaron hielo a las sienes. Aún se encontró hielo en el sótano y Marfa Ignátievna tomó las medidas pertinentes; al atardecer, Fiódor Pávlovich mandó a buscar al doctor Herzenstube, quien se presentó inmediatamente. Después de examinar con toda detención al enfermo (ese doctor, un hombre ya muy entrado en años y respetabilísimo, era el más concienzudo y meticuloso de toda la provincia), declaró que el ataque era extraordinario y «podía poner en peligro la vida» que, por de pronto, no lo comprendía todo, pero que al día siguiente por la mañana, si los remedios que iba a recetar no surtían efecto, se decidiría a dar otros. Acostaron al enfermo en el pabellón, en un cuarto contiguo al aposento de Grigori y Marfa Ignátievna. Luego, Fiódor Pávlovich sufrió durante todo el día una desdicha tras otra: se encargó de prepararle la comida Marfa Ignátievna, y la sopa, en comparación con la que preparaba Smerdiakov, salió como «lavazas»; la gallina quedó tan reseca que no había manera de masticarla. A los reproches amargos, si bien justificados, del señor, Marfa Ignátievna objetaba que la gallina era muy vieja y que ella no se había preparado para cocinera. Al ano-

checer surgió otro contratiempo: informaron a Fiódor Pávlovich de que Grigori, quien desde hacía tres días se encontraba mal, había tenido que meterse en cama casi totalmente enfermo, con fuerte dolor de cintura. Fiódor Pávlovich se apresuró a tomar el té lo antes posible y se encerró solo en su casa. Se encontraba en una terrible y alarmante espera. El caso era que tenía casi como cierta la llegada de Grúshenka aquella noche. Lo creía así porque ya por la mañana temprano Smerdiakov le había asegurado, casi, que «ella había prometido indudablemente venir». Al turbulento viejales le latía el corazón a todo latir; Fiódor Pávlovich iba y venía por sus habitaciones desiertas, aguzando el oído. Había que mantenerse alerta: Dmitri Fiódorovich podía estar al acecho por ahí cerca, y cuando ella llamara a la ventana (Smerdiakov había afirmado a Fiódor Pávlovich, hacía ya tres días, que le había contado a ella dónde debía llamar y cómo), Fiódor Pávlovich debería abrir la puerta lo más rápidamente posible, sin retener a Grúshenka en vano ni un segundo en el zaguán, para que no se asustara y no huyera, ¡no lo quisiera Dios! Fiódor Pávlovich estaba inquieto, pero nunca había sentido el corazón bañado en una esperanza tan dulce: ¡casi podía afirmarse con seguridad que esta vez ella iba a venir sin falta!...

Libro sexto

Un monje ruso

1. El stárets Zosima y sus visitantes

Cuando Aliosha, lleno de alarma y de dolorosa angustia, entró en la celda del stárets, se detuvo casi perplejo: en vez de encontrar al enfermo agonizante, como temía, y, quizá, sin conocimiento, le vio sentado en el sillón, con la cara animosa y alegre, aunque demacrada por la fatiga, rodeado de visitas con las que sostenía un apacible y lúcido coloquio. Con todo, se había levantado de la cama, a lo sumo, un cuarto de hora antes de que Aliosha llegara; las visitas, en cambio, se habían reunido en su celda antes y esperaban que despertase ateniéndose a la firme seguridad del padre Paísi de que «el maestro se levantará sin duda alguna para conversar una vez más con quienes tiene cerca del corazón, como él mismo ha afirmado y ha prometido aun por la mañana». El padre Paísi creía firmemente en esa promesa, como en toda palabra del stárets moribundo, hasta el punto de que si lo hubiera visto ya sin conocimiento e incluso sin respiración, no habría creído, quizá, ni en su muerte, si el stárets le hubiese prometido que iba a levantarse una vez más a despedirse de él; se habría quedado esperando que el moribundo despertara y cumpliera lo prome-

tido. Y el caso era que aquella mañana el stárets Zosima le había dicho antes de dormirse: «No moriré sin deleitarme una vez más conversando con vosotros, amados de mi corazón; contemplaré aún vuestros entrañables rostros, os abriré aún mi alma de par en par». Los que se habían reunido para esa conversación –probablemente la última– del stárets, eran sus más fieles amigos desde hacía muchos años. Eran cuatro: los monjes sacerdotes padre Iósif y padre Paísi, el padre Mijaíl, también monje sacerdote y superior del eremitorio, hombre ni muy viejo, ni muy sabio, de origen modesto, pero de espíritu firme, de fe sencilla e inquebrantable, de apariencia ruda, aunque de honda ternura en el corazón, que ocultaba, por lo visto, hasta como si experimentara por ello cierta vergüenza. El cuarto visitante era un pequeño monje muy sencillo y muy viejo, de la más pobre extracción campesina, el hermano Anfim, poco menos que iletrado, poco hablador y pacífico, que no conversaba casi nunca con nadie, manso entre los mansos, con el aspecto del hombre asustado toda la vida por algo grande y espantoso, fuera del alcance de su mente. A este hombre casi tembloroso, el padre Zosima le quería mucho, y toda la vida le había tratado con extraordinaria estimación, aunque, quizá, con nadie había cruzado tan pocas palabras como con él, pese a que en otro tiempo, durante muchos años, recorrieron juntos, en peregrinaje, toda la santa Rus. Hacía de ello mucho tiempo, unos cuarenta años, fue cuando el stárets Zosima dio comienzo a su vida de penitencia en un pobre monasterio de Kostromá, poco conocido, y algo más tarde, acompañó al padre Anfim en sus peregrinaciones para recoger limosnas en beneficio de su pobre y pequeño cenobio. Todos, anfitrión y huéspedes, se habían acomodado en la segunda estancia del stárets, aquella en que éste tenía su cama, una estancia muy pequeña, como ya hemos indicado en otro lugar, de modo que los cuatro hombres (aparte del novicio Porfiri, que permanecía de pie) apenas cabían en torno al sillón del stárets, en sillas traídas de la estancia primera. Empezaba a

oscurecer; la habitación se iluminaba con la luz de las lamparillas y de las velas de cera encendidas ante los iconos. Al ver a Aliosha que, confuso, se había detenido en el umbral, el stárets le sonrió jubiloso y le tendió una mano:

–Hola, dulce amigo; hola, amigo querido, ya estás aquí. Ya sabía yo que llegarías.

Aliosha se le acercó, se inclinó ante él hasta el suelo y se puso a llorar. Algo se le desgarraba en el corazón, el alma se le estremecía, sentía ganas de sollozar.

–Qué haces, espera a llorarme –el stárets sonrió, poniéndole la mano derecha en la cabeza–; ya ves, estoy sentado conversando, quizá viva aún veinte años como me deseó ayer aquella buena y simpática mujer de Vishegorie, con su pequeña Lizaveta en brazos. ¡Acuérdate, Señor, de la madre y de la niña! –El stárets se santiguó–. Porfiri, ¿has llevado su donativo a donde te dije?

Se refería a las seis monedas de diez kópeks que le había entregado su jubilosa admiradora la víspera para que las diera él «a otra más pobre que yo». Tales ofrendas proceden de penitencias impuestas por propia voluntad sobre uno mismo por el motivo que sea, y se han de hacer necesariamente con dinero ganado con trabajo propio. El stárets había mandado ya a Porfiri –la propia víspera– a hacer entrega de aquellos kópeks a una menestrala de nuestra ciudad, viuda y con hijos, obligada a pedir limosna después de haber sufrido un incendio no hacía mucho. Porfiri se apresuró a declarar que había cumplido el encargo y que había hecho la entrega, tal como se le había ordenado, «de parte de una bienhechora anónima».

–Levántate, amigo mío –prosiguió diciendo el stárets a Aliosha–, deja que te mire. ¿Has estado en casa de los tuyos y has visto a tu hermano?

A Aliosha le pareció extraño que el stárets le preguntara con tanta firmeza y precisión por uno de sus hermanos, ¿pero a cuál se refería? Así, pues, había sido por ese hermano, quizá, por quien le había mandado a la ciudad ayer y hoy.

–He visto a uno de mis hermanos –contestó Aliosha.

–Yo me refiero al de ayer, al mayor, aquel ante el que me incliné hasta rozar el suelo.

–A éste le vi ayer, pero hoy no he podido dar con él –dijo Aliosha.

–Date prisa a encontrarle; mañana vete otra vez y date prisa, déjalo todo y date prisa. Quizás aún llegues a tiempo de evitar algo espantoso. Ayer me incliné ante los grandes sufrimientos que le esperan.

De pronto enmudeció y pareció como si reflexionara. Aquellas palabras eran extrañas. El padre Iósif, que había presenciado cómo el stárets se había inclinado hasta el suelo el día anterior, cambió una mirada con el padre Païsi. Aliosha no pudo contenerse:

–Padre y maestro –articuló con extraordinaria emoción–, son demasiado oscuras sus palabras... ¿Qué sufrimientos le esperan?

–No seas curioso. Ayer me pareció descubrir algo terrible... fue como si su mirada hubiera expresado, ayer, todo su destino. Miró una vez de tal manera... que se me estremeció el corazón al ver lo que ese hombre está preparando para sí mismo. Una o dos veces en la vida he visto en algunos una expresión parecida... como un reflejo de todo su destino, y aquellos destinos, ¡ay!, fueron realidad. Te mandé a su lado, Aliosha, por creer que tu cara fraterna le ayudaría. Pero todo depende del Señor y en sus manos están nuestros destinos. «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva» [1]. Recuérdalo. A ti, Alexéi, muchas veces te he bendecido mentalmente en mi vida por tu rostro, quiero que lo sepas –articuló el stárets, sonriendo dulcemente–. He aquí lo que de ti pienso: saldrás fuera de estas paredes y vivirás en el mundo como un monje. Tendrás muchos adversarios, pero incluso tus enemigos te

1. San Juan, XII, 24.

amarán. Sufrirás muchas desgracias, pero con ellas, precisamente, serás feliz y bendecirás la vida, y harás que otros la bendigan, que es lo más importante. Así eres tú. Padres y maestros míos –se sonrió con ternura, dirigiéndose a sus huéspedes–, nunca hasta hoy he dicho, ni siquiera a él, por qué el rostro de este joven ha sido tan grato a mi alma. Sólo ahora lo diré: su rostro ha sido para mí como un recuerdo y como un presagio. En la aurora de mis días, niño aún, murió un hermano mío muy joven, a los diecisiete años; yo le vi morir. Luego, en el transcurso de mi vida, me he ido convenciendo poco a poco de que aquel hermano fue para mi destino como una señal y una predestinación de las alturas, pues de no haber aparecido en mi vida, de no haber existido él nunca, jamás habría tomado yo la dignidad monacal, así lo creo, ni habría emprendido este camino precioso. Aquella primera aparición se produjo cuando era yo niño, y he aquí que al final de mi camino se me presenta ante mis propios ojos como repetida. Lo prodigioso, padres y maestros míos, es que pareciéndose a él tan sólo un poco de cara, Alexéi se le parece tanto, a mi modo de ver, espiritualmente, que muchas veces le he tomado sin más ni más por aquel joven hermano mío, venido a verme misteriosamente al final de mi camino, como recuerdo y aliento espiritual, de modo que me he quedado sorprendido de mí mismo y de esta extraña ilusión. Ya lo oyes, Porfiri –se dirigió al novicio que le cuidaba–. Muchas veces he visto en tu rostro como una expresión de amargura por sentir yo más afecto hacia Alexéi que hacia ti. Ahora ya sabes por qué, pero yo a ti te aprecio, quiero que lo sepas, y muchas veces me ha entristecido tu pena. En cuanto a vosotros, huéspedes míos bien amados, quiero hablaros de este joven, hermano mío, pues en mi vida no ha habido una aparición más preciosa, más profética ni más enternecedora que la suya. Tengo lleno de afecto el corazón y contemplo toda mi vida, en este momento, como si de nuevo volviera a vivirla...

He de indicar aquí que esta última conversación del stárets con quienes le visitaron durante el último día de su vida, se ha conservado en parte escrita. La escribió como recuerdo Alexéi Fiódorovich Karamázov, poco tiempo después de la muerte de su maestro. Pero si este escrito reproduce totalmente aquella conversación o si Aliosha añadió en él algo de sus precedentes conversaciones con el maestro, ya es cosa que no puedo afirmar; además, en el escrito, la conversación del stárets se presenta como ininterrumpida, como si el anciano expusiera su vida en forma de relato dirigiéndose a sus amigos, mientras que, según lo que luego se contó, había sucedido algo distinto, pues la conversación, entonces, fue general, y si bien las visitas interrumpieron poco a su stárets, el hecho es que hablaron y contaron cosas de sus propias vidas, mezclándose en la conversación, aparte de que aquella continuidad del relato no pudo darse porque el stárets a veces se ahogaba, perdía la voz e incluso se acostó a descansar en su cama, si bien no se durmió, y los visitantes no abandonaron sus sitios. Una o dos veces la conversación fue interrumpida por la lectura de unos pasajes del Evangelio, que leyó el padre País. Es de notar, asimismo, que ninguno de los presentes creía que el desenlace se produjera aquella misma noche, tanto menos cuanto que el padre Zosima, después de su profundo sueño durante el día, parecía haber recobrado de pronto nuevas fuerzas aquella última tarde de su vida, fuerzas que le sostuvieron durante todo el largo coloquio con sus amigos. Fue como un último resplandor de ternura que mantuvo en él una insólita animación, pero sólo por breve plazo, pues la vida se le cortó de súbito... Pero de esto, hablaremos más adelante. Por de pronto quiero decir que he preferido no exponer todos los detalles de esa conversación y me he limitado al relato del stárets según el manuscrito de Alexéi Fiódorovich Karamázov. Así resultará más breve y menos fatigoso, aunque, repito, Aliosha puede haber introducido en su escrito muchas cosas de conversaciones precedentes.

2. De la vida del stárets Zosima, monje sacerdote y asceta, muerto en la paz del Señor, según redacción hecha a base de sus propias palabras por Alexéi Fiódorovich Karamázov

Datos biográficos

a) Acerca del joven hermano del stárets Zosima

Amados padres y maestros míos, nací en una lejana provincia del Norte, en la ciudad de V.; mi padre era noble, pero no pertenecía a la alta nobleza ni ocupaba un encumbrado puesto en la administración del Estado. Murió cuando yo tenía sólo dos años, y no le recuerdo en absoluto. Dejó a mi madre una pequeña casa de madera y algo de capital, suficiente, sin ser grande, para vivir libre de estrecheces. Éramos dos hijos: mi hermano mayor, Markel, y yo, Zinovi. El era unos ocho años mayor que yo, de carácter impulsivo e irritable, pero bondadoso; no se burlaba de los demás y era muy callado, sobre todo en casa, conmigo, con nuestra madre y con nuestra servidumbre. Estudiaba en el colegio, con satisfactorios resultados, pero no hacía buenas migas con sus camaradas, si bien no reñía con ellos; por lo menos así lo explicaba nuestra madre. Medio año antes de su muerte, cuando había cumplido ya diecisiete años, empezó a visitar con frecuencia a un hombre que llevaba una vida solitaria en nuestra ciudad, algo así como un deportado político, expulsado de Moscú por librepensador. Ese deportado era hombre de mucho saber y un filósofo muy conocido en la Universidad. No sé por qué se encariñó con Markel y empezó a recibirle en su casa. El joven se pasó tardes enteras con él, durante todo el invierno, hasta que reclamaron al deportado a Petersburgo para ocupar un puesto del Estado a petición suya, pues tenía protectores. Llegó la Cuaresma y Markel no quiso observar el ayuno, despotricaba contra él y se

burlaba: «Todo esto son pamemas (decía), y Dios no existe», de modo que llenaba de espanto a mi madre, a nuestra servidumbre y a mí mismo, que era pequeño, y aunque sólo tenía nueve años, también me asustaba mucho oír aquellas palabras. Nuestros criados eran siervos, en total cuatro personas, todos ellos comprados a nombre de un propietario amigo nuestro[1]. Aún recuerdo cómo de estas cuatro personas vendió nuestra madre una, la cocinera Afimia, coja y entrada en años, por sesenta rublos en billetes, y en su lugar puso a otra cocinera, persona libre. Y he aquí que a la sexta semana del ayuno, mi hermano empezó a sentirse peor; siempre había sido enfermizo del pecho, era de complexión débil, propenso a la tisis, delgado, flaco, aunque bastante alto y de rostro muy agradable. No sé si se resfrió o qué, pero el doctor vino y pronto susurró a nuestra madre que se trataba de tisis galopante y que el enfermo no pasaría de la primavera. Nuestra madre se puso a llorar, empezó a rogar a mi hermano, con mucha precaución (sobre todo para no asustarle), que ayunara, que fuera a la iglesia y se preparara para confesarse y comulgar, pues entonces aún no debía guardar cama. Al oír esto, mi hermano se irritó y despotricó contra el templo de Dios, pero luego se quedó pensativo: en seguida adivinó que estaba enfermo de gravedad y que por ello nuestra madre quería que, mientras tuviera fuerzas, fuese a la iglesia y comulgase. De todos modos, ya sabía él mismo que estaba enfermo desde hacía tiempo, y un año antes de lo que cuento, nos dijo una vez a mi madre y a mí, con sangre fría, sentados a la mesa: «No estaré mucho en este mundo entre vosotros, quizá no llegue a vivir ni un año»; fue como un

1. Cuatro siervos no son muchos: indican que la familia, aunque noble, tiene pocos recursos. El que los siervos estén comprados a nombre de otro propietario se puede deber al hecho de que así se evitaba el pagar los impuestos, cosa que seguramente no representaba un problema para su amigo, más rico, o simplemente a que no tenían dinero suficiente para comprarlos y el otro lo hacía por ellos.

vaticinio. Pasaron unos tres días y entramos en Semana Santa. Desde el martes por la mañana, mi hermano fue a la iglesia. «Esto lo hago por usted, mamita, para darle una alegría y tranquilizarla», dijo a nuestra madre. La madre se puso a llorar de alegría y de pena: «Seguro que su fin está próximo, si se ha operado en él un cambio tan brusco». Pero él no pudo acudir mucho tiempo a la iglesia; tuvo que guardar cama, de modo que le confesaron y le dieron la comunión ya en casa. Llegaron días claros, luminosos, perfumados, la Pascua era tardía aquel año. Recuerdo que Markel se pasaba la noche tosiendo, dormía mal, y al llegar la mañana se vestía y procuraba sentarse en un blando sillón. Así le recuerdo: sentado, quietecito, humilde, sonriéndose, enfermo, pero con la faz risueña y alegre. Espiritualmente era otro, distinto por completo, ¡tan maravilloso resultaba el cambio que de súbito había hecho! Entraba a verle en la habitación la vieja aya: «Permíteme, mi niño, que te encienda una lamparilla ante el icono». Él no lo habría permitido antes, hasta habría apagado la lucecita. «Enciéndela, querida, enciéndela; yo era un monstruo cuando te lo prohibía. Tú rezas a Dios al encender la lamparilla, yo rezo al alegrarme de tu vista. Así, pues, rezamos al mismo Dios.» Estas palabras nos parecían muy extrañas; nuestra madre se retiraba a su habitación y lloraba, pero al entrar a verle se secaba las lágrimas y ponía cara alegre. «Mamita, no llores, querida –decía él a veces–, aún viviré mucho, aún tendremos muchas alegrías juntos, porque la vida es hermosa, ¡llena de dicha y de júbilo!» «Ah, hijo mío, ¿dónde está para ti la dicha, si de noche la fiebre te consume y toses como si el pecho te fuera a estallar?» «Mamá –le respondía–, no llores, la vida es un paraíso, todos estamos en el paraíso, pero no lo queremos reconocer; si quisiéramos reconocerlo, mañana mismo la tierra quedaría convertida en paraíso.» Todos nos admirábamos de sus palabras, pues hablaba con una rara convicción; nos conmovíamos y llorábamos. Venían a vernos algunos conocidos:

«Amigos, decía, queridos amigos míos, ¿qué he hecho yo para merecer vuestro afecto, por qué me queréis tanto y cómo es posible que antes no lo supiera, no lo apreciara?» A los criados que entraban en su habitación, les decía a cada momento: «Queridos míos, ¿por qué me servís? ¿Soy digno de que me prestéis vuestros servicios? Si Dios me perdonara y me dejara con vida, yo mismo os serviría a vosotros, pues todos debemos servirnos unos a otros». Nuestra madre, oyéndole, movía la cabeza: «Hijo querido, es la enfermedad la que te hace hablar así». «Madre, alegría de mi vida –decía–, es imposible que no haya señores y esclavos; deja, pues, que sea yo servidor de mis criados, como lo son ellos para mí. Y además te diré, mamita, que cada uno de nosotros es culpable de todo ante todos, y yo más que nadie.» Mamá, entonces, hasta se sonrió, lloraba y se sonreía: «¿En qué –dijo– eres más culpable que nadie ante todos? Hay asesinos y bandidos, ¿qué pecados has tenido tiempo de hacer tú, que te culpas más que a nadie?». «Madrecita, gotita de sangre mía –dijo (entonces empezó a emplear palabras cariñosas como éstas, inesperadas)–, mi gotita de sangre entrañable, alegría de mi corazón, has de saber que en verdad cada persona es culpable ante todos, por todos y por todo. No sé cómo explicártelo, pero siento que es así, lo siento hasta atormentarme. ¿Cómo hemos podido vivir, antes, enojándonos y sin saber nada?» Así se levantaba después del sueño, cada día más y más conmovido, lleno de alegría, temblando todo él de amor. Venía a veces el doctor, el viejo alemán Eisenschmidt: «Qué, doctor, ¿viviré aún un día más en este mundo?», le preguntaba a veces bromeando mi hermano. «No un día más, sino muchos días más –solía responderle el doctor–; aún vivirá meses y años.» «¡Para qué años y para qué meses! –exclamaba a veces–. No es cuestión de contar los días, al hombre le basta un solo día para llegar a conocer toda la felicidad. Queridos míos, para qué reñir, para qué vanagloriarnos, para qué recordar las ofensas: vamos al jardín, vamos a

pasear y a juguetear, vamos a amarnos y a alabarnos unos a otros, y a besarnos, y a bendecir nuestra vida.» «Su hijo no está para poder vivir mucho en este mundo –dijo el doctor a nuestra madre cuando ella le acompañó hasta la puerta–, la enfermedad le ha turbado la razón.» Las ventanas de su cuarto daban al jardín, y nuestro jardín era umbroso, con viejos árboles en que comenzaban a apuntar las yemas; empezaron a llegar al jardín los primeros pájaros, que se pusieron a retozar y a cantar junto a sus ventanas. De pronto, mientras los contemplaba embelesado, se puso a pedirles perdón también a ellos: «Pájaros del buen Dios, pajaritos risueños, perdonadme también vosotros, porque también ante vosotros he pecado». Entonces, en nuestra casa, nadie podía entender eso, pero él lloraba de alegría: «Sí –decía–, toda esta gloria divina estaba a mi alrededor: pájaros, árboles, prados, cielos, sólo yo vivía en la vergüenza, yo solo lo deshonraba todo, y no veía la hermosura y la gloria». «Son muchos los pecados que sobre ti tomas», le decía llorando nuestra madre a veces. «Madrecita, alegría de mi corazón, lloro de gozo, no de pena; yo mismo deseo ser culpable ante ellos, sólo que no puedo explicártelo, pues no sé cómo puedo quererlos. Que sea yo pecador ante todos; en cambio, todos me perdonarán, y eso es el paraíso. ¿Acaso no estoy ahora en el paraíso?»

Y hubo mucho más, que no hay modo de recordar y referir. Me acuerdo de que una vez entré en su habitación solo, cuando no había nadie con él. Era al caer de la tarde, una hora llena de luz, el sol iba a su ocaso y alumbraba toda la estancia con sus rayos oblicuos. Me había visto y me había hecho una señal para que entrara; yo me acerqué; me tomó con ambas manos por los hombros, me miró a la cara con ternura, con amor; no me dijo nada, sólo me miró así cosa de un minuto: «Bueno –dijo luego–, ahora vete, juega, ¡vive por mí!». Salí y me fui a jugar. Después, a lo largo de la vida, he recordado muchas veces, ya con lágrimas, cómo me había

mandado vivir por él. Aún dijo muchas palabras bellas y maravillosas, aunque entonces no podíamos comprenderlas. Murió tres semanas después de Pascua, con toda lucidez, y aunque ya había dejado de hablar, no se le modificó la expresión del rostro hasta la mismísima última hora: miraba con alegría, el contento le brillaba en los ojos, nos buscaba con la mirada, nos sonreía, nos llamaba. Hasta en la ciudad se habló mucho de su fallecimiento. Entonces, todo aquello me conmovió, pero no demasiado, si bien lloré desconsoladamente cuando le enterraron. Yo era muy joven, un niño, pero todo aquello dejó en mi alma una huella imborrable, allí quedó escondido el sentimiento. A su hora todo debía manifestarse y dar su fruto. Y así fue.

b) Acerca de la Sagrada Escritura en la vida del padre Zosima

Quedamos solos mi madre y yo. Pronto buenos amigos la aconsejaron: «No le queda más que un hijo –le decían–, y no son pobres, tienen capital; ¿por qué no manda a su hijo a Petersburgo, como hacen otros?; quedándose aquí, quizá le prive de un brillante porvenir». Acabaron por convencerla de que me llevara a la escuela de cadetes para poder ingresar más tarde en la Guardia Imperial. Mi madre vaciló durante mucho tiempo: cómo iba a separarse de su último hijo; pero se decidió, al fin, aunque no sin derramar abundantes lágrimas, creyendo contribuir así a labrar mi felicidad. Me acompañó a Petersburgo y me hizo entrar en aquella institución; desde entonces no volví a ver a mi madre, pues tres años más tarde feneció; había pasado los tres años penando por los dos hijos, consumida por la angustia. De mi casa paterna no me llevé más que recuerdos luminosos, pues no hay recuerdos más preciosos para el hombre que los de su primera infancia en casa de sus padres, y ello siempre es así, por pizca

de amor y de unión que en la familia haya. Sí, hasta de la peor familia es posible conservar preciosos recuerdos si tu propia alma es capaz de buscar lo valioso. En los recuerdos de mi casa incluyo los que se refieren a la historia sagrada, por la que aun siendo pequeño sentía yo entonces gran curiosidad. Tenía un libro de historia sagrada, con ilustraciones magníficas, que se titulaba *Ciento cuatro historias sacras del Antiguo y del Nuevo Testamento;* con aquel libro aprendí a leer. Aún lo tengo, lo guardo en mi estantería como una reliquia. Pero incluso antes de que aprendiera a leer, recuerdo cómo experimenté por primera vez cierta emoción religiosa; no tenía más de ocho años. Mi madre me llevó a mí solo (no recuerdo dónde se encontraba entonces mi hermano) al templo del Señor, a misa, el lunes de Semana Santa. El día era claro, y ahora, al recordarlo, me parece que veo otra vez cómo salía del incensario el humo del incienso y ascendía hacia lo alto, mientras que arriba, en la cúpula, por una estrecha ventanita, irrumpían hacia nosotros, en la iglesia, los rayos divinos, y en ellos parecía fundirse el humo del incienso, subiendo en armoniosas espirales. Miraba yo conmovido aquel espectáculo y por primera vez mi alma recibió conscientemente la semilla de la palabra divina. Hacia el centro de la iglesia avanzó un adolescente con un gran libro, un libro tan grande que, según me pareció entonces, a aquel muchacho le costaba trabajo llevarlo; lo colocó en un facistol, lo abrió y empezó a leer; entonces, de pronto, por primera vez comprendí algo, por primera vez en la vida comprendí lo que leían en el templo de Dios. Había en la tierra de Hus un hombre justo y piadoso; tenía tantas riquezas, tantos camellos, tantas ovejas y tantos asnos; sus hijos se divertían, él los quería mucho y rogaba por ellos a Dios: quizás habían pecado, divirtiéndose. Y he aquí que el diablo se presenta ante Dios, junto con los hijos del Señor, y le dice que ha recorrido toda la tierra y ha estado por debajo de la tierra. «¿Has visto a mi siervo Job?», le pregunta Dios. Y Dios se felicitó

ante el diablo por la gran santidad de su siervo. El diablo se sonrió al oír las palabras de Dios: «Entrégamelo y verás que tu siervo se sublevará y maldecirá tu nombre». Y entregó Dios a su justo, por Él tan amado, al diablo. Satán le mató los hijos y los rebaños, le dispersó las riquezas, todo de golpe, como rayo del cielo. Entonces Job se desgarró las vestiduras, se arrojó al suelo y clamó: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré a la tierra. Dios me lo ha dado, Dios me lo ha quitado: sea el nombre de Dios bendito». Padres y maestros míos, perdonadme estas lágrimas que ahora derramo, pues toda mi infancia parece elevarse de nuevo ante mis ojos y ahora respiro como respiraba entonces con mi pecho infantil de ocho años; experimento, como entonces, sorpresa, confusión y alegría. Los camellos impresionaron entonces mi imaginación, y Satán, que hablaba de aquel modo con Dios, y Dios, que decidía entregarle su siervo, y su siervo que exclamaba: «Que tu nombre sea bendito a pesar de que me tratas con tanto rigor», y luego el cántico suave y dulce del templo: «Que mi plegaria sea escuchada», ¡y otra vez el incienso del incensario que movía el sacerdote, y plegaria con genuflexión! Desde entonces no he podido leer esta sacra historia –aún ayer la tuve en mis manos– sin lágrimas en los ojos. ¡Cuánta grandeza hay en ella, cuánto hay de misterioso, de insondable! Después oí muchas veces lo que decían burlones y blasfemos, con palabras llenas de orgullo: cómo pudo Dios entregar al predilecto de sus santos al escarnio del diablo y dejar que éste le quitara los hijos y le hiriera con una maligna sarna, de modo que aquel varón perfecto y recto tomaba una teja para rascarse con ella, y todo para poderse felicitar ante el diablo, como diciendo: «¡Ya ves lo que uno de mis santos puede sufrir por mí!». Pero la grandeza está en el misterio ahí contenido: en este lugar, se tocan la fugacidad de lo terreno y la verdad eterna. Ante la verdad terrena se realiza la acción de la verdad eterna. Ahí el Creador, como en los primeros días de la Creación, cuando ter-

minaba el día con las palabras «lo que he creado es bueno», mira a Job y se felicita otra vez de lo que ha creado. Y Job, al glorificar al Señor, no sólo le sirve a Él, sino que sirve a toda su Obra, de generación en generación, por los siglos de los siglos, pues a ello estaba predestinado. ¡Qué libro y qué enseñanzas, Señor! ¡Qué libro el de la Sagrada Escritura, qué milagro y qué fuerza se dan con él al hombre! Es como la representación esculpida del mundo y del hombre, así como de los caracteres humanos; todo se halla en este libro, nombrado e indicado por los siglos de los siglos. Y cuántos misterios resueltos y descubiertos: Dios vuelve a su estado a Job, le reintegra sus riquezas; pasan otra vez muchos años y Job tiene ya otros hijos, a los que ama. «Señor: ¿Pero cómo podía amar a esos nuevos hijos –podría uno preguntarse–, habiéndose quedado sin los primeros? Recordando a aquéllos, ¿cómo era posible sentirse plenamente feliz, como antes, por entrañables que los nuevos hijos le fuesen?» Pero es posible, es posible: el gran misterio de la vida humana hace que el dolor pasado se vaya trocando poco a poco en una dulce y conmovedora alegría; en vez de la bullente sangre juvenil, llega la modesta y serena vejez: yo bendigo todos los días la salida del sol y mi corazón le eleva como siempre un canto, pero ya me es más querido su ocaso, ya prefiero sus largos rayos oblicuos y, con ellos, los recuerdos tranquilos, modestos, enternecedores, las entrañables imágenes de toda la larga y bendita vida, ¡y por encima de todo, la verdad divina que apacigua, que reconcilia, que todo lo perdona! Mi vida toca a su fin, lo sé y lo percibo, mas cada día que me queda siento cómo mi vida terrena entra ya en contacto con una vida futura nueva, infinita, ignota, pero ya muy próxima, y su presentimiento me hace vibrar el alma de entusiasmo, me inunda de luz el espíritu y me hace llorar de gozo el corazón... Amigos y maestros, más de una vez he oído decir, y últimamente se ha repetido aún con más fuerza, que los sacerdotes de Dios, sobre todo los de los pueblos, se lamentan compun-

gidos y en todas partes por la escasez de lo que perciben y por la humillación que con ello sufren; declaran sin ambages y hasta lo escriben con letras de imprenta (yo mismo lo he leído) que ahora no pueden ya explicar al pueblo las Sagradas Escrituras, pues su sueldo es escaso, y que si vienen los luteranos y los herejes y comienzan a esparcirles las ovejas, que se las lleven, pues es poco, dicen, lo que cobramos. ¡Dios del cielo!, pienso yo, que les dé el Señor más de lo que representa este sueldo al que tanta importancia conceden (pues también es justa su queja), pero de verdad os digo: ¡por lo menos la mitad de la culpa de que sea así, si alguien hay culpable, la tenemos nosotros mismos! Admitamos que el pope rural no tenga tiempo, admitamos que le asiste la razón cuando dice que está absorbido por el trabajo y los oficios divinos, pero no es todo el tiempo el que tiene ocupado; una hora a la semana, por lo menos, puede encontrarla para acordarse también de Dios. Además, no trabaja todos los días del año. Que reúna en su casa una vez a la semana, mejor al atardecer, aunque sea primero a los niños nada más; los padres los oirán y empezarán a acudir también. No necesita construir ningún palacio para esto, que los reciba simplemente en su casa, en su isba; que no tenga miedo, no se la van a ensuciar; total los reúne por una hora. Que abra ese Libro y que empiece a leer sin comentarios rebuscados ni presunción, sin ponerse por encima de ellos, con fervor y modestia, alegrándose él mismo de leer y de ser escuchado y comprendido, sintiendo él mismo amor por las palabras que lee, deteniéndose sólo de vez en cuando para aclarar alguna palabra incomprensible a la gente sencilla; que lo haga así y que no se preocupe, ¡comprenderán!, ¡el corazón ortodoxo lo comprende todo! Que les lea la historia de Abraham y de Sara, de Isaac y de Rebeca, la de Jacob, que fue a casa de Laban y después de haber luchado en sueños con el Señor, dijo: «Este lugar es terrible», y cautivará el piadoso espíritu de la gente sencilla. Que les lea, sobre todo a los niños, cómo unos

hermanos vendieron como esclavo al predilecto de su padre, al adolescente José, interpretador de sueños y gran profeta, y al padre le dijeron que una fiera había despedazado a su hijo, cuyas ropas ensangrentadas le mostraron. Que les lea cómo, más tarde, los hermanos hicieron un viaje a Egipto en busca de trigo, y José, ya alto dignatario en la corte del Faraón, no reconocido por ellos, los persiguió, los acusó, retuvo al hermano pequeño, Benjamín, sin dejar de amarles: «Os amo y, amándoos, os atormento». Pues siempre recordaba, sin cesar, cómo le habían vendido en algún lugar de la ardiente estepa, junto a un pozo, a unos mercaderes, y cómo él, retorciéndose las manos, había llorado y suplicaba que no le vendieran como esclavo en tierra extraña; al verlos después de tantos años, volvió a sentir por ellos un amor infinito, pero los hacía sufrir, los atormentaba aun amándolos. Por fin se apartó un día de su lado sin poder soportar los tormentos de su propio corazón, se echó sobre su cama y lloró; después se secó la cara y, radiante, volvió a su lado, y les anunció: «¡Hermanos, soy José, el hermano vuestro!». Que lea, después, cómo se alegró el viejo Jacob al tener noticia de que su hijo predilecto aún vivía, y quiso ir a Egipto, abandonando incluso su patria, y murió en tierra extraña, legando como testamento, por los siglos de los siglos, la grandiosa palabra misteriosamente recogida durante toda su vida en su tímido y medroso corazón acerca de que de su linaje, de la tribu de Judá, saldría la gran esperanza del mundo, su Reconciliador y Salvador. Padres y maestros, perdonad y no toméis a mal que, como un pequeñuelo, os hable de lo que sabéis hace tiempo y podríais enseñarme a mí mismo con palabras cien veces más sabias y hermosas. Hablo así movido sólo por mi entusiasmo, ¡y perdonad mis lágrimas, pues amo ese Libro! Que llore también el sacerdote de Dios y verá que en respuesta se conmueven asimismo los corazones de sus oyentes. Sólo se necesita una semilla pequeña, minúscula: que la arroje al alma de la gente sencilla y la simiente no

morirá, vivirá en el alma de esta gente toda la vida, escondida allí en medio de las tinieblas, entre la hediondez de sus pecados, como un punto luminoso, como un recuerdo sublime. No es necesario, no es necesario hacer largos comentarios ni perderse en sabias enseñanzas, la gente sencilla lo comprende todo simplemente. ¿Creéis que el pueblo no comprenderá? Haced la prueba, leedle después la historia tierna y conmovedora de la bella Ester y de la orgullosa Vasti; o la maravillosa leyenda del profeta Jonás en el vientre de la ballena. No os olvidéis, tampoco, de las parábolas del Señor, sobre todo de las del Evangelio de San Lucas (como he hecho yo); ni, luego, de los Hechos de los Apóstoles, de la conversión de Saúl (esto sin falta, ¡sin falta!); ni, finalmente, de las *Cheti-Minéi* [1], aunque sólo sea la vida de Alejo, el «Hombre de Dios», y la vida de la mayor de las grandes mártires, la que vio a Dios y llevaba a Cristo en su corazón, Maria Egipciaca; penetraréis en el alma del pueblo con estos ingenuos relatos, y en total, sólo una hora por semana, pese a los menguados emolumentos; bastará una hora. El sacerdote verá que nuestro pueblo es misericordioso y agradecido, que le recompensa cien veces lo que haya hecho; recordando el fervor y el celo del pope, así como la emoción de sus palabras, la gente sencilla le ayudará voluntariamente en los trabajos del campo y de la casa, le respetará, además, en mucha mayor medida que antes; ya con esto aumentará lo que el sacerdote gana. La cosa es tan sencilla que a veces uno hasta tiene miedo de manifestarla para que no se rían quienes lo oigan; sin embargo, ¡es tan verdadera! Quien no cree en Dios, tampoco cree en el pueblo de Dios. En cambio, quien no dude del pueblo de Dios, verá también la santidad del alma del pueblo, aun cuando hasta ese momento no hubiera creído en ella. Sólo el pueblo y su futura fuerza espiritual convertirán a nuestros ateos, desligados de su propia tierra.

1. Véase la nota de la pág. 73.

¿Y qué es la palabra de Cristo sin el ejemplo? Sin la Palabra Divina, el pueblo se perderá, pues el alma está sedienta de esta Palabra y de bellas obras. En mi juventud, hace ya mucho tiempo, unos cuarenta años, recorríamos el padre Anfim y yo toda la Rus, recogiendo limosnas para nuestro monasterio; una vez pasamos la noche con unos pescadores, a la orilla de un gran río navegable; se sentó con nosotros un joven de agradable aspecto, un campesino de unos dieciocho años que se apresuraba para llegar a tiempo, al día siguiente, a su puesto y tirar de la sirga una barcaza de mercaderes. Vi que miraba ante sí con mirada tierna y luminosa. La noche era clara, tranquila, tibia, una noche de julio; el río era ancho, despedía un vaho que nos refrescaba; chapoteaba un pez que otro, los pájaros habían enmudecido, todo está en calma, todo respira paz, todo elevaba una plegaria a Dios. Sólo no dormíamos nosotros dos, aquel joven y yo, y nos pusimos a hablar de la hermosura de este mundo divino y de su gran misterio. Cada hierbecita, cada bichito, la hormiga, la dorada abeja, todo conoce de manera asombrosa su camino sin tener inteligencia, testimoniando el misterio divino, dándole cumplimiento sin cesar; vi que se encendía el corazón de aquel simpático joven. Me confió que le gustaban el bosque y los pájaros que en él viven; era cazador de pájaros, reconocía su canto, sabía atraérselos; para mí, nada hay mejor que el bosque, decía, aunque todo es hermoso. «Cierto –le respondí–, todo es hermoso y admirable, porque todo es verdad. Mira –le dije– el caballo, noble animal tan próximo al hombre, o el buey, encorvado y pensativo, que nutre al hombre y trabaja para él; mira su aspecto: cuánta sumisión, cuánta fidelidad al hombre, quien a menudo les pega sin piedad; cuánta dulzura, cuánta confianza y cuánta hermosura en su mirada. Y es conmovedor saber que esos animales están limpios de pecado, pues todo, absolutamente todo, excepto el hombre, es puro; conmueve saber que estuvo Cristo con los animales antes que con los hombres.» «¿Es posible

–preguntó el joven –que también esté con ellos Cristo?» «Cómo puede ser de otro modo –le respondí–, si el Verbo está destinado a todo; toda criatura, todo cuanto respira, cada hojita tiende hacia el Verbo, canta la gloria de Dios, llora a Cristo sin tener de ello conciencia, y lo hace con el misterio de su vida sin pecado. Allí –le dije– en el bosque deambula el terrible oso, fiero y amenazador, sin tener de ello la menor culpa.» Y le conté cómo una vez se acercó un oso a un gran santo que buscaba su salvación en una pequeña celda, en el bosque; el ermitaño sintió compasión por la fiera, salió impávido a su encuentro y le tendió un pedazo de pan: "Vete –pareció decirle–, y que Cristo te acompañe", y la fiera terrible se fue obediente y mansa, sin haberle hecho daño alguno [1]. El joven se conmovió al saber que la fiera se había ido sin haber hecho ningún daño y que Cristo también está con ella.» «¡Oh –dijo–, qué admirable es esto, qué admirable y maravillosa es la obra de Dios!» Permaneció largo rato sentado, pensativo, en sosegada y dulce meditación. Vi que me había comprendido. Luego se durmió a mi lado, con sueño apacible y puro. ¡Que el Señor bendiga a la juventud! Y rogué por él yo mismo, antes de dormirme a mi vez. ¡Señor, envía la paz y la luz a tus criaturas!

c) Recuerdo acerca de la adolescencia y juventud del stárets Zosima, en sus años de vida en el mundo. El duelo

Pasé mucho tiempo, unos ocho años, en Petersburgo, en la escuela de cadetes, y con la nueva educación que recibí quedaron ahogadas muchas de las impresiones de mi infancia, aunque no olvidé nada. Adquirí, en cambio, tantos nuevos

1. Referencia a una leyenda sobre San Sergio de Rádonezh *(c.* 1321-1391).

hábitos e incluso opiniones, que me convertí en un ser casi salvaje, cruel y absurdo. Aprendí maneras corteses, mundanas, a la vez que la lengua francesa, pero todos nosotros, yo también, considerábamos auténticas bestias a los soldados que nos servían en la escuela. Yo, quizá, más que nadie, pues en todo era el más receptivo de los camaradas. Cuando salimos convertidos ya en oficiales, estábamos dispuestos a verter nuestra sangre por el honor del regimiento, pero en cuanto al verdadero honor, casi ninguno de nosotros tenía idea de su existencia, y yo habría sido el primero en reírme de él si me hubiera enterado de que existía. Nos enorgullecíamos, o poco menos, de nuestras borracheras, de nuestros escándalos y de nuestras bravuconerías. No diré que fuésemos malos; todos aquellos jóvenes eran buenos, pero se comportaban mal y yo peor que nadie. El caso era que había entrado en posesión de mi capital y por esto me lancé a vivir a mi gusto, dejándome llevar por todas mis apetencias juveniles, sin freno, a velas desplegadas. Pero he aquí una cosa sorprendente: entonces leía libros, incluso con placer; sólo que no leía casi nunca la Biblia, aunque no me separé de ella, siempre la llevaba conmigo: en verdad, conservé aquel libro, sin darme cuenta de ello, «para un día y una hora, para un mes y un año». A los cuatro años, poco más o menos, de servicio militar, me encontré por fin en la ciudad de K., donde entonces estaba de guarnición nuestro regimiento. Había en ella una sociedad variada, numerosa y amiga de diversiones, acogedora y rica; a mí me recibían bien en todas partes, pues yo era alegre de carácter y, además, no pasaba por pobre, lo cual en el mundo significa bastante. Entonces se produjo un hecho que sirvió de principio para todo. Puse afecto en una doncella joven y hermosa, inteligente y digna, de distinguido y noble carácter, de honorable familia. No eran gente de poca monta, poseían riquezas, influencias y poder; me dispensaron una acogida cariñosa y cordial. Me pareció que la joven me miraba con ojos amorosos y se me inflamó el corazón en

pos de aquel ensueño. Más tarde llegué a comprender y a darme plena cuenta de que quizá no la había amado con tanta fuerza sino que reverenciaba tan sólo la inteligencia y el elevado carácter de la joven, como era inevitable. El amor propio, no obstante, me impidió entonces pedir su mano: me parecía penoso y terrible decir adiós a las tentaciones de la vida desenfrenada y libre de soltero en aquellos años mozos, tanto más cuanto que disponía de dinero. Hice, sin embargo, algunas alusiones. En todo caso, aplacé para cierto tiempo todo paso decisivo. De pronto, me mandaron en comisión de servicio a otro distrito, por dos meses. Vuelvo pasados los dos meses y me entero de que la doncella se ha casado ya con un rico propietario de los alrededores, un hombre joven aún, si bien mayor que yo, con buenas relaciones en la capital y entre la alta sociedad, cosa de que yo carecía; era un hombre muy amable y, por añadidura, muy instruido, mientras que la instrucción que había recibido yo tenía mucho que desear. Me quedé tan estupefacto ante aquel acontecimiento inesperado, que hasta se me ofuscó la razón. Lo importante del caso estaba en que, según me enteré en seguida, aquel joven propietario era el novio de la doncella desde hacía tiempo; yo mismo lo había encontrado a menudo en su casa, pero no me había dado cuenta de nada, cegado por mis propios méritos. Fue esto, sobre todo, lo que me hirió: ¡Cómo! ¿Casi todo el mundo lo sabía y yo no sabía nada? Experimenté una rabia insoportable. Con el sonrojo en la cara, comencé a recordar cómo muchas veces casi le había declarado mi amor sin que ella me detuviera ni me advirtiera, lo cual significaba, me dije, que se había estado burlando de mí. Después, claro está, comprendí y recordé que no se había reído en lo más mínimo; al contrario, ella misma interrumpía bromeando tales conversaciones y comenzaba otras en su lugar; pero entonces no pude verlo así y ardí en deseos de venganza. Recuerdo con sorpresa que esa venganza y mi cólera me resultaban en extremo penosas y desagradables a mí mismo, pues dada la blandura de mi ca-

rácter no podía guardar rencor mucho tiempo contra nadie, mas, por esto, en cierto modo me excitaba a mí mismo hasta volverme grosero y absurdo. Estaba al acecho de una ocasión propicia, y una vez, durante una reunión muy concurrida, logré ofender a mi «rival» por una cuestión, al parecer, totalmente ajena a mi persona, riéndome del punto de vista que él expuso acerca de un suceso entonces muy importante –estábamos en el año 1826[1]–; logré burlarme, dijeron los presentes, con mucho ingenio y habilidad. Le exigí una explicación y me comporté con tanta grosería, cuando me la dio, que él aceptó el reto, pese a la enorme diferencia que había entre nosotros, pues yo era más joven, insignificante y de rango inferior. Después me enteré a ciencia cierta de que había aceptado mi reto también por celos: ya antes se había sentido un poco celoso de mí, cuando su mujer era todavía su novia; pensó que si ella se enteraba de que él había sido ofendido por mí y no se había decidido a retarme a duelo, podía sentir por él cierto desprecio, incluso sin querer, lo cual iría en detrimento de su amor. Pronto encontré un padrino, un camarada, teniente de nuestro regimiento. Aunque el duelo era severísimamente perseguido, en aquel entonces estaba hasta cierto punto de moda entre los militares, prueba de las hondas y sólidas raíces que pueden echar a veces los prejuicios. Estábamos a fines de junio; el encuentro fue señalado para el día siguiente, a las siete de la mañana, fuera de la ciudad; entonces me sucedió algo en cierto modo fatal. Al atardecer,

1. El 14 de diciembre de 1825 había tenido lugar en San Petersburgo la llamada revuelta de los «decembristas», primera revuelta no palaciega, sino de signo político, con pretensiones de introducir cambios en el régimen del país. Fue dirigida por un grupo de militares de la nobleza, pero fracasó. A principios de 1826 tuvo lugar la ejecución por ahorcamiento de cinco dirigentes, la condena a trabajos forzados de los demás oficiales y el severo castigo corporal para los soldados que habían seguido a sus jefes. El hecho tuvo un gran impacto en la sociedad culta del momento y una gran trascendencia para la historia rusa posterior.

vuelto a casa furioso e inmoderado, la tomé contra mi ordenanza Afanasi y le di dos bofetadas con toda mi fuerza, de modo que le puse la cara ensangrentada. No hacía mucho que lo tenía a mi servicio; otras veces le había pegado, pero nunca con tan fiera crueldad. Creedme, amigos míos, han transcurrido más de cuarenta años desde entonces, y recuerdo aquella escena, aún ahora, con vergüenza y dolor. Me acosté, dormí unas tres horas, me levanté; ya apuntaba el día. De pronto decidí vestirme, no tenía más deseos de dormir; me acerqué a la ventana, la abrí –daba al jardín–, vi que salía el sol; el aire era tibio; el día, magnífico; cantaban los pájaros. ¿Por qué será, me pregunté, que experimento una sensación de vergüenza y repugnancia? ¿No será porque me dispongo a verter sangre? No, me respondí, no me parece que sea por esto. ¿Será porque temo la muerte, temeré que me maten a mí? No, no es esto, de ningún modo es esto... De pronto me di cuenta de cuál era la cuestión: ¡la cuestión estaba en que había pegado a Afanasi! Todo lo vi otra vez como si se repitiera: está él ante mí y yo le pego en la cara con toda la fuerza de mi brazo, pero él se queda en posición de firmes, la cabeza derecha, los ojos bien abiertos, como en una parada militar; tiembla a cada uno de mis golpes, pero no se atreve siquiera a levantar los brazos para protegerse, ¡y es un hombre quien ha sido reducido a tal estado, es un hombre quien pega a otro hombre! ¡Qué crimen! Pareció que una afilada aguja me atravesaba el alma de parte a parte. Permanecí de pie, como pasmado; mientras tanto, el sol recién nacido brillaba, las hojitas de los árboles se llenaban de gozo, brillaban, y los pajaritos alababan a Dios... Me cubrí el rostro con las manos, me dejé caer sobre la cama y rompí a llorar desconsoladamente. Me asaltó en ese instante el recuerdo de mi hermano Markel y las palabras que él decía a nuestros criados antes de morir: «Queridos míos, ¿por qué me servís, por qué me queréis?, ¿soy digno de que me prestéis vuestros servicios?». «Sí, ¿soy digno, yo?», me vino de súbito a la mente. En efecto, ¿en qué

valgo tanto para que otro hombre, un hombre exactamente como yo, hecho a imagen y semejanza de Dios, me preste sus servicios? Así, entonces, por primera vez en la vida, me penetró en el espíritu esta cuestión. «Madrecita, gotita de sangre mía, en verdad, cada persona ante todos, por todos y por todo es culpable, sólo que la gente no lo sabe; si lo supiera, ¡en seguida tendríamos el paraíso!» Señor, ¿acaso es posible que no sea esto verdad? Yo lloraba y pensaba: verdaderamente, soy el más culpable, quizá soy el más culpable de los hombres, ¡y el peor de todos! Y se me presentó entonces toda la verdad, la vi con toda la luz de mi entendimiento: ¿qué iba a hacer? Iba a matar a un hombre bueno, inteligente, noble, en nada culpable ante mí, y, con ello, iba a hacer infeliz para toda la vida a su esposa, iba a torturarla y a acabar con ella. Estaba echado sobre la cama, hundido el rostro en la almohada, sin darme cuenta del tiempo que transcurría. De pronto entró mi camarada, el teniente; venía a buscarme con las pistolas: «Ah –dijo–, está bien que te hayas levantado, ya es hora, vámonos». Me quedé turbado, sin saber qué hacer; de todos modos, salimos para subir al coche: «Espérame aquí un instante –le dije–, vengo en seguida, se me ha olvidado el monedero». Entré corriendo otra vez en mi casa, me dirigí directamente al cuartito de Afanasi: «Afanasi –le dije–, ayer te di dos bofetadas, perdóname». Él se sobresaltó, como si se asustara; se me quedó mirando; yo veía que aquello era poco, poco, y de pronto, tal como iba, con charreteras, me dejé caer de rodillas a sus pies y me incliné hasta rozar el suelo con la frente: «¡Perdóname!», le dije. Entonces él se quedó estupefacto: «Noble señor, padre mío, mi amo, cómo usted... pero soy digno yo...», y se echó a llorar él mismo, exactamente como había hecho yo hacía poco; se cubrió el rostro con las manos, se volvió hacia la ventana, sacudido por el llanto; yo corrí a reunirme con mi camarada, salté al coche. «¡En marcha! –grité, y añadí–: ¿Has visto al vencedor? ¡Aquí lo tienes, ante ti!» Qué entusiasmo el mío; me reía, hablaba, hablé todo el camino,

no recuerdo lo que decía. Él me miraba: «Bravo, hermano; ya veo que harás honor al uniforme». Llegamos al punto convenido; ya nos estaban esperando. Nos colocaron a mi adversario y a mí a doce pasos de distancia uno del otro. El primer disparo le correspondía a él; yo estaba de pie, alegre; le miraba a los ojos, sin parpadear, le miraba con afecto, sabía lo que me hacía. Disparó, sólo me rozó un poco la mejilla y la oreja. «¡Gracias a Dios –grité– no ha matado a un hombre!» Después agarré mi pistola, me volví y la eché muy lejos, hacia el bosque: «¡Allí está tu sitio!», grité. Me volví hacia mi enemigo: «Muy señor mío –le dije–, perdóneme, perdone a un joven estúpido que, siendo culpable, le ha ofendido a usted y le ha obligado a que dispare contra él. Soy diez veces peor que usted y quizá, más. Transmítalo a la persona por la que siente usted más respeto que por nadie en el mundo». No bien hube dicho estas palabras, los tres se pusieron a gritar. «¡Qué significa esto! –dijo mi adversario, incluso irritándose–. Si no quería batirse, ¿por qué me ha molestado?» «Ayer –le dije– aún era un estúpido, hoy me he hecho algo más juicioso», le respondí con alegría. «Creo lo que me dice de ayer –me replica–; pero en cuanto a lo de hoy, es difícil estar de acuerdo con su conclusión.» «Bravo –le grité, poniéndome a batir palmas–, admito lo que usted dice, ¡lo he merecido!» «¿Disparará usted, señor mío, o no?» «No lo haré –dije–; pero usted, si quiere, puede disparar otra vez, sólo que mejor es si no dispara.» También gritaron los padrinos, sobre todo el mío: «¿Qué es esto de deshonrar al regimiento, pidiendo perdón en el mismo campo? ¡Si lo hubiera sabido!». Entonces los miré a ellos, los miré a todos y dije ya sin reírme: «Señores, ¿tan sorprendente es ahora, en nuestro tiempo, encontrar a un hombre que confiese su propia estupidez y se acuse públicamente de aquello de que es culpable?» «No, pero fuera del campo del honor», volvió a gritar mi padrino. «Ésa es la cuestión –les respondí–. Esto es lo sorprendente, porque yo debía de haberme declarado culpable, al llegar aquí, antes de que

este señor disparara; no tenía que haberle inducido a cometer un gran pecado mortal; pero es tan absurda la organización que nos hemos dado nosotros mismos en este mundo, que obrar de ese modo era casi imposible, pues sólo después de haber resistido su disparo a doce pasos de distancia mis palabras pueden significar algo para el señor; en cambio, si las hubiera dicho antes del disparo, al llegar aquí, habrían comentado simplemente: es un cobarde, ha tenido miedo a la pistola, no hay por qué escucharle. Señores –exclamé súbitamente, de todo corazón–, miren en torno los dones divinos: el cielo azul, el aire puro, la tierna hierbecita, los pájaros, la naturaleza magnífica y sin pecado; sólo nosotros, impíos y estúpidos, no comprendemos que la vida es un paraíso, pues nos bastaría quererlo comprender para que se nos presentara el paraíso en toda su hermosura, para que nos abrazáramos y lloráramos...» Aún quería continuar, pero no me fue posible; hasta se me cortaba la respiración, con tanta dulzura, con tanta juventud... y experimentaba tanta felicidad como no había experimentado aún jamás en la vida. «Todo lo que dice es razonable y piadoso –me dice el adversario–; en todo caso es usted un hombre original.» «Ríase –también yo me reí en respuesta–, más tarde usted mismo me alabará.» «Dispuesto estoy –responde –a alabarle ahora mismo; permítame, le tiendo la mano porque, según me parece, es usted en verdad un hombre sincero.» «No –le digo–, ahora no, sino más tarde, cuando yo sea mejor y me haya hecho digno de su respeto; entonces tiéndame la mano, obrará bien.» Volvimos a nuestras casas; mi padrino se pasó todo el camino echando pestes, yo lo besaba. En seguida mis camaradas se enteraron de lo ocurrido, se reunieron para juzgarme aquel mismo día: «Ha mancillado el uniforme, ha de renunciar a llevarlo». Hubo también quien me defendió: «Dicen que ha resistido el disparo». «Sí, pero ha tenido miedo a otros disparos y ha pedido perdón en el campo del honor.» «De haber tenido miedo a los disparos –refutaban los defensores–, habría dispara-

do su pistola antes de pedir perdón, y él la ha arrojado cargada al bosque; no, aquí hay algo distinto, original.» Yo los estaba escuchando y me divertía mirarlos. «Carísimos amigos y camaradas míos –les dije–, no os preocupéis por mi dimisión, ya la he presentado hoy mismo, por la mañana la he pedido en las oficinas, y cuando me sea concedida, entraré inmediatamente en un monasterio; por esto he presentado la dimisión.» No bien hube dicho esto, todos se echaron a reír, todos sin excepción. «Podías haberlo declarado desde el comienzo, ahora se explica todo; a un monje no es posible juzgarle.» Se reían, no cesaban de reírse, pero no se reían en son de burla, sino con cariño, alegres; de pronto todos sintieron afecto por mí, hasta mis acusadores más furiosos; luego, durante todo aquel mes, mientras no me llegó la dimisión, parecía que me llevaban en palmitas: «¡Ah, tú, monje!», decían. Cada uno me dirigía palabras de simpatía, empezaron a hablarme con el propósito de disuadirme de mi intento, incluso empezaron a compadecerme. «¿Qué vas a hacer de ti?» «No –decían–, es un valiente, resistió el disparo y habría podido disparar su pistola, pero aquella noche había soñado que debía hacerse monje, esto es lo que pasó.» Casi exactamente lo mismo ocurrió en la sociedad local. Hasta entonces no me prestaban especial atención, me recibían con buena cara, nada más; ahora se interesaban todos a porfía por mí y empezaron a invitarme: se reían de mí, pero me querían. Indicaré que si bien todos hablaban entonces en voz alta de nuestro duelo, las autoridades echaron tierra al asunto, pues mi adversario era pariente próximo de nuestro general, y como no había habido derramamiento de sangre, sino que aparentemente se había reducido todo a una broma, como, al fin y al cabo, yo había presentado mi dimisión, tomaron en realidad el asunto a guasa. Entonces me puse a hablar en voz alta y sin miedo, a pesar de su risa, porque a fin de cuentas se trataba de una risa buena, sin malignidad. Esas conversaciones tenían lugar, sobre todo, por las tardes, en presencia de

damas; las mujeres, entonces, se sentían más inclinadas a escucharme y obligaban a hacerlo a sus maridos. «¿Pero cómo es posible que yo sea culpable por todos? –me preguntaba cualquiera en son de burla–. ¿Acaso puedo ser culpable yo, digamos, por usted?» «Ah, ¿cómo va a poderlo comprender –le respondía–, si hace ya tanto tiempo que el mundo todo se ha puesto a andar por otro camino, si tomamos por verdad la pura mentira y exigimos de los demás la misma mentira? Vea, por primera vez en la vida he querido obrar con sinceridad y aquí tiene, me he convertido para todos ustedes en un chiflado: aunque me han tomado afecto, se ríen de mí.» «¿Cómo no tomarle afecto, a una persona como usted?», me dijo la señora de una casa en alta voz, burlona, ante la numerosa concurrencia allí reunida. De pronto vi que de entre las damas se alzaba la joven por la que yo acababa de provocar el duelo y a la que aún poco antes tenía por novia mía; no me había dado cuenta de su llegada. Se levantó, se me acercó, me tendió la mano: «Permítame declararle –dijo– que soy la primera en no reírse de usted; al contrario, le doy las gracias con lágrimas en los ojos y le manifiesto mi respeto por haberse conducido como lo ha hecho». Se me acercó entonces su marido; luego, de pronto, todos se me aproximaron, poco les faltó para que me besaran. La alegría me invadió el alma, pero quien más me llamó la atención fue, entonces, un señor ya entrado en años, que también se me acercó, una persona a quien conocía de nombre hacía ya cierto tiempo, pero a quien no había sido presentado y con quien nunca había cambiado, hasta aquella tarde, una sola palabra.

d) El misterioso visitante

Era un hombre rico que vivía hacía tiempo en nuestra ciudad, ocupaba un cargo importante y era respetado por todo el mundo; tenía fama por sus actos de beneficencia, había

hecho donación de considerables sumas al asilo de los ancianos y al orfelinato, aparte del mucho bien que hacía en secreto, sin dejarlo entrever, como se descubrió después de su muerte. Frisaría en los cincuenta años; de aspecto casi severo, era hombre de pocas palabras; llevaba a lo sumo diez años de casado con una mujer joven, de la que tenía tres hijos, aún pequeños. Pues bien, por la tarde del día siguiente al de dicha velada, estaba yo en mi casa cuando, de pronto, se abre la puerta y entra a verme aquel señor.

He de indicar que entonces ya no vivía yo en la casa de antes, pues tan pronto como hube presentado mi dimisión me trasladé a otra, a la de una mujer vieja, viuda de un funcionario, cuya criada se puso también a mi servicio; si me cambié de casa fue tan sólo porque aquel mismo día, no bien regresé del duelo, mandé a Afanasi a su unidad; me avergonzaba mirarle a los ojos después de haberme comportado con él como lo había hecho aquella mañana, de tal modo está inclinado a avergonzarse el hombre de mundo, poco preparado, incluso por un acto suyo de los más justos.

«Hace varios días –me dijo aquel señor– que le estoy escuchando en distintas casas con mucha curiosidad y he deseado, por fin, conocerle personalmente para hablar con usted con más detenimiento. ¿Puede concederme, señor mío, esta gran merced?» «Lo haré –dije– con vivísima satisfacción y lo tendré por un gran honor», y a la vez que le decía estas palabras casi tenía miedo, hasta tal punto me dejó entonces asombrado aquel hombre a la primera mirada. Pues, aunque la gente me escuchaba con curiosidad, todavía nadie se me había acercado con un aspecto tan serio e interiormente tan severo. Además, aquel hombre había venido a verme a mi casa. Se sentó. «Veo en usted –prosiguió –una gran fuerza de carácter, pues no ha tenido miedo a servir a la verdad en un asunto en que, por ella, corría el riesgo de sufrir el desprecio general.» «Sus elogios son, quizás, exagerados», le dije. «No, no son exagerados –me respondió–; créame que llevar a

cabo un acto semejante es mucho más difícil de lo que se figura. En verdad –prosiguió–, es esto sólo lo que me ha impresionado y por esto he venido a verle. Descríbame, si no desdeña esta curiosidad mía, quizá tan indigna, lo que sentía usted precisamente en el momento en que decidió, en el duelo, pedir perdón, si lo recuerda. No considere frívola mi pregunta; al contrario, se la hago con un fin secreto que, probablemente, le comunicaré si Dios quiere aproximarnos más uno al otro.»

Mientras él hablaba, le estuve mirando directamente a la cara, y de pronto experimenté hacia él una confianza fortísima, al mismo tiempo que una extraordinaria curiosidad también, pues me di cuenta de que su alma guardaba algún secreto especial. «Me pregunta usted qué experimentaba precisamente en el momento en que pedí perdón a mi adversario –le respondí–, pero mejor será que se lo cuente todo desde el comienzo, cosa que aún no he hecho a nadie.» Y le expliqué lo que me había sucedido con Afanasi y cómo me había inclinado ante él hasta el suelo. «Con lo que le he dicho puede usted comprender –añadí en conclusión– que durante el duelo me fue más fácil obrar así, porque ya había comenzado en casa a ver el nuevo camino, y una vez dados los primeros pasos en él, todo lo demás no sólo no ha resultado difícil, sino que, incluso, me ha colmado de alegría y dicha.»

Me escuchaba mirándome con mucha atención: «Todo esto –dice– es extraordinariamente curioso, y vendré a verle aún otras veces». Desde entonces me visitó poco menos que cada tarde. Y nos habríamos hecho amigos si me hubiera hablado de sí mismo. Pero de sí mismo no me decía casi ni una palabra y no hacía más que preguntar acerca de mi vida. A pesar de todo, le quería mucho y le confiaba por entero mi corazón, pues yo pensaba: para qué quiero sus secretos, no me hacen falta para comprender que es un hombre justo. Además, un hombre tan serio, de mucha más edad que yo, me visita a mí, que soy joven, y no tiene a menos alternar

conmigo. Muchas cosas útiles aprendí de él, pues era un hombre de alta inteligencia. «Que la vida es un paraíso –me suelta una vez–, hace tiempo que lo pienso. –Y añadió de repente–: No pienso más que en esto.» Me miraba sonriendo. «Y de ello estoy más convencido que usted, luego sabrá la causa.» Al oír estas palabras, pensé: «Seguramente quiere descubrirme algo.» «El paraíso –dice –se halla escondido en cada uno de nosotros; ahora también en mí se esconde; me basta quererlo para que mañana mismo se me haga realidad y así sea para toda la vida.» Le miré: estaba hablando conmovido y tenía en mí puestos los ojos misteriosamente, como si me estuviera interrogando. «Y eso de que cada hombre –continuó– es culpable por todos y por todo, aparte de sus propios pecados, lo ha comprendido usted perfectamente bien y sorprende que haya podido alcanzar ese pensamiento con semejante plenitud. Es cierto, en verdad, que cuando la gente haya comprendido esta idea, empezará para ella el reino de los cielos ya no en sueños, sino en la realidad.» «Pero, ¿cuándo sucederá esto –exclamé yo en ese momento con amargura–, y llegará alguna vez ese día? ¿No se tratará de un simple sueño?» «Así pues –dijo–, usted no cree; predica y no cree. Pues ha de saber, sin que le quepa ninguna duda, que este sueño, como usted dice, se convertirá en realidad, créalo, pero no ahora, pues toda acción tiene su ley. Ésta es una cuestión del alma, psicológica. Para hacer el mundo de otro modo, es necesario que los hombres mismos pasen psicológicamente a un nuevo camino. Mientras los hombres no se sientan en verdad hermanos, no habrá fraternidad. Ninguna ciencia ni ventaja alguna enseñará a los hombres a repartirse en paz sus bienes y sus derechos. Todo será poco para cada uno, siempre se quejarán, se envidiarán y se aniquilarán unos a otros. Usted pregunta cuándo el sueño se trocará en realidad. Así será un día, mas primero ha de tocar a su fin el período del *aislamiento* humano.» «¿A qué aislamiento se refiere?», le pregunté. «Al que ahora, sobre

todo en nuestro siglo, reina en todas partes, mas no se ha terminado aún ni le ha llegado el plazo final. Pues ahora cada individuo se esfuerza por destacar su persona en todo lo posible, quiere experimentar en sí mismo la plenitud de la vida, aunque lo único que alcanza con todos sus esfuerzos, en vez de esa plenitud, es un suicidio total; cae en un aislamiento absoluto en lugar de procurarse la total definición de su ser. En nuestro siglo todo se ha dividido en unidades, cada individuo se aísla en su madriguera, cada uno se aleja de los otros, se esconde, oculta lo que tiene, y termina apartándose de los hombres y apartando a los demás de su lado. Acumula riquezas solitario, y piensa: cuán fuerte soy ahora y cuán a cubierto estoy de las necesidades, y no ve, insensato, que cuanto más acumula, tanto más se hunde en la suicida impotencia. Pues se acostumbra a confiar únicamente en sí mismo, a separarse del todo como unidad, acostumbra su alma a no creer en la ayuda humana, en los hombres ni en la humanidad, y no hace sino temblar pensando que puede perder su dinero y los derechos que con él ha adquirido. Por todas partes ahora la mente del hombre empieza a perder de vista, de modo ridículo, que la única seguridad del individuo no radica en su esfuerzo personal aislado, sino en la integridad global de los esfuerzos humanos. Pero no hay duda alguna de que a ese espantoso aislamiento también le llegará el fin, y todos comprenderán, a la vez, de qué manera tan artificiosa se habían separado unos de los otros. Tal será el espíritu de la época y se sorprenderán de haber permanecido tanto tiempo en las tinieblas y no haber visto la luz. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en los cielos... Pero hasta entonces es necesario, de todos modos, conservar la bandera; no hay quien lo haga, pero de pronto un hombre, aunque sea él solo, ha de dar ejemplo, y sacando el alma de la soledad ha de realizar el acto heroico de la comunicación fraterna, aunque haya de pasar por un simple. Eso, para que no muera la gran idea...»

En tales conversaciones, apasionadas y entusiastas, pasábamos las tardes. Hasta abandoné la sociedad y empecé a acudir raras veces a las invitaciones que recibía, aparte de que empezaba a declinar la moda en que yo había estado. No lo digo en son de crítica, pues seguían queriéndome y tratándome afablemente; mas preciso es confesar que en la sociedad la moda es una gran soberana. Por lo que respecta a mi misterioso visitante, empecé a mirarle al fin con admiración, pues, aparte del placer que experimentaba ante su inteligencia, comencé a presentir que aquel hombre obraba con algún propósito y quizá se preparaba para llevar a cabo alguna hazaña. A él quizá le complacía que no manifestara yo ninguna curiosidad por su secreto y que no le preguntara por él directamente ni con alusiones. Mas observé, al fin, que él mismo estaba atormentándose con el deseo de descubrirme algo. Por lo menos resultó patente un mes poco más o menos después de haber comenzado a visitarme. «¿Sabe usted –me preguntó en cierta ocasión– que en la ciudad se habla con mucha curiosidad de nosotros dos y se sorprenden de que le visite tan a menudo? Pero poco importa, *pronto se explicará todo.*» A veces, súbitamente se sentía presa de una extraordinaria agitación; en estos casos, casi siempre se levantaba y se iba. Pero otras veces me miraba largo rato, con mirada penetrante; yo pensaba: «Ahora va a decirte alguna cosa», mas de súbito se interrumpía y empezaba a hablar de algo conocido y habitual. También comenzó a quejarse con frecuencia de dolor de cabeza. Y he aquí que un día, de modo hasta por completo inesperado, después de haberme hablado largo rato y con mucho calor, le veo palidecer de súbito; se le contrae el rostro, me mira como si en mí clavara la mirada.

–¿Qué le pasa –dije–, se encuentra mal?

Precisamente se había quejado de dolor de cabeza.

–Yo... ¿sabe?... yo... he matado a una persona.

Lo dijo y se sonrió, pero estaba blanco como la pared. ¿A qué viene su sonrisa? Este pensamiento me atravesó de

pronto el corazón antes de que pudiera yo discurrir nada. Yo mismo palidecí.

–¿Qué quiere usted decir? –le grité.

–Ya ve –me respondió con desmedrada sonrisa– cuánto me ha costado decir la primera palabra. Ahora la he dicho y, según me parece, he encontrado el camino. En marcha.

Durante mucho rato no le creí ni llegué a creerle de una vez, sino tan sólo después de que hubo vuelto tres veces a verme y de que me lo hubo contado todo en detalle. Le tuve por alienado, pero acabé convenciéndome ante la evidencia, con gran sorpresa y amargura. Catorce años antes, aquel hombre había cometido un crimen espantoso, había asesinado a una señora rica, joven y hermosa, una propietaria viuda que tenía una casa en nuestra ciudad, donde pasaba algunas temporadas. Sintiendo por ella gran amor, se le declaró y empezó a requerirla para que se casara con él. Mas la señora ya había hecho entrega de su corazón a otro hombre, a un noble militar de no pequeña graduación, en campaña entonces, pero al que ella esperaba tener pronto a su lado. Rechazó la petición que se le hacía y rogó que no se la visitara. El hombre rechazado dejó de visitarla, pero como conocía la disposición de la casa, penetró en ella de noche, desde el jardín, por el tejado, con una osadía extrema, corriendo el riesgo de que le descubrieran. Como sucede con mucha frecuencia, los crímenes cometidos con audacia insólita son los que suelen tener éxito. Penetró en el desván por la buhardilla, bajó a las habitaciones por una pequeña escalera sabiendo que la servidumbre no cerraba a menudo, por negligencia, la puerta que al final de aquélla se encontraba. Confiaba en ese descuido y no se equivocó. Avanzó en la oscuridad hasta el dormitorio de la señora, donde ardía una lamparilla. Como a propósito, sus dos doncellas habían salido a escondidas, sin pedir permiso, para asistir a una fiestecita que, con motivo de un cumpleaños, se celebraba en una casa vecina. Los demás criados y criadas dormían en el cuarto de la

servidumbre y en la cocina, en la planta baja de la casa. A la vista de la durmiente, se avivó en él la pasión; los celos rabiosos y la sed de venganza hicieron presa en su ánimo y aquel hombre, sin conciencia de lo que hacía, como borracho, se le acercó y le clavó un cuchillo en el corazón, de modo que ella no exhaló ni un grito. Luego, con un cálculo diabólico y criminalísimo, dispuso las cosas de manera que sospecharan de los criados: no desdeñó tomar el monedero de la víctima, abrió la cómoda con las llaves que sacó de debajo de la almohada y se llevó algunos objetos, precisamente tal como lo habría hecho un criado ignaro, es decir, dejó los títulos de valor, pero se llevó el dinero, así como algunas cosas de oro, las de mayor tamaño, sin tocar las que, siendo pequeñas, valían diez veces más. Se llevó aún alguna otra cosa como recuerdo, pero de esto hablaré más adelante. Cometido el horrendo crimen, salió por el mismo camino. Ni al día siguiente, cuando cundió la alarma, ni nunca se le ocurrió a nadie sospechar del verdadero criminal. Nadie sabía nada del amor que él sentía por aquella señora, pues siempre había sido callado y reservado y no tenía ningún amigo al que confiarle penas y alegrías. Le consideraban, sencillamente, conocido de la víctima, y no muy allegado, pues durante las últimas dos semanas no la había visitado. En cambio, en seguida sospecharon del criado siervo Piotr, y precisamente todas las circunstancias parecían confirmar la sospecha, pues aquel criado sabía –y la difunta no se había recatado de decirlo– que ella pensaba mandarlo de soldado como uno de los campesinos que debía proporcionar a la recluta: había pensado en Piotr porque éste era soltero y de mala conducta por añadidura. A él, arrebatado por la ira y borracho, le habían oído decir en la taberna que la iba a matar. Dos días antes del crimen, Piotr huyó y se escondió en la ciudad. Al día siguiente del asesinato, le encontraron en un camino, en las afueras de la ciudad, borracho perdido, con su cuchillo encima y con la palma de la mano derecha manchada de san-

gre. Él afirmó que la sangre le había salido de la nariz, pero no le creyeron. Las criadas, a su vez, confesaron haber estado en la fiestecita y haber dejado abierta la entrada por el porche hasta que regresaron. Fueron descubriéndose muchos otros indicios semejantes por los que prendieron al inocente criado. Reducido a prisión, empezaron a procesarle; pero una semana después de haberle detenido, Piotr enfermó de una fiebre nerviosa y murió en el hospital, sin conocimiento. Con esto, el proceso se dio por concluido, se confió todo a la voluntad divina, y todos, jueces, autoridades y la sociedad entera del lugar quedaron convencidos de que quien había cometido el crimen no era otro que el difunto criado. Pero con esto empezó el castigo.

El misterioso visitante, convertido ya en amigo mío, me confió que, al principio, no experimentó remordimientos de conciencia en lo más mínimo. Durante largo tiempo se atormentó, pero no por remordimiento, sino por haber matado a la mujer amada, que ya no existía, y, habiéndola matado, había dado muerte a su propio amor, en tanto que el fuego de la pasión permanecía vivo en su sangre. En cambio, acerca de la inocente sangre vertida, acerca del asesinato de un ser humano, entonces casi no pensaba nada. Por otra parte, la idea de que su víctima hubiera podido convertirse en esposa de otro se le hacia insoportable y, por consiguiente, durante largo tiempo se sintió convencido en su fuero interno de que no habría podido actuar de otro modo. Le acongojó un poco, al comienzo, la detención del criado, mas la enfermedad y la muerte del detenido le tranquilizaron, pues éste había muerto, con toda evidencia (así razonaba él entonces), no debido a la detención o al susto, sino a consecuencia de un resfriado que había contraído precisamente cuando estuvo huido y, borracho como una cuba, se pasó una noche entera tumbado sobre la tierra húmeda. Los objetos y el dinero robados, poco le turbaban, pues (seguía razonando él) había robado no por afán de lucro, sino únicamente por des-

viar las sospechas. La suma robada era insignificante y pronto la donó, acrecentada en mucho, al asilo que acababa de fundarse en nuestra ciudad. Lo hizo adrede, para quedarse con la conciencia tranquila en lo tocante al robo, y se tranquilizó realmente hasta por largo tiempo, aunque parezca singular, según él mismo me confesó. Desplegó, entonces, una gran actividad en el cumplimiento de sus funciones oficiales, él mismo solicitó que se le confiara un trabajo agobiador y difícil, que le ocupó casi dos años, y como era un hombre de carácter fuerte, casi llegó a olvidar lo sucedido; cuando, sin embargo, se acordaba de ello, procuraba arrojarlo de su memoria. También se dedicó a la beneficencia; hizo muy buenas obras y donó mucho dinero en nuestra ciudad, se habló de él en Moscú y en Petersburgo; fue elegido miembro de las sociedades de beneficencia de las dos capitales. Sin embargo, al fin, las cavilaciones empezaron a torturarle en perjuicio de su empuje. Entonces se enamoró de una doncella muy hermosa y discreta; al poco tiempo se casó con ella soñando que, con el matrimonio, disiparía su angustia solitaria, y que, una vez emprendido el nuevo camino, cumpliendo celosamente su deber hacia su esposa y sus hijos, se libraría por completo de los viejos recuerdos. Mas ocurrió, precisamente, lo contrario de lo que había esperado. Ya durante el primer mes de matrimonio empezó a torturarle sin cesar una idea: «Mi mujer me ama; pero ¿qué ocurriría si se enterase?». Cuando ella quedó encinta del primer hijo y se lo comunicó, se sintió turbado: «Doy vida y yo mismo he quitado una vida». Llegaron los hijos: «Cómo me atreveré a amarlos, a instruirlos y educarlos, cómo voy a hablarles de la virtud: yo he derramado sangre». Los hijos crecían hermosos, él sentía deseos de acariciarlos: «No puedo mirar sus rostros claros, inocentes; no soy digno de ello». Por fin, empezó a ver en la imaginación, amenazadora y amarga, la sangre de la víctima asesinada, la joven vida que él había truncado, la sangre que clamaba venganza. Empezó a tener

sueños horribles. Pero como tenía el corazón firme, soportó aquel suplicio largo tiempo: «Lo expiaré todo con este suplicio mío secreto». Pero también esta esperanza era vana: cuanto más tiempo pasaba, más intensos eran los sufrimientos. Su actividad benéfica le granjeó el respeto general, pese a que todos temían su carácter severo y sombrío; pero cuanto más le estimaban, tanto más insoportable se le hacía aquella estimación. Me confesó que había pensado suicidarse. Pero en vez de hacerlo, otra ilusión empezó a atraerle, una ilusión que, al principio, consideraba él imposible e insensata, pero que se le adentró tan hondamente en el corazón que ya no había manera de desprenderse de ella. Soñaba lo siguiente: he de levantarme, presentarme a la gente y declarar a todo el mundo que he asesinado a una persona. Durante unos tres años vivió con este sueño, que se le presentaba siempre con facetas distintas. Al fin se convenció sinceramente de que, declarando su crimen, se curaría el alma, sin duda alguna, y recobraría el sosiego de una vez para siempre. Pero, habiendo llegado a tal convencimiento, se sintió aterrorizado, pues ¿cómo iba a cumplir lo que pensaba? Entonces sucedió el caso de mi duelo. «Mirándole a usted, ahora me he decidido.» Le dirigí la mirada.

–¿Es posible –exclamé, juntando las manos– que un caso tan insignificante haya podido provocar en usted una decisión como ésta?

–Mi decisión se ha estado gestando durante tres años –me respondió–, y su caso sólo le ha dado el último impulso. Mirándole a usted, me he reprochado mi indecisión y le he envidiado –me dijo, incluso con cierta dureza de tono.

–No le van a creer –repliqué–, ya han transcurrido catorce años.

–Tengo pruebas irrefutables. Las presentaré.

Entonces me eché a llorar y le cubrí de besos.

–¡Acláreme una sola cosa, una sola! –me dijo, como si todo dependiera entonces de mí–. ¡Mi mujer, mis hijos! Mi

mujer quizá muera de pena, y mis hijos, aunque no pierdan su condición de nobles ni las fincas, serán los hijos de un presidiario para toda la vida. ¡Y qué recuerdo voy a dejarles en el corazón, qué recuerdo!

Yo callaba.

–¿Y separarme de ellos, dejarlos por toda la vida? ¡Será para toda la vida, para toda la vida!

Yo permanecía sentado, balbuceando mentalmente una plegaria. Por fin me levanté, lleno de pavor.

–¿Qué me dice? –me estaba mirando.

–Vaya –le respondo–, declárelo. Todo pasará, únicamente quedará la verdad. Sus hijos, cuando sean mayores, comprenderán cuánta magnanimidad ha habido en su gran decisión.

Entonces se fue de mi lado como si estuviera firmemente decidido. Pero luego, durante más de dos semanas, vino a verme cada tarde preparándose siempre, aunque sin poderse decidir. Me torturaba el corazón. A veces parecía firme y decidido, me decía con ternura:

–Sé que llegará para mí el paraíso, llegará tan pronto como declare. He estado catorce años en el infierno. Deseo sufrir. Aceptaré el sufrimiento y comenzaré a vivir. Si vas por el mundo con la mentira, ya no tienes vuelta atrás. Ahora no me atrevo a amar no sólo a mi prójimo, sino ni a mis hijos. Dios mío, ¡quizá mis hijos lleguen a comprender un día lo que me ha costado mi sufrimiento y no me vituperen! El Señor no está en la fuerza, sino en la verdad.

–Todos comprenderán su sacrificio –le digo–, si no ahora, más tarde, pues se habrá usted puesto al servicio de la verdad, de la verdad suprema, no terrena...

Se iba al parecer consolado, pero al día siguiente se presentaba otra vez rabioso, pálido; decía en son de burla:

–Cada vez que entro en su casa, usted me mira lleno de curiosidad, como si me dijera: «¿Tampoco esta vez ha declarado?». Espere, no me desprecie demasiado. No es cosa

tan fácil como a usted le parece. Y aun es posible que no lo haga. Supongo que entonces no irá usted a denunciarme, ¿verdad?

El caso era que yo, a veces, no sólo estaba muy lejos de mirarle con curiosidad, sino que incluso me daba miedo mirarle. Me sentía atormentado, casi enfermo, llena de lágrimas el alma. Hasta el sueño de la noche había perdido.

–Acabo de dejar a mi mujer –proseguía–. ¿Comprende usted lo que es la mujer? Los niños gritaban cuando yo me iba: «Adiós, papá, venga pronto a leernos la "Lectura infantil"». ¡No, usted esto no lo comprende! El mal ajeno acongoja poco.

Le fulguraban los ojos, le temblaban los labios. De pronto dio un puñetazo en la mesa haciendo saltar las cosas que en ella había –¡un hombre tan comedido!–; era la primera vez que le sucedía.

–¿Pero es necesario? –exclamó–. ¿Ha de ser así? No fue condenado nadie, no mandaron a presidio a nadie por mí, el criado murió de enfermedad. Por la sangre vertida he sido castigado con mis torturas. Además, no me van a creer, no van a creer ninguna de mis pruebas. ¿Hace falta declarar, hace falta? Por la sangre vertida estoy dispuesto a torturarme aún toda la vida con tal de no hundir a mi mujer y a mis hijos. ¿Sería justo causar su perdición, con la mía? ¿No nos equivocamos? ¿Dónde está, aquí, la verdad? Además, toda esa gente, ¿es capaz de reconocer la verdad, de valorarla y de estimarla?

«¡Dios mío! –pensé para mí–, ¡preocuparse por la estimación de la gente en este momento!» Entonces fue tanta la pena que me dio, que me parecía estar dispuesto yo mismo a compartir su destino si con ello hubiera podido aliviarle. Le veía como frenético. Me horroricé al comprender no ya con el entendimiento solo, sino con toda el alma viva, lo que cuesta tomar una determinación como aquélla.

–¡Decida mi destino! –exclamó otra vez.

–Vaya y declare –le susurré. Me faltó voz, pero susurré firmemente. Tomé entonces el Evangelio de la mesa, en su versión rusa, y le mostré el versículo 24, capítulo XII, de San Juan: «De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva». Lo acababa de leer cuando él había entrado.

Lo leyó él.

–Cierto –dijo, pero se sonrió con amargura–. Sí, asusta –dijo, después de unos momentos de silencio– lo que en estos libros encuentras. Es fácil plantárselos a uno ante las narices. ¿Quién los habrá escrito? ¿Es posible que hayan sido hombres?

–El Espíritu Santo los escribió –le respondí.

–A usted poco le cuesta charlar –volvió a sonreírse, esta vez ya casi con odio.

Tomé de nuevo el libro, lo abrí por otro sitio y le mostré la Epístola a los hebreos, versículo 31 del capítulo X. Él leyó: «Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo».

Lo leyó y arrojó el libro. Hasta se puso a temblar de pies a cabeza.

–Terrible versículo –dice–, no puedo negarlo; ha sabido usted elegirlo. –Se levantó de la silla.– Bueno –dijo–, adiós, quizá no vuelva más... en el paraíso nos veremos. Así, pues, hace ya catorce años que «caí en las manos del Dios vivo»; resulta que es así como se llaman estos catorce años. Mañana pediré a estas manos que me suelten...

Habría querido abrazarle y besarle, pero no me atreví –le vi la cara crispada, la mirada penosa–. Salió. «Dios mío –pensé–, ¡adónde habrá ido este hombre!» Me hinqué de rodillas ante el icono y lloré por él ante la Virgen Santísima, pronta intercesora y protectora. Habría transcurrido media hora desde que me puse a orar llorando y era ya muy entrada la noche, alrededor de las doce. De pronto veo que se abre la puerta y él entra de nuevo. Me asombré.

–¿Dónde ha estado usted? –le pregunté.

–Me parece –respondió– que me he olvidado algo... el pañuelo según creo... Bueno, aunque no haya olvidado nada, déjeme sentarme un poco...

Se sentó en una silla. Yo estaba de pie ante él. «Siéntese usted también», me dijo. Me senté. Permanecimos unos dos minutos sentados; él me miraba con la mirada fija; de pronto se sonrió, lo recuerdo bien, luego se levantó, me abrazó fuertemente y me besó...

–No te olvides de que he venido a verte otra vez –me dijo–. ¿Lo oyes? ¡No lo olvides!

Me tuteaba por primera vez. Se fue. «Mañana», pensé. Así sucedió. Aquella noche yo no sabía que el día siguiente era el del aniversario de su nacimiento. Aquellos últimos días no había ido yo a visitar a nadie y por esto no me había enterado. Todos los años, el día de su aniversario, se celebraba en su casa una gran recepción, acudía allí toda la ciudad. También concurrió aquella vez. Y he aquí que, después del banquete, avanzó hacia el medio de la sala con un papel en la mano: una denuncia en forma, dirigida a sus jefes. Y como quiera que sus jefes se encontraban allí presentes, leyó allí mismo en voz alta el papel a todos los reunidos, con una descripción completa del crimen en todos sus detalles: «Como monstruo que soy, me aparto a mí mismo del trato de las gentes; Dios me ha visitado –concluía el papel–, ¡quiero sufrir!». Sacó entonces, y puso sobre la mesa, todo lo que a su juicio demostraba su crimen y había conservado durante catorce años: los objetos de oro que había robado a la asesinada creyendo desviar de él las sospechas, el medallón y la cruz que le había quitado del cuello –en el medallón llevaba ella el retrato de su novio–, un cuadernito de notas y, finalmente, dos cartas: una del novio, que anunciaba su pronta llegada, y la respuesta que ella le había escrito, sin terminar, y que había dejado sobre la mesa para echarla al correo al día siguiente. ¿Para qué había tomado él las dos cartas? ¿Por qué las había conservado, luego, durante cator-

ce años, en vez de destruirlas, como pruebas? Y sucedió lo siguiente: todos se quedaron sorprendidos y horrorizados, nadie quiso creerlo, aunque todos le escucharon con extraordinaria curiosidad, pero como si se tratara de un enfermo; unos días después se había decidido ya en todas las casas que el desgraciado se había vuelto loco. Sus jefes y el tribunal tenían que dar curso a la causa, pero también ellos se pararon: aunque los objetos y cartas presentados daban qué pensar, también en esas instancias se decidió que incluso si tales documentos resultaran auténticos, basándose sólo en ellos no se podría fundar una acusación definitiva. Además, todas aquellas cosas podía haberlas recibido de la propia difunta, que se las habría confiado por ser conocido suyo. De todos modos, me enteré de que la autenticidad de los objetos fue más tarde comprobada a través de muchos conocidos y parientes de la víctima, y que sobre este particular no había dudas.

Pero tampoco esta vez la causa estaba destinada a llegar a su término. Unos cinco días después, se enteró todo el mundo de que el desdichado se había puesto enfermo y de que se temía por su vida. No sé qué enfermedad tuvo; dijeron que se trataba de perturbaciones cardíacas, pero se supo que los doctores, en la consulta celebrada a instancias de la esposa, habían examinado el estado mental del enfermo y habían dictaminado el estado de locura. Yo no revelé nada, aunque me abrumaron a preguntas; pero cuando manifesté deseos de verle, me lo prohibieron largo tiempo, ante todo su esposa: «Usted –me decía– le ha trastornado; siempre estaba sombrío, durante el último año todos habíamos observado en él una agitación extraordinaria y unos actos extraños, pero a última hora usted le ha perdido; ha sido usted quien le ha metido estas ideas en la cabeza; él no ha salido de la casa de usted durante un mes». Pues bien, no sólo su esposa, sino toda la gente de la ciudad la emprendió conmigo y me acusaron: «Usted tiene la culpa de todo», me decían. Yo me

callaba, contento en el fondo del alma, pues veía la misericordia indudable de Dios hacia el que se había alzado contra sí mismo y se había castigado a sí mismo. Por lo que respecta a su locura, yo no podía creer en ella. Por fin me permitieron verle, él mismo lo exigió con insistencia para despedirse de mí. Al entrar, me di cuenta de que tenía contados no ya los días, sino las horas. Estaba débil, amarillo; las manos le temblaban; respiraba con dificultad, pero miraba con ternura y alegría.

–¡Se ha cumplido! –me dijo–. Hace tiempo que anhelo verte, ¿por qué no venías?

No le comuniqué que me habían prohibido verle.

–Dios ha tenido piedad de mí y me llama a su lado. Sé que me muero, mas experimento alegría y paz por primera vez después de tantos años. En seguida encontré el paraíso en mi alma, no bien di cumplimiento a lo que era necesario. Ahora ya me atrevo a amar a mis hijos y a besarlos. No me creen, nadie me ha creído, ni mi mujer ni mis jueces; no me creerán nunca tampoco mis hijos. En esto veo yo la misericordia de Dios. Yo moriré y mi nombre no quedará mancillado para ellos. Ahora presiento a Dios, el corazón se me regocija como en el paraíso... he cumplido con mi deber...

No podía hablar, se ahogaba, me estrechaba cálidamente la mano, me miraba con exaltación. Pero nuestra conversación duró poco, su esposa constantemente se asomaba a mirar. De todos modos, logró decirme, en un susurro:

–¿Te acuerdas que fui a verte otra vez, a medianoche? Te pedí que no lo olvidaras. ¿Sabes con qué propósito entré? ¡Había ido a matarte!

Me estremecí.

–Había salido de tu casa sumido en las tinieblas, vagué por las calles luchando conmigo mismo. De pronto sentí tal odio por ti que apenas me lo pudo soportar el corazón. «Ahora (pensé) es el único que me tiene atado, es mi juez; ya

no puedo rechazar el castigo de mañana, porque él lo sabe todo.» No es que tuviera miedo de una denuncia tuya (ni lo pensé siquiera), pero me decía: «¿Cómo voy a mirarle si no me denuncio?». Y aunque hubieras estado en el fin del mundo, pero con vida, me habría resultado igualmente insoportable la idea de que tú vivías, lo sabías todo y me condenabas. Te odié como si fueras la causa de todo y de todo tuvieras la culpa. Volví a tu casa recordando que tenías un puñal sobre la mesa. Me senté, te pedí que te sentaras, y permanecí un minuto pensando. De haberte asesinado, me habría perdido por este crimen, aún sin declarar el anterior. Pero en esto no pensaba y no quería pensar en aquel momento. Sólo te odiaba y deseaba vengarme contra ti por todo, con todas mis fuerzas. Pero el Señor venció al diablo en mi corazón. Has de saber, no obstante, que nunca has estado tan cerca de la muerte.

Murió una semana después. La ciudad entera acompañó el féretro hasta la tumba. El arcipreste pronunció unas palabras emocionadas. Lamentaron la terrible enfermedad que había puesto fin a sus días. Pero la ciudad toda se alzó contra mí, cuando le hubieron enterrado, y hasta dejaron incluso de recibirme. Cierto es que algunos, al principio pocos y luego más y más, empezaron a creer en la verdad de las declaraciones del desdichado, empezaron a visitarme con frecuencia y a interrogarme con mucha curiosidad y alegría: pues el hombre se complace viendo la caída de un justo y su deshonor. Pero yo callé y al poco tiempo me marché para siempre de la ciudad. Cinco meses más tarde, el Señor se dignó dirigirme hacia el camino firme y hermoso, y bendije la mano invisible que me indicaba tan claramente ese camino. En cuanto a Mijaíl, el siervo de Dios que tanto sufrió, todos los días, hasta hoy, lo he tenido presente en mis oraciones.

3. De las lecciones y enseñanzas del stárets Zosima

e) Algunas consideraciones acerca del monje ruso y su posible significación

Padres y maestros, ¿qué es un monje? En el mundo ilustrado, esta palabra es pronunciada por algunos, en nuestros días, en son de burla, y, por otros, como un insulto. Y tanto más cuanto más tiempo pasa. Cierto, ¡oh sí, cierto!, también en el monacato se encuentran muchos tunantes, sensuales, voluptuosos y vagabundos descarados. La gente de mundo culta, los señala: «Vosotros –dicen– sois unos holgazanes y miembros inútiles de la sociedad, vivís del trabajo ajeno, sois unos mendigos desvergonzados». Sin embargo, son muchísimos, en el monacato, los mansos y los humildes, los que anhelan la soledad y la ferviente plegaria en el silencio. A éstos los señalan menos y hasta los ignoran totalmente, ¡y cuánto se sorprenderían si me oyeran decir que de esos monjes humildes, deseosos de orar en soledad, surgirá quizás, una vez más, la salvación de la tierra rusa! Pues en verdad están preparados en silencio «para el día y la hora, para el mes y el año». Por el momento, en su soledad, conservan la imagen de Cristo en todo su esplendor y autenticidad, en la pureza de la verdad divina, tal como nos la han legado los antiguos Padres de la Iglesia, los apóstoles y los mártires; cuando sea necesario, presentarán esta imagen a la tambaleante verdad del mundo. Ésta es una gran idea. Ésta es la estrella que brillará un día desde el Oriente.

Así pienso yo acerca de los monjes; ¿es esto, acaso, un error; es, acaso, soberbia? Mirad a los laicos y todo lo que se exalta como superior ante el pueblo creyente: ¿no han quedado desfiguradas, en ese mundo, la imagen de Dios y su verdad? Ellos tienen la ciencia, mas en la ciencia sólo se encuentra lo que está confirmado por los sentidos. En cuanto al mundo espiritual, la mitad superior del ser humano, se re-

chaza en redondo, se destierra con cierta solemnidad, hasta con odio. El mundo ha proclamado la libertad, sobre todo en estos últimos tiempos, ¿y qué vemos en esta libertad suya? ¡Nada más que la esclavitud y el suicidio! El mundo dice: «Tienes necesidades; dales, pues, satisfacción, tienes los mismos derechos que las personas más nobles y ricas. No temas darles satisfacción, al contrario, hazlas aún mayores», tal es la doctrina actual en el mundo. En eso ven la libertad. ¿Y qué resulta de este derecho a aumentar las necesidades? Por parte de los ricos, la *soledad* y el suicidio espiritual; por parte de los pobres, la envidia y el asesinato, pues el derecho de satisfacer las necesidades se lo han dado, mas sin indicarle todavía con qué medios. Afirman que el mundo, cuanto más avanza, tanto más se une, que va constituyendo una comunidad fraterna a medida que se van acortando las distancias y se van transmitiendo los pensamientos por el aire. ¡Ay! No creáis en semejante unión de los hombres. Entendiendo la libertad como un aumento y una pronta satisfacción de las necesidades, deforman su propia naturaleza, pues engendran en sí mismos muchos deseos carentes de sentido y estúpidos, costumbres y quimeras insensatas. Viven sólo para envidiarse unos a otros, para la satisfacción carnal y la presunción. Dar banquetes, viajar, tener coches, dignidades y servidores esclavos se considera ya tal necesidad a la que se sacrifica hasta la vida, el honor y el amor al prójimo, y hasta se matan si no pueden satisfacerla. En aquellos que son menos ricos, observamos lo mismo, mientras que entre los pobres por ahora la insatisfacción de las necesidades y la envidia se ahogan con la borrachera. Pronto, sin embargo, se emborracharán con sangre en vez de vino, a eso los conducen. Yo os pregunto: ¿es libre un hombre semejante? Conocí a un «luchador por la idea», quien me contó que en la cárcel, cuando le privaron de tabaco, sufrió tanto a causa de dicha privación, que, a cambio de tabaco, por poco traiciona su «idea». Y un hombre así dice: «Voy a luchar por la humani-

dad». Bueno, ¿adónde irá ese hombre y de qué es capaz? Quizá, de una acción rápida, pero no resistirá mucho tiempo. No es de extrañar que en vez de encontrar la libertad hayan hallado la esclavitud, y en vez de servir a la fraternidad y a la unión de los hombres hayan caído, por el contrario, en la *desunión* y la soledad, como me dijo en mi juventud el que fue mi visitante misterioso y mi maestro. Ésta es la razón de que en el mundo se vaya apagando cada vez más la idea de servir a la humanidad, la idea de hermandad y unidad humanas; no puede negarse que esta idea es acogida ya hasta con burla, pues ¿cómo librarse de las propias costumbres, adónde irá ese esclavo, si está tan acostumbrado a satisfacer sus necesidades incontables, por él mismo inventadas? Vive en la soledad moral y poco le importa la colectividad. Lo que han logrado ha sido acumular muchas más cosas, pero la alegría se ha hecho menor. El camino del monje es otra cosa. De la obediencia, del ayuno y del rezo la gente hasta se burla, pero el hecho es que únicamente en ellos se encuentra el camino hacia la libertad auténtica, verdadera: cerceno de mí las necesidades superfluas e innecesarias, domino y fustigo con la obediencia mi orgullosa voluntad, henchida de amor propio, y así alcanzo, con la ayuda de Dios, la libertad de espíritu y con ello la alegría interior. Quién es más capaz de glorificar una gran idea y ponerse a su servicio, ¿el rico solitario, o el monje *libre* de la tiranía de las cosas y de las costumbres? Al monje le reprochan su aislamiento: «Te has aislado para salvarte entre las paredes del monasterio, te has olvidado del fraterno servicio a la humanidad». Pero veamos aún, ¿quién contribuye más al florecimiento de la fraternidad humana? Porque el aislamiento no está entre nosotros, sino entre ellos, aunque no lo vean. De entre nosotros, hasta en tiempos antiguos, salieron los hombres que lucharon por el bien del pueblo; ¿por qué no han de poder darse ahora? Esos mismos humildes, mansos, que han hecho voto de ayuno y de silencio, se alzarán en defensa de una gran

causa. Será el pueblo el que salvará a Rusia. En cuanto al monasterio ruso, siempre ha estado con el pueblo. Si el pueblo está aislado, también nosotros lo estamos. El pueblo cree a nuestro modo; el hombre público incrédulo, en nuestro país, en Rusia, no hará nunca nada, ni siquiera si es de corazón sincero y de genial inteligencia. Recordadlo. El pueblo se enfrentará con el ateo y le vencerá, entonces existirá una Rusia unificada en la ortodoxia. Velad, pues, por el pueblo y protegedle el corazón. Buscadle en silencio. Ésta es vuestra gran misión como monjes, pues este pueblo lleva a Dios en el alma.

f) Acerca de los señores y criados y de si unos y otros pueden llegar a ser entre sí hermanos en espíritu

Dios mío, también entre el pueblo se da el pecado, es cierto. La llama de la corrupción se multiplica a ojos vistas, de hora en hora; procede de las capas altas. También entre el pueblo avanza el aislamiento: empiezan a darse los kulaks[1] y los explotadores; el mercader se muestra ya cada vez más ávido de honores, se esfuerza por parecer instruido sin tener la menor instrucción, y para ello desdeña abyectamente las viejas costumbres y hasta se avergüenza de la fe de sus padres. Visita a los príncipes, pero no es más que un mujik corrompido. El pueblo está podrido por la bebida y ya no puede librarse de ella. ¡Cuánta crueldad en la familia, en el trato con la mujer y hasta con los hijos! Todo por la bebida. En las fábricas, he visto hasta a niños de diez años: flacos, enfermizos, encorvados y ya depravados. La sala de aire sofocante, la máquina que golpea, el día entero de trabajo, palabras obscenas

1. Así se llamaba, en tono despreciativo, a los campesinos propietarios de sus tierras, considerados ricos, en contraposición a los campesinos organizados en comunas *(mir)*.

y alcohol, alcohol, ¿es esto lo que necesita el alma de un niño de tan pocos años? Lo que él necesita es sol, juegos infantiles, ejemplos luminosos por doquier y aunque sólo sea un poco de amor hacia él. Que esto se termine, monjes, que no se torture a los niños; levantaos y predicadlo así cuanto antes, cuanto antes. Pero Dios salvará a Rusia, pues aunque el hombre del pueblo está depravado y no puede ya renunciar al hediondo pecado, sabe, a pesar de todo, que su pecado infame está maldito por Dios, sabe que obra mal cuando peca. De modo que el pueblo aún cree incansablemente en la verdad, admite a Dios, llora conmovido. No es esto lo que sucede entre las clases altas. En éstas, los hombres, siguiendo a la ciencia, quieren organizarse de manera justa basándose sólo en su inteligencia, pero sin Cristo, como antes, y han proclamado ya que no existe el crimen, que ya no existe el pecado. Desde su punto de vista tienen razón: pues, sin Dios, ¿cómo puede existir el crimen? En Europa el pueblo se alza contra los ricos recurriendo ya a la fuerza, los cabecillas lo conducen en todas partes al derramamiento de sangre y le hacen creer que su cólera es justa. Pero «su cólera es maldita, pues es cruel». A Rusia la salvará el Señor, como la ha salvado ya muchas veces. La salvación vendrá del pueblo, de su fe y de su humildad. Padres y maestros, salvaguardad la fe del pueblo y lo que os digo no será un sueño: toda la vida me ha impresionado, en nuestro gran pueblo, su espléndida y verdadera dignidad; la he visto yo mismo, puedo ser de ella testigo; la he visto y me he sorprendido, la he visto a pesar, incluso, de la hediondez de los pecados y del aspecto miserable de nuestro pueblo. No es servil, y esto, después de dos siglos de esclavitud. Es libre por su aspecto y por su trato, pero sin ofender en nada. No es vengativo, no es envidioso. «Tú eres noble, eres rico, eres inteligente y hombre de talento; bueno, que Dios te bendiga. Te honro, pero sé que también yo soy un hombre. Honrándote sin envidiarte, manifiesto ante ti mi dignidad humana.» La verdad es que si no lo

dicen así (pues aún no saben decirlo), *obran* de este modo; yo mismo lo he visto, yo mismo lo he experimentado, y creedme: cuanto más pobre y bajo es nuestro hombre ruso, tanto más perceptible es en él esa espléndida verdad, pues quienes se han convertido en ricos kulaks y explotadores ya están depravados en su mayoría, y el que todo esto sea así se debe en parte, en gran parte, a nuestra propia negligencia y falta de celo. Pero Dios salvará a sus hombres, pues Rusia es muy grande en su resignación. Sueño con nuestro futuro y me parece verlo ya con toda nitidez: día vendrá en que hasta nuestro rico más depravado se avergonzará de su riqueza ante el pobre, y el pobre, al ver tanta humildad, comprenderá y le cederá las riquezas con alegría, respondiendo con dulzura a la noble turbación del rico. Creed que así será: en esta dirección caminamos. Sólo en la dignidad espiritual del hombre se halla la igualdad, y esto llegará a ser comprendido sólo entre nosotros. Si hay hermanos, habrá fraternidad, y antes de que haya fraternidad no existirá el compartir. Guardemos la imagen de Dios y resplandecerá un día cual valioso diamante para todo el mundo... ¡Así sea, así sea!

Padres y hermanos, una vez me ocurrió algo conmovedor. Cuando peregrinaba, encontré un día en la ciudad de K., capital de provincia, a mi antiguo ordenanza Afanasi; habían transcurrido ocho años desde que me había separado de él. Me vio por casualidad en el mercado, me reconoció, se me acercó corriendo, exclamando loco de alegría: «¡Madre mía! Señor, ¿es usted? ¿Es posible que le vea a usted?». Me llevó a su casa. Estaba ya libre del servicio militar, se había casado, ya era padre de dos pequeñuelos. Se ganaban la vida, él y su esposa, con un pequeño comercio ambulante en el mercado. Su habitacioncita era pobre, pero limpia y alegre. Me hizo tomar asiento, preparó el samovar, mandó a buscar a su mujer, como si mi visita fuera para él una fiesta. Me presentó a sus hijos: «Bendígalos, padre». «¿Soy yo quien los ha de bendecir? –le respondí–. Yo no soy más que un monje

sencillo y humilde, rogaré a Dios por ellos, que por ti, Afanasi Pávlovich, todos los días, desde aquél, rezo a Dios, pues de ti –le dije– ha salido todo.» Y se lo expliqué como supe. Y lo que es el hombre: me miraba sin poder comprender que yo, su antiguo señor, un oficial, estuviera ante él con aquel aspecto y con aquel vestido; hasta se puso a llorar. «¿Por qué lloras? –le dije–, tú, a quien no puedo olvidar; mejor es que te regocijes por mí con toda el alma, amigo mío, pues mi camino es alegre y luminoso.» No hablaba mucho, no hacía más que suspirar, mirándome y moviendo la cabeza, conmovido. «¿Qué ha hecho –me preguntó– de su riqueza?» Le respondí: «La he dado al monasterio, donde vivimos en comunidad». Después del té, empecé a despedirme de ellos, y, de pronto, me entregó una moneda de medio rublo, donativo para el monasterio, y me deslizó otra moneda de cincuenta kópeks en la mano, a la vez que se apresuraba a decirme: «Esto para usted –me dice–, peregrino y viajero; quizá lo necesite, padre». Acepté su moneda de cincuenta kópeks, me despedí de él y de su esposa, y me marché con el corazón alegre; pensaba, por el camino: «He aquí que ahora los dos, él en su casa, y yo de camino, suspiramos y, sin duda, nos reímos alegremente, llenos de júbilo nuestros corazones, moviendo la cabeza y pensando de qué modo ha hecho el Señor que volviéramos a encontrarnos». Desde entonces no le he vuelto a ver. Yo había sido su señor, él había sido mi criado, pero al besarnos con amor y con ternura espiritual, cuando nos encontramos, se estableció entre nosotros una gran unidad humana, fraterna. Reflexioné muchísimo sobre ello, y ahora pienso lo siguiente: ¿tan inasequible es a la inteligencia que esa unión grande y simple pueda tener lugar, a su hora y en todas partes, entre nosotros, los rusos? Creo que tendrá lugar y que la hora está próxima.

En cuanto a los criados, añadiré lo que sigue: antes, cuando era joven, solía enojarme mucho contra ellos: «la cocinera ha servido la comida demasiado caliente», «el asistente no

me ha limpiado el traje». Pero de súbito, me iluminó un pensamiento de mi querido hermano, a quien había oído decir en mi infancia: «¿Soy digno yo de que otro esté a mi servicio? ¿Con qué derecho le trato mal, por su miseria e ignorancia?». Y me asombré ya entonces de que en nuestra mente aparezcan tan tarde los pensamientos más sencillos, los más evidentes. No es posible prescindir de los servidores en el mundo, pero haz de modo que tu criado sea más libre de espíritu que si no fuera criado. ¿Y por qué no puedo ser yo criado de mi criado, de tal modo que él lo vea, pero sin ningún orgullo por parte mía y sin desconfianza por parte suya? ¿Por qué no ha de ser mi criado como un pariente mío, de manera que lo admita, al fin, en mi propia familia y me alegre de ello? Esto es factible ya hoy, pero servirá de base a la unión futura, ya magnífica, de los hombres, cuando el individuo no se buscará criados ni deseará convertir en criados suyos a sus semejantes, como hace ahora, sino que, al contrario, deseará con todas sus fuerzas convertirse él mismo en servidor de los demás, según el Evangelio. ¿Es posible que sólo sea un sueño creer que, al fin, el hombre encontrará sus alegrías en la instrucción y en la caridad, y no en los goces crueles, como ahora, en la gula, en la lascivia, en la presunción, en la fanfarronería y en el envidioso afán de superar a los demás? Creo firmemente que no es así y que se acerca el tiempo esperado. La gente se ríe y pregunta: ¿pero cuándo llegará ese tiempo, y hay algo que permita pensar que se acerque? Yo creo que daremos cumplimiento a esta gran obra con Cristo. ¿Cuántas ideas ha habido en la tierra a lo largo de la historia humana, inconcebibles incluso diez años antes de que aparecieran, pero que han surgido, de pronto, cuando ha llegado su hora misteriosa y se han difundido por la tierra toda? Lo mismo ocurrirá con nosotros, nuestro pueblo empezará a resplandecer ante todo el mundo y todos dirán: «La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en la piedra angular del edificio». En cuanto a los

burlones, podríamos preguntarles por nuestra parte: si lo que creemos nosotros no es más que un sueño, ¿cuándo vais a edificar vosotros vuestro edificio y os organizaréis de manera justa recurriendo únicamente a vuestra inteligencia, sin Cristo? Si afirman que son ellos los que, al contrario, van a la unión de los hombres, la verdad es que en ello creen sólo los más cándidos, de modo que hasta cabe sorprenderse de su simplicidad. Hay mucha más fantasía quimérica en ellos que en nosotros, ésta es la verdad. Piensan establecer la justicia en este mundo, pero, habiendo rechazado a Cristo, acabarán hundiendo el mundo en sangre, pues la sangre llama a la sangre y quien a hierro mata a hierro muere. Sin la promesa de Cristo, los hombres se exterminarían entre sí hasta que no quedaran más que los dos últimos sobre la tierra. Y ni siquiera esos dos últimos sabrían contener su orgullo uno frente a otro, de modo que el último mataría al penúltimo y luego acabaría consigo mismo. Esto ocurriría si no fuera por la promesa de Cristo de interrumpir la matanza por amor a los mansos y a los humildes. Después de mi duelo, cuando llevaba aún mi uniforme de oficial, me puse a hablar de los criados en sociedad, y recuerdo que todos se quedaban sorprendidos al oírme: «Entonces qué –decían–, ¿hemos de hacer sentar al criado en el diván y llevarle nosotros mismos el té?». Yo les respondí: «¿Y por qué no, aunque sólo fuera alguna vez?». Todos se rieron. Su pregunta era frívola y mi respuesta confusa; pero se me figura que había en ella cierta verdad.

g) Acerca de la plegaria, del amor y de la proximidad inmediata del más allá

Joven, no te olvides de rezar. En tu plegaria, si es sincera, fulgurará un nuevo sentimiento y en él se dará una nueva idea que tú antes desconocías y que te reanimará; y com-

prenderás que la plegaria es educación. Recuerda aún: cada día y siempre que puedas, repite en tu fuero interno: «Señor, perdona a todos los que ante ti comparezcan en este momento». Pues a cada hora y a cada instante miles de personas dejan su vida en la tierra y sus almas se presentan ante el Señor. Y cuántas, entre ellas, se han separado de la tierra en plena soledad, sin un amigo al lado, tristes y angustiadas de que nadie las compadezca y de que nadie sepa de ellas, ni siquiera, si han vivido o no. Y es posible que, desde el otro extremo de la tierra, tu plegaria se eleve a Dios por el alma de un ser humano aunque tú no le hayas conocido nunca ni te haya conocido él a ti. Cuán conmovedor ha de ser para esa alma desconocida, llegada presa de miedo ante el Señor, sentir en ese instante que también hay quien reza por ella, y ha quedado en la tierra un ser humano que también a ella la quiere. Dios os mirará con más misericordia al uno y al otro, pues si tú has sentido por ese hombre tanta compasión, tanto más le compadecerá Él, que es infinitamente más misericordioso y capaz de amar que tú. Y le perdonará por ti.

Hermanos, no temáis el pecado de los hombres, amad al hombre incluso en su pecado, pues semejante amor, imagen del amor divino, es el amor supremo en la tierra. Amad a toda la creación, tanto en su conjunto como en cada granito de arena. Amad cada hojita, cada rayo de luz. Amad a los animales, amad a las plantas, amad cada una de las cosas existentes. Ama a cada una de las cosas, en las cosas encontrarás el secreto divino. Cuando lo hayas encontrado una vez, empezarás a conocerlo incesantemente, más y más, todos los días. Y amarás, por fin, al mundo todo ya con un amor total, con un amor universal. Amad a los animales: Dios les ha dado un germen de inteligencia y una alegría sosegada. No los turbéis, no los torturéis, no les quitéis esa alegría, no os opongáis al designio de Dios. Hombre, no te alces con orgullo por encima de los animales: no conocen el peca-

do, mientras que tú, con tu grandeza, corrompes la tierra con tu aparición y dejas una huella infecta por donde pasas. ¡Así es, ¡ay!, casi con cada uno de nosotros! Amad sobre todo a los niños, pues también ellos están limpios de pecado, como los ángeles, y viven para conmovernos con su ternura, para la purificación de nuestros corazones, como cierta indicación que se nos hace. ¡Ay de quien ofenda a un niño! A mí me enseñó a querer a los niños el padre Anfim: durante nuestras peregrinaciones, bondadoso y callado, con los kópeks que nos daban de limosna, les compraba a veces rosquillas y caramelitos y se los repartía, no podía pasar por delante de un niño sin sentirse conmovido, era así.

A veces te sientes perplejo ante otro pensamiento, sobre todo al ver el pecado de los hombres, y te preguntas: «¿Hay que recurrir a la fuerza, o al amor humilde?». Decide siempre: «Recurriré al amor humilde». Decídelo así de una vez para siempre y podrás conquistar el mundo entero. El amor humilde es una fuerza terrible, la más potente de todas las fuerzas; nada hay que se le pueda comparar. Cada día, cada hora, cada minuto, obsérvate y procura que tu imagen sea luminosa. Pasas cerca de un niño, pasas colérico, dejas escapar una mala palabra, llena de ira el alma; tú quizá ni te has dado cuenta de la presencia del niño, pero él te ha visto y es posible que tu imagen desagradable y ofensiva se quede grabada en su corazoncito indefenso. Tú no lo sabías, pero quizás has arrojado ya en él una semilla mala, que quizá germine, y todo ello por no haberte contenido ante la criaturita, por no haber educado en ti el amor circunspecto y activo. Hermanos, el amor es un gran maestro, pero es necesario saberlo adquirir, pues es de adquisición difícil, se compra caro, mediante un largo trabajo y a través de un plazo largo, pues no se ha de amar sólo momentáneamente y por azar, sino para todo el plazo. Por azar, todo el mundo es capaz de amar, incluso el malvado. Mi joven hermano pedía perdón a los pájaros: diríase que esto carece de sentido, pero es justo,

pues todo se parece al océano, todo fluye y entra en contacto; tocas en un punto y ello repercute en el otro extremo del mundo. Que sea una locura pedir perdón a los pájaros, pero, a tu lado, los pájaros se sentirían mejor, lo mismo que los niños y todos los animales, si tú mismo fueras más bondadoso de lo que eres, si tuvieras una sola gotita más de bondad. Todo es como el océano, os digo. Cuando lo hayas comprendido, también rezarás a los pájaros, torturado por un amor universal, y les rogarás con entusiasmo que te perdonen los pecados. Ten en mucha estima ese entusiasmo, por absurdo que pueda parecer a las gentes.

Amigos míos, pedid a Dios que os conceda alegría. Sed alegres como los niños, como los pájaros del cielo. Que no os conturben, en vuestras obras, los pecados de los hombres, no temáis que el pecado borre lo que hagáis ni que le impida manifestarse; no digáis: «El pecado es poderoso, la deshonestidad es fuerte, el nefasto ambiente pesa mucho y nosotros somos solitarios e impotentes, el ambiente ominoso nos barrerá y no dejará que la obra piadosa llegue a dar fruto». ¡Huid, hijos míos, de semejante desaliento! No hay más que un medio de salvación: toma sobre ti todos los pecados de los hombres y hazte responsable de ellos. En verdad, así es, amigo mío, pues tan pronto como te haces sinceramente responsable de todo y de todos, ves en seguida que, en realidad, eres culpable por todos y por todo. Pero si cargas tu propia pereza y tu impotencia sobre los demás, acabarás haciendo tuyo el orgullo satánico y empezarás a murmurar contra Dios. En cuanto al orgullo satánico, pienso lo siguiente: nos es difícil en la tierra llegar a comprenderlo, y por esto resulta tanto más fácil caer en el error y aceptar el orgullo demoníaco, creyendo, además, que hacemos algo grande y admirable. Tampoco podemos llegar a comprender mucho de lo que hay en los sentimientos y movimientos más fuertes de nuestra naturaleza mientras dura nuestra existencia terrena, pero no te escandalices por ello y no creas que ello pueda

servirte de justificación alguna, pues el Juez eterno te pedirá cuentas de lo que has podido comprender y no de lo que está fuera de tu alcance; tú mismo te convencerás de que es así y entonces todo lo verás con acierto y ya no te pondrás a discutir. La verdad es que pasamos por la tierra como a tientas, y, de no tener delante la preciosa imagen de Cristo, sucumbiríamos y nos perderíamos por completo como el género humano antes del diluvio. Muchas son las cosas de la tierra que se nos mantienen ocultas; en cambio, se nos ha concedido el don, misterioso y secreto, de percibir nuestro nexo vivo con el mundo del más allá, con un mundo superior y mejor, aparte de que las raíces de nuestros pensamientos y sentimientos no se dan aquí, sino en otros mundos. Por esto dicen los filósofos que no es posible llegar a conocer en la tierra la esencia de las cosas. Dios tomó semillas de los otros mundos, las sembró en la tierra y cultivó su jardín; ha brotado cuanto podía brotar, pero lo que se ha criado vive y se conserva vivo sólo gracias a la sensación del propio contacto con los otros mundos misteriosos; si tal sentimiento en ti se debilita o se aniquila, muere también lo que en ti ha germinado. Entonces te vuelves indiferente a la vida y hasta llegas a odiarla. Esto es lo que yo pienso.

h) ¿Podemos ser jueces de nuestros semejantes?
De la creencia hasta el fin

Recuerda, sobre todo, que no puedes ser juez de nadie. Pues no puede haber en la tierra juez de criminal antes de que ese propio juez llegue a comprender que él mismo es un criminal como el que tiene delante, y que él, precisamente, es quizá más culpable que nadie por el crimen del otro hombre. Cuando lo haya comprendido así, podrá ser juez. Ésta es la verdad, por absurda que parezca. Pues de haber sido yo mismo justo, es posible que no existiera el criminal que está

ahora de pie en mi presencia. Si eres capaz de tomar sobre ti el crimen del delincuente que está ante ti y a quien juzgas en tu corazón, hazlo en seguida y sufre por él; en cuanto al criminal, déjale marchar sin hacerle el menor reproche. Y hasta si la ley te ha instituido en juez, obra también con ese espíritu en cuanto te sea posible, pues el delincuente se irá y se condenará a sí mismo con mucha más severidad de lo que lo habría hecho tu tribunal. Si se aparta insensible a tu dulzura y burlándose, incluso, de ti, no te dejes arrastrar tampoco por ello: eso significa que para él no ha llegado aún el momento, pero llegará a su hora; y si no llega, no importa, otro comprenderá por él y sufrirá, se juzgará y se acusará a sí mismo, y la verdad quedará afirmada. Cree en esto, créelo sin duda alguna, pues en ello radica toda la firme esperanza y la fe de los santos.

No te canses de actuar. Si al acostarte a dormir te acuerdas de tu carga y dices: «No he cumplido lo que debía», levántate inmediatamente y cúmplelo. Si la gente que te rodea, airada e insensible, no quiere escucharte, échate a sus pies y pídeles perdón, pues en verdad también tú tienes la culpa de que no deseen escucharte. Y si no puedes hablar ya con quienes estén enfurecidos, sírveles en silencio y con humildad, sin perder nunca la esperanza. Si, no obstante, todos te abandonan o te expulsan a la fuerza, cuando te quedes solo, déjate caer sobre la tierra y bésala, riégala con tus lágrimas; con ellas, la tierra dará fruto, aunque nadie te vea ni te oiga en tu soledad. Cree hasta el fin, incluso si se diera el caso de que todos en la tierra se corrompieran y sólo tú conservaras la fe: también entonces haz ofrenda de tu sacrificio a Dios y glorifícale tú, el único fiel que haya quedado. Y si os encontráis dos fieles, ya tendréis entonces todo un mundo, el mundo del amor vivo; abrazaos con emoción y alabad al Señor; pues, aunque sea en vosotros dos, su verdad se habrá cumplido.

Si llegas a pecar tú mismo y te sientes agobiado hasta la muerte por tus pecados o te pesa un pecado repentino, alé-

grate por otro, por el justo, alégrate pensando que si tú has pecado, el otro es justo y sin mancha.

Si, a pesar de todo, la maldad de los hombres te conturba llenándote de indignación y temor invencibles, incluso hasta el punto de desear la venganza de los malvados, teme ese sentimiento más que a otra cosa; búscate inmediatamente tormentos como si fueras tú el culpable de aquella maldad de los hombres. Acepta esos tormentos, súfrelos; tu corazón se calmará y comprenderás que tú mismo eres culpable, pues habrías podido iluminar a esos malvados incluso en calidad de hombre único sin pecado, y no lo has hecho. De haber resplandecido tu virtud, tu luz habría alumbrado el camino a otros, y quien ha cometido la maldad, quizá no la habría cometido de haber recibido tu luz. E incluso si no falta la luz de tu ejemplo y ves que ni con ella se salvan los hombres, mantente firme y no dudes de la fuerza de la luz celestial; cree que si ahora no se salvan, se salvarán más tarde. Y si no se salvan más tarde, se salvarán sus hijos, pues tu luz no morirá, aunque ya hayas muerto tú. El justo se va, pero su luz queda. El hombre se salva siempre después de la muerte del salvador. El género humano no acepta a sus profetas y los extermina, pero los hombres quieren a sus mártires y honran a aquellos a quienes han torturado. Tú trabajas por todos, obras para el futuro. No busques nunca una recompensa, pues sin ella ya es grande la que tienes en esta tierra: la alegría espiritual que sólo el justo llega a alcanzar. No temas ni a los encumbrados ni a los fuertes, pero sé prudente y siempre digno. Que no te falte el sentido de la medida, conoce los plazos, adquiere ese sentido y este conocimiento. Cuando te quedes solo, reza. Toma cariño al acto de prosternarte y besar la tierra. Besa la tierra y ama infatigable, insaciablemente, ama a todos, ámalo todo, busca en ello el entusiasmo y el éxtasis. Empapa la tierra con las lágrimas de tu alegría y ama esas lágrimas tuyas. No te avergüences de tu éxtasis, estímalo, pues es un don de Dios, un gran don, que no se concede a muchos, sino a los elegidos.

i) Del infierno y de su fuego, reflexión mística

Padres y maestros, me pregunto: «¿Qué es el infierno?». Me lo explico así: «Es el sufrimiento de no poder volver a amar jamás». En la existencia infinita, inconmensurable tanto en el tiempo como en el espacio, se ha dado una sola vez a cierto ser espiritual, con su aparición en la tierra, la posibilidad de decirse: «Existo y amo». Una vez, sólo una vez se le ha concedido la posibilidad del amor activo, *vivo,* y para eso le ha sido dada la vida terrena, con sus límites temporales y sus plazos; pues bien: ese ser feliz ha rechazado el don inestimable, no lo ha apreciado, no lo ha tomado con cariño, le ha echado una burlona mirada y ha permanecido indiferente. Tal hombre, después de haber abandonado la tierra, ve el seno de Abraham y habla con Abraham tal como se nos explica en la parábola del rico y de Lázaro, y contempla el paraíso y puede ascender hasta el Señor, pero lo que le tortura es, precisamente, que se acercará al Señor sin haber amado, junto con los que amaron, junto con aquellos cuyo amor él ha despreciado. Verá con claridad y se dirá a sí mismo: «Ahora ya tengo el saber, y aunque anhele amar, en mi amor no habrá mérito alguno, ni habrá sacrificio, pues la vida terrena se ha terminado y Abraham no vendrá ni con una gota de agua viva (es decir, otra vez con el don de una vida terrestre, como la anterior, y activa) para refrescar la llama de la sed de amor espiritual con la que ahora ardo, yo que la desdeñé en la tierra; ¡ya no hay vida y no volverá a haber tiempo! Aunque estaría contento de dar la propia vida por los otros, ¡ya no es posible!, pues ha pasado la vida que podía ofrendarse en sacrificio del amor, ahora hay un abismo entre aquella vida y la existencia presente». Se habla de las llamas del infierno en un sentido material: no quiero investigar este misterio y me da miedo, pero me figuro que si hubiera llamas materiales, se alegrarían en verdad de ellas, pues considero que en la tortura material se olvidarían, aunque sólo fuera

por un instante, de su espantosa tortura espiritual. Además, es imposible librarles de esa tortura espiritual, pues no es externa, sino que se da en su interior. Y pienso que si fuera posible librarles de ella, aún se sentirían más desdichados. Pues, aunque los justos del paraíso, al ver las torturas de los desgraciados, los perdonaran y los llamaran a su lado, movidos por su amor infinito, con ello no harían más que multiplicarles las penas, pues despertarían en ellos con más fuerza aún la sed del amor correspondiente, activo y noble, que ya es imposible. En la timidez de mi corazón pienso, sin embargo, que la propia conciencia de esta imposibilidad les serviría, al fin, de cierto consuelo, pues aceptando el amor de los justos con la imposibilidad de corresponderle, en esta sumisión y en el efecto de este acto de humildad encontrarían, al fin, como una imagen del amor activo que desdeñaron en la tierra y como cierta acción análoga... Siento, hermanos y amigos míos, no saber explicar esto con claridad. Pero ¡ay de los que se aniquilan a sí mismos en la tierra, ay de los suicidas! Me figuro que no puede haber nadie más desgraciado. Se nos dice que es pecado rogar a Dios por ellos y la Iglesia al parecer los rechaza, pero en lo más hondo de mi alma pienso que también por ellos es posible rezar, pues Cristo no se enojará nunca por exceso de amor. En mi fuero interno, toda la vida he rogado por ellos, os lo confieso, padres y maestros míos, y también ahora cada día rezo.

Oh, hay también en el infierno quienes siguen conservando su orgullo y su ira a pesar de poseer ya un conocimiento indiscutible y a pesar de contemplar la verdad irrefutable; los hay terribles, que se han identificado por completo con Satán y con su orgulloso espíritu. Para ésos, el infierno es algo ya aceptado voluntariamente y de lo que no pueden quedar nunca saciados; ésos son ya mártires de buen grado. Pues se han maldecido a sí mismos al maldecir a Dios y la vida. Se nutren de su propio orgullo maligno, como si el hambriento en el desierto empezara a sorber la sangre de su

propio cuerpo. Pero, insaciables por los siglos de los siglos, rechazan el perdón y maldicen a Dios, que los llama. No pueden contemplar sin odio al Dios vivo y piden que no haya Dios de la vida, que Dios se aniquile a sí mismo y que aniquile cuanto ha creado. Y arderán eternamente en el fuego de su ira, anhelarán la muerte y el no ser. Pero no recibirán la muerte...

Aquí se termina el manuscrito de Alexéi Fiódorovich Karamázov. Repito: es incompleto, fragmentario. Los datos biográficos, por ejemplo, abarcan sólo la primera juventud del stárets. En cuanto a lo que se refiere a su doctrina y a sus opiniones, ha sido reunido todo como si formara una cosa única, a pesar de que se trata, por lo visto, de cosas dichas en ocasiones distintas y bajo la influencia de circunstancias diversas. De todos modos, lo propiamente dicho por el stárets durante esas últimas horas de su vida no se halla precisado con exactitud, no se da más que una idea del espíritu y carácter de tal conversación relacionándolos con lo que Alexéi Fiódorovich recoge en su manuscrito tomándolo de anteriores lecciones. El fin del stárets se produjo, en verdad, de manera totalmente inesperada. Pues, si bien todos los que se habían reunido a su lado esa última tarde comprendían que la muerte del padre Zosima estaba próxima, no cabía imaginarse que se presentara tan repentinamente; al contrario, sus amigos, como ya he indicado antes, al verle, aquella noche, al parecer tan animoso y parlanchín, estaban convencidos, incluso, de que se había registrado una sensible mejoría en su salud, aunque por poco tiempo. Ni siquiera cinco minutos antes del fallecimiento, según contaron luego con sorpresa, era posible prever nada. El stárets experimentó, de pronto, como un fuerte dolor en el pecho, palideció y apretó vivamente las manos contra el corazón. Entonces todos se levantaron de sus asientos y se le aproximaron; pero él, aunque doliente, mirándolos a todos con una sonrisa en los labios, se

deslizó del sillón y se hincó de rodillas en el suelo; luego inclinó la cara, extendió los brazos, como en un rapto de jubiloso entusiasmo, y besando la tierra y orando (como él mismo había enseñado) entregó el alma a Dios en paz y alegría. La noticia de su fallecimiento se extendió en seguida por todo el eremitorio y llegó al monasterio. Los íntimos del difunto y aquellos a quienes correspondía por su rango, empezaron a amortajarle el cuerpo según el viejo rito, mientras que toda la comunidad se reunía en la iglesia mayor. Antes ya de que amaneciera, según rumores que luego circularon, la noticia de que el stárets había muerto había llegado a la ciudad. A primeras horas de la mañana, poco menos que toda la ciudad hablaba del acontecimiento y muchos ciudadanos afluían al monasterio. Pero de esto hablaremos en el libro siguiente; ahora nos limitaremos a indicar, adelantándonos a nuestro relato, que no había transcurrido un día cuando ocurrió algo tan inesperado para todos, tan extraño, alarmante y desconcertante por la impresión que produjo en el propio monasterio y en la ciudad, que todavía hoy, después de transcurridos tantos años, se conserva aquí un vivo recuerdo de aquel día, tan inquietante para muchos...

Índice

Prólogo del autor 9

PRIMERA PARTE

Libro primero. Historia de una familia 15
1. Fiódor Pávlovich Karamázov 15
2. Se desentiende de su primer hijo 19
3. Segundas nupcias y segundos hijos 24
4. El tercer hijo: Aliosha 32
5. Los startsi 43

Libro segundo. Una reunión inoportuna 57
1. La llegada al monasterio 57
2. El viejo bufón 63
3. Mujeres creyentes 76
4. Una dama de poca fe 85
5. ¡Así sea! ¡Así sea! 95
6. ¡Por qué vive un hombre como éste! 107
7. Un seminarista ambicioso 121
8. El escándalo 132

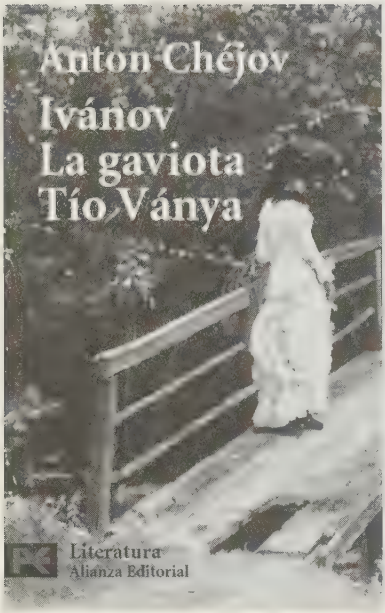
Libro tercero. Los lujuriosos 145
1. En el pabellón de la servidumbre 145
2. Lizaveta Smerdiáschaia 152
3. Confesión de un corazón ardiente. En verso 158
4. Confesión de un corazón ardiente. En anécdotas 170
5. Confesión de un corazón ardiente. «Patas arriba» 180
6. Smerdiakov 191
7. Una controversia 198
8. Ante la copa de coñac 205
9. Los lujuriosos 215
10. Las dos mujeres reunidas 222
11. Otra reputación perdida 237

SEGUNDA PARTE

Libro cuarto. Los desgarramientos 251
1. El padre Ferapont 251
2. En casa de su padre 265
3. Encuentro con los escolares 271
4. En casa de las Jojlakov 277
5. Desgarramiento en el salón 285
6. Desgarramiento en la isba 300
7. Y al aire libre 312

Libro quinto. Pro y contra 326
1. Esponsales 326
2. Smerdiakov y su guitarra 340
3. Los hermanos traban conocimiento 349
4. La rebelión 361
5. El Gran Inquisidor 376
6. Todavía reina la oscuridad 405
7. «Con un hombre inteligente, da gusto hablar» 419

Libro sexto. Un monje ruso 430
1. El stárets Zosima y sus visitantes 430
2. De la vida del stárets Zosima, monje sacerdote y asceta, muerto en la paz del Señor, según redacción hecha a base de sus propias palabras por Alexéi Fiódorovich Karamázov 436
3. De las lecciones y enseñanzas del stárets Zosima 476

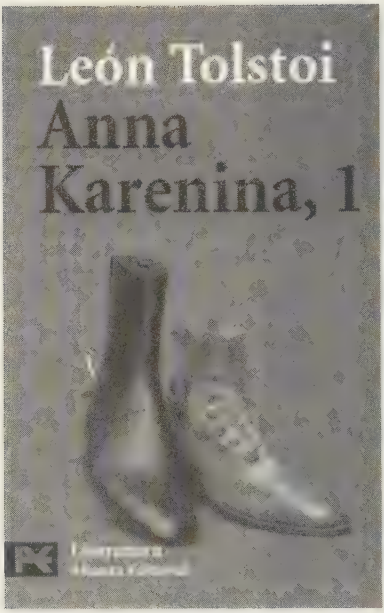


Anton Chéjov

Iványov
La gaviota
Tío Ványa

L 5628

Rechazando las convenciones y efectismos propios del teatro del momento, ANTON CHÉJOV (1860-1904) aspiró a crear obras más contenidas y sutiles, exentas de didactismo y enjuiciamientos morales, en las que la vida se mostrara objetivamente tal y como es, con la complejidad y sencillez que reviste la cotidiana realidad. IVÁNOV tiene como protagonista a un activo representante del liberalismo ruso dominado ahora por la indolencia y la abulia. LA GAVIOTA condensa dialécticamente las reflexiones del autor acerca del arte y su función social.TÍO VÁNYA, que ofrece el contraste entre el hombre útil, activo y sensible a los problemas de la humanidad, y la vida rutinaria y soñolienta del hacendado de la época es la tercera de las obras incluidas en este volumen, traducidas y prologadas por Juan López-Morillas. Completa la obra dramática de Chéjov en esta colección: «Las tres hermanas. El huerto de los cerezos» (L 5589).

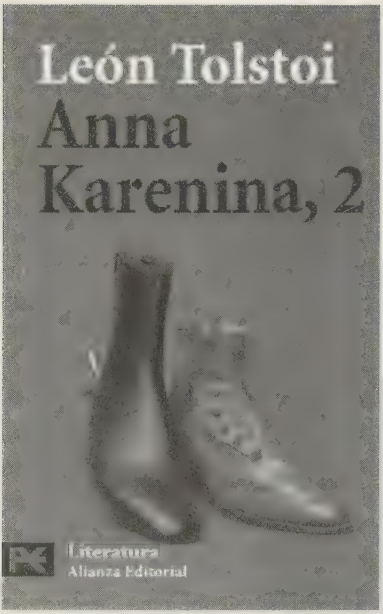


León Tolstoi

Anna Karenina, 1

L 5659

En 1887, ocho años después de la publicación de «Guerra y paz», LEÓN TOLSTOI (1828-1910) pone punto final a su novela ANNA KARENINA, uno de los más grandes monumentos de la historia de la literatura. Basado en unos cuantos incidentes reales y saturado de las preocupaciones éticas generadas por la crisis espiritual que atravesaba el autor, el relato se centra en el adulterio de la protagonista, una de las tres historias conyugales de que se compone la obra. «El propósito de un escritor no consiste en resolver una cuestión de una vez para siempre, sino obligar al lector a ver la vida en todas sus formas, que son infinitas», escribió Tolstoi, quien, como observa Juan López-Morillas en el prólogo a la novela, supo dotar a sus criaturas de ficción como pocos escritores lo han hecho de una «intensa sensación de presencia inmediata, de humanidad palpitante, en una palabra, de verdad». Otras obras de Tolstoi en esta colección: «La muerte de Ivan Ilich. Hadyi Murad» (L 5596).

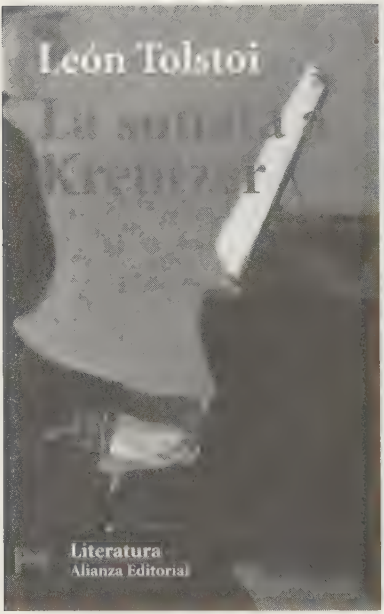


León Tolstoi

Anna Karenina, 2

L 5660

En 1887, ocho años después de la publicación de «Guerra y paz», LEÓN TOLSTOI (1828-1910) pone punto final a su novela ANNA KARENINA, uno de los más grandes monumentos de la historia de la literatura. Basado en unos cuantos incidentes reales y saturado de las preocupaciones éticas generadas por la crisis espiritual que atravesaba el autor, el relato se centra en el adulterio de la protagonista, una de las tres historias conyugales de que se compone la obra. «El propósito de un escritor no consiste en resolver una cuestión de una vez para siempre, sino obligar al lector a ver la vida en todas sus formas, que son infinitas», escribió Tolstoi, quien, como observa Juan López-Morillas en el prólogo a la novela, supo dotar a sus criaturas de ficción como pocos escritores lo han hecho de una «intensa sensación de presencia inmediata, de humanidad palpitante, en una palabra, de verdad». Otras obras de Tolstoi en esta colección: «La muerte de Ivan Ilich. Hadyi Murad» (L 5596).

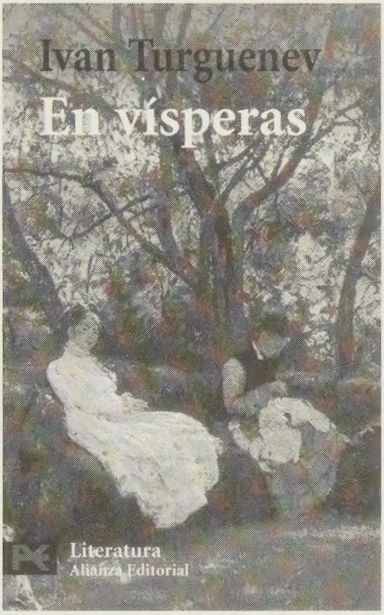


León Tolstoi

La sonata a Kreutzer

L 5664

Escrita a lo largo de 1889, en una época dominada por una crisis ética y personal, así como por la revisión de diversos principios morales, LEÓN TOLSTOI (1828-1910) quiso reafirmar en LA SONATA A KREUTZER los valores del espíritu frente al precipitado fluir de las pasiones y los sentidos. La narración que hace el consejero Pozdnyshev de su relación conyugal, basada en el imperio de los mismos, y que culmina con el adulterio y el crimen, es la historia de una degradación provocada por una sociedad enferma. En muchos aspectos trasunto novelado de su relación con su esposa, Sofía Andreievna, así como de episodios reales, la «Sonata», obra en la que se revela la influencia del naturalismo, es un minucioso y despiadado análisis de una relación matrimonial común en la sociedad en la que los protagonistas se mueven, realizado a través de la visión crítica y dolorida de un espíritu atormentado por la mediocridad y fragilidad de la naturaleza humana.



Ivan Turguenev

En vísperas

L 5670

Recibida con reservas por los lectores de ideología conservadora (que veían en sus páginas un ataque a las convenciones sociales y al papel de la mujer en la sociedad tradicional) y saludada con entusiasmo por los lectores de ideología liberal, EN VÍSPERAS constituye una de las obras más logradas de IVAN TURGUENEV. «Cuando en 1860 salió a la luz la novela –escribe Juan López Morillas, traductor y prologuista de esta edición–, el público lector no tuvo que preguntarse a qué inminente acontecimiento aludía el título; toda Rusia sabía que, tras los largos años de inmovilismo reaccionario del zar Nicolás I, su sucesor, Alejandro II, proyectaba una serie de reformas en la estructura social, económica y militar del Imperio ruso.» Sobre ese trasfondo histórico, dominado por la esperanza, el gran novelista traza con consumada maestría la apasionada historia de Yelena Stahova, quien, enamorada de un búlgaro refugiado en Rusia y comprometido con la liberación de su país natal del yugo de los turcos, abandona su hogar para abrazar la causa del joven patriota.

3465690

*****

Última novela que escribió F. M. DOSTOYEVSKI, cumbre entre las cumbres que representan también «Crimen y castigo» (L 5553 y L 5554), «Los demonios» (L 5567 y L 5568), «El idiota» (L 5538 y L 5539), «El jugador» (L 5557) o «Apuntes del subsuelo» (L 5571), LOS HERMANOS KARAMÁZOV (1879-1880) supone una síntesis de todas las inquietudes existenciales del autor. La compleja galería de personajes está presidida por Fiódor Karamázov, el padre, ruin, hipócrita, avaro, cínico y libertino, y por sus descendientes: Dmitri, sensual, orgulloso y cruel, pero también generoso y capaz de rasgos de bondad y sacrificio; Iván, un intelectual escéptico que niega la existencia de Dios y el amor al prójimo; Aliosha, un cristiano místico, educado por el monje Zosima, que opone al humanitarismo revolucionario y al nihilismo el amor a Dios y al prójimo, aunque tampoco es inmune a las sensaciones turbias que lo invaden, y Smerdiakov, el cínico y perverso hijo natural, carente de todo sentido de responsabilidad moral. La obra, que tiene uno de sus puntos culminantes con el célebre relato del Gran Inquisidor, refleja una concepción del hombre como campo de batalla en el que luchan Dios y el Diablo, el bien y el mal.

ISBN 84-206-6063-9

9 788420 660639

El libro de bolsillo

Literatura
Clásicos